AÑO IX—NÚM. 185 TOMO XVI—CUAD. 1.º

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE

ESTABLECIDA EN LAS PALMAS

PARA EL ADELANTO DE LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LAS ARTES

Director: ARTURO SARMIENTO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CALLE DE TRAVIESO NÚM. 27

LAS PALMAS

Abril de 1904

AGOSTO.

El dia 31 de este mes me nombró la Ciudad por castellano del castillo de S. Pedro uno de los 3 de su dotacion.

CONSEJO DE GUERRA.

El dia 21 se hizo en la casa de Mecías en la calle de los Reyes Consejo de Guerra para determinar la causa de un soldado del presidio á quien se le atribuia el hurto en el cuartel de dos reales de plata y siete cuartos por lo que irremediablemente hubiera sufrido la pena de horca si se le hubiese probado el delito pero por no haberse verificado esto se le dió por libre en la resolución de dho. consejo de Guerra; este es el primer acto de esta especie que yo supe se hubiese hecho en Canaria.

SETIEMBRE.

El dia 1.º se echó un bando en Canaria como anunciando indirectamente guerra contra la Inglaterra y hubo noticia de haberse atacado varias embarcaciones Inglesas y Españolas.

El dia 4 me recibí de Castellano de la fortaleza de S. Pedro de esta Ciudad de Canaria é hice el pleito homenage en manos del Gobr. de las Armas.

El 8 llegó á el puerto de la Luz mi suegra y toda su familia para avecindarse en Canaria y dejó todas sus haciendas en administración.

En este mes se encontraron varios esqueletos humanos que estaban enterrados en la esplanada del Castillo de S. Franco. (vulgo de el Rey).

EL MARQUÉS DE LA CAÑADA LLEGA Á STA. CRUZ.

El sábado 18 dió fondo en el puerto de la Luz un pingue genovés que salió de Cádiz el dia 10, trajo á su bordo un médico p.ª esta Ciudad y dió por noticia habia salido aquel mismo dia p.ª la isla de Tenerife el nuevo comandante marqués de la Cañada, el segundo comandante, teniente del Rey y algunos otros oficiales.

El dia 22 se tuvo noticia de Sta. Cruz que llegó dho. Comandante con felicidad el dia 19 á su rada.

El dia 29 fuè confirmada en la Igl.ª del Convento de Monjas Bernardas de esta Ciudad de las Palmas de Canaria mi hija Maria del Pino por el Itmo. Sr. D. Joaquin de Herrera y fué su madrina D.ª Maria de Viera y Clavijo, natural de la isla de Tenerife y hermana de D. Nicolás Clavijo racionero de la Sta. Igl.ª Catedral.

FENÓMENO EN GANARIA.

El dia 4 de Octubre serian las 7 menos cuarto de la noche se vió

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

organo de la Sociedad del mismo nombre

ABRIL 1904 AÑO IX.—N.º 185

ENSAYOS DE ICTIOLOGIA CANARIA.

Lophius Piscatorius.

Tal vez no haya obra de Ictiología ilustrada que deje de representar á este pez, tan extraño y curioso, así por su forma total, como por la de sus miembros en particular.

En Gran Canaria, donde no es raro, nuestros pescadores le dan el nombre de *Chaleco*, quizá por las enormes aberturas branquiales que recuerdan esa prenda de vestir.

Su corpulencia, dice el Dr. Chenu, *es ordinariamente de 1 metro á 1'30, y aún se citan individuos de 2 metros y más.* El ejemplar que tenemos presente, pescado con red al ESE. de esta isla, en la playa llamada *Melenara*, sólo mide 0'86 metros de longitud total, por 0'37 metros de ancho. La figura del cuerpo es aplanada, algo elíptica, terminando en el troncón cónico de la cola. La cabeza es más ancha que larga, sin que, á la simple vista, se distinga como órgano aparte en la forma total del cuerpo: su longitud es de 0'26 metros, y su ancho 0'34 metros; de modo que la cabeza ocupa un tercio menos de

la tercera parte del largo total del animal, y algo más de la tercera parte, si exceptuamos la cola, que tiene de longitud 0'15 metros.

La frente está deprimida, el hocico es redondo, la boca es enorme y la mandíbula inferior excede á la superior: en los arcos superciliares se notan seis prominencias cónicas sobre cada ojo, tres sobre cada lado de la frente, cuatro á cada lado de la boca; sobre el lado superior cuatro, dos á cada lado. Sobre cada aleta pectoral hay otras dos protuberancias y un robusto y corto aguijón algo encorvado hácia atrás como las espuelas de un gallo.

El cuerpo se halla desnudo de escamas, siendo lisa, sin granulaciones ni placas, la piel que lo cubre.

Los ojos son altos, salientes y dirigidos horizontalmente, con el íris de un blanco sucio y la pupila negra.

La boca, que, según hemos dicho, es desmesurada, presenta detrás del vómer y los palatinos una cavidad ó saco formado por una piel membranosa, cuyo uso confesamos no conocer. Pudiera sospecharse que en el fondo estuviesen situados los órganos del olfato, porque algunos ictiólogos aseguran que este pez tiene abierta la boca continuamente; pero al leer lo que escribe Chenu, con respecto á este sentido, en el género á que tal pez corresponde, es preciso ceder á la presión de la autoridad científica y acaso del análisis más atento y minucioso. «El órgano del olfato, dice el autor citado, presenta una disposición singular de las narices: generalmente en los peces hay dos aberturas para cada ventana de la nariz, las cuales pueden estar en contacto ó hallarse más ó menos separadas; aquí las dos aberturas están colocadas en la extremidad de un tentáculo carnoso, cuya longitud es de 0'010 metros, y se halla atravesado por el nervio olfativo, que empieza sobre las láminas de la membrana pituitaria, alojadas en el tubo; tal disposición parece que debe favorecer la percepción de los olores, dirigendo el animal sus tentáculos y llevándolos hácia los cuerpos que envían emanaciones odoríferas: Mr. Valenciennes piensa además, que el *lophius*, viviendo en la arena, y con frecuencia recubierto de lodo, halla en tal estado un medio de tener las narices fuera de la superficie fangosa, y de librar la membrana pituitaria de las incómodas excitaciones que podría causarle la introducción de cuerpos extraños, dejándole constantemente libre el uso de este órgano».

Yo debo confesar con franqueza que no he podido comprobar esta especialidad, que se dice tan notable, por más atentamente que he buscado ese tentáculo carnoso, conteniendo el nervio olfativo; y necesito la indagación de otros observadores más competentes, si no en el género, por lo menos en la especie que nos ocupa.

Los dientes son fuertes y agudos, formando grupos en ambas mandíbulas, el vómer, los arcos palatinos y los huesos faríngeos. El color de la boca es blanco.

Debajo de las aletas pectorales se abren las dos grandes cavidades branquiales, las cuales, como ya hemos insinuado, han dado

probablemente origen al nombre vulgar con que nuestros pescadores conocen este pez.

Alrededor del cuerpo, desde la mandíbula inferior hasta la cola, por ambos lados, corre un fleco compuesto de borlas carnosas, las cuales, aunque más pequeñas, aparecen en diferentes puntos de la superficie de la piel.

La primera dorsal está representada por seis filamentos que motivaron la denominación *lofios*, con que al género distinguió Aristóteles, palabra griega que vale tanto eomo *penacho* ó cresta.

El primer filamento es el más fuerte y grueso, especialmente en la base, que es de forma de pera y muy movible. Hállase colocado cerca del labio superior y mide 0'15 metros, terminando en una especie de borla ó banderola carnosa, que aumenta en 2 centímetros más este filamento. El segundo es algo más fuerte en toda su longitud, que llega á 0'14 metros, siendo su situación más próxima al primero que al tercero; éste es más débil que los anteriores, y sólo alcanza á 0'08 metros, marcando el término de la cabeza. El cuarto está situado en la línea de las aletas pectorales, y se halla á la misma distancia del tercero, que éste del segundo, y tiene de largo 0'07 metras. Los dos últimos forman con éste un grupo, guardando los tres entre sí la misma distancia que los dos primeros, y son los más pequeños, semejantes á cerdas.

Dícese, que estos filamentos, movidos por el pez, que, mientras tanto permanece inmóvil, presentan á los pececillos la apariencia de un cebo al cual se acercan ofreciéndose á la voracidad del *Lofio,* cuyo apetito es insaciable, guardando la presa, que no devora inmediatamente, en las grandes cavidades branquiales, y acaso también en la bolsa del paladar. De ahí el específico *piscatorius* con que se le distingue.

Hemos dicho que estos seis filamentos sustituyen ó representan la primera aleta dorsal; pero la *Historia Natural,* titulada *La Creación*, publicada en Barcelona en 1881, cuya zoología se dice ser traducción de la del Dr. Brehm, no solamente en la descripción, por cierto bien superficial, que hace del *Lofio pescador,* sinó, lo que es todavía más extraño, en el dibujo que le representa, nos lo muestra con tres filamentos defectuosamente colocados, y sustituye los tres últimos con una aleta dorsal de *tres radios espinosos,* lo cual es completamente inexacto. Todo ello consiste en una confusión entre éste y los peces-sapos, cuya descripción se halla hecha inmediatamente antes (pág. 421, ob. cit.). Tales errores en esa obra no son raros.

La segunda dorsal tiene nueve radios eartilaginosos encerrados, como los de las demás aletas, en la misma piel blanda que cubre el cuerpo.

Las pectorales, que nacen sobre base robusta asemejando dos brazos cortos, son cuadradas y tienen veintitrés radios cartilaginosos algo encorvados en los extremos.

Las ventrales se hallan colocadas delante de las pectorales y tienen cinco radios cartilaginosos, también encorvados en los extremos; y los cuales, si bien están encerrados en la misma piel, asemejan una mano con cinco dedos dispuestos para agarrarse al suelo.

La anal presenta ocho radios.

El color de este pez es pardo, más ó menos tinto por la parte superior, y blanco por la inferior.

Su celebridad ha sido muy grande entre los naturalistas por la rareza de su configuración, sus apéndices tan notables, y sus costumbres, la mayor parte fabulosas. Su clasificación ha sido igualmente varia entre los ictiólogos. «Artedi, dice á este propósito Chenu, ha hecho un género del Baudroie (Lofio-*Lophius),* sirviéndose de los datos que le han suministrado Belón, Salviani y Rondelet; pero ha desconocido sus caracteres naturales, porque niega la existencia de la membrana branquióstega de estos peces, cuando tal órgano se presenta, por el contrario, muy desenvuelto, y mientras tanto lo coloca en su órden de los Branquióstegos, con más razón que aquellos que lo consideran como un pez cartilaginoso, y con más juicio, sobre todo, que Linneo, que lo colocaba, como ciertos reptiles, en su *Amphibia nantia.* Cuvier y los autores modernos han designado su verdadero sitio natural á estos peces; han restringido considerablemente el grupo de los *Baudroies (Lofios),* y han formado cuatro grupos distintos.»

C. Claus, naturalista altamente metódico en su clasificación lo coloca en el órden siguiente: *Lophius piscatorius—Lin.=Género: Lophius—Art.=Familia: Pediculati.=2.º grupo: Acanthopteri. str.=5.º Orden: Acantópteros.=5.ª subclase: Teleósteos* (peces óseos).

T. Martínez de Escobar.

CHARLAS

Dos puntos de vista

Algunas veces cavilo desentrañando la psicologia de estos dos casos que vengo á estimar como de espejismo nacional.

Como á través de los arenas caldeadas, en los grandes desiertos, las cosas, por refracción de luz, se reproducen en imagen á distancia, invertidas y fantásticas, así á lo largo de nuestra incultura nacional, en el solar patrio, en la mayoría de los espíritus provincianos, poco atentos al estudio del psicologismo de nuestro pueblo, resurge, agrandándola, invertida, con cierto viso de ideal soñación, la vida cortesana.

Como visión, evocada así desde lejos, más bien presentida ó soñada, no deja de ser bella y tener sus encantos.

Desde el rincón lugareño, allá en la casa cortijera enclavada en los campos, vemos la Corte, por efecto de ese espejismo, como pueblo grande, hermoso, ya que las fotografías que reproducen nuestras nuevas revistillas ilustradas nos lo exhiben á trozos, seleccionada, con cierta afectación y falseamiento de aspecto y de detalles; consideramosla campo de batalla para la andante caballería de la política, nueva hampa de pícaros en la moderna sociedad española, campo de batalla donde los primates de los partidos luchan por engrandecer el país desde la tribuna, porque al rincón aldeano solo llega el ruido de la prensa, á tanta distancia, como el eco, redoblado y más ronco; creemos á Madrid un Agora inmensa donde se consagra á todos los artistas que le prestan el barniz de su cultura, de su inspiración y de sus talentos, porque por las puertas de esta gran ciudad, por un lado salen las carretas de basura y por otro, en los furgones del correo, salen á diario montones de papel impreso, entre periódicos y libros, cual si fuese la savia intelectual de toda España. No parece sino que Madrid es el corazón, y que de aquí fluye la sangre para llevar la

vida á todas partes, y que es el cerebro que encendido en ideas, arroja una intensidad espiritual sobre las regiones más lejanas.

Y ¡qué espejismo, que refracción de un concepto al invertirse á distancia!

Pasando por estas calles madrileñas nos sobrecoje el desencanto de que esta *urbs* no es tan hermosa como pregonan y cavilamos; que es mucho mejor seguir consolados con la visión interior de la blanca ciudad costeña, del caserío alegre en medio de las verdegueantes heredades, y el aire libre de los mares, aun sin que lo sintamos llegar saludable á los pulmones, parece que nos sigue refrescando, y el sol de las sierras nos hacemos la ilusión de que lo llevamos todavía dentro. *Allá!*, decimos en un monólogo de añoranza y rezo.

Más duele aún codearse con los *rastaquieses* de la política, comediantes muchos de barracón, que entretienen los ocios y fundan las ambiciones personales en un juego de azar á costa de la patria que invocan, al parecer devotos de ella, y cantan con gárrulo lirismo, espiando la hora del botín y espera del plato de lentejas en el mísero rancho nacional; y con dolor, por necesidad de compadecer ó sufrir espiritualmente por ellos, pensamos en los pobres labriegos, sudando al arañar los senos de la tierra detrás de las tardas yuntas, cansados también con las fatigas de éstas, muertos por el sol sobre el erial, como la *Mireille* de Mistral, ó sobre el surco, como el *Jesucristo*, de Zola.

Después viene la turbamulta de los artistas. ¡Si al menos tuviera la alegría genial de los bohemios de Mürger!

Conociendo la almoneda pública del arte á que algunos se entregan, aun viva en nosotros la vieja adoración por los ritos artísticos, con el dolor de Abraham afrontamos el sacrificio de la mejor ilusión, hija de nuestras devociones y de nuestros sueños, y á la vez nos hincha el alma la amargura de Job en el estercolero.

Y nuestra fé, aun inextinta, nos vuelve á la aldea, á los versos del poeta rural, tosco, sin aliños, pero tiernos, sentidos con toda el alma, que suenan al modo de la flauta de caña de los pastores, versos gratos como la leche recién ordeñada que huelen á rosas y tomillo. No decimos, en verdad, ¡qué arte!, pero la frase la transformamos en esta otra: ¡cuánto amor!

Las grandes figuras, muchas de ellas, no todas, sorprenden de cerca por su menguada talla. A provincias no llega más que la proyección, centuplicando las proporciones. Pero, pocas veces nos paramos á observar si la proyección es de luz ó de sombra. Porque también la sombra de los cuerpos se agrandan a la distancia.

Son estos casos de espejismo en la psicología nacional, leyes de física... espiritualista que surgen diariamente en el solar hispánico para nuestro estudio.

Mirando á lo largo, desde aquí, el fenómeno varía y las regiones se nos representan miserables y minúsculas.

Cuanto mayor es la distancia ya es sabido que los objetos van disminuyendo sus contornos y achican sus siluetas.

Miramos desde estas alturas cortesanas, como por capricho en el teatro, con lentes convexos, para ver las cosas en pequeño.

Por eso, para ver á través de esa preocupación de la unidad propia y del desprecio por lo ageno, Madrid continúa desdeizando á las regiones, como si más allá de las puertas, de su recinto, no hubiese más que las tierras de sus feudos, los graneros y rebaños de su mayorazgo, que en medianería los gañanes aran y apacientan los cabreros.

Como señor, Madrid divierte sus ocios en las frivolidades, y solo pide á las provincias las rentas de los aparceros para sus lujos y las flores de los huertos para sus fiestas, sin cuidarse de los sudores y de las fatigas de allá, ignorante de la vida del adolorido rebaño humano en los campos, que trasquila la tijera del consumero y ordena la honda del monterilla.

Y hay que reconocer que por esos rincones provincianos hay más intensidad de vida, y que sin ella la Corte no podría vivir. Si Madrid es grande ¡qué grandes no serán las regiones cuando á este le dan vida y aún les sobra su demasía para ellas!...

Angel Guerra.

CANARIO ILUSTRE

DOCTOR D. GREGORIO CHIL Y NARANJO

Amable y cariñoso, prodigaba sus saludos y sus palabras de afecto; correcto en el vestir, siempre de levita y sombrero de copa, lo mismo razonaba en la calle y en su casa con el modesto obrero que con el más encopetado y linajudo título; á todos les llamaba hermanos. para él lo eran realmente.

El anciano médico hace años que no visitaba, pero el portal de su casa estaba lleno de mujeres, de niños y de viejos esperando que venga á su biblioteca sita en la planta baja de la casa. Allí le cuentan mil lástimas, él les aconsejaba, les recetaba y les daba para comer y para que pagasen las medicinas y no pocas veces se veia obligado á marchar á los caseríos inmediatos á la ciudad donde era esperado para salvar un moribundo, y á pesar de su edad avanzada no desdeñaba efectuar alguna complicada operación, siempre gratis.

No hay eminencia europea que no le haya conocido y que no le visitara al pasar por Las Palmas; y el buen hermano de todos, que da y recibe bromas, juega al tresillo y al ajedrez, y cuya llaneza corre parejas con su mérito, era celebrado, consultado y reverenciado por todos los sabios del mundo.

Su amor á las ciencias era inmenso; solo puede compararse al que profesaba la tierra en que nació, para la cual consagró su tiempo, sus estudios y su vida.

El Museo Canario que existe en el piso segnndo del Ayuntamiento es notable por todo extremo; no hay vasija, arma, pintadera ó vestigio antiguo que los campesinos encuentran, que no lo pague bien para enriquecer el Museo, que era su labor constante y el ensueño de su vida. Con el mismo título del Museo Canario creó una revista ilustrada órgano del mismo, y en la que se refleja no solo la historia antigua, sino la intelectualidad de los canarios, que en ella escriben artículos científicos de mucho mérito.

Era presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas, y en ella le he oido pronunciar ante el secretario señor Cabrera, el censor Sr. Vandewalle y alguna media docena de amigos, sus preciosos y bien pensados discursos de entrada de año y enumerando los trabajos y beneficios de aquella antigua asociación, dig-

Doctor Chil y Naranjo

nos de ser siempre estudiados y conocidos. y que sin embargo no se publicaron en ninguno de los nueve ó diez pediódicos diarios *que ven la luz en Las Palmas, ni en las revistas que también semanal, decenal ó quincenalmente se publican allí. El no se extrañaba de nada de esto; invitado estuve por él, y hasta concurrí con mi amigo don Enrique Pintos, á alguno de estos actos brillantes, aunqve poco concurridos, al que asistía correcto, de frac y con la única condecoración que poseía y ¡oh vergüenza! no era siquiera española..*

Su hermosa biblioteca con muchos miles de volúmenes, su casa nue-

va y hermosa, todo lo destinaba al pueblo canario cuando él faltara como luego sucedió.

Acompañarle era un encanto; en sus paseos, las jóvenes y las viejas, los hombres y los niños; desde la señora más principal hasta la más humilde obrera: todo eran saludos y sonrisas para él; sus paisanos, de todas clases y condiciones sociales, le querian entrañablemente; no tenía sino amigos.

Su conversación era amenisima, estaba llena de erudición y soñaba con el sistema holandés, que manda á los paises lejanos lo mejor, moral y fisicamente; militares y empleados; y tiene una legislación mucho más fuerte para castigar los delitos y más expléndída para las recompensas, de los que van de su Metrópoli á las colonías.

Nació este popular sabio en la ciudad de Telde, y después de estudiar los clásicos latinos y griegos, y de familiarizarse con las doctrinas de Platón y de Aristóteles, terminados sus estudios de humanidades y filosofia fué enviado á París á estudiar medicina y cirugía y allí permaneció nueve años, contrayendo estrecha amistad con todos los sabios que fueron sus condiscípulos.

Entre lo mucho que ha dejado escrito figura como un monumento digno de su ciencia tres gruesos volúmenes de Estudios históricos climatológicos y patológicos de las Islas Canarias.

En España, donde se prodigan sin distinción á los que no lo merecen, no hubo una encomienda ni una Gran cruz para el más ilustre de los canarios, que ostentaba con modestia, pero con diguidad, las Palmas de la Academia Francesa en el ojal de su izquierda del frac en los días de etiqueta.

Murió este hombre eminente sin que se le hiciera un tributo de agradecimiento nacional.

Pero en Las Palmas existía un proyectado paseo con su nombre; y después de su fallecimiento lo lleva también la calle donde él vivió; y como siempre ocurre en nuestro país que las nulidades y los charlatanes escalan los primeros puestos, este sabio que murió hace poco, apreciado en el extranjero donde su nombre es popular y conocido, en España casi nadie lo conoció; solo en Las Palmas, y fuera algunas personas eminentes y estudiosas, saben hoy que existió no hace mucho un D. Gregorio Chil y Naranjo, *que fué doctor en Medicina y Cirujia de la Facultad de París y licenciado de la de Cádiz, presidente muchas veces de la Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas de Gran Canaria, de la Protectora de Animales y Plantas de Cádiz, individuo de la Comisión de Geografía comercial, de las sociedades de Aclimatación, de la Geográfica, de la Americana, de la Higiénica y de la Antropológica de Paris.*

Correspondiente de la Sociedad Etnográfica de la misma ciudad, de la Academia de Estanislao de Mancy y de la Sociedad normanda de Geografía de Ruan.

Individuo del Congreso de adelantamiento de las ciencias de Francia, del Americano, del Orientalista y del Antropológico de Europa;

vicepresidente del Congreso Universal de Ciencias Antropológicas, que se celebró en París en 1878; y presidente honorario de la Sección del mismo en el adelantamiento de las Ciencias; autor de varias obras; oficial condecorado de la Academia de Francia.

Todos sus desvelos, su ciencia, sus obras y su vida entera las consagró al bien general. Conociendo como conocía á muchos extranjeros y cultivando su amistad, los apreciaba en cuanto valían, pero su corazón no abrigaba más que un amor purisímo y grande, el amor á España; con todos sus defectos y con todas sus desgracias, la Patria era su ideal, y tanto más querida cuánto más desgraciada.

De ideas nobles y rectas, hacía una guerra cruel á todo lo que creía egoismo personal y mangoneo; el bien de Canarias era lo que más ansiaba, y cuando fué diputado provincial, aún se recuerda en Tenerife la energía con que defendió los intereses de la provincia.

No nos faltan datos para una biografía; pero solo un cariñoso recuerdo al amigo ha guiado mi pluma; y los que conocieron su modo de ser, su desinterés, su corazón de oro y su ciencia, lamentarán seguramente, que su patria haya sido tan ingrata con el que vivirá eternamente en el corazón de los hijos de Las Palmas; y en el de muchos, que aunque allí no hayan nacido, tienen aún mayor motivo para proclamar con entera imparcialidad que el difunto Doctor D. Gregorio Chil y Naranjo, hay que considerarlo por su saber profundo y su modestia y caridad sin límites como el más ilustre *de todos los canarios.*

Manuel Díaz y Rodríguez.

Madrid 16 de Febrero de 1904.

Estudios sociales
EN EL PAIS DE LOS YANQUIS

Instituto de negros de Tuskegee

—*Traducciones*—

En Washington, después del almuerzo, el amable senador Depeu mandó buscar á una librería la obra de Booker T. Washington, el célebre negro, titulada «Up from Slavery», y me dijo: «Lea esto, si quiere conocer la cuestión de los negros, y vaya luego á Tuskegee á ver al autor y al Instituto que ha creado y que es la gran obra de su vida».

Desde que había estado en el Sur y había tenido ocasión de conversar con personas de la Lusiana de las más diversas condiciones, todas de acuerdo con respecto al problema negro, sentía la necesidad de oir una opinión diferente, y había pensado en Booker T. Washington. Leí su admirable libro, desde el principio hasta el fin. Conocí ya la vida de este antiguo esclavo, nacido de una esclava, criado en la esclavitud, y que, tan pronto como se había visto libre, había aprendido á leer ¡á costa de tantos esfuerzos! y se había consagrado luego encarnizadamente al estudio y al trabajo, realizando una labor furiosa, y todo ¿con qué objeto? Con el objeto, que le ha conquistado el respeto y la admiración de los Estados Unidos en masa, de libertar moral y económicamente al pueblo negro, de elevarlo á la igualdad con los blancos.

En la Nueva Orleans, donde había tenido oportunidad de hablar de él, todos se mostraron unánimes para alabar la obra de Booker T. Washington y para admirar al hombre:

—Lo que está haciendo es muy bueno. Quiere empezar por enseñar al negro á trabajar con sus propias manos, á lavarse, á estudiar después. Hace bien, y todos estamos con él decididamente. Pero á pesar de todo, M. Roosevelt ha hecho mal en hacerlo sentar á su mesa...

—¿Y por qué?

—Porque con eso ha provocado á todos los estados del Sur. Mr. Roosevet sabe muy bien que uno no puede ni debe admitir negros en su mesa, ni en su casa.

—Pero ¿por qué?

—Porque son sucios y mal criados; porque huelen mal y su piel es

desagradable al tacto; en una palabra, porque no se les puede considerar como una raza igual á la raza blanca.

—Sin embargo, si da usted con un negro aseado, que toma dos baños por día, que se cuida, que tiene buenas maneras y que es inteligente... como Booker Washington, por ejemplo...

—Todo eso no basta. Si lo admite usted en su casa, junto á su mujer y á sus hijos, usted lo autoriza para que obre como si fuera un igual, para que haga, si quiere, la corte á su hija, para que la pida en matrimonio... Y piense usted un poco... ¡un blanco dando su hija á un negro!... ¡Qué asco!

—¿Por qué asco? Si él la ama y ella lo ama. Desdémona amó á Otelo hasta la muerte... Es cierto que Otelo era moro, pero también era mulato; tenía quizá sangre negra.. Alejandro Dumas fué amado por varias mujeres blancas.

—Eso fué en Francia. Aquí no habría sucedido semejante cosa, se lo aseguro.

Todas las mujeres de la Nueva Orleans á quienes planteé esta cuestión me confirmaron ese estado psicofisiológico.

—Se trata, entonces, de una prevención natural en ustedes.

—Prevención que proviene de que aquí conocemos esa raza mejor que en ninguna otra parte: sabemos cuál es su estado de depresión, su bestialidad, sus vicios de todo género. Un instinto más seguro que el mejor de los razonamientos hace evitar á las mujeres, entre nosotros, el contacto del negro, considerando á éste como una amenaza de degeneramiento, de bastardía.

A pesar de todo, no se detesta allí á los negros absolutamente. Los más arrebatados entre los teóricos de la desigualdad de las razas me confesaban sus simpatías por ellos, por su bondad, su dulzura, la puerilidad de su naturaleza, sus aptitudes para las artes, para la música, sobre todo.

Este es el giro que tomaban, por lo general, nuestras conversaciones en el Sur.

De modo que, cuando hice saber á mis amigos de allí que me marchaba á Tuskegree, que Booker Washington me había invitado á ir á su casa, y que, muy halagado, yo había aceptado la invitación, noté en ellos un gran asombro.

—¿Va usted á parar en casa de un negro?

—Ese negro es Booker T. Washington.

—No importa; es un negro.

*
* *

Partí. Se necesitan catorce horas de expreso para ir de la Nueva Orleans á Tuskegee.

Al día siguiente por la mañana llegué á Chegaw, donde hay que cambiar de tren. Unos cuantos kilómetros solamente separan esta estación de Tukesgee. Había allí dos salas de espera, una para los blancos y otra para los negros. El pequeño tren que me llevó se componía de dos coches solamente: uno para los blancos y otro para los negros

de los negros era innoble. Los asientos estabaa medio derrumbados: el forro, sucio, destrozado, hecho jirones, no tenía ya color: la crin, arrancada, se salía de los asientos y de los respaldos: en un rincón había una vieja estufa desfondada con un tubo de palastro. No he visto nunca nada más sórdido.

En la estación de Tukesgee, un profesor del Instituto me esperaba, y me llevó en un cochecito de ruedas livianas, por las huellas abiertas en el campo que sirven de caminos en casi toda esa comarca. Sin perder un momento, después de haberme hecho dejar la valija en casa de mi huésped, mi acompañante me dijo que tenía orden de mostrarme los edificios del Instituto, en tanto que regresaba el director. Tuskegee está también en los Estados Unidos y los minutos son preciosos.

Nos encontrábamos en medio de una vasta llanura rodeada de colinas verdes y risueñas. Sobre la falda de éstas se espaciaban casitas de madera, verdes y grises, resguardadas por un alero, rodeadas de galerías de madera y construidas á dos pies del suelo, sobre vigas.

El Instituto se compone de *sesenta* edificios separados.

Para comprender la importancia de esta cifra hay que tener presente que Booker Washington, el pobre esclavo que fundó el Instituto hace veintiún años, comenzó sin un centavo. Completamente entregado á su idea, se puso en campaña, se lanzó á predicar por todos los estados de la Unión, á predicar sus propósitos; hacer salir á la raza negra de su estado de ignorancia y de error, elevarla hasta la educación y la cultura, aumentar el valor de los diez millones de negros de los Estados Unidos, transformarlos en ciudadanos americanos dignos de los ciudadanos blancos y todo esto por medio del trabajo manual combinado con la educación moral y la ciencia.

La cosa no marchó sobre rieles desde el principio. Al empezar su cruzada, Booker Washington chocó ante todo con los de su misma raza, que lo consideraban como un enemigo. Efectivamente, desde su emancipación, los negros ambiciosos, los más desarrollados, se negaban á admitir que debían cultivar la tierra y trabajar con sus propias manos. Su sueño infantil era comprar grandes libros y hacerse estudiante de medicina ó de derecho. Desde que eran libres, no tenían que trabajar más. Y pasó mucho tiempo antes de que reaccionaran contra esta tendencia tan peligrosa.

En 1881 fué cuando comenzó su obra Booker Washington. Hace, pues, veintitres años, llegó á esta comarca desolada y solitaria, compró varios terrenos áridos con el producto de la primera suscripción, y edificó su primer taller. Hoy día, podemos contemplar allí todo un pueblo floreciente y un instituto modelo que cuenta con 1.400 alumnos.

Se reprocha á los negros de ser perezosos é inhábiles para los trabajos manuales. Booker Washington tiene orgullo en decir que los sesenta edificios que se alzan allí han sido construidos todos por negros, y con planos trazados también por negros.

El Instituto está dividido en tres grandes secciones: la sección académica (enseñanza primaria, dibujo, arquitectura y música), la sección

de agricultura y la sección de artes mecánicas. Los edificios están diseminados por la llanura, un poco á capricho, según me ha parecido; los de los varones están separados de los de las mujeres.

Hay una fábrica de ladrillos en la que se hacen tres millones por año. Trabajan en ella cincuenta negros. Viene luego el taller de hojalatería, el de estaño, el de fabricación de arneses, el de zapatería, el de fundición, el de ebanistería, el de carpintería, el de cerrajería, el de colchonería, el de imprenta, el de grabado, la clase de arquitectura, la de dibujo, la sastrería, el taller de pintura, el de electricidad, el de cestería, la clase de cocina, la de lavado, etc.

Me mostraron allí los trabajos de los alumnos. Pero lo que llamó más mi atención fué la seriedad de esos alumnos, su aplicación evidente, su deseo de aprender y de acertar; y también el celo de los profesores, todos negros, su ingenuo regocijo ante los resultados que consiguen, la fe que tienen en su misión; y, por sobre todas las cosas, la expresión de bondad y dulzura que observé en todos esos rostros negros con grandes ojos de esmalte blanco. Estoy positivamente convencido de que si el mismo sir Henry Stanley fuera á hacer una visita á esas clases, á examinar á esos alumnos negros, á conversar con sus profesores negros y con Booker T. Washington, saldría de Tuckegee lleno de confianza en la posibilidad de educar á esa raza, para la cual ha sido algunas veces tan severo.

De pués de los edificios destinados á los varones, están los de las mujeres: las clases de costura, de modista, de enfermera, de lavado, de planchado, de cocina, de colchonería, de cestería. He contado 40 modistas, 80 costureras de ropa blanca y 300 lavanderas y planchadoras. A las clases de cocina asisten las 500 alumnas del Instituto. Se les enseña, además, á manejar una casa, á poner la mesa y á recibir y dar recados.

Me mostraron después el hospital, muy bien cuidado, muy aseado, reluciente de blancura, pues todas sus paredes están pintadas de blanco y todas las camas son blancas, con sus pisos encerados, sin un grano de polvo, sus enfermeras de gorra y delantal blancos, y rostro de ébano serio y grave. Un poco más allá de este hospital hay tres casitas aisladas para los enfermos contagiosos.

Entramos ahora en los dominios de la agricultura. Trescientos son los alumnos que forman esta sección. En ella se les enseña, no solamente á sembrar, á dirigir las máquinas de labranza y de cosecha, sino también la bacteriología y la fisiología de los vegetales, la botánica, así como ciertas instrucciones prácticas para la desecación de tierras, abono de las mismas, alimentación de animales, y también su curación. Los alumnos tienen á su disposición un laboratorio: se les hace practicar en él experimentos de química agrícola y análisis de la naturaleza de diferentes tierras á fin de determinar la clase de abono más adecuado para ellas. Y muchas cosas más. No creo que haya en nuestras escuelas francesas nada mejor comprendido ni más completo que esto, como organización de la enseñanza agrícola.

La actividad del Instituto se extiende hasta el horizonte de la lla-

nura. Se ve en los campos muchachas de pollera colorada y bata azul ó rosa, y con sombrero de paja negra ó blanca, inclinadas sobre la tierra, escardando plantíos de cebolla. Rebaños de vacas y de carneros pastan en libertad en los prados que rodean los edificios-granjas; centenares de puercos negros y gordos, encerrados en corrales cercados de empalizadas; en otros se ven gallinas, gallos, pollos, gansos, patos, palomas. Carros cargados de abono y tirados por yuntas de bueyes se disponen á partir para los campos.

Ahí están también los tinglados para los instrumentos de labranza y para los vehículos, los establos y las caballerizas; todo blanco, todo limpio, de una limpieza ejemplar. Cada caballo tiene su box, cada vaca su pesebre. En el extremo del tinglado, y bajo el mismo techo, hay un salón de conferencias con su pizarrón negro, que sirve para la clase de hipiátrica. Al lado de los establos está la quesería. Varios negros con gorro blanco, pantalones y sacos también blancos, sin una sola mancha, trabajan allí con sus manos negras rayadas de rosa. Tienen ojos tan dulces, una expresión tal de bondad sencilla y de sumisión, que uno siente una simpatía irresistible por ellos. Y la leche, la manteca y el queso son allí exquisitos.

Por la noche, mi visita continúa, esta vez en compañía de la esposa de Booker Washington, una mulata grande y fuerte, de piel casi blanca, lindos dientes cuidados, sonriente, de porte distinguido, afable y solícita.

Visitamos los dormitorios de las alumnas.

Estos se hallan repartidos en varios edificios, de una veintena de piezas cada uno, y en estas piezas hay dos camas muy blancas, un lavatorio con su estera por delante, una alfombra en el centro de la pieza, un biombo cubierto de fotografías, libros por todas partes, flores sencillas sobre la chimenea. Los dormitorios de los varones son un poco menos coquetos, un poco menos cuidados, y las flores de papel reemplazan en ellos á las flores de los campos.

Mrs. Booker Washington me muestra las salas de baños y de duchas, y me hace saber que los alumnos están obligados á tomar dos baños por semana cuando menos. Pueden tomar todos los que quieran, sobre ese número; cuentan para ello con una piscina y con bañaderas en cantidad suficiente. Otra prescripción reglamentaria dispone que cada alumno debe tener su propio cepillo para dientes, y deben lavarse éstos dos veces por día. Tienen también que lavar, dos veces por semana, el piso de sus respectivas piezas.

A la hora de la comida pasamos al refectorio. Los 1.400 alumnos, varones y mujeres, ocupan siempre separados dos grandes salones provistos de largas mesas. Observo que todo el mundo come con la mayor propiedad. Las alumnas están coquetamente arregladas; los cuellos de los alumnos brillan como esmalte. Todos saben mantener el cuerpo erguido y asentar los puños en el borde de la mesa. Las conversaciones se hacen en voz moderada. Se advierte una disciplina perfecta, sin violencia, pero seria, y unánimemente aceptada.

*
* *

Al regreso de esta excursión Booker Washington me dice:

—Ha visitado ya usted todos los edificios y ha visto todo lo que se enseña en las treinta y dos secciones del Instituto. Aquí formamos obreros, profesores y también artistas, porque más de cuatrocientos alumnos siguen los cursos de dibujo, de música y arquitectura. Pero lo que quiero que usted tenga presente, sobre todo, es que todo alumno que entra aquí, rico ó pobre, está obligado á seguir, á parte del curso que haya elegido, los trabajos manuales. Porque lo que yo me he propuesto principalmente es encarecer á los ojos de los jóvenes el trabajo de la tierra y el del taller. El trabajo ennoblece y educa. Para los antiguos esclavos, el trabajo era el signo degradante de su inferioridad, y ellos trataban, como es natural, de eludirlo. Pero los que salen de aquí, los profesores que yo he formado y que envío á los estados del Sur para que traten de crear allí establecimientos como éste, parten convencidos de que, por el contrario, es el trabajo, el trabajo libre, el que ha de libertarlos moralmente, habilitados para llegar poco á poco á la igualdad con los blancos.

Pregunté á mi interlocutor si recibía á todos los alumnos que se le presentaban, ó solamente á los que podían pagarse el internado.

Me explica que los que pueden pagar entregan de 6 á 7 dólares por mes, y están obligados á pesar de esto á dos días de trabajo manual por semana, trabajo que se les paga á razón de medio dólar por día: los alumnos de esta clase son quinientos, poco más ó menos.

Los otros, los pobres, tienen que trabajar todos los dias en los talleres, y no asisten sino á las clases nocturnas. Se les paga un poco más de medio dólar por día, y de sus haberes se les descuenta 8 dólares mensuales, precio del internado. No se admiten alumnos, sean varones ó mujeres, sino de catorce años arriba; límite máximo no hay, por lo menos para las mujeres, pues he visto algunas que tenían veinticinco y treinta años.

Booker T. Washington tiene cuarenta y cuatro años. Es mediano de estatura y también de cuerpo. Su tinte no es negro, sino bronceado. Sus ojos son azul gris, muy claros, muy límpidos. Se afeita toda la barba; y su nariz muy levemente achatada, se abre sobre amplias ventanillas; el labio superior muy alejado de la base de la naríz, se levanta un poco hacia arriba, y el inferior no es demasiado grueso. Sus cabellos, muy cortos, son rizados. Las manos son lindas, finas, alargadas, y casi blancas. Su expresión general es muy enérgica, y resultaría brutal si no fuera la dulzura un poco soñadora de sus ojos y el pliegue bondadoso de su boca.

Por lo general, habla muy poco y con frases cortas, lo que hace bastante difícil su conversación. En esto es perfectamente americano. El americano tiene en su espíritu nocionos muy netas, pero muy breves, sobre las cosas y sobre las ideas; no generaliza casi nunca, porque la generalización exige condiciones imaginativas, y el pueblo americano está formado por hombres de acción. Nuestro apôstol es de estos hombres; su vida entera lo prueba. Sus estudios han tenido que ser cortos y sistemáticos, utilitarios, exactos y completamente prácticos.

Jules Huret.

DE AGRICULTURA

—=—

La guerra al árbol

Estudiando Zulueta, en su preccioso libro ***Los canales de riego (Manuale Soler)***, el problema hidráulico en España, señala como trabajo preliminar, indispensable para regularizar un poco la inconstancia del agua, esto que tenemos olvidado: «Repoblación del monte y encespedamiento de las vertientes para impedir que el agua de lluvia resbale rápidamente, causando erosiones en las laderas, y favorecer que la tierra se empape, se produzcan filtraciones á favor de las raices y por entre las hendeduras, y lograr que la superficie quede protegida contra la desecacación violenta, etc.»

El problema del agua en agricultura va unido al problema del árbol. Y, por desgracia, y esto sí que es rutina manifiesta, por desgracia, repito, hay entre la gente de nuestros campos, y aun entre las gentes de las ciudades, una incalificable aversión á los árboles. Parece que son nuestros más encarnizados enemigos. Profesamos al árbol un odio que es demostración de incultura, de inconsciencia, de semibarbarie.

De estas costumbres abominables toma la Naturaleza cruel venganza. Suprimido el árbol, queda suprimida una causa permanente de evaporación activa, de humedad atmosférica. Así se suprime una condición natural favorable á las lluvias, porque sin humedad no llueve.

Suprimido el árbol, ó en general la planta, queda suprimida la vastísima red de raicillas que penetran en la tierra, que la minan, que detienen y aprisionan el agua, que rigularizan un poco la humedad.

¿Por qué esa guerra al árbol, que es el amigo del agricultor? ¿Por qué ese afán criminoso de destruir una riqueza que á su vez aumenta productividad del terreno? ¡No lo entiendo!

En el problema agrícola hay que atender á muchos factores á la vez. Es un problema muy complejo; es «función de muchas variables», que diría un matemático, y por no estudiarlas como se debe damos tantos palos de ciego. No llueve bastante, ó llueve mal; pero... ¿acaso tendremos todos, acaso tendrán los labradores algo de culga?

La repoblación de los montes constituye un problema nacional de grandísimo interés agrícola. Esa repoblación es obra del Estado, en primer término; pero es obra á la cual no pueden ni deben ser ex-

traños los labradores. Estos, con más amor al arbolado, con mejor conocimiento de su importancia, con algún celo para evitar la destrucción de lo que existe y con un poco de interés para fomentar lo que falta, podrían hacer, sin gran esfuerzo, sin dispendios, sin sacrificios, una buena obra, una obra patriótica. ¿Por qué no lo hacen?

Los maestros de primera enseñanza van introduciendo en bastantes escuelas la llamada «fiesta del árbol». Es una buena idea por lo que significa; pero será una idea estéril si no tiene más alcance que una simple ostentación, si no cuenta con el favor y con la protección de los pueblos.

En suma y para terminar: es preciso á toda costa fomentar el arbolado como medio indirecto de poner un poco de orden á las lluvias.

***

Los abonos y los árboles

Tienen nuestros labradores, muchos de ellos por lo menos, la singular creencia de que los árboles frutales no necesitan abonos. ¡No están en lo cierto! Cada cosecha de frutas arranca del suelo grandes cantidades de ácido fosfórico, de potasa, de nitrógeno, etc. Cierto que el árbol, merced á sus grandes y poderosas raices, extendidas á gran profundidad, toma esas materias y se defiende como puede. Pero es á costa de la disminución de las cosechas y á costa del envejecimiento prematuro del árbol.

Según Barth y Steglich, un árbol frutal en plena producción, por cada metro cuadrado de superficie que cubre su copa, necesita como término medio 17 gramos de nitrógeno, 5 de ácido fosfórico, 22 de potasa y 40 de cal.

¿Qué ha de ocurrir si no se devuelven á la tierra esas sustancias?

El agotamiento del suelo, la esterilidad, la escasez de las cosechas, la pequeñez y mala clase del fruto, etc., etc.

Dada la composición media del estiércol de cuadra, serían necesarios, para devolver al suelo las sustancias fertilizantes mencionadas, cuatro y medio kilógramos por metro, ó sean 45.000 kilógramos por hectárea y año. Ciertamente para disponer de estiércol en tan grandes proporciones es menester gran cantidad de ganado, lo cual no siempre es posible.

Esta escasez debe suplirse con abonos químicos. Wagner, después de muchos experiencias, aconseja las dos fórmulas que siguen, según la naturaleza de los terrenos, como suficientes ambas para satisfacer las necesidades de la vegetación arbórea.

Primera fórmula; cantidades por metro cuadrado: escorias de defosforación, 40 á 60 gramos; cloruro de potasa, 20 á 30 gramos; nitrato de sosa, 20 á 50 gramos.

Segunda fórmula; proporciones por metro cuadrado: superfosfato de cal (14/16), 40 á 50 gramos; cloruro de potasa, 20 á 30 gramos; nitrato de sosa, 20 á 50 gramos.

El superfosfato, las escorias y el cloruro de potasa deben aplicarse en la época actual, esto es, en otoño ó en invierno; el nitrato se echa más adelante, en primamera, en una ó dos veces, según lo exige la vegetación. El nitrato de sosa es una sal muy soluble en el agua. Si se aplicase actualmente, las lluvias de invierno producirían la disolución y el arrastre de gran cantidad de nitrato, perdiéndose, por tanto, para el cultivo.

La aplicación del abono químico no excluye, ni mucho menos, el uso del estiércol. ¡Muy al contrario! Del estiércol no debe prescindirse, aunque sólo sea en años alternados y aunque sea en menores cantidades. El estiércol comunica á las tierras, singularmente á las arcillosas y húmedas, excelentes condiciones físicas, además del afecto fertilizante.

Resúmen: los árboles frutales necesitan, como todas las plantas, sustancia nutritiva, que, como siempre, son ácido fosfórico, potasa, cal y nitrógeno. ¿Se quieren buenas y lucrativas cosechas? Pues hay que aplicar abonos.

Entre el que se destruye un árbol brutalmente y el que lo deja morir y agotarse, hay bastante diferencia moral; pero... ¡pero el resultado es el mismo! No lo olviden los que cultivan y explotan árboles.

LITERATURA MALLORQUINA

PALAU Y COLL

Su drama LA CAMPANA

Hace días, al cruzar yo por la Rambla, encontré á Palau y Coll. Es Palau y Coll un buen amigo de los jóvenes. Menos egoista que la juventud actual,—sobrado desdeñosa con los viejos «maestros»—Palau y Coll, sin renegar nunca de su escuela literaria, siente por los escritores jóvenes de hoy y por las nuevas tendencias del arte verdadera simpatía. Simpatía hermosa doblemente en un viejo que no tiene nada ya que fiar en el día de mañana, y en un escritor que vé en las generaciones nuevas nombres y prestigios que vienen á sustituir glorias y nombres de ayer; su nombre y su gloria misma.

Porque Palau y Coll, es una de las pocas figuras consagradas que quedan en pie de nuestro romanticismo literario. Los hombres de ahora han olvidado algo el apellido de ese poeta que un día, á raiz del estreno de «La campana», fué popular en toda la Península. Estrenaron la obra Lamadrid y Valero. Se estrenó en la corte.

El éxito fué grande y expontáneo. Desde entonces ha pasado mucho tiempo, mucho.

Han cambiado los hombres, las costumbres, las tendencias literarias. Pero «La campana» no ha caído en olvido. De tarde en tarde aparece ahí, en los carteles de los teatros. Hoy la traducción italiana de Carlos Duce, y la rapresentación de la Vitaliani prestan á la obra un nuevo interés.

El drama es un episodio de la historia de Mallorca.

Es una obra juvenil, llena de ardimiento, de ímpetu. A través de la versificación no siempre correcta pero siempre movida y brillante, vibra el alma romántica, que entusiasmó y arrastró á la España de otros días.

Palau y Coll vive actualmente retirado en Mallorca, su isla. El poeta que cantó la desesperación de doña Constanza y la fidelidad de Centellas, firma hoy escrituras. Es notario.

Sería injusto examinar y juzgar la obra con el criterio que hoy precisa en arte; é injusto sería también exigir de nuestro público, los entusiasmos con que el público de otros acogió la obra el día del estreno.

Tiene «La campana de la Almudaina» muchos de los defectos de los dramas de su época: las coincidencias, los apartes, las entradas y sa-

lidas en escena sin explicación alguna. Tiene, en cambio, las situaciones de verdadera fuerza dramática. Ejemplo, la escena de doña Constanza y Centellas, en el segundo acto. Pero son dos ó tres escenas aisladas, mudas. Y eso hoy no satisface ya ni á la crítica ni al público.

Hoy la emoción de la obra dramática se fía al conjunto, al ambiente total, á los pequeños detalles, á las escenas sin importancia, al parecer, que completan los caracteres y preparan las situaciones culminantes.

De la traducción poco hemos de decir. Duse ha procurado trasladar la obra al italiano lo más fielmente posible. Pero eso no basta. En producciones como «La Campana», el verso es una buena ayuda, algo que justifica los gestos y ademanes solemnes que en «prosa» hacen sonreir al público más benévolo. La misma fidelidad acaso haya perjudicado á la traducción. Versos, como los de «La Campana», vertidos en prosa fielmente, no pueden dar más que una prosa retórica, hinchada, que concluye por fatigar.

*
* *

TORRENDELL

Su drama DOS ESPERITS

Torrondell tiene un nombre conquistado en el teatro catalán. *Los encarrilats*, drama estrenado hace dos años en Romea le valió un éxito espontáneo que fué una consagración para el escritor.

Influido indudablemente por Ibsen, sus dramas estriban en algo más que en un simple conflicto de amores. Espíritu bueno, ámplio y enamorado de la justicia y de la verdad, cada una de sus obras es una protesta. En *Los encarrilats* se reveló contra el caciquismo, contra la mansedumbre del pobre rebaño que, á trueque de las migajas que matan el hambre, sacrifican al señor del pueblo, al amo indiscutible, ideales y aspiraciones.

En *Els dos esperits* la lucha se establece entre el alma vieja, contenta con lo presente, y el alma redentora, inquieta, atormentada por anhelos de amor universal que una á todos los hombres y santifique el trabajo. Prescindiendo de detalles, *Els dos esperits* no son más que otro aspecto de la lucha planteada en los *Encarrilats*. En *Els dos esperits* el choque entre esas dos tendencias y modo de ser aparecen planteadas en términos más amplios. El autor cala más hondo.

Tal vez eso mismo perjudica la obra. En ella el dramaturgo cede el paso muchas veces al periodista y al escritor, que protesta violentamente contra los vicios de la sociedad actual.

En ciertas escenas se ve que el autor atiende más que á la finalidad del drama como obra artística, á la tendencia social, que se propone defender. La escena, en sus manos, es un medio, un arma. Prueba de ello es el lenguaje de los mismos personajes. Por boca de ellos habla á me-

nudo el mismo autor, y habla como un literato, con estilo casi siempre hermoso, pero no siempre en consonancia con la realidad. De aquí que á veces resultan lánguidas y de poco interés algunas escenas.

Será esto inexperiencia ó será propósito deliberado del actor. No lo sé. Verdaderamente los dramas de esta índole, son poco viables para un público como el nuestro, indiferente, en su mayoría, á las precauciones y conflictos de la lucha social. No basta que de la tendencia de la obra se desprendan los caracteres de la obra misma. Hay que declararla, hay que «predicar» por boca de alguno de los personajes. Galdós ha tenido que adoptar ese procedimiento, con menoscabo del valor artístico de sus dramas, cada vez que ha intentado mover y dirigir la opinión.

A parte de esos defectos, Torrendell se revela en su obra como psicólogo y como poeta. Hay detalles muy bien observados y notas de verdadera originalidad.

M. Sarmiento.

Los rompe-cabezas de un gabinete

Tanto en la isla de Tenerife, como en la Gran Canaria se han encontrado varias petrificaciones, ó reliquias de diversos vegetales que ponen en tortura la imaginación de las personas estudiosas.

Sabido es, que en los tiempos anteriores á la Conquista de Canarias, ó sea antes del siglo XI, entre los vegetales de estas islas no se encontraron ni el naranjo, ni el limon, ni la vid, ni los garbanzos. Ricas en variedades, ninguno de estos vegetales eran conocidos aquí.

Pues bien: entre las petrificaciones encontradas en las citadas dos islas se han reconocido claramente todos esos mismos vegetales, esto es, el *naranjo*, *el limón*, *la vid* y los *garbanzos*, todos muy bien impresos en la cal y enracimados entre sí.

De todo esto se deduce que hubo un tiempo en que en la tierra canaria se criaban esas plantas y árboles, y que luego desaparecieron, quedando vestigios en esas petrificaciones, donde, como en un libro, leemos los secretos de esta región.

Y no se vaya á creer que tales petrificaciones son del otro dia, como se suele decir; pertenecen á una época remota á partir algunos siglos antes del siglo XV, que nada tienen que ver con los vegetales de la misma naturaleza que hoy se producen en Canarias.

¿Y qué consecuencia pudiera sacarse de la existencia de tales vegetales?

No es creible que acá los trajera nadie. Ellos deben ser producto del suelo donde han sido encontrados, y no hay que ir á buscar su origen á extrañas tierras.

Su presencia acusa la existencia de una región de la cual eran peculiares esos árboles y plantas, y que esa región, sufriendo trastornos geográficos, con ellos fuera despojada de tales vegetales.

Para decirlo de una vez, esa región hipotética no podia ser otra que la Atlántica, donde el divino Platón nos revela la existencia de extraños vegetales á los encontrados aquí antes de la Conquista, que debieron desaparecer en la catástrofe, como debieron desaparecer también ciertos animales no quedando de la especie otra cosa que cabras, ovejas perros, puercos y conejos, únicos que los guanches conocían.

Más si se encontrase otra hipótesis más ingeniosa ó racional que responda con más precisión á ese rompe-cabezas, yo seré el primero en respetarla, dirigiendo mis aplausos al autor.

ANTONIO M.ª MANRIQUE

DE LA HISTORIA DE CANARIAS

Documentos inéditos

(De la Biblioteca de D. Agustín Millares)

El manuscrito del B. Romero del que forma parte los documentos que empezamos hoy á publicar lleva los siguientes títulos:

I—Diario y Relación de los viajes del Bachiller D. Isidoro Romero y Ceballos desde abril de 1760 hasta agosto de 1772 con una breve descripción de todas las Ciudades, Islas, Villas, Lugares, Puentes, Montes, Rios, Cumbres y Valles del tránsito y en que se incluye la de su patria Caracas. Escribiolo el mismo Bachiller, su autor, año de 1774, valiéndose de las memorias q. pa. ello habia hecho.

II—Diario desde 1772 á 1779.

III—Viajes á España de los Licenciados D. Isidoro Romero y D. Antonio Romero y Rivero y á otras partes.

IV—Continuación del Diario de D. Antonio Romero.

De estos curiosos manuscritos publicaremos en EL MUSEO *la parte segunda que es la que se refiere á la historia de las Canarias.*

Diario del Bachiller D. Isidoro Romero Ceballos

CAPÍTULO PRIMERO

Dáse una diaria histórica noticia de lo que va acaheciendo en Canarias y al autor desde el 1772 hasta fines de el de 1779

INTRODUCCIÓN.

Habiéndose concluido y cumplido yó lo que propuse escribir á el principio de este tomo, se hace preciso ahora separar como un nuevo tratado y con distinto título la obra que he hecho ánimo de emprender anotando lo que de más consideración aconteciese en Canaria según se previene en el tituto de arriba y no tengo en esto mas fin que el de satisfacer una poderosa inclinación que me arrastra á perpetuar la memoria de los sucesos que puedan ilustrar con el tiempo las historias de estas islas, supuesto lo cual empezaré des-

de este año de 1773 pues hasta el de 72 se estendió la obra que queda atrás concluida

El año 1773.

El año de 1773 fué razonable la cosecha de la isla de Canaria y tambien en las islas de Fuerteventura y Lanzarote pues se regresaron á ellas algunos que estaban como avecindados ya en aquella.

En el de 1774 tambien fué buena la cosecha pero el verano largo de suerte que las primeras lluvias de consideracion fueron el dia 15 de Noviembre; no volvió á llover hasta el dia 13 de Diciembre, pero desde este dia hasta el fin de él hubo con frecuencia abundantes aguaceros y uno ó dos dias horrorosos truenos y relámpagos con vientos recios y las mas de las lluvias fueron del sud.

En 1775.

En los dias 26, 27 y 28 de Febrero de 1775 llovió general y abundantemente en todas siete islas. En la de Canaria se esperimentaron al mismo tiempo recios huracanes, granizos en las costas y en las cumbres cayó mucha nieve que no fué de muy buenas concecuencias pues inmediatamente se originó una como epidemia de catarros pero sin caracter maligno. La cementera fué tan fertil que yo mismo conté ciento y cinco hijos á un pié de cebada en el lomo del Capón que habia poco tiempo que lo habian rompido para cultivarlo.

Nueva moneda canaria.

En este mismo año desde España llegó á el puerto de la Luz de Canaria el Exctmo Sr. D. Eugenio Fernandez de Alvarado, Marqués de Tabalosos que vino en calidad de Comandante general de estas islas en lugar de D. Miguel Lopez Heredia que fué llamado á España para donde se embarcó muy después que su sucesor estaba en la dicha isla de Canaria. Inmediatamente se recibió en la Real Audiencia órden de recojer toda la moneda provincial de plata que corria en todas las islas y dió en retorno otra tanta porción de la moneda de plata y cobre provincial de dicha España con el valor de su vellón.

Casa de Mederos.

En este mismo año por el mes de Octubre se concluyó en el lomo de Mederos propio del Cortijo de D.ª Ana y D.ª Gerónima Romero y Rivero mis tias las dos salas nuevas y cocina que hay allí que mis porfiadas instancias y solicitud alcanzaron de dichas señoras ce resolvieran á edificar.

El dia 18 de Febrero de 1776 contraje matrimonio por poder en la isla de Fuerteventura con D.ª Josefa de Magdaleno Strada y Sanchez hija del Capitán D. José Agustin de Magdaleno y de D.ª Maria de Strada y Sanchez.

Tabardillo.

A principios de Junio de este mismo año me sorprendió una

muy grave enfermedad con síntomas de calentura muy ardiente y costado de calor á el pecho; pero permitió S. M. á quién doy gracias que con dos sangrias y frecuentes horchatas y limonadas me restablecí con brevedad y volvi á mi antigua y robusta salud y se advierte que habia un mes que hice 25 años

LLEGADA DE D.ª JOSEFA MAGDALENO.

En 11 de Septiembre de este año llegó á el puerto de la Luz la enunciada mi esposa á quien acompañaba su hermano el Teniente Capitan de milicias D. Antonio Magdaleno quien no se regresó á la isla de Fuerteventura hasta Marzo del siguiente.

AÑO 1776.

En este mismo año fueron nombrados por diputados de abastos de esta Ciudad D. Agustin Jaques, alguacil mayor de la Real Audiencia y D. Francisco Palacios y habiendo pasado este comisario de guerra á Sta. Cruz ocupó su lugar el Capitan comandante de artilleros milicianos D. Francisco Ascanio y Síndico D. Pedro Rusell.

MAJUELO EN LA ATALAYA.

Entró el año de 1777 y la cosecha fué mediana; en el mes de Febrero planté el majuelito en la suerte de las dos que tengo en el pago de la Atalaya en la punta mas meridional de las que se avanzan á las goteras y tuve de costo 13 pesos y 2 rpta.

NACIMIENTO DE PABLO.

A 30 de Junio á las 4 y media de la tarde nació mi hijo primogénito; fué bauptisado el día martes 7 de Julio; y le hechó el agua el Licdo D. Tomás de Quevedo, Cápellán Real de la Sta. Iglesia, fué su padrino el Sr. D. Francisco Volcán, racionero en la Sta Iglesia y se le pusieron los nombres de Pablo, Juan, Antonio, Rafael, Mariano del Pino.

COSECHA DE INVIERNO.

Para este año eligieron por diputados de esta Ciudad á D. Pedro Ferrera y á mí y por Síndico á D. Francisco Navarro y en el mismo desde Enero se me mandó poner los Cordones de cadete de la segunda compañia del batallón de esta Capital. La cosecha fué menos que regular y el invierno empezó en Noviembre muy crudo y siguió así hasta que concluyó el año y entró el de 1778.

INVIERNO CRUDO.

No moderó su rigor el invierno con la entrada del año de 1778, siguió con la misma aspereza tan tenáz que hasta fines de Mayo se puede aseverar que no hubo ocho dias constantes de serenidad; ningún viejo hacia memoria de haber esperimentado otro igual en Canaria; corrieron muchos vientos impetuosos las lluvias continuadas y tempestuosas y con recios truenos; una centella cayó é hirió una palma en el barrio del Sr. San José de esta ciudad y la se-

có; las cumbres quedaron por dos ocasiones cubiertas con una prodigiosa porción de nieve que contra lo que regularmente acontece en esta isla duró mucha parte de ella mas de un mes sín deshacerse por cuya causa los aires se experimentaron muy frios y crudos. La cosecha fué muy feliz en las costas y en la isla de Lanzarote y Fuerteventura pero en las cumbres y medianias de Canaria hubo mucha pérdida de ganados con especialidad de los menores y de lana, la misma suerte tuvieron las sementeras pero en abundancia de mostos fué general la cosecha en todas siete islas cuya felicidad no esperimentaron con tanta satisfaccion tiempo ha en este fruto.

ECLIPSE DE SOL.

En uno de los días de la octava de Corpus de este año á las tres y media de la tarde hubo eclipse de sol pero no total pero parece no fué de muy favorables consecuencias como se irá viendo; las brisas fueron tenaces, impetuosas y porfiadas casi hasta Septiembre sin que por eso hubiera dejado de ser calorisísimo y largo el verano, á los fines de él se radicaron unos vientos le suestes con todas las señales de fatalidad; eran notablemente secos, ardientes y zofocativos, por donde quiera llevaban la desvastacion en su misma fuerza y displicencia; hubieran sido menos sencibles si hubieran durado poco, reinaron como en su trono todo el invierno y la esperiencia que se tiene de su mal caracter en todas las islas les hacia temer sus malos efectos: presto se empezaron á esperimentar

ENTRADA DE LA LANGOSTA.

El dia 15 de Noviembre de este dicho año se dió cuenta al señor corregidor que lo era D. Ignacio Joaquin de Montalvo de que por varias partes de la isla desembarcaba mucha porcion de langosta con cuyo aviso se llamó á Cabildo y se acordó se practicase cuanto en semejantes accidentes siempre se habia practicado y poco los gastos se libraron todos los caudales de propios después de los arbitrios con calidad de reintegro y fenecidos estos los que previene la Real instrucción del año de 1755 ó 57. Entró igualmente en todas las demás islas y en esta por donde desembarcaba mas era por las playas del Carrizal.

Con este motivo se volvió á llamar á Cabildo y se acordó que el Regidor D. Bartolomé Dantes y yo pasásemos en calidad de comisionados del Sr. Corregidor á aquel lugar á providenciar los medios del exterminio de tan terrible azote; fué aprobada esta comisión por la Real Audiencia y en su consecuencia me resolví á obedecer y ejecutar lo que consta del diario siguiente:

EN GANDO Y CARRIZAL.

El dia 19 de Noviembre habiendo elegido para que me acompañase á el Escribano D. Miguel Villanueva, salí de la ciudad y llegué á Telde despues de las oraciones; le hice saber á dicho Dantes

la elección que habia hecho el Sr. Corregidor de su persona como primer comisionado lo que no aceptó dando por escusa el hallarse muy quebrantado, por la mañana del dia 20 me puse en camino habiendo antes prevenido á el Alcalde de lo que debia ejecutar en caso de que fuese necesario valerse de sus súbditos para matar la cigarra. Hasta el barranco de Silva no se vieron, las primeras eran en poco número pero habia algunas mas en las riveras de Gando; reconocimos el castillo y desde él todas aquellas playas; no habia indicio de actual desembarco y si mucha porcion de este insecto muerto y ahogado en ellas; costeamos la rivera hacia el sud hasta llegar á la montaña del Burrero; á la parte oeste de ella hay un monte de Tabaibas y á el abrigo de él habia una plaga, pero era nada en comparacion de las que habia en las imediaciones del lugar del Carrizal, las paredes, árboles y solanas de aquellos cercados tenian enteramente cubierta su tez natural con una gruesa pilla de estos animalejos, pero de las primeras casas no pasaba este azote. A las 2 de la tarde llegue á Agüimes. Luego in continenti despaché al Sr. Corregidor dándole de todo propio, y otro al Alcalde de Telde para que mandase aquella noche gentes, costales y refrescos para ella.

La noche de este dia se juntó bastante gente de las 3 jurisdicciones de Telde, Agüimes y el Carrizal; por la falta de costales no se llenaron sino ocho pero si se hubiera ensacado la que se quemó y mató de palos en donde dicen las Rosas, se hubieran llenado muchos más.

A Agüimes volví á comer, pero me quedé sorprendido cuando á las 2 de la tarde del dia 21 la vi entrar ya en Agüimes y en un instante mudar de color los tejados, paredes y huertas, las que se habia posado, pero habiendo hecho noche la mayor parte en un barranquillo que llaman de Adeje, di órden de que aquella noche se hiciera la mortandad en él; como en efecto la gente del Ingenio y de Agüimes que fué la que solo concurrió esta noche cojieron 12 costales que hice enterrar en zanjas de una vara de profunnidad porque el terreno no permitia cavar más. El dia antes escribí á el Alcalde de Tirajana ordenándole que de no haber en toda su jurisdicción langosta que viniese ó mandase su gente á ayudar á la de Agüimes. Di tambien órden á el Alcalde de aguas de esta jurisdicción que hiciese limpiar las acequias de la que hubiese caido dentro no inficcionase el agua que bebian los vecinos.

Nuestros poetas

DEL TIEMPO VIEJO

Las nuevas de aquesta tierra
No hay contarse de una en una,
Que será cosa importuna;
Poca paz y mucha guerra,
Sin haber guerra ninguna...
El seso á la portuguesa,
La bebida á la francesa,
El sueño á la Borgoñona,
El vestido á la valona,
Y los hurtos á la inglesa...
Quien la Gran Canaria vió
Y ve agora cual está,
Dirá lo que digo yo,
Que no la conocerá,
La madre que la parió.
Mas, volviéndole su honor
A la patria, sino yerra
La afición, digo señor,
Que lo malo de esta tierra
Es del mundo lo mejor.

Bartolomé Cairasco de Figueroa

LA MEDICINA

Algo sobre la sal común

En el número últimamente recibido de «Le Correspondant», hallamos las noticias siguientes, que son no ya solo curiosas, sino de interés verdadero, por referirse á la conservación de la salud.

Es la sal marina, como saben todos, un alimento y un codimento evidentemente beneficioso, en la mayor parte de los casos, á nuestra economía orgánica. Ocurre, no obstante, en ocasiones, según ha demostrado una eminencia médica, M. Widal, en comunicación enviada á la Sociedad de Biología, que el empleo de ese mineral, de uso tan generalizado, puede resultar muy nocivo, especialmente á los que padecen albuminuria ó tienen predisposición para padecerla.

El susodicho médico M. Widal, ayudado en sus trabajos por M. Javal, ha estudiado por espacio de setenta y dos dias los efectos producidos por la sal marina en un enfermo de nefritis *epitelial*. Se hizo variar bruscamente, en repetidos ensayos, la cantidad de cloruro administrada en el régimen. El peso del paciente oscilaba, durante el curso de la experimentación, entre los límites máximo y mínimo de 66 y 56 kilógramos. En el momento en que, en su período ascendente bajo la influencia de la sal, excedia el peso de 62 kilógramos, aparecía el edema; viceversa cuando, en virtud de la privación de la sal, disminuia el peso en un solo kilógramo, desaparecía el edema. De esta suerte daba la romana el medio de prever, casi á día fijo, la presentación del edema. El aumento de la albuminuria variaba siempre, constantemente en la proporción que la hidratación y la cloruración de los tejidos.

Es evidente, por lo tanto, que los cloruros ejercen influencia decisiva en la producción de algunos edemas, y lo es asimismo que la sal común puede resultar en tales ocasiones alimento peligroso como sustancialmente patogénico.

El mismo M. Widal menciona el caso de un enfermo que desde la iniciación de su nifritis no podia utilizar alimentación sólida sin que los edemas apareciesen y se acrecentase la albuminuria; desapareciendo los edemas y experimentando la albuminuria visible disminución con solo someter algunos días al paciente á regimen lácteo.

Pero lo más curioso, y sin duda lo más interesante para la observación científica de este caso patológico, era que se podía, aun dentro del regimen lácteo, aumentar ó disminuir los síntonas de esa dolencia, á voluntad del enfermo ó del médico. Era suficiente para lograr estos distintos resultados aumentar ó disminuir las dosis de sal en la leche.

Por el contrario, con una alimentación de 400 gramos de carne negra y cruda, de 500 gramos de pan, ó de 1.000 gramos de patata, se lo-

graba fácilmente que desaparecieran los edemas y que disminuyese la albuminuria.

Dignos parecen, efectivamente, de fijar la atención de los hombres de ciencia y aún de los profanos (pues á unos y á otros por igual afectan) estos singulares y opuestos resultados para la obtención de los cuales bastaba, según las observaciones de los Sres. Widal y Javal, invertir la cloruración ordinaria de los regimenes respectivos. El uso de 10 gramos de cloruro de sodio *(sal común)* disueltos á diario en la leche, convertian este líquido en el medicamento más nocivo; la supresión de la sal en el regimen de carne le quitaba sus efectos dañinos.

Dedúcese, pues, que muy á menudo la naturaleza de las materias alimenticias importa menos que las cantidades de sal.

La leche administrada en el curso de las nefritis, probablemente produce buenos efectos, más que por sus condiciones propias, por la escasez de cloruro de sodio en ella contenida.

Compréndese bien, y esta deducción es muy para tenida en cuenta, que la residencia en puntos próximos al mar está contraindicada y puede ser funesta á los que padecen albuminuria.

Dedúcese también—según opina monsieur Henry de Parville—que hasta ahora se ha hecho distinción algo superficial entre el regimen de carnes blancas y el de carnes negras. Fisiólogos hay, y muchos y de autoridad indiscutible, que después de recientes estudios y de cuidadosa observación en los resultados, afirman que no existe diferencia alguna entre él un regimen y el otro. Posible es, y hasta se considera probable, que las variaciones advertidas solo reconozcan por causa las distintas cantidades de sal contenida en las carnes empleadas para el alimento del enfermo.

Para los que viven en ciudades marítimas las observaciones de M. Widal pueden ser aviso provechoso y saludable advertencia, si se hallan propensos á contraer esa dolencia.

EL TRATADO ANGLO-FRANCES
Y LAS ISLAS CANARIAS

No es mi intencion analizar el tratado en toda su integridad: Me basta consignar que lo considero natural porque España no dispone de fuerzas ni se encuentra en condiciones, para realizar en Marruecos la misión confiada á la república vecina. Por otra parte, tengo la íntima convicción de que nuestro Gobierno conocía esas negociaciones y quizá, quizá, la venida del Sr. León y Castillo á Madrid fuese para dar cuenta de lo que poco después hubo de hacerse público.

Ahora bien: Hemos entrado en el momento más agudo de la cuestión, porque el art. 8.° estipula textualmente:

«Los dos gobiernos francés é inglés, inspirándose en sus sentimientos sinceramente amistosos hacia España, tendrán particular consideración á los particulares intereses de la misma, por su posición geográfica y sus posesiones territoriales en la costa mediterránea de Marruecos, y *respecto á los cuales el Gobierno francés se entenderá con el Gobierno español*.»

Si nos fijamos en los intereses españoles creados en el litoral de Marruecos; si atendemos al naciente comercio entre Canarias y la cercana costa de Africa; si deseamos proteger los barquitos isleños, andaluces y moros que á la pesca se dedican, y si es conveniente multiplicar nuestras numerosas colonias establecidas en el Imperio del Mogreb, es indispensable que ese concierto con el Gobierno español garantice y desarrolle las rudimentarias manifestaciones que nuestra acción individual ha marcado en Africa.

Para entonces, para después de ese concierto con Francia, será la ocasion de aplaudir y censurar, y por lo que respecta á Canarias, por lo que se refere al concepto que en la península se tiene de nuestras islas, el tratado anglo-francés es bueno, es tan magnífico, que desde la conquista de Canarias no se ha conseguido para las islas reforma más beneficiosísima.

Y voy á probarlo con cuatro razones:

1.° El tratado anglo-francés hará que estos Estados protejan siempre la actual nacionalidad de Canarias contra cualquier potencia, como Alemania ó los Estedos Uuidos, que serian vecinos del Occidente africano más peligrosos que nosotros.

2.° La preponderancia de la República francesa en Marruecos nos conviene más que la inglesa, porque si la de ésta hubiese triunfado, estaria Canarias más rodeada por «líbras esterlinas,» y en el dia que ocurriese un rompimiento de relaciones entre los contratantes, difícil-

mente podríamos impedir la absorcion por Inglaterra. En la forma del tratado actual ambas naciones resultan equilibradas en aquellas aguas, y cuidarán mucho, en caso de guerra, de no cometer desafueros en las islas para que España no incline la balanza á favor de la más respetuosa con nosotros.

3.º La acción comercial de Francia en Marruecos, los trabajos públicos que allí se comenzarán y las grandes empresas que se establezcan, es fácil que reditúen á Canarias beneficiosas «salpicaduras» de ese comercio, ese trabajo y ese capital, abriendo nuevas relaciones exteriores á lo que hoy solo es exclusiva relación con Inglaterra.

4.º Civilizado Marruecos y abiertos al comercio sus puertos, Canarias será la escala obligada de los barcos que han de cruzar el mar en todas direcciones y entre tres continentes.

Una sola desventaja encierra ese tratado que neutraliza los beneficios de la cuarta razón que acabamos de exponer, y es que en los campos marroquíes se pueden cultivar plátanos, tomates, patatas y cuantss productos da Canarias. Será Marruecos, por tanto, como aquella química que acabó con la cochinilla, pero nosotros no debemos condenar jamás los adelantos de la ciencia que entonces nos privó de una riqueza, ni podemos impedir el progreso en el tiempo ni la civilización en el espacio.

Garantida, pues, hoy más que ayer, la nacionalidad de Canarias y favorecido su desarrollo comercial ¿no es justo afirmar que es el bebeneficio más grande que las islas han recibido?

R. Ruiz Benítez de Lugo

LIBROS

Blasco Ibáñez

LA CATEDRAL, ÚLTIMA NOVELA POR VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Desde los arrozales de la Albufera, desde aquellas tristes aldeas de *cañas y barro* de la laguna valenciana, condúcenos Blasco Ibañez á la famosa catedral de Toledo, uno de los últimos asilos del viejo espíritu español.

Este simbolismo de la catedral; la animación panteísta del gigante monumento de piedra, hecho imagen y espíritu, como las animaciones de las antiguas teogonías, tiene ya muy hermosos antecedentes en la literatura.

Ya en *Nuestra Señora de París* y en *El Ensueño* hicieron Hugo y Zola del templo el *alma mater* de sus creaciones, la máquina viva de sus novelas. Pero lo que en la obra del gran poeta sirve de tema para un

estudio histórico y en la novela de Zola de escenario para un cuento de amor, conviértese en el libro de Blasco Ibañez, en un completo símbolo nacional, en una gran figura elocuente, monumento vivo de la España tradicional.

Gabriel Luna, el protagonista, el hijo y nieto de oscuros servidores de la Iglesia, educado en los claustros de la Catedral y en las aulas del Seminario; ahito de teología y umanidades, soldado de la vieja fe en las filas de don Carlos; convertido en la emigración á la nueva fe científica, evolucionando rápidamente, merced al influjo de París y de los libros desde el dulce humanismo de Renan hasta los revolucionarios dogmas de Marx y Bakounine; este Gabriel Luna, anarquista teórico, apóstol de las muchedumbres, perseguido y condenado por la justicia, martirizado en Montjuich, arrojado por la marea de la lucha al plácido rincon de la Catedral, en donde predica como un profeta y muere como ladrón de joyas sagradas, en un último arranque de abnegación, de suprema honradez; este personaje simbólico y algo leyendesco, pariente próximo de los Froment, de Zola, constituye, con la Catedral, la novela.

Los demás personajes, muy bien creados por cierto, son de interés secundario. Los símbolos son en esta novela el todo: Gabriel Luna y La Catedral.

Luna es la encarnación del nuevo Mesianismo, religión. Es un apóstol de ese moderno ebionisme que crece como una marea para futuro castigo de los egoistas de la tierra; un eco de la voz antigua que vibró con acentos apocalípticos contra los poderosos, contra los ricos, contra los mercaderes del templo. Impregnado Luna de ese escepticismo activo de que hablaba Gœthe, mezcla de desengaño filosófico y de fe profunda en reivindicaciones sociales; convertido, según decía Campoamor, en *ateo por bondad*, representa el nuevo dogma medio religioso, medio social, que tan rápidamente hace su invación en España antes de haber saboreado los españoles los frutos de una verdadera y justa libertad, al revés de otros pueblos emancipados con más reposo.

—

Blasco Ibáñez no es lo que se llama un psicólogo, un directo de almas, un experto conocedor del mecanismo humano, al modo de los noveladores de las últimas escuelas. No suele abrir esas profundas perspectivas sobre el fondo de las conciencias, ni encender esas llamaradas con que los entendimientos sutiles descubren é iluminan lo más recóndito de nuestra substancia humana. Procede por reflejos simples, por modos fisiológicos y antecedentes hereditarios, ilustrando la doctrina del *medio* con muy hermosas descripciones. En éstas es donde se admira la maestría de Blasco Ibáñez, su soberano dominio del arte.

Como es un colorista por excelencia, con un sentido pictórico semejante al de su paisano Sorolla, todo lo inunda de luz coloreada, de palabras sonoras y enérgicas que parecen á veces estar iluminadas por dentro. Tal puede verse en las páginas de historia retrospectiva, en las que dedica á la música sagrada, á la tristeza española, al trabajo

universal, á las descripciones del templo, fragmentos magistrales, que, si bien quitan en parte unidad á la acción, constituyen para los doctos las páginas de más color y de sabor mas exquisito.

Como en todas las novelas de Blasco Ibáñez, gravita sobre *La Catedral* un desolador pesimismo. Los personajes son siempre los mismos: sombrías figuras que sufren hambre de pan, de felicidad y de justicia, pobres séres que marchan á la catástrofe sin encontrar una mano salvadora. Pesa siempre sobre estas novelas la fatalidad de los tristes destinos.

—

La lectura de *La Catedral* no deja la profunda impresión de algunas otras novelas de su autor.

Leyendo, por ejemplo, *La Barraca,* ó *Flor de Mayo.* siéntese una emoción estética, un viento puro de poesía, que baña el alma, como una brisa cargada de oxígeno y de emanaciones del mar. Blasco Ibáñez en su playa levantina, bajo el sol valenciano, sintiendo golpear la sangre en el corazón por el entusiasmo del arte y por el amor de su tierra semi-agarena, es más artista, mas poeta mas humano que saliendo por esos mundos en faz de apóstol zolezco. Igual que Daudet, que nunca era tan grande artista como cuando hablaba y escribía de su Provenza, y de su *Tartarín,* Blasco Ibáñez en su culto á Zola se desvía de su temperamento. El autor de *Cañas y Barro,* tiene en su fisonomía literaria más semejanza y en su espíritu más parentesco con Daudet y aun con Mistral, que con Zola.

El dia que de esto se convenciese y siguiera su camino de palmeras y naranjos, lejos de toda aventura política y de todo afán de proselitismo; ¡cuán grande artista llegaría á ser! Entonces si que ejercería un verdadero apostolado; el del arte, cuyo fin social y docente es solo el de educar el espíritu por la emocion y la belleza.

Sin embargo, la situacion de España pide imperiosamente que todos, pensadores y artistas y poetas, se lancen á la lucha candente, al combate de todos los dias, para salvar la patria. Cuando hay tantos millones de españoles que no saben leer—unos por ignorar el alfabeto y otros, que le saben, por carecer de espíritu—¡cuando hay en el ambiente nacional tantos efluvios de muerte, emanaciones de cosas viejas y de tumbas mal cerradas, no es lícito que los artistas se encierren en su torre de marfil. Tienen la obligacion sagrada de educar, de enseñar, de deshacer tanto error y tanta sombra como nos aplastan, de enterrar tanto muerto como pudre el aire que respiramos. Teniendo esto presente, la orientacion de Blasco Ibañez es digna de persistir, cubierta de laurel. *La Catedral,* que obedece á esa necesidad imperiosa de la patria salud, merece por tanto una corona.

—

Cuanto á la acusación de plagiario que han lanzado algunos periódicos á Blasco Ibáñez á propósito de *La Catedral,* apenas merece ser tomada en consideración. Tal juicio es el producto de la pasión política, del despacho, de ruines lepras del alma. Blasco Ibañez es hoy uno de los más fervientes representantes de la España nueva. Su voz y su plu-

ma, con gallardías y arranques demoledoras, en hoces para cortar flores malsanas y en látigos para fustigar á viles mercaderes. Y como es lógico, al sentir el golpe de castigo, el certero latigazo, todos esos mercaderes de la conciencia nacional todos esos fariseos, los que viven en plena simonía, revuélvense airados contra su juez. Acusar de plagiario á Blasco Ibáñez, una de las figuras más vigorosas y personales de nuestra literatura, es dar prueba de ignorancia y mala fe.

Con *La Catedral*, los enemigos del pensamiento han sentido el látigazo en pleno rostro. Con la audacia de Zola al penetrar en la Roma pontificia, ha entrado Blasco Ibáñez en la Catedral de Toledo y allí, en aquel gigante de piedra del pasado, en aquel baluarte de la vieja España, en aquella ciudad de leyenda, donde la Catedral y el Alcázar simbolizan los dos poderes históricos, la mitra y la espada; en aquel Toledo que vive en plena tradicion, ha penetrado Blasco Ibáñez y puesto en boca de *Gabriel Luna* apóstrofes é ironias, profesias y acusaciones que han sonado á gritos de próxima batalla en muchos oidos...

Ricardo León

*
* *

M *I REBELDÍA* POR RICARDO BURGUETE.

Los que influídos por las modernas corrientes consideren el servicio militar obligatorio como una solución para el ejército nacional, y la defensa absoluta como una modalidad oportunista, encontrarán en el libro de Ricardo Burguete una réplica y sugestiva.

Mi Rebeldía, que se ocupa de los grandes problemas nacionales en relación con el ejército, acción dinámica del Estado, destruye una porción de vulgaridades en las que vienen incurriendo políticos y militares, para quienes ha de ser muy provechosa la detenida lectura de magnífico libro del laureado comandante.

No es este un libro esencialmente militar, pues aunque todos sus capítulos tratan de asuntos de guerra, sus teorias tienden á formar al hombre servible por sus condiciones de virilidad y energia para furmar el ejército, un ejército lleno de vigor y robustez, cierto en número, pero decídido, valiente, capaz de todos los esfuerzos y de todos los sacrificios, de todas las abnegaciones y de todos los heroismos; un ejército que arrastre tras si la victoria, pero que en caso de derrota. por la cohesión de sus unidades y de sus hombres, pueda rehacerse con facilidad y encontrar el desquite pronto y con creces.

Eso es lo que desea BURGUETE, llevar á todos el convencimiento de que lo primero que hay que tener para formar un ejército es la materia soldado, factor el más importante en toda la fuerza militar, y esta materia no puede cogerse asi á granel, como se hace hoy; hay que educarla antes de que ingrese en filas; preparar al hombre para formar después

el combatiente, y esta preparación no han de hacerla reales decretos, reformas de guerra, discursos bélicos. ¡No! Esta preparación deben hacerla las familias, los pueblos, los municipios; en una palabra, la Nación.

El bizarro laureado de Managuaco, el autor de *Hágase ejército*, *Cuba, Filipinas* y de los *Nuevos métodos de combate,* no es solamente hombre de gran cultura militar, es tambien un literato de excepcionales cualidades. En todo su interesante libro la forma es tan hermosa, sabe vestir de modo tan bello y sencillo las ideas y la impresión de lo vívido, que realmente ante su mágica pluma surge el paisaje; habla, y una profunda impresión de la naturaleza que tan admirablemente percibe el escritor, siente el que con deleite lee una y otra vez tan admirable páginas.

Obra de soldado, de pensador, de literato, *Mi Rebeldía* no es un libro más; es un libro que trae una misión y dejará su huella.

* * *

LA *ENSEÑANZA PRIMARIA EN ITALIA*, POR ECEQUIEL SOLANA.

D. Ecequiel Solana, maestro de las escuelas de Madrid, es uno de estos admirables obreros de la cultura popular, que ha buscado en el *resurgimiento* italiano los progresos prácticos de sus pedagogos, engarzando despues las perlas de su observacion en un discretísimo libro titulado *La enseñanza primaria en Italia*

La obrita del Sr. Solana ilustra, estimula y alienta. ¡Lástima grande que la frivolidad de nuestros hombres públicos no permita el aprovechamiento de tan fecundas semillas! El ejemplo de Italia, que no hace muchos años se hallaba tan atrasada como nosotros, debiera servirnos de norma para reintegrarnos á la vida europea. El camino de esta reintegración se manifiesta con evidente claridad en la obra del Sr. Solana.

En ella se trata doctamente de la administracion de la enseñanza en aquella península; de la clasificacion de las escuelas, de los maestros, del material escolar, de la inspección, de los Museos y Bibliotecas, de los patronatos, de la enseñanza privada y de los procedimientos pedagógicos empleados para transmisión de los conocimientos en las escuelas. Es una obra muy interesante.

* * *

PEDRO *Y JUAN* NOVELA DE GUY DE MAUPASSANT TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA.

A pesar de tener *Maupassant* gran renombre como cuentista audaz y novelista originalísimo, pocas de sus obras pueden compararse con su famosa novela *Pedro y Juan.* En ésta no hay las crudezas de frase que empleó en sus obras anteriores; con su buen sentido, sin duda, com-

prendió *Maupassant* que de la evolución naturalista no sería precisamente el atrevimiento con que abordan los temas más inabordables lo que quedaría, sino el procedimiento, el estudio del medio y los caracteres, en esta novela.

Sale, pues, del naturalismo propiamente dicho (dando á esta palabra la significación general que comúmente se le da), y entra de lleno en el realismo verdadero y sano, que no desdeña de tratar ningún asunto, pero que no busca con preferencia los más bajos, los mas abyectos, los más impropios de la humana naturaleza. En sus principios, *Maupaussant* escribió la novela de su tiempo; con *Pedro y Juan* puede decirse que escribió la novela del presente y del porvenir, porque cuando la excitación que produce la lucha se haya calmado, no se buscará la fórmula de la novela contemporánea en lo que han dado en llamarse las crudezas y los atrevimientos de Zola, en sus frases mal sonantes y sus rudezas mal olientes, sino en su manera de ver la naturaleza y pintarla á través de un temperamento.

Maupassant hizo esto magistralmente al escribir su novela, y por esto, *Pedro y Juan* se cita hoy como modelo de novela contemporánea.

De esta novela se acaba de publicar una nueva edición.

*
* *

LAS *LEYES SOCIOLÓGICAS*, POR G. DE GREEFF.

La casa editorial Henrich y Compañía, de Barcelona, ha publicado el tercer tomo de la Biblioteca Sociológica Internacional, titulado *Las leyes sociológicas*, original del docto rector de la Universidad de Bruselas, Guillermo de Greeff.

Clasifica este libro las ciencias sociales, comprendiendo en ellas el Derecho y la Política; analiza las leyes científicas y sociológicas, elementales, compuestas, progresivas, las creencias y las doctrinas políticas, y observa los métodos que las rigen, derivados, en proporciones diversas, de todas las demás ciencias. El eminente sociólogo, con gran claridad de estilo y sobriedad de lenguaje, sintetiza cuanto informa este árido aspecto de la estructura y dinámica sociales, é inicia al lector en una concepción orgánica del progreso, desechando la idea metafísica que le inculcara la antigua Filosofía de la Historia.

A esta obra seguirá la que lleva por título *Problemas sociales contemporáneos*, del gran economista italiano Aquiles Loria, profesor de la Universidad de Turin.

*
* *

TEATRALERIAS, POR D. FELIPE PEREZ Y GONZALEZ.

El ingenioso y notable escritor que ha logrado alcanzar una popularidad envidiable, acaba de coleccionar en un tomo elegante varios artículos y poesías en los que se trata de «casos y cosas teatrales de antaño y de hogaño».

Titúlase *Teatralerias* el nuevo libro de Felipe Perez Gonzalez, y su aparición en los escaparates de las librerías ha traído á la memoria del público español los triunfos del saladísimo autor de *La Gran Vía*, y el éxito de la obra que nos ocupa, editada admirablemente por Regino Velasco, en justa correspondencia á la dedicatoria hecha por el autor, trascenderá muy pronto á provincias, donde el texto rebosando gracia, ingenio y frescura ofrecerá los encantos de una novedad indiscutible.

La variedad de los asuntos que aparecen en las páginas de *Teatralerias*, y el interés que tienen para el público en general las cosas relacionadas con el teatro, hacen que el libro se lea «de un tirón», como suele decirse, y se guarde despues como obra instructiva en la que aparecen datos de gran valía, que ponen de manifiesto la envidiable erudición de su autor, que ha sabido vestir ésta con las galas de su ingenio y con la gracia que recibe su inspiración de la más exquisita cultura.

No es posible hacer excepción alguna en favor de uno ó de varios capítulos entre los que forman el libro *Teatralerias*. Todos son mejores, y el público puede cerciorarse de esta afirmación nada gratuita, poniéndose en la práctica frase vulgar que dice así: «Hay que verlo.»

Y se puede ver por la módica cantidad de diez reales, es decir dos pesetas y media, con ó sin saneamiento.

*
* *

EL *CAMINO DE LA GLORIA* NOVELA POR JORGE OHNET VERSIÓN CASTELLANA DE CARLOS DE BATLLE.

El Camino de la Gloria, es un caso singularmente interesante; es un problema psicológico, amena y magistralmente resuelto, que á todos conviene conocer.

Pocas veces se ha analizado con más acierto y seguridad el alma delicada y sensible de los que se consagran al arte.

Puede decirse que esta novela es el verdadero evangelio de la gloria, porque enseña inexorablemente cuál es el camino que deben seguir los artistas verdaderamente dignos de este uombre.

En esta notabilísima novela, el ilustre autor de *Le Maître de forges* ha estudiado la influencia que puede tener en los grandes artistas la vida del gran mundo y el frecuente trato con gentes ricas y ociosas.

Todo el mundo querrá leer esta novela, á la vez interesante y amena. Su emocionante acción se desarrolla en tan diferente lugares como los escenarios de los teatros; los silenciosos canales de Venecia; el modesto hogar donde se producen las obras maestras, y la vida suntuosa que se hace en los yates de los millonarios.

Esta obra logrará, como todas las producciones de *Jorge Ohnet*, y acaso más que todas las anteriores, por el feliz hallazgo de un problema nuevo y oportuno, el favor del público, el cual no necesita exitaciones de ningún género para recrearse con la fecunda y estimada labor del aplaudido novelista.

REVISTA DE REVISTAS

Educación inglesa

DE LA REVISTA *La Lectura*

Publica en su último número, la revista que dirige el ilustre escritor Francisco Acebal, LA LECTURA un curioso estudio sobre "Educación inglesa" del que tomamos los siguientes párrafos:

A Eton dirijo, pues, mis pasos. Una hora poco más ó menos se tarda desde Paddington Station, en Londres, á Windsor, un pueblecillo gracioso, limpio, agradable, dominado por un gran cerro cubierto de bosque, en cuya cumbre se destaca la imponente silueta de la antigua fortaleza normanda, en otros tiempos robusto baluarte de dominación guerrera, hoy pacífica y suntuosa residencia de los reyes de Inglaterra. Cruzado el puente sobre el Támesis, héme en *Eton* y, unos cuantos pasos más allá, en el propio *College*, edificio gótico, de ladrillo, sin valor artístico, pero que conserva cierto sabor antiguo á pesar de sus reconstrucciones y añadidos. A su alrededor, formando el pueblo de Eton, se levantan las casas de los maestros y las dependencia de la escuela. En Eton, como en Harrow, como en todas las poblaciones escolares inglesas, imperan la paz, la tranquilidad, la pulcritud y el refinamiento. Son poblaciones que pudiéramos llamar de *buen tono, distinguidas*, en las que abundan los árboles frondosos, las flores y la edificación pintoresca. Hay en ellas vida y auimación, pero vida apacible, correcta, mesurada. Van y vienen por las calles los *masters* ostentando el traje académico, la toga y el birrete; los muchachos, de dos en dos ó en dos pequeños grupos, vistiendo también el traje escolar: chistera, chaquetilla á la cintura, si son pequeños, chaquet si son mayores, pantalón gris y corbata blanca; pero van y vienen con compostura, sin gritos, sin carreras, sin jugar, sin pegarse, sin meterse con nadie: nada de bullicio y jaleo juveniles. No he visto esas escenas turbulentas de las puertas de nuestras Universidades é Institutos; y puedo asegurar que meten más ruido veinte chiquilloz al salir de *primero de latín*, que todos los *etonians* juntos.

En esta continencia de los muchachos influyen indudablemente: el carácter naeional, más serio, más frío y menos expansivo que el nuestro; la disciplina escolar, que no termina en los umbrales de las

clases; la importancia que, por tradición, desde el siglo XIV, cuando el obispo Wykeham fundaba Winchester, escogiendo como lema *Manners makyth the man* (las maneras hacen al hombre), se da á la buena educación; y seguramente no ha de tener en ella poca parte el hecho de que estos muchachos tienen campos y horas de juego los que dan rienda suelta á sus arrestos juveniles, y *sports* en que agotar sus energías; mientras que los infelices muchachos que van á nuestros Institutos, ¿dónde juegan y dónde se explayan si no lo hacen en medio del arroyo? ¿Dónde están sus parques para pasear, dónde sus ríos para remar, dónde sus campos de juego? Vénse bien nuestros defectos colectivos é individuales al contraste con este pueblo; pero se ve aún con mayor claridad que somos unos desdichados, víctimas de nuestra historia, de nuestro carácter, de nuestra pobreza, ó de lo que sea, por víctimas al fin y al cabo, privados de todos los refinamientos y de todos los goces que aquí, por obra y gracia de sí mismos ó de la Providencia, disfruta todo el mundo desde que nace.

En medio de su encanto, tiene Eton una nota de orgullo ó pedantería impertinente; los muchachos y los maestros tienen un aire de suficiencia que no logra borrar su exquisita educación. Y es que transciende á ellos el enorme prestigio social que Eton tiene en Inglaterra por haber sido y ser la escuela más aristocrática de la nación, donde han concurrido los herederos de los más antiguos pergaminos, hijos de reyes y de magnates; y esta es una de las debilidades de John Bull, que conmueve y conmoverá siempre su corazón. Y es bien curioso pensar que esta *pepiniére* de la aristocracia inglesa sea, como sus análogas, una de aquellas fundaciones para educar muchos pobres, debidas á la munificencia de algún bienhechor, y en las que no se admitían sino en segundo término los alumnos de pago, que, á diferencia de los *Collegers* ó *Scholars,* recibían el nombre de *commensales* ó *conmoners.* Para setenta *poor schoolars* (escolares pobres) fundó el obispo Wikeham Winchester College en 1386; para cuarenta *poor scholars free of cost* (escolares pobres libres de gasto) fundóse Westminster en 1540; y una escuela para setenta *scholars poor and needy children* (escolares pobres y muchachos necesitados) fué el *College of our blessd Mary of Eton*, que en 1440 fundó el Rey Enrique VI, inspirándose en el de Winchester. En los estatutos primitivos de éste se admitían diez escolares de pago *(paying schlurs)*, hijos de amigos nobles y ricos de la institución, y en los de Eton hízose la misma excepción; excepciones que han servido para que las puertas de las fundaciones para pobres y necesitados se abrieran de par en par á las clases más altas y mas ricas de la sociedad británica, que paga caro el honor de pasar por ellas (alrededor de 200 libras por el curso, en Eton, y aparte los gastos particulares, que suben mucho).

La *tuitión*, nacida en Eton, se extendió pronto á las demás *Public Schools,* mereciendo la aprobación del doctor Arnold, que fué quien

la introdujo en Rugby. Así es que los muchachos no están almacenados á estílo cuartelario, como en los grandes internados continentales, sino que están divididos en grupor, por término medio de veinte á treinta, en las diferentes casas de los maestros, que con ellos viven, con ellos comen y con ellos trabajan; que velan de modo inmediato por su conducta; que dirigen su vida como un padre, conociendo perfectamente su carácter y sus defectos, merced á esta relación personal tan estrecha y amistosa.

He temado el *lunch* en cosa de uno de los *assistant mastess* po la escuela, que me invitó galantemente. Állí había dos mesas grandes: una para los chicos pequeñós, otra los mayores; la primera presidida por la *lady matron,* señora que se ocupa del gobierno de la casa y cuida á los muchachos, especialmente cuando están enfermos; la segunda por el mismo maestro. Se habla mucho durante la comida, con animación. Veo que los chicos tratan á Mr. L. con naturalidad y confianza, y están como en familia. Pared par medio de las habitaciones de los muchachos están las particulares del maestro y de su familia, con la cual tienen aquéllos trato y amistad. Feliz combinación que permite al muchacho llevar vida de colegial y tomar de ella sus ventajas sin romper en absoluto con la familia y sin abandonar el trato social, que tanto contribuye al cultivo de la delicadeza de sentimientos é impide caer en esa tosquedad y rudeza que engendra el trato exclusivo con los compañeros.

El muehacho inglés no vive en ese abandono moral en que viven los muchachos amontonados en un colegio ó en un instituto donde fuera de la clase son un número ó no son nada; hace poco más ó menos la vida independiente que haría en un hogar de orden, con las limitaciones que éste impone en la familia, como en todas partes. Tiene su cuarto, chiquito, pero para él solo; allí está el reconocimiento de su personalidad, su propia casa, en cuyo adorno puede desplegar sus gustos y sus preferencias.

La public school, dando una enorme importancia al ejercicio corporal y al *sport,* revela una vez más su identificación con las ideas y gustos de la sociedad inglesa. De muy antiguo se jugaba en aquélla á la pelota, al *foot-ball,* al arco; se cultivaban ciertos *sports* crueles, como la pelea de gallos; tenía cada colegio sus juegos predilectos, como el *sheep chasse* en Eton y el *badger hunt* en Winchester; pero realmente no se daba la importancia primordial que hoy se da á la educación física, ni se le dedicaba el tiempo que hoy se le dedica, puede bien calcularse en unas cuatro horas diarias.

La tarde está consagrada á los *sports* y al campo: después del lunch desaparecen como por ensalmo chisteras y chaquets, sustituídos por gorrillas y trajes de franela, y los muchachos se esparcen por los alrededores del colegio, señores de sí mismos, libres para escoger el juego ó el pasatiempo que más les agrada. Unos van á remar al río, donde se ven muchachillos de doce años solos en su bote; otros juegan al cricket ó al *tennis;* otros, más tranquilos ó pe-

rezosos, pasean á pie ó en bicicleta.

Nadie los obliga á hacer una ú otra cosa, á ir á uno ú otro sitio; allí no se ve nada parecido á esos tristes paseos ceremoniosos en que los muchachos desfilan cual penitentes acoplados por parejas, bajo la impertinente vigilancia del maestro. Aquí, si éste va con los chicos, es para enseñarlos mientras lo necesitan, ó para entrenarlos, como en el remo; no para vigilarlos. Se respeta y se aprecia demasiado la personalidad en Inglaterra para no reconocerla y fomentarla desde los primeros años de la vida.

Fácil es calcular la decisiva influencia que en muchachos tan jójóvenes ha de ejercer este régimen de autonomía y este tipo de vida, y hasta esa contemplación continua de la naturaleza y del paisaje en sitios encantadores, rodeados de árboles corpulentos, á las frondosas orillas de un manso río surcado por graciosos cisnes.

La opinión y la prensa

DE LA REVISTA *Nuestro Tiempo*

El escritor Pedro Dorado ha publicado en el último número de *Nuestro Tiempo*, revista que publica el popular periodista Salvador Canals, un artícnlo, con el título que encabeza estas líneas, del que creemos oportuno acotar los párrafos siguientes:

«Se trata de una cuestión multiforme. Los periódicos sirven para funciones y fines varios. Son, por de pronto, instrumentos de publicidad, y en tal concepto desempeñan un papel del todo pasivo, como las anunciadoras ó el fonógrafo, por ejemplo. Se sirve de ellos el que los necesita y en la manera que cuadre mejor á sus planes, sin quc el periódico tenga intervención propiamcnte personal y suya. Es, en estos casos, el periódico un intermediario, que se limita á recibir, cobrándolos ó nó, los anuncios que le dan, y á hacerlos públicos. Con el auxilio de la prensa, los interesados, productores ó comerciantes, hacemos llegar á conocimiento del mayor número de personas nuestras mercancias y productos de todas clases: unas veces, nuestro jabón ó nuestras telas; otras veces, nuestros servicios profesionales, nuestros libros, nuestros discursos, nuestras autoalabanzas; con lo que, al propio tiempo que cultivamos nuestro interés ó satisfacemos nuestra hinchada vanidad, engañamos á menudo á nuestros conciudadanos, dándoles hechos, acerca de nosotros y de nuestras cosas, ó acerca de nuestros amigos ó deudos y de las suyas, ciertos juicios, cuya exactitud no puede ni, aunque pudiera, se inquietaria por comprobar el lector, quien, por lo mismo, se limita á recibirlos como oro de buena ley.

»Mas no siempre tiene la publicidad del periódico este carácter: A menudo es el periódico mismo el que anuncia por su cuenta y propia iniciativa. Es lo que sucede con la llamada información, que, aunque hecha para dar publicidad á determinadas noticias ó acaecimientos, no se verifica en nombre ajeno, sino en el de la entidad periódico donde ella aparece, sobre todo cuando tal información es anónima. En estos casos, la información se matiza fácilmente con el color de las opiniones, preferencias ó prejuicios de quien la hace; no se trata de una información de esas que se suele denominar objetivas é imparciales; si el periódico recoge hechos ó juicios de fuera, al reflejarlos les comunica la figura y tamaño del crisol por donde los ha hecho pasar.»

«Pero en la prensa no todo son merecimientos. Seria la primer institucion humana en que tal sucediera. Bien por el contrario, se halla trabajada por abusos muy censurables, tanto más peligrosos cuanto mayor es el poder del instrumento con el cual se someten. A mi no me incumbe ahora tratar de ellos, por más que es asunto que me atrae bastante y que por eso es posible que de él me ocupe en lo sucesivo alguna vez. Por el momento he de ceñirme á lo que directamente me interesa, es decir, á poner de manifiesto algunas dificultades que impiden considerar á los periódicos como órganos invariables y genuinos de la verdadera opinión pública, según ellos pretenden serlo.

»La informacion de éstos no siempre es de fiar. Los que andan en ellos lo saben mejor que nadie, aun cuando poco á poco se han ido persuadiendo de lo mismo otra multitud de personas. Sea por la consabida «conquista del perro chico», sea por la competencia entablada entre unos y otros periódicos en virtud de esa conquista, sea con el objeto de saciar cuanto antes y plenamente la avidez del público, sea por lo que sea, lo cierto es que en esto la información periodística se realizan cosas estupendas. Lo incierto se da muchas veces como seguro, y lo imaginado como visto: lo que no se sabe ni se puede averiguar, se inventa; danse como correspondencias ó telegramas de tal ó cual sitio los que se han hecho en la misma redacción. Con un «se dice» se encubre en ocasiones una impostura; invéntanse novelas, que el público cándido toma por hechos reales; se alaba y pone por las nubes á quien el autor de la alabanza llama despues, en sus conversaciones, «estúpido», ó »malvado», ó «ignorante»... A veces, los propios periódidicos, todos, grandes y chicos, pero especialmente los grandes, se echan en cara estos pecados: usurpaciones de telegramas, falsedad de la información, etc. ¿cómo no creer en ellos, y cómo, pues, hemos de tomar por artículo de fe y por expresión de la verdad cuando en la prensa vemos escrito? ¿No es más razonable ponerlo en duda, á lo menos en ciertas circunstancias? «La hipórbole llena los discursos y los artículos de los periódicos: si quereis tener idea exacta de un acontecimiento ó pretendeis formaros un criterio acerca de un gra-

ve problema, no podreis conseguirlo leyendo todos los dias vuestro periódico, porque este periódico elocuente, escrito por hombres elocuentes, os desazonará y confundirá con un aluvión abrumador de hipérboles, de dígresiones, de generalidades vagas é inútiles, de erudición inoportuna y vulgar, de repeticiones enojosas y resabidas. Y vosotros dejareis, al fin, mareados, el periódico y daréis de buena gana todas las galas y rimbombancias del estilo brillante por un adarme de prosaico y común sentido » ¿Cómo no rebajar muchísimo de las pretensiones de autoridad infalible que suele arrogarse la prensa, en especial la *grande,* consciente de su enorme poder, del que no siempre hace el mejor uso?»

«Oigamos lo que nos dice uno de ellos, de los de mayor circulación, *La Correspondencia de España,* el cual tiene á veces, sobre todo desde hrce un poco de tiempo, ingenuidades y desahogos muy de tomar en cuenta. El 12 de Octubre de 1903 escribia lo siguiente: «Gran parte de la prensa, de ese ente que se llama á si propio el cuarto poder, *y que las más de las veces vive adulando los instintos groseros del populacho,* halla cómodo camino por las sendas del populacherismo, y, *olvidándose de cosas que no deberia olvidar, halaga á la masa alborotadora...*» Y en un artículo publicado el 1 ° de Enero del corriente año, donde se proponia hacer *vida nueva* para hacer patria, se encuentran párrafos tan expresivos como éstos: «La prensa ha incurrido en el grave pecado de *consagrar más atención á las cosas triviales que á aquellas que afectaban fundamentalmente al supremo interés patrio,* haciendo en muchas ocasiones el vacio en torno de ideas generosas, de pensamientos grandes y de personas verdaderamente redentoras, á cambío de discernir prestigios, merecimientos y aureolas á hombres, á pensamientos y á ideas que solamente tenian brillantez de expresión y apariencias externas de falso relumbrón... La prensa ha *abandonado las arideces de la lógica, sustituyéndolas por las seducciones retóricas que placen al lector y por la frívola chismografía* grata á los pueblos meridionales... La prensa=*estamos diciendo la verdad desnuda*=desdeñaba poner un comentario, escribir un suelto, hacer un artículo, emprender una campaña, *creyendo que era más interesante para la conquista del perro chico el llenar columnas con el relato del crimen, con la narración de la aventura y con la reseña del estreno, que consagrarlas á defender un tema de interés patrio, vital para millones de españoles, salvador para regiones enteras.* En los mismos números en que dedicábamos largas columnas á las estocadas de un torero, á las piruetas de una bailadora, á los gorgoritos de un tenor ó á las producciones de un currinche, decíamos *en cuatro lineas, relegadas á lugar secundario,* que los navieros no podlan soportar los derechos de abanderamiento, que centenares de pueblos españoles carecian de agua, que la langosta asolaba provincias enteras, que la Litera pedia créditos para su canal, que la emigración aumentaba en términos alarmantes, que el dique de Subic se habia estropeado... y mil

cosas *de tan escasa importancia* como las anteriores».

En vista de ello, ¿no es forzoso abrigar muchas dudas tocante á la autoridad de los periódicos, á sus informes y apreciaciones, á su pretensión de ser los representantes de la opinión pública? Si á aquilatar las cosas fuéramos, posible es que la parte de esta su representación quedase reducida á un mínimum insignificante Por lo pronto, ¿se cuidan ellos de recoger esa opinión y sus múltiples matices? ¿Cuántas informaciones abren en sus columnas? ¿Cuántos plebiscitos? Cada periódico arrastra consigo, sin duda alguna, cierto número de adhesiones y voluntades, sobre todo cuando se agita algún asunto en que no se necesita enterarse, pensar ni juzgar, sino más bien bullir, hacer corro y coro, armar ruido y jaleo. De entre todas ellas, ¿cuántas se hallan fundadas en un conocimiento siquiera algo detenido del asunto de que se trata? Cuando yo he sido jurado, he advertido lo siguiente: que los más ignorantes é irreflexivos de mis colegas eran los que en seguida daban su voto acerca de la culpabilidad, encontrando clarísima y llana la contestación; mientras un hombre que por sus estudios especiales de psicologia y criminologia entendiera algo de aquellos problemas, se veria muy perplejo para decir si ó no. El fenómeno no es exclusivo del Jurado, sino común á mil otras cosas. Los que más vocean su opinión suelen ser los que más carecen de ella y se dejan arrastrar por la sugestión ajena. Cuando en torno de un periódico (ó de un orador) se agrupa cierto número de personas, más siguen éstas á aquél, que no al contrario. Sin disputa, se influyen reciprocamente (como tambien el cabestro puede ser empujado por la masa inconsciente); pero más obedece la multitud al que toma por guia suyo, que este último á aquella; siendo de notar que las oleadas de inspiración venidas de abajo á arriba, á menos de ser en momentos de mucha tranquilidad, son con frecuencia las menos acertadas. Un orador, un actor, un escritor frente á una turba enardecida, es, generalmente, hombre que pierde su individualidad en aras de las exigencias de aquélla: poquísimos se conservan dueños de si, si es que hay alguno »

«Si quedáramos en que, «con muy raras excepciones», son malos nuestros periodistas, ¡calcúlese adónde tendríamos que ir á parar! Es para mi cosa segura, por tenerla bastante observada, que cada periódico piensa por la mayoria de los que lo leen; si se quiere, diremos que éstos son de la opinión de su periódico, más bien que lo contrario. La prensa, antes que espejo reflector, es máquina impulsora, exploradora y directora. Por sus ojos ven y con su criterio juzgan diariamente miles y miles de individuos, que no miran ni juzgan con los propios ojos ní con el propio criterio. Repiten, como el eco, lo que oyen ó leen. En esto cabalmente está la fuerza incontrastable de la prensa; y ella lo sabe bien ó por lo menos lo siente. Repárase ahora en que si esta máquina, de tan grande potencia, fuese siempre, ó á lo menos casi siempre, guiada

por manos hábiles y por maquinistas entendidos, discretos, bien dueños de si, conscios y esclavos de su misión, no habria escrúpulo alguno en dejarla correr; mas ¿qué sucederá cuando se halle encomendada, como no puede menos de suceder con frecuencia, á esos periodistas tan ramplones de que nos habla D. Manuel Bueno, y que son la casi totalidad de los nuestros, por cuanto no hay de los buenos sino «muy raras excepciones»? ¿Qué opinión firme, razonada, válida, en suma, recibirá de tales directores un pueblo ansioso de que le den alguna, sea la que sea, para utilizarla como y cuando le convenga?»

«La prensa—¿por qué ha de considerarse impecable, cuando no hay nada que lo sea?—necesita, á juicio mio, mucho saneamiento, como todo En lugar de estrechar filas y formar el cuadro para defenderse á toda costa, según lo hace á menudo, creo que haria mejor en dejar que entrara en su cuerpo mucho aire que la purifirara «La higiene moral se impone á todos, y con más fuerza y mayores responsabilidades á los que conocemos sus preceptos y sabemos el daño que indudablemente realizamos.» ¿Acaso iria perdiendo nada con ello? Su influencia ruidosa se reduciria, según yo pienso que debe suceder y confio en que sucederá; pero, en cambio, la que le quedara, que seria la que le corresponde, tendria mucha mayor solidez y eficacia Una prensa de informacion escrupulosa y exacta, con verdadera independencia de su tirano tiranizado el pueblo, guia prudente de él, sin adularle, y al propio tiumpo espejo y órgano de sus necesidades, ¿valdrá menos que otra á quien falten estas condiciones?»

ESTADISTICA DEL HOSPITAL DE SAN MARTIN

Primer trimestre de 1904

I

El día primero de este año recibían asistencia facultativa en el Hospital de San Martín de Las Palmas los siguientes enfermos:

DEPARTAMENTO DE MUJERES

Sala de San José.

Tuberculosis pulmonar.	8
» ósea	2
» peritoneal	1
Ulcera recidivante del estómago. . .	1
Artritismo	1
Esclerosis cardio vascular.	3
Encefalitis crónica	1
Gripe	1
Traumatismo	3
Abceso flemonoso	1
Alcoholismo crónico	1
Paralisis arsenical	1
Total	24

Sala de Jesús María.

Reumatismo deformante	1
Encefalitis crónica	1
Riñón flotante.	1
Histerismo	1
Apendicitis.	1
Anexitis por infección puerperal . .	1
Total.	6

DEPARTAMENTO DE HIGIENE

Blenorragia	3
Sífilis	3
Total.	6

Total de mujeres 36.

DEPARTAMENTO DE HOMBRES

Sala de San Roque.

Tuberculosis ósea	2
Sarcoma óseo (inoperable)	1
Fracturas	2
Gangrena por arteritis	1
Antrax	1
Ulceras simples	1
Catarata doble	1
Heridas incisas	4
Id. contusas	2
Total.	15

Sala de San Joaquín.

Tuberculosis pulmonar.	4
Nefritis ascendente	1
Enfalitis crónica	1
Epitelioma de la lengua (inoperable)	1
Esclerosis cardio-vascular.	1
Otitis media	1
Catarata	1
Gardiopatía	1
Total.	11

Sala de San Francisco.

Blenorragia	1
Sífilis	2
Total.	3

Departamento de penados.

Paralisis arsenical (intoxicación crónica)	2
Tuberculosis pulmonar.	1
Total.	3

Total de hombres 32.
Total general de enfermos 68.

II

En el trimestre que estudiamos ingresaron los siguientes enfermos:

DEPARTAMENTO DE MUJERES

Sala de San José.

Tuberculosis pulmonar.	2
Id. ósea	1
Id. ganglionar	1
Cáncer (dos casos inoperables)	3

Fiebre gástrica	1
Mixodema	1
Sífilis visceral (en la agonía)	1
Heridas contusas	3
Heridas incisas	1
Hernias	2
Hemato-salpingitis	1
Osteitis deformante	1
Pleuresía	1
Atresia vaginal por cicatrices	1
Abceso flemonoso	2
Metritis hemorrágica	1
Uña encarnada	1
Angioma fronto-nasal	1
Total 25	25

Sala de Jesús María.

Bartolinitis supurada	1
Cáncen del estómago (caquesia)	1
Fibromas uterinos	1
Catarro gástrico	2
Herida contusa	1
Fiebre tifoidea	2
Total	8

Departamento de higiene.

Blenorragia	8
Sífilis	8
Sarna	1
Contusiones	1
Total	18

Total de mujeres 51.

DEPARTAMENTO DE HOMBRES

Sala de San Roque.

Tuberculosis ósea	4
Traumatismos y fracturas	2
Cálculos vesicales	2
Fístula del ano	1
Antrax	1
Oftalmia	1
Heridas	10
Total	21

Sala de San Joaquín.

Tuberculosis pulmonar	3

Fiebre tifodea	6
Heridas contusas	3
Estrechez uretral	1
Paludismo	1
Mielitis crónica	1
Cardiopatías esclerósicas	2
Quiste intrainguinal del cordón	1
Ulceras simples	2
Reumatismo agudo	1
Total.	21

Sala de San Francisco.

Sífilis	5
Blenorragia	2
Chancros venéreos	2
Total.	9

Sala de penados.

Sarna	4
Catarro gástrico	1
Sin diagnóstico	3
Total.	6

Total de hombres que ingresaron en el trimestre 60.
Ingreso total de enfermos 111.

III

Recibieron el alta en el concepto de curados ó paliados los siguientes enfermos:

Hombres	56
Mujeres	47
Total.	103

Además en el trimestre se registraron 11 defunciones cuyo detalle es como gigue:

Mujeres	6
Hombres	5
Total.	11

Por Tuberculosis pulmonar	4
— Tuberculosis peritoneal	1
— Sífilis visceral	1
— Caquexia cancerosa	1
— Cardioplegia	1
— fractura base del craneo	1
— fractura fronto parietal y hernia cerebral.	1
= Peritonitis por herida penetrante	1
Total.	11

IV

Los actos quirúrgicos realizados son los siguientes:

Mes de Enero

Operación de fimosis	3
» de fístula del ano	2
Amputación de pecho por cancer	1
Dilatación de abcesos de la mama	2
Laparotomia por peritonitis traumática	1
Dilatación de un ántrax	1
Escisión de pólipo retrofaringeo	1
Extirpación de ganglios suprahoideos	1
Dilatación de un abceso de la pared del vientre	1
Resección parcial del frontal por fractura	1
Laparotomía por apendicitis	1
Total	16

Mes de Febrero

Talla hipogástrica por cálculo	1
Resecciones óseas	5
Desbridamiento por ántrax	1
Amputación y regularización de los cinco dedos de la mano derecha mutilada por traumatismo	1
Ligadura de la mamaria externa por herida	1
Dilatación y raspado de abceso prerrotuliano	1
Operación de catarata	1
Extirpación de epitelioma nasal	1
Fístula del ano	1
Extracción de cálculo salival atascado en el conducto excretor de la sublingual	1
Laparotomia por hemato-salpingitis	1
Total	15

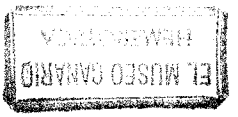
Mes de Marzo

Laparotomia con enucleación de cuatro fibromas uterinos subpreritoneales é intra ligamentosos.	1
Resección de dos costillas por caries autigna	1
Resección parcial con escoplo del maxilar por osteitis deformante	1
Reducción de fractura maleolar tibió peronea	1
Resección parcial subperiostica de la tibia por tuberculosis ósea	1
Dilatación y raspado por ganglios tuberculosos del cuello	1

Dilatación de abceso de la pared del vientre	1
» » » retromamario	1
» » » profundo del muslo	1
Resección de fractura fronto parietal con hernia y desgarro cerebral.	1
Resección parcial del humero por tuberculosis.	1
Talla hipogastrica por cálculo	1
Resección subperiostica peroneo-tarsiana por tumor blanco tuberculoso	1
Restauración de vagina atresica por cicatrices	1
Operación de catarata	1
Id. id.	1
Extirpación de angioma fronto nasal.	1
Extirpación de uña encarnada.	1
Dilatación de herida infectada con hemorragia persistente	1
Raspado de matriz por metritis hemorragica	1
Total.	20
Total general de operaciones en el trimestre.	50

L. Millares

Abril 1904



Miscelánea científica

Sorpresas del radio

Agúzase, por doquiera el ingenio, para descubrir nuevas propiedades en el radio.

Las investigaciones han sido en estos últimos tiempos, singularmente orientadas hacia el lado de las aplicaciones posibles del radio-actividad á la práctica medical.

¿Se habrá, al fin, encontrado el medio de curar la ceguera?

Un sabio ruso, el profesor Londen, lo afirma, basándose para ello en la experiencia siguiente:

Dos niños ciegos desde la edad de un año, fueron introducidos en una habitación puesta completamente á obscuras.

A la altura de los ojos de aquellos, el doctor sostenía un tubo conteniendo radio, en tanto que un ayudante suyo proyectaba en una pizarra, los croquis luminosos de objetos que eran conocidos de aquellos, por la acción del tacto.

Los ciegos llegaban entonces á percibir las líneas de los objetos dibujados cuyos contornos se destacaban en la pizarra.

El profesor, ha podido también valiéndose del mismo procedimiento, enseñarle el alfabeto ruso y descifrar cierto número de palabras escritas.

Las investigaciones de otro orden han probado que el radio era, para los animales inferiores, un agente rápido de muerte.

Utilizando la radio-actividad, se ha llegado á esterilizar los medios patógenos, por la destrucción de todos los bacilos.

Terminamos con un detalle poco conocido. El radio se llamó, en su origen, «polonium», nombre con que lo bautizó el Sr. Curie, en honor de su esposa que es originaria de Polonia.

Las hondas herzianas

Se asegura que el Dr. Lebon, ha resuelto, mediante un potente reflector, el enviar á grandes distancias un haz de radiaciones eléctricas paralelas sin que se disminuya la intensidad. Con estas radiaciones podría hacerse saltar los depósitos de explosivos encerrados en fortalezas, polvorines, barcos de guerra, parques de artillería, etc., orientándolas convenientemente.

Una aplicación de esta índole conduciría al fin de la guerra, más fácilmente que el desarme universal, por las terribles consecuencias que traería el uso de este descubrimiento.

Aunque es de temer que pronto se descubrirá el medio de desviar estas ondas reflejadas y la humanidad continuará destrozándose fraternalmente.

La luz roja

Hace bastante tiempo que se preconiza el empleo de la luz roja para la curación de la viruela, y según cuentan viejas crónicas inglesas, en la Edad Media, cayó enfermo un hijo de Eduardo II, el médico tuvo buen cuidado de quitar de su vista cuantos objetos no fuesen de ese color.

Los chinos también emplean ese tratamiento, y los farmacéuticos del Celeste Imperio venden un producto de ese color con el cual embadurnan al enfermo.

Artículos en preparación que publicará EL MUSEO CANARIO en los números sucesivos

---

Notas clínicas sobre una pequeña epidemia de fiebre tifoidea, por el Dr. D. Luis Millares.

Opiniones sobre la prensa, por D. Miguel Sarmiento.

Santiago Rusiñol (con grabados), por el mismo.

Picaso, por el mismo.

La cuestión obrera en nuestros dias, por el Licd. D. José Feo Ramos.

Pradilla, por Angel Guerra.

El teatro de Maeterlinck (con retrato) por el mismo.

Teatro poético: Verhaeren, por el mismo.

La literatura italiana en el siglo XIX, por el mismo.

El periodismo en Canarias, por el Dr. D. José Franchy y Roca.

Pintores canarios: González Méndez, por D. Eusebio Navarro y Ruiz (en grabados).

La isleta de Gran Canaria, por D. Antonio M.ª Manrique.

Una piedra misteriosa, por el mismo.

Canarios ilustres: El Ingeniero León y Castillo (con retrato) por D. Arturo Sarmiento.

Cosas curiosas del radium, (con varios grabados) por X.

El Museo Canario

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En las Islas Ganarias, un mes. .	1	Pta.
Id. Id. un año . .	10	»
En la Península española, Islas Baleares y posesiones españolas, un semestre	7	»
Id. Id. un año. .	14	»
En el Extranjero, un año	20	»

AÑO IX—NÚM. 186 TOMO XVI—CUAD. 2.º

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE

ESTABLECIDA EN LAS PALMAS

PARA EL ADELANTO DE LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LAS ARTES

Director: ARTURO SARMIENTO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CALLE DE TRAVIESO NÚM. 27

LAS PALMAS

Junio de 1904

Sumario de este número

El estudio de la Naturaleza en las Islas Canarias I, por el Doctor D. Teófilo Martínez de Escobar.

Opiniones: La guerra, por D. Miguel Sarmiento.

El teatro de Maeterlinck, por «Angel Guerra».

Guerra á la guerra: De política, por X.

Los árboles urbanos: De agricultura.

Artículos de otros. Las virtudes varoniles y la política práctica, por Mr. Teodoro Roosevelt (traducción).

Literatura extranjera: «Varennes».

De las Canarias. La isleta de Gran Canaria. Una piedra misteriosa, por D. Antonio M.ª Manrique.

De nuestros poetas del tiempo viejo:

A Cairasco, por Cervantes.

La verdad, por Cairasco.

De la historia de Canarias. Documentos inéditos. Diario del Bachiller D. Isidoro Romero Ceballos. (Continuación).

Revistas de revistas:

La vida.

La idea de lo bello.

La guerra y la paz.

La política del trabajo.

Libros:

El pulso de España, de D. Luis Moroto, por Angel Guerra.

El monasterio de Poblet, de Adolfo Alegret, por M. Sarmiento.

El regionalismo en Canarias, por D. Manuel de Ossuna.

La vida, novela de J. Muñoz Llorente.

Miscelánea científica.—Inventos de españoles. ¿Cómo vemos nosotros? La cirugía. La luz y la tisis laríngea. Signo de muerte. La stovaina. El sentido del equilibrio.

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

órgano de la Sociedad del mismo nombre

JUNIO 1904 — AÑO IX—N.º 186

El estudio de la Naturaleza en las islas Canarias

I

Nos ofrecen las islas Canarias un campo muy vasto para el estudio de la Historia natural, y si sus hijos aplicasen la inteligencia de que les dotó el cielo, á la atenta observación de los fenómenos, prodígados á nuestra vista con estimulante novedad, como si, al parecer, la Naturaleza misma quisiera señalarnos el camino y el medio de concurrir por nuestra parte y en la medida de nuestra fuerzas al progresar científico de la humanidad, siquiera llevando una piedra no más al maravilloso edificio que de todas partes se eleva para dominar la tierra; no solamente cumpliríamos así con uno de los fines y exigencias de nuestro sér armónico racional, sino además y sobre ésto, con el deber que el Hacedor supremo nos impuso de conocer y dominar la Naturaleza entera, como intermedio de más alto conocer y del divino sentir de la belleza que el alma expresa en himno de gratitud y gloria al infinitamente sabio Autor de todo cuanto existe en el Universo.

Pero nosotros, por el contrario, al cumplimiento de ese deber que

obliga á cada hombre dentro de la esfera y límites de su inteligencia, *parecemos negarnos*, cuando vivimos indiferentes, ó tal vez, subyugados por inferiores estímulos, nos dejamos arrastrar á otros objetos egoistas que nos alejan de nuestro centro, y cada vez más imposibilitan ó entorpecen el alto vuelo del espíritu, si no es que desgraciadamente ayudan á hundirnos y enfangarnos en materiales sentimientos ó en innobles pasiones.

Sin embargo, esta indiferencia que reservamos para las obras científicas, donde, al trabajar empírico, trasciende el reflexivo, metódico y circunspecto, no nos domina para las puramente fantásticas, y por más que ello se quiera atribuir al carácter de raza, me parece ser una simulada *justificación de la voluntaria indolencia espirimal*, ó efecto quizás de educación defectuosa, ó superficial instrucción, necesitada de corrección dura, constante y radical que incline desde muy temprano el espíritu á desenvolver armónicamente sus facultades: porque es indudable que la hipertrofia de la imaginación daña, y finalmente mata otros organismos superiores, sacrificados á la dominación despótica del capricho y del delirio de la fantasía contra toda ley y razón.

Muy lejos de mi ánimo censurar aquellos trabajos literarios de imaginaciones fecundas, productoras aquí, como en todas partes, unas veces de escritos periodísticos que, si no entrañan tan relevante mérito para ser acreedores á la inmortalidad, por lo menos consignan hechos y testimonios, y acaso podrán servir un dia como fuentes históricas; ni los que, dando gallardas muestras del genio, con valor propio dentro de su esfera racional, sin desbordamientos ni delirios de enfermos, contribuyen á la expansión del espíritu y justo entretenimiento y descanso de una asídua y demasiado fija atención; otras veces de libros dignos de pasar á la posteridad y acrecer el tesoro de nuestra literatura patria; de todo lo cual, si éste fuese nuestro objeto, podríamos citar ejemplos coetáneos, halagadores de nuestro *orgullo nacional*. Nó, ni el periódico, ni la novela, ni las obras poéticas, cuando guardan, no sólo las leyes literarias, sino los principios austeros de la moralidad, y hasta las conveniencias sociales, son condenables. Lo que me parece digno de censura y, si se quiere, intolerable, es el abuso, el exceso, el prurito que en general parece impulsarnos á emplear la inteligencia y malversar el talento en producciones fútiles, de rebuscada forma sin substancia, ó de utilidad *problemática*, dejando en *abandono y criminal olvido* aquellas que, no solamente entrañan el verdadero valor del pensamiento humano y del conocer científico que eleva el alma hasta realizar su semejanza al Infinito (*), sino que además producen utilidad más inmediata, como cuantas se refieren á la Naturaleza en su conocimiento y aplicaciones á las necesidades de la vida.

(*) *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.*

Más claro: todos queremos ser periodistas y literatos, muy pocos dedicarnos al estudio de los fenómenos naturales para inducir á las leyes de la Naturaleza, sujetándonos á un rigorismo lógico, y deducir en consecuencia lo útil y conveniente en la vida de los seres; todos nos lanzamos al público escribiendo más ó ménos bien artículos sin migaja, nadie explota el rico filón de lo bueno poco ó mucho con que nos brinda el cielo y suelo de la Patria.

Pero es indudable que la Naturaleza, en nuestras islas, está invitándonos con sus riquezas, mientras nosotros permanecemos indiferentes, y aguardamos á que vengan á estudiarla los extranjeros, poniendo de relieve y sin empacho nuestra inepcia, si no es que muchas veces oponemos al empeño y atenta curiosidad de los sabios la burla ó el desprecio, mientras su admiración se fija en objetos que, como cosa baladí, tenemos en poco y no buscamos.

Dígalo, sin ir muy lejos, nuestro Museo Canario, cuyas preciosidades tantos desvelos han costado á unos cuantos amantes de esta tierra que ellos idolatraron en aquel tiempo del verdadero patriotismo; díganlo inolvidables amigos nuestros que trababajaron y se afanaron por coleccionar ese tesoro, envidiado por extraños, y casi desconocido por propios: ahí tenemos ese rico Museo con sus antigüedades indígenas, esperando al estudioso hijo de esta misma tierra para revelarla los secretos que guarda, hace más de cuatro siglos, con referencia á su vida íntima y á sus costumbres domésticas y sociales, á su primitivo origen y á sus históricas relaciones con pueblos de idénticas y heterongéneas procedencias.

Inexploradas se hallan también las capas geológicas de nuestras islas,á través de las cuales vamos buscando hoy con frenético anhelo las líquidas corrientes del subsuelo para fertilizar más abundosamente nuestros campos; y así mismo esperando están nuestras propias observaciones, más reposadas y tranquilas que las del viajero, apenas realizadas en un tiempo limitado y en una mirada superficial y rápida para apreciar en conciencia esos fenómenos seísmicos seculares, que pueden revelar las sucesivas convulsiones y la transformación profunda de esta curiosa región de nuestro globo.

¿Y qué podré decir de esta atmósfera que respiramos, tan curiosa por sus condiciones climatológicas, diversas en cada isla, y aún en cada zona del terreno? Así por sus fenómenos meteóricos que, según me dice en la Habana el P. Viñes (*), colocan este país en permanente estado anticiclónico, como también por la poca notable variación de la temperatura en las estaciones del año, que influyen tan poderosamente en la salubridad y en la vida del hombre; en una palabra, por sus excepcionales propiedades, merece ser estudiada con exquisita atención y concienzudo análisis por los mismos hijos del país canario, que experimentan de contínuo su influjo, y por tal razón pu-

(*) Sabio jesuita, director del observatorio metereóligico, que visitó de paso nuestra isla.

dieran apreciar mejor las proporciones de sus componentes y su benéfica acción sobre el organismo y temperamento de los individuos.

Por último, la flora y la fáuna de las islas Canarias, algo conocidas desde antiguo por naturalistas extranjeros, todavía ofrecen en especial la última, algunas especies que requieren nuevas indagaciones, ó por lo menos la rectificación de conceptos equivocados y ligeras apreciaciones, hijas de la precipitación y falta de ejemplares para comparar y analizar sobre el mismo punto en que viven.

Tal es el campo dilatado que á nuestra vista se presenta y nos invita para observar, estudiar y abrir camino á las futuras generaciones, en el conocimiento de la Naturaleza donde á la Providencia plugo colocarnos.

Abril 21 de 1904.

T. MARTÍNEZ DE ESCOBAR.

OPINIONES

LA GUERRA.—ALREDEDOR DE UNA MESA.—LOS RUSÓFILOS.—¡AH, LA RAZA!—UN ARTÍCULO DE CALDERÓN.—LA RUSIA NUESTRA.

¡Que tristeza! El café éste olvidado en un rincón de la Barcelona antigua ha perdido su calma, su grave silencio. Era este rincon para mí un refugio. Aquí venía á descansar de tarde en tarde en esos dias en que deseando y temiendo á la vez encontrarme solo, me doy á vagabundear por ahí, en largas exploraciones sin rumbo fijo.

Nunca he hallado en este café más que tres parroquianos. Los mismos siempre. Hay un viejo que escribe cuartillas y mas cuartillas, ignoro para qué ni para donde.

Hoy, otro viejo, que viene aquí á dormitar sobre los periódicos, apoyada la frente en la orilla de la mesa. Y hay por último un estudiante que llega tatareando, que fuma, que repasa unos polígrafos, que sonrie misteriosamente y que se asoma á la puerta con las manos en los bolsillos y el sombrero echado atrás, á la hora en que las modistas salen del taller.

No hay en el establecimiento más que tres mesas, una por parroquiano. Así que cuando yo llegaba los viejos y el estudiante me miraban de reojo, con mirada hostil. Pero hoy—¡ah, que desgracia! —hoy he encontrado al estudiante, á los dos viejos y al mozo ensarzados en una discusión: ¡La guerra! Mi primer impulso ha sido huir, escaparme. Pero no me han dejado. El mozo me ha cogido por un brazo y, quieras que nó, me ha hecho sentar.

Y decía el viejo de las cuartillas:

—«Que quiere V. Yo siento la solidaridad con mi raza. Yo creo que Rusia tiene gran misión civilizadora allá en Oriente. Ella ha de ser la barrera contra toda esa raza amarilla que una vaz dueña de nuestra cultura, arrasará á Europa con sus ejércitos innumerables ó la arruinaría con una competencia feroz en el comercio y en la industria Y además ¿á qué esos ditirambos á los japoneses? Que Rusia comete un despojo. El Japón también. Y en paz. De la cultura de los japoneses me río yo. Mire V. lo que hicieron en la guerra contra China. Sobre todo hay para mí un motivo supremo en favor de estas mis simpatías hácia Rusia. Trás del Japón está

Inglaterra; y yo siempre estaré contra esta nación egoista, de una crueldad sin ejemplo. Los buenos españoles no podemos mirarla con otros ojos. Ella ha sido la causa de nuestra ruina. Es un odio que llevamos en la sangre. Por algo será.

El estudiante mira la hora en su reloj y dice mientras que recoge lentamente sus apuntes.

«—Esa misión civilizadora que se atribuye á Rusia, es tan egoista como la que lleva Inglaterra á sus colonias y como la que empujó al Japón hacia el continente Pero con una diferencia á favor del Japón y de Inglaterra. Estos obedecen á la necesidad de buscar campo más ancho donde emplear la superabundancia de su vida enérgica. Rusia, en cambio, obedece en su conquista, más al ideal del imperialismo que á las necesidades de su producción. Esto es claro. Por eso la guerra entre los rusos no es popular. Si el pueblo estuviese penetrado de la conveniencia *para sí* de la lucha, otro sería el movimiento de la opinión en él. ¡El egoismo de Inglaterra! También eso tiene su gracia. Cuando oigo que la mayoría de las gentes ponen su deseo en que Rusia quebrante á Inglaterra no sé que pensar. Siento hácia esas gentes una grande y profunda desconfianza. ¿Y el egoismo y la crueldad de Rusia? Todas sus conquistas en Oriente (concretémonos á Oriente) son un despojo.

La llamada «política de los ferrocarriles» no ha sido más que una artimaña para posesionarse de inmensos territorios ajenos. El procedimiento es muy sencillo. Solicita de los países limítrofes la concesión de una línea de ferrocarriles. Obtiene la concesión y tiende la línea. Después, pretextando que su tráfico en ferrocarril no está convenientemente protegido por el gobierno de la nación vecina, invade el territorio de ésta y en ella se queda como señora única.

¿Que el Japón pretende cometer un despojo? Convenido. El Japón tiene á favor suyo la razón del primer ocupante. En guerra con China, ganó la Corea y parte de la Manchuria, territorios que le arrancó de las manos la diplomacia rusa y que Rusia prometió respetar también. La razón del primer ocupante y la razón suprema de que Corea y la Manchuria son los únicos territorios donde el pueblo del Japón se puede expansionar.

Y sobre todo, ¿no hemos defendido hasta hoy la necesidad de impedir el crecimiento de los grandes imperios? El triunfo del Japón sería favorable á la paz de Europa. Un gran poder independiente en Asia, contribuiría á unificar las miras de las naciones europeas. ¿Qué las alianzas ofrecen tantos peligros como los grandes imperios? Nunca. No es la constitución de las alianzas tan duradera ni tiene vínculos tan poderosos como la constitución de las naciones. Es mucho más fácil que un gran imperio vaya á la guerra, que una alianza en la cual cada pueblo tiene intereses distintos »

El estudiante se encasqueta el sombrero y se levanta para marcharse. Y dice:

«¡Crueldad¡ ¿Y la crueldad de Rusia en Polonia y en la Manchu-

ria? Y la crueldad de Francia en Madagascar y en el Tonkin? ¿Y la crueldad nuestra? ¿Y la crueldad de la Europa coaligada contra la barbarie de los boxers? No le demos vueltas: Todos sin excepción somos *peores*. ¿Que Inglaterra nos trata como enemigos? Mas vale así. En cambio otros han cultivado siempre nuestra amistad, han buscado nuestra alianza con el fin desinteresado de que nosotros les saquésemos las castañas del fuego.»

«¡—Misión civilizadora! Vamos, hombre. !Misión civilizadora la que se opone á la expansión del Japón, para evitar que la cultura europea se propague en China y que China arruine comercialmente á los grandes agiotistas falsificadores y acaparadores de productos, que hoy al amparo del régimen actual hacen su caldo gordo en Europa! ¡Misión civilizadora, la que se ha opuesto, hasta el último instante, con el apoyo indirecto de Francia (de esa Francia que unida á Inglaterra abrió á cañonazos al comercio del mundo los puertos de China) á la apertura de los puertos de Corea y de la Manchuria solicitada por los japoneses! Yo no la entiendo...»

«¡La solidaridad de la raza! He aquí otra cosa que yo no he comprendido nunca. La raza no ha impedido que nos destrocemos, que nos hagamos guerra sin cuartel, feroz. En las constantes transformaciones de la especie las razas no son más que modalidades pasajeras, un gesto, un gesto más entre mil gestos. ¡La raza latina, la raza sajona, la raza azul, la raza verde! Cada una tiene sus partidarios, sus enamorados que las cuidan, que las encerrarían en una estufa para que no se extinguieran ni se bastardearan. Diríase que en nosotros ha concluído la transformación de la especie y que vamos á quedar como ejemplares definitivos en el mundo hasta que el mundo acabe. Yo no veo por qué nuestra simpaiía se ha de limitar á los eslavos y no se ha de extender hasta ese pueblo que...»

—El viejo de las cuartillas no ha podido contenerse esta vez y ha exclamado:

«—Tomadas así las cosas es imposible la discusión. Tras de ese humanitarismo se descubre una simpatía instintiva hacia el Jápón, hacia Inglaterra que son *peores* también...

Y el estudiante pateando el suelo, como en los días de lluvia para soltar el barro ha concluido.

—Ni el Japón, ni China, ni Inglaterra, ni Francia, ni ningún otro pueblo. Para cuantos sentimos y pensamos así hay una gran patria ideal la única, desparramada por el mundo todo; la patria de la piedad, de la justicia, del amor. En ella son ciudadanos todos los hombres de alma grande.

Yo no creo—y es triste decirlo—en la fraternidad universal de los hombres; pero creo en esa comunión de los espíritus, enamorados de la verdad y de la justicia, (sin mayúsculas).

El ideal es la supresión de la guerra. Alfredo Calderón—una de esas almas—lo decía así no hace mucho en un artículo. «Tras de esa Rusia, cuya derrota desean algunos—añadía, hay también un

pueblo digno, un pueblo idealista, de gran alteza moral. Pero esa Rusia decimos nosotros es la otra Rusia, la que admira á Tolstoy, la que huye hacia el extranjero, la que muere en los presidios de la Siberia. Para esa, el triunfo sería un peligro más. Sería la causa graciosa de la otra Rusia, el triunfo del imperio indiscutible, la victoria de los señores, de esos señores que aceptaron la abolición de la servidumbre pero que siguen reteniendo las grandes propiedades territoriales y oponiéndose á toda reforma».

El estudiante saluda y se marcha tatareando. Y yo me voy también decidido á no volver aquí hasta que japoneses y rusos se abracen como hermanos. Compraré una silia.

MIGUEL SARMIENTO.

El teatro de Maeterlinck

Acosa á los literatos modernos una fiebre intensa de originalidad. Furor iconoclasta los empuja á romper los viejos ídolos y á destrozar los moldes anticuados. En cada época ha predominado una modalidad artística con imperio casi absoluto; pero en los dias que corren no es posible fijar una ruta única y cierta en la orientación de la literatura contemporánea. No hay en ésta, como en las de pasados siglos, una unidad de ideal ó de forma; por el contrario, ahora se subdivide, se fragmenta, se disuelve en minúsculas é incontables banderías. Cada escritor tiende á la creación personal, á individualizar su arte. Cada personalidad es una literatura completa. Un ansia de novedad, una sed revolucionaria, una pasión de *snobismo* artístico, caracterizan la labor literaria de los últimos tiempos.

La novela, la lírica, el arte escénico, en el campo de las letras, muéstranse con una variedad difícil de reducir á nomenclatura. Más que escuelas, yo advierto en ese movimiento innovador, en esa crísis honda, imposición de temperamentos. Cada cual cultiva su huerto.

Así surgen en el teatro tantas orientaciones nuevas, tanteos, aciertos, impulsos progresivos, saltos atrás. La evolución empuja hacia adelante en busca de conceptos nuevos y de formas desconocidas en que encarnarlos; el atavismo hace retroceder el arte á las formas primitivas, á la sencillez clásica, exagerando la simplificación de los medios escénicos. Desde el simbolismo, arte representativo de ideas, con entraña social, con vida ideológica, hasta la resurrección de las pantomimas, arte que remeda en sus formas exteriores la vida, sin concretarla, el teatro contemporáneo forcejea por encontrar en cada escritor una modalidad que sirva de encarnadura al ideal que persigue.

Pásase, sin transiciones suaves, en una mezcolanza de tendencias contradictorias y de ritos artísticos en pugna, del drama social, revolucionario, de los escritores escandinavos con Ibsen y Bjoerson, al idealismo candoroso de las *marionettes* de Banville y Riviere, que encarna en figuras sin cuerpo y sin alma, teatro de mímica y sombras chinescas. Y en los escritores septentrionales impera el culto de la idea, con su influjo decisivo y constante en los destinos humanos, fuerza directriz en la sociedad del dia en la que abre hondo sur-

co, y en los dramaturgos del Mediodia nótase el predominio de la pasión, que crea hombres impulsivos, obedientes á los desórdenes del instinto y á la poderosa tiranía de los nervios.

Teatro nebuloso, psicológico, intelectual, el de los escandinavos y teutones, contrasta con el teatro de los latinos, lleno de sol, de pasión y de vida. De la tragedia espiritual que caracteriza el *Anime solitarie* de Haupman á cualquiera de los dramas brutalmente pasionales de Marcos Praga, hay un abismo inmenso, que llenan dramas y comedias de un arte intermedio, de armonía, original y extraño, pero que intenta salvar la distancia entre tendencias tan opuestas en el arte escénico.

Con ningún dramaturgo de los contemporáneos puede hallarse filiación para los dramas de Maeterlinck.

Es original, es solo único. Cierto que, respondiendo al carácter del alma belga, mezcla, según observa René Doumic al estudiar á Lemonnier, de «latinidad y germanismo»; en Maeterlinck se observa que tiende á la espiritualidad de los teutones y á la bella forma de los heleno-latinos.

¿Qué teatro es el suyo? No tiene punto de contacto con ninguno de los conocidos; responde á un nuevo concepto del arte escénico. Hasta ahora, las mismas ideas necesitaban revestirse de encarnadura humana, y la visión en detalles y en conjunto de la vida, era lo que á las tablas iba, con su dinámica propia; pero Maeterlinck violenta ese límite de la vida, y explorador de almas, extiende la visión artística á lo supra sensible, lleva su sondaje de psicólogo al *velut umbra,* al más allá en que las cosas no se ven: se presienten.

Hay en los seres una vida que no se traduce en hechos; una vida indeterminada, de inconsciencta indescifrable. Por sso los seres teatrales que Maeterlinck crea, más tienen de sombras, de fantasmas, que de seres de carne y hueso. Carecen en absoluto de voluntad. Hablan sin conciencia de lo que piensan; muévense por desconocidos impulsos, que no saben desentrañar ni pueden resistir.

Un miedo trágico envuelve todos sus actos. ¿Qué vida es esa que viven? Tras el misterio penan y luchan, sin revelar el secreto poder que los domina. Presentimientos, angustias tenaces, una inquietud sin término, que no se puede explicar, alientan en cada uno de los seres que desfilan monologueando en voz alta, pero á solas, en una cavilación interna, como charla de alucinado ó de loco. Una tristeza infinita, un profundo terror, estremecen con escalofrío trágico las obras teatrales de Maeterlinch.

Sobre nuestros nervios en completo reposo, no ejerce ese pavor ninguna influencia. Ese miedo espantoso se nos agarra fuertemente al alma. Miramos pasar y repasar los personajes del teatro *maeterlinckniano* por la escena, sin que nos llamen la atención ni sus hechos ni sus palabras.

La pobre acción teatral nada nos dice. En cambio, asimilándonos los estados de alma de ellos, estados de inconsciencia, de intranqui-

lidad, de incertidumbre, la sugestión de lo desconocido, pesando tremendamente sobre nuestro espíritu, lo llena de una angustia. infinita é inexplicable. Siguiendo la lectura, evocando ese vivir misterioso de los héroes de Maeterlinck, dando dentro de nosotros carne y realidad á aquellos engendros de pesadilla, monstruos que surgen en la imaginación, como si los creare intensa fiebre en horas de delirio, el ánimo duda, tiembla, pena dolorida, sin poder sacudir la torturante obsesión. Como si golpeara en nuestra alma, la muerte, paso á paso, se siente su presencia próxima; nos da la impresión de que ha pasado junto á nosotros, misteriosa, impalpable y trágica. Y en el bosque la soledad que angustia el alma de los ciegos hasta nosotros llevando el frío del miedo hasta los huesos. La alucinación y el desvarío hacen presa en nuestro ánimo al presentir la soledad infinita y el eterno silencio.

La vida ha cesado. Ni el más leve signo da á la acción teatral caracteres de realidad humana. Parece cosa de ensueño, y, no obstante, alla un eco vivo en nuestro interior. ¿Quién, de nosotros, responde al conjuro? No es el sentimiento, sin duda, porque el grito de la pasión es el único que lo conmociona. Quizás sean las ideas. El pensamiento vive también vida espiritual dentro de nosotros, y, por tanto, sufre la agudeza de un dolor inmaterial y se siente acosado de la inquietud tremante del miedo, un miedo que se desconoce, pero que existe.

Todo el teatro de Maeterlinck, en su anterior manera, antes de echar al mundo escénico *Monna Vanna,* transacción hecha á la tradición teatral al modo de los pueblos latinos, se halla saturado de este ambiente extraño. Quien vaya á buscar en él emociones hondas, esas que agitan poderosamente el corazón, lleva de antemano perdido el tiempo. Allí no pasa nada. La acción teatral es insignificante, pueril casi; el diálogo machacón, con sus persistentes y monótonas repeticiones, cansa á los que no saben ó no pueden oir con el espíritu. Es un arte el de Maeterlinck de sugestión, especie de hipnotismo literario, en que la voluntad ha perdido por completo su imperio y carece de bríos.

Lo inconsciente, lo indeterminado, lo que vive sin formas materiales de exteriorización en los hombres, son los verdaderos personajes del teatro de Maeterlinck. Los símbolos no existen, ni las abstracciones se representan en tipos humanos, como en la dramaturgia de Ibsen.

Allí, esos reflejos de vida ultratrerrestre, conservan su vaguedad de ensueño. Por presentimiento se conocen; por una extraña sugestión se sienten.

Teatro raro, no puede preeisarse su verdadera contextura artística; la misma indeterminación de los séres que lo pueblan se revela en el carácter de obra escénica.

El tiempo es indiferente. Cualquier época, la que más desconocida nos es, será la más á propósito. Los seres casi carecen de eded y

de condición social. Nada importa eso en la original fórmula artística de Macterlinck.

Si pudiera prescindirse de los actores en la escena, mejor sería. El encanto de lo irreal, la inmaterialidad de esos estados de alma, adquirirían entonces doble valor artístico.

La representación, más que en las tablas, se lleva á cabo en nuestro interior.

ANGEL GUERRA.

¡Guerra á la guerra!

De política

Es extraordinario, Proudhom ha escrito: «la guerra es justiciera y de todas las formas de la justicia la más sublime, la más incorruptible, la más solemne» y los socialistas franceses han lanzado el grito de ¡guerra á la guerra! Tolstoï escribió: «El número de víctimas de la guerra, sôlo en un siglo, se eleva á treinta millones de hombres. Si estos mártires de la doctrina del mundo se hubiesen negado á seguirla, habríanse evitado los sufrimientos y la muerte» y, aún aquellos rusos que un dia oyeron sin pestañear el restallido del «Knut» sobre sus espaldas y que arrodillados confesaban, con la fe del creyente y la pasividad valerosa que hace los mártires, que odiaban la guerra y no querian aprender á ser soldados; aún aquellos, aún el propio Tolstoï, han enmudecido ante la realidad del conflicto bélico...

¿Es acaso la idea de patria la que motiva el silencio de los tolstonianos? Tolstoï cree muy pequeña la Rusia para patria de hombres; quiere que lo sea la tierra y, sin embargo, su esperada protesta contra la guerra aun no ha llegado y lo que la brutal flagelacion no conseguia de aquellos convencidos que se negaban á empuñar las armas, lo logra el ver á su nacion frente á otra.

¿Qué hay en esto? La psicologia de las multitudes acaso nos diera la explicacion en algo parecido á la sugestion del pánico que, por accion igual y contraria, produzca el contagio del enardecimiento belicoso. Preferible es creer que hay en el contraste señalado algo de fenómeno de patología mental y social á pensar que habiendo llegado los socialistas más intransigentes y los individualistas más radicales á coincidir en abominar de la guerra, mientras aquellos que están lejos de ella y sus horrores gritan ¡guerra á la guerra! los que están cerca no solo no protestan, si que enronquecen aclamándola.

Sí; pensemos esto; pensemos en algo de atavismo, en... en todo, menos en que no sea sincero el que los hombres abominen de la guerra, que no sientan, que no quieran, con todas las potencias de su alma, el que llegue á ser imposible.

¿Cómo? No será ciertamente, con las conferencias internacionales á la manera de la de La Haya. Alguien lo ha señalado: el mismo dia que se declaraba la guerra entre Rusia y Japon, el ministro de Justicia de Rusia presidía una reunión del tribunal de arbitraje.

No es la convención la que haya de suprimir la guerra. El exigir el cumplimiento de los convenios, su interpretación y la sanción de las infracciones, suelen ser causa de guerra. La coacción implica fuerza real ó presunta, y cuando esta ha de ser su oficio para imponerse á una nación, llega la guerra.

«La vida de los Estados—ha dicho Montesquieu—es como la de los individuos: estos tienen el deber de matar en caso de defensa natural; aquéllos el de hacer la guerra para su propia conservación». Atengámonos á este razonamiento en favor de la guerra, y pensando en los medios que para disminuir los casos de violencia y muertes entre los individuos se emplean, hagamos aplicación á los Estados y ciertamente que daremos en la cuenta de que hay que educar á los pueblos en el amor universal, en la confraternidad y apartarlos de los horrores y matanzas de la guerra.

En tal labor educadora, aun cuando parezca un contrasentido, para llegar al «nadie soldados». El servicio militar obligatorio enseñará á las clases directoras, á las más cultas, á las de mayor mentalidad, lo que solo saben de oidas, los horrores de la vida del cuartel; las anulaciones de la disciplina; los que es el individuo hecho número; lo que representa en la guerra moderna el ser factor de una ecuación que el Estado Mayor resuelve con cálculos y algebráicas fórmulas en que para nada interviene el corazón.

Es preciso que los de arriba sepan eso, que vean anulada su personalidad de hombres, metidos como cifras entre las que enumeran los fusiles, la pólvora, el alcance de los medios ofensivos y la resistencia de los defensivos; que vean, si, cómo la guerra moderna calcula con igual frialdad la duración de un cañón que la de un batallón sometido á determinadas condiciones de fuego.

Cuando esto suceda en todos los paises, vendrá inevitablemente una reacción que haga pensar que no es muy consecuente la humanidad castigando al que mata á un semejante y haciendo héroe al que los mata por millares.

¡Guerra á la guerra! Si, pero no guerra de violentas rebeldías y de momentáneas explosiones del sentimentalismo que puedan parecer cobardía. Esa guerra negativa que ahora proclaman los socialistas franceses ha de hacerse por más lentos procedimientos; ha de hacerse, lo repetimos, educando á los pueblos.

El Arte necesita reaccionar fuertemente, borrar muchas batallas que pintó, esculpió y cantó, para ganar algunas en la guerra contra la guerra. Felizmente, la estética aparece estar en razón inversa con el progreso militar, y esto ha de facilitar al Arte su colaboración intensísima y positiva en la labor educadora que preconizamos. ¿Quien puede dudar que la lucha entre fuerzas á millares de metros y con pólvora sin humo? Pues aquéllas han de escasear, y estas ser más frecuentes cada día. Tanto más se amengua la emoción estética de la lucha armada, cuanto más se puedan distanciar los combatientes que se hostilizan.

La pintura de historia, hoy en visible decadencia, vivía principalmente de *hacer* batallas hermosas. Hoy las batallas son feas, angulosas, geométricas. Tienen la regularidad desesperante de los polígonos, la frialdad de los cálculos y la monotonía del gris terroso con que se procura ocultar á hombres y armamentos. Meisonier no podria hacer un 1904, como hizo su maravilloso 1814. El arte de la pintura y el de la escultura nada han de perder con abandonar los campos de batalla donde ya los trenes blindados sustituyen á los troncos de nobles brutos en el arrastre del material de guerra, donde tal vez mañana se darán cargas de automóviles en vez de las brillantísimas de caballería.

¿Y en el mar? La guerra naval se ha hecho más antiestética todavía que la terrestre. Antiestéticos son los grandes acorazados y los casi invisibles torpederos. Aquella majestad y esbeltez de los veleros ha desaparecido. En el ataque y la defensa se han hecho invisibles las figuras. La guerra naval más parece choque de cosas que lucha de hombres.

Si para el escultor y el pintor han disminuido los temas de inspiración, la poesía ha sido en la guerra anulada por la ciencia. Anulada la personalidad é iniciativas de los combatientes casi por completo, disminuída, casi suprimida la posibilidad de los encuentros cuerpo á cuerpo, hechos colectivo y punto menos que automático el valor y el movimiento; cuando el guerrero empieza á ser más un mecánico que dirige que un luchador que esgrime y pelea, las epopeyas no pueden dar temas al cantor, el poeta no puede inspirarse.

¡Guerra á la guerra! y cuando os digan que Leibniz afirmó que «la inscripción de paz perpetua no puede ponerse más que sobre las puertas de los cementerios», contestar que la guerra ha llenado de tumbas toda la tierra, y que en un siglo ha desparramado por la superficie del planeta treinta millones de cadáveres, y ya hay derecho y justicia de que se ponga sobre tan inmenso cementerio la inscripción de Paz perpetua...

Los árboles urbanos

De Agricultura

Los árboles tienen en las ciudades dos objetos, servir de adorno y dar sombra y fresco á los transeuntes; además tienen una gran importancia como pretexto para planear calles anchas y aireadas; antes se creía que también servían como purificadores de la atmósfera, pero en este concepto su importancia es casi insignificante. Paris con sus 90.000 árboles, á 150 ó 175 francos, se puede decir que ha puesto en ellos un capital de 15 milones; merece por tanto estudiarse cuáles son las especies que duren más y sean más resistentes contra las diferentes causas que las perjudican.

Las observaciones de Mangín en los años 1891 á 1893 dan para mortalidad media de los árboles de Paris un tanto por ciento de los árboles de cada especie y para edad probable las siguientes cifras:

	Mortalidad %	*edad probable*
Castaño de Indias. . .	0'87	115 años.
Arce blanco	1'44	69 »
Plátano	1'62	60 1/2 »
Olmo	2'06	40 1/2 »
Arce ó acirón.	2'26	44 »
Acacia	2'35	42 1/2 »
Tilo.	4'06	24 1/2 »
Paulonia	7'27	14 »

Se ve que el plátano, unico señor de Barcelona, no es el único árbol resistente, aunque si el más molesto, siquiera las molestias que causa no sean suficientes para satisfacer á un médico oculista.

La gran mortalidad de tilos y paulonias la atribuye á las fuertes heladas de principio de primavera, Comparando la mortalidad en el centro ó casco y en los barrios exteriores resulta:

	Casco	*Barrios*
Ailantus ó árbol del cielo	2'30	1'43
Castaño de Indias.	1'17	0'57
Olmo	2'79	1'49
Plátano	2'29	0'97
Acacia.	3'62	1'93
Arce blanco.	3'44	0'93

Las principales causas de perjuicio para los árboles de las ciudades son: el polvo, el calor y la luz reflejados por las casas y el piso acelerando el enverdecimiento y la caida de las hojas, gases y vapores dañinos, vientos fuertes produciendo fracturas de tronco á ramas, microbios y parásitos que anidan en las heridas.

El polvo se fija sobre todo en las hojas vellosas, pero no es tan perjudicial como algunos creen, pues los órganos de la respiración están pincipalmente en el envés y el polvo se deposita en la cara de encima. En los castaños y tilos se nota mucho el efecto abrasador de las altas fachadas, sobre todo en la hilera más cercana de las casas, por lo que se recomienda sustituirlos por especies más resistentes, como plátanos, silantos y arce blanco ó sincomoro.

Las raices todavia están en peores condiciones que los órganos aéreos; el suelo de las ciudades es generalmente impropio para las plantas: cuando se ha de plantar un arbol hay que hacer un hoyo de 10 á 15 metros cúbicos, llenarlo con tierra buena y después poner la planta. Las raices de los árboles urbanos sufren de hambre crónica y falta de respiración y las perjudican además los escapes de gas.

Para averiguar las condiciones nutritivas del suelo se puede hacer un ensayo previo con otras plantas de crecimiento rápido y así con conocimiento practico se puede decidir la implantación de una avenida bien sembrada. El mayor enemigo es la falta de ventilación del suelo; un aire impregnado de anhidrido carbónico y escaso en oxigeno es perjudicial á la vegentación.

Para investigar las condiciones del aire contenido en el suelo de las calles Mangin ideó un instrumento que consta de un cañón de escopeta de un metro de largo, que termina en punta por un extremo y ensanchado por el otro para introducirlo en el suelo á martillazos. El hueco está ocupado por una barra de hierro de manera que no puede pasar nada de aire de arriba abajo. Una vez clavado en el suelo se estira hacia arriba la barra cerrando el cañón antes de que salga del todo la barra con una llave y se añade encima una bomba de aire. El aire que viene á ocupar el cañón se puede pasar luego á matraces ó tubos preparados para ello. Con esra sonda se puede sacar aire de la profundidad que se quiera.

La proporción de anhídrido carbónico en el aire subterráneo varía según las estaciones y es muy pequeña en el de los parques, en los bosquecillos con matas; no es tan favorable el suelo de césped, pero la cantidad de anhídrido carbónico no llega á ser perjudicial; en las avenidas apisonadas con el contínuo pasar de transeuntes alcanza á 4 ó 5 por 100, que es ya perjudicial.

En las calles empedradas, en que los árboles están protegidos por enrejados en la parte del suelo que rodea al tronco es relativamente buena la ventilación, pues el empedrado y el enrejado impiden el apisonamiento del suelo, no alcanzando por tanto el anhídrido carbónico, más que á 0'88 por 100. Debajo del empedrado se acumula el anhídrido carbónico, pero aquí no importa tanto; sin embargo, hay que tener en cuenta que en general las raices suelen extenderse hasta la misma circunsferencia que la copa del arbol y el enrejado suele ser bastante más mezquino, punto más importante cuanto que la parte tierna de las raices es la más activa en las funciones de absorción y respiración.

En las diferentes especies una de las que más sufren con lo asficiante del suelo es el Ailanthus ó árbol del cielo, porque sus raices penetran mucho; comparando por ejemplo dos troncos; uno crecido en un suelo flojo, bien airado tiene 20 centímetros de ancho con siete anillos anuales, otro crecido en una avenida de suelo duro, mal ventilado no tiene más que 16 centímetros de diámetro con 22 anillos anuales, cada uno de los cuales no pasa de cuatro milímetros y algunos de un milímetro de espesor.

El tronco de un árbol tiene hacecillos de vasos, especie de cañerías que conducen las sales minerales disueltas en agua desde las raices hasta las hojas; éstas fabrican con ellas materiales alimenticios que sirven pata formar nuevos tejidos de la planta y así contribuyen al crecimiento del tronco y las ramas. Si el árbol crece en un suelo mal airado, las raices no cumplen más que muy imperfectamente su misión, no se forman nuevas raices para mantener el equilibrio entre las partes y subterráneas, las hojas exhalan bastante agua para atraer la corriente de soluciones minerales, pero la escasez de raices aminora esta corriente, las hojas por tanto, no producen bastantes materiales alimenticios y el árbol crece con mucha más lentitud. En algunos árboles, entre ellos el Ailathus, aparecen sustancias gomosas que atascan los vasos ó cañerías y por último suprimen la circulación.

Contra la mala ventilación del suelo se recomiendan los enrejados para impedir el apisonamiento y materiales porosos alrededor de la tierra en que están los árboles y debajo del empedrado. Pero ¿de qué sirven todos los sistemas de drenaje para dar á las raices agua y aire,

si se colocan en la proximidad y sin ninguna precaución las conducciones de y electricidad?

Hay otro enemigo peor de las plantaciones y que no se hace notar por ningún signo exterior: hoy está el árbol sano y mañana lejos de allí; este malísimo enemigo de los árboles es el ingeniero y el arquitecto. Los árboles urbanos son parte integrante de la salud pública y sería menester hacer frente con la mayor energía contra la furia de edificación de especuladores codiciosos que hacen víctimas suyas los jardines, parques y avenidas.

(De la Revue Scientifique).

Las virtudes varoniles y la política pràctica

Algunas veces, al dirigir la palabra á los hombres que desean con sinceridad el mejoramiento de nuestros negocios públicos, pero que no toman parte activa en su dirección, me siento tentado á decirles que hay dos evangelios, que deben ser predicados á cada reformador. Es el primero el evangelio de la Moralidad; es el segundo el evangelio de la Acción.

No es ciertamente necesario predicar á los hombres decentes, de las altas clases, la doctrina de la moral en sus aplicaciones á los negocios de la vida pública. Es aún más grave la ofensa de delinquir contra un individno. El hombre que corrompe nuestra vida pública, ya malversando los fondos de un empleo, ya comprando votantes ó legisladores, ó corrompiendo la distribución de los empleos para recompensar á los indignos y á los viciosos por su nociva é interesada actividad en los bajos fondos de la vida política: tal hombre es un enemigo más grande de nuestro bienestar como nación, que el cajero defraudador de un banco ó que el estafador de un sindicato privado.

Toda la suma de las inteligencias y la mayor suma de energías podrán salvar á una nación que carece de honradez; y ningún gobierno tendrá jamás éxito permanente si es manejado de acuerdo con ideales indecentes. La primera obligación del ciudadano que desea participar en la obra pública, sea desempeñando altas funciones ó meramente haciendo su simple deber de ciudadano participando en el manejo de la política, es el de obrar desinteresadamente y con el sincero propósito de servir á toda la comunidad.

Pero el desinterés, la honradez y el deseo abnegado de practicar el bien, no bastan á menudo por sí mismo. Un hombre no solamente debe ser desinteresado: debe ser también eficaz. Si entra en política debe hacer política práctica para hacer valer su influencia.

Política práctica no debe significar jamás política puerca. Al contrario, á la larga la política del fraude, de la traición y prevaricato, no resulta práctica; y el más práctico de todos los políticos es el político limpio, decente y recto.

Pero un hombre que entra en las batallas actuales del mundo político, debe prepararse para ellas, tanto cuánto para luchar en otros aspectos de la vida. Debe estar preparado para encontrarse

con hombres de ideas muchas más bajas que las suyas y para afrontar las cosas, no como él desea que sean, sinó como son en realidad. No debe perder el alto ideal propio; pero no debe desconocer el hecho de que la mayoría de los hombres con los cuales él trabaje tengan ideales muy inferiores. Debe mantener firmemente sus creencias; pero debe al mismo tiempo comprender que, para hacer efectiva la acción política, debe unir la acción de muchos hombres, y que debe sacrificar una parte de sus propias opiniones á las de sus asociados si desea alguna vez que sus aspiraciones tomen formas positivas.

La primera cosa que debe recordar todo hombre que participa en la política, es que debe obrar y no simplemente criticar las acciones de los otros. Ciertamente, nada hará para salvarnos el hombre que, sentado cerca de la chimenea, lee su diario de la tarde y se lamenta de cuán malos son nuestros políticos y su política. Nos salvarán los hombres que van al tumulto grosero del *caucus,* de las primarias y del mitin político y allí hace frente á sus camaradas con energías.

El servicio real nos es rendido, no por el crítico que se mantiene alejado de la lucha, sino por el hombre que entra en ella desempeñando su papel, como debe hacerlo un hombre, sin retroceder ante temor alguno.

Es una cosa agradable, pero muy peligrosa, reunirse solamente con hombres cultivados y refinados que alimentan altos ideales y sinceros propósitos de hacer bien, y pensar que cada uno ha hecho su deber, al discutir política con tales asociados! Es muy bueno reunirse con hombres de esta estirpe; en verdad es una cosa necesaria, porque de esa suerte iluminamos nuestros ideales y nos mantenemos en contacto con personas de espíritu abnegado; pero si solamente nos asociamos á estos hombres, nada realizaremos. La verdadera batalla debe ser librada en otros campos menos agradables. El verdadero avance debe ser hecho en el campo de la política práctica, entre los hombres que representan ó guían ó dirigen las masas de los votantes, hombres que á las veces son ordinarios y rudos, que algunas veces tienen ideales muy bajos, pero que son capaces, diestros y eficientes. Es solamente mezclándose con tales hombres, en términos iguales, mostrándoles que no es capaz de dar y recibir duros castigos sin gemir, y que uno puede dominar los detalles de la estrategia política, tan bien como ellos, que un hombre podrá establecer la base necesaria para combatir por una gran reforma.

Todo hombre que desea el bien de su país tiene la obligación de honor de tomar parte activa en la vida política. Si él toma participación activa debe estar seguro de que á las veces cometerá errorres y será vencido. Sus derrotas y sus errores serán objetos de la ilimitada denuncia de los críticos que no lo sufren, porque nunca hacen otra cosa que criticar.

Sin embargo, él tendrá la satisfacción de conocer que la salvación de la patria no depende, en último análisis, de la obra de los críticos, sinó de la obra de los que, aunque imperfectamente, realizan la obra de la nación. Y no se entienda por un momento que condeno la crítica ó que dejo de estimar su importancia. Necesitamos críticos sin miedo, de nuestros hombres públicos y de nuestros partidos políticos; necesitamos la condenación implacable de todas las personas, y de todos los principios que contribuyen al mal en nuestra vida pública; pero es necesario que todo hombre recuerde que la obra del crítico, por importante que sea, es en realidad, de importancia secundaria y que, al fin, el progreso es realizado por los hombres que hacen las cosas y no por los hombres que hablan de cómo deben ser ó de como no deben ser hechas.

Luego, pues, el hombre que desea hacer algo bueno en su pueblo, debe tomar una parte activa en la parte política. Si es un republicano, únase á la asociación local republicana; si es un demócrata, á la asociación democrática; si es un independiente, déjesele poner en contacto con los que piensan como él. En todo caso debe convertirse en una fuerza activa y hacer sentir su influencia. Sea que trabaje dentro ó fuera de las líneas de los partidos, encontrará, seguramente, muchos hombres deseosos del buen gobierno y que si obran unidos formarán inmediatamente una fuerza para proceder rectamente. Es claro que en un gobierno como el nuestro, un hombre nada puede hacer, actuando solo; debe combinarse con otros; y de la misma manera, un número de personas no pueden actuar unidas á otras sinó sacrificando una parte de sus creencias y prejuicios. Es, sin duda, desgraciado, el hombre que en un distrito dado no encuentre personas con quienes actuar concienzudamente.

Puede pensar que obrará mejor fuera de una organización partidaria; puede pensar que obrará mejor actuando á lo menos en ciertos propósitos ó en cierto tiempo dado fuera de las organizaciones partidarias y en un cuerpo independiente de naturaleza dada. Pero debe actuar asociado á otros si quiere ejercer alguna influencia positiva.

Una cosa debe ser siempre recordada y es que ni la independencia, por una parte, ni la tiranía de los partidos por otra, pueden excusar jamás la falta de una acción activa en política.

El hombre de partido que invoca su fidelidad al mismo para seguirlo ciegamente, de una manera recta ó equivocada, y que deja de influir para hacer á su partido en cierto modo mejor, comete un delito contra la patria; y un crimen tan serio como este es el que cometen los independientes que excusan, con su independencia, su fácil tolerancia y que creen que cuando dicen que no pertenecen á partido alguno, están excusados del deber de tomar parte en la obra práctica de las organizaciones políticas.

El hombre de partido está obligado á intervenir de lleno en el manejo del mismo. Está obligado á asistir á los *caucus* y á las pri-

marias, á influir para que solamente sean elegidos los hombres buenos y á ejercer su influencia tan poderosamente contra los enemigos del buen gobierno dentro de su partido, como lo haría respecto de sus adversarios. De la misma manera los independientes, sinó pueden tomar parte en las organizaciones regulares están obligados á realizar la mayor obra positiva y no obra de mera crítica; están obligados á organizarse y á hacer sentir su organización de una manera eficaz y efectiva.

En la reunión de las fuerzas para realizar el bien político, no debe hacerse distinciones entre los hombres por su estado social. En efecto: nada realizará una organización política que establece exclusivismos sociales; y es también tan contrario al carácter americano votar en contra de un hombre porque es rico, como votar en contra de él porque es pobre. El primero tiene tanto derecho como el segundo para reclamar que se trate puramente según sus méritos como hombre.

En resumen, para hacer buena política es necesario que los hombres que se organizan lo hagan con absoluta prescindencia de que sus correligionarios hayan nacido en el país ó en el extranjero, sean protestantes ó católicos, sean judíos ó gentiles, banqueros ó carniceros, catedráticos ó jornaleros. Todo lo que puede rectamente exigirse de un correligionario político es que sea hombre honrado, buen americano y conformidad substancial de ideales.

Otra cosa que no debe ser olvidada por los hombres que participan de la política, es que para servir bien á nuestro país, debemos ser abnegados, desinteresados, sinceramente deseosos del bienestar de la comunidad y capaces de una firme adhesión á levantados ideales; pero al mismo tiempo debemos tener un alma y un cuerpo vigorosos, capaces de sostenernos en rudos conflictos con nuestros conciudadanos. Una civilización pacífica y comercial está siempre en peligro de sufrir la pérdida de las condiciones viriles de combate, sin las cuales jamás llegará una nación á adquirir importancia, cualquiera que sea su cultura, su refinamiento y sus riquezas y prosperidad! Debe enseñarse á todo ciudadano, así en la vida pública como en la vida privada, que si debe evitar las provocaciones y las querellas, tiene el deber de alzarse en defensa de sus derechos. Ningún hombre es digno de la consideración de la comunidad, sinó es capaz de sentir entusiasmo por las cosas rectas y justa indignación y odio por los crímenes y si no se siente impulsado á exigir que la justicia caiga sobre los delincuentes. Poco vale en cualquier parte un hombre sinó tiene valor moral y fljo. Un político que realmente sirve bien á su país y que aspire á la gratitud pública, debe poseer algunas de las duras virtudes que admiramos en el soldado que sirve á la patria en el campo.

Los políticos deben tener confianza en su poder y el pueblo lo reconocerá antes de mucho. Organizados y en acción deben ser indomables por las derrotas temporales. Si sufren una primera derro-

ta, y después otra, deben tener el ánimo necesario para redoblar sus esfuerzos y cambiar de táctica, pero deben continuar la acción. No es varonil y es una cobardía abandonar la lucha porque se ha sufrido una derrota ó porque la obra es difícil ó repulsiva.

Finalmente, hay otra cuestión que deben recordar los que pretenden despertar á sus conciudadanos á trabajar por un buen gobierno, porque ello mejorará sus condiciones materiales, pero es mucho mejor convocarlos para la tarea, porque es justo realizarla. Sin duda, si tenemos política limpia y honrada, habremos mejorado nuestros intereses; pero el ciudadano debe ser convocado á la lucha porque ese es su simple deber si desea merecer el título de hombre libre y si desea participar de lleno en la dura y difícil labor del gobierno propio. Debe actuar si quiere probar si es apto para las instituciones libres, pues de lo contrario vivirá bajo un gobierno de humillación y de despotismo, fruto de su egoísta timidez y corta vista. Un gobierno limpio y decente beneficiará seguramente á todos los ciudadanos en las circunstancias materiales de la vida; pero todo ciudadano debe ser llamado á participar del mejoramiento de nuestra política, no por el beneficio que ello comporte para sus negocios, sino por razón de que es su deber elemental, que no puede ser abandonado sinó con cobardía y desonor.

TEODORO ROOSEVELT.

*
* *

«El Museo Canario» se propone dar á conocer algunos de los artículos más notables que publica la prensa extranjera. Con este objeto, publicamos en nuestro número anterior, un curioso estudio de Jules Huret sobre el «Instituto de negros de Juskegee» y en el presente reproducimos el oportuno y notable artículo que publica en la revista «The Forum» de New-York, el Presidente de la República de Estados Unidos Mr. Roosevelt.

Sus ideales ha sabido llevarlos al poder el ilustre político Pocas veces ha realizado un hombre en su vida práctica los medios y doctrinas predicados como Mr. Roosevelt. Este artículo tiene consejos de oro para nuestra juventud, pues ellos han echo á su autor presidente de una de las más grandes naciones de nuestros tiempos.

Literatura extrangera

"VARENNES"

Sarah Bernhardt, la gran actriz francesa, acaba de estrenar con excelente éxito una obra titulada *Varennes*, fruto de la colaboración de dos notables escritores: MM. Henri Lavedan y G. Lenótre.

El asunto del nuevo drama es histórico. La frustrada fuga de Luis XVI y la real familia, intentada el 21 de Junio de 1791 y fracasada en Varennes, constituye la acción principal; y la historia de un amor delicado y puro, melancólicamente bosquejada, va unida á ella, realzando el interés de los sucesos ocurridos en la realidad con los adornos que le prestan los imaginados por la fantasía.

Y Sarah Bernhardt, después de haber personificado con la *Thèroigns de Méricourt* de Paul Hervieu, la Revolucion francesa, con igual aplauso, haciendo alarde una vez más de su arte supremo - si hemos de creer á los críticos franceses—encarna ahora la figura de la desventurada reina de Francia María Antonieta.

—

El primer acto de *Varennes* se desarrolla en el hotel de Nosilles, en donde se prepara una fiesta organizada por la duquesa de Ayon, pariente de La Fayette.

Mme. de Rochereul, dama de la reina, pide á ésta que aleje de París á un oficial, el conde de Fersen, con quien ella tuvo amores y al cual ama aún.

La Fayette dice que no puede alejar á un personaje que como Fersen, goza de gran influencia en la corte, sin motivos graves, sin razones políticas... Mme. de Rochereul vacila; al fin se decide:

—Sí; hay razones políticas—dice.

Llega Fersen. Mme. de Rochereul trata de resucitar su cariño, recordando el pasado... Pero el pasado, para Farsen, está bien muerto. La dama, enojada, tórnase agresiva.

—¡Me habeis abandonado - dice porque amais á la reina!...

—¡Nó!—replica el conde.

—¡No solo amais á la reina, sino que ella os ama!

—¡Falso!—grita Fersen. - Y la prueba es, que parto para Valencionnes.

Aun la enamorada Mme. de Rochereul pide una última entrevista. Fersen la niega obstinadamente. Y la dama mortificada, se aparta de él para dirigirse á La Fayette.

—M. de Fersen—dice—va á robar á la reina esta noche.
—¿Os burlais?—pregunta La Fayette.
—¡Tengo pruebas!
Y ante La Fayette, Bailly y Barnave, dice ella cuanto sabe y supone; habla de la berlina encargada á Jaen Louis y ensayada públicamente, de la caja de los diamantes que está llena de joyas, de correspondencia que ha sorprendido merced á una llave robada, de pasaportes preparados...
Bailly hace la observación—que la dama no echa en saco roto—de que los pasaportes, á partir de aquel día, tienen que ir rubricados por el presidente de la Asamblea.
Se dan á la Rochereul instrucciones... Barnave la entrega, además, un billete que escribe presuroso y que la suplica entregue en secreto á la reina... "Comunidad de venganza", dice... El telón cae. El drama se inicia.

—

En el segundo acto, miéntras el rey con su hermano y su hermana Mme. Elisabeth repasa la proclama que en Montmédy, dirigirá á los franceses y Leonard, el peluquero de la corte, se hace cargo de la caja de los diamantes para reunirse á los reyes que huyen en Sainte Menehould, Fersen da cuenta de los preparativos hechos y María Antonieta viste á sus hijos con los disfraces acordados... Una dama leal, madame Neuville, debe fingirse la baronesa de Korff, que viaja con dos niños—los príncipes—el aya de éstos—la reina,—y el intendente Durand -el rey.
La escena queda un momento vacia. Madame de Rochereul entra; observa el desorden; adivina la fuga, apenas entrega á la reina el billete de Barnave, cuando Fersen vuelve descompuesto. Mme. de Nouville está enferma y no puede partir: hay que llevar á Mme. Rochereul...
—Leed—dice la reina á Fersen, dándole el billete que acaba de recibir y que dice: *Desconfiad de Mme. de Rochereul,* sin afirmar nadie.—Apesar de todo—añade—hay que llevarla. Es menos peligrosa con nosotros que en París.
Llega la hora señalada. El rey ha vuelto; á son de tambores ábrense las puertas, anúnciase *"¡Servicio del rey!"* y Luis XVI se aleja con pomposo ceremonial de costumbre, mientras María Antonieta, para engañar á sus damas, hace que toquen la gavota de *Ifhigenie...*

—

En Saiute Menehould, en el tercer acto, las tropas que Choiseul manda aguardan á los reyes, Leonard llega: y, creyendo que la fuga ha fracasado, en vista de la tardanza de los reyes, retírase con Choiseul y las tropas.
Casi en seguida Valori, uno de los guardias de corps, disfrazado, entra pidiendo seis caballos para una berlina alemana.
Con algunas dificultades se los proporciona Drouet, el maestro de postas, hombre colérico, violento y revolucionario furibundo.
La pesada berlina aparece, sin que durante la parada se dejen ver los misteriosos viajeros. En el momento de arrancar, Drouet ilumina con su linterna el rostro de uno de éstos; lanza un grito de sorpresa; el coche parte...
—¡Es el rey, el rey!.. —grita Drouet, y seguido de un compañero, monta á caballo y sale á escape para avisar y que detengan la berlina.
Cuando ésta llega á Varennes ha circulado ya el rumor de que en ella van los reyes. Se avisa á Sauce, tendero síndico; él y Drouet exa-

minan los pasaportes de los viajeros...

Mme. de Rocheroul, pérfidamente, da explicaciones.

El pasaporte está en regla; ella es la baronesa de Korff... No falta nada; la firma del ministro, la del rey, la del presidente de la Asamblea. . ¡Ah, sí! ¡Esta falta!... Mme. Rochereul, recordando lo que dijo Bailly, lo ha hecho notar. Y continúa cometiendo torpezas, saludando respetuosamente á la fingida aya y al falso Durand...

Sauce hace entrar á todos en su casa. Si entre ellos están los reyes, pronto va á saberse. En Varennes hay un cierto M. Destez, que conoce al rey. Y lo ha enviado á buscar.

M. Destez, desprevenido llega.

—*¡Sire!*—grita al ver á Luis XVI, arrodillándose ante él. Todo se ha descubierto.

Luis XVI se resigna; reconoce que es el rey; añade que va á Montmédy, y que nada le impedirá ir y venir. Y se pone á comer y beber con Daouet.

La reina por el contrario, se impacienta y se irrita. Quería abrirse paso á la fuerza. ¡Ah, si Fersen estuviera allí!

Fuera, la muchedumbre aclama á los enviados de la Asamblea, Bayon y Romeuf, portadores de una orden de arresto votada por aquella.

—¡A París!—grita la muchedumbre.—Y á París regresa la carroza con la familia real y los enviados, no sin que María Antonieta haya cometido la torpeza de querer comprar á Drouet Fersen, llegado á última hora, aconseja resignación á la reina. La resistencia es imposible.

—

Melancólica María Antonieta, pasea con la delfina en una terraza, en Meaux, al comenzar el cuarto acto.

Mme. de Rochereul la acompaña tambien; ella la despide, originando una violenta escena entre las dos mujeres, en la que la dama, perdido todo respeto, llega á insultar á la reina y arrójale al rostro su amor á Fersen.

Bernave, recien llegado, pone fin á la escena. Quiere salvar á su soberana; explícala cómo sus sentimientos han cambiado, y suplicante, persuasivo, elocuente, señala al mismo tiempo á María Antonieta las faltas que ha cometido. No puede prescindirse del amor del pueblo, del cual ella huye...

Y al oirle la reina llóra y habla de las tristezas de su vida... Barnave añade que puede conseguir la popularidad necesaria, sacrificando á Fersen; diciendo audazmente que la familia real no huía,sino que iba secuestrada por él...

Fersen, consultado, con asombro de la reina, aprueba el plan de Barnave. Quiere aún más, evitar los insultos que ha de oir María Antonieta á su regreso á París. Una carroza espera preparada en el parque; él será responsable de todo y la hará huir. Barnavé acepta.

—¿Por qqé siempre huir?—dice la reina llorando?—¡Es á mí á quien se ódia, á mí sola; nadie me ama!...

Estas palabras hacen brotar de los corazones el mismo grito de protesta. De tan delicado modo se nos revela el amor de Bernave.

Solos la reina y Fersen, descúbrense su mútuo amor, imposible de satisfacer. Cuando Fersen se va, la mujer enamorada grita:

—Vuelve pronto... ¡Tengo miedo sin tí!...

Pero el delfin entra en aquel instante; su madre le abraza convulsivamente, y el llanto acude á sus ojos, al recordar la reina otros deberes..

Constituye el último cuadro la llegada á París de la familia real. Por Fersen sabemos que Mme. de Rochereul robó la caja de los diamantes, con importantes papeles secretos y huyó en la carroza preparada para la reina.

Y poco después vemos que la traidora dama ha caído en poder de la muchedumbre. Viéndose perdida, Mme. de Rochereul arroja al aire los papeles, que Fersen consigue recoger; tiene la suprema generosidad de salvar al conde, fingiendo no conocerle, y muere desastrosamente víctima de la ira del pueblo.

Truena el cañón. Pasan hombres con carteles que dicen: *El que insulte al rey será ahorcado.—El que salude al rey será apaleado.* La guardia abre calle...

Rodeada de granaderos, con el arma baja, aparece la berlina. De los viajeros únicamente se ve al delfín, inocente niño que desde la ventanilla envía besos á la multitud... Su gracia infantil á nadie conmueve. Sólo un hombre saluda quitándose el sombrero. Es Fersen. La carroza pasa...

—

Por el presente relato se ve que la obra—fuera de la parte pasional—respeta en lo esencial la verdad histórica. Todos los detalles de la fuga, la intervención de Drout y Sauce, el reconocimiento histórico, así como los personajes, excepto Mme. de Rochereul y algún otro. La imaginaria Mme. de Rochereul, por razones fáciles de comprender, ha sustituído á la duquesa de Tourzel, que fué la que en realidad desempeñó el papel de la baronesa de Korff, con perfecta lealtad.

Puede añadirse que Luis XVI, que, como se sabe, era un tanto glotón, se comió en casa de Sauce una tortilla de seis huevos y tres cuartos de pollo en fiambre, rociándolo todo con vino blanco añejo de país. La emoción no le quitaba el apetito.

Juan Bautista Drouet el que descubrió la fuga, fué en 1792 diputado de la Convención, y votó la muerte del Rey. Jacobino furibundo, cayó luego en pòder de los austriacos, permaneciendo prisionero hasta 1795. A su regreso á Francia se adhirió al imperio; fué condecorado con la Legión de Honor y desempeñó durante quince años la subprefactura de Sainte Menehould. Al venir la Restauración tuvo que ocultarse y murió bajo un nombre falso en el año 1824.

I. S.

DE LAS CANARIAS

La isleta de Gran Canaria

Dase el nombre de *isleta* ó de *las isletas*, á una especie de península situada al norte de la ciudad de Las Palmas, á cuya parte Sur (de la península) se encuentra el hermoso puerto de refugio á que la isla debe su mayor engrandecimiento.

Según Viera y Clavijo, tiene esa península todos los caracteres de haber sido formada por erupciones volcánicas, no siendo otra cosa que una mixtura de materias tostadas y dispuestas sin orden, por lo cual aquellos parajes carecen de manantiales.

Esto no quiere decir que la Gran Canaria tenga idéntica formación, pues en el proceso geológico debe ser la misma de las demás islas mayores.

Esto no quita que la isleta tenga partidarios en contra de su formación. Tan gracioso ha estado uno de ellos que hasta se le ha ocurrido preguntar qué de donde habrá venido esa isleta para unirse á la isla, como si venir pudiera de otro lado dando tumbos sobre las olas del mar como esas tozas de madera que arrastran las corrientes sobre esas islas. Y no solamente se quiere hacer venir la isleta de otra parte, ¡oh fuerza de ingenio! sino que hasta se ha querido dotar de una población de raza distinta á la que generalmente poblaba á la Gran Canaria, tan solo tal vez, por la circunstancia de que la isleta servía de necrópolis, muy probablemente á la población más miserable de la isla, falta de recursos para tributar honores más pomposos á los cadáveres, allá en espaciosas grutas sepulcrales donde permanecían siglos perfectamente embalsamados.

Hoy mismo se vé que las familias establecidas en el Puerto de la Luz, cuanto más faltas de recursos para llenar las necesidades de la vida, se van agrupando sobre esa isleta, como debieron hacerlo los antiguos canarios, á lo menos para dar sepultura á sus familias en modestísimos túmulos.

No hay, pues, para que decir que en la Gran Canaria había tipos muy marcados de varias razas, predominando en ellas el elemento semita; pero esto no nos autoriza para decir quo vinieran á poblar la isla razas diferentes y en períodos distintos de tiempo.

Fraccionado el antiguo territorio, que llamaremos *X*, fraccionada

quedó también la población que en él moraba, compuesta de razas diferentes. Una de esas fracciones es la Gran Canaria. Más, si atendemos á una afirmación de Darwin, los guanches ó primitivos canarios caen fuera de las clasificaciones del género humano por ciertas diferencias dermatológicas.

⁂

Una piedra misteriosa

El Museo Canario es una interesante revista, órgano de la Sociedad del mismo nombre, establecida en Las Palmas. El mejor Museo de antigüedades canarias se encuentra en aquella ciudad.

Supongo que dicha Sociedad tenga noticia de una misteriosa piedra encontrada hace años en la parte norte de la isla de Tenerife, perteneciente á mi distinguido amigo el Sr. D. Manuel de Ossuna. Yo he tenido ocasión de examinarla y de admirar la inscripción que contiene.

Esta no ha podido ejecutarse sino con un cincel, y es tan primorosa que revela la habilidad del artífice.

Los caracteres perfectamente trazados, con una limpieza de las más perfectas, se asemejan á los de diferentes alfabetos de las lenguas antiguas; y como no se hallan repetidos, al parecer, por esta circunstancia y por su número, dan lugar á formar la conjetura de que en esa inscripción solo se trata de un alfabeto.

No deja de llamar la atención que tal hallazgo fuese en la isla de Tenerife. La inscripción no se puede decir que sea moderna. Al contrario, revela que debe tener algunos siglos de ser trazada. Ella no corresponde á ninguno de los alfabetos conocidos, no pareciendo sino que el pueblo que hacía uso de ese alfabeto haya desaparecido. ¿Por qué no ha de venir á la imaginación la escritura de un pueblo desaparecido también del cual fuesen restos las Islas Canarias?

ANTONIO M.ª MANRIQUE.

De nuestros poetas del tiempo viejo

—

A CAIRASCO

Tú que con nueva musa extraordinaria,
Cairasco cantas del amor el ánimo,
Y aquella condición del vulgo vária,
Donde se pone el fuerte al pusilámino
Si á ese sitio de la Gran Canaria,
Vinieres con ardor vivo y magnánimo,
Mis pastores ofrecen á tus méritos,
Mil láuros, mil loores beneméritos.

M. DE CERVANTES

*
* *

LA VERDAD

Es la Verdad un Sol, que aunque cubierto
Algún espacio esté de nube oscura,
La vence al fin, y queda descubierto;
Es encendida luz, que el alma apura,
Regala, alumbra, adiestra y favorece,
En cualquiera tormenta y desventura.
Y como la semilla no parece
Por algún tiempo, y la razon llegada,
El campo de esmeraldas enriquece,
Así, aunque la verdad esté encerrada,
Sale apesar del mismo que la encubre
Y muestra su belleza inusitada.

BMÉ. CAIRASCO DE FIGUEROA

DE LA HISTORIA DE CANARIAS

Documentos inéditos

(De la Biblioteca de D. Agustín Millares)

Diario del Bachiller D. Isidoro Romero Ceballos

CONTINUACIÓN

HACIENDA DE VELEZ.

La noche del 22 solo concurrió la gente de Agüimes y del Ingenio y cogieron 8 costales fuera de 9 costales que á prudente regulación despedazada y quemada había en la hacienda de Velez esparcida por el suelo; pude observar que estos animalillos si hay vientos en la mayor fuerza del sol que es cuando ellos que les impida su intención de penetrar en algún lugar, se aterran y á cubierto por el cañón de los mismos barrancos hacen sus marchas á su destino cuando quieren ya descansar en el lugar donde han de hacer noche se elevan para ganar las laderas y abrigos contra el norte donde pasarse, y si tienen vientos contrarios se mantienen por mucho tiempo en un puesto pero 2 ó 3 noches si está sereno y no la escandalizan.

El dia 23 se practicaron las mismas diligencias que siempre; en este dia se recibió órden del Sr. Corregidor en que mandaba se pagase el almud de cigarra á dos cuartos para evitar los costos escesivos de refresco de pan y vino que se les había dado á la gente todas las noches sin poderse evitar el desorden que sobrevenía en la distribución; la noche de este dia llegó el Sr. Corregidor con gente de Telde y bastantes costales nuevos cuya falta había atrazado mucho los progresos de la destrucción de dicha langosta de la cual se enterraron 30 fanegas el 24 de madrugada en el barranco de Agüimes donde se cogió; 150 hombres entraron de Tirajana en este lugar los cuales y los de las jurisdicciones del Carrisal, Agüimes é Ingenio cogieron en la noche y se les pagó 119 fanegas en donde dicen Pajonales y en las cercanias del Ingenio; al medio dia pidieron permiso para retirarse á su jurisdicción los de Tirajana lo que se les concedió con la condición de que de camino estirpasen aquella noche una porción de cigarra que se decía había entrado en Juan Grande.

El dia 24 se despidió la gente que vino de Telde respecto á que se había desaparecido la que había en la jurisdicción.

El 26 después de medio dia se despidió el Sr. Corregidor de este lugar para volver á Telde y mientras él seguía este camino caminé yo para Juan Grande á donde llegué como media hora antes de anochecer después de haber atravezado el espacio de 2 leguas y media con el rostro siempre á el surdoeste.

Toda esta distancia es muy llana de tierra ligera entre colorada y darda y averioso con mucha mezcla de piedra y está dividida en 3 cantoñes ó pagos que se distinguen con los hombres de Tierra de Polvo, Sardina y Juan Grande.

JUAN GRANDE.

El segundo de estos que es el 1.° y mayor en territorio y el segundo en bondad y fertilidad porque Juan Grande en este puerto escede á todos no sé si porque goza de el beneficio de más agua. Aunque toda esta otra tierra la he dividido por mayor en 3 trozos no obstante está subdividida en otros muchos pedazos, cercados con paredes de piedra. Las tierras que están labradas están limpias de montes hasta las cordilleras tierra adentro pero á las que no ha alcanzado el beneficio de la reja están llenas de tabaibas corpulentas y alhulagas y muchos valos; estos últimos arbustos en donde mas abunda es en los 3 barrancos que que dividen los otros tantos referidos territorios. El primero está á media legua de Agüimes y es conocido con el nombre de barranco de Valos que tiene un cuarto de legua de ancho; el segundo está media legua mas distante es mucho menos ancho y se llama del Polvo y á distancia de este una legua está el grande de Tirajana que divide á Sardina de dicho Juan Grande y no se cuenta el pequeño que hay á la salida de Agüimes llamado de Anaguena.

LA ERMITA.

Todas las dichas llanuras medidas desde este último barranquillo hasta las Salinas de D. Fernando del Castillo, donde terminan á prudente regulación tendrá dos leguas y media de largo y á lo ancho de cordilleras á el mar tres cuartos de legua. En Sardina hay varias casas derramadas á distancia y en Juan Grande está una ermita de Nuestra Sra. de Guadalupe, muy aseada que se hizo el año de 47 de que es patrono el Conde de la Vega Grande que tiene á el lado unas suntuosas casas y jardines en donde vi un Tamarindo cargado de frutos y también hay otras muchas casillas á el abrigo de un barranco que está allí donde habitan muchos medianeros que tiene dicho señor.

CASTILLO DE ROCHA.

De esta ermita directamente á el mar un cuarto de legua y en su rivera hay un gran castillo propio de la casa de Rocha y entre él y el mar unas grandes Salinas; lo registré con cuidado, es su construcción antigua, cuadrilonga y da su frente más ancha á el mar, con 7 cañones, con sus dos garitas, con otros dos resguardos para utensilios del uso de la artillería y para abrigo también del centinela. Debajo de su esplanada corren á lo largo dos órdenes de salas y debajo de ellas otros tantos almacenes para pertrechos y para la sal y en las primeras están comprendidas la sala de armas, oratorio y otras piezas muy có-

modas para vivir en él y á un lado la cosina. Un muro y varias salas terreras sueltas vienen á formar un gran patio cuadrado en medio de el cual se estaba fabricando un algibe; la puerta principal está en este patio y tiene una estacada en medio círculo con dos puertas; no se ocultó á mi observación tampoco el modo y el uso de las Salinas; con el beneficio de una luna muy clara volví á Agüimes y llegué á las 8 y media sin haber visto en todos los territorios que caminé sino tal cual langosta que no era de temer.

VUELTA Á LA CIUDAD.

La noche de este dia no salió gente para matar langosta, ni en la del dia 27 siguiente porque aseguraron los espías que no habia ninguna, por cuya razon me resolví á regresar á la Ciudad el dia 28 lo que ejecuté después de haber hecho entrega á el Alcalde de Agüimes de 106 hachos de tea, de una viga de 38 palmos de largo y uno en cuadro y de un jubron y 6 costales para que los tuviese á las órdenes del Sr. Corregidor; para llegar á Telde tuve que pasar los barracos de Agüimes, del Ingenio, del Horno, del Goro, de Gando, de la Caldera, de Silva y de las Bachilleras. A la oración llegué á la Ciudad; parecerá por demás hacer mención de un viage de lo que sin dificultad se debe comprender hará muchas veces á el año cualesquiera habitador de la isla, pero se deberá considerar que el motivo de él fué una espedición que por lo raro en ella pide estas circunstancias para la atención.

NACIMIENTO DE MI HIJA.

El lunes 30 de Noviembre de este dicho año dia del apóstol S. Andrés dió á luz felizmente mi muger una niña; fué bautizada el dia 5 de Diciembre del mismo año, le echó el agua D. Blás Fernández Calañas cura rector de la Sta. Igla., fué su padrino el Licd. D. Tomás de Quevedo, capellán Rl. de dha. Sta. Igla. y le pusieron los nombres de María del Pino, Josefa, Ana, Joaquina, Rafaela, Dominga, Catalina de Sena, de la Santísima Trinidad. Todo esto fué en la Ciudad.

No podemos menos que decir que en todo fué este año de malos presagios para el siguiente pues siendo ya entrado el mes de Diciembre no habia caído todavía una gota de agua sobre la tierra y la sigarra que se habia internado en lo más interior de la isla se dejó ver el 4 de dho mes en mucha porción en la Ciudad de suerte que parecía increible á quien no la hubiese visto si se digese que hacía sombra por donde pasaba amortiguando los rayos del sol; hiso noche en varios ramos á más de millas de la Ciudad y el gran cuidado de los labradores en espantarlas con panderos y asaderos impidió la tala de sus frutos. En esta noche se cogieron mas de 200 costales de ellas.

El 5 volvieron la tierra adentro visitando todas las jurisdicciones, haciendo daño en muchas partes de ellas y no obstante que en dho. mes de diciembre se cogieron y mataron más de 2.000 costales, si se disminuía antes parecía que se aumentaba su número.

El dia 22 pasó diputación la Ciudad á el Cabildo Eclesiástico pidiendo se tragese á Ntra. Sra. del Pino y en su consecuencia este dispuso que el dia 30 se espusiese á la Magestad y se cantase una misa á Sta. Teresa, que el 31 se digese la misa de gracias y hiciese proseción

gral. con Ntra. Sra. de la Antigua y el dia 2 de enero se trajese á Ntra. Sra. del Pino todo lo cual se egecutó.

INCENDIOS.

En este dho. mes de Diciembre se tocó dos veces á fuego en esta Ciudad, pero no tuvo progresos.

PROCESION GRAL.

El dia de la proseción gral. de Ntra. Sra. de la Antigua, no permitió el oficial que mandaba la tropa que estaba en dos alas en la puerta mayor de que pasase el cabildo Secular por en medio de ellas y para evitar etiquetas mandó poner armas en tierra estrechando primero las dos filas.

DIPUTADOS.

Para diputados de este año fueron nombrados en esta Ciudad Don Cipriano Avilés y D. Jacob Burlando y para síndico D. Nicolás Massiu El mozo. Es cuanto ocurre sobre este año pero no lo puedo cerrar sino es con el diario del viaje que por el mes de Julio de este mismo año di á Fuerteventura que dejé de colocar á su tiempo por no interrumpir los sucesos de Canaria; antes de empesarle es menester anotar que este año se hizo la muralla nueva que resguarda contra el barranco la espalda de la calle de la Pelota y se formó aquel paseo ó calle nueva de Montalvo que hay entre dhas. murallas y las casas. La con pañia de tropa viva de presidio estrenó vestido y armamento. Se colocaron también 32 cañones nuevos en todos los castillos, eran de hierro y su calibre de 12'18 y de á 24; todos los viejos se pusieron en el Castillo de Rey y también mucha pólvora y balas y á fin del año se hicieron de bóbeda de argamaza, las masmorras del Castillo de la Luz, se reedificó su algibe y todas las murallas que cercan la Ciudad.

A FUERTEVENTURA.

En el barco de costa nuevo Gran poder de Dios y Niño enfermero propio de D. Narciso Laguna me embarqué con mi mayordomo Bartolomé Falcón en el puerto de la Luz á las Oraciones del dia 2 de Julio de 1778 para pasar á la isla de Fuerteventura. El destino de este barco cuyo mandador se llamaba Agustin Cabrera era á el Morro del Jable á tomar leña para después desde allí seguir su marcha á la pesca de Berberia. El viento á nuestra salida era nordeste no muy largo pero en la travesia habia una brisa muy récia por cuya causa empesé á marear violentamente. A la media noche se recogieron la mayor parte de las velas con temor de dar sobre la tierra; á la madrugada se descubrió esta bien cerca y como ya entonces con la claridad no habia motivos para temer se navegó á toda vela no obstante la mucha mar y viento que habia en el banquete y punta de Jandia, cuyo bagio se montó con facilidad y costeando muy cerca de tierra por el sudoesse confrontamos con la boca del primer barranco de Jandia donde esperimentó el barco sino

toda mucha parte de la última violencia del viento. Los navegantes naturales llaman este sitio los Mosquitos y si no temen el peligro de pasarlos cuando hay tiempo nordeste á lo menos temen mucho la lidia y maniobra que tienen por el espacio de más de media legua ya con calmas muertas ya con fugadas de viento terribles y violentas. Las primeras se esperimentan cuando se está á el abrigo de algunas montañas y lo segundo al desemboque de dhos. barrancos y aquí es donde está el mayor riesgo; hay la felicidad que en medio de la mayor fuga del aire está llano el mar pero desparrama hacía la atmofera tantas partículas de su agua que al pasar este remolino por la embarcación se esperimenta lo que con una lluvia muy copiosa y á este agregado de goterones y desde lejos se vé venir llaman Mosquitos; es un fenómeno admirable ver como se vé despedazar una nube á el choque de varios ramos de viento que á el desembocan de aquellos valles se encuentran y pelean mutuamente; cuando se llega á el dho. Morro del Jable ya se está fuera de esta molestia en cuya recompensa se experimenta en él una apasible tranquilidad; surgí en él el dia 3 poco más ó menos á las 8 de la mañana.

MORROS DEL JABLE

Tiene este puerto un buen andaje, sus riberas son apasibles y sin peligro, se compone de arena blanca y se estiende á lo largo mas de media legua; su ancho es desde 30 hasta 100 y 200 pasos que termina en una cadena de cerros que se avanzan de sudoeste á este, una de estas montañas que está donde dha. rivera es mas estrecha es propiamte. un morro de color pardo oscuro que no tengo duda dá nombre á este puerto que luego es conocido por una gran roca suelta que está entre el mar y dho. morro el que tiene unos solapones de que se valen los que saltan allí para librarse de la inclemencia del sol que hiere en aquel parage con actividad y bastante ardor. Obsérvase que no se podrá encontrar con facilidad en parte alguna sitio mejor para hacer unas salinas que en un montesillo de salados, moriscos y blancos que hay á las orillas del mar hácia el este de dho. puerto.

REVISTA DE REVISTAS

La vida

DE LA *Revista de Derecho*

El Doctor Manuel Gorostiaga es una de las figuras más ilustres de la República Argentina. Político y periodista, á intervalos abogado, aceptó hace tres años el reposo, pasajero tal vez, de la vida diplomática. En ella y especialmente en el ambiente intelectual brasileño, dado de preferencia á las especulaciones metafísicas, ha sufrido sin duda la influencia del medio y los estímulos que al espíritu humano comunica el descubrimiento y estudio progresivo del «Radium». Ultimamente ha publicado un notable artículo titulado La vida *en la «Revista de Derecho» que se publica en Buenos Aires, del que acotamos para «El Museo Canario» los párrafos siguientes.*

La humanidad ha sentido siempre sobre sí la amenaza de perecer por hambre: jamás tuvo, ni tiene ahora, seguros más de tres meses (90 dias) de subsistencia, si, lo que es posible, todas las fuentes de producción alimenticia se agotaran repentinamente. Podrá decirse que la hipótesis es un raro pesimismo filosófico, más no por eso deja de ser menos rigurosamente verdadera.

No ha llegado á tales extremos el socialismo revolucionario; pero la ciencia previsora ha afrontado la dificultad, buscando soluciones que tiendan á alejar los obstáculos con los cuales luchan las fuerzas creadoras de la naturaleza, pugnando armónicamente en bien de la producción y conservación de la vida.

El profesor alemán Nobbe nos ofrece el sorprendente resultado de sus experimentos, presentándonos la prueba real y concluyente de cómo las plantas pueden crecer y desenvolverse por la pura acción química, sin el contacto de la tierra, considerada necesaria, como hasta hoy era y es una arraigada creencia.

Preparó en su laboratorio el profesor Nobbe, una cierta y precisa cantidad de clorato de potasa, sulfato de magnesia, fosfato de fierro, fosfato de potasio y ázoe ó nitro. Una pequeña cantidad de estos

elementos químicos, mezclados, los disolvió en un vaso de agua pura, dentro la cual depositó algunas pequeñas plantas, cuidando de renovar la dosis, de cuatro en cuatro semanas. Los árboles crecieron y florecieron en su estación, revelando así que no les era sensible la falta absoluta de tierra, llegando algunos á formar su tronco con ocho á diez pulgadas de diámetro.

Sabía el profesor Nobbe que el agua era pura, lo mismo cuanta era la cantidad de materia química diluída y por él depositada.

El análisis de las plantas le dió un resultado sugestivo: contenían muchos elementos que él no había introducido al agua.

Era esta una prueba positiva de que las plantas habían extraído del aire su propio alimento, hecho conocido de la ciencia, más nunca tan claramente demostrado y que confirma la teoría homeopática, cuando sostiene que los medicamentos solo sirven para predisponer el organismo enfermo, inclinándolo en el sentido de su restauración, que se produce en una buena parte por su propio esfuerzo.

Conocido que las plantas se nutren del aire, surge la cuestión de saber cómo se las habilita para apropiarse los elementos que constituyen su alimento. Se sabe que esos elementos consisten en oxígeno, carbono, hidrógeno, ázoe, agregadas pequeñas porciones de potasio, fósforo, hierro, sulfuro, magnesio y cal, de los cuales los más difíciles de obtener son ázoe, potasio y fósforo. Cuando estos tres elementos faltan, se dice que la tierra se ha empobrecido. Hay que fertilizarla. El ázoe es más raro; fósforo y potasio existen siempre ó pueden ser suplidos con cenizas ú otros abonos. Pero por más influencia que la riqueza de la tierra tenga, la proporción por ella suministrada á las plantas es muy débil. Se sabe, por ejemplo, que sobre cien libras de trigo cosechado, solo una libra ha sido tomada de la tierra.

Si el ázoe es el más difícil de encontrar, es el más importante de todos. Las plantas no lo toman del aire en su forma pura, sino combinado con el hidrógeno, lo que constituye una nueva dificultad. El hecho curioso observado especialmente en Alemania es éste: plantas ricas en ázoe, como las alberjas, las habas, crecen lujuriosamente en las mismas tierras donde el trigo perece por falta de ázoe. ¿Cómo explicar este misterio? La ciencia lo ha encontrado en el exámen de la raíz de aquellas legumbres que se cubren de pequeños tumores. Los agricultores los perseguían creyendo que dañaban las plantas, hasta que el profesor Helbriegel encontró en ellos depósitos de aquel escaso elemento. Koch, á su turno, descubrió que esos pequeños tumores los formaban diminutas bacterias que se encuentran en la tierra. El profesor Nobbe aprovechó de los beneficios de este nuevo progreso de la ciencia y se dijo: si esta bacteria produce aquellos tumores, ellos deben encontrarse en la tierra, y si no lo estuvieran pueden ser suplidos por medios artificiales, y ensayó el procedimiento de las inoculaciones con resultados decisivos, asistiendo al crecimiento y desarrollo de las plantas colocadas en arena pura, previamente calentada á una alta temperatura.

Llega así la ciencia á conclusiones decisivas por el proceso lento y seguro de su persistente esfuerzo, para sorprender los secretos de la naturaleza.

La fuerza misteriosa que produce la vida; las fuentes de donde ella se derrama pródigamente, le es aún desconocida y le será tal vez, por siempre, más se halla ya en posesión de las causas y concausas que la animan, la conservan y la desenvuelven.

Extraños á los dominios de la ciencia los que vagamos perplejos, maravillados ante la ténue luz que alumbra el misterio, sentimos vacilar el pensamiento y buscamos apoyo en la fé que conforta, y la esperanza, porque no hemos recibido en vano el soplo divino, que nos permite penetrar con paso firme en las tinieblas, para levantar el velo que cubre los destinos humanos, con mano firme y espíritu sereno.

La idea de lo bello

DE LA REVISTA *La Escuela Moderna*

El director del célebre «Colegio de Melun» de Francia Mr H. Aubert, ha publicado un hermoso artículo titulado «La idea de lo bello y sus aplicaciones á la educación popular» que íntegro publica la revista «La Escuela Moderna». Del interesante escrito daremos á conocer los párrafos siguientes.

Lo bello es, ante todo, el órden y la armonía. Lo que constituya la principal belleza de las calles de París es el órden que hace guardar en ellas una policía rigurosa, es la armonía de las construcciones que se edifican. Nadie se asomaría á las ventanas para ver pasar un grupo de soldados marchando á la desbandada; pero las trompetas resuenan y en seguida se forman en filas, se hace el silencio, los tacones hieren el suelo cadenciosamente; se admira esto porque es bello, y, sin embargo, son los mismos hombres. Por vulgar que sea un objeto, no deja de producir la sensación de lo bello: botines bien alineados, cacerolas dispuestas con simetría, ofrecen á quien los mira un espectáculo agradable, porque despierta la idea de lo bello. Esto es lo que yo haría comprender al niño por encima de todo, porque tiene el prejuicio popular de que no hay bello más que lo que es rico, y esto es un prejuicio fatal. Lo bello no está en la materia, está en la manera.

¿Qué es una vida bella? Es una vida dirigida hacia un ideal elegido, en la cual nada ó casi nada se ha dejado á la casualidad, sino

al contrario, todo se hizo en ella como reglamentado, determinado por el fin que se persigue. En ella ha reinado el órden de uno á otro extremo, y se ha mantenido esta armonía, que es el resultado natural del órden. La vida de un albañil puede ser una vida muy bella; y como se puede tallar obras maestras en la madera más grosera, se puede hacer de la vida más humilde un modelo de belleza moral.

He aquí por qué no es de temer que se impulse demasiado lejos el amor de lo bello bien comprendido. El alma de los niños debiera estar ávida de belleza. Es cierto que la concepción de la belleza moral no se alcanza al primer intento, y por esto me esfuerzo en desenvolver en primer término el sentido de lo bello material, el incesante deseo de realizarlo en los menores detalles de la vida. Insensiblemente, lo bello abstracto se percibiría por los ojos del alma, y el gran paso estaría dado.

Una objeción se presenta: ¿Vais á hacer, pues, de nuestros escolares pequeños señores afectados y sabios antes de tiempo? Primeramente, yo no creo que haya un tiempo para la sabiduría, en el cual se tenga licencia para decir y hacer todo, indulgencia para todas las faltas y estados; aun más, necesidad de ser súbitamente corregido bajo pena de reproche. En segundo lugar, yo creo que un niño pueda dar siempre la impresión de lo bello sin ser jamás amparado ni reprimido. Quiero que permanezca jóven y niño: si no, habrá falta de armonía é iré contra el fin mismo.

Hemos dicho que lo bello es el órden; pero el órden es esencialmente la regularidad, la exactitud. Pero la exactitud es una cualidad que se hace cada vez más rara. Los padres de nuestros alumnos están, sin embargo, en su mayoría empleados en funciones en que se exige de ellos que sean exactos, y lo son; pero en cambio no saben imponer á sus hijos el deber de serlo, y si el Maestro se queja, es él quien no tiene razón. Nada hay que hacer, pues, del lado de los padres: es preciso obrar sobre el alumno. Pero el dia en que el niño quiera resueltamente ser exacto no habrá familia que le detenga, nada de «hermanito» que le retenga, nada de «recado» que valga: vendrá rigurosamente á la hora. Una clase interrumpida por la llegada de un rezagado sufre una detención que destruye la disciplina, se produce movimiento y ruido en el momento en que son más necesarios la quietud y el silencio. Es preciso volver á empezar la frase comenzada, es necesario rehacer la atención general, distraída un instante. Con tacto y un poco de esta *misse en scéne*, siempre útil al que habla delante de un público jóven que es necesario impresionar, al favor de un tono severo, pero sin amenazas, y sobre todo sin estrépito, creo poder asegurar que se llegará á hacer comprender al niño que debe presentarse á la hora exacta. No es ciertamente desde los primeros momentos cuando se tendrá la causa ganada, pero la voluntad de salir bien de la empresa hará el éxito inevitable. Algunas palabras de alabanza y de ánimo, pronunciadas con este propósito, estimularán el amor propio.

La guerra y la paz

DE LA *Revue Politique et Parlamentaire*

—

En esta ilustrada publicación de París, publica René Millet un estudio notable cono todos los que él firma acerca de La guerra y la paz. *Lean nuestros leetores la traducción de algunos de los párrafos de dicho artículo.*

Durante veinte años, desde el tratado de Berlín á 1898, apenas hubo guerras; pero no bien el Emperador de Rusia invitó al mundo á la paz, cuando las guerras renacen como por encanto: guerra en el Transvaal, tan innecesaria como costosa y sangrienta; guerra en Cuba y Filipinas, no por la implantación en terreno americano de una gran democracia, como han querido hacer creer, sino por el deseo de conquistar empleando la fuerza bruta; guerra en China, en donde las naciones civilizadas se ligan contra una insurrección que en otros paises, por ejemplo España, hubiese sido celebrada como explosión de patriotismo. En fin, por una suprema ironía del azar, el Emperador de todas las Rusias, el promovedor de la Conferencia del Haya, provoca una gran guerra que según se asegura durará muchos años. De este modo, en menos de cinco años, no ha habido continente libre de guerra.

Sin embargo, los amantes de la paz no se perturban, ni flaquea su fe. De ellos puede decirse, como del hombre fuerte del Horacio: «*impacidum ferient ruine*».

¿Predicarán lo porvenir? ¿Encarnarán el antlguo sueño cristiano de la unidad del mundo por la fe? Hay que creerlos al oirlos hablar de la gran comunidad europea, en la que Francia quedará «englobaba» como un convento dentro de otro convento. Es el ideal de la Edad Media: nada hay nuevo bajo el sol, y menos que nada el sueño cosmopolita. Los padres de la Iglesia lo predicaron ya bajo el imperio romano, sosteniendo el principio, tan querido de Tolstoi, de la *no-resistencia*, con el cual abrieron á los bárbaros las grandes barreras del Imperio.

Más tarde, cuando la Iglesia se esforzó por reconstruir la sociedad, fué resueltamente internacional, combatiendo el particularismo de las lenguas y de las almas; y, en efecto, en Europa se gozó del régimen internacional durante los cinco ó seis siglos que dominó la Iglesia.

Por encima de los estados particulares reinaba el Papa, cuyas sentencias tenían más fuerza que las del tribunal del Haya. El resultado de esta tentativa es conocido: cinco siglos de anarquía, de guerras privadas de castillo contra castillo, de ciudad contra ciudad; el derecho de la fuerza reinando sobre el de las leyes, en fin,

el caos bárbaro, del cual nos sacó el Estado moderno por el empleo metódico y prudente de la fuerza. Las almas cándidas que al ruido del cañón nos predicen los Estados Unidos de Europa, recuerdan á esos obstinados predicadores de la Cruzada, que, trescientos años después de la muerte de San Luis, soñaban aún en unir la cristiandad contra los infieles y recuperar los Santos Lugares, mientras eran impotentes para impedir la toma de Constantinopla y para evitar el sitio de Viena por los turcos. Durante trescientos años todos los príncipes juraron, al subir al trono, restablecer en Oriente la paz cristriana, lo cual no obsta para que, en todo caso, para buscar su alianza contra los hermanos en Jesucristo que les perturbaban ó querían dominarles.

Los reyes hablaban constantemente del interés de la cristiandad, y sólo se preocupaban en realidad de sí mismos. Algo parecido ocurre con nuestros jefes de Estado, que no hablan nunca tanto de la paz como en vísperas de una gran guerra.

¿Qué sucedería, si por acaso se realizase en el mundo el ideal internacional? Según Kropotkine, basta suprimir los poderes para abolir la guerra y el sufrimiento. Caerán los hombres, los unos en los brazos de los otros. La sociedad, libre de trabas, se organizará por sí misma, y el obrero y el aldeano, desembarazados del infame capital y de la odiosa administración, cambiarán en paz los productos de su trabajo. Será la edad de oro. El mundo no caerá en desórdenes revolucionarios, ni en el caos de la Edad Media, porque el progreso, la sabiduría y el mayor perfeccionamiento de los hombres lo impedirán.

¿Pero quien puede asegurar este perfeccionamiento? Suprimid la religión suprema de la patria, que une á los hijos de una nación, y ¿cómo será posible hacer reinar la concordia entre individuos aislados á los cuales se han excitado sus apetitos? ¿Por qué palabras dominaréis sus ambiciones, sus pasiones ó legítimo deseo de engrandecerse y de fundar alguna cosa? ¡Esta pacificación de almas que el viejo ideal cristiano no ha podido realizar, se espera alcanzar por medio de una doctrina esencialmente egoista, en la que el individuo encuentra en sí mismo su única razón de ser, su centro, su culto, su fin supremo! Vendrá la guerra de todos contra todos; y mucho más terrible que en la Edad Media, porque entonces, gracias á las creencias religiosas, una paz relativa reinaba en el seno del limitado grupo feudal y el siervo trabajaba mientras el señor batallaba; pero las federaciones de trabajadores no contenidas ni por leyes fijas, ni por limitaciones nacionales, se hallarán en lucha perpétua entre ellas mismas y contra sus vecinos, y se destrozarán sin cesar por la inconstancia ó la revolución de sus miembros. Se habrá suprimido la existencia nacional, causa de guerras exteriores, después de todo poco frecuentes y que sufren por igual todos los ciudadanos, y se instaurará la guerra universal, estado natural del hombre, visible aún á las tribus salvajes á las cuales no he-

mos impuesto la paz europea.

Otra de las ideas echadas á volar por los amantes de la paz y que embaucan á tantos incautos, es que la guerra es por sí misma un resto de barbarie llamado á desaparecer; algo inícuo y odioso. Cierto que con frecuencia las guerras son abominables y salvajes, como los de los cien años de los franceses, y la de los treinta de los alemanes; ¿pero que sería de Francia si sus reyes se hubiesen limitado á gozar solamente de las delicias del hogar? Un pequeño principado, menor seguramente que Bélgica.

La política del trabajo

DE *The Fortnightlby Review*

Benjamín Taylor, el popular escritor inglés, tan elogiado por sus trabajos sobre el socialismo, ha publicado hace pocas semanas, en una de las revistas más notables de su país un artículo sobre la política del trabajo y sobre la mejora de la condición de las clases trabajadoras, tema que rechaza porque hoy, dice, ha sido sustituido por la aspiración al encumbramiento político que les permita dictarse sus propias leyes.

No esposible reproducir en El Museo Canario *todo el artículo de Mr. Taylor. Nos limitamos á dar idea de los principales párrafos de la primera parte del largo y completísimo estudio que hace en* The Fortnightly Review.

En Abril de 1903 el Partido independiente del trabajo celebró en Cardiff la Conferencia que, por el número de los delegados, se considera como más importante de su historia. El presidente Mr. Snowden, dijo que esta Conferencia representaba su partido, que era el ejemplo más notable de la historia política inglesa, y que era el primer éxito por parte de las clases obreras para formar su partido político propio, que quedaba fundado como partido político activo y de gobierno.

Los laboristas independientes *(Independent Labourists)* aprobaron varios acuerdos sobre el sufragio de la mujer, salario vitalicio, deberes del Estado con los *sin trabajo*, y otros; pero lo principal fué la demostración de su gran fe, su propio poder como agentes políticos. Mister Snowden afirmó orgullosamente que el partido no podía ser considerado en adelante como un *niño político*, y sostuvo que él y sus colegas han creado una opinión con respecto á las cuestiones sociales y han hecho una revolución en el pensamiento político. Quizás en el porvenir seamos todos socialistas, pero aún no ha llegado el momento.

No deja de ser justa la afirmación de Mr. Snowden de que algunas de las recientes elecciones han demostrado el crecimiento del partido del Trabajo *(Labourism)* aunque sus deducciones no sean agradables para los políticos liberales que tratan de realizar una alianza con el *Laborismo* Mr. Snowden no quiere alianzas embarazosas y no está inclinado á servir á las oposiciones para que suban al poder. Duda más de la buena fe política de los liberales que de la de los ministeriales, y el partido independiente del trabajo quiere luchar contra la política de Chamberlain, no como liberal ó libre cambista, sino como socialista avanzado. Pero la posición ocupada por Mr. Snowden, respecto al liberalismo, es puramente táctica. Si el partido del trabajo es, como él sostiene, el partido mayor del país, y el unico que está aumentando, es lo más prudente esperar á que los liberales vengan á él. Si el socialismo ha de ser el credo del porvenir, el liberalismo ha de socializarse.

Hace algunos años que el autor de la «Evolución Social» llamó la atención sobre el cambio de aspecto de la vida política en este país, desde otro punto de vista. El cambio en el gran grupo político que solía dirigir la marcha progresiva, ha sido casi revolucionario. Y el carácter más notable de este cambio, no es que tenga toda la apariencia de ser un proceso de desintegración, sino más bien que los acontecimientos parece que han aumentado la antigua fe, y lento y casi imperceptiblemente ha brotado el sentimiento de que los antiguos lemas han perdido su significación y de que el partido se encuentra frente á frente con problemas que las ya bien probadas fórmulas del pasado no tienen poder para resolver.

Desde Mr. Kidd escribió estas palabras, un gobierno conservador ha promulgado el Acta más socialista de los tiempos modernos, y en un proyecto sobre pensiones para la vejez puede contemplarse la medida más socialista, intentada por un Estado moderno.

La competencia no está ahora, como se ha dicho, entre un partido de progreso impetuoso y otro de procedimientos cautelosos, sino entre dos partidos que luchan por sobrepujarse en espíritu progresivo. Mr. Kidd dice, con razón, que el desenvolvimiento de la vida pública inglesa, durante el siglo XIX, ha realizado la emancipación del individuo y el establecimiento de la igualdad política en toda la organización social entera. Pero, concedido esto, ¿qué hemos logrado con libertar á casi toda la población adulta? Hemos creado nuevas fuerzas que en cambio nos han proporcionado una serie de problemas. Puede ser exacto que por la política progresiva de medio siglo, la fabricación y el comercio se hayan emancipado de la tutela de las clases privilegiadas, pero cuando cesamos de proteger al capital en el comercio, empezamos á proteger el trabajo en la industria.

Se han cortado y abolido los privilegios de clase de los ricos, pero, en su lugar, hemos aumentado y robustecido los privilegios de lase de los pobres. Los asalariados, los pequeños cultivadores de

Inglaterra y Escocia y los colonos de Irlanda son las clases más privilegiadas de la nación. Hemos amenguado el poder electoral de las clases propietarias y hemos aumentado el de las clases obreras. Y al asegurar derechos políticos iguales para todos hemos abandonado el fin tradicional detenido por Mill de «restringir á los »más estrechos límites la intervención de la autoridad pública en »los asuntos de la comunidad».

Si algo queda de la gran doctrina política inglesa del *laissez faire*, sir Charles Dilke y el liberalismo del trabajo acabarán con ello.

¡Pensar que mientras el individuo decae, el mundo ha de hacer cada vez más una máquina dirigida por autómatas! Pero hasta que lleguemos á esa espantosa época en la que todo hombre que tenga la impudencia de nacer con mayores aspiraciones, espíritu más amplio ó facultades más poderosas que sus semejantes, haya de reducirse mecánicamente al molde de la medianía, ¿qué sucederá?

Es evidente la existencia, no sólo de un movimiento que tiende al abandono total de la doctrina de la no intervención del Estado en cuestiones sociales, sino también la de una tendencia más significada que parece asociarse con ella: «la tendencia á robustecer á expensas de la generalidad á las clases más bajas y más débiles contra las más altas y más ricas de la comunidad». La frase de Mr. Kidd *á costa de la generalidad* es la esencia del proteccionismo. Somos un país libre-cambista en cuanto al comercio, pero nos hemos convertido en la nación más protectora bajo el sol en cuanto al trabajo. Y esto es lo que el partido del progreso ha hecho sin saberlo: transferir los privilegios de unas clases á otras; y lo que el partido conservador está haciendo, también sin saberlo, es continuar y aumentar estos privilegios hasta que los intereses más protegidos sean los de los asalariados ó, más bien, los de los trabajadores manuales asociados.

La evolución política más extraña de nuestro tiempo, es el abandono del *individuo* por ambos partidos políticos, y es también la más significativa, porque precisamente la misma evolución tiene lugar en el *Trade-Unionismo*, que en teoría puede ser considerado casi como la antítesis del socialismo. En la práctica, el *Trade-Unionismo* se desarrolla según planes socialistas, no tanto, quizá porque los trabajadores se están haciendo socialistas en gran número, sino porque los socialistas, siguiendo un plan de campaña estratégico, se han introducido en los círculos y en los consejos ejecutivos de las *Trade-Unions*. El objeto primitivo de estos organismos del trabajo era su propia protección, la protección de cada miembro individual de su propio oficio y de su familia por medio de ciertos beneficios. Pero su objeto principal actualmente, es asegurar la protección del Estado. Los obreros que otras veces evitaban cualquier clase de intervención y que se unían para resistir toda intromisión piden ahora constantemente la intervención y la vigilancia del Estado y se ponen de acuerdo para obtenerla. Este cambio en

la política del trabajo, no es menos notable que el cambio de los partidos políticos.

Todo esto no significa sino que el socialismo de los trade-unionistas es esencialmente el *Trade-Unionismo* triunfante. No es el amor, sino el trabajo lo que debe regir en la utopia del trabajo mismo. En la vida social del porvenir no habrá más que una ley para la industria y el comercio, y el *Trade-Unionismo* será su profeta.

Es imposible para todos los que han estudiado los caprichos de Cuerpos legislativos, mirar la entrada del trabajo en la política sin recelo, por no decir sin alarma. No es exagerado el decir que siempre que los legisladores intentan regular la humanidad, cometen graves injusticias por algún respecto. Los hombres que rigen el Municipio y el Estado, parece que pie den el freno que en la vida privada les impide injuriarse unos á otros. En política no tiene cabida el concepto común de la injusticia, basado en el sentido común, que es suficiente para los demás hombres. La legislación de clase referente á las industrias y al trabajo, demuestra que lo que los políticos desean no es realmente la igualdad, sino su popularidad ante la multitud. A esa legislación pertenece la ley de responsabilidad de los patronos que, sacrificando los intereses de éstos á los de los asalariados, atenta á la libertad de ambos no permitiéndoles que hagan sus propias contrataciones.

Sea cualquiera el fin del político, el de la política del trabajo es promover la legislación de clases y la concesión de monopolios y privilegios de clase. Y se acerca rápido el tiempo en que uno ú otro partido político ha de decidir si se une al trabajo procurando la confirmación y extension de monopolios y privilegios arrancados á la propiedad. La liberación del pueblo no nos ha aproximado á la época ideal en que nadie estará á favor del *Partido* y en la que todos estarán á favor del Estado.

LIBROS

EL PULSO DE ESPAÑA, ULTIMA OBRA DE D. LUIS MOROTE.

Si yo tuviese la fe política de Morote, creería en la resurrección de España. No es que esta nación se halle sin pulso, como opinara un tiempo Silvela; es que se cuenta ya en el número de las moribundas, como proclamara Salisbury. Para robustecer este convencimiento, hondamente pesimista, con sus ribetes de filosofía de la historia, no hay más que pasar las páginas de los libros de Morote, *La moral de la derrota* y *El pulso de España*. Parecen un epitafio de pensador y de poeta Asistimos en vida á los funerales de esta patria, si un dia grande, hoy en irremediable postración. Parece, á mi entender, que la pluma de Morote se entretiene en mostrar al descubierto, con fina ironía, cruel en el fondo, seductora al exterior en la pompa del estilo, la vanidad de nuestras esperanzas en la regeneración del país y la espantosa desolación de este pueblo sin alma.

¿A dónde volver los ojos? me pregunto yo al cerrar el libro terminada la lectura. Al rápido desfilar de las impresiones del periodista, he podido ir estudiando los hombres y las cosas.

Más que la pobreza del suelo, pródigo y rico en algunas regiones, me ha repugnado la miseria de los espíritus, hueros, secos, sin el calor de un gran ideal patriótico, movidos más bien del medro personal, disfrazado con la máscara de un interés supremo de partido. ¡Los partidos! Gran mascarada política que ni siquiera tiene la virtud de hacer reir á este pueblo cansado de llorar.

Las opiniones de todos los prohombres militantes en nuestra política activa, los que en el turno pacífico de los partidos han pasado, casi á plazo fijo, por la dirección de los intereses patrios, en las páginas sinceras de Morote han quedado. ¿Qué enseñanza sacamos de ellas? ¿Qué camino se señala al país para su reconstitución interna y para sus relaciones internacionales? ¿Dónde está la ruta? ¿Cuál es el ideal nuevo?...

No lo sé. Por más que he ahondado en ese estado de opinión general, no he podido hallar otra cosa que un desencanto trágico. *¡Nihil!*

Yo celebro el arte periodístico de Morote. Llevando á él la cantidad enorme de su cultura enciclopédica; poniendo en sus artículos, al darles forma de confesiones personales, toda la psicología de los personajes que, más que interroga, escudriña y retrata, deja, sin embargo,

que ellos mismos sean los que hablen en voz alta y ante el público desnuden sus almas. Los muestra así, para buenos entendedores, en su horrible pequeñez.

Después de la lectura de *El pulso de España*, yo me he convencido de que ésta no lo tiene. Por lo menos ya no piensa.

Indudablemente la impresión que la lectura de ese libro nos deja, es deprimente.

A través de las páginas de ese libro de Morote, reposadas las impresiones de su lectura, pienso que solamente el autor, cuando libre la pluma deja que esta trascriba los pensamientos que en su interior surgen, es creyente y se muestra esperanzado. Incrédulo yo, si no participo de su fe, reconozco en cambio su generoso patriotismo.

Aún cree, todavía espera. Al parecer, desengañado de los hombres políticos que confesara, como haciendo asco de sus opiniones y de sus fórmulas, que estima vácuas é ineficaces; sin confianza ya en las gestiones del régimen político actual, con sus partidos turnantes y la bambolla de sus panaceas salvadoras, en las frases y no en los hechos, Morote al término de su libro, cerrándolo, consigna su protestación de fe y declara su esperanza de que por otros caminos, después de una honda conmoción revolucionaria que saneara el ambiente moral de la nación, renovando las ideas, higienizando las costumbres políticas, llamando al pueblo, por virtud de su soberanía, á la directa intervención en los asuntos búblicos, que son los suyos propios, todavía pueda salvarse España de la inmediata ruina que amenaza.

¡Dios le conserve y le oiga! Su fe es viva; su convicción sincera. Pero movidos de este irrestañable pesimismo, pues á todos nos daña, sin que podamos arrancarlo de dentro, ni merced á promesas, ni en virtud de esperanzas, que mintieron unas y se fueron definitivamente las otras, nos atenemos irremediablemente al dicho de Silvela, buen conocedor del país, confesando, ya que de confesiones políticas se trata, que España «está sin pulso».

Angel Guerra

*
* *

EL *MONASTERIO DE POBLET*, POR D. ADOLFO ALEGRET.

Nuestro pasado histórico persiste en el alma nacional; gravita sobre nuestro presente como obstáculo insuperable á nuestro desenvolvimiento. Las grandes construcciones antiguas, acaso uno de los vestigios mejores de nuestra vida de ayer, son las que van arruinándose y desapareciendo. Diríase que este país consciente de tales obstáculos inevitables aún en la hora actual, quiere perder, al menos de vista, esos espléndidos edificios, encarnación de nuestro pasado.

Será por horror al espejo, será por incuria imperdonable, será por

falta de recursos, pero la verdad es que esos monumentos se hunden, piedra tras piedra.

Esta es la impresión de España; la nota predominante en todos los libros de los escritores extranjeros que han recorrido el territorio español de punta á cabo. Todos ó casi todos nos hablan de la alegría de la costa, de ese sol de Andalucía que derrama su fuego en los ojos de las mujeres gitanas, pero la mayor parte de esos recuerdos de viaje está invertida en describir la tristeza de nuestro espíritu, la desolación que trasciende del habla resignada y fatalista del castellano viejo y, sobre todo, de la visión de nuestras ciudades muertas, donde el crujido de la carcoma y de los viejos murallones que se resquebrajan, rima el volar de los dias y de los siglos.

Ese abandono de nuestras antigüedades históricas tiene para mí una explicación: nuestra arqueología nacional, es puramente fósil.

En casi todos los estudios arqueológicos emprendidos en España se tiende á resucitar y sostener toda esa arquitectura como símbolo de una organización social y política. La investigación del pasado ejerce una influencia poderosa en todos los eruditos que se arriesgan á buscar en él. En la atmósfera de los archivos, en ese constante mirar hacia atrás, el alma de nuestros arqueólogos concluye por secarse, por apegarse á la tradición, por enamorarse de toda esa vida que no puede volver ya. Es muy raro el caso de un archivero, de un arqueólogo de ideas avanzadas. Muy pocos son los que sacan á luz imparcialmente las viejas instituciones tal como fueron, para deducir de su estudio su influencia en nuestra historia. Menos son aún los escritores que tratan de reavivar la admiración hacia esos monumentos, por la belleza de los mismos. El pueblo, y hasta los artistas mismos concluyen por ver en esos trabajos y empresas de reconstitución arqueológica, algo inútil, cuando no antipático.

Todo lo dicho viene á servir de prólogo á la noticia bibliográfica de la publicación del libro *El monasterio de Poblet*, de Adolfo Alegret, puesto en venta recientemente. Alegret, cuyo nombre quizá no habrá sonado aún en la prensa diaria, es hombre digno de elogio. De clase humilde, ha logrado formarse una vasta cultura á fuerza de estudio, aprovechando los momentos que la lucha por vivir le deja libres.

Su obra, ricamente editada por la casa Salvat y Compañía, de Barcelona, es obra de trabajo largo y concienzudo. El autor ha recogido en diez capítulos, una multitud de datos interesantes acerca del orígen, de la edificación, de los dominios y señoríos, de las riquezas del famoso monasterio, de la historia de la comunidad. Es un trabajo de recopilador y de hombre de gusto. La parte más interesante de su libro, es tal vez la consagrada á los signos lapidarios. En ese capítulo trata Alegret de la organización de los obreros en la Edad Media, de la constitución de las logias de arquitectos y albañiles, cuestión relacionada íntimamente con el orígen de nuestras catedrales.

En su trabajo pone Alegret gran parquedad. No hay en él himnos al pasado, ni recriminaciones para los tiempos presentes. Al historiador

le dice: así nació, así vivió esa institución que levantó uno de los monumentos más hermosos que España ha tenido. Al artista le dice: estas fueron las riquezas del monasterio; así está hoy.

¡Y cómo está! Las láminas que ilustran el libro, hermosas fotografías de Macario Fau, dejan una impresión desconsoladora en quien las contempla. El monasterio se desmorona, desaparece.

Miguel Sarmiento.

⁂

REGIONALISMO EN LAS ISLAS CANARIAS. ESTUDIO HISTÓRICO, JURÍDICO Y PSICOLÓGICO, POR D. MANUEL DE OSSUNA Y VAN DEN-HEEDE.

Esta obra, la primera que se ha publicado sobre el antiguo régimen foral de las I las Canarias, está escrita teniendo á la vista más de cuatrocientos manuscritos inéditos, muchos de ellos descubiertos por el autor de la obra; de todos los cuales ha recogido multitud de noticias referentes á la historia del archipiélago de las Canarias, completamente desconocidas.

Consta de dos tomos en 4.° de 200 á 300 páginas cada uno. El primer tomo contiene diez capítulos. El primero de estos se ocupa de la naturaleza del archipiélago de las Canarias, en sus manifestaciones típicas y regionales; así mismo, se ocupa del problema referente á los primeros pobladores del Archipiélago, examinándolo bajo el punto de vista antropológico y filológico, teniendo para ello á la vista las conclusiones más importantes formuladas hasta hoy por los sabios más eminentes; como también es examinado á la luz de los progresos de la investigación moderna en la historia de los más remotos pueblos del antiguo mundo y en el estudio detenido de la Mitología oriental. Termina exponiendo la psicología del pueblo isleño, formado, después de la conquista española, de vencidos y vencedores. El capítulo segundo se ocupa de la batalla de Acentejo, bajo el punto de vista militar, y de su trascendencia al régimen político y fueros de la provincia. En el referido capítulo se publica por primera vez un extracto de los trabajos de la Comisión científica nombrado por la Real Sociedad Económica de Amigos de Tenerife, para la determinación del sitio en que tuvo lugar la dicha batalla; así como se fija la fecha en que ocurrió obtenida por el autor con la colaboración del eminente P. F. Fita y otros académicos de la Real de la Historia. También se da en el mismo capítulo una idea general de la antigua constitución y régimen autonómico de la provincia de Canarias, determinando las atribuciones de los Adelantos Mayores, de la Real Audiencia y de los Cabildos.

En los capítulos siguientes examina la constitución republicana de la isla de Tenerife, de la jurisdicción y atribuciones del Senado, de sus facultades legislativa. ejecueiva y judicial y de las primeras ordenanzas de la Isla; de la Recopilación de las Ordenanzas de 1670, que versan sobre las festividades regionales, régimen interior del Cabildo,

Regidores y otros magistrados de la Isla; de los Propios del Cabildo, de los oficios é industrias; de los daños; de la Mesta; del cambio en el régimen político de las Islas, y la defensa que hizo el Cabildo de Tenerife de los fueros regionales en el régimen llamado monárquico; de la defensa que hizo el propio cuerpo capitular de los fueros regionales y de los trastornos ocurridos en esta Provincia con motivo de las guerras napoleónicas; del triunfo del partido que acaudillaba en Tenerife el Marqués de Villanueva del Prado y de la constitución de la Junta Suprema de Canarias; de las amplias facultades y atribuciones de la expresada Junta Suprema, y de las secciones ó ministerios que constituían el gobierno provincial durante este período; así como de la trascendencia de los sucesos entonces desarrollados al régimen ulterior y actual del Archipiélago.

La obra está escrita con un sentido eminentemente nacional y patriótico. Y aunque solo para el trabajo material de la busca de documentos en distintos archivos, el autor ha necesitado de algunos años, resultando que bajo ese respecto solamente la publicación de esta obra representa un inmenso trabajo, el autor cede, sin embargo, á favor de la benemérita institución de la Cruz Roja, la mitad del producto líquido de esta edición. No es el lucro el móvil que le ha impulsado en esta ardua tarea: ha sido el deseo desinteresado de indagar la verdad histórica del glorioso pasado de las Islas Canarias, y el exponer—creyendo que en ello presta un servicio á la patria—la verdad en muchas cuestiones en que la frivolidad contemporánea ó los convencionalismos imperantes la encubren, con perjuicio de los intereses generales de la Nación y de los que se relacionan con el porvenir de las Islas Canarias.

*
* *

LA *VIDA*, PRIMERA NOVELA DE D. ISAAC MUÑOZ LLORENTE.

Vida, es la historia de un espíritu atormentado é inquieto, historia escrita en estilo cortado y nervioso, con esa intensidad de expresión que caracteriza á la generación intelectual nueva. Es un libro profundamente triste. Su autor, Isaac Muñoz Llorente, ha sintetizado en este su primer libro un estado psicológico, casi general en nuestra juventud. Después de leer estas páginas extrañas, de un realilmo enfermizo, se pregunta el por qué de tal fenómeno, que se repite en todos los libros de los escritores jóvenes.

Martinez Ruiz, el *pequeño filósofo*, que escribe cosas muy revolucionarias en un estilo castizo de castellano viejo, ha planteado el problema en su novela *La voluntad*.

El mal del siglo de que Nordau habla, esa abulia que parece respirarse en el ambiente, esa carencia de un fin, ese escepticismo desconsolado, es la peor de las enfermedades que pueden padecer las razas. Mientras un pueblo va rectilíneo á un propósito, así sea éste equivocado y falso, cree y espera, alienta y se entusiasma, vive la única vida verdadera y real.

Las razas que desean algo enérgicamente son las equilibradas y fuertes, las que viven intensamente y gustan la plenitud de la existencia. Pero los pueblos que dejan caer los brazos abatidos y, después de bucear en el misterio, murmuran un cansado *¿para qué?* y se entregan al renunciamiento del ideal, á vida vegetativa, al *laissez passer*, *laissez faire*, tradicional en las naciones decadentes, están hundidos sin remedio y puede decirse que no hay para ellos esperanya de resurgimiento.

Y esta epidemia de cansancio prematuro, de tristeza desconsoladora y enervante, que en Italia, país de pasiones ardientes y temperamentos exaltados, inspiraba la musa blasfema del gran Leopardi, adquiere en España alarmantes caracteres. Nuestros grandes escritores son pesimistas á pesar suyo. Sus obras traducen y sintetizan el ambiente de aniquilamiento que pesa sobre hombres y cosas. Las novelas de Blasco concluyen trágicamente; los libros de Baroja, resucitadores del *Gil Blas*, picaresco, son inmensamante melancólicos y angustiantes. El mismo Martinez Ruiz da en sus obras la nota de infinita tristeza que todo lo abruma. No hay libro moderno que no parezca contagiado de ese defecto, si defecto puede llamarse á lo que es quizá un resultado de diversas causas.

Tal vez, esta literatura pesimista y escéptica, sea índicio de que algo se levanta entre el escombra de lo viejo. Tal vez también, la poesía del ayer que desaparece, influya en el medio social, saturándolo de trsteza por lo que se va antes de que la alegría del porvenir le haga saludar placentero lo que viene.

Más, lo que anonada y confunde, es que tras estas tristezas no se vislumbra una esperanza, ni después de estos escepticismos una fé nueva y ardiente. Nuestra juventud se ha cansado de luchar con el medio, quizá demasiado pronto, y se abandona al renunciamiento y ya no siente la alegría de vivir.

La Bohemia moderna es egoísta y desengañada. Los Enjolras no surgen de ella, porque no cree ni espera El ambiente español, el ambiente latino, gastado por muchos siglos de luchas estériles, agobiado por el derrumbamiento de todas las leyendas, abruma á la generación nueva y la confina en el destino burócrata, ó en la mesa de café, donde ya no se esbozan planes risueños.

El libro de Isaac Muñoz Llorente es un trasunto fiel de tal estado de almas. Paniel, el protagonita, pregúntase inquieto por el destino de su vida. Analiza su *yo*, intenta confundirse con las cosas, abismarse en el todo panteístico del eterno misterio, y sus luchas interiores, tremendas y pueriles, sus terrores y ansias, sus deseos vagos, no son sino efecto de una causa universal, que influye en todo con un hálito de pesimismo, con un soplo trágico; de ese escepticismo frío y cansado donde se incuba la tristeza ambiente.

Vida es un libro que merece leerse. Quizá su filosofía parezca desoladora; pero tiene el mérito de haberse formado al contacto diario de hombres y cosas.

F. Vidal

Miscelánea científica

INVENTOS DE ESPAÑOLES

En el Congreso internacional de aparatos para combatir y precaver los incendios, Congreso verificado en Londres, figura un aparato tan sencillo como interesante, que ha merecido los elogios del Jurado y que sigue llamando la atención del público; dicho aparato ha sido inventado y construído por el distinguido electricista de Gerona, D. Juan Villa Forns.

El inventor da á su invento el nombre de *Fénix;* otros lo llaman *Teletermómetro.* Y en rigor, no es más, que un termómetro que manda á distancia sus temperaturas, y que puede hacer sonar un timbre de alarma cuando la temperatura del ambiente pasa de ciertos límites.

Otro español, residente en Oloron, el abate Muñoz, ha inventado un procedimiento para obtener fotografías en colores. El procedimiento permite realizar la operación *directa* y *sencillamente.*

El inventor, conservando el secreto de su invención, permite, sin embargo, que se le vea operar.

Emplea las mismas placas ordinarias que se encuentran en el comercio, siendo buenas todas las marcas; pero las sumerge en un baño, cuya composición sólo él conoce. Este baño da á las placas la propiedad de ser sensibles á los colores.

Secas las placas, se fotografía con ellas como con cualesquiera otras, y obtenido el cliché, saca pruebas en papel sensible de la manera ordinaria, pudiendo ser empleado cualquier papel sensible.

Después empiezan los procedimientos especiales. La prueba en papel sensible se sumerge en tres baños, cuya composición guarda secreta; el segundo de estos baños hace aparecer los colores y el tercero los fija definitivamente.

Las ampliaciones resultan de la misma manera que los clichés ordinarios.

¿CÓMO VEMOS NOSOTROS?

El misterio de la visión, que durante largo tiempo ha permanecido impenetrable, y sobre el cual puede decirse que los mayores sabios no han podido nunca ponerse de acuerdo ¿será, acaso, sencillamente

un fenómeno mecánico debido á la acción directa sobre el nervio óptico de microorganismos sensibles á la luz?

Sí, si debe creerse á un jóven fisiólogo, Mr. Antoine Fizón, que últimamente ha expuestro su teoría á la Academia de Ciencias de París, obteniendo una acogida favorable.

Dicha teoría tiene, en efecto, la ventaja de la sencillez, y permite explicar fenómenos que hasta ahora habían permanecido obscuros, tales como el deltonismo y la visión de los colores.

Según M. Pizón, nuestro ojo, lo mismo que el de todos los animales, está formado de células visuales, en donde se agitan, en perpétuo movimiento, unos átomos coloridos, que dicho señor llama gránulos pigmentarios.

Estos toman su energía de la luz que los anima de un movimiento vibratorio sumamente rápido, y á su vez lo trasmiten mecánicamente á los bastoncitos, con los cuales se encuentran en contacto, y que, según se sabe, tapizan el fondo de la retina.

Inmediatamente el fondo molecular se propaga, por la mediación del nervio óptico, hasta los centros nerviosos.

La cirugía

La cirugía está hoy realizando verdaderos milagros. El bisturí penetra osadamente en los más recónditos tejidos, y ataca sin vacilar los más delicados órganos.

Gracias al descubrimiento de la antisepsia, el cirujano se lanza á las más arriesgadas operaciones, y dolencias que sin su auxilio hubieran sido mortales de necesidad, se reducen hoy á una operación más ó menos complicada, pero cuyo éxito es, en general, favorable, si el operador posee la pericia suficiente.

La apendicitis es ya una operación casi vulgar, que se practica todos los días con el mayor éxito. Pero hay otras operaciones mucho más peligrosas y menos usuales, que se practican con la más consumada maestría y con muy brillantes resultados.

A este número pertenece la practicada recientemente en la persona del eminente hombre político señol Valdeck Rousseau.

Esta delicada operación llamada *colecienterostomía*, se reduce á lo siguiente: por hallarse obstruído el canal que parte de la vejiguilla de la bilis, los cirujanos han debido practicar un corte en la parte inferior de la vejiguilla para reunir dicho órgano con el intestino. De esta suerte, la bilis, en vez de seguir su camino natural, se evacua por el nuevo conducto artificialmente creado.

La operación, practicada por los célebres doctores Poirier y Terrier, duró exactamente una hora y tuvo el mejor resultado, pues en enfermo se encuentra ya curado.

La luz y la tisis laríngea

El doctor José Sorgo, de Alemania, ha tratado un caso de tisis la-

ringea por medio de la luz solar reflejada, con admirables resultados.

El enfermo, montado en una silla que miraba al sol y tenía en el espaldar un espejo ordinario, recibió los rayos solares que aquel reflejaba, enviándolos á un laringoscopio.

Las sesiones duraron media hora, con ligeras altefaciones á medida que se progresaba y se obtuvo tanta mejoría, que dicho doctor se propone ampliar los experimentos en el próximo verano.

Si esto se confirma, será un triunfo más que habrá que agregar á los ya alcanzados por la fototerapia·

Signo de muerte

Los famosos rayos N, emitidos por la materia viva, acaban de recibir de los ilustres químicos Becquerel y Broca una preciosa aplicación.

Examinados los perros sometidos á la acción del cloroformo, han observado dichos señores que el cerebro, después de una emisión enorme de rayos N, cesa paulatinamente de irradiarlos cuando el animal está completamente anestesiado.

Por tanto supónese con verdadero fundamento que la falta de emisión de dichos rayos por parte del cerebro durante algunos minutos es indicio seguro de la muerte del individuo sometido á observación.

Conviene tener en cuenta que el descubrimiento es de gran importancia, pues ahora no se conocía una señal evidente de la cesación de la vida.

La putrefacción de la materia, que era uno de tantos indicios, no podía apreciarse hasta algunas horas, y aun días, despues de la muerte.

Y no olvide que hay muchas personas que temen ser enterradas vivas, como en algunos casos, muchos por desgracia, ha ocurrido.

La stovaina

Se ha descubierto un nuevo anestésico local la «stovaina».

Esta sustancia na sido extraida por el doctor francés M. Fourneau del grupo químico de los amino-alcoholes. M. Billon la presentó el otro día á la Academia de medicina de París, y ya ha sido ensayada por los cirujanos Reclus, Chapert y Lapersonne con excelentes resultados.

La toxicidad de la «estovaina» es mucho menor que la de la cocaina y posee las mismas propiedadades, por lo cual se puede empleadar con mayor amplitud que la cocaina, aplicándola á casi todas las operaciones de los ojos, incluso á la extirpación de las cataratas.

Según M. de Lapersonne esa sustancia es inferior á la cocaina, porque sus efectos son más dolorosos y porque, en dosis iguales, es

menos completa y menos durable la anestesia de la córnea. Pero en inyecciones subcutáneas ó subconjuntivas la «stovaina» es superior á la cocaina. La insensibilidad conviértese en absoluta en menos de un minuto, y dura con largueza el tiempo necesario para ejecutar una operación.

Los ensayos prosiguen en los hospitales de París.

El sentido del equilibrio

De sentido del equiliqrio califican hoy muchos fisiólogos á lo que se creía hasta hace poco formar parte integrante del sentido del oido; la parte más interna de éste llamada laberinto tiene además del caracol y del vestíbulo los tres canales semicirculares dispuestos según nuestras dimensiones del espacio; allí termina una de las ramas del nervio acústico en un líquido y en contacto directo con unas piedrecillas; estas piedrecillas tienden por su propio peso á caer verticalmente é indican así cualquier alteración de la posición normal del cuerpo. Se comprueba que así sucede porque los animales á los que se les ha destruido el laberinto pierden la orientación, si son peces nadan de costado, ranas panza arriba, dan vueltas, etc. También personas mudas con defectos del laberinto pierden en ciertas circunstancias, por ejemplo bajo el agua, donde no se pueden valer de otras impresiones, la orientación y no saben lo que está arriba ó abajo.

Animales inferiores, como los cangrejos, tienen órganos del equilibrio y estos son más fáciles de estirpar sin comprometer otros órganos esenciales para la vida, pudiendo así observar en estos animales con relativa facilidad los fenómenos del desequilibrio: Boer hizo experimentos en un cangrejo que presenta la ventaja de no tener que hacer préviamente operación en la vista, pues es ciego de nacimiento. Efectivamente ni la ceguedad ni la privación de los tentáculos ó antenas influyeron grandemente en el equilibrio y en cambio la estirpación de los estatolitos ú órganos del equilibrio produjo una revolución en la manera de volverse el animal; se están horas muertas panza arriba, levantan la cabeza, se tumban cabeza abajo, dan vueltas, en una palabra, no se dan cuenta de la posición de su propio cuerpo.

Artículos en preparación que publicará EL MUSEO CANARIO en los números sucesivos

---

Estudio de la Naturaleza en las islas Canarias II, por el Doctor D. Amaranto Martínez de Escobar.

Santiago Rusiñol (con grabados), por D. Miguel Sarmiento.

Picaso, por el mismo.

La cuestión obrera en nuestros dias, por el Licd. D. José Feo Ramos.

Pradilla, por Angel Guerra.

Nora Pazzia, por el mismo.

Teatro poético: Verhaeren, por el mismo.

La literatura italiana en el siglo XIX, por el mismo.

El periodismo en Canarias, por el Dr. D. José Franchy y Roca.

Pintores canarios: González Méndez, por D. Eusebio Navarro y Ruiz (en grabados).

Canarios ilustres: El Ingeniero León y Castillo (con retrato) por D. Arturo Sarmiento.

Cosas curiosas del radium, (con varios grabados) por X.

El poder de la verdad, traducción.

Alma difusa.

4 ENE. 1972

El Museo Canario

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En las Islas Canarias, un mes. .	1 Pta.
Id. Id. un año . .	10 »
En la Península española, Islas Baleares y posesiones españolas, un semestre	7 »
Id. Id. un año. .	14 »
En el Extranjero, un año	20 »

AÑO X—NÚM. 187 TOMO XVI—CUAD. 3.º

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE

ESTABLECIDA EN LAS PALMAS

PARA EL ADELANTO DE LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LAS ARTES

Director: ARTURO SARMIENTO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CALLE DE TRAVIESO NÚM. 27

LAS PALMAS

Enero de 1905

Sumario de este número

El estudio de la Naturaleza en las Islas Canarias, por el Doctor D. Teófilo Martinez de Escobar.
Verhaeren, por Angel Guerra.
Una república de niños en los Estados Unidos, traducciones, por Henry Bargy.
Rafael Avellaneda, con grabados.
Nuestros poetas del tiempo viejo:
Los meses, por Viera y Clavijo.
La invación de Drake, por Cairasco.
Mi epitafio, por Nuñez de la Peña.
Estudios sobre la guerra-I: Variación del plan japonés, por Emilio Danthese.
Picasso, por Miguel Sarmiento
De la Historia de Canarias: Diario del Bachiller D. Isidoro Romero Ceballos. (Continuación).
Trocar la noche en dia: artículos de otros, por Vicente Vera.
Revistas de revistas:
Los hombres de mañana
Lucha contra la inmoralidad.
Miscelánea científica.
Extinción de incendios
El telegráfono.

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

órgano de la Sociedad del mismo nombre

ENERO 1905 — AÑO X — N.º 187

El estudio de la Naturaleza en las islas Canarias

II

Uno de los ramos de la Historia natural de las islas Canarias, cuyo estudio, sobre ser muy interesante, puede considerarse de aplicación más inmediata á las necesidades de la vida, es indudablemente el de la Ictiologia: ciencia además y hasta cierto punto menos dificultosa, así por lo asequible de objeto, como por el uso frecuente que de él se hace entre nosotros.

Su estudio nos ofrece un tema inagotable de rica variedad, y al mismo tiempo que nos brinda materia abundantísima sobre diversidad de asuntos, satisface la natural curiosidad del espíritu, y agradablemente distrae el pensamiento; porque no ha de comprenderse el trabajo ictiológico como una mera descripción de los peces, sino además, como una historia de su vida y costumbres; de la habitación y género de alimento, época de fecundación y desove, de la captura ó pesca y artes para realizarla. Hay que indagar sus cualidades asimilables para la alimentación del hombre ó para otros

usos y aplicaciones útiles en las artes y la industria. En una palabra es necesario considerar el pez en su naturaleza propia y en todas sus relaciones asi interiores, como exteriores, en cuanto sean accesibels al análisis y la observación.

Siendo, pues, y debiendo ser asi la Ictiología, desde luego se comprende lo delicado y laborioso de la empresa; pero tambien lo agradable y recreativo del medio y fin que se persigue.

Sin embargo, tenemos la ventaja de poseer preciosos antecedentes sobre muchas especies de nuestros mares; y en lo tocante á este punto debemos no escasear nuestros elogios y rendir nuestra gratitud á los señores Webb y Berthelot, por haber reunido una valiosa colección de peces, adelantando así el primer paso en la Ictiología de las Canarias.

Esa coleccion que le fué presentada más tarde al sabio naturalista Mr. Valenciennes para su clasificación, dió lugar á un preciosísimo trabajo, publicado por éste mismo con magníficos grabados (*); pero, no obstante puede decirse que todavía no se han construido sino los cimientos del edificio, y que la Historia natural de la fáuna marítima de estas islas espera, y tal vez aguardará por mucho tiempo, á su autor.

No quiere decir esto que desconozcamos el valor que entrañan y la utilidad que pueden reportarnos esos trabajos, cuando afirmamos que son como el punto de partida para escribir la Ictiología de las islas Canarias. No, nuestra aseveración en nada desvirtua el mérito singular; tanto de los coleccionistas, acreditados justamente de laboriosos y desinteresados amantes de las ciencias naturales, como del insigne naturalista francés, cuyos escritos, lo mismo en la publicación mencionada, que en la obra monumental redactada en colaboración con el gran Cuvier (*), son la admiración de los sabios, y han alcanzado el rango de autoridad por su elevado criterio y su clasificación racional.

Ni á los primeros, ni al último, pudiera herir en lo más mínimo la opinión ó la crítica de este modesto aficionado, si á tanto se atreviera.

Desde luego confieso que la asiduidad y la paciencia fueron virtudes excepcionales que adornaron á los Sres. Webb y Berthelot, para adquirir uno tras otro los ejemplares de su colección, hasta reunir una verdadera riqueza, digna del naturalista á quien había de presentarse, y del fin científico tan meritoriamente perseguido.

Por esta misma razón también debemos suponer que los ejemplares fueron disecados con especial delicadeza, y conservados con un cuidado exquisito; pero á pesar de lo mucho y bueno que todo eso representa, y realmente significa, insisto en afirmar que la Ictio-

---

(*) Ichrhyologie des iles Canariennes, ou Histoire naturelle des poissons rapportés par MM. P-B Webb et S. Berthelot, et descrits par M A. Valenciennes. Un tomo en fol, de 109 págs y un Atlas con 26 grabados.

(*) Histoire naturelle de poissons En 22 tomos en cuarto, con grabados; no terminada

logía, como cualquier otra rama de las ciencias naturales, debe escribirse en el mismo país donde viven los seres que se estudian, y describen. De este modo, ni la deformación puede tener lugar, ni los colores deben cambiarse, ni las proporciones modificarse, ni desaparecer tampoco cualesquier accidente dignos de aprecio y de mención. Entonces es fácil indagar por nosotros mismos, y no confiando á testimonio extraño, muchas veces infiel, ó por lo menos fantástico, cuanto se refiere á las costumbres y época del celo, fecundación y nacimiento: observar el crecimiento y la clase de alimentación; en una palabra, todo lo concerniente á la vida de los seres con la mayor exactitud y certeza que es factible, al mismo tiempo que se coleccionan y clasifican; porque indudablemente el exclusivo trabajo de gabinete, sin la inmediata observación personal del animal vivo, da orígen á errores, ó por lo menos á equivocaciones é inadvertencias, necesitadas luego de rectificaciones, so pena de perpétuo engaño y descaminos en la ciencia.

Aparte de que todo cuanto acabamos de exponer, parece ser tan claro y evidente, todavía pudiera ampliarse más con otras consideraciones prácticas; pues, en primer lugar, aplicando únicamente el análisis de gabinete sobre un indivíduo aislado, no sólo puede decirse que es deficiente, porque difícilmente se clasifica por la simple inspección de los caracteres externos, sino que además ofrece el riesgo de atribuir á la especie cualidades excepcionales, anomalías ó defectos del indivíduo, del sexo ó de la variedad; y de ello tenemos un caso muy notable en la especie *Scarus Canariensis*. — Val.

Este pez tan conocido en las Canarias con el nombre vulgar de *Vieja*, presenta, según el sexo, colores tan variados y caprichosos, que, habiendo sido observado por algunos autores en indivíduos de un matiz determinado, fué clasificado con un nombre específico, y con distinto por otros que lo vieron en ejemplares de diferente color, juzgándolos, al parecer, como especies diversas. Mientras tanto, Mr. Valenciennes afirma la unidad de especie, pero admite variedades, lo cual no es absolutamente exacto si se refiere á la especie, sino tan solamente á las hembras, puesto que todos los machos son invariablemente de idéntico color, particularidad que no fué notada por el naturalista francés.

En efecto, el *Escaro*, que llamamos *Vieja parda*, es el macho; y en realidad nada tiene de pardo, porque su color es plomizo ó ceniciento, más ó menos oscuro por el dorso y blanco por el vientre, teniendo un ribete ú orla rojiza en las aletas. Las hembras, aunque á veces participan de ese mismo color, afectan otros muy variados, y de ahí los nombres de *vieja colorada* y *vieja melada* con que vulgarmente se las conoce, según el matiz predominante.

También es muy curioso y digno de fijar nuestra atención que las hembras de este pez, en Gran Canaria y Fuerteventura, por ejemplo, difieren constantemente en la colocación y extensión de algunas

manchas y hasta en la mezcla de los colores, dando orígen á otras variedades y denominaciones locales que omitimos.

Pero, de propósito nos hemos detenido en los precedentes detalles, para que se vea á cuántas equivocaciones puede dar lugar la ligereza en los juicios que á primera vista se forman, y sin repetidas observaciones se hacen de los objetos, en las ciencias empíricas. De aquí también las rectificaciones consecutivas, y á veces los errores que, como antes hemos dicho, se perpetúan; y todo, por no estudiar en el mismo país y analizar detenidamente comparando diversos ejemplares: lo cual, hay que insistir sobre ello, solamente es posible, viviendo en la región productora, y consagrándose tranquilamente al objeto.

T. Martinez de Escobar.

Julio 5 de 1904.

VERHAEREN

Gran pluma... Ha dejado, al correr, nerviosa y cálida, por las páginas de la *España Negra*, la inspiración de un sentimental poeta y la visión prodigiosa de un gran artista. Leyendo esos apuntes de pintor que viaja y notas al mismo tiempo de psicólogo que escudriña el alma de todo un pueblo, queda el ánimo caviloso y escalofriadas las carnes por el espanto.

Pocas veces se ha llegado á un acierto más feliz de colorido y de observación. Verhaeren ha comprendido el *sabor de la tierruca*, el verdadero carácter de nuestra España.

Es un libro el suyo espantable, de dolor. Parece descrito el paisaje con puñados de cieno, á fin de darle terroso color, color de tierras muertas, y los cuadros de costumbres han encontrado los más rabiosos tonos rojos, un verdadero delirio de la gama cálida, con manchurrones de sangre, todavía fresca. Un pueblo de locos y de carniceros desfilan por el libro en una especie de danza macabra.

Si no fuese Verhaeren un escrupuloso pintor y psicólogo, yo creyera, que por un resurgimiento del viejo espíritu flamenco de su raza, se había aprestado á vengar con la pluma, en estos tiempos, agravios y depredaciones de los tercios capitaneados, antaño, en sus guerras de dominación y en sus correrías de salteadores, por la espada sanguinaria del Duque de Alba.

A veces, releyendo la *España Negra*, se me presenta Verhaeren como uno de aquellos altivos hidalgos flamencos, de noble actitud, gallardo en el vencimiento, que y esperan vengarse, que destacara Velazquez en *La rendición de Breda*. El gesto, la actitud son de caballeros que confían en la revancha.

Contra los latinos hay un odio atávico en los escritores flamencos actuales. Ya no es su país el teatro de nuestras hazañas, de atormentadores de ideas y de bárbaros conquitadores á golpe de lanza. Pero, el recuerdo de lo que hicimos, vivo aún en el sentimiento popular, mueve agresiva la pluma de sus escritores con ánsia de represalias.

Lenmounier describe en horribles cuadros la *débacle* última de los franceses en Sedán, y llenas están las páginas de *La Carnicería*, de

odio mal disimulado. Sobrepónese en el alma belga de este escritor en este caso, el impulso de su origen germánico, que vence el poco calor de latinismo que pueda llevar.

Verhaeren también nos refleja con un odioso carácter en su *España Negra*. No obstante, es justo.

Para conocer la índole del arte en los Paises Bajos no hay más que leer los estudios de Taine. Allende los siglos, como ahora, subsiste el mísero espíritu de rencor, de rebeldía y de libertad. No se puede desvirtuar, á pesar de las contingencias históricas, el genio de una raza.

Creo que Verhaeren ha visto España y la ha escudriñado en su intimidad. No ha sido uno de tantos viajeros que por acá han pasado, sin ver, sin ahondar en la psicología de nuestro pueblo, víctimas de livianas y superficiales impresiones que han dejado en paisajes de abanico y en cuadros pintados sin mirar la realidad de nuestro vivir.

¡Son tantos los que así se han ido, llevándose una superficial visión, lo que han dado en llamar color y ambiente de España!

La caravana pasa... Allende los últimos años de la centuria pasada, como hogaño, nuestra nación fué un país de leyenda. Petrificada con dureza de lava volcánica, en la corriente histórica, á ojos extraños era poética visión medioeval, evocación al vivo de razas y civilizaciones muertas. El mar, piadoso de corazón á veces, quiso separarla del Africa fronteriza, cuyos destinos debió seguir también nuestra España. Con los árabes desterrados, nómadas hoy en los desiertos que proyectan en sus arenas, los picachos del Atlas salvaje, se fué del solar ibérico una gran civilización, color y sensualismo en el arte, alegría y pompa oriental en el vivir, ímpetu guerrero y pasión de amar en las cortes de los Califas, en los reinos de Taifas y hasta en los duelos caballerescos, un tanto, de zegríes y abencerrajes, bravos sobre los campos de batalla, mueles en el retiro de los floridos cármenes y á la sombra húmeda de los patios, en donde el agua, con alma toda mística, no duerme ni descansa.

A nuestros espíritus de poeta siempre despertará, como á Alarcón, una honda añoranza mirar la vieja y azul agua del mar en nuestras costas meridionales, señalando el camino por donde los muslimes, de sangre ardiente y cerebro creador se marcharon un día para no volver, al trote de los corceles, llevándose el *panache* de su raza, la virtualidad de su genio enamorado del color, para ir á morir allí sin grandeza, embrutecidos en una barbarie de siglos; errantes siempre de aduar en aduar, con las tiendas plegadas sobre los lomos de los camellos, perennes peregrinos del líbico desierto y del zahárico arenal.

Siguen también la ruta de nuestras añoranzas de poeta, rastreando la marcha de los árabes, los viajeros trashumantes de otros países. Cortan las olas la senda de esta peregrinación á dos pasos; pero,

más intrépidos, la siguen los espíritus intensamente compadecidos y devotos.

Como Boabdil, el de los tristes destinos, vuelve otra vez Chateaubriand, espíritu cristiano, á llorar, mirando desde un ajimez calado de la Alhambra, la morisca ciudad granadina, reviviendo el ido esplendor de la civilización árabe y la poesía de su historia romancesca, soledoso el poeta, ya sin el alma grande de aquel pueblo de artistas.

Solo esa huella morisca deja en nuestra fisonomía nacional un bello gesto, un aliento de alegría.

Para los demás viajeros por tierras de España, es este un país petrificado siglos ha. Es algo arcáico, de curioso estudio, en medio del brillante cosmopolitismo moderno, extraño á la espléndida civilización de la Europa contemporánea y que en su retraso de centurias produce idéntica impresión que la que invadiera el alma del protagonista novelesco en *Brujas la muerta* descrita por Rodembach.

Queda en el rostro y en el talante de nuestro pueblo el reflejo de su carácter primitivo, el sedimento atávico de nuestros pastores guerreros y de nuestros bandidos, por azar del oficio, tornados héroes. Subsiste también la roña histórica, la perpetuación de los hábitos bárbaros, el fondo de un alma sádica hasta el delirio. No bebieron, como los tártaros, sangre humeante los viejos españoles, pero gustaron siempre de emborracharse con su olor. No viven ya la soldadesca de las humanas carnicerías en Flandes, ni los brutales exterminadores de las indígenas razas en América, pasadas á cuchillo; gente que deliraba de placer en las matanzas. Pero, parecen ser los mismos los hombres que Gautier descubre en las plazas de toros, espectáculo de sangre que ya solo puede gustar el espíritu bárbaro de Jean Lorrain, y que con la misma pluma que describiera la crueldad de las luchas en el circo romano ha pintado en toda su monstruosa brutalidad el polaco Sienkiewichz.

Siempre fué sádico el espíritu religioso de este pueblo, con alma atormentada, toda dolor. Padeció sed de matar y de morir. Dé lo ideal en el cristianismo, del ánsia de amor, no comprendió nunca nada, porque esa paz mística no cuadraba ni á su carácter, ni á sus instintos. Quemó judaizantes, ajustició herejes, hizo funcionar el terror, y cuando no tuvo carnes que tostar, ni ideas libres que vencer, nazareno hambriento de pasión y cruz, tornábase á la locura del martirio. Aún vive así; todavía persisten la sed de sangre y la calentura suicida. Resurge ese pueblo en la *España Negra* que viera Verhaeren. Son los penitentes que en Viernes Santo, detrás de esos Cristos lívidos que desgreñan, sobre espaldas y rostros, humanas cabelleras, expresión del dolor más trágico, van desollándose las carnes con azotes hasta que corre la sangre y queda en llaga viva la piel. Son los devotos que durante toda la Semana Mayor, con ánsias de padecer, de atormentarse, cargan á hombros los santos por las calles, rozando la áspera madera la epidermis y con los piés descalzos que

se ensangrientan al pisar los guijarros del suelo, punzadores y cortantes.

Nada más espantoso que estas escenas de pasión, en que se goza con delicia el dolor, que no se acaba de saciar.

Ha visto bien Verhaeren. Forman nuestro pueblo, en casi todo el ámbito nacional, almas crueles y bárbaras, que viven únicamente con el tormento y con la sangre. Dentro de cada español se encierra el espíritu de un inquisidor, de un tostador de herejes. El histerismo católico se perpetúa *in æternum*. No es de ayer, de los buenos tiempos de las hogueras, del potro y de los autos de fé. Es de hoy; renuévase también modernamente en los calabozos de Montjuich, que espía en lo alto de una ciudad abierta á todas las ideas, como *Otelo* celoso el sueño de su *Desdémona*.

¿Qué visiones alegres pueden despertar, ni que júbilos de vivir podrán sugerir estos paisajes desolados de nuestras estériles llanuras, donde muy bien se hallarían *las almas muertas* de *Gogol*?

Nada más triste. De esa tristeza se impregnan los espíritus que sobre ellos alientan y penan.

Sobre todo este riñón de España, esas llanuras castellanas y esos páramos manchegos, tierras de pardo color, sin una nota verde en toda la extensión de su interminable planicie que parece calcinada, donde ni siquiera alegra la vista el blanco color de las casas, oscuras también como el suelo en que se asientan, propias solamente para meditación de cartujos que repiten su lúgubre *morire habemus*. Nada rompe el horizonte, á no ser el menótono voltear de las aspas de los molinos en las alturas, quedando libre, inexcrutable el cielo, como si á él solo debiera mirarse. Apenas un rincón con árboles y hasta los ríos pasan de largo, silenciosos, muy escasos de caudal, sin el tumultuoso rumor siquiera de sus aguas alegrando la soledad de los campos. Allí nacieron y criaron sus crueldades los hombres que durante siglos entretuvieron sus días en espectáculos de desolación y sangre. El lúgubre carácter, los instintos crueles, la complacencia sádica se los dió la tierra.

¡Si hasta lo reflejan en el arte!

No es éste otra cosa que la expresión de un pueblo triste, cansado de vivir, que ama el dolor. Bien lo ha observado Verhaeren y lo ha pintado con inimitable colorido.

Dentro de nuestros templos hay poca luz; los vidrios de colores en los altos ventanales impiden el paso á la cruda claridad del sol. En el interior reina una penumbra de misterio, una oscuridad de cripta mortuoria; la sombra invade también el alma con su fúnebre tristeza. Recorriendo las naves el espanto sigue los pasos del visitante, que tiembla atemorizado.

Allá, en un rincón, arde una lamparilla solitaria. Parpadea su su luz en agonía. Está delante de un Cristo, exangüe las carnes, despellejada la piel que hace asomar la blancura del hueso; no miran sus ojos lívidos, que penosamente se encierran, y los pies

clavados al madero, con hierros que desgarran, chorrean sangre copiosamente. Más allá, los santos, esas tallas de un efectismo trágico, en que el dolor reviste su encarnadura más espantable, mártires destrozados en el suplicio, anacoretas, de ojos hundidos y transparente piel, enflaquecidos por el ayuno, todo el arte de nuestra imaginería á la española. En los lienzos los pinceles han pintado idénticas figuras, quizás exagerando las violentas actitudes, los imposibles escorzos, los gestos más macabros.

Y, así vamos viendo, colgados en las paredes de una capilla, los *ex-votos*, esos presentes de nuestra piedad, brazos, piernas, ojos de cera, los despojos de una mesa de disección, y en otra, en la más oscura destacan su perfil, de sombrío aspecto, las estátuas yacentes que velan, sobre los sepulcros, el sueño de los muertos. En los retablos, los mónstruos tallados en la madera; y en los frisos, retorciéndose los endriagos y demonios cincelados en la piedra, todo un mundo de pesadilla que revive los terrores de la alucinación.

Así es el arte de España. Fé religiosa hasta el delirio, «locura de la cruz», culto del más exacerbado dolor. No siente otra cosa el pueblo, y movidos por ese sentimiento laboran los artistas, pintan y esculpen.

El alma nacional nutre sus emociones en los espectáculos de sangre y muerte.

Van las muchedumbres á las plazas de toros á solazarse, en las tardes de sol tan amadas de los poetas, con la visión groseramente brutal, espantable en su aspecto, de los caballos destripados revolcándose sobre sus propias entrañas y de las reses bravas, hurtadas al arado que podría fecundar los campos, que caen heridas de muerte, sangrando á chorros, con epilépticas convulsiones de moribundo, sobre la arena del circo entre el clamor delirante del público. Va también la multitud tras ese otro espectáculo brutalmente horroroso de los ajusticiamientos, y gira en torno del patíbulo, que alza en las plazas su siniestro pergenio, impaciente de que llegue el reo y la cuchilla ó la argolla comiencen su función homicida, atenta á la mueca de horror, quizás de asco, con que el pobre condenado entrega su último aliento de vida delante de una turba, curiosa del lance, indiferente á todo, ébria de vino y de júbilo enfermizo, que no lleva piedad en el corazón.

Sí; como observa Verhaeren, son estos dos espectáculos ciertamente nacionales, á la española.

Todo el ambiente en España está impregnado de irrestrañable tristeza.

Es fúnebre todo el rumor que suena en nuestro solar de hidalgos.

Desde lo alto de las torres las campanas dejan caer su tañido lento, cóncavo, de lúgubre ecos, en el toque de agonía. Lleva el frío hasta la médula de los huesos. Y esos pregones al aire libre, pidiendo una oración para los reos en capilla, salmodia que llena las ca-

lles de los lugares en los días de ejecución, hacen encoger el corazón del que los oye, en su estremecimiento de angustia. Son cosas que parecen deliradas por una imaginación con fiebre enamorada de lo macabro.

Hasta en sus alegrías es este pueblo triste.

Como dijo uno de nuestros poetas, tiene

alegre la tristeza y triste el vino.

Canta la guitarra y en su fondo parece que llora el alma de la desterrada raza morisca, cuyos amores ardientes cantó un día. Y entre el ruido de las fiestas íntimas, en las más estruendosas y solemnes las coplas estallan en el aire adoloridas. Son canciones tristes, canciones de sangre y muerte. Hablan de penas, de rejas, de cárceles, de celos que matan, de amados seres que han muerto.

Es la voz del dolor, la pasión de la sangre, las que hinchan la rebosante amargura de esos cantares de pena. ¡Con que dejo melancólico vibran, como desfallecen en el aire lamentosos, y parecen que se desgarran las cuerdas de la guitarra cuando acaba la última cadencia!

El vino, que en otras gentes, es fuente de alegrías, aquí torna á los hombres lúgubres, los lleva al crímen. La navaja salta al instante y hiende y corta y mata, para saciar la sed de sangre. Vá siempre en los bolsillos, inseparable compañera de cada español porque en la alegría del vino se notaría su falta. Es un hierro plebeyo, un arma asesina que casi siempre mata á traición y por la espalda pero es el alma en una fiesta castiza, en una zambra española.

Nuestra música callejera es triste también. Quéjase de los violines de los ciegos que vagabundean por las calles, que en ellas exhiben sus figuras de santos viejos y llora soledosa, no sé que nostalgias, en la gaita y en el tamboril de los dulzameros, cuya alma parece ser la que llora en los instrumentos notas y lágrimas.

No termina la crueldad y la tristeza de la *España Negra*. Los casos se repiten y las escenas si cambian de color, conservan á perpetuidad su espíritu sádico. Verhaeren lo cuenta.

Ya revive en el gitano, de alma negra, que comercia con los caballos muertos, desollándolos, entregando al fuego las carnes para sacar las grasas y desarticulándole los huesos en una faena industrial; ya se remoza en los muchachos que, saltan al ruedo, y poniendo las manos en las heridas de esos caballos destripados aprietan con ferocidad los bordes de la negra hendidura que abriera el cuerno para ver salir á borbotones la sangre.

Todavía más cruel que todo lo apuntado es la exaltación del fanatismo religioso, la fé de la creencia, que ahoga en los nuestros hasta el poderoso instinto de la maternidad. Por los pueblos y lugares de este solar hispánico, conservase aún la vieja costumbre de danzar, en alegre fiesta delante de los cadáveres de niños, cubiertos de flores, descansando la rubia cabecita sobre la almohada dentro

de la caja blanca. ¡Se ha ido al cielo! Y la propia madre como que siente júbilo, una alegría de espíritu creyente que se sobrepone al dolor carnal, ante la felicidad de aquella muerte.

Es verdaderamente espantosa la evocación de la *España Negra* que ha hecho Verhaeren.

No se borrará nunca en mi recuerdo la triste visión de aquella tarde en las afueras de Madrid, hosco y desolado el paisaje allá por las Ventas, que tan bien pinta el poeta flamenco, cuando en los merenderos suena borracho el organillo, acompañando una zambra, y bailan y beben las gentes, mientras que por la carretera polvorienta, á dos pasos, desfila el negro ataud, lento, fúnebre, casi solitario, camino del cementerio, que á lo lejos blanquea con la cal de sus tapias.....

Angel Guerra

Madrid.

Una república de niños

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Allá por el año 1897 un comerciante de Nueva York, llamado Mr. George, tuvo la idea de dedicar sus ratos de ocio á visitar á los niños de los barrios pobres.

Este señor tenía una magnífica posesión situada al Norte del Estado. En 1890 ocurriósele, con motivo de las vacaciones escolares, llevar á ella una treintena de muchachos; en 1891 aumentó el número y llevó doscientos, de los cuales 50 eran niñas. Alojólos convenientemente y los vecinos los proveyeron de víveres y de vestidos.

Allí pasaron cuatro veranos y entonces Mr. George advirtió de que aquello que él había hecho como un bien había resultado un verdadero mal, pues una parte de sus pensionistas se dedicaban al pillaje y la otra á mendigar. Cansado de tal estado de cosas los reunió en asamblea y les reprochó duramente su conducta.

—Entonces, Mr. George, —se levantó diciendo una graciosilla italiana—¿á qué hemos venido aquí?

—¡Bravo!—gritó la asamblea.

Mr. George, corrido y triste, comprendió que no había hecho más que transportar al campo los dos grandes vacíos de la ciudad: la vagancia y la mendicidad.

Convencido de ello decidió, al año siguiente, no distribuir vestidos más que á cambio de días de trabajo.

Y así fué, en efecto; pero el primer niño que se ofreció á trabajar fué maltratado por sus compañeros. Sin embargo, pasada que fué la semana, cuando le vieron vestido con su lindo traje nuevo, empezaron á imitarle. Y así principió Mr. George á matar los hábitos de pauperismo de que estaban poseídos sus protegidos, y el primer paso hacia un régimen cuyo lema es: «Notting Without labor.»

⁂

En las vacaciones siguientes Mr. George estableció reglas que prohibían el juego de dinero, el robo y fumar.

Pero en vano. Más tarde se le ocurrió la idea de que los niños se

juzgaran unos á otros y constituyó un jurado; las penas debían consistir en todos los casos en trabajos forzados.

Cierto dia el guardián de los penados cayó enfermo, y éstos ofrecieron á Mr. George que uno de entre ellos, que por cierto había sido en Nueva York jefe de la partida de granujas más conocidas de la policía le substituyera.

Mr. George lo aceptó codicionalmente, sólo por veinticuatro horas, pero el muchacho se dió tal maña y obtuvo de sus codetenidos tal cantidad de trabajo que fué confirmado en sus funciones.

Este éxito de los muchachos como jueces de ellos mismos y como policías, hizo pensar á Mr. George en si sus protegidos serían tan diestros en dictarse leyes como en aplicárselas, y en el verano siguiente, en 1895, organizó la «República de los niños la George's Junior Republic». Hizo elegir diputados, á razón de uno por cada doce electores, y senadores á razón de uno por cada clase profesional.

En 1896 todos los cargos fueron confiados á los jóvenes, salvo como es natural el de presidente; en 1897, el mismo George renunció á la presidencia...

Una vez constituida la república, Mr. George se decidió á hacerla permanente é invernal. Unos veinte muchachos se le ofrecieron como ciudadanos permanentes, pero de éstos unos fueron reclamados por los padres, otros tuvieron miedo en el último momento y solo se quedaron cinco.

Ahora veamos cómo pasaron la vida los primeros invernantes de la minúscula república.

Como alimento se contentaron con lo que su cosecha les producía: patatas y tomates y algunos panes que de cuando en cuando enviábanles los parientes y amigos. Dormir, lo hacían en los graneros, en donde la nieve no tenía muchas dificultades para penetrar; por la mañana el frío era un excelente despertador. Hoy las cosas han cambiado, y los ciudadanos residentes son más difíciles; cuando la calefacción á vapor no es perfecta, reclaman de aquellos que supieron soportar las durezas de la vida durante la fundación de la Junior Republic; tres son estudiantes en una universidad; dos han sido presidentes y otros tienen las mejores plazas del nuevo estado.

Después de doce años de ensayos la autonomía ha concluido por ser la forma normal y estable y la vida de la república sigue su curso regular. Para simplificar el régimen, las leyes no se votan ya por la Cámara y el Senado, sino por una asamble general de ciudadanos Mr. George sólo tiene el derecho del voto. Los jóvenes se sienten tan orgullosos de las leyes que dictan que un día que el «New York Herald» reprocha á Mr. George por la severidad de uno de los reglamentos, los ciudadanos respondieron en su pequeño periódico: «Aquí Mr. George no dicta leyes ni reglamentos: las dictan los ciudadanos de la república y si no son buenas, las cambiaremos como mejor nos convenga».

*
* *

Política y económicamente el régimen está fundado en la independencia de los niños.

Después que Mr. George logró, en 1894, obtener trabajo en cambio de vestidos, terminó por perseguir y estirpar entre ellos el pauperismo, exigiéndole el pago de la comida y de la vivienda: puso en circulación una moneda local, fabricada con fichas de cartón, que daba á los muchachos en retribución de su labor y que él recibía en pago de las necesidades de la vida, y así creó una colonia en la que se reproducían, en pequeño, las condiciones de la sociedad, puesto que cada uno disponía del tiempo para ganarse la vida, así como del libre empleo de su dinero una vez ganado.

Su posesión le permitía dar trabajo á todos aquellos muchachos, y al cabo de cierto tiempo, las leyes de la pequeña república prohibían terminantemente la distribución gratuita de víveres de modo que todo ciudadano debía optar ó por el trabajo ó por el ayuno.

Para hacer del trabajo un deber y una distracción, Mr. George estimuló la iniciativa de los jóvenes, dejándoles las contratas de algunas obras, por ejemplo la gerencia de algunos hoteles y la dirección de algunos talleres, por lo cual organizó un sistema de adjudicación, dejando á cada uno la responsabilidad financiera que adquiría. Hoy la carpintería, la imprenta, el lavadero y otros talleres, son otras tantas casas de comercio en miniatura, cuya razón social es el nombre de un niño. El es el patrón, paga á sus obreros y cobra sus cuentas: el obrero adulto que le asiste con su experiencia técnica, no está allí más que á título de instructor y su voto es consultivo.

La moneda de carton se ha reemplazado por otra de aluminio, con las armas de la república: una bandera, cruzada con una hacha, y un libro abierto en que se lee la divisa: «Nothing without labor».

La mayor parte de los pagos se hacen por medio de cheques, como en el comercio americano, y es obligatorio para cada ciudadano tener una cuenta corriente en el Banco de la República. Existen allí los que «no tienen un centavo» y los «millonarios», por eso se ven restaurants económicos y otros más elegantes y caros. Dormitorios para cinco ó seis niños y habitaciones para uno solo. Solamente tiene curso legal la moneda ganada por el trabajo, dentro de la república; la legítima del estado no circula en esta república.

*
* *

Los efectos de tal régimen económico y su influencia en los espíritus se encuentran explicados por la libre elección que tienen los niños para elegir sus medios de existencia, desarrollándose en ellos las ideas de iniciativa y de ingenio. La responsablilidad que tienen de su pequeña fortuna y la necesidad de perder ó ganar, les hace adquirir hábitos de órden y economía.

Cierto dia Mr. George sacó á subasta una linterna mágica. Todos los postores ofrecían de 1,75 á 2'25 dólares. Un muchacho Gilbert ofreció ¡5 dólares!... y en garantía ofreció sus vestidos. Al principio creyó que

había hecho un mal negocio... Se fué á ver á su botelero y le dijo: Te haré por la mañana todas las camas del hotel, y de mi almuerzo te cedo el postre, con tal de que me alquiles la sala mayor de la casa. El hotelero aceptó, y al día siguiente, el buen Gilbert anunció el espectáculo. Las sillas de primera fila valían 25 céntimos, 15 las de segunda y la entrada general 10. Según cuenta el periódico de la microscópica república, Gilbert realizó grandes negocios y llegó á ser el empresario universal.

La atmósfera que respiran los ciudadanos de la moderna república, es de trabajo alegre; entre vivas y cantos toman su misión con entusiasmo, por la necesidad misma de vivir. Su contacto con la naturaleza da frescura á sus impresiones y franqueza á sus palabras. El periódico les sirve para dar expansión á sus juveniles ideas. Todo el mundo tiene derecho á decir en él lo que cree y lo que siente. Nada de convencionalismos ni de disimulos; la censura no existe.

*
* *

Tal como se halla hoy constituida, la república constituye un estado en miniatura. En él se reproducen, en cuanto es posible, las condiciones de la vida entre los hombres, y es una especie de lección viviente de las cosas.

Ved este caso: Al fin del verano, y antes de la vuelta á sus casas de los ciudadanos permanentes, se sacaron á remate algunos víveres y las reservas del vestuario. Los que habían economizado «los millonarios» hicieron compras magníficas considerando como un honor hacer subir los precios de las cosas. Un tonel de patatas llegó hasta 50 dólares. Los derrochadores estaban desesperados, por no poder llevar á sus casas ni víveres ni vestidos, y entre el estrépito general oíanse amenazas como esta: «¡Veremos el año que viene quién comprará más!»

Las ventas habían terminado; todos los capitalistas habían empleado sus economías y solo algunos cheques quedaban en los exhaustos bolsillos. De pronto un carro cargado de vestidos se presentó en el sitio de la subasta. Por un dólar se ofrecía un vestido igual á los que, hacía un momento, se habían vendido á 50. Aquello fué una verdadera lección de economía política, sobre la ley de la oferta y la demanda y sobre el valor comercial de la moneda.

Ese perfume de realidad es el que da á la pequeña república su virtud reformadora. Es exactamente un molde hecho sobre la sociedad cuyo mecanismo inflexible atrae el tipo normal á los jóvenes, en su mayoría rebeldes á las leyes sociales y al orden público. Sin tener nada de penitenciaría, desempeña ese papel con más eficacia y hoy los tribunales han adquirido el derecho de enviar allí á los menores que son condenados, en lugar de mandarlos á las casas de corrección.

Tal vez esta institución tan original y modernista extrañe á los espíritus débiles, por el realismo de sus métodos, pero, si el régimen reproduce los rigores de la vida real también reproduce sus libertades y sus alegrías.

La necesidad del trabajo y del ayuno, la severidad de las penas, la disciplina de los trabajos forzados no son para jóvenes que están fuera de la ley, más que el aprendizaje de la vida legal. Las recompensas por sus éxitos ó por sus servicios están á su alcance lo mismo que el castigo está amenazante sobre ellos. Tienen la elección y la responsabilidad de su condición.

El calabozo de la policía de la república es el remedio preventivo que los salva de las prisiones del estado.

Si es necesario el contacto de la necesidad para ablandar las energías hasta para aquellas naturalezas más rectas, con mayor razón es necesario para educar el espíritu de los vagabundos y los encanallados.

La reforma de un niño es una obra de paciencia y su duración puede ser de uno á tres años. Pocos son los ciudadanos de la república que no se han escapado una ó varias veces; pero, cuando la policía del estado los trae de nuevo, el juez los condena á trabajos forzados. Allí no existen muros, ni restricciones físicas que les impidan huir, ellos solos acaban por comprender que todos los actos ilegales que cometen, redundan en su perjuicio, y entonces su energía empieza á volverse hácia los medios de actividad que tantos éxitos proporcionan á los buenos ciudadanos. El régimen de libertad y de iniciativa le abre un campo de acción tan vasto como divertido lo mismo para el bien que para el mal, y cuando verdaderamente están convertidos, hay que leer en el periódico con qué encantadora franqueza cuentan sus faltas y sus escapatorias.

Los ciudadanos antiguos ayudan á aclimatarse y á convertirse á los recién llegados. La edad de admisión es de los nueve á los veinte años.

Pero lo más notable y lo más digno de llamar la atención de los sociólogos y de los hombres de ciencia es que de todas las instituciones reformadoras de la juventud esta es la sola que ha logrado extirpar ciertos vicios difíciles, si no imposibles de reprimer, por lo general, en las grandes penitenciarías. La república de niños considera como criminales, á los que no se modifican, y su tribunal los castiga de tal suerte, que la vergüenza de ser condenado dió ocasión á que un rebacio se ahoreara colgándose de un árbol. De esta manera se inició la gran reforma.

HENRY BARGY.

A NUESTROS LECTORES

La revista El Museo Canario, *introducirá desde el próximo número algunas reformas que seguramente verán con agrado nuestros lectores. Aumentará el número de páginas y de secciones y publicará interesantes grabados de actualidad.*

Entre los notables artículos que tenemos preparados para empezar á publicar desde el número próximo figuran los siguientes:

Historia de la sociedad el Museo Canario, *por D. Amaranto Martínez de Escobar.*

Una obra nueva, aún sin título de los hermanos Don Luis y D. Agustín Millares.

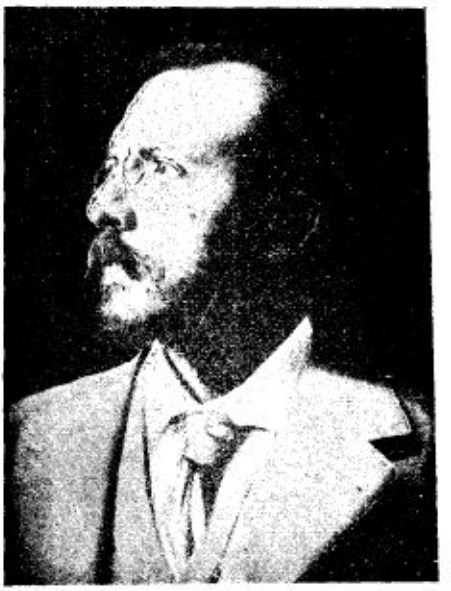
Careo entre primos, *cuento de D. Felipe de la Nuez.*

El teatro: crítica de las principales obras dramáticas, nacionales y extranjeras, estrenadas en la presente temporada, *con grabados.*

Las maravillas del radium, *artículo científico escrito para el* Museo, *con grabados.*

***

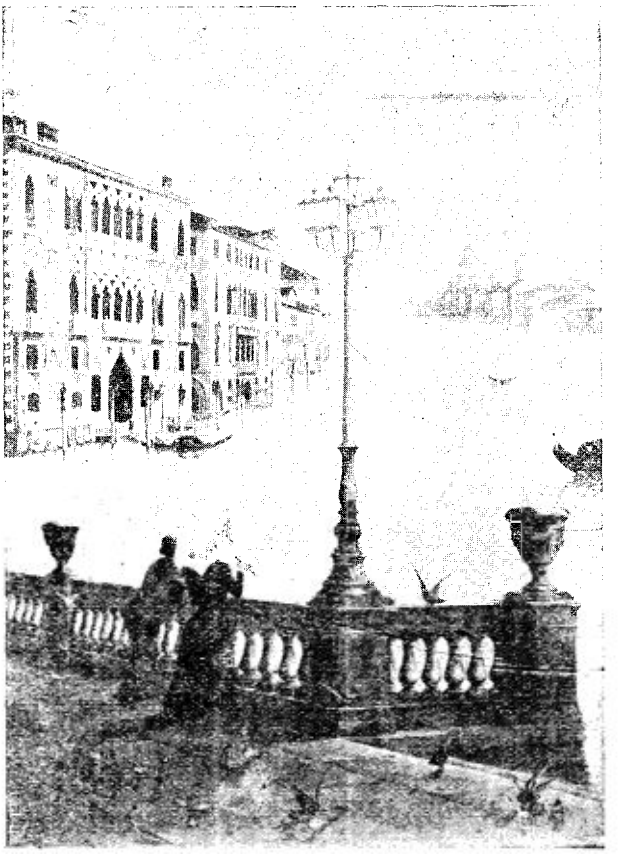
A todos nuestros suscriptores que se interesan por el progreso de esta revista y de la sociedad de que es órgano, suplicamos se pongan al corriente, cuando nuestros cobradores pasen à domicilio para la cobranza de las mensualidades vencidas. Será favor que esta redacción y la Junta directiva de la Sociedad agradecerán en extremo.



RAFAEL AVELLANEDA

Es un trabajador incansable. En la diaria y constante labor de su estudio va resolviendo el principio de que el trabajo todo lo vence. De día en día sus obras son más dignas de encomio, y es notable su perfeccionamiento en el arte de la pintura.

Sus primeros estudios los hizo Avellaneda bajo la direc-



ción del profesor D. Francisco de la Torre, en el Colegio de San Agustín. Después, cediendo á su afición inquebrantable, trabajó solo, hasta que abierta la Academia de Pintura de la Sociedad Económica, que dirige D. Nicolás Massieu, dedicóse de lleno y por entero al arte, revelando sus facultades, poniendo de manifiesto su laboriosidad y constancia. Trabajando con Meifren, su observación y estudio se asimilaron con rara semejanza el peculiar secreto del marinista catalán, dando prueba de ello en los paisajes y marinas que después ha pintado: el color violáceo y

melancólico de sus crepúsculos, los efectos de luz rielante de luna en la transparencia de las aguas. Después de la tournée *que verificó por la Península, en cuyos principales Museos tomó notas y apuntes, ha seguido sin descanso, con perseverante* amore *dando forma en el lienzo á sus concepciones, arrancando á nuestra naturaleza exhuberante sus paisajes encondidos, sus perspectivas hermosas, la diafamidad luminosa de nuestro ambiente de infinita primavera.*

Avellaneda es un buen copista. Reproduce con fidelidad minuciosa, acertando en los más difíciles detalles, comprendiendo el pensamiento, la idea, el alma *que informan los cuadros originales. Muchos elogios han merecido siempre sus copias de autores nacionales y extranjeros, de las oleografías de Venecia, de los cromos que reproducen las obras de los más notables paisajistas.*

Tiene muchas obras del natural, entre ellas una vista general del Puerto de la Luz, otra parcial del mismo puerto, varias marinas y muchas notas de paisaje al óleo y acuarela de los campos de la isla, y estudios de cabezas y desnudos. Entre los retratos al óleo que ha pintado, mereció elogios por su factura y parecido uno de cuerpo entero de su hermano D. Josè. En el Hospital de San Lázaro figuran sus cuadros Jesús azotado, *la* Virgen de las Angustias *y un* Crucificado. *En la ejecución de este último, que hemos visto, podemos decir que se esmeró Avellaneda. Es un buen cuadro. Tiene también, entre sus obras de gran tamaño, una marina titulada* Naufragio, *que es hermosa.*

Para todos Avellaneda tiene un mérito innegable, su gran fecundidad. Produce mucho y no descansa en su tarea, de crearse una reputación de artista. Es profesor de Dibujo y Pintura en varios Colegios, no siendo estas ocupaciones obstáculo á su labor incansable.

En la modesta historia de nuestro arte pictórico regional las producciones de Avellaneda llenarían muchas páginas. Sabe luchar con ardor y constancia. Será premiado su noble empeño: triunfará.

Muchas y muy grandes dificultades encierra el arte que solo pueden vencerse con la constancia y el trabajo. Los grandes maestros, los que por don especialísimo llevan dentro, como ser de sus seres la gémula creadora que no informa la actividad de los espíritus mediocres, necesitaron para dar forma á sus concesiones del estudio repetido y profundo, del trabajo ímprobo y constante. Avellaneda no es un maestro, ni necesita vivir del arte; pero es un luchador de muchos entusiasmos, un diletantti *que da rienda suelta á los impulsos de su voluntad artística con notable aprovechamiento y lisongero éxito. Si méritos propios no tuviera, que los tiene porque ha sabido conquistarlos en muchas horas de labor, digno de aplauso sería su empeño, motivo de elogio su perseverancia.*

Como la gota de agua que con tenacidad perseverante grada el granito y el hierro y el acero, la voluntad de Avellaneda acomete con decisión una y otra obra; traza su crayón figuras, árboles, horizontes, perspectivas, colora su pincel el lienzo, realzando el primer término, esfumando la distancia, esbozando la lejanía, y presenta al fallo del público un cuadro, y otro, todos ellos demostración de un trabajo constante, en el que no cede á pesar de la crítica, que señala y tilda. Es un carácter que no se arredra: concibe y ejecuta, sin que parezca preocuparle el qué dirán, *el temido prejuicio que agosta y hace infecundas á muchas inteligencias poderosas que pudieran mostrar su esfuerzo si una voluntad decisiva y enérgica les prestara impulso en la ejecución del pensamiento concebido.*

Nuestros poetas del tiempo viejo

Los meses

Mi musa, girasol del claro Febo,
Once meses siguió sus resplandores,
Y calculando el giro de su carro,
Más de una vez hubo de ser Faetonte;
Once meses le vió con su cuadriga
Correr por el estadio, y otras once,
Vencedor de los signos estrellados
Merecer los pindáricos loores...

J. de Viera y Clavijo

* * *

La invasión de Drake

. . . . . .

Cual, con asalto súbito
En el silencio tácito,
Acomete al redil famélico,
Según su beneplácito,
Y el pastor, que imita el evangélico,
Y con el favor célico.
Le oprime y trae á término;
Y al ver el lance indómito,
Huye por ser más cómodo,
Espantado y herido de aquel término,
Así corrido y dómito
Huye de Gran Canaria el Drake indómito.

Bmé. Cairasco de Figueroa

*
* *

Mi epitafio

Piadoso cristiano amigo,
Un pecador que aquí yace,
Te ruega por caridad
Digas, requiescat in pace.

Núñez de la Peña

ESTUDIOS SOBRE LA GUERRA

—*Rusia y Japón*—

I

Variación del plan japonés

Artículo de Mr. Emilio Danthese, publicado por «L'Echo de París».

Muchas veces hemos tenido ocasión de decir que el plan de campaña que ahora están desarrollando los japoneses era una fiel reproducción del que, elaborado por el conde Oyama y perfilado por el vizconde Kodama había servido de base al Japón en su guerra contra China en 1894. Una excelente revista bimensual, el *Correspondant* hace, á este propósito, algunas interesantes revelaciones. Los informes que da sobre las causas que han obligado al Estado Mayor japonés á seguir de nuevo el plan de 1894, son rigurosamente exactos; conocemos, en efecto, quien es la alta personalidad militar francesa que ha dado noticias al autor del artículo.

Se ha dicho ya que los japoneses habían preparado un plan de campaña completamente distinto del de 1894; á consecuencia de la traición de un coronel japonés que actualmente se halla refugiado en Méjico, ese plan cayó en poder de los rusos. Entonces el Estado Mayor volvió al plan utilizado contra China.

¿Cuál era el plan primitivo? El primer Ejército japonés (general Kuroki) debía desembarcar en Chemulpo el dia 27 de Febrero. El 28º hubiera terminado su desembarco en Corea.

Sus etapas 'se eslabonaban así: 54º dia, (Andjou en Corea); 64º dia, (Antung, en Mandchuria); 80º dia, (Liao-Yang); 104º día, (Kirin); 129º, (Karbin).

El día 129º correspondía al 15 de Junio último.

El segundo Ejército (general (Oku) desembarcaba en Gensan y Puerto Lazarew. Su objetivo era tambièn Karbin, en la misma fecha que el primer Ejèrcito. Contábase haber terminado el desembarco en Gensan el 38º. Y el día 113º, según los cálculos del vizconde Kodama, el segundo Ejército efectuaría su uniòn en Kirin con el primero, y podría desplegarse simultáneamente en el valle de Sungari.

El tercer Ejército (general Osaka) desembarca en la embocadura del Tumen-Ula, ó en la bahía de Possiet, si los hielos se lo permitían. Depués de haber dejado una división vigilando Vladivostok, debía igualmente alcanzar Karbin en la misma fecha que los dos primeros Ejèrcitos.

El cuarto Ejército (general Nodzu) desembarca en Fusan, ocupaba el Sur y el centro de la Corea. La última de sus tres divisiones estaba destinada también á tomar parte en el bloqueo de Puerto Arturo.

De modo que en el pensamiento del Estado Mayor japones 225.000 hombres podían desembarcar en la llanura de Karbin.

Dado el corto número de hombres 56.000 hombres) de que los rusos disponían el 6 de Febrero en los cuatro territorios del Liao-Tung, de la Mandchuria, del Amor y del Ussuri, el golpe japonés era fácilmente ejecutable. Si el plan primitivo se hubiera seguido, el Ejército japonés del Yalú hubiera ocupado á Liao-Yang desde el día 26 de Abril, fecha en que Kuropatkine no tenía más que 30.000 soldados. Apoderándose de Karbin los japoneses desorganizaban la base de resistencia, y más tarde, de ataque de los rusos en la Mandchuria del Norte.

Bien pronto y por indicios significativos advirtieron los oficiales superiores del Estado Mayor nipón que habían sido traicionados. ¿No se ha censurado la presencia persistente del crucero «Varyag» y el cañonero «Korietz» hasta el 8 de Febrero en la rada Chemulpo cuando su lugar estaba desde hacía mucho tiempo en Puerto Arturo ó Vladivostok con una ú otra escuadra rusa? Los rusos han dado explicaciones confusas de este hecho, pretendiendo que estos buques estaban al servicio de M. Parloff, cónsul de Rusia en Seul. La verdad es otra. En San Petersburgo se sabía que el punto de desembarco de los japoneses era Chemulpo. Pero como la Corea era

territorio neutral y sin defensa, los japoneses creían no necesitar buques de guerra para que escoltasen sus transportes, imaginándose que la flota rusa estaría concentrada toda ella en sus bases de defensa. Conociendo el proyecto japonés, se les ocurrió á los rusos la idea de contrariarle desde el principio: dejaron dos buques en Chemulpo, tanto para protestar contra la violación de la neutralidad coreana en el caso de que una escuadra enemiga acompañase los transportes como para detener á estos mismos transportes si no los protegía una flota de guerra. Esta precaución de los rusos obligó á la escuadra del almirante Uriu á destacarse del grueso de la escuadra Togo, y á venir un poco á pesar suyo, á efectuar actos de guerra en la rada neutral de Chemulpo.

Otros varios hechos alarmaron al Estado Mayor de Togo. Los marineros del «Korietz» habían minado un gran espacio de terreno en varios sitios, entre el puerto viejo y la ciudad. Ahora bien, este terreno era el designado para que sirviera de vivag antes de que tomase el tren para Seul; y en poco estuvo que la noche que siguió al desembarco fuesen víctimas de una terrible explosión los varios millares de soldados de la división Yungé. Pero se descubrió á tiempo y pudo evitarse el mal.

Aún fué, si cabe, más probatorio un tercer indicio. La mañana del primer ataque á Puerto Arturo, durante el bombardeo de los fuertes, una flota de 25 transportes doblaba á favor de la niebla el promontorio de Liao-Ti-Chan, y se esforzaba por desembarcar unos diez mil hombres en la bahía del Pichón, para tomar de revés las defensas terrestres de Puerto Arturo. Tentativa desastrosa. Las canoas, acogidas desde tierra por una fusilería nutrida, tuvieron que retroceder, llevándose á bordo de los grandes navíos cierto número de muertos y heridos, mientras unos cincuenta japoneses que habían podido ganar tierra eran acuchillados por los cosacos. Ahora bien, no hay menos de catorce bahías propias para un desembarco al extremo de Liao-Tung; así, pues, se había anunciado á los rusos cuál era el lugar en que había de producirse el primer ataque. En cuanto al ataque nocturno de que fueron víctimas el «Cesarewitch», el «Retwsian» y el «Pallada», no podía ser previsto por los rusos, por la sencilla razón de que los mismos japoneses no tenían inten-

ción de realizarle. Se sabe que la idea de ese ataque fué sugerida al almirante Togo por las noticias que le dió un oficial de Marina japonés que la víspera había visitado Puerto Arturo en compañía y como criado del cónsul japonés de Chemulpo.

Por último, gran número de precauciones tomadas á tiempo en diversas secciones del ferrocarril, especialmente en los puentes de Sungari y del Volga, señaladas por los innumerables espías japoneses, indicaban, sin que quedara de ello duda alguna, que habían desaparecido algunos de los informes secretos de Tokio. El Estado Mayor japonés abandonó heróicamente el plan con tanto secreto elaborado, pero tan desgraciadamente hecho público, y muy á pesar suyo tomó el antiguo empleado contra China.

El Estado Mayor ruso se dió pronto cuenta de esta modificación del primitivo plan, pero resolvió atenerse á las medidas que había ya tomado para hacer fracasar á los japoneses y defender eficazmente á Karbin, puesto que Karbin era el objetivo declarado de los japoneses. Y las consecuencias de esta determinación han sido curiosas. Para no entorpecer aún más su lenta máquina de guerra, prefirieron no modificar ninguna de las órdenes que habían dado. De aquí vinieron por una parte, los fracasos sufridos y el haber tenido Kuropatkine que hacer frente con pocas fuerzas á las nuevas disposiciones militares tomadas por los japoneses, y bajar á la Mandchuria del Sur para acercarse al terreno de combate elegido por el enemigo.

Por otra parte, esta fatídica fecha del 15 de Junio que debía ser la llegada de los japoneses delante de Karbin, marcará por consiguiente el término del período de espera de los refuerzos rusos. En efecto, dentro de unos cuantos días el primer ejército llamado de «defensiva», el que debía librar la batalla de Karbin, habrá sido en su totalidad transportado por el transiberiano. Con los 56 mil hombres que se hallaban en Mandchuria el 6 de Febrero, contará 240.000.

Sólo el porvenir nos dirá si el azar que hizo caer en manos de los rusos una copia del plan de 1904 fué infeliz ó afortunado.

EMILIO DANTHESE.

PICASSO

Es inútil buscarlos. Aquí en Barcelona no hay grupos, ni «capillas», ni oratorios. Cada pintor vive aislado; cada cual trabaja fuera de toda comunión con los demás pintores. Aquí, un bohemio—la palabra sugiere ideas de arte, de compañerismo y de alegría—es algo triste, algo ridículo, puramente decorativo que choca en este aislamiento, desolador para cuantos venimos á la gran ciudad pensando en la Barcelona artista, en la Barcelona madre de todas las iniciativas juveniles. Yo voy conociendo este mundo y puedo escribir mis impresiones. Una de ella es el aislamiento ese y sobre todo, la indiferencia hostil, si puede decirse, con que cada artista acoge las obras de sus compañeros. «Conviene que vivamos solos», me dicen á veces. «Somos así más amigos». Y se equivocan.

Más vale dirimir contiendas en discusiones y disputas á voz en cuello, que mantenerse en esa hostilidad en la que las reverencias de la opinión ajena van sembrando antipatías—, no siempre fundadas—entre unos y otros.

Y aun cuando esa «reserva» fuese provechosa, un cronista no podría aceptarla. Es un inconveniente y una molestia grande. Aquí hay que conocer á los pintores uno por uno. Es necesario ir y venir, buscando en sus talleres, en sus casas. ¡Cómo no echar de menos las «capillas» donde se logran á una vez muchas amistades sin necesidad de largos trotes por los talleres!.

No recuerdo donde conocí á Picasso. Lo advierto á los cronistas del porvenir que, sin duda, pondrán empeño en averiguar ese detalle interesantísimo de mi vida. Lo hallé por ahí, en la Rambla, en casa Parés ó en una chocolatería; y ahí, en uno de esos sitios, me lo presentaron. «Ahora no tengo taller—me dijo.—Venga usted á casa. Allí tengo dibujos y algunos cuadros.» Y no fuí. Un pintor y, sobre todo, las visitas á un pintor, estorban siempre en una casa.

Picasso tiene ya estudio. Ya he visto sus obras. Ha colgado su taller allá, en el paseo de San Juan. La ventana se abre hacia el Parque. La casa es una pequeña colmena donde se han refugiado otros pintores. Allí tiene Nonell Mauturiol su taller. Pero no vayan allí en busca de Picasso. Raro será el día que le encuentren allí. Picasso trabaja muy poco ahora. Piensa en marcharse á París, y esa idea le distrae; pinta á desgana.

Como todos los muchachos que han vivido en París, Picasso echa en falta en la hora de lucha y de la creación, la fiebre de la gran ciudad. Se considera «de paso» aquí en Barcelona. Es esa la enfermedad terrible de toda la juventud nuestra. Divorciado del medio en que se vió, no se puede trabajar. Es la enfermedad de los idealistas, de los desarraigados, de todos los que en sus propias obras y en la vida buscan siempre un más allá. Dolencia funesta, incurable, tan perjudicial como el «vuelva usted mañana» de los españoles.

Hablo siempre de las obras de Picasso con verdadero miedo. Picasso es de los jóvenes que hacen exclamar á las personas razonadas «¡Ese chico!»

Difícil será que los elogios á él no se vuelvan en censuras á mí. Eso no es, no ha sido nunca arte, dicen muchos, y se quedan tan satisfechos, convencidos de que sólo las almas suyas guardan el fuego sagrado. Yo sólo sé que las obras de Picasso, á pesar de su «desdibujo» y de su acritud dejan en quien desapasionadamente las mira, una impresión muy penetrante.

En ellas se descubre el descontento de un espíritu que lucha por dar con la expresión ingénua de la realidad por él observada. Por eso mismo, por oponerse á la sinceridad de esa observación, no me satisface la tendencia que se advierte, en las últimas obras de Picasso, á dar á las figuras la rigidez y la actitud del estilo egipcio.

La pintura de Picasso no es definitiva. Si lo fuera, no la elogiaría yo. Es la obra de un espíritu que aspira á ser fiel á sus propias impresiones; que pone esa fidelidad por encima de los triunfos fáciles de la técnica. He ahí la desventaja de Picasso frente á esa multitud jóven, que por imitar las obras de los maestros, aparecen á los ojos del público como hombres razonables, de gran porvenir.

Picasso no ha podido, como es natural, sustraerse del todo á las sugestiones del arte de hoy. También él se inclina á buscar su pintura entre la gente del hampa, en la España triste. Y yo creo que estamos abusando ya de la «España negra» que estamos haciendo ya sin advertirlo pintura «para mercado». París nos exige hoy una España tétrica, «inquisitorial», color ocre, en consonancia con el juicio que tiene de nosotros. O toros y sangre ó miseria y tristeza. Para el francés no hay otra España.

Sin duda, influye también en eso la reacción que nuestros pintores jóvenes sienten contra esa España de abanico, falsificada en las acuarelas de Galofre, en las pinturas de García Ramos, de Agrasot y tantos otros.

Hay otra España sin duda. Dicen nuestros pintores que no es característica. Yo creo que sí. Será más difícil de sorprender, de encontrar; pero existe. Tras de esa Andalucía llena de moños, que «exportamos» al extranjero, hay una Andalucía llena de serenidad, de poesía; de gracia, menos pintoresca, menos luminosa tal vez. Hace años, una noche estrellada, iba yo desde la Línea de Gibraltar á San Bernardo. Iba de mala gana. Aquella Andalucía, gentes famélicas de panitoros y

medio colmillo, que veía yo por primera vez, actuando *de listos y de graciosos en la frontera inglesa, causaban en mí hondo disgusto. ¡Qué decepción! Era la noche diáfana y yo iba á pié. Hasta el camino subía el aroma de los sembrados. Tras de mí marchaban algunos traginantes con sus recuas. Uno de ellos rompió á cantar. Cantaba á la buena de Dios, sin largos jipíos, sin ¡olés!. Hablaba de su huerta de Sevilla, del Guadalquivir, de una mujer. ¡Lo de siempre! Pero en su voz dulce, en la noche estrellada, había un sentir profundo, una poesía verdadera, algo doloroso y alegre á un tiempo. Era la Andalucía que Fernán Caballero adoraba con su optimismo cristiano, la Andalucía que Becquer describió en sus páginas tristemente hermosas.*

Y lo que digo de Andalucía tal vez pudiera decirse de toda España.

Miguel Sarmiento.

DE LA HISTORIA DE CANARIAS

Documentos inéditos

(De la Biblioteca de D. Agustín Millares)

Diario del Bachiller D. Isidoro Romero Ceballos

CONTINUACIÓN

Luego que desembarqué tomé una limonada y como en todo el viaje no había tomado alimento alguno me ví al instante sorprendido de un desmayo y decadencia del que no me ví libre hasta que no tomé una tasa de sustancia y sobre esta no dudo me hubiera sido favorable el refresco que tomé sin tiempo. Hasta las 8 de la mañana tuve que sufrir la molestia de un viento desapasible que con su movimiento levantaba arenas que sofocaban la vista y con su agitación nos incomodaba el sueño y quitaba el reposo. Ya no tanía que esperar en este puesto porque las caballerias habian llegado yá, conque á esta hora me puse en camino acompañado de mi cuñado, de D. Antonio y de D. Miguel Vasquez, habiéndome despedido antes del mandador del barco que se había quedado en tierra para acompañarme toda la noche á quien regalé un macho que compré á el guarda de Jandia en 10 reales.

CASAS DE PECENESCAL

Siguióse el camino por espacio de 3 leguas por la rivera del mar y en parages se estrechaba tanto el mar contra los cerros que con dificultad se podía pasar y de trechos á trechos se encontraban pedazos de camino tan pedregozo que hacian molesto y peligroso el tránsito. Desde aquí hasta unas casillas que llaman de Pecenescal ya no se camina por la orilla del mar sino por unos llanos como caleras; hasta llegar á ellas habrá una legua y se vé á mano izquierda los riscos más escabrosos de dho. Jandía; en estas dhas. casas almorzamos y descansamos un poco para seguir el camino.

Desde estas casas hasta la pared que está en el istmo de tres cuartos de legua de ancho que divide á la isla como en dos peninsulas hay tres leguas largas y todo este espacio que es de arenas blancas en partes movedizas es muy penoso de caminar y esteril como lo es también todo el territorio de Jandía que está al sud y falto de agua y no obstante como no carece de las dos especies de Salados de que gustan tantos los camellos y cabras se vé una prodigiosa porción de estos animales desramados en todos aquellos espacios.

PARED DE JANDÍA

A la referida pared vá á terminar el Jable y también el territorio que llaman Jandia, se encuentra pasada aquella un barranquillo con algunas señales de agua todo poblado de árboles que llaman tarahales que son los más comunes que hay en toda la isla; desde aquí se levanta la tierra en montañas muy altas y hay dos caminos, el uno hácia la derecha por la orilla del mar á la parte de sotavento que vá á dar á Jesegeragüe y el otro á la izquierda dejando las dhas. montañas que á mi me parecieron las más altas de la isla; por la derecha, por este último rumbo caminé por medio de un valle de buenos terrenos el espacio de dos cortas leguas para llegar á una hacienda que llaman de las Huertas propias de mi Sra. Suegra D.ª María de Strada; la una del dia sería cuando llegué y nos apeamos para comer en este Canton.

HACIENDA DE LAS HUERTAS.

Las casas que hay allí son terreras pero con todas las comodidades necesarias. Yo hice juicio después de haber visto mucha parte de la isla, que este cantón tuviese una ermita en que se pudiese oir misa los dias de obligación, es el sitio más cómodo y más apropósito que tiene toda la dha. isla para pasar una vida alegre y con abundancia; tiene 3 remanientes de agua que nace, se ha criado á su beneficio mucha arboleda y el terreno es de tanta bondad que cuanto en él se planta se vé crecer con frondosidad. Además de estas casas hay allí cerca otras de otros vecinos á cuyo conjunto le dan el nombre de Chilegue.

VALLE DEL DURASNO

A las 4 de la tarde volví á seguir el camino costeando á lo largo el mar y el término de Amanayala Izquierda y aquel á distancia de media legua. Este terreno es sumamente áspero y quebrado por el ganado que mantiene con solo salados es el más escelente gusto de toda la isla; para sazonarlo no es necesario echarle sal; dos vallesillos atravesamos á lo ancho para llegar á otro mayor y de muy buen terreno en el que hay unas cuantas casas que llaman del durasno, hasta cuyo sitio desde las mencionadas Huertas hay legua y media. Otra tanta distancia de mejor camino hay desde aquí hasta el lugar de Pájara, á donde llegué serían las nueve de la noche sin haber advertido en todo el camino desde Chilegue sino tal cual remaniente salitroso, mucha abundancia de salados y una estirilidad notable.

Apenas me apeé en derechura á la parroquia á dar gracias á Dios por medio de Ntra. Stra. de Regla que estaba en andas; hecha esta diligencia me encaminé á casa en donde fuí recibido con la distinción y cañiño que se puede discurrir.

LUGAR DE PÁJARA

Está el lugar de Pájara situado en un valle á las márgenes de un barranco cercado de cerros muy bien hechos y de buena perspectiva; su piso es de malpais, menudo y molesto; las calles se componen ya

de casas, ya de paredes de piedra seca que resguardan varios cercados y todo hace una confusa mescla; se abastece este lugar y los animales que hay en él de dos pozos de agua un poco salobre que uno llaman de Ntra. Sra. de la Regla y otro de la Paloma. La parroquia es de 3 naves, algo oscura, con 3 puertas, su torre es baja y cuadrada, la puerta es de obra gótica y así todas estas obras como el pizo de la Igl.ª es de cantería blanca de pila; El barranco de Pájara está muy limpio de piedras y si hay alguna son como tejos que así son todas las que vi en la isla; el terreno de este lugar aunque es de tierra ligera, polvorienta, algo colorada es de una fecundidad maravillosa y no son felices sus naturales porque no han reconocido y han aprovechado este bien. La mayor parte de las casas son bajas y tienen los pajares á el lado de ellas; trillan sus parvas con camellos, vacas y asnos pero con mucha lentitud; observé que el muzgo que crian las piedras de este lugar y aun de toda la isla ó es de color de achote colorado muy subido ó de un amarillo muy caido y no sé si por la fuerza del sol también adverti que todas las mas de las piedras se cuartean.

Lugar de Mesquer

A media legua larga de este lugar al noroeste está otro lugar que llaman Mesquer, viene á estar como en un valle; su situación es deliciosa; tiene agua corriente á cuyo beneficio se ha criado mucha arboleda de frutales y también helechos, huertas, una de las cuales es de la dha. D.ª María de Strada que pudiera dar más provecho de sus dueños si entendieran bien el arte de la Agricultura los naturales y se dedicasen á disipar los endros, hinojos y greñas de costa de cuyas inútiles yerbas abunda aquel territorio; el dia 10 de Julio estuve en este dho. lugar.

Toto es un lugar que está á el E. á media legua de Pájara valle arriba, tiene pocas casas y terreras, hay en él algunas huertas sin riego pero es el barranco de agua tan abundante de agua por debajo de la tierra que á poco mas de una vara que se cabe se dá con ella; en este lugar tenia un cortijo la dha. D.ª María y estuve en él el dia 14 de dho. mes de Julio, sus vecinos no tienen ermita y por esta causa tienen que venir á misa á Pájara.

El dia 16 á las 10 de la mañana me puse en camino para la ermita de Ntra. Sra. de la Peña y á el sitio donde apareció; para hacer este viaje desde Pájara es menester ir á Toto, desde este lugar se tuerce á izquierda y se camina por un valle como un cuarto de legua hasta confrontarse con unas cumbres que tienen de subida otro cuarto de legua; no es ponderable el calor que se esperimenta interin no se logra arribar á el filo de ellas, pero se logra la recompensa de un fresco admirable en aquella altura que hace olvidar la fatiga pasada, y la vista tiene igualmente la complacencia de descubrir desde allí un pedazo muy considerable de la isla y todo el gran valle del Rio de Palonas y la villa capital de Bethencourt; hay unas casillas en esta elevación que los naturales llaman de los Magos compuestas de piedras sobre piedras en seco pero no se consideran sin admiración como aquellos antiguos gentiles pudieron montarlas unas sobre otras sin el conocimiento de mas máquina que la maña y sus desmedidas fuerzas que es preciso considerarles.

Para bajar á dicho valle hay dos caminos el que está á la izquier-

da que es el más quebrado y pedregoso y llaman la Cuesta de los Granadillos, va á dar á el sitio donde apareció Ntra. Sra. de la Peña y la derecha que llaman de los Castillos se allana en donde está hoy la ermita de Ntra. Sra.; en ambas es muy común la avena y el jorjado, pero con especialidad se cria en ellas con abundancia una especie de cardos de alcachofas que llaman blancos. A la mitad de la bajada de esta última cuesta se halla una fuente de agua muy cristalina y dulce que por no estar cuidada está casi confundida entre los matorrales. La Igle. de Ntra. Sra. de la Peña está en un llano del valle enfrente de la embocadura de la cañada que corre hasta la villa con algunas casas á el lado, es de una nave con su arco en la capilla de cantería blanca, tiene dos puertas de buena sillería de el mismo color que el dho. arco. El retablo es nuevo y bien dorado; una vidriera tiene por delante la Sta. que parece es de piedra de mármol pero aseguró el Sr. cura de Pájara que cuando la entran en agua para que ésta sirva á las necesidades, se ha observado como que se desfluta y detrimenta, sin poderse alcanzar que materia es la que se compone esta prodigiosa imágen. A un tiro de piedra de la ermita y á la orilla de un barranco está un pozo de agua algo salobre pero medicinal por la fé con que se bebe.

Fuente de agua venenosa.

Dho. barranco llevaría una azada de agua salobre con la cual se riegan cuantas huertas hay barranco abajo en todo el dho. río de Palmas, una de estas era de dha. D.ª María de Strada. A un cuarto de legua de la referida Igle. de Ntra. Sra., á el N. en dho. valle está una ermita dedicada á el Sor. Sn. Sebastián. Me precisa advertir que al bajar pa. Joto las cumbres que he dho. por la cuesta de los Castillos, se encuentra una fuente cuya agua aseguró un natural tenía mucha malignidad pa. la salud y aun pa. causar la muerte.

Sitio donde apareció Ntra. de la Peña.

Como á una milla de la referida ermita del Sr. Sn. Sebastián hacia el N. valle abajo, se estrechan dos montañas á la distancia de medio tiro de piedra que si no son admirables por su elevación, lo son por ser peñas lisas, cernes y sin la menor mezcla de piedra en su superficie sino es algun polvo que arroja sobre ellas el viento. El color de ellas es aplomado, esta circunstancia con la de ser escarpadas y llenas de desfiladeros y precipicios da á la imaginación una idea horrorosa de su perspectiva pero á el contrario la vista (no sé por qué secreto) se complace mucho de registrarla y con dificultad se encontrará en Fuerteventura otro lugar de más alegre cielo ni que tanto ensanche el corazón.

El barranco y canalizo que hay entre las mencionadas montañas es de la misma piedra viva y no se ofrece poca dificultad el bajar á él y ver el pié del beato Torcas que es tradición en toda la isla dejó estampado casi á el fin del banco de piedra que sirve de lecho á un pedazo de dho. canalizo. Yo tuve la curiosidad de pasar á verlo y no me quedó duda de que era la huella de un pié natural. La mancha es como de sudor ó aceite y cuando mojan la piedra se persive con mas claridad su faccion porque se oscurece.

La ladera de la peña izquierda no se puede atravesar sin una casi cierta evidencia de despeñarse el que se pusiese á esta prueba, pero por la derecha (esto se entiende caminando barranco abajo) se puede hacer á pié al camino por una especie de vereda que sin embargo de lo lizo y pendiente de la peña, ha hecho la devolución de argamaza pa. poder penetrar á el sitio donde apareció Ntra. Sra. de la Peña. Esta es una especie de casita dentro de la cual hay un ninchito que forma la misma cantera del risco sin estar desprendido de él de suete que la peña dentro de la cual apareció dha. soberana reina es todo el conjunto de la dha. montaña de la derecha medio á medio de la cual se desentrañó este portento y es tan dura que es menester golpe de hierro pa. romper algunos pedazos de ella. No tiene más adorno la dha. casita que 3 cuadros uno de los cuales manifiesta la aparición de dha. Sra. y la puerta la habia descompuesto algún curioso inconsiderado. Un poco más abajo en la misma ladera está una cueva que llaman de Sta. Lucia en un parage escarpado y para entrar en ella es preciso pasar un puente de argamaza que está amenazando ruina; se dice que en el fondo del barranco que queda perpendicular debajo de ella está el charco donde cayó el sombrero del dho. P. Torcas y es muy difícil de conocer porque las avenidas del barranco que lleva siempre agua lo han cegado enteramente. Todas estas observaciones las hice á pié pues las cabalgaduras no pueden pasar de la entrada de las peñas; allí fué preciso volverlas á tomar y por la cuesta de los Granidillos me encaminé á Pájara habiendo hecho el computo y juicio que de este lugar á la dha. ermita donde está la Sra. habrá la distancia de una gran legua y cuarto siendo la mayor parte de buen camino.

Lugar de Tineje

El dia 17 fui á Tineje; este lugar dista más de una legua larga de Pájara á el Sudoeste; todo lo más del camino se hace por un valle subiendo en llano hasta llegar á una degollada desde donde se descubre un gran llano ó caldera en medio del que está situado este lugar; pa. llegar á él es menester bajar una gran cuesta y caminar en lo llano un espacio trabajoso de barranco lidiando con piedras. Mejor vista tiene Tineje de lejos que de cerca; sus casas todas las mas son terreras, pobres y no en muy buena colocación. La esmita del Sor. Sn. Miguel está muy aseada; tienen mucha devoción con este Santo Arcangel y á su intercesión deben muchos beneficios de la mano poderosa los de este lugar. Hay á el lado de este lugar una motaña suelta, redonda y puntiaguda como un pilón de azucar, que ha sido testigo de dos particulares: en lo llano de sus faldas les dió el omnipotente Dios victoria completa por dos ocasiones contra otros tantos escuadrones de Ingleses que fueron victimas de las manos majoreras; en la última acción de 80 no quedó uno con vida. Capitaneábalos el Coronel Dn. José Sánchez y el glorioso Sn. Miguel á quien los hereges habian quitado un brazo y los dedos cuando saquearon la ermita, fué restituido á ella y se esperimentó el portento de que se quedó el brazo adherido á el cuerpo sin más diligencia que habérselo aplicado á el sitio que le pertenecia. Asi me lo contaron allí. El terreno de este lugar es de tierra polvorienta, mezclada con guijarros de cal que hace el piso muy molesto, pero el suelo es fértil en estremo. El mismo dia me restituí á Pájara.

Cortijo de Adeje

El dia 20 pasé á el pago de Adeje que está á una milla del lugar de Sn. José (alias Tesejaraque) hice este camino hacia el Sudeste; por más de media legua se camina á lo largo de un valle, súbese luego una cuesta, atraviésase otro valle á lo ancho y desde una degollada á que le lleva al pasagero el camino se descubren las casas del Cortijo que era de la mencionada D.ª María de Strada y se llama de los Corrales, el que con otro que está á él contiguo comprenden el dho. canton de Adeje, hasta el cual desde Fasara habrá la distancia de una gran legua.

El dia 26 fuí á el puerto de la Peña con el motivo de acompañar un amigo que se iba á embarcar en él para ir á Tenerife; hácese este camino por Mesguer desde donde se sigue barranco abajo directamente á el N. como media legua, tuerce aquí á el O. por el curso del barranco de la Peña que se le une aquí y sigue este rumbo lo fuerza á ello. Ambos van directamente caminando el espacio de media legua hasta desembocar en el mar á quien tributan un buen torrente cuando no la cortan pa. regar diversas huertas que hay á las faldas de dos cadenas de montañas estériles que resguardan los costados de dho. barranco hasta el mar, el cual está todo poblado desde Mesquer de muchísimos tarahales que hacen el tránsito muy divertido. Antes de llegar á el puerto un cuarto de lugar se deja el barranco á la izquierda y se concluye el camino por un terreno bajo pero molesto porque está cortado por muchas barranqueras.

Puerto de la Peña

El puerto de la Peña está en la costa setemtrional de Fuerteventura por cuya razón es allí tan brava la mar que casi todas las riveras están cortadas y tajadas al impulso y combate de sus olas cuyo inquieto movimiento ha hecho con su continuo batir cuevas y cavernas muy espantosas. Si acaso se advierte en este puerto alguna tranquilidad es en la estación del verano y aun entonces parece temeraria cualquiera resolución que se tome de dar allí fondo pues cualesquiera temporal del norte ó noroeste que sorprenda á cualesquiera barco anclado en este sitio no le queda más recurso que el de estrellarse contra la rivera. El acceso á esta no es menos peligroso por muchas piedras y rocas entre las cuales tiene que caminar la lancha para ir á bordo. Una alta roca en arco piramidal cuyo pié baña el mar en las altas mareas, se vé allí; la llaman la Peña horadada y parece que de ella toma el nombre el puerto.

Trocar la noche en día

Artículos de otros

Llevábamos ya un buen rato de paseo. Atrás había quedado la ciudad con sus ruidos, con su febril actividad. En derredor nuestro se dilataba la vega, tranquila, espléndida, sonriente. A lo lejos se divisaba, erguido sobre una pintoresca colina, el castillo que íbamos á visitar. El sol iba acercándose al ocaso y las esbeltas torres, las almenas, los contornos todos del soberbio edificio destacaban su silueta sombría sobre el azul del firmamento.

El castillo, construído en la época de las invasiones de los normandos, había sido restaurado por su dueño actual con tal gusto é inteligencia como pudiera haber salido de las manos de los mejores arquitectos de Alfredo el Grande. Pero su estilo y su imponente aspecto exterior no eran nada—decía mi amigo Mr. Hasting—comparados con las maravillas que dentro encerraba y que yo tenía tanta curiosidad de ver.

Cuando llegamos al pié del puente levadizo que da acceso á la entrada principal, ya había anochecido, pero el castellano, que ya contaba con nuestra visita, nos esperaba á la puerta.

Saludos y presentaciones fueron breves: penetramos en el «hall» ó gran portal, sentí el rechinar de la puerta que se cerraba tras nosotros y quedamos sumidos en la oscuridad más completa.

Confieso que mi primera impresión no fué agradable é iba ya á hacer una pregunta acaso indiscreta, cuando una claridad, que no pude precisar de dónde venía, se extendió por toda la estancia. Era una luz difusa, débil, suave, como la del amanecer de un día de primavera; poco á poco se fué haciendo más intensa hasta parecer la luz natural de pleno día.

Miré á mi alrededor, á lo alto, á todas partes, y no ví los lámparas de donde aquella luz procedía. Júzguese de mi sorpresa.

Las ventanas estaban cerradas; pero el mismo efecto hubiera resultado estando abiertas, pues afuera la noche oscura tenía ya envuelto en tinieblas el espacio.

¿De dónde, pues, venía aquella luz, blanca como la natural del sol, sin asomo de ninguno de los matices particulares que todas las luces artificiales tienen?

Pero aún fué mayor mi perplejidad y admiración cuando, al irme haciendo cargo de las cosas, apreciéque en todo aquel recinto en realidad no había sombras. Parecía como si la luz nos envolviera por todas partes, ó cual si todos los objetos que nos rodeaban, muebles, armaduras, suelo y techo, muros y adornos, tuvieran luz propia y la emanase cada uno, dulce, suave, como la difusa que reciben del sol, y conservando todos dichos objetos sus colores y matices naturales. El efecto era maravilloso é indescriptible.

El dueño de aquel palacio, verdaderamente encantado, gozó un momento de nuestro asombro, y en seguida, antes de que yo tuviera tiempo de preguntarle nada, nos dijo:

—Adelante, señores. No vamos á quedarnos en el portal.

Le seguimos sin chistar, calculando yo que aún nos quedarían que ver otras muchas cosas y que habría tiempo de pedirle la explicación de todo.

Traspusimos una puerta que parecía dar acceso á una galería. Un pesado cortinaje cayó á nuestra espalda y otra vez volvimos á quedarnos en la oscuridad más completa.

Pero no fué más que un instante. El castellano tocó una llave é inmediatamente una brillante lámpara eléctrica, de las ordinarias de incandescencia, iluminó la galería.

Pero ¿habréis apreciado el efecto que se produce en el oído cuando en un concierto se da una nota discordante? Pues totalmente análogo fué el que experimenté en la vista á la impresión de la luz amarillo-rojiza del foco eléctrico por contraste con la suavísima y blanca que antes había percibido.

El dueño del castillo notó el efecto y se sonrió, pero se limitó á decirme:

—Esto no es más que un corredor que nos conduce á la capilla La iluminación de ésta espero que les gustará á ustedes.

Pocos pasos más y dimos, efectivamente, con una de las entradas del templo, oscura, negra á la sazón, como la boca de una cueva.

—Avancen sin miedo, que daré luz inmediatamente.

Obedecimos y... ciertamente No había contemplado en mi vida espectáculo semejante.

Tenía ante mi vista un templo románico, propio de la época á que pertenecía el castillo. La nave central era ámplia y magestuosa (á pesar de no ser de grandes dimensiones) y las dos naves laterales proporcionadas. Los machones estaban revestidos de columnas muy esbeltas, con basas y capiteles llenos de trabajos escultóricos.

En este templo no se veían lámparas, ni candelabros ni velas por ninguna parte; ni cera, ni aceite, ni gas, ni bombillas eléctricas; no había, en fin, luces, sino una luz que lo llenaba todo; una luz que marcaba las vistosas arcaturas, las columnas, las dovelas y los ricos adornos decorativos esparcidos por las archivoltas, los canecillos y todas las porciones de la obra arquitectónica, que, además, parecía estar en la misma atmósfera del templo, dando al interior un aspecto fantástico y grandioso y muy apropiado al sagrado recinto.

Yo miraba á todas partes, absorto y maravillado; no tenía más que ojos para ver y me faltaba el habla para preguntar.

No sé el tiempo que duraría mi arrobamiento, hasta que me sacó de él mi amigo Hastings, cogiéndome por un brazo y diciéndome:

—¡Vaya! Basta de capilla. Vamos arriba, al salón, donde sir Henry Stour le enterará á usted de todo.

No sé cómo ni por dónde (tan abstraído estaba) llegamos á una magnífica estancia y me encontré arrellanado en un cómodo asiento á la vera de Mr. Hastings y ante una mesita de roble. Sir Henry Stour, en pié, escanciaba en grandes vasos cónicos un líquido dorado, que luego supe era vino de Canarias. A todo esto, por el salón se esparcía también aquella luz blanca, clara, suave, ambiente, que me hacía dudar si era de noche ó de día.

*
* *

—Con que vamos á ver—me dijo por fin el amable castellano,—¿qué le parece á usted mi sistema de alumbrado?

—Me parece tan maravilloso que no vuelvo de mi asombro. No puedo explicarme en qué consiste. Veo que esta luz no proviene de mecheros de gas ni de focos eléctricos. Pensé, en un principio, si techos, muros y objetos estarían barnizados de alguna materia fosforescente ó de alguna de las sustancias que por la acción de los rayos X relucen; pero en seguida rechacé la idea, pues, en ambos casos, la luz

producida no tiene comparación con esta, ni en intensidad ni en blancura... ¡Si parece que ha aprisionado usted la luz del sol dentro de cada habitación! ¡Si esto es trocar la noche en día!

—Eso me dicen todos.

—¿Pero cómo consigue usted este prodigio?

—De un modo muy sencillo: ¿no se canaliza el gas y el agua? Pues yo canalizo la luz.

—¡Canalizar la luz!

—Sí, señor: yo transformo las radiaciones eléctricas en radiaciones luminosas, y una vez obtenidas éstas, las conduzco por tubos á donde me place. En el portal, por todos los ángulos que forman el techo y las paredes; en la capilla, siguiendo todos los detalles de la obra arquitectónica: aquí, fije e usted, perfilando las ventanas y los medallones del techo; y como los tubos son perfectamente trasparentes, la luz brillantísima que por ellos circula se esparce por las habitaciones, iluminándolas.. usted lo ha dicho... como en pleno día.

—Pero esa explicación es todavía más asombrosa que el hecho mismo. ¡Tubos que conducen luz como las cañerías el gas ó el agua! Nunca he oído cosa semejante, ni aun llego á concebirla.

—¡Oh! Sí, señor—repicó sir Henry Stour.—y usted conoce perfectamente los precedentes. ¿No recuerda usted los tubos de Geisler, en donde, enrareciendo el aire y haciendo llegar á sus extremos los polos de una batería eléctrica, se obtiene una luz que llena todo el tubo?

—Verdad pero esa es una luz muy ténue.

Ciertamente; pero una luz fría, quiero decir una luz en que no hay pérdida de energía bajo la forma de calor, y además una luz suave, que llena todo el tubo, como si fuera un gas luminoso. Pues bien, el físico inglés sir William Crookes determinó después el grado mejor que debía darse á los tubos de Geisler para que la luz fría fuese más brillante. Posteriormente el profesor Tesla, estudiando el mismo asunto, ideó un aparato eléctrico con el cual obtenía una corriente, llamada oscilatoria, de altísima tensión y conseguía dentro de los tubos vacíos una luz originada por ondas electro-estáticas, con matiz azul intenso, pero que al mismo tiempo producía tal cantidad de calor que era capaz de poner incandescente un trozo de metal colocado dentro del tubo ó la bomba de cristal donde la luz se producía. De esta manera la lámpara-sol de Tesla, además de ser muy peligrosa y de mucho coste, era prácticamente inferior á las ordinarias de incandescencia ó de arco voltaico.

—Verdad.

—Bien: pues suponga usted que, en vez de usar las tremendas corrientes oscilatorias de Tesla, usamos una corriente comercial ordinaria de 110 voltios de las que suministra la estación central de Canturbery para el alumbrado eléctrico; que trasformamos esta corriente contínua en una alternativa de gran tensión. pero muchísimo menor que la que empleaba Tesla; y conciba usted, por fin, que, en vez de conducir esta corriente alternativa por alambres, la hago abocar á tubos de cristal semejantes á los de una cañería de agua, y en los que haya hecho el vacío relativo por el método de Crookes, ¿qué sucederá? Pues que esos tubos se llenarán de luz, en la que se trasforma toda la energía eléctrica, sin pérdida ninguna bajo la forma de calor. Luz, por lo tanto, fría, blanca, suave, como la está usted viendo.

Prescindo ahora de los detalles del trasformador y de la preparación de los tubos, básteme decir que los tubos trasparentes por donde este flujo de luz circula pueden tener longitudes enormes y diámetros variables, desde dos ó tres líneas á dos pulgadas, de modo que, como los de gas, los puedo llevar por todo el edificio, siguiendo los ángulos, bordando los adornos, perfilando las aristas, y obtener así esos maravillosos efectos que usted ha observado, especialmente en la capilla.

—¡Magnífico! ¡Sublime!—exclamé sin poderme contener.—Pero,dígame, y si los tubos de cristal por donde la luz circula se rompen,¿quésucede?

—Pues que nos quedamos á oscuras, como cuando hay una interrupción ó avería eléctrica, pero sin peligro alguno, y los tubos pueden ser recompuestos con gran rapidez

—¿Y es muy caro este sistema de alumbrado?

—La instalación puede ser muy costosa ó muy barata, segun sus proporciones, pero el gasto es un 25 por 100 menor que el de las lámparas ordinarias de incandescencia.

—¿Y es usted el inventor de este método prodigioso de obtener luz tan parecido á la natural?

—¡Ah! ¡No, señor! El inventor es un amigo mio, Mr. Macfarland Moore, de Filadelfia. Lo ví instalado un año hace en su laboratorio, é inmediatamente lo he adoptado, para mi castillo en Kent, y ya ve usted el resultado

—Pues aseguro que en cuanto se propague no habrá otro sistema en todos los sitios en que se pueda instalar

—Recorrimos después otros departamentos del castillo, y puedo decir que quedé cada vez más admirado, especialmente cuando ví la plaza de armas iluminada como en pleno día, mientras desde lo alto de los muros almenados notábamos que á la parte de afuera la noche negra se extendía por las campañas de Kent, el jardín de Inglaterra, y á lo lejos rugia, invisible, el mar, que se estrellaba contra las costas de Sandgate y de Hythe.

Vicente Vera

REVISTAS DE REVISTAS

Los hombres de mañana

DE LA REVISTA *La Escuela Moderna*

Interesante y oportuno es el siguiente artículo que publica Gerardo Rodriguez García, en «La Escuela Moderna.»

¿Verdaderamente, no son los niños otra cosa que eso, los hombres de mañana? La mirada demasiado fija en el hombre futuro nos hace, á veces, olvidar al niño presente. En las generaciones infantiles vemos los futuros defensores de la Patria, los futuros ciudadanos. muchas cosas futuras. La perspectiva fria y dura de lo porvenir, presentándosenos con intensidad alucinatoria, nos hace frecuentemente ciegos para lo presente que palpita y trabaja y sonrie ante nosotros.

Nos inclinamos á no apreciar toda una edad de la vida sino como un medio para llegar á otra; y cuando, movidos por nuestra preocupación, empujamos violentamente, casi sin mirarla, la generación jóven hacia el fin, lejano aún para ella, nuestras manos toscas la deforman, le rompen los resortes, la privan de aquella flexibilidad que necesitar á luego para adaptarse á condiciones nuevas, y de aquella elasticidad con que habria de recobrar frente á las fuerzas que más tarde han de oponérsele.

La generación que nace y crece ante nosotros es factor que se integra con la generación que actualmente rige,gobierna, trabaja y lleva sobre sus hombros el peso enorme de la organización social, para constituir y mantener vivo y en marcha un pueblo. Por eso la educación es una de las funciones públicas, y está al lado de la función jurídica que protege al niño y al jóven, y el Estado no puede desentenderse de aquélla, como no puede desentenderse de ésta.

El niño y el jóven no valen sólo como elementos de una sociedad futura: son partes de la sociedad actual que obran sobre el conjunto por los sentimientos que mantienen vivos, por lo que sugieren, por la ilusión misma que nos producen, de lo porvenir anticipándose hecho carne, de lo presente durando más allá del dia de hoy; por la esperanza que sostienen en nosotros de que nuestra obra será continuada.

Compárese el tesoro de idealidad sana, de solidaridad, de amor, de robustez social que se revelan en la solicitud con que algunos

pueblos cultivan la generación en que se sienten perpetuados y engrandecidos: compáreselo con el desdeñoso olvido, con el abandono frío cercano á la crueldad que otros pueblos reservan para la generación á que legarán amarga herencia. Las diferencias que en esto hallamos no son sólo anuncios de porvenir histórico, son signos naturales de estados presentes, índices que marcan el grado de energía y desarrollo de la conciencia humana en cada uno de esos pueblos.

Lo que nos impulsa á convertir rápidamente á los parvulillos en niños, á los jóvenes en hombres, no es sólo la necesidad de que cuanto antes se hallen nuestros hijos en disposición de vivir sin necesitar apoyo ajeno: nos impulsa también á ello la falsa idea que tenemos del valor de los primeros años de la vida. Un concepto utilitario, bárbaramente utilitario, nos inclina á no ver en ellos más que «los hombres de mañana», á estimar en ellos sobre todo lo que serán, muy poco lo que son ya.

En nuestro apresuramiento por llegar al fin, no sólo obramos pensando exclusivamente en él, sino que procuramos sugerir al pequeñuelo nuestra preocupación. Querríamos verle olvidado por completo de sí mismo y entregado en brazos *del otro:* de aquello que él habrá de ser más tarde. Por fortuna, nuestros intentos son vanos: tras la pequeña depresión que nuestros sermones le producen, una ráfaga de vida hace vibrar sus nervios y le lleva lejos de nosotros, huyendo, saltando alegre, á *su trabajo:* sus investigaciones pacienzudas, sus luchas, sus problemas, sus pensamientos de flexibilidad inaccesible á nuestros cerebros medio petrificados ya.

Hay en la mirada, en la expresión interrogadora, en el gesto cambiante de un niño cierta indicación de algo impenetrable por nosotros. Sus palabras no nos dicen bien su pensamiento, porque las palabras están hechas por los hombres y para los hombres. Medir su función mental con la misma medida que la nuestra es imposible: no son sólo distintas las dos; son, en varios aspectos, de naturaleza diferente. Por eso es tan ridículo el tono, tan ridícula la actitud del hombre que usa aires de superioridad intelectual en el trato con los niños, é indica cierta ruindad pequeña el placer que algunos hallan en engañarlos, en abusar de su sencillez y burlarse de su torpeza.

Tendréis una medida muy justa del valor de un hombre, observándole en sus relaciones con los niños.

Una infancia y una adolescencia alegres, sanas, sin preocupaciones de lejanías vagas y dudosas, llenas de actividad estimulada sin motivos artificiosos y dirigida por una pedagogía natural, son el mejor fondo para el cuadro animado de una vida de gran laborador, de gran ciudadano. Una infancia y una adolescencia cohibidas por la presión constante de lo desconocido, de lo que no tiene un interés próximo, por un trabajo agobiante y no comprendido, matan las iniciativas, acortan los alientos son principio digno de una vida que ha de desenvolverse á remolque: la triste vida de la juventud que nuestras ideas pedagógicas y nuestros sistemas de educación producen actualmente; una infancia y una adolescencia penosas, terminadas por una decepción.

Terminadas por una decepción, porque el ideal que se le sugiere al niño como asequible cuando sea hombre, lo hallará él, á la hora del choque con la realidad, muy diferente de como lo había concebido. Y si lo viese realizado, sentiríase privado del gran placer de

descubrir la vida, que cada dia nos da fuerzas para la lucha del dia siguiente.

La educación sería más eficaz si pensase menos en el hombre y se dirigiese más al niño: mirando menos fijamente á lo porvenir, lo prepararía mejor.

Lucha contra la inmoralidad

DE LA REVISTA *Nuestro tiempo*

Edmundo González-Blanco, que hace tres ó cuatro años conocimos aquí en Las Palmas, viviendo en el cuartel de San Francisco y que ha adquirido en poco tiempo reputación de profundo escritor y filósofo, ha publicado en Nuestro Tiempo, *un notabilísimo artículo titulado «Crónica científico filosófica: Medios de luchar con la inmoralidad sexual» del que tomamos los párrafos siguientes:*

Lo que un esfuerzo de voluntad hace con la enfermedad, y una decisión enérgica con la derrota amenazadora, eso puede hacer en nosotros, con alguna semejanza, la energía interior, la voluntad libre, impulsándonos á triunfar de nuestras dolencias morales, manteniéndonos firmes en las luchas de la vida y haciéndonos fuertes para reñir el *buen combate* de la virtud. Smiles admite esta doctrina como un postulado innegable, y en favor de su parecer aduce las siguientes frases de un pensador á la vez gran sabio y gran santo: «Cualquier cosa que deseáis, eso sois; pues tal es la fuerza de nuestra voluntad, unida á la divina, que cualquier cosa que deseamos ser seriamente y con verdadera intención, eso llegamos á ser. Nadie que desee ardientemente ser sumiso, paciente, modesto ó liberal, deja de llegar á ser lo que desea». Lo que en nosotros se convierte más fácilmente en hábito, es la voluntad. Sabed, pues, querer enérgicamente; fijad en un punto vuestra flotante mirada y no la dejéis moverse á cualquier soplo, como la brizna de la hierba seca». «Estás—reproduzco un párrafo de una carta de Buxton dirigida á su hijo—en ese período de la vida en que debes girar á la izquierda ó á la derecha. Ahora debes dar pruebas de principios, determinación y vigor de espíritu, ó tendrás que hundirte en el vicio y adquirir los hábitos y el carácter de una persona ineficaz.» A lo que añade Smiles: «La voluntad, sin tener en cuenta su dirección, es meramente constancia, perseverancia, firmeza; por eso todas sus cosas dependen de la tendencia de sus verdaderos móviles. Dirigida hacia el goce de los sentidos, la voluntad firme es un demonio, y la inteligencia su envilecida esclava; dirigida hacia el bien, la voluntad firme es un rey, y la inteligencia el ministro de la felicidad del hombre.»

Si todos los hombres se agrupasen en familias legales y santificadas por la religión, no podemos dudar que existiría una poderosa y quizá universal corriente de moralidad y de salud que acabaría casi en absoluto con la prostitución á la vuelta de cuatro ó cinco genera-

ciones, que llegarían á convencerse de que la práctica de la prostitución es el único gérmen social de los demás vicios. Spurzheim decia que si cada hombre fuese bastante razonable para seguir en esta parte las leyes de la naturaleza hasta el punto de sacrificar los goces del amor propio en beneficio de la posteridad, sería posible perfeccionar más de lo que se piensa, no sólo las familias, sino las naciones enteras, respecto á la salud, la inteligencia y los sentimientos. Por otra parte, la psicología fisiológica prueba que, desde el punto de vista individual, ese deber doméstico, más que un deber, es un poder, y un poder autónomo. La fecundidad interior, la fertilidad interior, constituyen y representan en el mundo social el principio de la influencia honesta, seria, sobria que los espíritus sanos pueden ejercer en la vida y en la conducta de sus semejantes. Según la psicología fisiológica, la acción exterior no es nada sin la *reacción* del sugeto, reacción que en las tres cuartas partes de los casos es contraria á aquel estímulo natural. Y, aun concediendo en otros casos la existencia de su reciprocidad concomitante. lo que llamamos alma no pierde nada de su grandeza ni de su poder potencial; tan elevada es ella, que, como decía un Padre de la Iglesia, podrá el pecado obscurecerla y afearla, más jamás borrarla y destruirla.

Estas doctrinas de la psicología fisiológica han sido presentidas de una manera grosera, pero curiosa, en algunas concepciones dogmáticas de la antigüedad. Entre los indios, las enfermedades se consideraban como señales de culpas cometidas en otra vida precedente. El libro XI de las *Leyes de Manú* declara que «el que padece uñeros fué ladrón, el que tiene los dientes negros fué borracho. el tísico homicida; al que le huele mal la boca, la fetidez le declara calumniador.» Un literato contemporáneo, en cierto drama simbólico, se hace eco de ideas muy parecidas al poner en boca de su protagonista las siguientes frases: «El primer dia de la creación no eran los hombres deformes; pero aquella belleza primitiva se extinguió: hoy son monstruosos, son ridículos, ¡son feos! ¿Sabéis en qué consiste? Yo os lo explicaré. ¡Es el alma! Figuráos un muñeco de cartón, que para que esté derecho le ponen un eje de acero. Mientras está derecho el eje, el muñeco, á pesar de lo despreciable de la materia que lo forma, está derecho, esbelto, casi gallardo. Pero se tuerce el eje, y el cartón con él; con el eje se tuerce y se arruga y se abolla. ¡Pues el eje del cuerpo humano es el alma! ¡Ay si el alma se tuerce! ¡Las manchas, las miserias, las arrugas, las torceduras del cuerpo son manchas, miserias, arrugas, torceduras del alma! ¡Ah muñeco encartonado, que antes de abollarte por fuera te habías abollado por dentro!»

Miscelánea científica

Extinción de incendios

Uno de los mejores agentes para extinguir los incendios, y probablemente el mejor, es el agua de amoniaco sin ninguna otra mezcla.

En un caso, se había declarado la combustión espontánea de un montón de varias toneladas de semilla de algodón, bajo el cual se había dejado una buena cantidad de carbón, y medio galón de amoniaco fué suficiente para apagar el fuego inmediatamente.

El Telegrafono

En un número reciente del *Magasine of Commerce* se describe el «maravilloso telegrafono», invento notable por medio del cual se pueden anotar, reproducir y borrar automáticamente despachos telefónicos y hasta la conversación directa.

El principio en que está basado el mecanismo depende esencialmente de los cambios magnéticos efectuados en un medio registrador, que funciona por efecto de las vibraciones del sonido al pasar por un campo magnético.

Con el nuevo sistema, producido magnéticamente, la anotación es invisible. Para efectuar el trabajo sólo se precisa la corriente necesaria para alimentar una lámpara eléctrica ordinaria.

Gracias al nuevo invento, pueden recibirse mensajes telefónicos estando ausente la persona á quien se dirigen, porque el aparato espera automáticamente el regreso del aludido.

El telegrafono, usado para la conversación directa, excluye los servicios de los taquígrafos.

Dícese que reproduce con gran nitidez discursos pronunciados á razón de 400 palabras por minuto. De esta suerte, cualquiera puede dictar su correspondencia á solas, y con los espacios de tiempo que tenga á bien tomarse.

Cuando se vulgarice el uso del nuevo registrador serán inútiles los taquígrafos y los escribientes, porque se podrán enviar, por correo mensajes dictados, y cualquier aparato los reproducirá en alta voz.

Personas de tanta autoridad como Kelvin, Marconi, Sylvanus Thompson, Tesla y Preece, han elogiado el invento.

Cada instrumento costará probablemente pesetas 1.250; pero también se dejarán en alquiler por 50 duros al año.

A NUESTROS LECTORES

La revista El Museo Canario, *introducirá desde el próximo número algunas reformas que seguramente verán con agrado nuestros lectores. Aumentará el número de páginas y de secciones y publicará interesantes grabados de actualidad.*

Entre los notables artículos que tenemos preparados para empezar á publicar desde el número próximo figuran los siguientes:

Historia de la sociedad el Museo Canario, *por D. Amaranto Martínez de Escobar.*

Una obra nueva, aún sin título de los hermanos Don Luis y D. Agustin Millares.

Careo entre primos, *cuento de D Felipe de la Nuez.*

El teatro: crítica de las principales obras dramáticas, nacionales y extranjeras, est enadas en la presente temporada, *con grabados.*

Las maravillas del radium, *artículo científico escrito para el* Museo, *con grabados.*

C. 1572

El Museo Canario

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En las Islas Ganarias, un mes. .	1	Pta.
Id. Id. un año . .	10	»
En la Península española, Islas Baleares y posesiones españolas, un semestre	7	»
Id. Id. un año. .	14	»
En el Extranjero, un año	20	»

AÑO X—NÚM. 188 TOMO XVI—CUAD. 4.º

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE

ESTABLECIDA EN LAS PALMAS

PARA EL ADELANTO DE LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LAS ARTES

Director: ARTURO SARMIENTO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CALLE DE TRAVIESO NÚM. 27

LAS PALMAS

Abril de 1905

Sumario de este número

El Museo Canario: Su Historia I, por el Lcdo. D. Amaranto Martínez de Escobar.

Problemas del día. El mejoramiento de las viviendas obreras.

Careo de primos, cuento, por D. Felipe de la Nuez.

Artículos científicos. Maravillas del radium.

Literatura dramática. Obras estrenadas en la temporada de 1904-5 —

I: El teatro catalán:

Santiago Rusiñol:

Ignasio Iglesias

Pompeyo Crehuet.

Otros autores, por Miguel Sarmiento.

Lo que valgo, poesía por D. Amaranto Martinez de Escobar.

Nova Pazzia, por Angel Guerra.

Nuestros poetas del tiempo viejo:

Las Canarias, por Cairasco

La Montaña de Doramas, por el mismo.

De la Historia de Canarias. Diario del Bachiller D. Isidoro Romero Ceballos. (Continuación.)

Guanches y griegos. Sus juegos nacionales, por D. Antonio M.ª Manrique.

De Agricultura. El Instituto agrícola internacional.

Traducciones. Los recursos de Europa según Lombroso.

Revista de Revistas:

El obrero en Alemania.

La tolerancia en la enseñanza.

Miscelánea científica.

Libros.

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

órgano de la Sociedad del mismo nombre

Director: ARTURO SARMIENTO

ABRIL 1905 — AÑO X.—N.º 188

El Museo Canario

SU HISTORIA

I

Ya quedan pocos de los iniciadores de esa patriótica Sociedad, que tan alto ha puesto el prestigio de nuestras islas, en el mundo de la ciencia; y de esos pocos que aún quedan, y que con razón se envanecen de haber conseguido, como incansables obreros, levantar ese gran templo llamado *Museo Canario*, que tanto nos honra y enaltece, correspóndele por suerte, tal vez por desgracia, al más humilde de todos, escribir la historia de esa benemérita asociación que ha venido, hace más de 25 años, trabajando sin descanso y reuniendo materiales para que

los sabios vengan á descifrar enigmas insolubles aún, acerca de una raza extinguida, cuyo origen misterioso no ha sido posible determinar.

Y he dicho, por desgracia, por que en la avanzada edad del que esto escribe, y á causa de su quebrantada salud, parece que se ha ido apagando su memoria con el laborioso ejercicio de esta facultad y las contrariedades de la vida; y habrá de sufrir omisiones y cometer faltas, que solamente pudieran subsanar algunos de los que aún viven, y fueron creadores, verdaderos progenitores del Museo, que aportaron los primeros elementos para la formación de la gran obra; pero desgraciadamente los que más pudieran ampararnos con reminiscencias del pasado, se ha lan lejos de estas islas, y no es fácil cambiar impresiones, recordando hechos que ya distan bastante del presente. Por otra parte; fácil será rectificar cualquier error en el curso de nuestra tarea, especialmente en cuanto se refiere á la vida íntima de una colectividad que ha marchado salvando obstáculos, y que, como se verá, no se ha apartado en un ápice siquiera del fin y objeto de su instituto.

Y ya que Dios ha querido conservarme la vida, para que pueda de algún modo ser útil á mi patria, cumpliré el encargo, y llenaré mi cometido, siendo el cronista del *Museo Canario*, cuya comisión tan honrosa es para mí por tratarse de una Sociedad modelo en su clase; y único ejempalr que, bien por su constitución, bien por las personas que en su principio la formaron ajenas á toda otra idea que no fuera la de perseguir el fin de su creación, ha conseguido vivir siempre al amparo de todos, siendo de todos protegida y de todos respetada; brindándole sus auspicios y patrocinio nuestro Excmo. Ayuntamiento, quien comprendió desde luego, dado el pensamiento, que habria de ser la Asociación patriótica por excelencia, y su Museo dotación valiosa del pueblo Canario, enalteciendo el nombre de nuestra Provincia, y dándole albergue en las Casas Consistoriales.

Y así ha acontecido, en verdad, sin que pueda decirse que nuestro elogio sea interesado, tratándose de un Centro tan visitado por propios y extraños, tan conocido en el mundo científico y tan encomiado por la prensa de todos los paises; siendo objeto principal de admiración, por parte de los sabios antropólogos, esa inmensa riqueza

de despojos y restos de nuestros aborígenes que constituyen un tesoro inapreciable.

Ya en la *Revista del Museo Canario* hemos publicado artículos y Memorias donde se ha dado cuenta de actos por la Sociedad celebrados, de acuerdos y de noticias á la misma referentes, de exploraciones y rebuscas llevadas á cabo con éxito favorable, y de adquisiciones y donativos de grande estimación que enriquecen nuestras instalaciones; pero el trabajo que hoy emprendemos será la manifestación, el desenvolvimiento gradual, periódico, de todas nuestras tareas, de la incesante labor emprendida y testimonio auténtico de que ni nuestros trabajos han sido baldios, ni inútiles los sacrificios hechos.

Los hombres á quienes debemos la iniciativa de todo, han considerado al *Museo* como algo propio, como si aquel establecimiento constituyese parte de su mismo ser; y se han sacrificado, á medida de sus facultades, por su fomento y desarrollo; y nunca será bastante alabado el recuerdo del primero de sus fundadores el Dr. D. Gregorio Chil y Naranjo, que, después de dedicar parte de su vida á dársela al Museo, le legó casi la totalidad de su riqueza para su modesto sostenimiento, y si cabe, para su independencia futura.

Podemos, pues, decir que esta Sociedad, es la única que, por razón del fin que la informa, ha conseguido arráigo y renombre; y por más que sea de lamentar la indiferencia y atonía que parece invadir á nuestra juventud, y la poca aplicación á las cosas de la tierra; parte de esa juventud, sacudiendo hoy la inercia y la tradicional *modorra canaria*, procura rehabilitarse y trabajar, acudiendo al seno de nuestra Junta para la fomación de un Gabinete de reproducciones que constituirá una sección provechosa para los trabajos que habremos de emprender.

Esta misma historia del *Museo Canario* será de saludable enseñanza para la generación presente á fin de que, inspirándose en el patriotismo de los viejos, persista en su obra imitándoles; y susfituyéndoles en su dia, se haga acreedora al público agradecimiento.

AMARANTO MARTINEZ DE ESCOBAR.

Problemas del dia

—

El mejoramiento de las viviendas obreras

— —

La fundación Peabody, que tan gran influencia há ejercido en pro del mejoramiento de las viviendas obreras en Inglaterra, contribuyó también á formar en Francia una corriente de opinión favorable á que reunan las debidas condiciónes de salubridad los albergues de la clase trabajadora.

Con posterioridad á 1885 inicióse en París tan humanitaria campaña. No habían antes faltado higienistas reputados y grandes filantropos qne llamasen la atención de los gobernantes acerca de la insalubridad de las viviendas emplazadas en los barrios populares de dicha capital, viviendas que, por lo inmundas, eran una deshonra, constituian un padrón de ignominia para París. Pero los relatos más aterradores, las descripciónes más horribles del abandono de la suciedad en que vivían los pobres leíanse poco menos que con indiferencia, por considerarse que el mal era de esos para los cuales no hay ningún remedio.

Al conocerse los beneficiosos efectos producidos en la Gran Bretaña merced á la fundación Peabody, cambió el aspecto de la cuestión. Ruen y Lyon fueron las dos ciudades francesas que tomaron la iniciativa, construyéndose en ellas las primeras habitaciones higiénicas á precio económico con destino á la clase proletaria. En ambas localidades tomaron en breve gran vuelo las construcciónes de viviendas obreras, siendo ya numerosísimas las existentes en 1888, año en que se inició en París el propósito de mejorar los alojamientos del pobre.

Un hombre humanitario, Miguel Heine, entregó á la sociedad Filantrópica la suma de 750.000 francos con destino á la construcción de viviendas económicas. Las rentas que dichas casas produjeran debían consagrarse, según la voluntad del donante, á la formación de un capital, en el que, á imitación de los fondos donados por Peabody, habría de ampliarse todo cuanto fuese posible el número de albergues para familias de escasos recursos.

El primer edificio constituyóse en la calle de Juana de Arco, el segundo en el boulevard de Grenelle, y sucesivamente fueron le-

vantándose con la cantidad donada por Miguel Heine casas para obreros en la Avenida de Saint Mandé, en la calle de Hauthoul y otros sitios de Paris.

Actualmente la Sociedad Filantrópica dispone de 291 viviendas, en las cuales tienen cómodo y económico alojamiento unas mil personas.

El capital constituido por la acumulación de las rentas aumenta en treinta mil francos.

Sin pérdida de tiempo constituyéronse distintas Sociedades con el fin de mejorar las condiciones de las viviendas obreras. Entre dichas instituciones es principalmente digna de mención la Sociedad Anónima de Habitaciones Económicas del Sena, creada con un capital de 760.000 francos, y que, además de casas con muchas viviendas para familias de trabajadores, construyó en Saint Denis alojamientos para personas solas, es decir, pabellones de escasa cabida, pero con no pocas comodidades, pues hasta tienen su correspondiente jardin.

Pero cuando aumentó considerablemente el número de Sociedades de la indicada índole fué en 1894, al promulgarse, por iniciativa de Julio Siegfried, la primera ley dictada en pro de la mejora de las viviendas obreras. Por virtud de esa ley, á la que sirvió de complemento otra dictada el año 1895, prescribióse que las Sociedades que á ellas se sometieran y que además presentasen sus reglamentos á la aprobación del ministro competente, gozaran de ciertas inmunidades de carácter fiscal, y, lo que es más, tuviesen el derecho á que se les propopcionaran los capitales necesarios á un interés sumamente módico. A este propósito, autorizóse á los establecimientos benéficos, tales como hospitales, hospicios y á las Cajas de Ahorros para que pudiesen emplear la totalidad de las rentas de sus bienes y hasta la quinta parte de éstos en la adquisición ó construcción de viviendas económicas y en préstamos hipotecarios hechos á Sociedades constructoras de dichos albergues ó institucionc de crédito que tuviesen por objeto facilitar su construcción.

Merced á la ley Siegfried creáronse Comités locales para el estudio de ese importante problema y un Consejo Superior de las viviendas económicas, á cuya aprobación deben someterse todas las cuestiónes suscitadas respecto del particular. El propio Consejo tiene, por otra parte, la misión de presentar cada año, juntamente con las observaciones y estudios hechos por sus miembros, un resúmen de los informes proporcionados por los Comités locales . La información general se dirige al presidente de la República.

Desde la promulgación de la ley Siegfried á 1899 sometieron sus estatutos á la aprobación ministerial 51 sociedades constructoras de habitaeiones económicas: de dichas Sociedades, 32 eran anónimas, 18 cooperativas y una de carácter civil. En el período comprendido de 1900 á 1903 constituyéronse 58 nuevas Sociedades, siendo de ellas 38 cooperativas, 9 anónimas y una civil; todas cumplieron la formalidad impuesta por la ley Siegfried. El número total de Sociedades de ese género existentes ahora en Francia es de 104. pues cinco de las anteriormente mencionadas quedaron disueltas.

Esas Sociedades ejercen su acción en 77 poblaciones; 21 se hallan en Lyon, Calais, Ruen, Tours, Amiens, Maisons-Alfort y Saint Maur les Fossés.

Como se ve, el movimiento en favor de las habitaciones salubres,

bien condicionadas para la clase menesterosa, aumenta de día en día. Los esfuerzos hechos en tal sentido son cada vez mayores, por tratarse de una obra de verdadera trascendencia. Cierto que las Cajas de Ahorros no han prestado á esa empresa todo el concurso que de ellas podía esperarse; sus bienes, en 31 de Diciembre de 1902, se elevaban á más de 150.000.000 de francos, los cuales producen una renta anual de tres millones ochocientos mil y pico de francos.

Podían, pues, dichos establecimientos, de conformidad con la ley, haber proporcionado un capital de 30 millones de francos y unos cuatro millones anuales de sus rentas con destino á la construcción de viviendas económicas. ¡Y han facilitado poco más de dos millones y medio de francos únicamente! Solo las Cajas de Ahorros de Lyon y Marsella han prestado en la proporción debida sus fondos para la edificación de viviendas económicas.

Mas, á pesar de la falta de apoyo, debido á la rutinaria administración de las Cajas de Ahorros, las Sociedades constructoras de viviendas económicas alcanzan cada día mayor grado de prosperidad.

¿Cuando podrá hacerse en Canarias algo semejante? Estudien la idea, los hombres llamados al mejoramiento de nuestra vida social.

CAREO DE PRIMOS

Serian las tres dc la mañana cuando, en el empedrado patio de la casa solariega, se distinguian, á la incierta luz de un farol de mano, los vagos contornos y las sombras descoyuntadas de unos toscos hombres y de unos borricos más toscos todavía. Ocupábanse aquellos en poner albardas, apretar cinchas, colocar tajarrias *en su sitio, amarrar una burra ya aparejada á esta argolla, poner á buen recaudo un burro revolucionario que traia alborotada la borriquil asamblea; todo mezclado con gruesas, interjecciones y extruendosos,* ¡siissss!, *que tenian por objeto llamar al orden á los cuadrúpedos*

No era menor la algarabía que se dejaba oir en los altos de la casa. Parecía haber tomado posesión de ella toda una bandada de pájaros. Palabras gozosas, risas alegres y burlonas, gritos acá, regaños acullá, todo indicaba que tal alboroto era producido por el complicado asunto de la colocación de lazos, cintas, sombreros y manteletas.

Por fin la alegre pandilla descendió escalera abajo dando saltos y dándose empujones, y vino á mezclarse con burros y arrieros en democrática confusión; oyéndose esta pregunta de todos los labios femeninos: «¿Cuál es la mejor? ¿cuál es la mejor?» Y esta respuesta de los arrieros. «Esta mi niña, esta es mansita» Y las niñas más ágiles iban subiendo á su respectiva cabalgadura; para lo cual se arrimaba ésta á un poyete en el que la amazona se había encastillado, previa la colocación de una pequeña almohada ó de una manta en el fondo de la albarda, la niña se sentaba á mujeriegas *y agarrando el cabestro y asiéndose á la lana de la montura desatracaba, con un,* ¡arre burra! *agudo y decidido, como persona que toma una resolución suprema.*

Por algo se ha dicho que el último mono se ahoga. La joven más pesada del concurso, en razón de libras y en razón de miedo, se quedó la última, tanto por la agilidad de sus compañeras como por su indecisión, pues mirando con azorados ojos aquellos enormes cuadrúpedos todos le parecían grandes para caer de ellos abajo; y vino á suceder que ocupadas ya todas las bestias mansas y dóciles, quedaba el último el burro alborotador, que con las orejas avispadas esperaba su carga.

—¡Yo no monto en el burro!—decía con angustiada voz la doncella—¡ese burro me mata! ¡No, no subo!

—El burro es manso, señorita—argumentaba el arriero monte su mercé *y verá como no la* bota. *Yo la montengo, no tenga* cuidao.

Ruegos y amonestaciones fueron precisos para hacer subir á la medrosa niña sobre los lomos del animal.

¿Dónde demonios iba aquella gente tan á deshora? ¿No lo han adivinado? Pues iban á una gira campestre; pero lo más difícil de adivinar era la trascendencia de aquella expedición: se trataba nada menos que de la primer visita que parientes cercanos se hacian en su vida. Las primas de la ciudad instadas, é importunadas, por las primas del campo, marchaban á conocerlas, y á tomarle de paso el pelo, á un primo varón que, según referencias, tenia ciertas pretenciones.

El airecillo de la mañana alegraba la sangre de la pintoresca expedición, que alborataba con sus risas y sus gritos la serenidad de la hora. Apenas se distinguia por el oriente algo que queria ser claridad, y alguna ráfaga cálida que de cuando en cuando acariciaba el rostro, indicaba que el día iba á ser caluroso.

Para satisfacer mi conciencia de cronista fiel, he de dejar consignado que ninguna de las expedicionarias dió en tierra con su lindo cuerpo. Que el objeto de todas las burlas fué Mariquita del Pino, que era la del burro, la que en tierra firme podia competir con sus compañeras á bailar, á reir, á cantar, á burlarse de todo vicho viviente, pero que sobre la endiablada cabalgadura no valia nada. Y que al llegar allá arriba, *al fin del viaje, entre las Vegas y la Cumbre vieron un hombre que encaramado en una altura vigilaba el camino, con la misma atención con que un marinero de nuestras costas* vigía *la sardina, y que asi que hubo visto la borricada partió apresurado hacía una casita recientemente blanqueada que dominaba la vereda.*

Acabaron de subir los burros con lento paso el último repecho, y ya delante de la casa blanca las personas fueron descendiendo de las albardas, entumecidas y quejumbrosas, sin conriderar que más motivo de queja tendrían los animales. Entre tanto habian salido de la casa sus dueños ataviados con lo mejorcito del cofre, muy limpias las muchachas, muy planchadas, muy empolvadas las caras, rígidos los cuerpos para denotar compostura y una sonrisilla en los labios que queria ser alegre y resultaba forzada y tímida. Hubo el consiguiente besuqueo y aquello de,—¿Cómo le vá?—Buena ¿y usté? *—Buena ¿y la gente? etc., etc.*

Tras de los saludos y reconocimientos, y de los parecidos *que sacaron las personas mayores de uno y otro bando, penetró toda la turba en la casa, en la pieza principal, pieza bastante larga y que estaba como á su promedio dividida por una caña horizontal, que sostenía una blanca cortina adornada de encajes, planchada y almidonada con todo esmero, y que servía á separar la sala de la alcoba.*

La salita tenia sus sillas, sus sillas nuevas; tenía sus mesas, sobre las mesas estaban las jarras con flores de trapo, y esparcidos por las paredes, un espejo, unos cuadros de santos y de ánimas del purgatorio entre voraces llamas, y unas figuras de papel pintado que afectaban, unas las formas de flor ros, y otras las de mariposas heridas de muerte. Por cima de la cortina blanca, y colgado del techo, allá en el centro de la alcoba, se divisaba el cañizo *donde se guardaba el queso.*

No agradaba á las niñas finas el estiramiento que dentro de aquella sala querían imponerlas las amas de la casa, y una de ellas la más decidida, Mariquita, la del burro, aprovechando un breve silencio de todo el concurso, arrojó esta frase incendiaria:

—¿Vamos á pasear!

Dicho y hecho. El enjambre atravesó denodamente la puerta y se lanzó fuera á pesar del sol ardiente que abrazaba la tierra, y de la aridez de los contornos, que no tenia verdes prados ni umbrosas arboledas surcadas por el manso arroyo. Allí habían cuatro ó cinco cadenas *de tierra, donde los verdes trigos se habian reducido á un miserable rastrojo, y otros tantos* durasneros *é higueras.*

Allí habia una higuera secular, cuyo tronco retorcido se dilataba en fuertes brazos que describían un ancho semicirculo de agradable sombra. A él se acogió la bulliciosa reunión. Por encima habia una paredilla de piedra seca *que contenía el terreno. Por sobre de aquel* lindon *es por donde apareció Manuel, el primo, que estando fuera de la casa no habia tenido aun el honor de saludar á las* parientas. *Era bajo de cuerpo, regordete, hablaba de prisa y con frase atrevida, habia estado en la Habana, y tenia un lunar. Lo del lunar era lo más característico de su persona, lo tenía como á mitad del carrillo, poblado de grandes pelos, pasaba de las dimensiones ordinarias de un bigote.*

Venia braceando como si remase en el aire, y al llegar se descubrió con afectación, hizo una pequeña reverencia, llamó en su auxilio todas sus facultades de seductor, abrió la boca y dijo:

—¿Cómo siguen Vdes?

Las niñas tarareaban á la sazón aquello de olas que al llegar, *y el desentono del primo paró súbitamente las olas y el vals, todas se volvieron y todas dijeron como movidas por un resorte.*

—Seguimos bien—una pausa breve que pareció muy larga, y durante la cual una carcajada parecía retozar en el ambiente—¿y usted?

—Bueno. Gracias.

La batalla estaba entablada, las niñas decian tonterias para cohonestar la risa que las había acometido.

El otro se mordia los labios; por hacer algo se subió á la higuera, y encaramado allá arriba, como un pajarraco, dijo por decir algo.

—¡Vaya un diita de calor, camará!*—y se echó á reir.*

—Si, mucho calor...! —Repitió el coro, y á reir se ha dicho.

Por un momento pareció que aquella gente se había vuelto tonta, tal era la risilla boba que les hacía cosquillas.

*Por fin se restableció la calma, gracias al ingenioso procedimiento del primo, que hubo de acordarse del proverbio que dice: rianse los bobos riamonos todos. Y sobrevino aquello de saber los nombres de las primas y de adivinar cuales le tocaban más de cerca y cuales de más lejos. En esto el hombre no estuvo del todo mal, gracias á cierto barniz, que para embadurnar su rusticidad, había adquiririd*o *en el muelle de la* Bana.

Estuvo casi discreto al alabarlas, y sobre todo ponía empeño en piropear á Mariquita á la cual tenia pretenciones. Le agradó sobremanera su cuerpo lleno y su cara redonda, y demostrando ser más táctico de lo que su facha daba á entender, empezó sin demora el ataque amoroso. Cosa corriente es en los seductores mostrar sus variados conocimientos ante el objeto *amado, instinto que tiene su filosofia, pues la admiración abre el camino del amor. Segundo golpe de maestro: el primo rodó la conversación hasta venir á hablar de lo que sucede* ahí *en Cuba.*

—En la Bana *si que hace calor,—dijo, acudiendo al socorrido tema de la temperatura—*Aquer crima *es cálido, y aprieta de duro ¿eh! Yo* ha *visto* ahi *pegarle candela á un cañaveral ¿eh? y arder* toito *en poco más de* ná. *Luego que cuando hace más calor ¿eh? le cae á uno un aguacero que lo deja* ensopao.

Y por ahi siguió disertando ¿eh? sobre la Bana, *creyendo que contaba alguna cosa nueva, y figurándose que la boca abierta que las niñas ponian era de admiración á tan estupendas noticias.*

Cuando más entusiasmado estaba mi hombre en el relato de sus aventuras, en las cuales entraba tambien su poco de navegación, salta la Mariquita por esta pata de gallo:

—«¡Dichoso aquel que tiene
Su casa á flote... !»

Aquello fue un reguero de pólvora, la risa comenzó de nuevo, y roto ya el miedo cada una tuvo su frase. Una berreoagañote pelado:

—«Cuba es la isla hermosa del ardiente sol.»

—¿Le gusta á V. Cubita ¿eh?

—Eres un mambí. *—exclamó Margarita lanzándole una mirada, que á aquel ganso le pareció de amor ardiente.*

Luego dejándole colgado del árbol y con la palabra colgada de los labios, el alegre coro empezó á cantar y bailar aquello de, tres pa el pi, tres pa el pa. *Mi hombre vió los cielos abiertos ¿quién no ha bailado alguna vez en su vida el* tres pa el pi? *Descendió como pudo de su higuera y se llegó muy acaramelado á Mariquita y en cierta gerigonza, compuesta de gestos y de sonidos inarticulados, la dijo que si queria bailar con él.*

Y ya los tienen Vdes. agarrados *y haciendo esfuerzos por romper á bailar. Ya dieron el primer paso, pero tan en desacuerdo que*

hubieron de empezar de nuevo. Segundo intento: nuevo fracaso. Tercero:—¡Ayyy!

Una pataza de aquel bárbaro se había posado sobre el menudo pie de la niña.

—¡Abrete tierra y trágame!—hubo de pensar el atontado primo, que no sabía que decir ni que hacer—¡Ay!—decia él, también y levantaba la pata pecadora.

Mariquita cojeando un poco decía con una sonrisilla en los labios: —No, sino ha sido nada.

Entre tanto había llegado la hora del almuerzo.

Solicitadas por los chillidos del ama de la casa, las niñas se dirigian hacia la mesa cariacontecidas; detras de ellas marchaba el primo con la cabeza baja; su gesto revelaba dolor y desprecio de si mismo. El pobre hombre sentía de seguro más pesadumbre que una buena media docena de poetas fúnebres. Delante de él marchaba su amor balanceando el lindo y esplendido cuerpo sobre la patita coja.

Figuraba, según verídicas narraciones como primer plato del menu, *unas natillas desabridas, que sublevó los finos estómagos de las comensales. Luego creo que sirvieron huevos fritos y algo de chorizos y pollo* sancochado, *para completar aquel desafuero culinario. Lo único aceptable del banquete fué un vinillo del Pedregal que alegraba los corazones. ¡Cuanto alivio hubiese sentido él primo si se hubiera bebido medio cuartillo!*

Pero no, el pobre hombre se ensimismaba en su su dolor y no quiso probar bocado Instado por la misma Mariquita que ya le tenía compasión rehusó diciendo:—No, muchas gracias. Yo estoy servido. *Y era mentira, porque ni nadie le habia servido, ni había puesto para él, ni aunque lo hubiera, pues bien sabido es qne, mientras comen los convidados, los amos de la casa miran.*

Pasóse el resto del dia en expedicioncillas secundarias á los alrededores. La alegria había renacido La cuestión de la comida dió motivo para cuchicheos y risas maliciosas, que son la mejor diversión de las mujeres. El primo intentó reanudar sus conferencias cubanas *pero nadie le hizo caso, lo comprendió esta vez y cerró el pico.*

Cuando la tarde empezó á declinar la cabalgata se organizaba de nuevo, y los melancólicos animales volvian á sentir sobre sus lomos los gentiles cuerpos de las niñas, que en la filosofía asnal no tenían nada de elegantes ni seductores, puesto que pesaban como sacos de cebada Para un asno no hay nunca mujer bastante espiritual.

Llegó el momento de las despedidas; nuevos besos y nuevos ofrecimientos, con sus aditamentos de recaditos y memorias. Ya se iban. El primo se despidió de las primas con apretones de manos; cuando le tocó el turno á Mariquita, ya estaba subida sobre su burro, toda asustada le tendió su mano blanca y fina, hubiera querido que el otro hubiese apretado con la mano callosa, aquello le hubiera pa-

recido un punto de apoyo en el vacío que á su alrededor se formaba cuando divisaba sus piés á media vara ¡nada menos! del suelo Pero el primo no apretó, tuvo miedo de estrujar aquella manita de mazapan, se acordó del fuerte pisotón, quizo ser galante y demostrar su fineza y apenas si rosó ligeramente su piel áspera con aquella piel de hoja de rosa.

Esto le acabó de hundir en el concepto de la niña, tenia en su contra el pisotón furioso y el no haber comprendido su deseo.

La borricada partió cuesta abajo silenciosa y triste. Había discordancia entre el sentir de las personas y el de las bestias: aquellas iban cabisbajas por que se dejaban atrás un dia agradable; estas más positivistas iban alegres, es verdad que la carga pesaba ¿pero qué importa eso cuando se va camino del pesebre, donde espera la ración y el descanso?

En lo alto de la cuesta los que se quedaban respiraban libres, y las mujeres se comunicaban impresiones, *se hablaba de las caras y de los carácteres, la risita de las niñas les pareció cosa muy fuera de lugar.—¡Dios mio! las cosas que se ven en estos tiempos.*

El primo no hablaba, miraba allá abajo la esbelta figura de su prima que huia de su pesado pié. Golpeaba el suelo como los caballos impacientes, y debajo de su zapato los terrones se desmoronaban. Pensaba en aquel pié pequeñito y en aquella botita elegante y decia:

—¡Qué bruto soy! ¡recontra! y eso que tengo puestos los botitos!

Febrero 4 1900.

FELIPE DE LA NUEZ

Artículos científicos

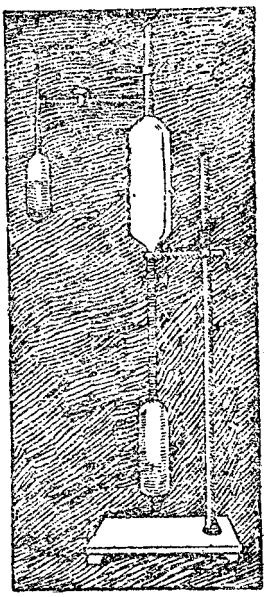
MARAVILLAS DEL RADIUM

Descubrimiento del «radium»—Sus propiedades sorprendentes—La cantidad de calor del «radium»—La causa del calor central—La permanencia del calor solar—Los fenómenos eléctricos y luminosos—Ver á ojos cerrados—Todos los cuerpos transparentes—Efectos fisiológicos, sobre los músculos y sobre el sistema nervioso.

Era el año 1895 cuando Rontgen descubrió los famosos rayos X, que por vez primera permitieron examinar el interior del cuerpo humano. En el mismo año 1895, Becquerel examinando el *uranio*, encontró en él rayos análogos á los rayos X. Se les llamó uránicos, ó rayos Becquerel. Y años después, un matrimonio de sabios desconocidos, los Sres. Curie, examinando los residuos de la obtención del uranio, hallaron las mismas radiaciones, los mismos rayos; pero *dos millones de veces más intensos* que los del uranio.

¿Qué era ello? Continuaron sus trabajos con abnegación grande, con suprema constancia, y descubrieron dos cuerpos: el *polonium* y el *radium*. Proseguido el estudio incesantemente; cada dia se van descubriendo más extrañas, más inesperadas, más estupendas propiedades.

El *radium*, con sus propiedades singularísimas, ha dado un solemne mentís á todos los sabios, ha derrocado con su sola presencia teorías fundamentales de la Mecánica y de la Física. En él se ha querido ver una especie de *nihilista* de la ciencia, puesto que venía á echar por tierra unas, y á falsear



Efectos de fosforecencia producidos por el radium *en un aparato de cristal colocado en habitación oscura.*

otras, de leyes al parecer inmutables, ha sucedido lo que con todos los hallazgos científicos de cualquier orden y es que inmediatamente se trata de buscar su aplicación al problema de la salud y á la solución de la incógnita en la curación de los males.

Hasta ahora, para tener calor, necesitábamos quemar carbón, quemar leña, quemar algo; necesitábamos andar, frotar una cosa contra otra, hacer ejercicio. Para tener calor necesitábamos *gastar energía*, transformar alguna fuerza, que al transformarse, *se consumía*.

Un cuerpo caliente que despide calor, que nos envía sus rayos, acaba por enfriarse si no hay alguna otra fuerza extraña que sostenga la temperatura, que le dé el calor perdido. Pero el *radium* hace todo lo contrario; el *radium* rompe todas esas verdades reputadas como axiomas, como principios evidentes. El *radium* está frio y despide calor, y lo despide un dia y otro, y un mes y otro mes, y años enteros, sin perder de peso, sin perder energía, sin que *gaste nada*.

Este es el descubrimiento más estupendo, más extraordinario, más maravilloso de la ciencia moderna. Rompe con todos los hechos admitidos; derroca verdades fundamentales; tiene á los físicos más sabios sin poder explicarse la causa de este derrumbamiento de todas las teorías.

La cantidad de calor que desprende el *radium* es enorme, colosal. Y como el calor es fuerza, la fuerza que es capaz de producir un solo gramo de *radium*, se eleva, según d'Arsonval, á muchos millares de caballos de vapor. ¿No es verdaderamente maravilloso pensar que un gramo de *radium* desprende fuerza capaz de arrastrar grandes trenes?

Y esto contando solamente el calor que desprende.

Para explicar la permanencia del calor solar se han dado muy curiosas teorías. Esas teorías se fundaban en verdades tenidas por inconcusas, que ahora, con el *radium*, se derrumban.

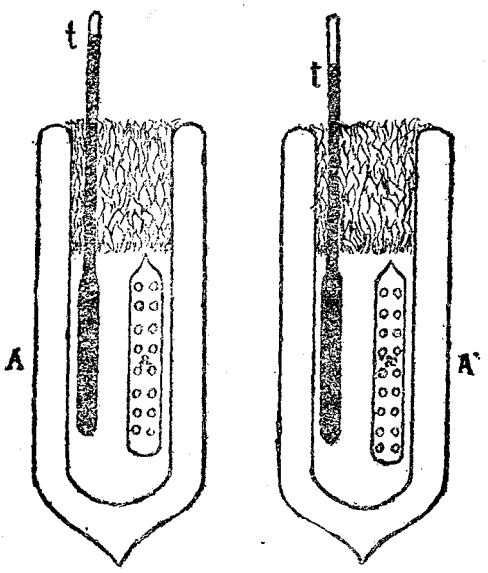
Y viene en seguida á la mente esta pregunta: El calor solar, la luz que nos envía las ondas eléctricas, ¿no serán producidas por la existencia de *radium* en el sol? ¿No podría solo explicar la correlación patente entre las manchas solares, las auroras boreales y el magnetismo terrestre? A primera vista nada más natural ni más lógico que esta hipótesis.

El profesor Ernesto Rutherford, joven, pero distinguidísimo discípulo del profesor J. J. Thomson, de Cambridge ha dado una conferencia en la Royal institutión, de Londres, desarrollando la idea de que el calor terrestre no es debido al núcleo central incandescente, sino al misterioso y por tantos conceptos notabilísimo elemento; el Radium.

El conferenciante, ya notable entre otras cosas, por haberse medido la masa y la velocidad de los electrones del radium, hizo ante el auditorio varias demostraciones del extraordinario poder de las emanaciones del radium. Una libra en peso de estas emanaciones, dijo el profesor Rutherford, desarrolla una energía equivalente á diez mil caballos de vapor, es decir, suficiente para hacer navegar á un buque trasatlántico. Pero para obtener una libra de dichas emanaciones, se necesitarian setenta toneladas de radium; de suerte que, teniendo en cuenta las pequeñísimas cantidades que se pueden obtener de este elemento, no hay esperanza racional de que se llegue á utilizar este origen de energía.

Pero las emanaciones del radium son de tres clases y se van manifestando sucesivamente. La primera generación de estas emanaciones tarda cuatro dias en producirse; la segunda, se observa después, á los tres minutos; y la tercera á los veintiocho minutos.

El profesor Rutherford opina sin embargo, que existe un cuarto producto, resultado de la descomposición del radium, pero que es tan lento en originarse que se necesitarían doscientos años de observación para poder pesarlo y medirlo; y aún es posible que haya un quinto descendiente, cuya existencia solo puede determinarse al cabo de miles de años.



Aparato para demostrar el desprendimiento de calor El termómetro t *de la izquierda, sometido á la acción del* radium, *señala siempre mayor temperatura.*

El radium es,pues, un elemento con una larguísima vida de transformaciones.Rutherford opina también, con Ramsay, que el helium es uno de los productos de este proceso de desintegración.

Pero el radium, aunque en cantidades infinitesimales, se encuentra en todas partes, incluso en la atmósfera,como puede comprobarse por medio del espectroscopio.

Teniendo en cuenta todo esto, el profesor Rutherford cree que el radium existe en nuestro globo en cantidad suficiente para explicar el calor terrestre, en cuyo caso no se neeesitaría que hubieran trascurrido los millones y millones de años que los geólogos y los biólogos suponen precisos para que, por enfriamiento lento, haya llegado nuestro globo á ser habitable.

Más no es calor solamente lo que el *radiam* produce; produce también fenómenos eléctricos y fenómenos luminosos extrañísimos.

Pongamos una sal de *radium* dentro de un frasco. Inmediatamente la cara exterior del frasco se carga de electricidad. Parece una botella de Leyden fuertemente electrizada; los efectos son idénticos. De la superficie del frasco se pueden hacer saltar chispas eléctricas. Si se acerca la mano, en todo el brazo se siente la descarga.

Y esta singularísima carga eléctrica se ha producido espontáneamente, sin máquinas, sin pilas, sin dinamos, sin condensadores. Se ha producido por la virtud maravillosa del *radium;* es decir, por una

acción que, si los hechos no confirmaran plenanente, indiscutiblemente, diríamos que era absurda, soñada, imposible.

No es esto solamente. Los rayos del *radium* hacen buenos conductores de la electricidad á todos los cuerpos. El aire, el agua, la bencina, el sulfuro de carbono, etc., sometidos á las emanaciones del *radium*, tórnanse buenos conductores de la electricidad.

Así no es posible tener un cuerpo electrizado donde haya sales de *radium*; todos los cuerpos se deselectrizan, todos se descargan inmediatamente. ¡Extraño poder éste del *radium*, jamás visto ni reconocido en ningún otro cuerpo!

Y pasemos á los fenómenos luminosos. Encerrémonos dentro de una habitación oscura, muy oscura, y pongamos en esa habitación una sal de *radium*.

El fenómeno es singularmente extraño. Luce en seguida la vasija que contiene la sal de *radium*. Después fosforecen los demás cuerpos de la habitación, fosforece todo.

Bajo la influencia de las emanaciones del *radium* tórnanse misteriosamente luminosos, con esa tenue claridad que dá en la oscuridad un fósforo frotado entre los dedos, el papel, el cristal, la piel, nuestro propio cuerpo. ¡Singular fenómeno que apenas pudo ser soñado!

Y aún más sigular por las variadas coloraciones de esas sugestivas y sorprendentes fosforescencias. El platino cianuro de bario, desprende luz verde; el de potasio, luz azul; el silicato de cinc cristalizado, toma coloración rojiza; el vidrio, verdoso; el diamante, brilla intensamente...

¿Quién imaginó jamás cuerpo con tan singulares propiedades é influencias?

Hay algo más sorprendente. Hasta ahora, para ver, necesitábamos tener abiertos los ojos; con el *radiun* se ve teniendo los ojos cerrados.

Véanse los detalles de la prueba, que es más sorprendente de lo que á primera vista se parece. Se toma una sal de *radium*, se la encierra en un frasco de cristal y el frasco se mete en una caja de madera, y esta caja, con el frasco y con el *radium*, se encierra nuevamente dentro de un estuche metálico. ¿Caben más precauciones para librarse de un cuerpo? Pues el *radium* las vence: el *radium* hace salir sus maravillosas radiaciones de ese triple encierro.

La prueba no puede ser más concluyente Se cierran los ojos, se tapan, para mayor seguridad, con las manos. Entonces se acerca á la vista la caja con la sal de *radium* triplemente cerrada.

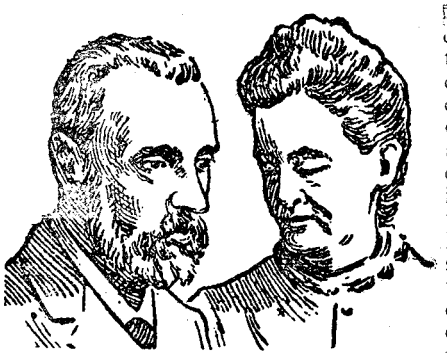
Al poco rato el ojo cerrado y tapado se ilumina interiormente, recibe luz, ve. Para ello vasta que la retina sea sensible. ¡El ojo ve estando cerrado y además fuertemente tapado con las manos! Es un efecto sorprendente.

Y hay que anotar bien las singularísimas circunstancias de esta sencilla esperiencia. Los rayos del *radium* atraviesan al frasco de cristal, la caja de madera y el estuche metálico; atraviesan después la mano y los párpados del ojo para llegar á la retina de nuestro aparato visual. Es una «carrera de obstáculos» que solamente pueden salvar esos maravillosos rayos.

Porque la luz ordinaria, la luz que nos alumbra, hace algo parecido con el aire, con el agua, con el cristal, con el alcohol, con otros muchos cuerpos. También la luz atraviesa esos cuerpos, pero no atraviesa la madera, ni el metal, ni las manos, ni los párpados.

La diferencia está, pues, en este detalle: los rayos del *radium* atraviesan todos los cuerpos; los rayos de la luz ordinaria atraviesan solamente los cuerpos transparentes. De otro modo podría decirse, á saber: todos los cuerpos son transparentes para los rayos del *radium*.

Y esto sabido, ya no extrañará á nadie que veamos con los ojos cerrados. Si nuestros párpados fueran transparentes para la luz ordinaria, ¿de qué nos serviría el cerrarlos?



Los sabios Mr. y Mme Curie, que descubrieron el «radium» en 1895

He dicho que todos los cuerpos son transparentes para el *radium*, que todos dejan pasar sus radiaciones misteriosas. Esto es cierto; pero hay que añadir que no todos los cuerpos las dejan pasar igualmente Unos son màs transparentes que otros. El plomo y el platino son metales muy poco transparentes; los tejidos orgánicos son, en cambio, extraordinariamente diáfanos.

Gracias á esta propiedad, á esta desigual transparencia de los cuerpos con el *radium*, se hacen curiosas fotografias.

Nuestra carne deja pasar todos los rayos del *radium*; los huesos dejan pasar menos rayos. Si entre una sal de *radium* y una placa fotográfica ponemos brevemente la mano, en la placa aparecen fotografiados los huesos.

Es sencillameute lo mismo que se hace con los rayos X; es lo que conocemos con el nombre de radiografia; es lo que en Medicina se emplea para reconocimiento de lesiones orgánicas, de cuerpos extraños, etc., etc. Pero es mucho más sencillo de hacer, porque no hace falta aparatos radiográficos.

Los rayos de luz blanca, de luz solar, colorean la piel, tonifican el organismo, activan la vida, tienen una acción bienhechora sobre muchas funciones orgánicas. ¿Ejercen alguna acción los rayos del *radium*? La ejercen.

Si se coloca sobre la piel, durante pocos minutos, una cápsula de celuloide que contenga sal de *radium*, no se siente molestia, dolor ni acción alguna. Adviértase que no se pone el *radium* sobre le p el; lo que se pone es una vasija pequeña que contiene sal de *radium*.

Pues lo extraño del caso es que, á pesar de esa precaución y á pesar de no sentir nada de momento, quince ó veinte dias después la piel se enrojece, sufre principio de una inflamación y experimenta una «descamación», ¡Quince dias después, es decir, una pequeña quemadura á quince dias fecha!

Si la cápsula que contiene la de *radium* está en contacto con la piel durante más tiempo, los efectos se agravan. Ya no es un enro-

jecimiento lo que produce, sino una verdadera llaga, que además es muy difícil de curar. Los tejidos quedan desorganizados por las emanaciones del *radium*, y la cicatrización de la llaga exige algunos meses.

Aun son más notables los efectos del *radium* sobre el sistema nervioso. Sometidos varios animales durante una hora á las emanaciones del *radium* sobre la médula espinal, han experimentado graves parálisis de los miembros, y han muerto algunos días después.

Naturalmente, las experiencias no se han hecho en personas; pero hay derecho á suponer que los efectos fisiológicos serían idénticos, salvo pequeños detalles de intensidad.

Y los efectos sobre el sistema nervioso son éstos: primero una excitación, luego parálisis, después la desorganización, la muerte....

Horizontes sin límites ofrece el radium para sus aplicaciones médicas; hombres científicos han puesto su talento á su servicio, y optimismo revelan sus conclusiones. Es necesario esperar, y si se llegan á vencer algunas de esas crueles enfermedades que castigan á la humanidad, y para las que hasta hoy somos impotentes, sería, sin duda alguna, uno de los más notables descubrimientos del siglo XX que, lógicamente pensando, tendrá que ser fecundo en ellos.

LITERATURA DRAMATICA

OBRAS ESTRENADAS EN LA TEMPORADA DE 1904-5

I

EL TEATRO CATALAN

Santiago Rusiñol

I El autor

En Rusiñol hay una juventud perenne que atrae y seduce desde el primer momento. La juventud que populariza entre la multitud anónima los versos de los verdaderos poetas, esos versos, bajo cuyas amarguras mismas parece vibrar el ansia loca de vivir, Rusiñol es un romántico, pero un romántico al modo de ahora. La gran fiebre de romanticismo ha dejado en nuestra generación su gérmen que al brotar en un medio muy diferente produce obras muy distintas á las de ayer. El ímpetu, la demencia negra y roja de otro tiempo se ha trocado en esa contemplación fuerte y dolorosa que produce la renuncia anticipada de todos los ideales.

Pero en Rusiñol hay algo que le salva de ese acento triste y á la larga monótono: la ironía. En ella sí que Rusiñol se aparta de los románticos. Su ironía no es sarcástica; no es la ironía de los que rien «porque no pueden llorar». Tampoco es la ironía de Pereda, burla de sectario, no de espíritu superior que contempla hechos y hombres desde cierta altura. La ironía de Rusiñol es alegre, regocijada. Hombre de mundo, inquieto, dado á viajar, ha conocido muchos tipos, ha visto muchas miserias, muchas ridiculeces. Todo lo ha comprendido y todo lo ha perdonado.

Asombra el instinto de adivinación que tiene Rusiñol para descubrir el aspecto cómico de las grandes mentiras sociales. Admira el relieve y la variedad de frases con que lo describe. Los escritores como Rusiñol son los que renuevan el idioma Distinguido por tempe-

ramento, las frases al pasar por su pluma, pierden su cascabillo vulgar, conservando toda su frescura y toda su gracia. Tal es su poder gráfico, que hasta en sus obras escritas en castellano supera á muchos de nuestros primeros escritores, demasiado académicos, demasiado divorciados de la realidad que pintan, para conseguir esa vitalidad que logra Rusiñol y que es la condición más envidiable de todos los estilos.

El Rusiñol de hoy es bastante más alegre que el Rusiñol que yo me imaginé al leer sus primeras obras. Obras escritas en tiempos de desierto y de bohemia voluntaria, reflejaron las amarguras de la vida en que nacieron. Hoy Rusiñol se encuentra en la plenitud de sus facultades. Sereno y claro se abre ante él el horizonte. Y sus libros, que ayer copiaron amarguras, se bañan hoy en esa serenidad y en esa luz. En Rusiñol no existe la dualidad que se nota en muchos escritores. En él, hombre y artista van de la mano.

O quizá influya en eso también su condición de pintor. En pintura Rusiñol ha evolucionado menos que en literatura. Ha dominado la técnica, ha conseguido mayor armonía, más solidez; pero su concepto de la pintura ha sido siempre el mismo.

En Los jardines de España *en los paisajes ds Mallorca, ha encontrado ancho campo para sus tendencias líricas. En sus jardines, en los más decorativos de sus paisajes, hay no sé qué de solemne y desolado que evoca momentos tristes del espíritu. Tal vez el artista reservó esta parte de labor suya para sus horas «serias». ¿Quién no las tiene?*

Las últimas obras de Rusiñol han sino el Místico y los jardines de España, *reproducción de muchos cuadros, verdadera joya de arte, en la que Rusiñol ha coleccionado lo más escogido de sus pinturas. Retirado en Mallorca Rusiñol vuelve al trabajo, con la constancia, con la fiebre de siempre.*

Rusiñol encarna hoy en España las tendencias del arte nuevo. Muy personal, con la personalidad y la originalidad que solo se consigue en la comunión íntima de la vida y del arte, ha sentido y se ha penetrado más por intuición que por estudio, de las últimas tendencias idealistas de la literatura europea. Entre la juventud que en París y en América estudia las cosas de España, Rusiñol es un verdadero prestigio. Sus dramas, estrenados frecuentemente, le han colocado entre los primeros de nuestros dramaturgos.

(De un artículo de **Miguel Sarmiento**)

II—El Místico

El estreno en Madrid del drama de Rusiñol, El Místico, *que tradujo Joaquín Dicenta, ha sido un triunfo La bellísima creación del eminente escritor, ha dicho el crítico «Zeda», renueva hasta en sus hondas raices, las ideas y sentimientos de religiosidad que, más ó me-*

nos dormidos, existen en la conciencia humana: hace pasar por nuestra mente la visión de lo infinito incognoscible; presenta en forma plástica el ideal que Jesús mostró á los hombres en el sermón de la Montaña, y nos hace sentir, en una palabra, la sublime poesía del Amor Divino.

Santiago Rusiñol

Impracticable es, sin duda, en este bajo mundo, la doctrina del Crucificado; ya lo dijo el mártir Nazareno: «Mi reino no es de este mundo»; pero bastaría que los hombres practicasen la cantidad de moral cristiana compatible con nuestra naturaleza, para que la humanidad resolviese noblemente el arduo problema del vivir, no como bestias atenidas á las necesidades fisiológicas, sino como hombres

que tienen conciencia de un ser espiritual.

Pero la sociedad presente, aún la que más alardea de venerar la Religión cristiana, no hace más que cumplir *los ritos de ella; esto es, practicar lo externo de esa Religión, aceptar lo que no se opone á la vanidad, á la comodidad, á la buena vida; llevar la cruz, no como pesado madero sobre el hombro llagado y dolorido, sino como pulida y afiligranada joya, prendida á guisa de brinquillo, en el pecho.*

En medio de esta sociedad, cristiana en la forma, pagana en el fondo, coloca Rusiñol á su admirable personaje el místico.

*
* *

Ramón es el perfecto imitador de Cristo; se ha puesto, como dice Kempis, delante de la imagen del Crucifijo, y sigue con pies descalzos, la senda, áspera y llena de abrojos, del Calvario. Para vivir en Dios ha renunciado á sí mismo; se ha despojado de su voluntad; ha arrancado de su corazón, uno por uno, todos los afectos puramente humanos. Como fray Pedro Malón de Chaide, puede decir: «No queda potencia en mi alma, ni sentido en mi cuerpo, en que no ande un sonido dulce de gloria .

Más para llegar á la última morada del castillo interior», ¡qué de esfuerzos dolorosos! Desde el primer momento asistimos á la pasión del místico.

Allá, en la casa rectoral de un pueblecillo de la montaña, vive, al lado de su tío, pobre cura de aldea, y de su madre, rústica montañesa, Ramón, joven seminarista, inflamado de amor divino y ancioso de seguir el camino de la Cruz. Por seguirlo renuncia á Marta, su prima, hermosa joven tan llena de amor humano hacia su primo, como lleno él de amor á Dios. El ama también; pero arranca de su corazón aquella flor del amor terreno, para ofrecerla en el altar de Cristo.

El obispo de la diócesis acompañado de sus familiares, del diputado del distrito y de cierto poeta de sacristía, va á hacer una visita pastoral á la aldea; allí conoce al joven seminarista, ensalza su fe elogia su mística inspiración y le exhorta á que siga al pie de la letra las máximas del sermón de la montaña: «Que no doble nadie tu conciencia cristiana—dice el prelado—Si cumples lo que ella te dicta, nada temas, aunque se maldiga y murmure de tí».

En el segundo acto el joven seminarista se ha convertido en el Padre Ramón. Como Jesús dejó la serena paz de los valles de Galilea para predicar en Jerusalén la buena nueva, el Padre Ramón abandona su aldea querida y marcha á la ciudad, porque en ella, como el obispo le ha dicho, hay más almas enfermas que en la montaña. En la ciudad, pues, vive con su madre, socorriendo á los pobres, consolando á los afligidos, levantando el espíritu decaído de los pecadores y siendo, en fin, la imágen de Cristo en la tierra. Con palabras de caridad habla también á Miguel—presidiario que, al volver de

cumplir su condena, no encuentra en los hombres más que desprecios y repulsas—, y le ofrece buscarle medio honroso de ganarse la vida.

¿Y Marta? Marta, ansiosa de amar y de vivir, ha huido de la casa de su tio: ha sido seducida, y luego abandonada por su seductor. Deshonrada, envilecida, ¿á quién volverá sus ojos sino al compañero de su infancia, al varón santo, capaz de comprender y perdonar? Ramón vacila, teme recibirla; en su corazón, no obstante el amor divino, arde también, inextinguible, el amor terreno. ¿Tendrá fuerzas para apagar esta llama poderosa? ¿Podrá ver á Marta sin que su virtud sufra el más leve menoscabo? Tras breve lucha interior, mira frente á frente el Crucifijo, y dice: «Que entre».

Hermosísima es la escena que se sigue entre el varón justo y fuerte y la pecadora arrepentida.

Ramón ofrece amparar á Marta; él encontrará, entre las personas más distinguidas de la ciudad, familia que le ofrezca albergue y trabajo honrados. Pero, ¡ay!, aquellas personas, cristianas sólo en el nombre, organizadoras de bailes caritativos, que aspiran «á ir al cielo en coche», se escandalizan ante la idea de tener á su lado una Magdalena arrepentida como Marta, y á un presidiario como Miguel. «¡Qué importa!»—exclama Ramón— Los albergaré en mi casa».

El acto tercero es para el místico un paso más en el camino de su calvario. Miguel y María se quieren, y este cariño, de tal manera escandaliza á la madre de Ramón, que resuelve dejar á su hijo si éste no echa de su casa á la pecadora. Ramón cumplirá, á pesar de todo, sus deberes cristianos, y la madre se aleja del lado del virtnoso sacerdote También Marta y Miguel le dejan, para no dar pábulo á las calumnias que se fraguan en torno del místico; y como si este abandono no fuese bastante, los pobres que antes iban á casa de Ramón, como éste no tiene ya nada que darles, se despiden también de él Y el pobre clérigo se queda solo y á punto de caer en aquella tristeza que fray Fernando de Zárate llama «fatiga, pasión, angustia, contrición, tormento, llanto, gemido, enfermedad, lloro, desabrimiento, descontento, contrariedad, tribulación, enojo, aborrecimiento, desasosiego, dolor y otros semejantes». Pero su corazón, purificado por la fé, y semejante al vaso de barro que, «si es malo, en el fuego del horno se quiebra, y si es bueno se esfuerza», recobra su fortaleza ante la imágen de Cristo, cuyos brazos están siempre abiertos para abrazar á los que por El padecen. ¡Sólo Dios basta!

En esta escena acaba, en rigor, la acción dramática. Rusiñol le ha añadido un epilogo, la muerte del místico. Miguel, el esposo de Marta, ha muerto víctima de su amor á la humanidad, otra especie de misticismo, y Ramón, apurado todo su cáliz, confesando su amor humano, sacrificado en aras del amor divino, entrega su alma á Dios, mientras los mundanos lamentan, ó fingen lamentar, la muerte del gran poeta, del varón justo, del imitador de Cristo·

El Místico *es la obra de un dramaturgo de gran potencia intelectual y poeta de inspiración altísima.*

*
* *

A continuación damos una de las escenas más interesantes de drama.

ACTO II

ESCENA IV

P. Ram.—Entra.

Marta. – ¡Ramón!

P. Ram—Levántate. ¿Qué quieres de mí.

Marta.– ¡Perdón!

P. Ram.—No me toca á mí perdonar.

Marta.—¡No soy culpable, Ramón!... ¡No soy tan culpable como puedes creer!

P. Ram.– No te culpo, te compadezco.

Marta. Dime que perdonas. ¡Por caridad dílo!

P. Ram.—La misión mía es perdonar. ¡Puedo no perdonarte á tí!.... ¿A tí que vienes, no como mujer caída, como criatura esperanzada?

Marta.– Necesito explicártelo todo, Ramón. Necesito explicártelo toda. ¡Lo necesito!

P. Ram.—Estoy pronto á oirte. Habla.

Marta.—Huí de la montaña porque me moría. Me lo puedes creer. El corazón se me escapaba y no podía sujetarlo. Huí porque no encontraba á quien amar; á quién entregar el mundo de cariño que llevaba dentro de mí, destrozándome el corazón, matándome. Sí, Ramón; matándome. Huí..... No sé qorque huí..... Porque estaba sola... porque no estaba tú.

P. Ram – Recuerda Marta, de que este Ramón con quien hablas ahora, no es el Romón de antes. Aquel Ramón ha muerto. Hablas á un sacerdote.

Marta.– De sobra lo sé. Cuando abandoné la montaña, vine á la ciudad y busqué la casa del sacerdote. Fuí á llamar á la puerta y el aldabón me dejó las manos escarchadas; un frío de hielo venía del interior de la vivienda y me alejé corriendo, avergonzada, como si hubiese cometido una cobardía.

P. Ram. ¿Dónde fuiste?

Marta.—Lo ignoro. Corría sin descanso. Iba atontada, como los pájaros cuando salen del nido por primera vez; perdida y á perderme. Estuve en una escuela de auxiliar; serví; caminé de casa en casa y de tienda en tienda, buscando mi desdicha. Al fin me detuve.

P. Ram.– ¿Quién fué... él?

Marta. – Uno. El que me dijo lo que yo quería que me dijesen.

P. Ram. – ¡Pobre Marta! El era...

Marta.– Uno; ¿no oyes que uno? Porque has de saber, que él no era nadie para mí; que han llegado momentos durante los cuales he creído que no era él quien me hablaba, que estaba sola escuchando una voz que sonaba lejos, muy lejos; él no fué más que algo

que se puso delante de mí, con los brazos abiertos. Yo caí, caí, ¡te lo juro! sin saber en los brazos de quien caía.

P. Ram.—Tu alma ha estado en peligro de muerte.

Marta.—Lo sé, pero yo he nacido para amar. Hasta cuando no amo á ninguno, amo.

P. Ram.—Tu corazón pervertido te engaña.

Marta.—No está mi corazón tan pervertido como supones. Mi corazón busca y no encuentro y quiere aturdirse.

P. Ram.—¿Qué puedo hacer por tí?

Marta.—Salvarme ó perderme, Ramón. Vengo á pedirte que me salves. Te lo pido por mi hijo, por tu inagotable bondad, por e recuerdo que conservas de aquellos días.

P. Ram. Aquellos días se han borrado de mi memoria.

Marta.—Te engañas, quieres engañarte á tí mismo. Para borrarse eran demasiado claros y demasiado hermosos.

P. Ram.—Haz cuenta de que no han existido.

Marta.—¡No, no te vayas por el amor de Dios, no me dejes! ¡No te hablaré más de ello! ¡Te lo juro! ¡Pero óyeme! ¡Ampárame! ¡Por mi salvación¡ ¡Por la tuya! ¡Por la de mi hijo!

. *Ram.*—¿Qué he de hacer?

Marta.—No dejarme.

P. Ram. No te dejaré.

Marta. Dejarme... que me quede aquí.

P. Ram.—¿Aquí dices!.... Nunca.

Marta. Si tienes miedo de la gente, viviré oculta, como si no existiera; viviré en el rincón más negro de la casa; no saldré, nadie me verá

P. Ram.—Dios lo vé todo.

Marta.—Es que Dios podrá verlo. A tu lado seré una hermana de la caridad, tendré compasión por los caídos, velaré por los huérfanos, seré una esclava, una arrepentida.

P. Ram.—No me ruegues. ¡Ten piedad de mí!

Marta. - Tenla de mí, tú.

P. Ram.—La tengo para salvarte y te salvaré; pero no en esta casa.

Marta.—Fuera no podrás conseguirlo; no sé volar. El viento se me lleva y me pierdo.

P. Ram.—Yo te guiaré.

Marta.—¿Dónde me guiarás? ¿Dónde quieres que vaya?

P. Ram.—Déjalo de mi cuenta. Encontraré para tí una casa honrada. Te la encontraré aunque necesite pedirlo de rodillas. Allí podrás vivir cristianamente y criar á tu hijo. Yo le enseñaré á leer cuando sea mayor, como te enseñé á tí. Iré á verte siempre que se trate de tu hijo. ¿Vivir tú en mi casa?.... No me lo pretendas. Ni lo puedo ni lo quiero hacer. Aunque quisiese, no lo haría.

Marta.—Sólo eso me aconsejas.

P. Ram.—¿Qué más puedo hacer? ¿Qué más puedo aconsejarte?....

Puedo decirte que únicamente en la religión encontrarás dicha y esperanza. Pero tú no me creerás.

Marta.– No.

P. Ram.—Puedo decirte que ese amor, ese fuego que sientes arder dentro de tí, no es más que ceniza; que solo el fuego divino se hace llama; pero no me creerás tampoco.

Marta.—Hoy no.

P. Ram.—Puedo decirte que cuesta mucho apartar los ojos de la tierra para lavantarlos al cielo; pero que una vez los ojos hechos á mirar al cielo, no vuelven á ponerse en la tierra.

Marta.- No sé mirar tan alto.

P. Ram.—Puedes aprender. Yo he aprendido.

Marta. –Eres hielo, Ramón. Se desprende de tus palabras un frío que me escarcha las manos; parece el mismo que sentí cuando escapé de la montaña y vine á llamar á tu puerta.

P. Ram.—El deber siempre es frío.

Marta. Me tienes por mala, ¿verdad?

P. Ram. –Te tengo por extraviada. Si la pasión que sientes por el mundo se la consagrases al amor del espíritu, serías algo mejor que una mujer. Serías una santa.

Marta.—Tú me lo hubieras hecho ser.

P. Ram. Caminas por el fango. Cuida de que el fango no te agarre los pies.

Marta.—Tú me sacarías.

P. Ram.—Te negarías á escucharme.

Marta.—Si me hablases como ahora, te escucharía inútilmente. Me hablas de tan alto que no te oigo ó no te comprendo. Me hablas como si fueses una memoria muerta que habla; como si me hablases desde la tumba. Yo necesitaba otros consuelos. Hubiera deseado encontrarte más mío, más como antes; oir la voz de la juventud; aquella voz que era mi alegría. Buscaba la mano del amigo, no la palabra del confesor. Me creía abandonada, pero no tanto.

P. Ram.—Vamos, vamos, tranquilízate. Y ahora... vete. Te lo suplico.

Marta. - ¿Me echas?

P. Ram. - No te echo, pero déjame. Yo buscaré sitio donde te protejan y te quieran, donde te puedan estimar; lo encontraré y pronto... Ahora te lo vuelvo á suplicar, déjame, necesito, estar solo, reflexionar; necesito...

Marta. - ¿Quieres que espere?

P. Ram. No... Sí... Espérame... pero déjame.

III.—La nit de l'amor

El argumento del poema lírico de Santiago Rusiñol y Enrique Morera, estrenado en Romea, es una variación más sobre el tema eterno del amor. Es un argumento sencillo, humano, escuetamente

tratado, quizá tratado demasiado escuetamente, para interesar á un público reunido en una sala. En una masía del campo ocurre el drama.

Viven allí un labrador viejo y su hijo, casado con Teresa. Teresa es joven; no ha llegado á enamorarse de su marido; no ha encontrado el únizo consuelo posible para la mujer honrada, sometida á las angustias del alma que se siente sola, sola irreparablemente. Su marido es duro, egoista, un esclavo del trabajo, apegado á la tierra, que por mucho que produce no colma sus ambiciones. Ama la luz, la verdad; se burla de las consejas del abuelo, de las tonterías de Teresa, que tiene el corazón lleno de aspiraciones vagas.

La única nota alegre en aquel hogar sin hijos es el Avi, *el abuelo, que conserva el alma joven, esa alegría perenne de los viejos que en sus juventudes pellizcaron á las buenas mozas y fueron la diversión de las romerías y el bullicio de los bailes*

En la aridez de aquel hogar sin cariño. Teresa acaba por enamorarse de un cazador que ella varias veces ha hallado rondando la masía en la noche de San Juan El cazador es para ella lo desconocido, lo que se ama por imposible. La noche de San Juan, cuando el drama ocurre, Teresa tiene noticia de que el cazador espera en el bosque. Concluyen los cantares alrededor de la hoguera; la gente se va; el abuelo y el marido ss retiran á dormir, Teresa se queda sola, sentada á la puerta de la masía frente á los últimos rescoldos del fuego, ensimismada en la quietud, llena de amores, de la noche de luna.

El cazador aparece en la linde del pinar. Llama á Teresa, se arriman, la atrae, la besa; quiere que huya con él La mujer está á punto de entregarse, cuando oye en el interior de la masía la voz de su marido que la llama. El cazador se esconde entre los árboles; el marído, el hereu, *que ha oído el diálogo, sale de la casa; intenta arrancar á su mujer el secreto de aquellas voces; Teresa resiste. El* hereu *se lanza contra ella brutalmedte. Y entonces surge del pinar el cazador. «Conmigo estaba», dice. En el bosque los dos hombres, se desafían. Suena un tiro, después otro. El cazador cruza por el fondo de la escena y grita desde lejos á la mujer que llama, que pide auxilio: «¡Teresa, hasta otra noche!»*

Ese es el drama. Un drama rápido encerrado en un acto único, escrito en el lenguaje brillante, poético y vivo que recuerda las prosas líricas de Rusiñol. Las escenas más hermosas son, indudableménte, la del abuelo junto á la hoguera, la del glosador y la del cazador y del hereu.

Hay en ese drama algo que para mí vale más que el drama mismo, las figuras y el símbolo que Rusiñol encarna en ellas. Es la noche Rusiñol la describe admirablemente en las cortas líneas en que encabeza el drama; la noche es quizá lo más hondamentc sentido, lo más nuevo que hay en las canciones y en el diálogo del poema estrenado.

¡Noches de luna, noches de amores. Los que habéis vivido aislados en las viejas masías ó en algún pueblo pequeño conocéis bien como llegan al alma!

«La nit de l'amor» pertenece al mismo género de «L' alegria que pasa.» Es una página hermosa, una página llena de poesía, de vida. Sin apartarse de la realidad, Rusiñol ha escrito un poema que trasciende más allá de la realidad misma, del hecho concreto, base del drama.

M. Sarmiento.

*
* *

Es á media noche A un lado una gran masía, plateada por la luna; delante, una era; al lado opuesto, un bosque de pinos altos y rectos como columnas; al fondo, el bosque, y más allá el llano. El cielo sereno con el parpadear de las estrellas y la luna que declina al occidente. En primer término una hoguera, otra más distante y otras más lejanas encendidas en la llanura y en el monte Es una verdadera noche de estío, con la solemne quietud de las noches serenas; con la melancólica claridad de las noches claras; una de esas noches en que las canciones parecen encontrar más espacio para dilatarse y más alegria en los corazones que las escuchan Es la noche de San Juan

Asi describe Rusiñol magistralmente el cuadro que encierrra «La nit de l' amor» el poema lírico.

Ahora vean nuestros lectores una de las escenas culminantes del poema:

ESCENA VI

Teresa y el Cazador

El cazador.—¡Teresa! ¡Teresa! ¿Qué no oyes?—*(Teresa permanece ensimismada)*—¡Soy yo! No me escuchas. Despierta.

Teresa.—No sé si te oigo ó si sueño.

El cazador.—No sueñas, no; tú me esperabas.

Teresa.—¿Cómo lo sabes?

El cazador.—Lo sabia. No he venido mientras ardió el fuego; pero te veia cruzar entre las sombras; y por la sombra te conocí.

Teresa.—¿A mí?

El cazador.—Te conocí porque la sombra temblaba; yo conozco los secretos de las sombras, y mucho más cuando es una sombra querida.

Teresa.—¡Dios mio! ¿Para qué has venido? Me das miedo.

El cazador.—¿Miedo? ¿Por qué?

Teresa.—Porque te espero, y no sé casi quién eres.

El cazador.—Ni quieras nunca saber quién soy. Piensa que soy el deseo que llega, lo desconocido que amas, lo que parece existir y no existe. Piensa que sueñas, que es muy dulce el soñar, y sigue soñando.

Teresa.—¿Y cuándo me despierte?

El cazador.—Sueña mientras puedas, que cuanto más dura la ilusión más dura la vida.

Teresa.—Yo no sé nada de la vida. ¡Qué culpable debe de ser cuando te espero, sin saber por qué te espero!

El cazador.—¡Y qué has de ser culpable! Me esperas porque no eres tú quien me espera: es ese no sé qué que no nos cansamos nunca de esperar; el amor que quiere tender las alas, que quiere salir del nido del alma; ansia de huir de lo que llaman la verdad, y no es la verdad; de todo eso que si fuera la verdad nos haría preferir la mentira.

Teresa.—Quizá tienes razón; quizá lo creo porque tu me lo dices.

El cazador.—¡Y es claro! Por eso, porque creo tenerla, estoy borracho de tí, por lo que eres tú y por lo que yo me imagino que eres.

Teresa.—Dios mío. No sé donde me encuentro.

El cazador.—¡Y que te importa! Cierra los ojos á la realidad, y mírame: estás conmigo.

Teresa.—¿Pero de donde vienes y por qué vienes?

El cazador.—Porque soy el que ha probado el amargor de la hiel de la vida, y busca la miel de lo imposible. ¡Yo también he visto el mundo á la luz del día como es, hermoso por fuera y lleno de crueldades por dentro! También he bebido toda la maldad de los hombres. También las uñas se han clavado en mi carne. Yo he llevado mi corazón á la luz del día, diciendo á todos: «Miradlo; aquí está; y uno me arrojaba una piedra; otro un desengaño; otro la baba de la maldad; hasta que volví a encerrarlo aquí dentro, dentro, bien dentro, y de aquí no lo saco más que para quererte á tí, á tí que no eres verdad de la tierra.

Teresa—¿Y de día también?

El cazador.—De día espero la sombra. La sombra no engaña como la luz.

Teresa.—Y como vives para vivir.

El cazador.—Vivo velando á los que duermen, vivo á solas conmigo, teniéndote aquí, en lo más íntimo del alma, como mi única compañía.

Teresa—¿Es verdad? Dios mío.

El cazador.—Y aquí te llevo y te quiero. Te quiero como se ama á todo lo que apenas hemos visto; como si fuese yo un ciego y tú lo desconocido; como si fueras tú la flor de las tinieblas.

Teresa.—Yo no sé explicártelo; pero yo te quiero así también; te quiero quizá porque nunca he hallado en tí el egoismo de los otros hombres, ó porque eres tú más que todos ellos; ó porque así te veo yo. No me falta nada en la tierra; muchas me envidian. Y yo cuanto más dichosa me creen, más me siento arrastrada hacia tus brazos, hacia tus labios que es lo único que conozco de tí.

El cazador.—Ven; ven siempre.

Teresa.—Siempre, y mucho más cuando me siento sola; no cuando no tengo á nadie á mi lado sino cuando me siento sola. Hay día que, cuanto más gente me rodea más sola me hallo. Y más, mucho más al anochecer, cuando tocan las campanas la oración, y cuando me siento triste ó alegre; y hoy más que nunca, hoy. sobre todo. Créeme, hoy sin tí ó sin tu recuerdo la añoranza me mataría.

El cazador.—¿Y sabes por qué?

Teresa.—¿Cómo quieres que lo adivine?

El cazador.—Porque casaste tu cuerpo; pero no casaste tu alma;

al alma no se la gobierna cuando siente sed de cariño; se rebela cuando se ve sola. Esta es la noche de los desamparados del amor; de los que no podemos tener hogar; de los que no ajustamos cuentas; de los que vivimos del aire del cielo, del amor del cielo. Hay hombres que lo consiguen todo en el mundo: dinero, felicidad, poder; hay otros que no tienen nada. Por eso Dios ha escogido un instante en que se despierta y une á las almas para darles en un solo momento todas las alegrías juntas mas grandes que todas las demás alegrías que pueden alcanzar los otros hombres.

Teresa.—¡Si! Tienes razón.

El cazador.—¿No vivimos más ahora, viéndonos juntos, que en todo un año de monotonia?

Teresa.—Si; vivimos más.

El cazador.—No darias por un beso en la boca todo un año de sequedad del alma.

Teresa.—¡Cien años daría!

El cazador.—¡Pues escúchame, vida mía. La vida se cuenta por los momentos de felicidad que tenemos; esta noche el cielo, la tierra, todo se une para formar un nido á nuestras almas; querámonos sin miedo, sin temor, que hoy todo nos ampara y nos convida. ¡Ven! ¡Ven conmigo!

Teresa.—No, ir no; de aquí no puedo moverme.

El cazador.—Pero, ¿no vez que aquí nos sorprenderá la verdad, que el sol se acerca y que la ilusión huye? ¡Ven conmigo, amor de mi vida, conmigo! Te llevaré al bosque, te llevaré á tierras de soledad para querernos á solas, á rincones escondidos, donde no entra ni la luz de la luna.

Teresa.—No; ir, no.

El cazador—Yo conozco todos los rincones de quietud, de una quietud que no escucha, que abriga, y guarda los secretos de los que se quieren.

Teresa.—No puedo moverme de aquí.

El cazador.—Yo sé dónde los pájaros hacen sus nidos, dónde los pájaros nos harán lugar para que nosotros anidemos también; lechos de flores que llorarán aromas nuevos al vernos; yo no ignoro nada, de la noche. No dejemos que pase, vida mía. Es la noche de San Juan, la noche de juventud y las noches de juventud pasan y no vuelven.

Teresa.—¡Calla, por Dios!

El cazador.—¿No me quieres?

Teresa.—¡No puedo quererte más!

El cazador.—¿No ves que ya amanece; no ves que si el sol abre los ojos, huirá el amor?

Teresa.—No veo nada. No te veo más que á ti.

El cazador.—Y te llevaré en mis brazos si no tienes fuerza; en el aire, como si llevara la custodia de la noche.

Teresa.—No.

El cazador.—Si no quieres mover tus labios para besarme, yo abriré tu boca y dejaré en ella mi amor y mis besos.

Teresa.—¡No me atormentes!

El cazador.—Y si quieres, ten mi vida, pero no me dejes en esta noche.

Teresa.—¡Dios mío, no puedo más! ¡Aquí me tienes! ¡Tuya!—*(Se le arroja en los brazos).*

El cazador.—Así te quiero. Sin verte y sintiéndote mía.

(Le da un beso largo y silencioso; mientras permanecen abrazados se oye lejos un coro de segadores. Comienza á apuntar el día).

Ignacio Iglesias

—

I El autor

La literatura catalana, ha escrito Martínez Sierra—sobre todo la literatura dramática—tiene para nosotros el interés excepcional de descubrirnos la realidad de la vida de Cataluña. Cataluña es España, ciertamente; pero Cataluña tiene un matiz de civilización distinto del de por acá, un modo de vida diferente al nuestro: ideas que á nosotros nos parecen aún harto atrevidas, son allí familiares hasta á las mismas gentes del pueblo; no hay posibilidad de comparación entre el obrero castellano, impulsivo, inconsciente, resignado tal vez en demasía en unas ocasiones, injusto en otras, siempre ignorante y casi siempre mal pagado, y el obrero catalán, que sabe leer y entender lo que lee, que se ha dado cuenta de su dignidad humana, que trabaja mucho, pero que come casi siempre.

De esta vida moderna de la gente trabajadora son retrato fiel casi todas las obras dramáticas de Ignacio Iglesias; por esto digo que tiene su representación entre nosotros valor de verdadero estudio social. Tambien, como literatura, tendrá representada en castellano la obra de Iglesias valor de descubrimiento: sus dramas y comedias son lo menos comedia *posible, entendiendo comedia en el sentido vulgar de ficción. Nada hay en* Los viejos, *en* El corazón del pueblo *en* Fructidor, *en* Fuego fatuo *que no lleve el sello de la más absoluta realidad. Con abnegación casi inconcebible, Iglesias ha sacrificado todo efectismo, todo artificio, toda ayuda episódica ó meramente accidental, extraña á la vida, á la vida* vivida *de sus personajes; ni una palabra ni una situación hechas para buscar aplauso, para halagar al público, para hacer resaltar un* protagonista.

El procedimiento de este autor es un modelo de honradez dramática: en todas sus obras está proscrita la literatura. *¡Cómo hablan sus viejos y sus viejas—creo que estas viejas, mujeres y madres de obreros, buenas, gárrulas, llenas de amor que sabe á tierra, son los tipos delineados con más perfecta naturalidad en la obra total del dramaturgo catalán—; con qué sencillez, digna y resignada, dicen sus penas ó cuentan sus recuerdos! ¡Qué fuera de todo convencionalismo escénico*

está la alegría de las muchachitas que viven y que quieren, sin hablar casi nunca de vida ni de amor!

Hay un tipo que Iglesias parece tratar con preferencia, y aun consagrarle especial cariño, y que, sin embargo, no resulta simpático: es el obrero joven que ha leído, que piensa mucho, que hasta escribe, y que sueña con las grandes palabras—Humanidad, Progreso,—el Agustín de Los viejos, *el Eidel de* El corazón del pueblo. *¿Por qué estos personajes que piensan bien y realizan actos nobles no llegan á apoderarse de nuestra simpatía? ¿Por qué nuestro corazón los rechaza, aunque el pensamiento los tenga por buenos? ¿Es que no son tan reales como los otros? Acaso; pero acaso también esta falta de simpatía esté basada en razones de* exotismo, *en la diferencia de matiz antes apuntada: nosotros, que comprendemos—comprender casi es simpatizar—obreros que sienten y que matan, como Juan José, no sabemos de obreros que razonan y se sacrifican, como Agustín.*

Tampoco son, en general, simpáticas á nuestro público las heroínas de Ibsen y de Bjornson, por lo mismo, por incomprendidas: el conflicto de Nora en Casa de muñecas *parece á casi todas las mujeres españolas una sandez, y el noble arranque justiciero y airado de la protagonista de* El guante *es para mujeres y hombres de esta tierra de una petulancia insufrible.*

El realismo de Iglesias se manifiesta, sobre todo, en la naturalidad del diálogo, que es, en ocasiones, sencillamente prodigiosa, no solo de forma, sino de fondo. Todos los personajes hablan de lo que necesariamente les interesa: del telar, de la fábrica, del jornal, del compañero que se ha muerto, del amo, y de estas conversaciones lentas y prolongadas va surgiendo el asunto, como una niebla que penetrase en el espíritu y allí tomase forma; parece que no hay nada preconcebido, que el autor ha sido un espectador más, que el asunto se le ha revelado oyendo hablar á aquellas buenas gentes.

Y precisamente de esta inexorable veracidad, *que es cualidad tan alta, arranca para mí el principal defecto de las obras dramáticas de Iglesias. Todas son grises; más, color de tierra; todas carecen de poesía—justo es hacer una excepción para* La madre eterna, *única á mi entender, en cuya trama ha entrado un rayo de sol y una bocanada de viento perfumado, tan reales este sol y este perfume campesino como todos los demás elementos de este teatro personalísimo.*

Falta en él, digo, la poesía. ¿Por qué? ¿La vida tan fielmente copiada no la tiene? Tiénela; pero la obra del artista está precisamente en descubrirla, y para dar con la poesía de las vidas vulgares, con las palabras cotidianas, no basta ser excelente observador, hay que ser poeta.

Iglesias no es poeta, aunque haya escrito versos que no conozco;—no es poeta en sus obras dramáticas. Faltan en ellas esas sublimes incoherencias que la pasión inspira á los más humildes; falta la suavidad de línea, bruscamente truncada por un arranque de exaltación

ó de amargura. Llega la muerte, y hasta la muerte llega sin que la poesía estalle.

Esto de la poesía en el Teatro creo yo que es como la sal de las obras, y no se opone en nada á la realidad, sino que forma parte inherente de ella; no aquella que consiste en el atildamiento del vocablo y en lo amerengado de las imágenes, ni siquiera aquella otra más real, que está en los bellos aspectos de la Naturaleza ó en el gesto de las nobles acciones, sino la poesía misma del vivir, la que está en la esencia de toda cosa y de cada dia, la que es á veces triste y á veces gozosa.

Iglesias es joven, ha escrito muchas obras dramáticas: L'escorsó, Fructidor, Fuego fatuo, La reclusa, Ladrones, La madre eterna, El corazón del pueblo, La reina del corazón, Los viejos *y* Juventud. *En todas ellas están de manifiesto su innegable personalidad, su dominio de la técnica teatral, la realidad de su diálogo—siempre que los personajes no hablan de amor—, su honradez de fondo y de procedimiento. No pidáis sutileza de gusto ni consuelo de romanticismo.*

Son obras populares porque hablan del pueblo, porque llevan dentro amor al pueblo; pero acaso aquella Reina que pidió á Lamartine libros que pudieran leer «las pobres aldeanas, las pobres sirvientas», echaría de menos en ellas un grano de idealidad sentimental.

M. Sierra.

II.—Joventut

Juventut, *es un bloque arrancado de la obra, ya conocida,* Els primers frets. *De ella se propone Iglesias sacar asunto para una trilogia hasta ahora sólo desarrollada en su primera parte Yo no sé hasta qué punto favorecerá esta división al pensamiento final del autor; pero, cuando por la extensión de la obra artística no resulta necesario, conviene, es de comprensión más fácil para el público, y más provechoso en sus resultados intelectuales, que el proceso genético del pensamiento se manifieste en una sola producción; de esta suerte, por la conexión clara que entre los hechos se establece y la excepción de la unidad sintética, es fácil advertir la idea rectora del autor.*

La acción se desarrolla en las montañas de Cataluña. En una cocina grande, con chimenea de campana, donde arde la leña, están sentados tres jóvenes payeses; la estancia hállase débilmente alumbrada; las primeras heladas comienzan á caer; es de noche; la serenidad augusta en que la naturaleza se envuelve nada parece turbarla; el momento escogido por el autor, y la sencillez al presentarlo, impresionan agradablemente. Las palabras salen de aquellos tres mozos pesadas y graves; envueltas en ellas brotan frases de conmiseración; que nos descubren el asunto del drama, y en él un sentido hondamente social. Deshonrada, con un hijo del que ignoran el padre, la Ció es despedida por el amo Cebria tan pronto como puede abandonar el lecho; las creencias de este señor hacen pasar sobre ella un

estigma infamante; delante de la casa se le presenta á Ció *la carretera, tan tortuosa como la existencia; le aguarda una vida errabunda, miserable, harapienta; todo lo espera con gusto; el dulce éxtasis de la maternidad exalta su amor; las fuerzas se le centuplican y coloran su vida con arreboles de esperanza; la humanidad no es mala, y no la abandonará cuando por ella camine extendidos los brazos y mostrando en ellos al hijo inocente. En el drama todo viene á converger en el sentimiento de madre; en la Ció solo queda una potente vida afectiva de forma crónica: de ella mana la idea única con su inmensa virtualidad.*

Ció aguarda para marchar la salida del sol; su cuerpo está aterido; pero sólo le arredra el que á su hijo pueda hacerle daño la escarcha; en esta espera se encuentra contenida toda la obra; la avalora la realidad del asunto, aunque no sea muy nuevo, lo fácilmente que se desenvuelve y la ternura exquisita que existe desde el principio al final; tal vez en escenas como la de Melcior *y Ció rebase aquél el límite de la piedad al ofrecérsele á ésta para lavar la falta que con ella cometieran; tal vez Ció exagere la abnegación en la escena final, al negar á los padres de Lari que éste lo es del niño que ella lleva, como afirma él con entereza; pero estos flecos pequeños que penden son de tan escasa importancia que casi son imperceptibles.*

La escena capital y decisiva tiene grande intensidad artística. Sentada á la lumbre, dándole el pecho al hijo y sola, Ció canta sus penas, sus temores; todo es melancólico, triste, plañidero;, la puerta del fondo, la que da á la calle, se abre; aparece Lari, el hijo de los amos, el padre del niño; muy quedamente llama á su amada; ella no le oye, y sigue hasta concluir su canción.

Se han hablado; la idea del sacrificio resalta con tintas vigorosas en Ció; ésta excita á Lari á que se retire; temeroso de que su padre los vea, así lo hace Lari; pero cuando la fatal orden va á cumplirse, preséntase y reclama su hijo; la impresión que Cebria *experimenta* al conocer al autor de la falta *no tuerce su rígido y caprichoso sentido moral: el perdón no lo conocen estas almas troqueladas en la trivial apreciación social; Ció y Lari se van juntos, porque «quieren vivir».*

Se ve actualmente en el teatro una tendencia al idealismo social, que muestra, de modo harto evidente, el adelanto del sentir en su oculto caminar; un misticismo especial ha sido engendrado, y una afirmación va aflorando y tomando cuerpo; quizás esté muy lejano el ideal por que nos movemos; pero la cantidad de idea-fuerza que encierra resulta elemento aprovechable. No está en Joventut *todo el complejo problema sexual; pero hay algo, y es más fácil enfocarlo desde el punto en que Iglesias lo deja que desde el en que actualmente suele ser considerado. Para edificar socialmente, observemos antes los hechos; porque, independientemente de su intención, siempre son transcendentales.*

R.

III - Fructidor

En «Fructidor», el verdadero drama termina al concluir el segundo acto, al decidirse Ramona á volver al lado de Sebastián, su antiguo amante. O mejor, al resolverse á volver al lado de su hija, que se halla en poder de Sebastián. Al menos es el drama que me interesa más, el menos escénico, el más hondo, la lucha del alma de una mujer entre el amor de madre, que la arroja en brazos del hombre que la deshonró, y su agradecimiento á Mateo, al marido que la recogió deshonrada y le dió su nombre, su cariño, su pan. Este es para mí el drama verdadero. Lo demás, el odio de Sebastián y Mateo, la muerte de Mateo, la huida de Sebastián y Ramona, son cosas previstas, drama de teatro, concesión del autor al público, que exige siempre, al final, un gesto airoso, una emoción última y violenta.

Es «Fructidor» un drama de tesis. Así lo indica claramente el mismo autor en la obra; así lo dice el señor Pou Pagés en la conferencia leída antes de comenzar el drama. Una conferencia muy bien escrita, pensada lúcidamente, á la que sólo se puede oponer un reparo: el de atribuir á «Fructidor» una intención que la obra no tiene. «Hay una moral, distinta á la moral timorata, injusta, sin entrañas que domina y rige la sociedad de hoy. Es la moral nacida de los impulsos sinceros de las almas, la moral que se rebela ante las viejas fórmulas inadaptables ya á nuestro modo de ser; fórmulas á las que se ha sacrificado y se sacrifica la felicidad de millares de gentes. Contra esas fórmulas ha sido concebido y escrito «Fructidor»; drama inmoral en cuanto se opone á las costumbres que privan aún en nuestros tiempos. Eso viene á decir el señor Pou Pagés en su conferencia.

Luego se alza el telón. Principian entonces las dudas del público. «Fructidor» es un drama de egoismo. No es el drama de un amor que lucha por abrirse paso contra los obstáculos legales que lo hacen imposible. Por celos abandonó Sebastián á Ramona; por celos la dejó con la hija fruto de sus amores. Pagó Sebastián la lactancia de la niña pero la mujer quedó abandonada en medio de las aridezces y los riesgos del mundo. En esa situación, Ramona encuentra amparo en el cariño de Mateo. Mateo se casa con ella, desafiando las burlas de los gentes; Mateo se brinda á recoger la niña que ha de recordar á cada paso en su vida con Ramona los amores de otro.

Pasa tiempo. Muere la madre de Sebastián. Este se ve solo en su casa, sólo con la niña pequeña que llama á cada instante á la abuela muerta, á la única madre que ha conocido. Sebastián busca entonces la compañía de Ramona, la reclama por suya después de haberla abandonado; moteja de intruso y de egoista á Mateo que la ha redimido generosamente. Y Ramona vuelve á él atraida, más que por amor al amante por cariño á la hija que Sebastián guarda, como un reclamo, en poder suyo El amor de hombre á mujer, base del conflicto, que llega á ser en «Fructidor» cosa secundaria.

El último acto es de un egoismo despiadado. Ramona, que en las primeras escenas ha reconocido la generosidad de su marido, pregunta á Mateo qué es lo que éste ha hecho por ella. Sebastián, en su propia casa mata de una puñalada á Mateo, y huye con la niña y con Ramona que se va sin pronunciar una frase piadosa, sin un impulso de remordimiento ante el cadáver de un hombre que fué generoso para con ella y que acaba de morir defendiendo su cariño.

El drama concluye con un detalle inexplicable, con un efecto dramático que destruye completamente la significación que el autor parece atribuir á la figura de Sebastián. Este—con refinamiento de criminal—no comprensible en un hombre bueno que mata cegado y arrastrado por el amor de una mujer—cierra la casa por fuera y arroja la llave por una ventana al interior.

En la tendencia del drama Ignacio Iglesias se ha equivocado en absoluto. No; si algo existe en este drama noblemente revolucionario de generosamente hermoso, es la figura de Mateo, la víctima, el hombre que desprecia las censuras del mundo, para recoger en sus brazos á la mujer deshonrada, abandonada por otro. Al plantear el conflicto, Iglesias ha tropezado precisamente en el obstáculo en que tropiezan todos los enemigos de las trabas legales, que hoy esclavizan á los que, una vez casados, llegan á odiarse. Inmoralidad habrá en el hombre que se resiste á abandonar á una mujer que no le quiere, que no le ha querido nunca; pero más inmorales son la mujer que se casa, por egoismo, con un hombre á quien no ama, y el hombre que abandona á esa mujer luego de haberla deshonrado, y que vuelve á ella al perder su madre, al verse solo en el hogar vacío.

Hay que advertir que se trata de una obra escrita hace bastantes años. Hoy Iglesias plantearía y resolvería, quizá, el conflicto de manera muy diferente.

Artísticamente los dos primeros actos son los mejores. El primero concluye con una frase cruda, valiente, brutal. El acto tercero, el de la fragua, sobra en absoluto. La rivalidad entre Sebastián y Mateo, ha estallado ya en el primer acto No hay para que insistir. En el cuarto acto, Iglesias vuelve un poco sobre el acto segundo, con esos titubeos y redundancias que se advierte en muchas de sus obras. Ramona, que viene con locos deseos de ver á su hija se detiene antes á hablar amorosamente con su amante, mientras la niña duerme en la habitación inmediata.

Hay en «Fructidor» escenas de emoción, de ternura; fragmentos de diálogo magistralmente hechos, con la concisión, con el dejo de vida que Iglesias sabe sorprender y arrancar de la realidad.

M. Sarmiento.

He aquí la escena final del drama:

Meteu.—(Después de entrar.) ¡Ramón!

Sebastiá.—¡Ramón, ven!

Meteu.—¡Yo te arreglaré!

Sebastiá.- ¡Ramón¡ (Va á buscarla en la habitación donde se halla su hija, sacándola por el brazo.) Ven, ven á encararnos con este hombre. (Colocándola frente á frente de su esposo.) Ya la tienes aquí. ¿Por qué la pides?

Meteu.—Porque la quiero. Es mía.

Sebastiá. - ¿Tuya?

Ramona. ¿Tuya? Nunca lo he sido. Yo soy de mi hija.

Sebastiá.—Y mía, mía, ¿lo oyes? (A Meteu.) ¡Bien mía! ¡En cuerpo y alma!

Mateu.—Pues no lo será.

Sebastiá.—¿No lo será?

Mateu.—No; porque yo la amo.

Sebastiá. Primero la amé yo, y ella me adora. Vete de casa si no quieres que te mate.

Meteu. Lo mismo me importa que sea en tu casa como en la calle. ¡La quiero, y se ha concluído! Tengo derecho á ello. Es mi esposa.

Sebastiá.—Esposa que te aborrece.

Meteu.- Yo le devolví la honra.

Ramona. (Se coloca delante de su esposo, mirándola cara á cara.) Tú no has hecho nada de provecho por mí. Tu buena voluntad sólo me ha causado daño. Si tú jamás ne hubieses hablado, Sebastiá no se hubiese sentido celoso ni yo me hubiese visto obligada á casarme contigo; tarde ó temprano, él hubiera sido mi esposo. Ahora tan sólo Sebastiá y yo podemos unirnos en alma. Tú nos lo privas todo. Déjanos, y sé bueno, como lo fuiste en el punto de mi desgracia. Yo te agradezco el sacrificio que hiciste. Déjanos y olvídanos.

Meteu.—No, no quiero dejarte.

Ramona.- ¿No quieres dejarme?

Meteu. - ¡No! ¡Nunca!

Sebastiá. - (Con impaciencia.) ¡Qué tanta cosa!

Ramona.—Escucha, Meteu, y habla con el corazón: ¿no comprendes el daño que nos estás causando? ¿No comprendes que yo nunca puedo ser tu esposa?

Meteu.- Pero lo eres, y te quiero.

Ramona—Es decir, ¿qué me quieres por la fuerza? Meteu, no sé si eres bueno... ó si eres malo; lo que sí sé es que me haces una desgraciada.

Meteu.—Nada te valdrá; te lo juro.

Sebastiá. ¿Y qué conseguirás, aun cuando me la arrebatases, si te aborrece? ¡Si también huiría ó se mataría, sólo por no estar en tu poder!

Meteu.—Me contentaría con poderla mirar, aun cuando fuese necesario atarla.

Sebastiá. - Pues no lo obtendrás; tira por donde quieras.

Meteu. ¡Por fuerza, pues!

Sebastiá.—¡Nunca!

Meteu.—¡Sí! (Arremete á Sebastiá con un puñal. Caen ambos, quedando Sebastiá encima de Meteu y dueño del puñal.)

Sebastiá. ¡Nunca, nunca seré tuya!

Ramona.—¡Meteu, por caridad!

Meteu.—¡Por fuerza!

Ramona. – ¡Sebastiá! ¡Meteu! (Tratando de separarlos.)
Sebastiá.—¡Nunca! (Empuñando el arma.) Arre... á pudrirte!
Ramona.—¡No, no lo mates!
Sebostiá. – (Clavándole el puñal en el corazón.) ¡Nunca, nunca será tuya!
Ramona. ¡Pobres de nosotros! (Reconociendo el cadàver.) ¡Muerto! ¡Muerto! (Corre á la habitación, recoge á su hija y, cogiendo por el brazo á Sebastiá, que aun se halla junto al cadáver de Meteu, le dice:) Vamos. ¡Huyamos de prisa, de prisa!
Sebastiá. – (Despertando de una especie de letargo.) ¡Vamos!
(Apaga la luz y abre con cuidado la puerta del fondo. Ramona, con su hija, salen precipitadamente. Después sale Sebastiá, cerrando la puerta y mirando cautelosamente. Se oye que tira la llave al suelo después de cerrar.)

IV La madre eterna

La madre eterna *es la obra de un verdadera autor dramático é inspirado poeta. El argumento lo constituye un asunto hermoso e iuteresantes e tá desarrollado con mucho acierto, y hasta el final man'iene viva la atención del espectador, despertando en él l1 legitima emocion que produce siempre la expresión acertada* y *real de los sentimientos humanos.* La madre eterna *es una hermosa obra, construida con verdadero arte, sin r c rsos forz dos, sin efectismos violentos, sin episodios inoportunos, y en ella se aprecian, además de los resursos de verdadero arte de su autor como dramaturgo, y de su inspiración y ternura como poeta, la delicada observación de la vida. Los personajes están trazados con vig r, dibujad s con arte, dentro de la más exquisita naturalidad.*

Fulgencio, inspirado poeta, espíritu altruis'a, está pa ando una temporada con objeto de restablece su quebrantada salud, en 'a masia *de Andrés, con quien viven su hijo Gabriel, que sigue la carrera eclesiástica, y su sobrina María. Fulgencio, enamorado de la Naturaleza y amante de los humilde, vive allí entre l s trabajadores de los* masia *y goz ndo de los encantos que ofrece la vida del campo. Lee á l s tra a adores sus versos, les habla de muchas cosas nuevas, y esto tiene d sgusta'o á Andrés que acusa al poeta de no darse á respetar de aqu llas gent s y de trastornarles el c.rebro con la predic ción de ciertos deas.*

Dando al simbolo *lo que es del símbolo, puede decirse que Andrés encarna las ide s y preocupacion s de la sociedad actual, y que Fulgencio representa las ideas nuevas, la solidaridad humana, el amor universal, las utopias de los soñadores en la humanidad como gran familia.*

Fulgencio advierte que e tre Gabriel, y su prima María, hay una poderosa co riente de simpatía que los atrae y los empuja. Como el amor es ley de la vida ley de l1 madre eterna, *el poeta h ce á Gabriel y á María descubrir sus propios sentim entos, per urba sus conciencias, impu sándolos á que dejen obrar á su corazón, á que se ameu sin que les arredr la oposición de Andrés.*

Este, advertido de lo que ocurre, quiere impedir que ese amor continúe; invoca y emplea para ello todos los medios de su autoridad paternal, s n resultado, hasta que al fin cede y consiente en que los en morados se unan.

Fulgencio, satisfecho y contento, no nota que la muerte lo acecha; pero ésta lo sorprende cuando está leyendo unos vsrsos á aquellos trabajadores, «que tienen también d.recho á la poesía.»

Este es el asunto, reseñado en muy breves líneas; por lo que he dicho respecto á cómo está hecha la obra, comprenderán los lectores que La madre eterna *es de muchísimo interés dramático; tiene escenas hermosas, y no son las de menos mérito las puramente episódicas. La que pone fin á la obra es un cuadro admirable. La forma literaria hace honor al poeta: clara, elegante, sin abusos de retórica gastada, abunda en hermosos conceptos y en frases poéticas.*

El diálogo es movido; y aunque Fulgencio aparece como el hombre de ideas nuevas, no es en ningún momento predicador ni pedagogo. El autor, cuyas ideas expone el protagonista de la obra, cuida de ser todo lo impersonal posible.

(De un artículo de J. Pereira.)

Escena segunda del acto segundo de *La madre eterna*

FLORENCIO Y GABRIEL

Gabriel.—(Bajando la escalera.) Bien madrugas, Florencio.

Florencio.—Ya lo ves, más que tú.

Gabriel.—Como los pájaros, que al amanecer cantan.

Florencio.—¿Te burlas del poeta?

Gabriel.—(Sentándose junto á la mesa.) No.

Florencio.—(Después de examinarle bien.) Hoy has dejado los hábitos.

Gabriel.—¡Dichosos hábitos¡...

Florencio.—(Bromeando.) Pareces otro.

Gabriel.—(Con tristeza.) No te burles, ya que sospechas demasiado mis sufrimientos.

Florencio.—No sé á qué te refieres. (Pausa.) Dímelo.

Gabriel.—Profanaría un santo recuerdo; ¡perdóname!

Florencio.—Temes, sin duda, alguna indiscreción. (Se levanta y va al foro.)

Gabriel.—No lo interpretes así.

Florencio.—¿Acaso no he sabido hacerme acreedor á tu confianza?

Gabriel. Sí, Florencio; en absoluto. (Pausa.)

Florencio.—(Acercándose á él.) ¿Es que se va enfriando tu vocación?

Gabriel.—(Después de una pausa) Voy sospechando que jamás la tuve.

Florencio—¡Ah! ¿Conque no?

Gabriel—(Pausa.) ¡Que noche he pasado¡... No podía olvidar nuestra excursión de ayer.

Florencio,—(Entusiasmodo.) Sí, hermosa... ¡Con aquel sol espléndido, que tendía sobre nosotros sus inmensas alas de oro¡...

Gabriel.—¡Y al recordar los campos segados por la hoz, á cuyos golpes doblaron sus tallos las amapolas, la tristeza invade mi sér! ¡Y cuando pienso en la dura labor del campesino, trabajador

constante y esclavo de la fortuna de los menos, siento con mayor intensidad el dolor humano!

Florencio.—(Sonriente.) Te desconozco.

Cabriel.—Y sin embargo... ¡Cuán tentadora es la vida!

Florencio.—(Dándole palmaditas en un hombro) Más que la Teología, ¿eh?

Gabriel.—A tal punto me llevaron esas meditaciones, que al besar la tierra los primeros rayos del sol no sé lo que he sentido... Suspiraba con fuerza impetuosa, con espasmos de amor.

Florencio.—Es que tu sangre joven se rebela.

Gabriel.—Tú, Florencio, que has leído dentro de mí, ayúdame á orientar el espíritu.

Florencio.—Hasta hoy no has reparado en el camino que emprendistes ni en las flores que rodean tu existencia... Mirabas al cielo tanto que olvidaste las cosas de la tierra, y las punzadas de sus espíritus te despiertan.

Gabriel.—Esas espinas las tengo aquí (en el corazón) clavadas.

Florencio.—A ti, del día sólo te atrae el crepúsculo, la soledad, lo que muere... La brillantez del sol te anonada... Huyes del mundo horrorizado por tantas luchas y miserias, sin cuidarte de buscar lo bello... ¡Qué contraste nosotros dos!... Tú, que derrochas salud, ¡ya lo ves! eres el poeta de la Muerte... Yo, que advierto mejor cada vez los progresos de mi mal, soy el cantor de la Vida.

Gabriel.—No; yo siento el afán de vivir, lo mismo que tú, quizá con mayores anhelos que tú... ¡Pero no me es posible volver atrás!

Florencio.—¿Cómo es eso?

Gabriel.—¡Un dia juré que sería ministro de Dios!

Florencio.—¿A quien lo juraste?

Gabriel.—¡A mi madre!... Momentos antes de expirar me pidió que fuera sacerdote.

Florencio.—¿Y estás decidido á serlo?

Gabriel.—(Con resignación.) ¿Qué he de hacer?... ¡Por ella, nada más que por ella!

Florencio.—¿De modo que por tu madre, ya muerta, vas á sacrificar tu juventud, preñada de ilusiones?... ¡Oh, eso no puede ser!... Eso es contra Naturaleza.

Gabriel.=Pocos años tenía cuando hice esa promesa. Pensé entonces satisfacer la última voluntad de mi pobre madre. No fué mi consejera la reflexión; fué el sentimiento, el tierno sentimiento filial... Y ahora que soy hombre, que gozo el pleno uso de mi razón, ¿por qué he de cumplir un juramento de niño?

Florencio.—Sigue tu impulso natural...

Gabriel.—¡No es posible ya!

Florencio.—¿Y esa pobre criatura?

Gabriel.—¿María?

Florencio.—Hazla dichosa... ¿No la amas?

Gabriel. —(Sosteniendo gran lucha.) ¿Y mi padre?... ¿Y el pueblo, que adora en mí?

Florencio.—(Después de una pausa.) ¿No encuentras medio de resolver el problema?

Gabriel. ¡Ninguno!

Florencio. - Y faltándote la vocación, como tú dices, ¿no puede eximirte la Iglesia de promesa tan dura?

Gabriel. Si; eso sí.

Florencio.—¿Por qué afirmas entonces que no hay solución?

Gabriel.—Porque mi lucha no es precisamente con la Iglesia. ¡Mi padre, el recuerdo de la muerta, la promesa que le hice, la gente que me rodea, todo un mundo de preocupaciones que pesa sobre mí!... Contra eso lucho. Decirle á mi padre que me falta la vocación sería destruir la única ilusión de su vida... ¡Quién sabe si causaría su muerte!... ¡He de sacrificarme!...

Florencio - De ese modo ni sirves al cielo ni á la tierra.

Gabriel.—(Aterrado.) ¿Por qué?

Florencio.—Porque ahogas tus afecciones y eres hipócrita á los ojos de Dios.

Gabriel.—No; eso no.

Florencio. - Sí, Gabriel, sí. Deja tu voluntad que obre libremente. ¿Por qué esos recelos, esa cobardía, más propia de un espíritu supersticioso que de una persona ilustrada y consciente?

Gabriel.—Tienes razón; pero es tarde para retroceder.

Florencio. Porque eres un apocado que te resignas a seguir el derrotero que otros te trazan, y caminas á tientas, sin que la voluntad te guíe. (Tose un poco.) ¡Canta la vida! ¡Canta la alegría del amor!.... Abandona las indesiciones, impropias de almas fuertes, y no escuches el canto apocalíptico de los que dicen que la existencia humana es un castigo.., (Tose nuevamente.) Yo quisiera eternizar mi vida... ¡La hallo hermosa, inmensamente hermosa!... ¡Por eso la canto tan fervorosamente!

Gabriel.—(Atormentado con el recuerdo.) ¡¡Pobre madre!!

Florencio.—Amala, recuérdala siempre, vive en sus virtudes... pero ¡no quieras morir de pena!

Gabriel. - ¡Si yo vivo por María!

Florencio. - Déjate de ensueños y esperanzas. ¡Explaya el corazón; dale alas para elevarse hasta que se canse de volar, y piensa en el nido de tu felicidad, donde educarse los hijos de tu juventud!

Gabriel.—¡Cómo me fortaleces!

Florencio. - ¡Vivid enamorados, abriendo el sentimiento á esa nueva vida, alegres y alegrando el mundo!

Gabriel. ¡Oh, eso es vivir!

Florencio. Eso es amor.

Gabriel.—(Muy emocionado.) ¡Cuánto bien me has hecho! (Por la derecha del foro los tres segadores. Gabriel indica á Florencia el silencio y pasa á la izquierda.)

V - La festa dels aucells

Iglesias ha escrito una obra de exquisito gusto. La festa dels aucells *es una hermosa página literaria. El argumento no tiene complicación alguna. Un viejo aficionado á la cría de pájaros, tiene un hijo, obrero, pretendo. Va á celebrarse un certamen de pájaros. El viejo quiere tomar parte en el concurso. Su mujer se opone. El hijo se halla en la cárcel. No está el hogar para fiestas. Pero el padre insiste hostigado por las alabanzas que oye de boca de los amigos, dedicadas á los ejemplares presentados por otros concurrentes al certamen.*

El viejo gana el premio. El hijo llega. Le han absuelto. Reina alegría entre la familia. La madre entonces propone al marido soltar los pájaros, darles la libertad, para celebrar así la absolución alcanzada. El padre duda, vacila; quiere compaginar sus aficiones de pajarista y sus alegrías de padre. Por fin le persuaden. Los pájaros quedan en libertad. Y la obra concluye.

La idea es hermosa. Quizá hubiera sido de más emoción el que el padre, conmovido por la llegada del hijo, dejase en libertad, por impulso propio los pájaros. Tal vez Iglesias recurre demasiadas veces á tecnicismos que el público acepta difícilmente. Tal vez insiste demasiado en afear, como vicio imperdonable la afición de su marido. Eso contribuye á dar cierta languidez á algunas escena . Pero al final, aparte los reparos apuntados, es muy hermoso; y más hermoso resultaría si se viese plásticamente, en las tablas mismas, la idea que ha servido de base á la obra: la suelta de pájaros.

M Sarmiento.

Pompeyo Crehuet

—

La muerta.

La morta, *drama catalán de don Pompeyo Crehuet, traducción castellana de don José Pablo Rivas, obtuvo un éxito franco y completo.*

Brevemente expondremos el asunto. Mariana y Jaime se casaron enamorados, y durante algunos años vivieron dichosos, esperando la llegada de un hijo. Vino éste al mundo, pero raquítico é idiota, y este desencanto causó la desesperación de Jaime, que odió á su sucesor y entabló relaciones amorosas con Rosa, mujer de no tiernos sentimientos ni mejor conducta.

Mariana fallece estando en cinta y víctima de los disgustos, según cuenta la vecina señora Antonia.

La acción comienza en el momento en que Jaime y su padre han ido á acompañar el cadáver de la muerta al cementerio; y Rosa entra en la casa de aquél provocando una escena con la mencionada vecina, y otra muy violenta con Eloy, el idiota, que la aborrece y la insulta, dándole ella una bofetada.

Regresan Jaime y su padre, quédase aquél sólo y despide á Rosa, que no quiere marcharse, y trata de consolarle con vanas palabras. Jaime insiste en despedirla, ella continúa resistiéndose, y entonces surge una trágica y hermosísima escena—que es todo el drama—en que él trata de conocer el pensamiento y los verdaderos sentimientos de ella, dominado por sincero dolor y receloso del amor de Rosa. Comprende la verdad, se rinde á los remordimientos y acaba por arrojar de su casa á la ama.

Y entonces, acongojado por el dolor, al lamentarse de su soledad, su padre le presenta al hijo, al pobre idiota, que llama á voces á su madre. Jaime se arroja á los piés de Eloy pidiéndole perdón, y termina la obra.

En La muerta, *ha escrito Manuel Bueno, solo me seduce el procedimiento escénico, que es de una sencillez por nadie superada aquí. La acción me parece demasiado siniestra. El distinguido literato Sr. Crehuet ha acumulado allí todas las variedades del infortunio para secuestrar nuestra sensibilidad y torturarla durante una hora: la orfandad de un niño, su nativa miseria fisiológica, la muerte de su madre, el abandono en que lo deja su padre, distraído en placeres adulterinos fuera del hogar; el abuelo, que regresa del cementerio, donde ha llorado sobre los despojos de su hija; la mala entraña de la querida de Jaime, el viudo, y, por último aquel pajarillo á quien cuida el hijo de la muerta y de Jaime; todo es de una tristeza agresiva, plúmbea y unilateral, que se apodera de nosotros y nos anonada.*

Otros autores

Al salir del teatro, estuve á punto de que un tranvía me triturara. Está visto, es cosa resuelta, lo confieso tristemente: no sirvo para las matemáticas, no sirvo para la estadística. En esta época de positivismo odioso, esa confesión es amarga, es algo así como una renuncia á la opulencia, y á las consideraciones del mundo. Salí aturdido. Vida, *el drama del señor Pey y Ordeix, digo, del ilustre pensador Spiecedry, es un cursillo de proporciones «Tanto es á cuanto, como tanto es á X.» Proporciones del producto de cada telar, proporción del sudor de cada obrero, del plasma de la sangre, del amor mismo, por minutos, por días, por meses, por años, por centurias. Insensiblemente el prurito del autor va contaminando al espectador que asiste, de buena fé, al drama Insensiblemente al salir, siente uno la necesidad imperiosa de buscar las proporciones al aire, al espacio.*

Hablaré de la obra: de los dos actos primeros por lo que oí; del acto tercero por lo que ví, solamente. El animadísimo y poco edificante

diálogo que, durante la representación de la última parte del drama, se entabló entre los espectadores de las plateas, galería y butacas no me permitió escuchar más que breves frases aisladas. La acción es muy sencilla: los personajes tres: Julián mayordomo de una fábrica; Carmen, hija de Julián, y Carlos, hijo del «amo», casado con una mujer á la cual no ama y redimido, purificado por el amor de Carmen.

Los talleres se incendian; Julián, á punto de perecer por salvar la vida á un fogonero, pierde la vista. El amo se decide á abandonar el negocio, enriquecido á costa del trabajo ajeno, y del seguro de la fábrica, cobrado á toca teja. Pero Carlos se niega á abandoear sus amores, se divorcia por teléfono (en una escena estupenda) de su mujer, de su familia y se instala en el hogar de Julián, después de embutirse, á la vista del público, en la blusa honrada El señorito acepta un cargo humilde de manos dc los nuevos amos que edifican los talleres. Julián autoriza los amores de su hija, despreciando los juicios del mundo y defendiendo á la voz de su concieneia el derecho á la vida.

Al principio, á través de los cálculos estadísticos y del lenguaje melodramático el espectador cre, entrever un drama serio, un drama de un hombre que, sin manejar hábilmeute los recursos escénicos, ha meditado á fondo su idea. Pero la esperanza se disipa fugazmente. Y queda el drama de folletín, sin interés humano, sembrado de llamaradas inútiles; de frases «brindadas» á la galería.

Lo triste es que en esa obra se dicen grandes verdades; verdades que en los libros de Kropotkine, de Malato, de Reclus, son una terrible arma de propaganda. Pero esas verdrdes, puestas en boca de personajes ridículos, no convencen, excitan la hilaridad, hacen dudar de las estadísticas, de las matemáticas, de todo. El autor lo previó. En su conferencia, leída por el señor Jiménez, confesó sinceramente que en su drama había más filosofía que arte. Esto, en vez de una disculpa, es una censura. El teatro puede ser un medio de propaganda, por todo lo contrario precisamente. Porque es arte.

*
* *

El Sr. don Ramón Bordas es catedrático de Retórica y Poética en el Instituto de Gerona, según me aseguran. Yo he vivido en Gerona y me imagino la vida de ese dramaturgo que todos los años, casi el mismo día, estreno por lo menos un drama en Romea.

A principios de año, después de las largas digestiones de Pascua, el señor Bordas ordenará las cuartillas aun en blanco. Y una mañana—una de esas mañanas de Gerona, celestes y frías, con los Pirineos nevados, brillando al sol en el horizonte, barrido por la tramontana—el señor Bordas, en un rincón retirado de su hogar delante de una mesa cargada de libros, envolverase sus piernas en una manta, se soplará los dedos y comenzará á escribir.

Será una fecha memorable. Todos los días, al abandonar el Insti-

tuto, el autor paseará pensativo, bajos los arcos abrigados de la Rambla, junto al rio que se lleva en su corriente serena el reflejo de las casas. Los alumnos y los amigos del señor Bordas, enterados de la gestación poética, cederán á éste el paso; evitarán los saludos para no distraer al autor de sus meditaciones silenciosas. En una ciudad tranquila, alejada de las fiebres del mundo, un autor dramático, un hombre que «sirve» interiormente grandes conflictos y luchas sangrientas, inspira siempre á los ciudadanos aburridos una secreta admiración y una vaga envidia.

Allá, en las largas alamedas de la Dehesa, el señor Bordas habrá leído las escenas culminantes del drama á alguno de sus compañeros de Claustro. Allí se habrá planteado el caso psicológico, el adulterio, tema del Castell de fanch, *estrenado recientemente.*

Pero este año las discusiones habrán sido laboriosas. El autor se ha decidido á abordar el adulterio y la especulación, las dos llagas invariables, según dicen, de nuestra vida de hoy. En la ciudad tranquila, en reposo eterno, á la orilla de sus ríos y bajo el son de las campanas tristemente sonoras en el aire helado, el señor Bordas habrá hecho un gran esfuerzo de imaginación para crear la vida de la gente adinerada de Barcelona, los riesgos de las combinaciones bursátiles y el tremendo drama del adulterio planteado á la moderna.

No me detendré aquí á examinar si el señor Bordas ha respetado debidamente las «unidades» consabidas. Se trata de un catedrático de Retórica y Poética, y es casi seguro que las unidades habrán quedado incólumes. El señor Bordas ha querido escribir un drama naturalista. Esclavo de la naturalidad, ha escrito largos diálogos que no contribuyen en nada al desenvolvimiento de la acción ni al desarrollo de los caracteres; diálogos interminables, vacíos, rellenos de frases hueras como los mil diálogos que diariamente y en todas partes se escuchan; un decir anodino que parece inspirado en la lectura de un código. Indudablemente el autor ha extremado en eso su amor á la naturalidad.

El señor Bordas, en cambio, recurre á los procedimientoe ya en desuso. El regalo de Gustavo á Victoria, causa del conflicto, no encaja ya en obra de los vuelos del Castell de fanch. *Ni el regalo ni el timbre, el timbre que suena constantemente, que aturde á los criados y á los espectadores. Hay cierta violencia en los mutis de los personajes, principalmenie en la salida de don Froilán, arrojado de la casa de Romualdo por orden de Victoria.*

A no tropezar en estos defectos y en otros que aquí no se señalan, habria escrito el autar una obra aceptable. Es de justicia reconocer que el empeño era arriesgado. La pintura de la sociedad distinguida de Barcelona es difícil. Fáltale á esa sociedad carácter propio, personalidad bastante para escribir un drama de transcendencia social. ¿Dónde encontraríamos aquí á un don Froilán, un Gustavo, un don Diego ó don Romualdo? ¡Don Romualmo, don Froilán! El señor Bordas ignora que en el teatro hay nombres fatídicos.

*
* *

No sé lo que opinará León Pagano, su biógrafo. Yo opino que ha hecho bien. Más aún: opino que debemos aplaudirles. Tal vez un banquete no vendría mal. Pompeyo Gener, como pensador y filósofo, tiene sus rarezas; momentos en que, apartando la atención de los graves y transcendentales problemas de la vida, siente nostalgias del supremo consuelo de los humildes y no pensantes: la risa, la alegría.

El oficio lo trae consigo. Hay filósofo que no puede resolver graves cuestiones sociales lógicas sin tener eschufados los pies en una chistera. Hay quien no puede pensar seriamente en el destino del hombre sin llevar un gato vivo y palpitante encaramado en el pescuezo. Unos hacen pajaritas en los momentos de descanso, entre problema y problema; otros coleccionan clavos; otros fabrican confitura; otros, amantes del paisaje y del cielo amplio y azul, poseen una huerta donde cultivan y miman rosales y hortalizas, mientras las ideas, aún confusas, aún embrionarias, brotan y florecen al aire libre. Esta última afición no es frecuente en los tiempos que corremos. Entre esos hombres graves y abstraídos, no abunda hoy la primera materia indispensable, la más productiva quizá para un filósofo: la huerta.

Pampeyo Gener, al elegir entre las mil excentricidades que constituyen el complemento necesario de la personalidad del pensador, ha escogido una excentricidad simpática, una rareza plausible acorde con sus aficiones de literato: escribir comedias. La crítica no debe olvidar ese detalle al juzgar la obra de un filósofo. Esa farsa estrenada en Romea es una huída de la eterna «contemplación» de lo Incognoscible; una «arribada» del pensador á la realidad diaria, un tete á tete *con el público bonachón y regocijado de Fuentes y Capdevila. Sería injusto, sería cruel aplicar á la obra de un hombre así el escalpelo y las medidas que los críticos serios, imparciales, equitativos, llevan debajo del brazo, al teatro, las noches de estreno.*

L' agencia d' informes comercials *es una broma en familia, un desfile de tipos que se presentan en las tablas con el único y exclusivo propósito de hacer reir á toda costa. Pompeyo Gener ha estudiado, profundamente, detenidamente, analíticamente la compañía de Romea. Conocedor de la persistencia del temperamento, el autor no ha querido contrariar las inclinaciones de los actores para los cuales escribió la obra.*

El público que rió durante toda la representación esperaba un final. Pero Pompeyo Gener anda ahora metido en grandes empresas literarias, y no puede perder minuto. Cumplido su propósito, dió un golletazo á la farza, y se volvió á hablar con Zarathustra, *después de haber sido llamado á escena á mitad del acto y al caer el telón.*

*
* *

Al concluir el segundo acto y á los llamamientos de parte del público, uno de los actores se aproximó á las candilejas, y con voz clara y el gesto más correcto que pudo encontrar, proclamó el nom-

bre del autor que en los carteles guardaba incógnito. El señor don Teodoro Baró no se hallaba en Romea. Sonaron los aplausos nuevamente y el actor solicito se retiró de espalda al foro, inclinándose, con una rendida flexión de espinazo llena de gratitud.

Quedaron los amigos del señor Baró satisfechos, y quedó satisfecho también el actor galante. Todos se imaginarían haber dispensado al autor de la comedia uno de esos favores que en la hora del peligro se agradecen siempre. No cabe duda que los aplausos al amigo fueron sinceros; pero no cabe duda tampoco en que los amigos prestaron al señor Baró un chico favor al exigir que su nombre fuera proclamado al final del acto segundo, cuando la obra estaba ya fracasada irremediablemente

Eso parecerá injusticia notoria. Y no lo es en verdad. Por el desarrollo, por el diálago, por los tipos y los caracteres, por el final ya previsto, la obra habia fracasado ya sin remedio. La reanimaron algo, al final del acto segundo, las gracias, manoteos y vueltas «en redondo» del actor. Pero la obra, por cuenta propia, iba ya vencida definitivamente.

El señor Baró ha escrito una obra un paco lánguida, que concluye por impacientar algo á los espectadores. La ha escrito en un diálogo que recaerda el estilo que el señor Baró acostumbra usar en sus trabajos de polèmica, siempre luminosos y concienzudos.

Por otra parte es lástima que el argumento no sea bastante nuevo y entretenido. A serlo hubiérase atenuado en algo esa languidez acentuada en el acto último por la operación engorrosa de servir el café en casa del señor Climent y por el quid pro quo *inútil y enfadoso gracias al cual Lluis revela al padre de su novia sus amores ignorados.*

La conducta de algunos de los personajes adoptan en la comedia es sorprendente, Lluis, un sobrestante, que enfermo de fiebres encontró piadoso hospedaje en casa de Climent continúa - con evidente falta de delicadeza y perjuicio de sus obligaciones profesionales—viviendo á expensas de su generoso suegro futuro. La hija de Climent, novia de Lluis, se entera desde el principio de la obra de que Albert, su prometido, médico, según dice, es un perdido que no ha logrado aprobar más que el curso de ampliación; sabe también que descubierto el engaño, ella quedará en ridículo ante las gentes; nada espera de la prolongación de esa situación falsa. Y, sin embargo, permanece muda y muda sigue hasta que la borrachera providencial del señor Rampinya descubre el lío. La actitud del señor Rampinya y del ama de huéspedes, acreedores de Alberto, es asombrosa. Arriban ambos al pueblo mucho antes de que Albert, la víctima, llegue á las puertas de su casa.

Esta es la obra «El gran trapella».

*
* *

Ménguanse las luce de la platea. Sube pausado el telón con el rum-rum de siempre, que sonará como nunca en los oídos del autor

que arriesga su firma en primera batalla, en las tablas del teatro. El teatro es Romea; el autor, Sr. Folch y Torres.

Comienza la obra. Estás, lector, en una masía, en la montaña de Cataluña, en tierras de un juez municipal de no sé que pueblo. Es la época de la vendimia. Una vendimia un poco austera, un poco triste, como debe de ser, supongo yo, la vendimia en casa de un juez municipal Hablan Quelo, Miana, el Detcuit y Po, un viejo, empleados todos en la masía. Por boca de ellos y en las primeras escenas, el autor inicia claramente con cierta habilidad—las referencias, aunque inevitables, á veces no son el mejor recurso escénico—la acción de la obra.

El Destruit está enamorado perdidamente de la Madoneta sobrina de Jaume, el juez, que vive recogida en casa de éste. Jaume tiene un hijo único, Rafael un perdido, un calavera que huyó del pueblo después de robar en las arcas de su casa. Jaume, que ha maldecido y ha desheredado á su hijo, se empeña inútilmente en olvidar el afecto qus le tuvo. En la masia reina la tristeza. Tristes la Madoneta y la madre de Rafael bajo el recuerdo del hijo ausente y ante el dolor del padre que no perdona, que no olvida; triste el padre al pensar en la deshonra de su nombre ¡su nombre que nadie perpetuará entre aquellos muros honrados, cuna de toda una dinastía de jueces rígidos! En ese rincón de amarguras suenan consoladoras, como una esperanza, las frases de mossen Angel el rector del pueblo. Mossen Angel confía en que el hijo volverá arrepentido. Es más, lo sabe de seguro. El hijo volverá, si el padre le perdona. El padre le perdona. El padre otorga el perdón después de una lucha consigo mismo, breve y bien mantenida en el diálogo. Y el hijo absuelto, que aguarda en la rectoría, entra suplicante, humilde.

Cae el telón. La emoción, ese difícil movimiento que une á todas las almas en un impulso de simpatía hacia el autor y su obra, recorre todo el teatro. Oyese el sonar solemne de narices respetables. El acto está muy bien tramado, sin digresiones, conciso, derecho al fin. El público ve claros las caracteres, clara la acción. El autor es llamado á escena. Sale una, dos, tres veces.

En el segundo acto Rafael decide abandonar la masía. Los recuerdos que para él guarda aquella casa; el cariño de la Madoneta, que le ama con el primero, con el único amor de su juventud; el perdón mismo de Jaume, hacen sentir, por contraste, á Rafael, todas las infamias de su vida pasada. En su conciencia no pesa únicamente el remordimiento del robo cometido, pesa algo terrible: la muerte de un compañero que Rafael mató en Barcelona en riña. El Destruit sabe y guarda en secreto en el pueblo, por medios y manera que el autor no descubre, la noticia del crímen. En una escena violenta, la mejor quizá del acto segundo, la arroja á la cara de Rafael No viene arrepentido; viene huyendo de la persecución de la Justicia. Rafael confiesa su crímen á Mossen Angel. El cura, que confía más en el perdón de Dios que en el fallo de los hombres, aconseja al muchacho que huya; influye

para que Jaume autorice aquella marcha. Pero Jaume, que ignora el crímen de su hijo, se indigna, se indigna tal vez demasiado ante aquel hijo que, menos estoico que él pretende, según parece, y dice buscar el arrepentimiento de su falta lejos del pueblo y de la masía. Y viene el golpe final. El correo trae una requisitoria del juez del partido ordenando la captura de Rafael, acusado de homicida. La revelación aplasta, anonada al padre, que cae desvanecido presa de un ataque, en brazos de su familia. En brazos le sacan al campo, al aire libre. Quedan solos en escena el Destruit y Rafael. Este, que sospecha que el Destruit le ha denunciado, coge la requisitoria y la arroja al rostro de su rival, envuelta en esta frase de odio y desprecio: «Miserable»: Cae el telón. Aplaudimos todos. Aplaudimos sin dejar de pensar en lo inútil y un poco infantil de ese ateque en la injustificado y rápida de esa conducción del juez devanecido fuera de la casa, á cielo abierto.

El acto último es el más teatral Pero es endeble. Jaume, sordo á las súplicas de la Madoneta, de su mujer y del rector, muéstrase resuelto á entregar á su hijo á la justicia. Rafael se halla preso, bajo llave en una de las habitaciones de la masía. El espectador ve claro el final del drama. La acción pierde ya todo interés. Queda sólo la curiosidad por ver cómo el autor alarga el acto y llega al final sin que la obra decaiga. Y entonces ocurre algo inesperado, inexplicable en este drama, escrito con lógica rigurosa, justificado previamente hasta en los detalles más nimios. Jaume que parece una resurrección del alma tétrica, inflexible, de un héroe calderoniano; Jaume que ha encerrado bajo llave á su hijo en su propia casa, comete una torpeza necesaria para el desenvolvimiento del acto último, pero no del todo justificada en un hombre inexorable que se ve rodeado por gente que pide, que implora con lágrimas la libertad del prezo. Jaume ha entregado la llave del calabozo á Po, el criado viejo de la masía. El Destruit arranca fácilmente, demasiado fácilmente, la llave del poder del criado. Y llega la escena culminante entre el Destruit y la Madoneta. Al Destruit le importa poco que Rafael huya; lo que él quiere es la Madoneta, el amor de la Madoneta, á cambio de la llave de la libertad del preso. La Madoneta cede al fin. Ella misma abre la puerta del calabozo. Sale Rafael dispuesto á huir, pero al marcharse, al ver que su rival le indica el camino—recurso escénico muy hábil—lo comprende todo. Llama á su padre, acude la familia, los criados, Rafael revela sus propósitos de fuga, la intención del Destruit; luego deja en brazos de su madre á la Madoneta. «Madre, quárdame esta mujer» le dice. «Ella te esperará; será tu regeneración. Eres de mi sangre»—le contesta el padre, besándole. De bon tremp *concluye con estas frases del hijo: «Ahora que el juez haga justicia »*

Henos aquí lector en pleno «teatro». Ese Jaume, juez y padre, que pasa de una personalidad á otra súbitamente, sin transición alguna; esa lucha á la puerta del calabozo; Ese Detruit, que á precio de la llave intenta lograr el cariño de una mujer que jura quererle, sólo para conseguir la libertad del único hombre adorado por ella. todo

eso, sin ser absurdo, siendo verosímil, es «teatro», es echegarayesco, *no convence. Mi opinióa es esta: el señor Folch y Torres ha escrito una obra que revela en él, un temperamento artístico de fibra. Tiene el señor Folch y Torres justa intuición de la realidad y del teatro. Muéstrase casi siempre hábil. No necesita, pues, recurrir á «efectos» ya desacreditados, que no encajan bien en obras como la suya, inspiradas en la vida y desarrollada, á trechos, admirablemente. En conjunto, su diálogo resulta un poco árido, un poco igual. Le faltan esas frases íntimas de ternura, que provocan la emoción y las lágrimas, sin necesidad de apelar al recurso de hacer llorar á los actores. Fáltale ese segundo interés «del diálogo por el diálogo», que descansa la atención del público y que permite al autor desenvolver la acción más desembarazadamente.*

Miguel Sarmiento.

Lo que valgo

¿A qué he venido al mundo? me pregunto;
Y hasta ahora no he podido averiguarlo;
Y merece, señores, este asunto,
Como se dice hoy, *puntualizarlo.*

Por capricho quizás de mis mayores,
Por no saber que hacer, por cualquier cosa;
Tal vez porque eran fuertes los calores,
Vino al mundo esta prenda tan preciosa.

Y la tierra feliz de los *Menceyes*
Tuvo la suerte de mecer mi cuna;
Y hasta la fecha ignoro cuantos reyes
Tuvieron de adorarme la fortuna.

Consta sí que crecí, que me hice un pollo,
Que odié la esclavitud, y odié al tirano,
Y en los tiempos aquellos del embrollo,
Sin yo saberlo, fuí republicano.

Y fuí pintor también, y periodista,
Empleado, profesor y comerciante;
Y por ser larga por demás la lista,
Una *etcétera* pongo, y adelante.

Pues siguiendo la escala descendente
Del hombre en su carrera desgraciado,
Aunque me quise hacer un mata-gente,
Fuí mata-leyes, porque fuí abogado.

Trabajé sin cesar y con empeño,
Y en la holganza jamás se vió mi diestra;
Me casé y aún á costa de mi sueño
No conseguí ni un hijo para muestra.

Y por eso á mis solas me pregunto
Contemplándome siempre desgraciado:
¿Qué hace en la tierra semejante punto?
¿A qué ha venido al mundo este pecado?
Y por más qne rebusco en mi caletre,
No consigo que el punto me desande;
Que el designio de Dios no hay quien penetre
Y tal vez yo no valga un *perro grande.*
Que el valor de la tierra se calcula
Por el producto que la misma renta:
¿Si yo doy el producto de la mula,
Será difícil el sacar la cuenta?
Pues decidido estoy, me iré derecho
Cuanto antes á los cuernos de la luna,
Salvando en automóvil el repecho
Y en aquel Puerto-franco hacer fortuna.
Y no digan, por Dios, que es tonteria;
Pues en juicios de ultra-tumba acierto:
Si en vida no saqué la lotería,
¿No la habré de sacar después de muerto?

AMARANTO MARTINEZ DE ESCOBAR.

Nova Pazzia

Leía *Fioretti*, esos sencillos versos en que el amor, con místicas exaltaciones, canta y llora.

Cerré el libro, al terminar la última página, y mi espíritu, empapado de aquel delirio amoroso, con sed de pobreza y piedad, sentía también una infinita misericordia por los humildes, pasión de amar á todos los vencidos de la vida, á quienes desde el fondo de mi corazón llamaba hermanos. Y yo, que nunca he llorado por mí, lloré por ellos.

Aquella frase tan dulce *nova pazzia*, que el poeta escribe, evocaba en mí toda una época, la más grande por el amor en la historia humana, por la *nueva locura* que despertara con sus hechos singulares el Cristo de la Edad Media.

La figura de Francisco de Asís, con alma toda amor, conmovido ante el sufrir eterno de los hombres venía en espíritu de nuevo, á través de tantos siglos, á mover la mía á piedad para con los tristes, los desheredados y los vencidos, que tienen hambre y que padecen penas, esclavos blancos, siervos irredentos, nazarenos que van á la cruz, pobres seres forzados al dolor de vivir.

Y pensaba yo en la obra de piedad y de amor del santo de Asís, en su sed de pasión y cruz, que le lleva á buzcar el dolor humano para compartirlo, curando á los leprosos, besando sus llagas, dando sus míseras ropas á los mendigos, con el ansia en el corazón de morir por ellos, por todos los castigados de la suerte que van tirando, bajo la inmensa pesadumbre de sus angustias y de sus miserias, á lo largo de este páramo de la vida.

¡Alto ejemplo! Tras él viene la *nova pazzia*, y surgen todos los héroes de la caridad, los que mueren en el martirio, los que desprecian pompas mundanas, vanidades y grandezas de la tierra, y cubre los humildes, en el alivio de los dolores trágicos, en el consuelo de los afligidos, por quienes abnegadamente se sacrifican, encuentran la paz del espíritu, el contento de amar, la alegría de morir por amor.

Y perdido en cavilaciones, noto que una ola de inmensa tristeza, henchida de lágrimas que no salen á los ojos, me llena el corazón.

Como Jacoppone «lloro porque el amor no es amado».

Pienso en que todavía, á pesar de los que han muerto por amor á los hombres, hay seres que penan, hay hambres que matan, injusticias sociales, crueldades humanas, que el *doloure universeille* de

que habla Faure, es compañero eterno de muchas almas que viven sobre el haz de la tierra. Y esos héreoes, los *grandes* como los llamara Ada Negri, ni se revelan, ni gritan. Pasan por la vida resignados, como mansas bestias que castiga el látigo, que ya ni siquiera pueden llorar, ni se quejan, porque en sus labios de crucificados, es inútil súplica dada al viento, el desesperado *¡sed tengo!*

La *nova pazzia*, aquella locura amorosa de los siglos medios, allá se quedó en los bellos dias de la historia y no ha podido remontar el curso de los tiempos.

Cierro los ojos para soñar en cosas grandes y desde lo más íntimo me sube á los labios este amargo grito:

¡Dios mío, Dios mío! ¿Dónde ha ido el amor?...

Mi memoria, inquieta, fija los recuerdos en los dias próximos Sigue, á través de los hechos históricos, la huella amorosa del santo de Asís. Lo pierdo un momento, porque la sangre vertida por los hombres en lucha empapa la tierra durante algunos siglos.

Más de nuevo reconozco el rastro. La *nova pazzia* resurge vital y poderosa en los tiempos actuales. Nueva locura, locura de amor.

Y en mis devociones surge la figura solemne, apostólica de Tolstoy, predicando piedad, llamando á la fraternidad y á la misericordia á los hombres. No más odios, no más expoliaciones; que la servidumbre humana de los pobres acabe para siempre; que no haya esclavos, ni tristes, ni vencidos de la vida. Seamos todos hermanos en el amor. Y su voz evangélica llama á todos los hogares, y vuela, peregrinando, por el haz de la tierra.

Encuentra algún corazón que la escucha. Ya hay un héroe de la caridad, que abandona gerarquías, falsas grandezas, oropeles sociales, opulencia, honores, postizos que encubren la ruindad humana, y máscara de almas estériles por que no han amado nunca, y se va á la vida humilde, á compartir afanes y tristezas con los desgraciados, á inculcarlos la fe y la esperanza en un reinado de paz y de justicia por venir, Dios sabe cuando, pero que vendrá.

Pero, la humanidad es sorda, ingrata. No cesan las luchas de los hombres, y se renueva, dia por dia, la espantosa carnicería humana. Continúan los seres doloridos los huesos, desolladas las carnes, en un trabajo de bestias. El sudor alcanza un ínfimo precio y se condena á la míseria, á nombre de no sé qué priviligios, como se encarcela en virtud de ignoro qué leyes. El egoismo, la codicia, el desamor se han hecho fuertes, y ellos son los dominadores universales y empujan por derroteros de dolor los destinos de la mísera estirpe humana.

En vano surgen espíritus superiores, como el de Tolstoy, predicando el amor y amando. No; esta sociedad actual no siente atrición y menos se mueve á piedad.

¡Qué saludable la violencia! La obra redentora que no ha realizado el amor, que la lleve á cabo, con trágicas resonancias, el odio armado.

Pienso, con escalofríos, en dias venideros, que no tardarán en llegar. La *nova pazzia*, se anuncia con delirios siniestros, alienta con instinto sanguinario, pero con espíritu vengador y de justicia, en el fondo de esta humanidad del dia, febril, atormentada, aun en medio del esplendor de una cultura opulenta y de la vanidad de su vida al exterior.

Cavilando, con tristes presentimientos al querer sondear los tiempos futuros, he llegado á repetir, como una oración, la súplica del desventurodo rey del Ninván:

—*Dios de los Dioses: evitad el dolor á cuanto existe.*

Ya han caido algunos de esos héroes del amor y del odio. No importa el sacrificio de sus vidas: la idea, manchada en sangre, es una bandera de combate y á defenderla se levantan millares de desesperados. La *nova pazzia* se extiende con sed de pasión y martirio.

Y yo, que nunca lloré por mí, he llorado por ellos.

ANGEL GUERRA.

Poetas Canarios

Las Canarias

Cerca del monte Atlante, que en el Cielo
Tocarse finge, tienen sus moradas
Las siete hermanas, que con blanco velo,
Están del mar en torno coronadas,
Que por su temperancia y fértil suelo,
El nombre se les dió de Fortunadas.
Y hubo quien dijo, viéndolas tan bellas,
Que los campos elíseos eran ellas.

La Montaña de Dorámas

Este es el bosque umbrífero
Que de Dorámas tiene el nombre célebre,
Y aquestos son los árboles,
Que frisan ya con los del monte Líbano,
Y las palmas altísimas,
Mucho más que de Egipto las pirámides,
Que los sabrosos dátiles
Producen á su tiempo dulces támaras.
Aquí de varias músicas
Hinchen el aire los pintados pájaros.
La verde yedra errática,
A los troncos se enreda con sus círculos,
Y más que el hielo fágidas
Salen las fuentes de peñascos áridos.
Aquí de Apolo délfico
No puede penetrar el rayo cálido,
Ni del profundo Océano
Pueden namnificar vapores húmedos
. . . . . .

BMÉ. CAIRASCO DE FIGUEROA.

DE LA HISTORIA DE CANARIAS

Documentos inéditos

(De la Biblioteca de D. Agustín Millares)

Diario del Bachiller D. Isidoro Romero Ceballos

CONTINUACIÓN

PAGO DE LA FLORIDA

El dia 27 fuí á la Florida; este es un lugar que está á legua y media á el S. de Pájara; pa. llegar á él se atraviesan dos Valles á lo largo; el primero es el mismo que se costéa para ir á Adeje; el segundo se descubre luego que se ha salido de este, subiendo una cuesta á la izquierda; las casas que tiene son del coronel y son terreras; el hallarse á la sazón en este sitio dho. Sor. á quien debia visitar solo podia llevarme á un sitio tan estéril.

El dia 29 salí de Pájara pa. la villa hasta donde hay dos leguas largas de distancia. De la primera ya se ha hecho relación cuando hablè del viage que hice á la ermita donde está hoy Ntra. Sra. de la Peña pues en ella termina. La segunda se hace un barranco arriba lleno de gruesos y ásperos juncos entre dos cadenas de montañas que se avanzan unas con otras como un tiro de fusil y cuyas faldas que se cruzan unas con otras están llenas de arboledas, parrales y huertas de mucha diverción, las cuales con la natural disposición de las quebradas y ángulos que forma allí la tierra son unas emboscadas muy buenas para defender la entrada en dha. villa.

VILLA CAPITAL

Está esta fundada casi en la rinconada y cabecera de dho. valle que parece corre á el Esnoroeste. Como es tan estrecho las más de las casas están en las laderas, bien que estas no son muy pendientes. La Igl.ª parroquial tiene la misma situación y es grande porque está sobre un terraplén que sostiene una muralla de argamaza. Es de tres naves con una buena torre de cantería blanca; sus campanas tienen un sonido muy alegre y toda la Igl.ª está muy bien adornada y con especialidad la sacristía; gozando beneficios, tiene un sochantre, un sacristan y cuatro monasillos. Antiguamente parece estuvo esta villa bien poblada y tuvo bastantes casas lucídas mas hoy están mucha parte de sus edificios caidos y el palacio del Sr. de las islas y solo se ven tres ó cuatro casas de alto con balconajes y aun están las mas cerradas. Divide esta población un ba-

rranquillo que siempre lleva agua y tiene su puente p.ª pasarle. Tiene unas montañas á la parte N. que los naturales tienen por las más altas de la Isla y en su cumbre está una llanura hermosísima que llaman de Sta. Catalina en donde hace el ejercicio el regimiento y fuerzas de dha. isla.

TEMPERAMENTO

El temperamento de este lugar como está entre tantas montañas es más bien frio que cálido, muy ventozo y de un calor insoportable cuando corren vientos del Sud. No obstante se goza en él de mucha salud por la pureza de sus aires. Sus habitantes guardan un circunspección y punto como si estuviesen en medio de una ciudad y son los más despiertos de toda la isla.

El único convento que hay en toda la dha. isla está en este lugar. Es de religiosos de Ntro. Seráfico P. Francisco y 6 de los mas pobres y pequeños de los de su instituto en las islas. Es el primero en antiguedad y el mas memorable por algunas circunstancias de su fundacion. Tuvo por primer guardian al religioso Sn. Diego del Monte quien dejó á los habitantes de Fuerteventura dos cosas que continuamente renueban su memoria y dán asunto á muchos portentos que obra Dios por su intersecion en beneficio de los que con fé viva se valen de su protección p.ª remedio de sus necesidades. La una cosa es un pozo en cuya apertura tuvo mucha parte su trabajo y la segunda una cueva donde parece vivió algun tiempo y tambien se conserva una palma que plantó en su tiempo. Del pozo sacan agua p.ª los enfermos y también le mesclan tierra de la cueva pero de este sitio segun dicen los naturales se sacan y han sacado porciones de tierra tan considerables p.ª arrojar á los sembrados que naturalmente hablando, debería aquel sitio hoy no una cueva tan reducida como se conserva, sino una caverna muy profunda en donde la ida y la imaginación se perdiese. Yo la registré y no tiene más capacidad de la que necesita un altar que hay allí p.ª celebrar con una efigie de dho. Santo y su altura aun parece reducida p.ª estender los brazos con desahogo en la elevacion de la hostia cuando se celebra en ella misa. La tierra de que se compone es blanca y delesnable y parece le ha comunicado el omnipotente por los méritos de sus siervos á la virtud de multiplicarse reemplazando la que continuamente le sacan. La entrada de ella está dentro de una Igl.ª la que se fabricó de propósito p.ª cubrirla, está muy adornada y solo se distingue de otra que tiene dho. convento en que en ella no celebran sus oficios religiosos ni tiene sacramentos. Entre una y otra hay un gran espacio y también un puente para cubrir un barranquillo que corta el terreno y aunque el cuerpo del convento solo está unido á su pral. Igl.ª no obstante la otra lo está por uno pared que lo cerca, quedando casi al medio una huerta muy alegre. La situacion de todos estos edificios es la misma rinconada del valle á un tiro de mosquete de las primeras casas de la población. En este convento me gané el jubileo de Porciungula á quien asistió un numeroso concurso de gente; á la tarde me retistui á Pájara á donde llegué antes de anochecer.

LUGAR DE LA ANTIGUA

Antes de restituirme á este lugar salí de la villa el 31 de julio p.

ir á la Antigua lugar que dista solo una legua de ella; casi toda ella se gasta en bajar y subir una montaña; lo primero se hace p.ª salir del valle de la villa y lo segundo para acercarse luego que se baja á dho. lugar el cual tiene su asiento en medio de unas grandes llanuras de una masa hermosísima de tierra colorada. Las casas están desparramadas como las de Tineje; tiene algunas buenas y la ermita nueva que se estaba acabando de construir puede servir por su comodidad á una parroquia. Tiene este lugar algunas huertas que se riegan con una acequia de agua que han minado del barranco. Este es el sitio más poseido como mercado de toda la isla, lo que no se encuentre en él es superfluo buscarlo en otra parte y es sin duda porque como es centro de los demás lugares que tiene á el rededor y son los prales. de todo el pais. Habiendo hecho este viaje solo con el fin de visitar á el Teniente Coronel D. José de la Zerpa no tuve por preciso detenerme mas tiempo que una tarde en este lugar y antes de la noche llegué á la villa.

Regreso á Canaria

El dia 11 llegué á el cortijo de Adeje, despedido del de Pájara con ánimo de esperar allí mas cerca á un barco que se decia venia á acabar de cargar en Tarajalejo. p.ª continuar su viaje á Canaria. Con efecto el dia 22 ancló en dha. rada pero por algunas razones no pudo hacer vela hasta el dia 31 á las 2 de la tarde que se levó y yo me embarqué en él; llamábase este barco el «Tigre» y era tan viejo que aun se creyó no pudiese hacer este viaje; tenía la ventaja de que no hacia mucha agua, no obstante después que dió otros dos viajes lo echaron á el travéz y se fabricó otro nuevo que salió muy velero. Su patron de mar se llama Rosales y era hombre práctico y de mucha inteligencia. Antes de pasar más adelante con la navegacion no tengo por superfluo decir que viniendo desde dhas. casas de Adeje á el mencionado puerto de Tarajalejo á el primer cuarto de legua este un lugar en los acientos y costados de un barranco que llaman Tesejevague; sus casas son pobres, desparramadas ya en llanos ya en laderas y con poca comodidad. La ermita es reducida, pero está muy aseada, el agua que tiene es de pozos y de mal gusto, tiene algunas higueras pero los escesivos calores que esperimentan no le permiten madurar sus frutos en sazon. El barranco abunda subterráneamente de tanta agua que á la media vara que se cabe se encuentra con ella; hasta el mar que hay de distancia legua y media se camina barranco abajo entre dos cadenas de montañas que parecen mas áridas y estériles al paso que se acercan á él. Y no hay otra diversion en el camino que una multitud de tarahales de que está lleno especialmente en los parajes por donde corren los torrentes en el invierno. Lo demás del terreno son unas caleras estériles que no obstante sirven para mantener muchas cabras y camellos que andaban paciando en ellas. El sol en este dia estaba muy ardiente y mientras llegó la hora de embarcarme tuvimos la comodidad de librarnos de su inclemencia en unos solapones que combate el mar en las mareas llenas.

Puerto de Tarajalejo

El puerto de Tarajalejo es sin disputa el mejor puerto de toda

la isla de Fuerteventura segun una descripcion que entre unos manuscritos antiguos que encontré en dha. isla cuya narración á el pie de letra es como sigue.

El puerto de Tarajalejo que dista de la punta de Jandía trece ó catorce leguas es una baía muy grande, su playa sin piedras menos una retringa de punta á la parte de barlovento de dho. puerto que es desde donde dobla la torre hácia la tierra adentro á mernatar en dha. playa que forma dha. baía en toda dha. retringa son embarcaderos de gente. Su traviesa el S. su limpio es el mejor que es posible. En sesenta brazas está una embarcación mas de legua y media á el mar revasado á Sotavento y Barlovento de la traviesa y sin riesgo corre la costa arriba á abrigarse á el puerto de Toneles ó de Gurame. Y si por accidente intempestivo ó descuido viene alguna embarcación á el travéz, racionalmente hablando, se libertaria la gente por ser playa muerta y toda la carga se salvará y aun es muy posible que la embarcación también se escape como ya ha sucedido. Tiene agua de pozo abundante en el mismo puerto algo gruesa pero tratable y á el final de dha. baía hácia Sotavento está una agua dulce que llaman la cabezuela que se coge de mar baja de donde se proveen las embarcaciones y gente de tierra.

Los lugares más inmediatos á este puerto que son Adeje Tesejeragüe, la Florida, Pájara y Tineje, distarán de él unos legua y media y otros dos y media con poca diferencia y son lugares de mucha gente. Pueden comerciar en él los lugares desde la Antigua hácia la parte de el S. que en vecindad es casi los dos tercios de la isla.

Con un viento N. se dieron las velas á él y se alzaron áncoras. Enfrente de la garganta de Jandía que dicen Matas blancas se sintió más recio y es la causa lo bajo de la tierra que no corta el viento que viene de Barlovento. En los mosquitos se hallaron vientos muy muertos y una montaña los recalmó de suerte que por espacio de media hora estuvo el barco en inaccion trapeándose las velas. Un lento viento muy flojo se montó la punta y la baja ya cerrada la noche. Todo el banquete y la traveria estaba muy sereno de suerte que habiéndose recalmado el viento nos iban botando las corrientes insenciblemente á el S. por cuya causa fué necesario demandar la tierra por Barlovento; despues de una hora que duró este bordo se puso la proa á Canaria la que se descubrió á romper el dia como á 6 leguas de distancia y no tuvimos mucho gusto de hablarnos avanzados á el S. de Gando, con una ocación que se cambió el viento á Noroeste con chubascos p.° habiéndose luego llamado al Esnordeste, á lo menos se cogió el puerto de la Laja en donde me hice desembarcar prontamente á las 2 de la tarde del dia 1 de Setiembre. Desde este sitio á la Ciudad hay tres cuartos de legua.

Guanches y griegos

SUS JUEGOS NACIONALES

I

Cada vez que me fijo en los juegos nacionales del pueblo guanche, más convencido estoy de la semejanza que esos juegos tenían con los de los griegos, pueblos contemporáneos, de no ser más remoto el origen de aquél.

En Grecla había cuatro juegos, considerados como patrimonio de la nación entera, á saber:

1.° En honor de Neptuno, los *itsmíticos*, celebrados cerca de Corinto.

2.° En la Argólida, los de *Nemea*, cada dos años.

3.° Los juegos de *Delfos*.

4.° Los de *Olimpia*, que pasaban por los más brillantes de todos.

Además de estos juegos se celebraban otros, también en diversos puntos, periódicamente, como los *píticos*, cada cuatro años.

Los Olímpicos sirvieron de regla á la cronología, 776 años antes de J. C. Mientras duraban se suspendían las guerras, como acontecía entre los guanches, sirviendo de tregua anual que casi siempre despertaba sentimientos de paz y de humanidad.

II

Entre los diversos ejercicios de estos juegos entraban las *luchas*, el *salto*, la *carrera*, etc.

La lucha hacía parte de los juegos itsmíticos, restablecidos por Teso, y fué admitida en casi todos los juegios celebrados en Grecia.

Disputábanse vivamente el premio, recibendo los vencedores en recompensa una corona de laurel ó de olivo silvestre. Allí era un honor triunfar, no solo para el vencedor, sino también para su ciudad natal, á la que era conducido en triunfo. Su nombre era luego pronunciado con orgullo, los poetas le cantaban y los pintores y escultores reproducían su imagen para adornar con ella los sitios públicos. Tres veces vencedor un individuo, tenía derecho á tener estatua en Olimpia.

III

Cítase como la más heroica recompensa, la concedida en Esparta,

la antigua ciudad del Peloponeso, capital del Estado lacedemonio, que contaba 40.000 espartanos libres.

A esos juegos concurría gente de toda la Grecia, de las colonias y de los paises extranjeros; más solo á los griegos era permitido tomar parte en ellos. Todos acudían allí: pobres, ricos, nobles y plebeyos, pero de los que jamás habían cometido ningún acto deshonroso.

Así cuando el público notaba haber gran concurrencia, regocijábase ante la idea de que allí todos eran virtuosos ciudadanos. Estaba vedado á las mujeres, bajo severas penas, tomar parte en estas fiestas.

Así, entre los griegos, como sucedía también entre los guanches, con estos juegos se mantenía la afición á los ejercicios saludables para el cuerpo y para el alma, adquiriendo soltura y vigor aquél, y ésta más libertad y actividad en un cuerpo de tal naturaleza.

Pero los atenienses á su vez desdeñaban las luchas cuerpo á cuerpo. No se avenían sus Eupátridas á concurrir sino cuando se trataba de la carrera de caballos y carros, á las que solían agregar concursos de música y poesía.

En una palabra se verificaban los ejercicios del juego del *disco*, de la *lucha*, del *pancracio* y del *pugilato*. El juez que presidía los actos solía llevar una palma en la mano, y en algunos casos se asociaban á ese vigilante otros dos personajes.

Los atletas concurrían desnudos á la palestra.

IV

Ahora veamos cómo los guanches celebraban también sus fiestas nacionales y los grandes regocijos públicos.

El programa de estos regocijos era por lo regular las luchas y los simulacros, que solían tener á veces un fin sangriento.

Los luchadores frotábanse el cuerpo con grasas y jugos de hierbas. Para atezar sus miembros, abrazábanse antes al tronco de un árbol nuevo, creyendo así conseguir flexibilidades y mejor disposición para el combate. Los griegos también se frotaban el cuerpo con aceite.

Usaban el pugilato, al menos en la Gran Canaria. Antes de empezar el combate, los atletas pedían permiso, como en la Grecia, al jefe de los *Sigoñes* ó *Guaires* que eran una especie de jueces de campo.

Al presentarse en la palestra, esos atletas eran seguidos de sus parientes y amigos, quienes habían de permanecer allí como meros espectadores, impasibles, sin mostrar ningún género de parcialidad.

Situábase esta palestra en un pequeño cerro ó meseta, desde el cual los combatientes pudieran ser vistos de la multitud. Era al contrario de los anfiteatros, en la Grecia.

En esa palestra ó banco de honor se hallaban colocadas dos piedras, llanas en la parte superior, de cerca de dos pies de anchura.

A cada lado de la palestra se fijaban estas piedras. Los campeones subían á ellas, armados de un largo garrote rematado en porra, y de tres guijarros muy redondos y lisos, y algunas rajas del más afilado pedernal. Eran las únicas armas de que iban provistos.

Colocados sobre aquellos pedestales y sin mover los pies, debían parar y hacer alternativamente los tiros, comenzando por lanzar los guijarros. Acabadas las piedras, se disparaban las rajas de pedestal; y cuando éstas se habían agotado, acercándose más entre sí los combatientes comenzaban á descargarse golpes con los garrotes, siempre con creciente ardor hasta cansarse.

Entonces se retiraban breve rato, enjugaban su sudor y comían lo que los padrinos les suministraban. Tomada esta refacción, volvían á la carga con nuevo ímpetu. Si se rompía el garrote de alguno, ó cuando se hallaban satisfechos los espectadores del valor de los combatientes, el presidente de los *guaires* levantaba la voz diciendo *basta, basta,* y quedaba terminado el combate.

Aquellos hombres, uno y otro combatientes quedaban en crédito de personas valerosas, y eran hombres tan honrados como los que vencían en los juegos olímpicos.

Otras veces, á nuestros antiguos guanches, les tocaba atacarse con la lanza y el hacha. Llegado el momento, no se trataba ya sino de un combate sin cuartel. El furor guerrero de aquellos atletas venía á terminar con graves heridas, pero interviniendo siempre el juez del campo, de allí no se pasaba.

V

Entre los guanches había un atleta, trasladado más tarde á Sevilla, que según refiere Antonio de Nebrija, colocado en un punto, sin mover de él su pié izquierdo, esperaba á ocho pasos de distancia á cuantos le arrojaban piedras, cuyos golpes sabía evitar con extraordinaria habilidad, siempre en su sitio. Otros guanches solían entregar doce naranjas á sus adversarios, reservando otras tantas para sí y mandando que se las arrojasen á distancia de diez pasos, mientras empleaban sus naranjas, los contrarios no lograban acertarles con las suyas, las cuales recogían por el aire, siempre sin variar de sitio. Tal era la habilidad y admirable destreza de esos guanches.

ANTONIO M. MANRIQUE.

De Agricultura

Instituto agrìcola internacional

A fines de Enero último, el Rey de Italia, Victor Manuel III dirigió al que entonces era el Presidente de su Consejo de Ministros Signor Giolitti, la carta siguiente:

«Señor presidente:

Un ciudadano de los Estados Unidos de América, el Sr. David Lubin, me ha explanado hace poco tiempo una idea que, por haberme parecido provechosa y previsora, vengo á recomendar á la atención de mi Gobierno.

Las clases agrícolas, que suelen ser las más numerosas, ejercen por todas partes una gran influencia sobre los destinos de las naciones; sin embargo, por vivir sin lazo alguno que las una, dichas clases no pueden cooperar eficazmente al mejoramiento y distribución de las diversas culturas, según las necesidades del consumo, como tampoco pueden defender sus propios intereses en los mercados, que, para los más importantes productos de la tierra, se hacen cada día más universales.

Un Instituto internacional sería, pues, de gran utilidad, si, prescindiendo de todo fin político, tuviera por objeto estudiar las condiciones de la agricultura en las diferentes naciones del mundo, señalando periódicamente la cantidad y calidad de las cosechas, para que, por este medio, resulte la producción más fácil y menos gravoso, al par que más rápido, el comercio y más adecuada la tasación de los precios,

Obrando de acuerdo con las diferentes oficinas nacionales creadas ya con igual objeto, dicho Instituto facilitaría datos exactos sobre los salarios agrícolas en todas las regiones, resultando ser una guia tan útil como segura para los emigrantes.

También tomaría precauciones para la defensa común contra aquellas enfermedades de las plantas y del ganado á las que la defensa parcial no puede combatir con éxito, ejerciendo además una acción bienhechora sobre el desarrollo de la cooperación rural y de los seguros y créditos agrarios.

Los beneficiosos resultados de semejante Instituto, que sería un órgano de solidaridad entre todos los agricultores, y, por el mismo motivo un poderoso elemento de paz, no tardarían en multiplicarse.

Roma debería ser el digno punto de reunión de los representantes de los Estados adheridos y de las principales Asociaciones interesadas, para que la autoridad de los Gobiernos y la poderosa actividad de los cultivadores de la tierra obrasen de común acuerdo.

Confío en que la sinceridad del fin que se proponen permitirá á aquellos que lo persigan vencer las dificultades de la empresa.

Con esta esperanza, tengo el gusto de ser

Su primo affo.

VICTOR MANUEL.

Roma 24 de Enero de 1904

— — — —

Instrucciones á los agentes diplomáticos.—Causas de la desunión de los agricultores - Sus efectos.

Acompañando á la anterior carta, el Gobierno de Italia ha enviado á los agentes diplomáticos las siguientes instrucciones:

I

«Su Majestad el Rey ha concebido el proyecto de ayudar á la numerosa clase agrícola formada por propietarios y aldeanos, á fin de que pueda conseguir el bienestar que han alcanzado ya las demás clases productoras.

Si bien es cierto que la inmensidad de la superficie dedicada á la industria agrícola y la gran variedad de culturas especiales y métodos estrechan los lazos que unen al hombre con la tierra que le pertenece, en cambio constituyen obstáculos para la creación de instituciones económicas que asocien el hombre al hombre, el propietario al propietario y el aldeano al aldeano.

Por vivir esparcidos y aislados, los agricultores han mostrado menos aptitud en establecer y conservar relaciones recíprocas, contínuas y directas, así como en procurarse rápidas y exactas informaciones sobre la producción y el consumo, los precios y las costumbres de los diferentes mercados del mundo, donde extraños disponen á su antojo del destino de los agricultores negociando los productos de su actividad.

Esta desunión económica de las clases agrícolas tienen por principal resultado una producción anormal, cuya repartición no basa sobre las condiciones del clima ni del suelo, y cuya norma tam-

poco se regula por las necesidades del consumo, resultando de ello un desperdicio de capitales y fuerzas que origina pérdidas directamente perjudiciales para las clases agrícolas é indirectamente para todas las demás.»

Los labradores y los Sindicatos Propósitos de Victor Manuel

«A consecuencia de esta falta de unión, los agricultores quedan muchas veces indefensos ante los abusos cometidos por los Sindicatos que se forman para los transportes, la compra y venta de los productos, y cuya principal fuerza arranca de la completa falta de fiscalización en que se hallan por parte de aquellos que mayor interés tienen en vigilarlos.

Tanto la protección contra los Sindicatos, que la ley es impotente para asegurarles por completo, como asimismo la cooperación necesaria para mejorar la producción, las referidas clases agrícolas podrán encontrarlas en sus propias fuerzas, cuando éstas hayan sido educadas y asociadas y vayan dirigidas con oportunidad.

Su Majestad el Rey y su Gobierno buscan establecer el equilibrio natural producido por el simultáneo y paralelo desarrollo de las diferentes fuerzas productoras, con objeto de que cada una de éstas conquiste la parte de bienestar que le pertenece, pagando á su vez á la sociedad la mayor contribución posible de riqueza y de paz.

Asegurando en el interior de cada Estado un justo equilibrio entre los intereses de las diferentes clases productoras, y estrechando cada vez más entre las naciones los lazos formados por la buena armonía de intereses que les son comunes, á pesar de las fronteras políticas de los Estados, así es como se podrá dirigir hacia un nuevo fin económico las ideales aspiraciones para la paz, pues una nueva clase, la más numerosa y hasta ahora la menos unida, entrará en el movimiento iniciado hacia la paz universal, con la cual están ligados, en las actuales sociedades, los intereses, cada día más numerosos, del capital y del trabajo.»

II

Medios para realizar tales propósitos.—Formación del Instituto.— Conocimientos interesantes.

«Para realizar el propósito de S. M. es necesario iniciar un acuerdo internacional, solicitando la cooporación de los Estados amigos.

Para que tenga verdadera eficacia el Instituto que S. M. desea crear es necesario que sea internacional el mercado de los principales productos de la tierra, y también por serlo la división territorial de los cultivos. además, ensanchando su ideal su esfera de acción, las Asociaciones agrícolas locales y nacionales podrán aumentar en número al par que en utilidad.

La constitución de un Instituto Internacional de Agricultura formado por representantes elegidos por las grandes Asociaciones agrícolas, y á los que se agregarían delegadss de los Gobiernos, porece medio tan sencillo como natural para conseguir el anhelado fin.

Dicha institución central, no sólo facilitaría el conocimiento directo y recíproco de las condiciones propias á las diferentes regiones agrícolas, de los métodos de producción y de los mercados y precios, como también de los obstáculos creados al comercio de los productos agrícolas por leyes y tarifas defectuosas, por falta ó por el excesivo precio de los medios de transporte, etc., etc.»

Consecuencia de la fundación del Instituto.—Bolsas agrícolas.—Proyectos legislativos.—Cooperación rural.—Defensa de los labradores.

«Semejante Instituto Internacional de informaciones generales, rápidas al par que seguras, proporcionadas en tiempo oportuno por los mismos interesados y comprobadas por las autoridades que formarían parte en él, es además condición indispensable para conseguir varios objetos, entre los cuales bastará con señalar:

1.° La creación de Bolsas agricolas y de Oficinas del trabajo, de donde se hará en mejores condiciones la oferta de obreros y de productos, y por las cuales quedarán mejor organizados y protegidos los transportes y las corrientes de emigración.

2.° El estudio preparatorio de proyectos legislativos y administrativos en los casos en que la uniformidad y una más amplia aplicación de las prescripciones se hagan indispensables para el buen éxito del fin perseguido, según acontece, por el ejemplo, cuando se producen enfermedades de plantas ó de animales, ó cuando se trata de calamidades, falsificaciones y adulteraciones de productos.

3.° Una organización más satisfactoria de la cooperación rural, pues ésta, en todo cuanto se relaciona con compras y ventas colectivas y con seguros mutuos y de crédito, podrá conseguir tanto mayor desarrollo cuanto más amplias sean sus bases.

4.° La defensa contra la posible opresión por parte de los Sindicatos, en lo que se refiere á transportes y acaparamientos, contra los cuales queda la ley sin efecto alguno, mientras el completo conocimiento adquirido por los productores y consumidores de las condiciones exactas del mercado no dejaría nunca de ser eficaz.

En resumen, la creación del Instituto Internacional de Agricultura no tendrá por objeto combatir á las grandes organizaciones y concentraciones del capital y del trabajo, significando, por el contrario, que sólo se busca un medio de defensa eficaz, el único eficaz, contra los excesos y abusos.

No quiere dicho Instituto sustituir al intermediario, sino fiscalizar sus actos.»

III

Recomendaciones á los agentes diplomáticos.—Procurando el apoyo de los Gobiernos.

«Es necesario que V. E. haga constar de un modo más especial las ventajas que tendrán los Gobiernos en mantener á sus respectivos delegados en el Instituto Internacional de Agricultura.

Hoy, más que nunca, se hace por todas partes evidente la utilidad que hay en que, tratándose de cuestiones económicas, la obra del Gobierno tome por base segura la opinión y asentimiento de los interesados, imponiendose, por lo tanto, el que haya en los trabajos que se realicen contacto continuo entre éstos y aquél. Mediante estos esfuerzos, el propósito que anima á un Gobierno y, á veces, las mismas dificultades con que tropieza, influyen en la opinión de los interesados, modificándola y dirigiéndola para conseguir que ayude y vigorice la obra de los gobernantes.

El Instituto Internacional de Agricultura llegaría, naturalmente, á ser su Centro donde se forme la opinión de las clases agrícolas, es decir, de la parte más importante en la opinión pública de todos los paises civilizados.

Los Gobiernos deberían entonces sentir la necesidad de buscar en el Instituto y sus respectivos delegados una asidua cooperación.

Los delegados de los Gobiernos formarían el Centro de unión y más natural medio de influencia é información recíproca.

Al Instituto Internacional de Agricultura se podría, pues, encargar el estudio preparatorio de las cuestiones referentes á la legislación agrícola, sin mermar por ello la independencia de los Gobiernos y de los Poderes legislativos nacionales, puesto que ninguna facultad coercitiva podrá ni deberá jamás eoncederse al referido Instituto. Este quedará con toda libertad para estudiar y proponer disposiciones de interés general agrícola, como asimismo los Gobiernos para aceptarlas ó no y para tomarlas como argumento en la edificación de leyes nacionales ó de convenios internacionales.

La consecuencia natural de la obra colectiva sería dar á las disposiciones libremente presentadas una gran autoridad moral que, por el mismo efecto de la inagotable utilidad de dichas disposiciones, se impondría á los Parlamentos y Gobiernos.

Ruego á V. E. se sirva dar explicación de nuestro pensamiento al Gobierno cerca del cual está acreditado, invitándole á que envíe delegados suyos para tomar parte en la primera Asamblea, que se reunirá en Roma en el próximo mes de Mayo, con objeto de preparar el reglamento de la nueva institución.»

Traducciones

LOS RECURSOS DE EUROPA

Los primeros colonizadores americános se hallaban, en muy escaso número, en una tierra llena de recursos, y siendo, naturalmente, filoneistas, se vieron impulsados á aceptar con entusiasmo todos los instrumentos y las máquinas que podían sustituir el brazo del hombre y abreviar el trabajo en la producción; esto los hizo, al fin, amos del mercado, en todos los géneros producidos hoy por las máquinas.

Veamos ahora lo que ocurre en la vieja Europa.

En tanto que la historia y las condiciones mismas del país impulsaban á los jóvens y emprendedores americanos á explotar con ardor el nuevo filón que se abría á su actividad y á su espiritu de iniciativa, todo, por el contrario, retenía á la vieja Europa en su actitud de prudente desconfianza, y en su misoneismo circunspecto hacia todo orden de ideas y de cosas nuevas. Lo que había contribuído á aceptar las máquinas en América con tanto favor, era la falta de brazos y de hombres por el contrario, en Europa hubo siempre abundancia de brazos y de obreros, ántes y después del feudalismo.

Los siervos y los obreros realizaban maravillosamente toda clase de obras. imprimiéndoles ese sello individual y original que la máquina más perfecta no puede dar casi nunca. A un platero que había heredado su oficio de padres á hijos confiaba el señor sus barras de plata para que las convirtiese en vajilla; á un ebanista, los cofres cuidadosamente esculpidos y los muebles patriarcales. En la casa se elaboraban toda clase de objetos, se fabricaba el pan, se preparaban los embutidos, se bordaban las telas, se fabricaban magníficas tapicerías, así como los encajes. La antigua costumbre exigía el trabajo ejecutado á mano; pero, poco á poco, el hombre se apasiona por las cualidades especiales del trabajo á mano, en el que queda impresa la personalidad del artista que lo ha creado, y cuando llegó la invención de la máquina que hubiera podido sustituir el trabajo de la mano, surgió la protesta contra su adopción. Los grandes señores, acostumbrados á la delicadeza y á la gracia

de los cristales venecianos y á las magníficas porcelanas de Sevres, hábilmente adornadas por un pincel artístico, hallaban justamente antipáticos é insípidos los cristales y las mayólicas fabricados con moldes. Los que habían gustado los sabrosos manjares manipulados por manos familiares, despreciaban con toda su alma las conservas invariables é impersonales que la máquina produce.

Pero la máquina, que había surgido en América en un momento tan propicio como enviada del Cielo, vino á interrumpir y á embrollar, en Europa, todo un orden de cosas preestablecido. En efecto; la aparición de las primeras máquinas de coser y de los primeros telares mecánicos suscitó protestas. Los obreros se revelaban contra semejantes artefactos diabólicos, inventados para quitarles el pan, y el público observaba cierta desconfianza con respecto á los productos de la máquina, y pretendía que los puntos de la máquina de coser no tenían solidez; que las telas salidas de los telares mecánicos carecían de resistencia; que las medias fabricadas á máquina se rompían fácilmente, mientras que no cabe duda que ciertos trabajos salen mucho y tiene mayor solidez cuando son ejecutados por la máquina, que trabaja con precisión y exactitud matemáticas.

Así, por ejemplo, la construcción de las diferentes piezas de una bicicleta ó de una máquina de escribir, es un trabajo que exige tal precisión y tal minuciosidad, que sólo una máquina puede llevarlo á cabo. Un mecánico sabrá perfectamente fabricar todas las partes de una bicicleta y combinarlas entre sí; pero su trabajo exigirá mucho más tiempo, y nunca será tan perfecto como el de la máquina.

— —

Ahora bien; hay siempre objetos que, por su uso y por las funciones á que están destinados, salen mucho mejor hechos por la mano del hombre.

Hay siempre objetos cuya creación exige exactitud y precisión, y otros que piden más bien el gusto, el arte y la estética de una mano experimentada. Así, el corte de un vestido verdaderamente elegante será siempre el privilegio de un sastre parisiense, con el qne nunca podrá comprarse un sastre mecánico, bueno, únicamente, para los vestidos baratos.

La Fotografía hará retratos magníficos, que no podrán sin embargo, sustituir los pasteles y los retratos de un Lembac ó de un Carolus Durand. Jamás habrá máquina capaz de hacer una imitación que valga tanto como el original de esos encajes que salen de las manos de las simples obreras de Bruselas, Ganre ó Burano.

La composición de una joya exigirá siempre la mano del hombre, y ningún torno mecánico podría trabajar la plata con el vigor y la belleza que le da el martillo, manejado por el cincelador.

Los mosaicos, la pintura de vidrieras, los esmaltes, los muebles y los hierros forjados, para que sean verdaderamente artísticos, tendrán que pasar siempre por la mano del hombre; seguirán siendo atributo de Europa, que posee la tradición, mientras que todos los objetos que deben ejecutarse con exactitud y precisión serán cada vez más monopolio de los americanos, que teniendo el culto de la máquina, han sabido perfeccionarla y explotarla hasta el último límite, y que, además, poseen la primera materia—hierro y carbón — más baratos que en Europa.

Esto no significa, como algunos pretenden, ni la bancarrota de la producción americana, ni la de la producción europea; por el contrario, las dos clases de trabajo se completan en provecho de la civilización humana.

Nosotros podremos comprar los productos americanos: zapatos, bicicletas, navajas y conservas, obtenidos con un mínimo gasto de trabajo, de tiempo y de material, y nosotros podremos vender á los americanos, refinados por la cultura y la riqueza, los praductos más delicados de la genialidad europea.

CÉSAR LOMBROSO.

REVISTA DE REVISTAS

El obrero en Alemania

DE LA REVISTA *Hojas Selectas*

Una de las revistas más notables y más completas, que se publican no solo en España, sino en Europa es Hojas Selectas *que aparece mensualmente en Barcelona. De un artículo que sobre la protección del obrero en Alemania publica en uno de sus últimos números, tomamos los interesantes párrafos siguientes:*

El obrero no es un esclavo, es un asociado del patrono, con acción tan esencial é importante como la de éste en la obra colectiva; por lo tanto, los patronos no deben aprovecharse de la abundancia de brazos ni de la miseria ó necesidad del trabajador para escatimar la cuantía de los salarios y acrecer la duración de la jornada en egoista beneficio del capital. Porque el obrero no solo ha de emplear en la labor el esfuerzo de sus músculos, la habilidad de sus manos y la viveza de sus sentidos, sino también el vigor de su inteligencia, el impulso de su voluntad, los afectos de su corazón, las cualidades todas del espíritu, que animar no pueden ni á la bestia ni á la máquina.

Este hermoso concepto del trabajo, que tomado á la doctrina cristiana enarboló como lábaro la escuela intervencionista, va inspirando con ardor creciente la política de los gobiernos, que impelidos al fin por los mismos sucesos que no supieron prevenir ni encausar, se han visto precisados á proteger al obrero con protección de justicia, dejando en manos del patrono digno de este nombre, que de padre se deriba, la protección de caridad.

Estaba antes el trabajador á merced de una resolución airada ó arbitrarra de los mayordomos, que en cualquier instante y bajo cualquier pretexto podian despedirle, sin más compensación que el pago de los salarios devengados. La ley ha puesto freno á este violento desahucio obligando á los patronos á dar anticipado aviso del despido, so pena del pago de los jornales correspondientes al plazo legal de espera.

Tampoco cuidaba antes el Estado de las condiciones higiénicas

y salutíferas en que el trabajo debe efectuarse; pero al fin cayó en la cuenta de que por amo y señor que de su establecimiento sea el patrono, no puede atentar pasivamente á la salud y vida del obrero, y ha de procurar, por lo tanto, que los locales y dependencias del taller, almacén ó fábricas reunan las condiciones de limpieza, ventilación, asoleado y comodidad indispensables para que en vez de orgástulas ó pocilgas sean lugares adecuados á la estancia de seres humanos. A fin de evitar que los obreros trabajasen en sótanos húmedos y sombríos, en cuadras ruinosas y polvorientas, en covachuelas infectas sin luz ni aire, estableciose por imperio de la ley la inspección facultativa de los edificios industriales y de las tiendas y almacenes, exigiendo á los patronos las reformas convenientes para que los locales de trabajo reuniesen las debidas condiciones de salubridad é higiene.

La protección del obrero en lo que á su salud atañe, ha de extenderse con mayor motivo á la seguridad de su vida, de modo que no quede expuesta al tanto por ciento de la ganancia ni á la sordidez de abominables economías. Antes de que la escuela intervencionista lograra la realización de sus ideas, era para el Estado cosa insignificante la vida del obrero que moria en el altar del trabajo, tan santo y sublime como el de la patria. Con frecuencia eran los proletarios víctimas á un tiempo de su deber y de la incuria de los patronos, sin que nadie obligase á éstos á reparar en lo posible las desgracias ocasionadas por accidente ó negligencia. Hubo, no obstante, muchos que sin necesidad de ajenas excitaciones, movidos tan solo por expontáneo y loable altruismo, instituyeron en sus establecimientos el socorro é indemnización á los obreros en caso de enfermedad, invalidez ó accidente; pero esto, si era un deber moral, no era una obligación jurídica, y preciso fué proteger también al obrero en este punto por medio de una ley que fijara la indemnización forzosa de las desgracias sobrevenidas por accidentes del trabajo. Protegido el obrero de esta suerte, no era ya tan fácil que el afán de la ganancia ó el desprecio de la vida ajena forzara la marcha de los motores en las fábricas u omitiera providencias de seguridad en las construcciones, ocasionando con esta incuria el estallido de las calderas, el desplome de los techos, el hundimiento de las minas, la caida de los andamios, los mordiscos de los engranajes, los enganches de las correas é infinidad de fatales accidentes que acrecentaban de contínuo el martirologio del trabajo.

Asimismo, necesitaban protección los que, no llegados todavia á la edad del discernimiento é incapaces de regir albédricamente los actos de su vida, eran víctimas ingénuas de la más horrenda explotación por parte de sus mismos padres, que profanando tan augusto nombre, arrebataban los toscos juguetes de las manos de niños de nueve, ocho y aun siete años, cargándolas con la pesada herramienta del obrero. No hay excusas que cohoneste ni atenúe

siquiera el execrable estupro moral que significa el emplear durante once ó doce horas en trabajos más fatigosas aún por su continuidad que por su rudeza, á criaturas que ni física, ni intelectual ni moralmente son aptas para el ejercicio de la actividad. Forzoso era, por lo tanto, que el Estado refrenase tan manifiesta transgresión de la justicia, y á este efecto se promulgó una ley reguladora del trabajo de las mujeres y niños en fábricas, talleres, minas y tiendas, prohibiendo en absoluto el de los menores de catorce años y limitando á ciertas condiciones el de los menores de diez y ocho. Completóse la protección del obrero en este particular atendiendo á sus necesidades intelectuales y morales por medio del establecimiento legal de escuelas de primera enseñanza en las mismas fábricas ó en sus cercanías para que á ellas pudiesen asistir los aprendices durante dos horas, computables entre las de jornada.

Del mismo modo debe protejerse al obrero contra el abuso que de su actividad se hace forzándole á trabajar mayor número de horas de las que el organismo humano puede resistir sin morboso desgaste, como si en vez de estar su cuerpo sujeto á la necesidad del descanso, fuese el de un autómata infatigable como la máquina. Había comarcas en que la jornada era de doce, catorce y hasta diez y seis horas, constituyendo el trabajo de los infelices sometidos á tan duro régimen una doble pena física y moral, que anulaba las expansiones sociales y domésticas, los goces de la familia, la vida toda del espíritu, sin otro horizonte que las paredes de la cuadra ni otra esperanza que la del cambio de dueño Al remedio de este abuso acudió el Estado limitando al máximo de once horas la jornaba de trabajo.

Promulgóse más tarde la ley del descanso dominical, cuya protección ha alcanzado con mayor eficacia á los obreros de corbata, es decir, á los mancebos de mostrador, á los dependientes de escritorios, despachos y almacenes, y demás empleados de sueldo mensual, tan proletarios como los jornaleros, que trabajaban setenta horas semanales sin otro descanso que el de una tarde fugaz é insuficiente para reparar los desgastes nerviosos ocasionados por la cotidiana tarea.

En los países que con patriótica asiduidad se preocuparon del problema social, han sido mayores y más definitivos los triunfos de la escuela intervencionista, habiéndose conseguido en algunos la institución de jurados mixtos de patronos y obreros, con facultad legal de dirimir arbitralmente las contiendas que puedan suscitarse entre el capital y el trabajo. La ley de jurados eleva al obrero á la dignidad de par del patrono y le da jurisdicción propia en los asuntos que directamente le atañen, pudiéndose considerar como la sanción implícita de un contrato colectivo modificable según las circunstancias de lugar, profesión y tiempo; más para que esta institución tenga eficacia protectora, es preciso que los jurados se constituyan con equidad ponderativa, de modo que no prevalezca

sistemáticamente en número, y por lo tanto en opinión y voto, una ú otra de ambas partes contendientes. El jurado mixto es un expedito medio de prevenir los conflictos y resolverlos pronta y pacíficamente, con notoria ventaja para todos, siempre y cuando todos se sometan lealmente á sus decisiones, que, por otra parte, han de ser obligatorias é inapelables.

Otro principio de protección al obrero, igualmente proclamado por la escuela intervencionista, establecido ya en algunas naciones y próximo á establecerse en otras, es el del derecho que en justicia tiene el operario á que se le ampare en su vejez, después de toda una vida empleada en el trabajo. Claro está que el derecho á retiro, que así se denomina esta forma de protección, ha de sujttarse á ciertas condiciones, materiales unas, morales otras, pero conducentes todas á que sea la recompensa de la virtud, de la lealtad y de la constancia.

Varias modalidades puede ofrecer la protección á la ancianidad del obrero; entre ellas sobresalen la que deriva de la convivencia con patronato y la que procede directamente del Estado. El obrero que durante cuarenta años de su vida ha trabajado día tras día en la misma fábrica sin más interrupciones que las forzosamente ocasionadas por enfermedad, se considera con razón como miembro de la familia del patrono, á quien tal vez sostuvo en brazos, como parte integrante de aquella industria cuyos estruendosos rumores mecieron su cuna y arrullaron los sueños de su infancia; y no es bien que á un obrero de tal suerte encanecido en el trabajo se le abandone miserable y viejo en medio del arroyo, como un ser inútil del que ya no cabe esperar provecho alguno.

La institución de cajas de retiro aparece tan natural y palmaria al considerar cosas semejantes, que aun sin coacciones de la ley debiera existir en todos los establecimientos industriales y fabriles de primer orden, cuyo gran número de obreros es un estímulo para fundir en uno solo, común y colectivo, los intereses individuales de cuantos coadyuvan á la empresa, contribuyendo unos y otros en alícuotas proporciones á la alimentación de un fondo de reserva, que por la continua afluencia de cuotas, socorre y ampare al anciano con el esfuerzo del joven.

La tolerancia en la educación

DE LA REVISTA *La Escuela Moderna*

D. Pedro Alcántara García el más incansable y celoso educador de nuestra juventud, ha publicado en la notable revista que publica bajo su dirección, La Escuela Moderna, *un hermoso artículo acerca del espíritu de tolerancia en la educación del que copiamos los párrafos siguientes:*

De dos maneras debe proceder el educador para cultivar en el

niño el espíritu de tolerancia: siendo tolerante con él y enseñándole á serlo; con su conducta y con sus direcciones.

«El mejor medio de hacer sensible al niño, se ha dicho, es el de ser sensible con él». Del mismo modo y por igual razón que la en que se apoya esta máxima pedagógica, cabe afirmar que la manera más adecuada de hacer tolerantes á los niños es siendo tolerantes con ellos. Aunque no se impusiera al maestro esta regla de conducta por motivo de la virtud educativa del ejemplo (decantada por todos los pedagogos de valía, antiguos y modernos, y puesta de relieve por la experiencia de todos los siglos), aconsejarían seguirla razones de otro orden relacionadas también con la manera de enseñar.

La tolerancia por parte del educador es eficasísimo instrumento pedagógico para guiar y enseñar á los niños. Para conseguir que éstos hablen, trabajen, aprendan, se asimilen la enseñanza, hay que ser tolerantes hasta con sus errores; precisa dejarles que se expresen como sepan y puedan hacerlo, no amonestarles porque no lo hagan bien ó tal como nuestra presunción tenga previsto que han de expresar lo que se les pide. La reprensión violenta, la imposición dogmática de una fórmula, dada *incontinenti* por el maestro, sin esperar á que el niño se espontanee, sin enterrogarle, sin sondear su pensamiento ni excitarle á que recapacite sobre él, sin suscitar, en fin, por modos persuasivos la acción de la mente, es á la vez que signo de incapacidad, falta de arte para hacer hablar y pensar á los niños; es consecuencia de un vicio de intolerancia de que el maestro suele no darse cuenta, y entraña el dogmático *magister dixit*, tenido como la expresión más refinada de la intolerancia docente.

Y los niños que de contínuo son tratados de esa manera, se acostumbran á tratar á los demás del propio modo, y por la fuerza acumuladora y conservadora del hábito (nuestra segunda naturaleza, que se dice), llegan á hacerse intolerantes. A ello contribuyen, con los gérmenes depositados en el fondo de la naturaleza infantil por una herencia de muchos siglos de abolengo, los instintos personales que anidan en el alma del niño y una de cuyas primeras y más potentes manifestaciones es la del *amor propio*, gran generador de intolerancia en todas las edades del hombre. Oponiendo á esos instintos el contrapeso de los sociales, especie de secante del amor propio, trabajará el educador para ir sometiendo á sus educandos al yugo dulce y apacible de la tolerancia.

Recordemos, por otra parte, que la manera intolerante de tratar á los niños acusa un vicio profundo en el modo de enseñar. Signo las más veces de ineptitud y falta de paciencia, es producto del sentido dogmático que antes condenamos y que precisa desterrar de toda enseñanza, singularmente de la primaria, por lo que sofoca la espontaneidad y con ello adormece la individualidad, haciendo tabla rasa de la acción debida al esfuerzo personal del niño, que es la que, tonificando el espíritu, engendra el verdadero saber y hace que el educando se asimile y viva la enseñanza que recibe. No la sentirá ni la vivirá, ciertamente, si le da revestida de dogmatismo é intolerancia, si se le impone en vez de infundírsela.

Aparte de la intencionalidad pedagógica que hemos atribuido al sentido con que ha de conducirse en su enseñanza el educador, debe éste insistir en la conducta tolerante para que sirva de ejemplo

á sus educandos. Nada edifica tanto como el ejemplo, tenido como el primer maestro del hombre, se ha dicho con sobra de razón. Pero ello no basta en la función educativa para infundir al niño la tolerancia, para impregnar de ella el alma de las nuevas generaciones. Precisa hacer algo más: á la intuición del ver practicar, hay que añadir la intuición del hacer. «No se sabe bien más que lo que hace uno por sí mismo». Este pensamiento de Aristóteles es aplicable á la cultura del espíritu de tolerancia. Como otras virtudes, debe hacerse practicar ésta á los niños.

Al efecto, se les acostumbrará, siempre por la persuación y el ejemplo, á respetar la opinión ajena, á no menospreciar el pensamiento de los demás, aunque no conforme con el suyo, á no imponer éste, á recibir con benevolencia las observaciones de otros. Las relaciones inherentes á la vida escolar ofrecen á cada paso ocasión propicia para ello. Por inhábil que sea un maestro, no ha de faltarle recursos para hacer de esas relaciones una especie de gimnasia que ponga en ejercicio el sentido de tolerancia, poniendo á un alumno en el caso de juzgar, ora la explicación dada por otro, ora algún auto realizado por este ó el otro compañero, ya las faltas imputadas á cualquiera niño o persona mayor, siempre haciéndole que se fije en las condiciones personales y en la situación social (de ignorancia, de pobreza, de estado de ánimo etc.) del individuo en quien se trate. Hasta en los mismos juegos infantiles conducirá el maestro á sus alumnos de modo que mutuamente se toleren, incluso los defectos. Así dará á su enseñanza la plasticidad de la acción, que tan poderosamente contribuye á inculcar en el espíritu de los niños las ideas y los sentimientos de que se proponga penetrarlo; de esa suerte, por actos de tolerancia, les habituará á ser tolerantes. Que un niño rechaza lo que otro dice ó hace, ó se mofa de ello; el Maestro debe obligarle á que exponga el por qué de su repulsa y mofa, á que rectifique, si lo formó, un falso juicio, y en todo caso le hará comprender y sentir la necesidad de no proceder con ligereza y sí con respeto y benevolencia al juzgar lo que otros digan o hagan, y que es presuntuoso y propio de gentes mal educadas creernos los únicos poseedores de la verdad, la cual puede encontrarse aun en lo que reputamos por errores.

Como fácilmente se comprende, este modo de infundir en los niños el espíritu de tolerancia puede tener aplicación á propósito de todas las enseñanzas. En todas, unos niños se equivocan, incurren en errores y cometen faltas de más ó menos bulto, y otros que oyen ó entienden mal lo que los demás dicen, que son ligeros en sus juicios y á quienes les parece extraño aun lo que nos traspasa los linderos de lo natural y corriente, ó que aguijoneados por el amor propio, sólo reputan como bueno, verídico y propio lo que ellos dicen, piensan y creen: éstos son los intolerantes por naturaleza, y lo demostrarán en todos los ejercicios, en sus conversaciones y hasta en sus juegos. Con ellos es con lo que se precisa tener mayor cuidado para encaminarlos por la senda de la tolerancia.

Miscelánea científica

El manejo de los rayos X

Después de una terrible agonía, ha muerto uno de los principales preparadores del célebre inventor norteamericano Edisson, por efecto de los rayos X, y cuyo preparador tenia el encargo de estudiarlos

Según datos fidedignos, más de 20 operadores agregados á los hospitales de Londres, están atacados, actualmente de peligrosas enfermedades de naturaleza cancerosa y probablemente incurables, ocasionadas por el manejo de los tubos de krookas, productores de los penetrantes rayos catódicos.

El doctor Blacker, médico inglés, tuvo que hacerse amputar un brazo por la enfermedad que le produjo la acción de los rayos X, y más tarde falleció por la misma causa

Hace poco, también tuvo que amputarse dos dedos un médico muy conocido en Londres. Según dicen, las llagas debidas á los rayos X causan sufrimientos imposibles de emaginar.

Las enfermedades sufridas por estos rayos atribúyense á las pocas precauciones tomadas mientras practican experimentos con los radiantes tubos de Roentjen

El «pirhelióforo»

Un sacerdote portugués, el padre M. A G. Himalaya, ha presentado en la Exposición Universal de San Luis un aparato que ha inventado: el «pirhelfóforo».

Por medio de esta máquina se puede producir, aprovechando el calor solar, una temperatura de 7 000 grados Fahrenheit, ó lo que es igual, de 4 370 centígrados.

El primer experimento se hizo en un dia en que el sol se presentaba velado por ligeros celajes. En tales condiciones, se consiguió fundir hierro. Se trató de fundir manganeso; pero la operación hubo de suspenderse por haberse nublado el sol por completo.

El padre Himalaya ha construido cuatro máquinas de esta clase y se propone aplicarlas á la producción de calor para que sirva de fuerza motriz á la industria.

Merced á ese aparato se han demostrado las siguientes conclusiones:

1.ª Que el calor solar es de origen eléctrico

2.ª Que la intensidad de los rayos solares es mayor que la de un arco voltaico.

3.ª Que es posible transformar aquellos rayos en energía eléctrica.

Descubrimiento notable

Un periódico de Nueva York da cuenta de la siguiente operación quirurgica:

«Antonio Stranino, italiano, recibió más de treinta heridas la se-

mana pasada, á consecuencia de una explosión de dinamita en las cercanías de Nueva York, una de las heridas consistia en haber perdido parte del abdomen, y habría sido seguramente mortal, á no habérsele operado con prontitud, lo que se hizo en el Hospital de Vermont. Los doctores Weiss y Goodvin le acabaron de abrir el estómago y le pusieron unos empalmes de metal, dejándole tan bien que, según ellos, de esta no se muere. El herido dice que siente más el dolor de haber perdido un ojo que todas las otras heridas, y también está seguro de salvarse».

Duracion de la vida

Una cuestión largamente debatida y que promete ser objeto de discusiones durante mucho tiempo, es la proporción que existe entre la duración de la vida del hombre y de la mujer.

Los estadistas italianos han demostrado que las defunciones son más numerosas en el sexo femenino que en el masculino hasta la edad de 43 años.

A partir de esta edad, la existencia de la mujer es más resistente que la del varón por espacio de veinte años, es decir, hasta los sesenta y tres.

Desde este momento el hombre recobra la superioridad.

Según estos datos, la mujer se ha expuesto á más peligro durante un período larguísimo.

Hasta los cuarenta y tres es más accesible á la muerte que el hombre; de cuarenta y tres á sesenta y tres tiene menos probabilidades de morir; pero después perece más fácilmente.

El cancer y su tratamiento

En una conferencia dada por el ilustre médico Mr. A W. Mayo Robson en la Academia de Medicina de Londres, sobre «El cáncer y su tratamiento», el orador manifestó que ya era hora de que el pesimismo, tanto público como profesional, cediera el paso á más consoladoras ideas.

Como justificación de su optimismo, él citó algunos notables datos estadísticos que venían en apoyo de su afirmación. Así, por ejemplo, de sesenta y dos enfermas operadas por el conferenciante de cáncer en el pecho, una vivió doce años; dos nueve; tres, seis y medio, y otras algo menos.

De 175 operaciones llevadas á cabo por otro cirujano, 108 personas quedaron curadas radicalmente, y, por último, ahí estaba el caso del doctor Cullingworth, que después de operado varias veces durante seis años, vivió cuarenta y nueve en perfecto estado de salud. El cáncer de la laringe, de 18 enfermos se obtuvieron 15 curaciones, y en 40 personas atacadas de cáncer intestinal sólo hubo seis casos fatales. Además, en 12 del hígado se curaron 10.

Para terminar hizo la observación interesante de que, de 77 casos de cáncer del labio, sólo tres eran mujeres; lo cual, dijo M Robson, era debido al uso inmoderado del tabaco.

«En sus primeras manifestaciones—concluyó diciendo el conferenciante—puede hacerse abortar el mal, y de acudir más tarde, cuando no se alcance la cura, siempre se logrará el alivio».

LIBROS

MEDICINA DOMÉSTICA (COLECCION DE MANUALES SOLER) POR EL DOCTOR OPISSO.

La casa editorial sucesores de Manuel Soler, de Barcelona, acaba de enriquecer su nutrida Biblioteca con un nuevo Manual, intitulado «Medicina doméstica», que es una verdadera guia para los primeros auxilios en casos de enfermedades apremiantes y en los accidentes desgraciados, debido á la pluma del doctor D. Alfredo Opisso, ventajosamente conocido como hombre de ciencia y publicista.

La nueva obra, aparte su utilidad permanente en el seno de las familias, donde siempre es necesario un *Manual de la enfermera*, está concebida y planeada en un sentido eminentemente práctico, y reune todas las condiciones que exige un libro de vulgarización, lo mismo en lo referente al lenguaje y el tecnicismo, que en la distribución de las materias, á cuyo objeto se ha adoptado el orden alfabético como el más indicado para la fácil consulta de lo que se busca.

La obra que recomendamos al público forma un volumen de 300 páginas, en 8.° mayor, y va acompañada de numerosos grabados, que facilitan la comprensión del texto.

*
* *

EL PRIMO BASILIO, POR ECA DE QUEIROZ —EDICION MAUCCI.

Decir que lo que ocurre en «El primo Basilio»—interesante novela de Ega de Queiroz, publicada recientemente por la casa Maucci—es lo que ocurre en la sociedad moderna, seria considerar á ésta en un estado de perversión, afortunadamente injusto. Pero, al mismo tiempo, ¿cómo negar la influencia decisiva, enorme, inevitable que la pasión material ejerce en nuestras sociedades caducas, como, después de todo, se ha ejercido en otras más jóvenes y siempre?

Ega de Queiroz, con su espíritu sutilísimo de observador perspicaz, con sus galanuras de estilo, con sus profundidades de concepto, con su aristocrática ironía ha tomado el drama de un matrimonio destrozado por un capricho de Basilio, primo de Luisa, la protagonista, y con tan sencilla base ha escrito una de las novelas más naturalistas de cuantas han corrido por los mercados literarios de Europa, pregonando el arte del gran literato portugués.

Este, á través de su *monocle*, adivina hasta los más recónditos é imperceptibles detalles de la vida del amor, y su exposición, más que el argumento de su obra, es lo que constituye el imponderable atractivo de ésta. Para ello claro es que se necesita una educación especial, un talento cultivado, un arte á que pocos llegan; ser, en suma, un Ega de Queiroz, ó, de lo contrario, la obra en cuestión no podria ser leida.

El Museo Canario

Junta Directiva

Trienio de 1905-1906 y 1907

PRESIDENTE

Dr. D. Teófilo Martínez de Escobar.

1.ER VICE-PRESIDENTE

D. Diego Mesa de León.

2.° VICE-PRESIDENTE

Dr. D. Vicente Ruano y Urquía.

DIRECTOR DEL MUSEO

Dr. D. Luis Millares y Cubas *(Inamovible)*

CONSERVADOR DEL MUSEO

Dr. D. Andrés Navarro y Torrens *(Inamovible)*

BIBLIOTECARIO

D. Francisco Cabrera y Rodríguez *(Inamovible)*

TESORERO

D. Enrique Caballero del Toro

VOCALES

Lic. D. Manuel Van-de-Walle y Quintana.
Dr. D. José Franchy y Roca.

D. Ramón Gómez Bonet.
» José Rodriguez Iglesias.
» Rafael Gómez Gomaza.
» Cayetano Peñate López.
» Julio Martinez Muñoz.

Socios corresponsales

	D. Ramón F. Castañeyra	Puerto Cabras.
Excmo. Sr.	» Nicolás Díaz Pérez.	Madrid.
Lic.	» Elías González Espinola.	Laguna.
	» Juan Bethencourt Alfonso.	Santa Cruz.
	» Juan Pérez García.	Yáiza.
Dr.	» Manuel Sales. y Ferré.	Madrid.
	» Francisco Permatín y Laborde.	Jerez.
	» Francisco M.ª Melian Alvarado.	Agüimes.
	» Juan de Quesada y Déniz.	Madrid.
Dr.	» Enrique Blanco.	Pto. de la Luz.
	» Germán Wildpret.	Orotava.
Lic.	» Elías M. Martínez Nubla.	Manila.
»	» Tomás Torres.	id.
	» Arturo de Malibrau y Martinón.	id.
Lic.	» Ramón Gómez.	Orotava.
	» Cárlos Alluand.	París.
	» L. Cullieret.	Montpellier..
Dr.	» Cárlos de la Torre y Huerta.	Habana.
	» León Mateos Amador.	La Plata.
Lic.	« Octavio Rebuelta y Valcárcel.	Madrid.
Dr.	» Segismundo López de Rueda.	Sevilla.
»	» Juan Gómez de la Maza y Tejada.	Habana.
»	» Juan Santos Fernández	id
»	» Antonio de Gordon y de Acosta.	id
	» Luis Maffiotte y La-Roche.	Madrid.
Lic.	» Manuel de Ossuna y Van-den-heede.	Laguna.
»	» Leopoldo Pedreira y Jaibo.	id.
»	» Miguel Maffiotte y La-Roche.	Laguna.
»	» Mario Arocena.	Sta. Cruz.
Dr.	» Anatael Cabrera Diaz.	Laguna.
	» Francisco Batllori y Lorenzo.	Arrecife.
	» Antonio Cabrera de las Casas.	La Palma.
	» José Pérez Medina.	Puerto Cabras.
	» Emilio Proffit.	París.
	» Wenceslao Berriel.	Tetir.
	» Juan P. Criado y Domínguez.	Madrid.
	» Norberto Font y Sagué.	Barcelona.

Artículos en preparación que publicará EL MUSEO CANARIO en los números sucesivos

---

La Literatura italiana, por Angel Guerra.

Tocando á Fuego, por Luis y Agustín Millares.

Teatro: *Bárbara,* de Pérez Galdós y *Andrónica,* de Guimera, con retratos.

El Gobierno de los Guanches, por Antonio M.ª Manrique.

Pensamientos, por Amaranto Martínez de Escobar.

El periodismo en Canarias, por José Franchy y Roca.

24 DIC. 1912

El Museo Canario

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En las Islas Canarias, un mes. .	1 Pta.
Id. Id. un año . .	10 »
En la Península española, Islas Baleares y posesiones españolas, un semestre	7 »
Id. Id. un año. .	14 »
En el Extranjero, un año	20 »

AÑO X—NÚM. 189 TOMO XVI—CUAD. 5.º

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE

ESTABLECIDA EN LAS PALMAS

PARA EL ADELANTO DE LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LAS ARTES

Director: ARTURO SARMIENTO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CALLE DE TRAVIESO NÚM. 27

LAS PALMAS

Mayo de 1905

Sumario de este número

Literatura italiana en el siglo pasado, por Angel Guerra.
Artículos científicos: La enfermedad del miedo, sus estragos y su tratamiento, por X.
Tres almas—Notas de un diario, por Miguel Sarmiento.
Malas consecuencias, apólogo, por Amaranto Martinez de Escobar.
El gobierno dinástico entre los guanches, por Antonio M.ª Manrique.
Literatura dramática. Obras estrenadas en la temporada de 1904-5
II. Dos dramaturgos canarios.
Angel Guimerá, por Luis Doreste.
Benito Pérez Galdós.
Cuestiones obreras.
Seguros contra el paro.
El código obrero.
Escuelas progresivas.
Nuestros poetas del tiempo viejo:
La Princesa Dácil, por Antonio de Viana.
El París de mi juventud, artículos traducidos, por V. Sardeau.
De agricultura. La conquista de la Naturaleza. La papa uruguaya y su rendimiento fabuloso.
De la Historia de Canarias. Diario del Bachiller D. Isidoro Romero Ceballos. Continuación.
Un libro notable. El Gran Diccionario de la Lengua Castellana por D. Aniceto Pagés.
Revistas de Revistas:
La extenisón universitaria.
El novelista Gorki.
Poesía y prosa.
Libros:
Otoñales de A Reyes.
Ave Fémina de M Sawa.
Las tragedias de los celos.
Misterios de la policía de Griffisths.
Eslabones de carne de M. Sevilla.
Miscelánea científica:
La fatiga. - Suero para enflaquecer.—Terrible explosivo.—Fenómeno raro.—Señal de muerte cierta.—Conductibilidad eléctrica.—Los proyectiles eléctricos.
Grabados:
Retratos de Pérez Galdós. Guimerá y D. Aniceto Pagés.

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

órgano de la Sociedad del mismo nombre

Director: ARTURO SARMIENTO

MAYO 1905 — AÑO X — N.º 189

La literatura italiana

SIGLO XIX

Hermanas por el alma latina que en ambas literaturas revive *ad perpetuam* y por la pasión meridional que es idéntica sangre en ellas, la italiana y la española tanto se han aislado en sus respectivos solares, que en la actualidad se desconocen por completo. Desecho el viejo hogar latino, las tres hermanas, con mayoría de edad, se declararon independientes. Dispútanse entre sí la supremacía en el arte. Italia, en el siglo XIII, señorea en la cultura universal de los siglos medios cincelando los tercetos en que el genio de Dante encierra el espíritu y la civilización de toda una época. España, en la décima sexta centuría, por sus letras es pasmo al mundo en su edad de oro, llegando al más alto encumbramiento con la novela picaresca que inmortaliza Cervantes y la poesía mística con que desfallece de amor el alma cálida y fervorosa de Santa Teresa. Francia, en la siguiente centuria, la engrandecen la musa

trágica de Racine, y el estro gallardamente cómico de Moliere, que consiguen para el teatro nacional cetro y corona en el mundo latino, por que, más allá del canal de la Mancha un sajón es rey indiscutible de la dramaturgia entonces y en todos los tiempos.

Así viven en el curso de los siglos, alternativamente en predominio, con días de encumbramiento y con periodos de decadencia. Francia, en la actualidad, ejerce la hegemonia en el arte. Orgullosa en su grandeza, desdeña las letras italianas y españolas, no escuchando la voz de la sangre, para requerir de amores á las literaturas septentrionales, brumosas como los paises donde han nacido, con vida de ideas, que se desliza bajo los artificios de la fábula poética como el agua corre bajo el suelo de los grandes rios que atraviesan las calladas estepas.

Escandinavos y germánicos traen á París su teatro simbólico, con ímpetu revolucionario, cuyo pensamiento pretende dar el molde de una sociedad nueva, y los eslavos envían al bulevard su novela con entraña humana donde gritan los rebeldes sus quejas y los humildes lloran la pesadumbre de su dolor eterno. Paris, como mujer galante, los mima, los aclama y los reverencia.

En cambio para los literatos españoles é italianos tiene casi cerradas las puertas. Si alguno admite es como de limosna y por pura condescencia. Los novelistas italianos, muy pocos entre tantos, los ha presentado Brunetiere al público cosmopolita de Paris y algunos de los nuestros han sido con todo encomio recomendados por René Barin y Gaston Deschamps. Más, por desdicha de la fortuna, si han obtenido estima, no han conquistado privanzas. La moda literaria tiene sus tiranías como otra moda cualquiera.

Verdad es que para encontrar un público universal los escritores contemporáneos, de todos los paises, necesitan la consagración y el espaldarazo de la crítica parisien.

Formamos nosotros, como forman también los italianos, parte de ese gran público, y no conocemos más libros que los que Francia nos impone al son de reclamo, rindiendo fáciles devociones, que ni residencia la crítica de arte, ni perfecciona un constante progreso en la cultura nacional. Lo que en casa ocurre, por allá, en Italia, también acontece.

París extiende su proteccionismo artístico á todas las naciones de raza latina, y en cambio cierra con aduanas infranqueables las fronteras del Mediodía. Así quedan aisladas, sin relaciones literarias de ninguna clase Italia y España.

¿Por qué no aproximarlas al menos por el espíritu, transfundiendo de un pueblo á otro, la savia de sus artes?

Opérase hoy en Italia un verdadero renacimiento literario Descontando las extraordinarias penalidades que se destacan, con gigantesco relieve, en la historia de sus letras, quizás en ningún momento de esta haya en conjunto exhibido tantos escritores de mérito el arte italiano, como en esta actualidad de incontrastable florecimiento. Renace de nuevo el genio greco-latino para prestar

al alma moderna el encanto y el ritmo de sus formas, por virtud de su belleza inmortales. No ha muerto, como muchos aseguran, pero aunque así fuera, había que reconocer entonces que de sus propias cenizas ha resucitado. Los viejos moldes del arte, que fué gracia y enritmia en la Hélada, pasión é idealidad en el Lacio, sirven todavía para encerrar el intelectualismo contemporáneo, esta mística sin piedad á la moderna.

La novela, que ha venido á sustituir en los actuales tiempos, á la antigua epopeya, encarnando el espíritu de la época, es pródiga de vida hoy, en Italia. No siendo la novela rusa, y con algunos escritores la británica y la francesa, ninguna otra puede disputarle la supremacia á la italiana. La tudesca y la española la igualan, pero no la superan.

Surge allí, cultivando la novela, una numerosa legión de ingenios. No hay que buscar en ellos derivaciones del arte francés; crean con originalidad. Todas las ideas, como todas las escuelas modernas, hallan en cada novelista representación. Ofrecen, al mismo tiempo, un elemento propio, tradicional, ingénito,ese desborde sentimentalista, esa plétora de meridional pasión que es brava cuando se exalta y es de una dulce poesía en reposo. Dán este carácter la blandura del clima en un paisaje de sol y en una tierra cansada de dar flores, y sobre todo el espíritu de esta raza latina con corazón de mujer, que sueña y ama, porque la poesía de los sueños y la verdad del amor son toda la belleza de la vida.

Farina, Amicis, Fogazzaro, Capuana, D'Annunzio llevan al mayor grado de esplendor la novela italiana. Deben encontrar puesto entre los grandes escritores universales. Van al lado de aquellos maestros en el arte de novelar tres mujeres de extraordinario mérito como Mátilde Serao, *Neera* y Grazia Deledda, cuyos nombres,en esta lista, reclaman, no sin razón, los primeros puestos.

No me parece tan próspero el teatro como la novela en Italia. Ningún otro país puede presentar una falanje tan nutrida y admirable de comediantes, y sin embargo la obra literaria en el arte escénico italiano se resiente de una mediocridad lamentable.

Novelli reintegra una vez más sobre las tablas la soberanía de Schaskepeare, y Zacconi recurre á la dramaturgia de Ibsen y de Hanpham implantando en la escena, el verismo artístico y una especie de estética de la patología. Las mismas actrices desdeñan el teatro nacional, y Eleonora Duse triunfa constantemente en la *Magda* de Suderman, ya olvidada un tanto de sus devociones *d'Annunzianas,* y Tina di Lorenzo deslumbra con la veste espléndida y el lirismo de *La Samaritana* de Rostand.

La vieja tragedia de Alfieri y la renovada comedia de Goldoni no se exhiben más que alguna vez, y por puro patriotismo de los actores, en los proscenios europeos. Mientras esto ocurre con los comediantes italianos que recurren al repertorio pródigo de los teatros extrangeros, en otros paises se cultiva exclusivamente el teatro nacional. Irving encarna los tipos más admirables creados por

Schaskepeare, Monnet Sully hace retornar á la escena francesa la trágica musa de Racine, y hasta la Sada Yaco trae á las tierras occidentales el teatro japonés, admirable en su sencillez primitiva y ancestral.

No obstante contar Italia con esta falanje de actores cosmopolitas, que serían una gran fuerza para universalizar su teatro, este anda todavía en lento desarrollo, habiendo dado ya notables obras, con más habilidad escénica que intensidad de vida y plenitud de alma.

Dos tendencias se inician en el teatro italiano, que, si se robustecen con grandes obras en lo porvenir, pueden mañana glorificarlo. Gabriele D'Annunzio intenta crear la tragedia psicológica, la lucha interna vagamente transparentada en símbolos con humana encarnadura, la tragedia espiritual sin gritos de pasión y sin gestos de dolor externo, viva dentro, callada y solemne en lo exterior, y Marcos Praga instaura sobre las tablas su brutal naturalismo, exaltando la fuerza del instinto, en desorden, imperante y trágico en las luchas de la vida. Son dos corrientes estas del teatro italiano, paralelas, pero que marchan en distinto sentido, la una hacia lo ideal y la otra vá en busca de la humana miseria. Si algun día un dramaturgo de genio las reune en un justo límite, surgirá un teatro ponderado, de creación y fuerza, casi perfecto.

El drama con cierta finalidad social y la comedia burguesa saturada de ridículos contrastes aciertan muchas veces á entusiasmar á los públicos cuando los escriben Bracco y Rovetta ó las presta sangre y nervios la pluma intensa de Giacossa. Hasta *Anima* de Amelia Rosselli deja en el público un sedimento poético, algo que tiene sabor á lágrimas de unos ojos de mujer.

La crítica italiana de antes es en la actualidad de lo más completo. Mario Pilo consagra su talento á los graves estudios de estética, escudriñando los principios fundamentales de esta y su reflejo en la expresión artística; Gubernatis se esfuerza en orientar la actividad literaria de los pueblos meridionales europeos hácia un nuevo renacimienlo greeo-latino, restaurando los moldes antiguo por que conservan de belleza eterna, y como si en los actuales días, por la preponderancia de las literaturas del Norte, hubiese de nuevo que sustraer la gloriosa civilización de nuestra raza, á la bárbara conquista de los pueblos septentrionales como en la tormentosa edad media. Conti formula juicios exactos sobre la pintura y escultura antigua y moderna, historiando una, esclareciendo las tempencias de la otra, y Panzachi, con severa crítica, escudriña todo el movimiento en las letras que domeña y apasiona el espíritu contemporáneo.

Lo que se advierte desde luego en la literatura italiana actual es el predominio por el número, y me atrevo á decir que también por la calidad del talento femenino. Ninguna otra literatura puede hoy mostrar tantos nombres de escritores de inmensa valía. No es una individualidad, aislada la que sobresale, á ejemplo de Jorje Elliot en Inglaterra y Jorje Sand en Francia. Son muchas las

mujeres que escriben en Italia, y cultivan todos los géneros. Ya hemos visto en la novela á Matilde Serao, *Neera* y Grazia Deledda, en el teatro á Amelia Roselli, y estudiaremos en la lírica á Ada Negri. Hay que añadir en este recuento á ***Evelyn,*** crítico insigne de pintura, *Jolanda* cuentista de relativo mérito, Ida Bacini que impregna sus páginas de un sentimiento exaltado y *Bruno Sperani* que alcanza en muchas ocasiones á crear con la fuerza de un verdadero talento masculino.

Conservan también la pasión por la patria y el amor por las letras aunque nacionalizadas en otros paises, más con la raiz de la estirpe en suelo italiano, cuyo espléndido espíritu latino han heredado, Evelina Martinengo, que en inglés ha tratado de reivindicar las glorias históricas y literarias de Italia y *Jean Dornis* que, en lengua francesa, la más cosmopolita en nuestros días, ha intentado buscar admiraciones entre los extrangeros para la literatura italiana contemporánea, estudiándola en libros más de divulgación que de crítica.

Sin duda, es en la lírica donde á mayor altura llega el arte literario en Italia. Es allí la lírica una válvula de escape á las pasiones de aquel pueblo conmovido por las luchas religiosas y políticas hasta la entraña. No es caso aislado este que hoy se observa; es de siempre en aquel pais, donde los poetas quizás hayan hecho más por la grandeza y unidad de la patria en todos los tiempos, viejas y modernas edades, reconstituyendo é integrando la nacionalidad.

Dante cantó las luchas de las repúblicas y senorios italianos de su siglo, con ánimos de combatiente y con gallarda inspiración de poeta. Sobre su pueblo derramó un hálito de odio contra las opresiones extrangeras, y su musa clamó soberbiamente indignada contra las depredaciones en tierra itálica del Imperio. Fué un aliento de independencia que robusteció el espíritu de Italia y unificando el idioma al convertir el toscano de jerga villanesca en lenguaje literario con todos los matices de expresión, constituyó en verdad, mejor que las armas, la nacionalidad italiana.

Para reintegrar posteriores desmembraciones del territorio, vino también la acción de los poetas actuales á consolidar ayudando la acción política, la conquista para la unificación de la patria que alcanzaron los guerreros sobre los campo de batalla.

Los poetas son combatientes en la lírica actual. Vibran en esta una intensa nota patriótica y un rebelde acento de impiedad. No son una ni otro convencionalismo, artístico de rimadores, *pose* de revolucionarios que disfrazan friamente las ideas eon el ritmo suave de los versos.

En ellos es pasión, acometividad de impulsivos, fé de creyentes El odio contra Austria, dominadora de una porción de territorio italiano, sacude en ellos la fibra patriótica; la rebelión contra el poder y la ccupación de los Estados Pontificios, que imposibilitan la soñada

unidad, calienta sus fiebres con delirios satánicos. Su impiedad es más de pasión que de razón.

El satanismo en la lírica francesa es más intelectual, el *nihil* para todas las creencias; es desesperación torturadora de convencidos que cantan el mal; es de un dolor sereno, que espanta por su impasibilidad, puesto que no se subleva con airado grito, sino que por el contrario se resigna en una actitud de irredento y de irredimible.

Algo caldea la pasión los apóstrofes de Schelley, el gran poeta británico, precursor de este satanismo que impregna en muchas partes la lírica moderna; pero es fría, rozonada, implacable la impiedad que estaba en las estrofas cinceladas de Bandelaire, que hincha de ateismo repulsivo los versos de Ac Kerman, corre envenenadora por las rimas de Leconte de Lisle, y que encuentra por último acento irreverente, de desafío, con las blasfemias de Richespin, cuya sangre turania, como dice el poeta que es la que circula por sus venas, ha comunicado á sus versos un ímpetu destructor que es osado en el reto.

No son así los poetas satánicos italianos; es el coraje de la lucha quien exalta en ateismo. Frente á ellos los poetas religiosos, los que todavía sienten el ideal cristiano y es este la musa que los inspira, combaten con denuedo. Y estos poetas religiosos no son tampoco místicos á la antigua manera; son también luchadores impulsados por la pasión.

La lucha política para la unidad de la patria, que perdió con el triunfo sus ardores y sus actividades, busca ahora para desahogo de los partidos militantes, revolucionarios y tradicionalistas, la lírica donde renuevan y mantienen el fuego sagrado de sus ideales los poetas.

No hay que remontar mucho el curso de esta contienda.

Quizás arranque la corriente del satanismo moderno, que resume Carducci, expresión la más alta de este movimiento revolucionario en la lírica, de ese caracter excéptico, resabio pagano, que resurge á ratos en las letras italianas, libre y único en Bocaccio y en Casti pecaminoso y sensual, que en ambos parece desprender un olor de incredulidad. Tal vez el impulso religioso que se advierte proceda en línea recta de la vieja poesía que extremece las *Fioretti*, en donde se cantan las amables milagros del Cristo de la Edad Media, cuyos versos, como el corazón del santo Francisco de Asís, embalsaman sentimientos de piedad y de amor, tal vez venga de la poesía mística con ambiente de candoroso realismo que derramara en sus versos la musa de Jacopone de Todi, iluminismo de místico, *nova pazzia*, como el fraile menor la llama con dulce frase; quizás comience su iniciación en la poesía teológica, con más profundidad de pensamiente que fé de creyente, que vincula y eterniza el genio de Alighieri.

Puede que en esas fuentes hayan nacido estas dos tendencias. Pero su carácter de lucha, su fuerza de pasión, es de más reciente

fecha, y la agitación política del último siglo la llevó á su mayor intensidad.

La lírica religiosa es ya combatiente en Manzoni, se caldea en las estrofas del abate Zanella con ardores de hierro al rojo para en la actualidad surgir con centelleos de florete en un asalto bajo la inspiración poderosa y militante de Fogazzaro. La lírica heterodoxa, henchida de impiedad, estalla ya en el pesimismo desolado de Leopardi, alma toda dolor, para exaltarse hasta el delirio en el himno satánico de Carducci y continuar sus bravos acentos de rebeldía en los poemas de Rapisardi y Graf, que se revuelven con la desesperación del viejo titan encadenado de la fábula.

Llevan los poetas nuevos su espíritu revolucionario á la lírica en Italia. No solo la infunden ideas nuevas, sino que renuevan también los moldes en que se expresa. Toda renovación es vida, y así surge ahora más robusta y más espléndida. La revolución métrica llevada á cabo con tanto éxito ha impedido la pertrificación de la rima. Las ideas modernas la han quitado á la lírica su sabor amatorio y su candor madrigalesco, que á ningún vivo sentimiento actual respondían, y la reforma en la estructura y cualidades de las estrofas, desterrando las gastadas formas métricas, le ha dado nuevos ritmos y una interna cadencia. En el trascurso de los siglos, siempre en uso, habían llegado ya á encartonarse los tercetos de Dante, las octavas de Taso y los sonetos de Petrarca, troqueles métricos en que se ha vaciado casi toda la poesía italiana de las pasadas centurias. Para los poetas del día el endecasílabo sonaba ya á hueco.

Carducci, con sus imitadores, restaura los moldes en desuso donde fundiera sus mejores cantos el genio de la poesía helénica y en que la musa latina en sus días de esplendor encerrara el hondo sentir de un gran pueblo. Son, las renovadas, las mismas rimas en que Ovidio cantó el *ars amandi,* y el divino Horacio ensalzaba la paz del campo y hablaba al corazón de *Lydias* y *Slíceras*. Bien se ve que este remozamiento obedece á un impulso de atavismo, es una regresión, pero no importa. Ya he dicho que toda renovacion es vida.

D'Annunzio y sus discípulos, son revolucionarios de la métrica también pero con espíritu innovador. No retroceder, en un salto atrás, para la búsqueda rimas. Reforman pero en un sentido progresivo.

Ensanchan la medida del verso hasta un límite casi imposible y rompen con la tradición de las cesuras y de los acentos que sujetaban la idea como en un circulo de hierro. Buscan y encuentran la elasticidad en la rima, y el verso resulta armonioso y flexible. Hay en las estrofas de estos poetas una especie de instrumentación musical, con ritmo extraño, y cuando una frase se repite periódicamente de estrofa en estrofa se percibe la cadencia poderosamente sugestiva de un *ritornello.* Se nota en los versos de estos innovadores gracia, plasticidad, armonía. No hago mérito, y lo de-

claro después de lo dicho, de los exagerados que violentan el verso hasta descoyuntar el ritmo

Quiero consignar otro aspecto que observo en la lírica italiana. Anoté antes que el esfuerzo de los poetas iba dirigido á la unificación de la patria, y que el sentimiento patriótico era en ellos el predominante por su mayor intensidad. Sondeando bien se advierte que el retoñar del regionalismo literario y el perfeccionamiento de los dialectos, todavía caóticos, pueden fraccionar de nuevo la lírica italiana.

Parecía natural que el ideal político y el ideal literario, compenetrados ahora, continuaran siempre así para mantener íntegra y viva la nacionalidad, unidos cuerpo y alma. Hay una amenaza, y es que esa vida patriótica, de que hemos hablado, se empequeñesca, pero se insemifique, en los poetas y busque en el rincon regional, en el solar nativo, la patria que describir y que cantar.

Las regiones ofrecen sus dialectos y puede que en ellos los obliguon á expresarse. Si por cariño no se hace, tal vez por ambición se realice.

No es un caso nuevo. Contra las tentativas cesarescas de reintegrar el Impetio romano, no se opuso solamente el feudalismo. Fué también enemigo invencible, que resistía, la vida de las lenguas romances, que rompió la unidad del idioma. La Iglesia, por la universalización de su dominio, puede ser la única que en el viejo latin divulgó sus dogmas y sus cánones por el haz de la tierra, y los poetas religiosos á la vez pudieron dar expresión en el misma idioma á sus ideas componiendo himnos sagrados. Pero la poesía popular buscó el lenguaje del pueblo, se hizo independiente en cada región y así estallaba en los serventesios de los felibres de Provenza, en las canciones de los maestros saber de Cataluña, en las tenciones y cantilenas de los troveros de Toscana, en las rondas y pastorelas de los juglares de Sicilia, mientras por el Norte en los *lieds* y gestas perpetuaban el espíritu de su raza los *minnensänger* teutónicos.

Casi me atrevo á decir que es el dialecto lazo más fuerte que el calor del propio hogar para unir al solar regional, que ha dado en llamarse la patria chica. Es un testimonio vivo, algo así como un acto de conciencia, que nos recuerda en todo momento donde nacimos. Es una fé de bautismo, un certificado de orígen.

Hasta hoy, por fortuna, no escriben en sus dialectos respectivos los grandes maestos de la literatura italiana. Solamente retoñan los dialectos en esa eflorescencia lírica que dá en todas las regiones, cancioneros íntimos, coplidas populares, á veces verdaderos poetas, con robusta inspiración, que las mallas de un lenguaje todavía literario y tosco no les permite encerrar en los versos la cantidad de alma que pudieran llevar á ellos.

Pero si los dialectos no se desarrollan ampliamente, en cambio el regionalismo literario echa hondas raices en las letras. Puede que una cosa traiga de la mano á la otra.

Giovanni Verga ha saturado las páginas de sus cuentos admirables de un marcado sabor siciliano, páginas que crugen con cóleras de celos y se surten con sangre de pasión; Matilde Serao ha sabido copiar, con gracia y arte de costumbrista inimitable, la vida napolitana en lo que tiene esta de típica y pintoresca; Grazia Deledda ha revelado el alma del pueblo sardo, bravo y al mismo tiempo melancólico, como el paisaje, hosco en montes y breñales, apacible y bucólico en los prados donde pastan las vacas cuando en el silencio campestre la voz del campano, pueblo extraño con reminiscencias de viejas razas, que todavía conservan mucho de su antiguo caracter por el aislamiento insular y por su inmovilidad histórica.

Verdad es que se presta á favorecer este movimiento de regionalismo literario la nota típica que en cada región italiana se mantiene viva.

Los paisajes y los hombres en cada punto son distintos por su diseño y su color unos; por su carácter y sus costumbres otros.

Es el paisaje veneciano, con aquellas lagunas que reflejan luz de sol, dulce y brillante á la vez, como las gentes que cría; es la tierra piamontesca abrupta, accidentada, con montañas que embellecen bosques centenarios, y los hombres son guerreros altivos hasta el sacrificio en sus ansias de libertad, acostumbrados á la libre vida de las serranías; las viñetas de la campiñas napolitana, son de una extraordinaria cantidad de color, como sus lienzos de mar dan la visión alegre de las cosas con plenitud de luz, y el pueblo es pintoresco, con gracia nacida y para el amor criado.

Roma y sus contornos evocan recuerdos gloriosos, reviven la antiguedad perpetuamente con sus monumentos de piedra y en sus evocaciones de ideas y memorias, y los romanos conservan su aire señoril y su sentimiento de artistas; Sicilia se aisla, con sus costas rocallosas que contienen el embate de los mares en cólera y como si este ejercicio de lucha diera á sus hijos igual temple al alma, conservan pasiones de una bravura salvaje, mientras que, por el contrario, Lombardía, por la pobreza de sus campos, parece estar de duelo y los lombardos, impregnados de la tristeza del país nativo, conservan aires de vencidos, de castigados, llorones y tristes que se resignan á padecer.

Para cantar todo esto que ven los ojos y que hasta el espíritu niega, han surgido líricos como Ada Negri en Lombardía,cuyos versos están impregnados del ambiente tristón de aquella tierra y Rapisandi en Sicilia, colérico, exaltado, como el rudo país insular en que naciera, y cuyas estrofas estallan en salvajes gritos de desafío de resonancia espiritualmente trágica.

Angel Guerra.

Madrid 1905.

ARTÍCULOS CIENTÍFICOS

LA ENFERMEDAD DEL MIEDO

SUS ESTRAGOS Y SU TRATAMIENTO

La enfermedad del miedo es una de las más intolerables y la que causa mayores sufrimientos. El miedo extiende sobre la vida de los que á él están sujetos, las sombras más dolorosas y hace pasar á los que lo experimentan por accidente los minutos más atroces; borra las más bellas cualidades, paraliza el entendimiento, hace inútiles los más maravillosos dones, martiriza á sus víctimas y las hace ridículas despreciables.

En todos los tiempos han sido los tímidos objeto de burlas. La epopeya antigua pone al lado de Aquiles al cobarde Thersite; Cervantes da por compañero al caballeresco Don Quijote el demasiado prudente Sancho Panza, y Moliére hace lacayo del intrépido Don Juan al pusilánime Sganarelle.

Sin embargo, nunca nos parece la cobardía tan risible como cuando se presenta en un fanfarrón. Todo autor cómico está seguro de hacer reir al público presentándole un bravucón atemorizado.

El miedo no nos hace solamente ridículos sino también odiosos al hacernos crueles. El hombre llega, por el miedo, á ser capaz de las acciones más atroces. Un hijo denuncia á su madre, como hizo el poeta Nucano; un príncipe bueno, afable, sin malvados instintos, hace traición á sus amigos y los entrega al verdugo, si llega á temer por su vida, como sucedió con Gostón de Orleans. Casi todos los crímenes de la época revolucionaria en Francia fueron cometidos por asambleas ó por hombres que temian ser acusados de moderantismo: se hacian verdugos por miedo de ser víctimas.

Para alterar el carácter á tal punto, falsear los sentimientos, trastornar el ser por completo, es necesario que el miedo sea una enfermedad, y lo es de tal modo, en efecto, que se pueden notar sus síntomas y seguir sus progresos en nuestro organismo como se hace con los de la fiebre tifoidea ó de la peste.

El miedo ejerce su influencia directamente sobre los nervios, y por su intermedio, sobre todas nuestras facultades, empezando por la del movimiento; tan pronto excita los nervios motores, al extremo de hacernos huir locamente, como los agita con temblor con-

vulsivo que nos paraliza, imposibilitándonos todo movimiento.

Los vasos capilares que llevan la sangre á la epidermis se contraen ó se dilatan, lo que nos enciende el color ó nos hace palidecer; los movimientos del corazón se aceleran; á pesar nuestro, no nos sale un grito de la boca, y la palabra que queremos pronunciar se nos queda en la garganta; y todo porque los nervios del aparato respiratorio y los órganos de la voz se han impresionado como los del corazón. Y todavía hay que agregar la movilidad de la fisonomía, las violentas muecas que se suceden, á menos que sobre el rostro no parezca extenderse una careta de plomo, un aire de estupor imbécil y cadáverico.

Los antiguos observaron estos síntomas y los tradujeron en espeluznantes leyendas. Tal es, por ejemplo, la de Medusa. Era esta una mujer bellísima; Minerva, irritada, cambia su magnífica cabellera en espantosas serpientes, y luego coloca en el centro de su cinturón la cabeza cortada de Meduza: todos los que la miraban caían petrificados.

Las turbaciones fisiológicas causadas por el miedo, pueden ser, efectivamente, mortales. Un hombre que pasaba sobre una tumba se siente retenido por un pie: imágenes espantosas asaltan su entendimiento, cree que un difunto sale del sepulcro para estrecharlo y atraerlo, y muere la misma noche: otro muere de terror el mismo día para el que le habían predicho la muerte: varios han caído fulminados al oir su condenación á muerte: mueren de miedo.

Los cirujanos lo saben mejor que nadie. ¡Cuántas veces les mata el miedo el enfermo que debían curar! Un enfermo que Dusault iba á operar de la piedra fué llevado al anfiteatro del Hotel Dieu: el profesor traza con la uña sobre la piel la línea que debía seguir la incisión, el herido exhala un suspiro y muere. Porta, el famoso cirujano de Pavía, cuando veía que un enfermo se le moría entre las manos, arrojaba los instrumentos al suelo, gritando: «¡Cobarde, ha muerto de miedo!»

Se puede morir de miedo por persuasión. Los alumnos de un colegio quisieron dar un susto á un profesor que se les había hecho odioso. Agarraron á su hombre y lo condujeron á una habitación obscura donde habían colocado un tajo y una hacha y donde se hallan algunos de los confabulados vestidos de negro, que ejercieron de jueces. Al ver todo aquel aparato, el profesor creyó que se trataba de una broma: pero le aseguraron que la cosa era muy seria y que se debía preparar á morir, porque iba á ser decapitado al momento. Le vendaron los ojos, ligáronle las manos, lo hicieron arrodillar á la fuerza y le colocaron la cabeza en el tajo. Uno de los bromistas tomó el hacha haciéndola sonar en el suelo y otro le dejó caer sobre el cuello un lienzo mojado. Cuando desataron el pañuelo que le cubría los ojos, se encontraron con que estaba muerto.

—

No hay más extraño y á veces más absurdo que las causas y los efectos del miedo. Hay quien huye del olor de las manzanas más que de una descarga de fusilería: quien se asusta de un ratoncillo: quien se aterroriza al ver mullir un colchón de plumas.

Son infinitos los ejemplos conocidos de estas singularidades. Erasmo tenía fiebre cada vez que sentía el olor del pescado ó de las len-

tejas: Scaligero temblaba á la vista de los berros: Bayle sufría convulsiones cuando oía el ruido del agua saliendo de una canilla: el canciller Bacón se desvanecía por un eclipse de luna.

La medicina ha hecho una lista de estos miedos enfermizos. Uno de los más comunes es el miedo del trueno. Se conoce la respuesta famosa de los galos al Senado romano: «Nosotros no tenemos sino una cosa: que el cielo se nos caiga sobre la cabeza». El emperador Calígula perdía el tino cuando tronaba, y amenazando al cielo con el puño, le gritaba: «Mátame ó te mato». El grande, el prudente Augusto, «dueño de si mismo, como del universo», tenía el mismo miedo insensato del trueno y del relámpago, y creía asegurarse contra ellos llevando siempre consigo una piel de vaca marina, yéndose á ocultar en un lugar subterráneo y abovedado cada vez que se aproximaba una tormenta. Este terror era producido por un recuerdo de su campaña contra los cántabros: durante una noche de marcha por un bosque vió caer un rayo delante de la litera, matándole el esclavo que le precedía con una antorcha en la mano.

El miedo al agua es uno de los más frecuentes: hay personas que se ven en la imposibilidad material de pasar un puente. Es el caso del alsaciano incorporado al ejército alemàn en 1870, que antes que poner el pie sobre un puente se tiraba resueltamente al agua, á pesar de las órdenes de los oficiales y de los castigos.

Otros dos casos se producen también con frecuencia: el miedo á la seledad y el miedo á la multitud. Todos los dias vemos personas del campo que se aterrorizan al desembarco en las grandes ciudades, con el ruido de las calles el vaivén de los transeuntes y de los carruajes, y que se apresuran á tomar el primer tren para huir hacia la calma de sus aldeas. Otros tienen miedo á los viajes, habiendo algunos que nunca se han decidido á tomar un tren.

Pero tal vez la forma más curiosa que puede tomar la enfermedad del miedo, es el miedo de estar enfermo. ¡Extraña y numerosa categoría la de los enfermos imaginarios! Asedian á los médicos con sus lamentos y consultas sin fin: todo les es sospechoso, lo mismo la leche que puede ser tuberculosa que el agua que puede estar infectada de gérmenes tifoideos. ¿Cómo subir á un coche en que puede haber viajado un enfermo? ¿Cómo respirar en paz el aire saturado de microbios? En las epidemias hace más víctimas el miedo que la enfermedad; el miedo del cólera entierra más gente que el mismo cólera.

¡Lejos de nuestro pensamiento enumerar todas las rarezas de esta cruel enfermedad! No concluiríamos nunca. Sin embargo, ¿cómo dejar de citar al buen cura que padecía del vértigo del cielo? El abismo azul le enloquecía; su médico le aconsejó que saliera siempre con un paraguas abierto y este recurso lo tranquilizó, salvándolo.

—

Como todo lo que proviene de los nervios, la enfermedad del miedo es contagiosa, se extiende en las multitudes con increible rapidez. ¡Cuántas veces el pánico ha cambiado la suerte de las batallas! Un grito, el horrible ¡sálvese quien pueda! basta para deshacer las filas que las balas no han podido conmover. Se han dado ejemplos de un doble pánico: un historiador latino nos cuenta que en una batalla los dos ejércitos enemigos se volvieron las espaldas á la vez, corriendo el uno, volando el otro.

Estos son accidentes bruscos, pasajeras conmociones; otras veces, por el contrario, el miedo se presenta, se instala, se fija. Estallan verdaderas epidemias de miedo en las plazas sitiadas, en tiempos de revueltas, de revoluciones ó de hambre. Las semanas que precedieron al 14 de Julio de 1789, son un ejemplo memorable. El pueblo de París desconfiaba del rey y de la que llamaba la Austriaca; creía se caído en una trampa, envuelto en redes de traición, amenazado de inexplicables peligros. Las conjeturas aumentaban la inquietud. Como el pan estaba caro, el pueblo creyó que se le quería condenar al hambre, que no habia trigo porque el rey lo habia hecho comer todavía verde á sus caballos, que los sacos de grano destinados á los ciudadanos se pudrían en los graneros de la Picardía por orden de la corte. El pan que se vendia estaba envenenado, porque los panaderos hacían la masa con yeso y huesos molidos; algunos, víctimas de una alucinación, aseguraban haber visto desenterrar los muertos en el cementerio del Pére-Lachaise durante la noche.

Los que estuvieron encerrados en París en el sitio de 1870, se acuerdan de haber sido testigos de delirios de esta naturaleza. En medio de los peligros reales producidos por la proximidad del enemigo, reinaban el terror y la sospecha. Una persona desconocida encontrada en la calle, la luz de una bujía vista en una ventana por la noche, eran suficiente motivo para producir la alarma: todo era señal, complicidad, traición.

—

Parecerá raro si decimos que el miedo, después de todo, ha hecho curas maravillosas; y, sin embargo, nada hay de más verdadero. Los médicos han recurrido á veces á las amenazas, al terror, para combatir el principio de una enfermedad. Un alienista, Michee, escribía á algunos enfermos anónimos injuriosos, y este tratamiento hacía prodigios en los hipocondriacos. Boerhaave extinguió una epidemia por el terror; mientras ejercia en el hospital de huérfanos de Haarlem se presentó un contagio de epilepsia, y viendo que los casos se producian cada día con mayor frecuencia, hizo llevar á una sala un brasero encendido, en el cual enrojecía un arsenal de pinzas y tenazas, diciendo á los enfermos que habia recibido la orden de quemar á todo el que tuviera un acceso. No se produjo ni un caso más.

Una joven que se había quedado muda recobró la palabra para gritar «¡fuego!» en un incendio.

La mujer de un joven médico habia contraido la extraña manía de ver alfileres en todas partes. Los veia en el fondo del vaso, en el pan, en la carne. La ropa, el lecho, estaban llenos de puntas. Era necesario desmenuzar el pan en su presencia, deshacer la carne, hacer un escrupuloso sondaje en todo lo que podía contener un alfiler. Llegó á no querer tomar otra cosa que huevos, pero pronto renunció á ellos, porque las gallinas, que digieren las piedras, pueden muy bien tragar y luego poner alfileres. Se hizo imposible su alimentación; á pesar de que su marido trataba de tranquilizarla, llegó á estar setenta y dos horas sin comer, haciendo en otras ocasiones tres ó cuatro comidas por semana. Esto duró siete años.

Un dia el marido, desesperado, mandó á su mujer á casa de un alienista que, sin otra forma de proceso, la encerró, se guardó la

llave en el bolsillo y se desentendió de sus gritos, sus súplicas y sus furores. En ocho dias se puso la mujer más suave que un guante. De alfileres, ni una palabra. Habia sido curada del miedo con el miedo. Verdadera homeopatia.

—

El miedo indica un desarreglo en el equilibrio de nuestras facultades. La imaginación, la loca de la casa ejerce sobre las demás un imperio desmesurado; se sale de la fila, hace de las suyas, corre por los campos... Cuanto más domina la imaginación, más probabilidades hay de que el miedo se produza.

Tenemos un ejemplo significativo en las angustias extraordinarias que nos producen las pesadillas. En los niños pueden determinar ataques de epilepsia al despertar. En los mismos adultos iguala á veces en horror la pesadilla á la alucinación ó al delirio. En Glasgow, en 1878, un obrero llamado Fraser se levantó súbitamente de la casa una noche, agarró á su hijo y le lanzó con fuerza contra la pared, rompiéndole el cráneo. Obraba bajo la influencia de una pesadilla. Los gritos de su mujer le despertaron, vió el acto horrible que acababa de perpetrar y comprendió... ¡Soñaba que sacaba á su hijo de las garras de una fiera que habia entrado en la alcoba y saltado sobre la camita para devorar al niño!

En sueños estamos, efectivamente, á merced de la imaginación: aprovecha nuestra impotencia para engañarnos. Da también crueles bromas á los que, despiertos y con los ojos abiertos, cometen el error de confiarse à ella; es ella la que aterroriza al niño que no se atreve á ir de noche al patio ó jardin donde juega todo el dia, y al supersticioso que se asusta de un trapo colgado creyendo que es un espectro; es ella la que puebla las tinieblas de quimeras y fantasmas y crea el reinado del terror.

La mayor parte de las veces es más espantosa la idea que de un peligro nos hacemos, que el mismo peligro. El pintor sobre un techo, el minero cavando la galeria, el guia que camina sobre la nieve engañosa de las montañas, hacen cada dia prodigios de valor; pero cambian los papeles, haced descender al pintor al pozo de la mina, subid al minero al tejado deuna casa, y los dos perderáu la cabeza, tendrán miedo.

—

Si los nervios y la imaginación son siempre los verdaderos culpables, para curarnos del mal del miedo debemos fortificar los nervios y moderar la imaginación. Esto no se hará nunca demasiado temprano: en el niño deben prepararse las cualidades que predominarán en el hombre.

Desgraciadamente se hace todo lo contrario en la generalidad de las familias; parece que se tomara á empeño crear, desenvolver y cultivar en el niño el sentimiento del miedo. Para contener sus lágrimas, para hacerles comer, no hay sino un método: el miedo. ¿Llora el niño? ¡Ahí está el cuco llamando á la puerta! ¿Tiene un capricho? ¡Cuidado con el vigilante! ¿Se niega á obedecer? ¡Ya está el viejo que se come los niños, con cuchillo afilado! Nada peor que estos recursos terroríficos, si no es el extremo contrario: se rodea á los niños de precauciones, de inquietudes contínuas y se les acos-

tumbra á alarmarse de todo, cuando, al contrario, se les debía inculcar la ausencia de todo peligro.

En lugar de cultivar el miedo, tratemos de impedir su nacimiento ó estirpemos sus raices. Es necesasio empezar por un tratamiento físico. Acordémonos de que en el miedo hay un elemento nervioso, un retroceso convulsivo, un temblor de los miembros. El ejercicio físico vigoriza el cuerpo, le hace dócil á las órdenes de la voluntad, le impide el exceso de impresionabilidad.

En seguida debe procederse al tratamiento moral. En vez de sugerir al niño toda especie de quimeras, habituémosle á ver las cosas tales como en sí son, á mirar con calma la realidad. La alegría y el ejercicio son excelentes derivativos; pero el medio más eficaz es infundirles sentimientos que pueden contrabalancear, el miedo: el sentimiento de la dignidad, del honor, del deber.

Aguerrir al niño en lugar de inocularle, como hacemos con demasiada frecuencia, el germen mórbido del miedo, debería ser el objetivo de una educación racional; lo que se debe proponer el educador es hacer hombres, y un cobarde no es un hombre.

Tres almas

(Notas de un diario)

NOVIEMBRE 11. - Va oscureciendo larga, dulcemente. Los muros de mi cuarto, del pobre rincón donde he transcurrido las horas mejores de la vida, adquieren una blancura vaga, de ensueño. Diríase que la cal se disuelve en la sombra. Las paredes han quedado desnudas sin las láminas que, durante muchos años, las vistieron. En esas paredes, mis ojos no encontrarán ya, en los pocos dias que me restan de vivir aquí, las imágenes amigas, las fascinadoras creaciones de Vinci que me acompañaron tantas veces en el recogimiento del anochecer y en la tristeza inesplicable que deja la luz al morir.

He pasado la tarde empaquetando libros y resgando cartas. En este cuarto desmantelado siento frio no sentido jamás. Yo ignoraba la tristeza que produce abandonar una habitación que ha sido para nosotros, años y años, el único refugio en las resurrecciones y en los desalientos del vivir de cada dia.

Estoy sentado frente á mi mesa, detrás de las cristales de la ventana. Leo, por vez última, las cartas de Rosario y las voy rompiendo. Mientras mis manos deshacen el último pliego maquinalmente, mis ojos se quedan fijos á través de los cristales en la visión de las azoteas y del mar lejano, lleno de nostalgia al anochecer. Pienso en mis amoress ya borrados y sonrio.El tiempo ha puesto un algo sutil, una amarga ironía entre frase y frase de las cartas rotas.

¡Las azoteas! Lejos de aquí, allá en Algeciras, en más de una ocasión, Rosario habrá soñado en estos muros blancos donde una noche, á fines de Agosto, la besé en la boca frenéticamente. En la sombra, en el cielo y en los caseríos de las montañas vecinas, brillaban millares de luces. Allí en la calle desierta, en una habitación iluminada y con los vidrios abiertos, un piano tocaba el «renacer» vivificador de la gran *Pastoral*, de Beethoven.

He ahí un episodio que Rosario no referirá nunca á «su» Calixto; al Calixto ventrudo y solemne que en estas noches roncará junto á ella en la misma almohada.

Noche completa. Entorno los maderos sobre los cristales. Salgo á tientas. Ahora, á vagar por la casa, de aquí para allí, tras de las vidrieras cerradas de los balcones. Cuando llegue el momento de la cena, la criada me llamará con la voz de costumbre: «¡Señorito!» Sentados frente á frente, mudos y tristes, ante la idea de mi viaje próximo, mi madre y yo empazaremos á comer. Y á media comida nuestros ojos se llenarán de lágrimas y mi madre romperá á llorar. ¡Qué largos y qué cortos me parecen estos dias!

NOVIEMBRE 14.—A bordo. Es la una de la madrugada. La travesía desde el muelle al *Asia* ha dejado en mí una impresión angustiosa de desamparo irremediable.

Acurrucado en la popa del bote, he cruzado la dársena negra, y dormida, por entre los grandes veleros que se columpian en la obscuridad poblada de astros. Ha sido un instante en que mi alma se ha replegado en sí para despedirse dolorida de todos estos rincones familiares á ella.

Todo esto – montañas, casas barcos, – visto mucho tiempo y columbrado ahora borrosamente en la noche, por última vez, me habla un lenguaje muy distinto del que siempre me habló. Hasta las estrellas—las buenas, las remotas amigas de los que no escribimos versos—parecen mirarme desconsoladas. No es inmodestia mía. Me contemplan desconsoladas, como estas personas que, seguras de encontrarse en otro lugar, se despiden tristemente con el dolor de no tornarse á ver en el mismo sitio. Apego al sitio, no á la persona que abandonamos.

Un camarero me acompañó hasta mi camarote de segunda. Me quedo solo, me instalo: aquí la maleta, aquí el paraguas compañero insustitutible para todo hombre inclinado al idealismo.

Esa pequeña burla, de carácter puramente particular, me hace sonreir, en medio de la tristeza de mi pobre alma definitivamente sola ante la vida.

NOVIEMBRE 15.– En el mar, hacia América. ¡A la conquista del porvenir! Pasado mañana, al amanecer, fondearemos en Gibraltar. Desde el vapor veremos á Algeciras. Acaso, entre las torres de la ciudad, lograremos distinguir al muy insigne Calixto.

Lo menos que pensará Rosario es que Pepe Reyes, aquel Reyes y aquel Pepe que la quiso tanto va á cruzar á la vista de sus balcones, soltero, y no del todo aburrido de la existencia.

NOVIEMBRE 17.=En Gibraltar.

El «Asia» saldrá mañana al amanecer. Entre los pasajeros hemos organizado una expedición á tierra. Disponemos de todo el dia y de parte de la noche. Después de vistar la ciudad, llegaremos hasta la Línea. Escribo á mi madre.

. . . . . .

Las once de la noche. Llego cansado, rendido de sueño. El pasaje duerme. Duerme la oficialidad franca de servicio. Las luces de la cámara permanecen encendidas. Apoyado en una mesa, un camarero duerme también.

Avanzo solo por la alfombra del pasillo largo y estrecho. Camino tranquilamente, cuando de pronto, suena una voz que me deja desconcertado, inmóvil. ¿Rosario? ¡Qué tontería! Vuelvo á caminar y la voz suena otra vez. Es un diálogo. Una mujer, un hombre. Ella habla displicente; su voz tiembla. El le contesta en tono reposado. Su voz es hosca: parece salir—tal creo yo—de un vientre inmenso. El hombre enmudece al fin. Se escucha el ruido de unas cortinillas tiradas con rabia; después, la llave eléctrica al girar. El camarote queda á obscuras. Todo en silencio.

Una inquietud inesperada, ridícula, me sobrecoge. Vuelvo al comedor. Despierto al camarero. Le interrogo. Nada; no sabe, no ha visto nada. Pregunto por el sobrecargo. Quiero ver la lista del pasaje embarcado en Gibraltar. El sobrecargo duerme. Me encierro en el camarote. Apago la luz, enciendo la luz. Imposible dormir. ¡Si fuera ella! ¡Si fuesen ellos! ¡Y dicen después si hay casualidades en los dramas!

NOVIEMBRE. 21.=Ellos son. Tres días he pasado sin poder reanudar estas notas. Rosario finge no reconocerme. El marido, que yo había visto ya en retratos—nunca falta un amigo piadoso que enseña esas «cosas»—se me figura un imbécil. Es viejo. Para él, Rosario no tendrá más nombre que ese ¡tú! con que los maridos ordenancistas y muy calvos suelen llamar y mandar á sus mujeres. Advierto que hablan poco. En cubierta no van del brazo nunca.

Rosario rehuye, mientras es posible, encontrarse conmigo. Sin embargo, cuando el encuentro es inevitable, desempeña la comedia admirablemente. Saluda y hasta tercia en nuestras conversaciones. Más de una vez he repremido el impulso de gritarle á la cara: «¡Eh! ¡Soy yo!» ¿Escenas? ¿Para qué?

Pero su indiferencia, después de su abandono y á pesar de su casamiento, me daña. No es cariño, es despecho, resurrección de un dolor que no murió.

NOVIEMBRE 23.—Llueve; ha llovido todo el día. El sol, al ponerse, rompe las nubes y arroja en el mar gris y en la cubierta mojada un reflejo sangriento. Nos refugiamos en el salón, bajo la gran rotonda. Las bombillas eléctricas se iluminan. Se charla, se ríe. Rosario parece estar alegre. Oigo su risa que estalla en ji-ji-ji mal contenidos. A ratos reina el silencio entre el pasaje. Entonces la risa llega hasta mí como una injuria.

Noto que la sangre me refluye en la cara Quiero ocultar mi emoción. Abandono mi sitio. Un arranque súbito me arrastra hacia el piano. Nivelo la silla y me siento á tocar la «Pastoral», de Beethoven. Calor desconocido me inunda; temblor violento se apodera de mí. Y, sin embargo, las manos hieren seguras las teclas. Al terminar suena un aplauso. Me vuelvo; Rosario no está. Calixto ronca levemente con la gran calva brillante caida sobre una ilustración abierta. Si Rosario no es dichosa, ¡cómo habrá sonado en sus oidos esa mesica que glosó nuestro episodio inolvidable!

NOVIEMBRE 24.—He repetido la prueba. La «Pastoral» causa

efecto excelente. Rosario ya no se ríe. Es seguro que no se reirá más delante de mí. De dia transcurre horas y horas encerrada en el camarote. Si algún pasajero pregunta por ella, el seráfico Calixto sonríe y columpia la calva como diciendo: «¡Cosas de mi mujer!»

De noche, en la mesa, he notado que los ojos de Rosario, llenos de súplicas,quieren, desean encontrarse con los míos. Yo me mantengo sereno, impasible.

NOVIEMBRE 26. – ¡Ah, qué miseria! Se mostró indiferente y quise decirle: «¡Yo soy!» Y ahora que viene á mí, ahora que sus ojos buscan en los mios perdón para su conducta, y que he despertado en su alma solitaria la visión de los dias felices, ¡ahora yo me mantengo inmutable y me ensaño en mi venganza!

¿La quiero aún? No. Estoy seguro. Temí que sí los primeros dias de nuestro encuentro á bordo. Al hacerme á mí mismo esa confesión ¡bien cierto estaré de no quererla! El cariño seria una disculpa á esta venganza ridícula, inútil que viene á aumentar acaso las tristezas de una pobre alma que no es dichosa. Todo, por parte mía, se reduce á un estímulo de la vanidad. Indudablemente hay en este corazón algo de miserable, de rastrero. En ciertos dias, al sondear los móviles de cuanto ocurre en mi espíritu, creo percibir el hedor de mi propia carne muerta. ¡Es una angustia, la sensación de la miseria propia!

NOVIEMBRE 27.—¡Es horrible! Me despierto muy temprano. Oigo carreras en los pasillos, voces en cubierta. Después dejo de percibir el tum-tum hondo de la máquina; y el silencio—ese silencio que invade los barcos al llegar á puerto—reina á bordo. El vapor se para, se columpia pesadamente. Las puertas de algunos camarotes se abren con estrépito. Salto de la litera. Me lanzo arriba.

En el «fumador» un grupo de oficiales y de pasajeros me cortan el paso. En medio del grupo, el viejo Calixto, llora con hipo doloroso, con la misma frase persistente, desolada en los labios: «¡No está!» «¡No está!»

Rosario ha desaparecido. Se retiró anoche muy tranquila á la hora de costumbre. Después, ¿qué pasó después? Las pesquisas á bordo han sido inútiles. ¡No está! El vapor orza, vuelve lentamente sobre su camino. Se echan dos botes al agua. En las crucetas, en las bordas, en el puente, los marineros, los oficiales, el pasaje escudriñan ansiosos el mar sin fin.

Dos horas mortales de buscar en vano. El vapor retrocede. Los botes vienen y van á la vela, en largos bordos, sobre nuestro rumbo. En el horizonte alegre no se divisa ni un buque. El agua, azul, inmensa, impenetrable, guarda un secreto más.

Inútil todo. Vira el vapor. Se llama á los botes. Al izarlos, un oficial grita desde la borda: ¡Esa vela! Y en medio del silencio se oye al pobre Calixto (¡ah, pobre, bien pobre!) que suplica, que pide arrastrándose que le dejen allí, que él no quiere volver.

Doy una vuelta por la toldilla. Luego bajo á mi camarote. Cierro

la puerta; me dejo caer en la litera. Y lloro, lloro, ahogando mi voz contra la almohada. ¡Lloro por mí!

NOVIEMBRE 30.—¡Cómo deseo que este viaje termine! Quiero verme lejos del «Asia», lejos de esta gente que me rodea. La vida alegre de á bordo se ha reanudado con rápido, con feroz olvido, de la pobre muerta.

Por más que hago no logro ponerme al «diapasón» de estas gentes, que me inspiran ahora una repugnancia invencible. Varios pasajeros se han permitido ya algunas bromas acerca de mi retraimiento. Esta tarde uno me ha cogido amigablemente del brazo, y me ha arrastrado mientras me decía:

—¿Y la «Pastoral»? Vamos al piano.

Yo me he dejado conducir. Es necesario no dar pié á ninguna sospecha. Lleno de emoción tocaba la «Pastoral», cuando Calixto ha venido á sentarse á nuestra espalda. Yo he interrumpido entonces la música y me he levantado.

Y él ha comprendido mi «delicadeza» y me ha dicho sonriendo dolorosamente:

—No, no. ¡Siga usted!... Eso me distrae...

Miguel Sarmiento.

Malas consecuencias

Apólogo

Estaba Juan comiendo
En cierto *restaurant* con don Rosendo;
Y Juan condescendiente no comía
Sino aquello que el otro apetecía:
Lo que á Juan le agradaba
Don Rosendo enseguida rechazaba.
Si éste tragaba á gusto,
El otro no mascaba con el susto;
Pues débil por demás, el pobre hacia
De tripas corazón. ¡Qué tontería!
Resultado de ser condescendiente:
Que Juan se indigestó barbaramente
Por tener el estómago averiado.
¡Bonito resultado!

Lo tengo por un hecho,
Quien come á gusto de otro, y nunca al suyo
Manjar ninguno le dará provecho.
Pero también arguyo;
Que el que guarde con otro complacencia
Contra el suyo siguiendo otro criterio
En políticas lides;
Tendrá la indigestión de su conciencia,
Y víctima será del gatuperio.
Lector, nunca lo olvides.

AMARANTO MARTINEZ DE ESCOBAR.

EL GOBIERNO DINASTICO

entre los Guanches

I

En ninguna de las otras islas de este archipiélago, como en la Gran Canaria, tenemos un ejemplo de que entre los guanches había una serie de príncipes ó reyes, pertenecientes á una misma estirpe ó familia, que reinaron por sucesión uno en pos de otro; ó á lo menos que en ella había *dinastas,* esto es, príncipes ó señores cuyos estados eran poco considerables, y que reinaban con el consentimiento ó bajo la dependencia de otro soberano de la propia isla.

Según una tradición histórica, había en la Gran Canaria una mujer varonil, tan audaz como astuta, llamada *Andamana*, que se decía estar inspirada del cielo, y que por lo mismo la consultaba el pueblo como á un oráculo. Ella decidía á su antojo de la paz y de la guerra. Para llevar adelante sus aspiraciones contrajo matrimonio con un guerrero que vivía en el cantón de Gáldar, llamado *Gumidafe*, quien puesto á la cabeza de un pequeño ejército, sometió en poco tiempo á la obediencia y la de su consorte á todo el reino, derrotando á los descontentos durante la oligarquía. Ambos esposos fijaron su residencia en Gáldar.

II

De ese matrimonio nació *Artemi Semidán*, y consta que, cuando Gadifer de la Salle (1404) y Bethancourt (1415) pasaron á la Gran Canaria, conferenciaron en Arguineguín con el hijo de *Artamy*, rey del país, y á su vez el segundo tuvo con este varias entrevistas. Luego es evidente que la voz «Artemy» significa el nombre ó el título de «rey». Y si fuera posible buscar á este nombre una etimología adecuada, tal vez no se encontrara otra que la de las voces *ard* (tierra) y *amin* (jefe) ó *amir* (príncipe) en lengua arábiga; pues nada más natural que llamar al príncipe ó soberano «jefe de la tierra ó del país». Viana trae *Arteme.* Luego esa voz ha debido escribirse de esta manera: *ard-amir.*

De esta suerte tenemos la palabra *Artamy* significando «rey». Marín y Cubas trae *Guadar themi*, que interpreta «hijo de Artamy».

Según Viera y Clavijo, *guan* significa «descendiente ó hijo de...» Así lo interpreta Nuñez de la Peña; y á mi juicio no es otra la voz que el *uald, ueld* de los árabes, significando hijo «hijo», pero mal escrito en nuestro Catálogo general ó mal pronunciado, pues se dijo *guan*. Luego si Marín trae que *Guadar themi* significa «hijo de Artemi», está en lo cierto, aunque no deben separarse esos elementos sino en esta forma: *uald ard ámir* Este último se expresa también *emir* Bontier y Le-Verrier dicen también «el hijo de Artamy, rey del país», y en otra parte traen que *Artamy* era el «rey», lo que parece confirmar la interpretación que ya propongo.

III

A este rey sucedió *Taghoter Semidán* (Tago horcer Semidán) quién, al morir, dejó dos hijos llamados *Guanache Semidán* y *Bentagoche*.

Guanache, llamado el *Bueno* por los españoles, fué aclamado rey de *Agaldad* (Gáldar), y su hermano *Bentagoche* lo fué también de Telde. Esto debió tener lugar por los años de 1455 á 1460.

Guanache casó con Guanuriragua, hermana del faicán de Telde, de cuyo matrimonio hubo una hija legítima llamada Arminda (1464). Y al morir su padre (1472) dejóla por heredera, cuya niña tendría cosa de ocho años.

Por tal razón, con el gobierno del reino, esta niña fué confiada al joven de veinticuatro años, hijo de *Soront Semidán*, hermano del finado Guanache, cuyo joven, llamado *Tenesor Semidán*, fué desde entonces lo que nosotros llamamos «regente del reino». Y habiendo muerto entre tanto el rey de Telde, *Bentagoche*, toda la Gran Canaria quedó bajo el gobierno de Tenesor.

IV

Pero ese rey de Telde había dejado hijos menores de edad, sucesores de la corona, lo que produjo una anarquía, encontrándose Tenesor reinando en Gáldar.

Mas, según dice un autor, es dudoso si al tiempo de la conquista existía en esa isla la división de dos reinos. Sea como fuese, lo que respecto de este particular puedo deducir, es con relación al título de esos príncipes. Parece indudable que en el cantón ó distrito de Gáldar reinaba un príncipe, y que en el de Telde había de suceder lo mismo, si bien al principio pudo ser mirado este reino como una dependencia del de Gáldar. Y si nos fijamos en una relación de Azurara (1458), vemos que en la isla existían dos príncipes, dándose á uno el título de *rey* y al otro de *duque*; luego sus categorías ó dignidades no habían de ser una misma.

Consta además que, cuando D. Diego Garía de Herrera (1476?) levantó ó reparó la torre de Gando, existía en Telde un rey. «No pasó mucho tiempo, dice Viera, sin que acudiesen á Gando los dos guanartemes y sus hermanos *Chavender* y *Guanariragua* (faicanes ó sumos sacerdotes)». Luego por ese tiempo había dos soberanos en la Gran Canaria como en el de Azurara. Más nada de esto tiene que ver con lo que deseo demostrar en este artículo.

V

Mi objeto principal consiste en hacer ver que en uno de esos dos gobiernos de la isla había una serie de príncipes pertenecientes á una misma familia ó estirpe.

En efecto; parece fuera de duda que llegó á reinar la dinastía *Semidán*, y que este vocablo se halla desfigurado, como lo está la mayor parte del catálogo general de voces guanches.

A mi juicio, se trata aquí del nombre ZEMINDAR. Así, pues, ese *Semidán* no pasa de ser un título que vino á formar un nombre propio, según lo estima también Abreu Galindo, pero sin dar la razón.

Así tenemos que al rey Artamy ó Artemi sucedió *Taghoter Semidán*, que éste dejó dos hijos: *Guanache Semidán* y *Bentagoche;* que Guanache casó con Guanuriragua, hermana del faicán de Telde, dejando por heredera del reino á su pequeña Arminda, la cual fué confiada, con las riendas del gobierno, á *Tenesor Semidán*...

Pero volvamos á la voz ZEMINDAR.

Dije antes que esta debe ser la guanche *Semidán*. Úsase en Bengala (Indostán), y se aplica á una especie de arrendatario general. Pero al principio el vocablo *Zemindar* se aplica á unos aventureros afortunados que, á la sombra de guerras y revoluciones se habían adjudicado dominios independientes.

Y todo esto pudo ocurrir en la Gran Canaria. Desde mucho antes de los tiempos del rey Artami las insurrecciones ó revoluciones políticas la traían muy conmovida, y en esos períodos de agitación, sublevándose los cabecillas de partido, pudieron adjudicarse el dominio de territorios ó cantones, dominando en ellos, pero con cierta sumisión al soberano legítimo, mediante el pago de una especie de canon como reconocimiento de su vasallaje, que es lo mismo que significa el título de *Zemindar*. Primero aparece que lo llevó *Taghoter Semidán*, luego lo heredaron sus hijos *Guanache* príncipe de Gáldar y *Bentagache*, que gobernaba en Telde. Lo llevó también *Soront Semidán*, hermano de Guanache, así como su hijo *Tenesor Semidán*, que luego reinó en Gáldar, bajo cuyo dominio cayó luego toda la isla. Todos esos príncipes constituían una verdadera dinastía, como pertenecientes á una misma familia ó estirpe, tal era el gobierno dinástico entre los guanches.

ANTONIO M.ª MANRIQUE.

LITERATURA DRAMATICA

OBRAS ESTRENADAS EN LA TEMPORADA DE 1903-4

II

Dos dramaturgos canarios

Angel Guimerá

Andrónica

I—El drama

«El espíritu de una época dice Manuel Bueno, la vida multisonora de un ambiente, el estado de las costumbres, la temperatura de las almas, lo que quiere y lo que odia un pueblo, sus pasiones en franquía y sus anhelos reprimidos por la fuerza, las discordias y las rivalidades sociales, las formas del fanatismo religioso y los alardes de la impiedad, la coexistencia de la barbarie más desenfrenada con la cultura más aguda, el ímpetu belicoso y la abdicación plena del honor manifestándose casi simultáneamente en la muchedumbre; todo eso, que es la vida de un Imperio, la vida tempestuosa, ondulante y varia del Imperio bizantino, ¿puede caber en las proporciones normales de una obra teatral? Tengo para mí que no. A Sardou—que en otro tiempo no desviaba el pensamiento de Sarah Bernhardt cuando es-

Guimerá

cribía sus tragedias—lo sedujo la existencia de Teodora, la esposa de Justiniano.

Aquella mujer, cuya historia nos ha referido Procopio con una rudeza de tonos que recuerda el estilo tajante y duro de Tácito, es para tentar á un dramaturgo. Su belleza, su depravación, lo asendereado de su vida, sus vicios, sus viajes, sus crímenes, las hórridas etapas de su reinado, su caida y su muerte, lo que hay de imprevisto, de aventurero y de trágico en su destino, cobran en la fantasía del autor dramático deslumbrante relieve. Aquella mujer monstruosa debe por fuerza interesar en un escenario. El público debe asistir, entre atónico, conmovido y espantado, á la sucesión de lances de fortuna, de amor, de perversidad y de barbarie con que tejió su vida aquella ramera ilustre, que aventajó á Mesalina en audacia para despravarse y á Cómodo en abyección moral y en el impulso feroz de sus venganzas.

Sardou no vaciló. Su obra contiene gran parte de la existencia de Teodora, tal como puede venir al teatro, empequeñecida por la limitación y el artificio; pero con cierta poesía bárbara, muy sugestiva para las multitudes.

Justiniano, su esposo, apenas interviene en la tragedia. Sardou, si no lo ha sustraido de la obra, ha reducido con tal saña demoledora las proporciones de su personalidad, que apenas es conocido el célebre Emperador. Quien aspire á intimar con él, á familiarizarse con aquella conciencia tenebrosa, habrá forzosamente de volver la espalda al drama de Sardou para internarse en el texto de Procopio. Este historiador nos dará pormenores de Justiniano, nos informará de su turbia psicología y nos ayudará á penetrar en los dobleces de su extraño carácter. Por él sabremos que el marido de Teodora procedía de la más humilde plebe, la plebe campesina. Reinando León en Bizancio llegaron de Iliria tres campesinos á la corte imperial; llamábanse Zimarco, Dytibisco y Justino, y como eran intrépidos, buscaron en las armas coyuntura para lucir y medrar. El Emperador, viendo su apostura y su denuedo, los incorporó á su guardia, y declarada después la guerra contra los iranzios, bajo el reinado de Anastasio, mandó este un ejército á las órdenes de Joanes Hyrtos, «el Jorobado», del cual formaba parte Justino.

Y á tales demasías de indisciplina se entregó éste, tales desmanes cometió, que no tardó en ser sometido á un Consejo de guerra. Disponíase ya su ejecución, cuando el general hizo que la suspendieran. Había visto en sueños á un hombre de corpulencia y trazas extrahumanas, y este aparecido le había conminado con tremendos é inmediatos castigos si no decretaba la libertad de Justino. Resistió el general bizantino á esta presión; pero como se renovaran el sueño y la advertencia hasta tres veces, hubo de ceder. Por cierto que en aquel aviso profético se le aseguraba que, andando el tiempo, tendría necesidad de Justino. A partir de aquel

extraño suceso, la carrera del aventurero soldado fué rápida; Anastasio lo designó para jefatura de la guardia palatina, y todos los capitanes del Imperio se disputaban su amistad.

Pues bien; de este hombre singular, tosco de origen é irreparablemente rudo; de este hombre, que no logró aprender ni las primeras letras—tal era de empedernida su inteligencia—, arrancó una dinastía. Proclamado Emperador, casóse con Lupicina, su querida, y como no tuviera hijos sucedióle en el Trono su sobrino Justiniano, con el cual compartió, aún en vida, la soberania del Imperio bizantino.

Con el advenimiento de Justiniano se inicia la decadencia, pues contando á la muerte de su tio con un capital de 320 000 libras de oro y con un ejército de 640.000 hombres, dilapidó el primero y quebrantó el segundo. Es el corruptor de las leyes, el que alentó las sediciones, el que fraccionó el Imperio en bandos, el que atizó y mantuvo ardiente todas las modalidades del fanatismo.

Nadie respondía de la seguridad individual. Se mataba en plena calle, á la luz del dia, sin coersión que lo impidiese, y las gentes ricas aparentaban miseria, usando vestiduras humildes, por miedo á ser despojadas. Ni aun los templos fueron respetados. Las mujeres eran violadas, los niños fornicados bárbaramente en presencia de sus padres. Se decreta la insolvencia, y el que mata en la calle de un solo golpe es felicitado por los transeuntes. Si algún juez trataba de aplicar la ley era asesinado.

La Naturaleza—escribe Procopio—se había complacido en acumular en Justiniano todos los vicios dispersos entre los demás hombres. ¡Calcúlese que no haría este mónstruo unido á Teodora!... Tal fué Bizancio la decadente hasta que los soldados de Mahomet II la tomaron por asalto en 1453.

Ignoro que periodo del Imperio bizantino ha inspirado á Guiuerá su obra. En el transcurso de *Andrónica*, procuré buscar al través de la obra un rastro histórico, y, la verdad sea dicha, no lo conseguí.

El ilustre poeta se ha contentado con resumir, dentro de la medida ordinaria de un espectáculo escénico, las pasiones sociales más visibles en el reino de Anatolia, un Estado que, á pesar de mantener vivos los usos bizantinos, fué independiente. ¿Tiene aquel reino efectividad geográfica? Actualmente, no. En otro tiempo fué algo que equivalía á Bulgaria. Lo que parece indudable es que fué absorvido aquel pueblo por el gran Imperio vecino. Al iniciarse la acción de la obra conocemos á Nicéforo, Monarca de la Anatolia, á quien tiene secuestrado secretamente tácitamente el favorito Herodías. El pueblo, hambriento y desesperado, se amotina en las cercanías del palacio Real y pide que el Reyle oiga.

Herodías, temeroso de las turbas, lo acuerda, y las turbas invaden la regia morada. El cuadro es admirable por su ruda y pintoresca belleza. Nicéforo es hombre endeble por dentro y por fuera.

Su carácter recuerda el que Mommsen atribuye al Emperador. Cómodo, pusilánime, caprichoso, astuto é irritable.

Es un Soberano que lleva impresos en su sangre y en su semblante la huella de la decadencia de su pueblo. Ante este hombre se presenta la muchedumbre á exponer sus quejas, y cuando nos figuramos que va á ser atendido, el Monarca lo maltrata y lo expulsa de la estancia imperial, ordenando que se le aplique duro castigo al cabeza del motín. En esto sobreviene Andrónica, una iluminada del claustro, una monja que abandona la reclusión por salvar á su patria de Nicéforo.»

«El Sr. Guimerá es, escribe «Carabanchel», es ante todo y sobre todo, un gran poeta lírico. Los gustos del público apartáronle muchas veces de las inclinaciones del temperamento propio, llevándole á exploraciones por el moderno teatro psicológico, en ocasiones afortunadísimas; sirvan de ejemplo el primer acto de *La pecadora* y el último de *Agua que corre*, dignos de figurar, en mi humilde opinión, entre los más bellos fragmentos de la escena española contemporánea. Pero la personalidad teatral del Sr. Guimerá está en su *Mar y cielo*, en su *Jesús de Nazareth*, en sus dramas versificados. Por allí es por donde yo supongo que le llevan más naturalmente su gusto y su afición. Y se defiende, como la mayoría de los poetas en el teatro, con la sonoridad del verso, con los apóstrofes, con las imágenes, con la retórica. No lo combato; lo consigno. A la libertad del autor de elegir aquellos atavíos que con su personalidad mejor se conformen, nadie tiene derecho de hacer objeciones. Hay que juzgar á los artistas como son, con sus bellezas y sus defectos, no como nuestro egoismo quisiera que fuesen. En *Andrónica*, como en todas las obras de Guimerá, hay reflejos de un talento privilegiado. Pero no pidáis á *Andrónica* realismo, humanidad, psicología, porque sería difícil hallarlos.

El poeta deja esta vez rienda suelta á su imaginación para que se produzcan los conflictos, y estallen las pasiones, y luchen los amores con los odios, sin que la lógica lo determine ni la vida lo imponga. La misma *Andrónica*, que, embravecida, desafía la muerte y el castigo del Emperador, y al pueblo y á la aristocracia, tórnase luego asustadiza y débil ante una mentirijilla de un monje, creyéndole sin protesta y aceptándola sin lucha alguna. Un beso basta para esclavizar su voluntad á un amor eterno. Es, ya una Electra de Anatolia, ya una Juana de Arco, ya una doña Inés, conforme al poeta va conviniéndole. Nicéforo, un cuerpo en quien entra Andrónica como un alma, pasa como una sombra por las canario de la tragedia, y ya ruge ante un pueblo alborotado, ya se doblega ante la presencia de un solo hombre.»

II.—El argumento

La tragedia del ilustre autor de «María Rosa», aunque no fué

una desilución completa, tampoco colmó totalmente las ilusiones del público, sobre todo de los intelectuales.

Que una tragedia del siglo XI, se compenetre acabadamente con nuestros sentimientos, en estos tiempos modernos, es poco menos que imposible. Sin embargo, «Andrónica», tragedia modioeval de fantasía, algo histórica en cuanto al medio que se desarrolla, por más que fácilmente no se encuentre un rastro histórico cierto en el transcurso de ella, no fué en absoluto extraña, ni mucho menos, al interés y los sentimientos del público.

Un periodo del Imperio bizantino parece que ha inspirado á Guimerá su nueva obra. Pero ciertamente el ilustre poeta catalán se ha limitado á resumir dentro de la medida de un espectáculo escénico, las luchas sociales de mayor consideración en el reino de Anatolia, ese estado que aunque fué independiente de Bizancio, mantuvo vivas siempre las costumbres y usos bizantinos, reino que hoy no tiene efectividad geográfica, y según parece fué algo que equivalía á Bulgaria.

Al comenzar la acción de la obra conocemos á Nicéforo, monarca de la Anatolia—la figura más interesante y bien trazada de la obra, niño mimado y voluntarioso, á quien el favorito Heraclias, un traidor, maneja á su capricho. Las huestes enemigas cercan la Anatalia. El pueblo hambriento y desesperado, se ha amotinado en las cercanías del palacio Imperial, pidiendo que el Emperador le escuche. Heraclias, temeroso de las turbas, así lo acuerda, y el pueblo invade la augusta morada llegando ante Nicéforo.

Es este un cuadro magnífico por su sobria y pintoresca belleza. Con ánimo irritado, Nicéforo mira á la muchedumbre agitarse en la sala; habla el cabecilla del motín, y sus palabras nobles y patrióticas acaban de encolerizar al Emperador que maltrata al pueblo y envía al tormento al jefe del motín. Mientras Nicéforo lleno de orgullo é ira hace arrodillar ante su persona al pueblo que aterrorizado sufre la humillación, sobreviene Andrónica, una iluminada del claustro, una monja que ha abandonado la reclusión, sintiéndose elegida por Dios para salvar á su patria de Nicéforo. Andrónica es una mujer de espíritu fuerte, parece una hermana espiritual de Juana de Arco.

Andrónica increpa á Nicéforo alzándose por sobre las cabezas del pueblo arrodillado, como una blanca y angélica visión. El Emperador ruge colérico, pero deja que la iluminada hable y hable; su palabra le hiere y acaricia al mismo tiempo. Andrónica sigue predicando el Amor, la Clemencia y el Perdón, y aconsejando á Nicéforo que recele de la nobleza, donde se albergan sus verdaderos enemigos. El Emperador hace salir al pueblo y quedándose solo con Andrónica, prendado de ella carnalmente quiere poseerla; ella le rechaza vigorosamente, y huye á su convento dejando á Nicéforo loco de Amor.

Segundo acto. El pueblo sigue furiosamente amotinado. El mo-

narca desde un balcón del palacio Imperial donde está secuestrado por Heraclias mira á las turbas con ánimo triste gritando ¡viva Andrónica!, y sintiendo ya en su pecho la piedad y el Amor, Nicéforo logra escaparse de Heraclias, á quien manda secretamente dar muerte, y llega al convento en el preciso momento en que Andrónica, á quien el pueblo también ha ido á buscar, engañada por el Abad que le dice que Nicéforo es el mismo mónstruo de antes, que la quiere tan solo como esclava. Y Andrónica, locamente enamorada también de Nicéforo, cuando éste llega en su busca llamándola con voces estentóreas, mientras vibra el cántico de las vírgenes á la desposada de Cristo, rompiendo el azulado velo tras del cual verificóse la ceremonia, entregóse en los brazos del Emperador. Este cuadro final del acto segundo tiene una gran intensidad dramática.

Nicéforo ofrece á Andrónica trono y corazón que ella acepta, porque también está enamorada; más el Abad, en nombre de la Iglesia, le exige el cumplimiento de sus votos y bendice á quien la mate, pues que intentó burlarlos. Es Heraclias el ejecutor de esta sentencia; vendido con sus nobles á Bizancio, hunde su acero en el cuerpo de Andrónica á tiempo que el invasor incendia la ciudad. Y el pueblo izando el cadáver de la monja, al grito de ¡viva Andronica!, corre á la muerte,en supremo esfuerzo de independencia.

Arriesgadísima empresa es la de amoldar el estrecho marco de una obra teatral el espíritu de una época determinada. Para vencer en este propósito será preciso que el autor dramático sea un temperamento de poeta particularisimo, que sepa evocar los tiempos pasados, y hallar en ellos los personajes donde encarnen los ideales, sentimientos, y pasiones que flotaron en aquel medio.

Esta labor de reconstrucción histórica requiere sobre todo estudio profundísimo y exquisita, refinada sensibilidad artística. De lo contrario, el autor se expone á una falsificación, presentando la vida corriente con el deleznable barniz de las ropas y las decoraciones de «época».

Guimerá, como gran poeta, ha triunfado; pero «Andrónica», sin embargo se resiente de un defecto fundamental. La tragedia desarrollada por voluntad en la Anatolia, siglo XI, puede desarrollarse también en cualquier parte y en cualquier año con solo cambiar sus trajes y decoraciones.

Los personajes de «Andrónica» están sujetos en un marco que se les despega: nadie puede creer que el ambiente de la Anatolia del siglo XI, es el ambiente de «Andrónica»...

Por lo demás, en la concepción de su tragedia, en el trazado de los cuadros, Guimerá revela ser el gran poeta y dramaturgo, conocedor del público, que tantos aplausos ha conquistado. Sin embargo el poeta rudo, vigoroso, pasional, de «Tierra Baja»,«Mar y Cielo» ó «María Rosa», asoma contadas veces en «Andrónica».

Luis Doreste

Benito Pérez Galdós

Bárbara

I – El drama

No es el peregrino principio de normalización social que aplica Oracio Maddaloni, gobernador de Siracusa, á sus súbditos lo que más me seduce en la obra de Galdós, ni creo que el insigne literato haya compuesto la tragedia que aplaudimos para hacer visible la tesis moral que mantiene el tirano. Lo más verosímil, en mi sentir, es que Galdós viese, viese una vez concluída su obra, que el criterio de reparación social que sustenta y practica Maddaloni se ajusta á la filosofía krausista y que el gran escritor se felicitase de este hallazgo, que le permite legitimar aquella endeble tesis.

Pérez Galdós

Para mí, la corriente filosófica que va por dentro de la obra es lo de menos. Lo que me encanta, por su extraordinaria belleza, es el estremado artístico de la tragedia, la poesía violenta y sana que circula al través de la acción, el humano relieve de los caracteres y, sobre todo, el ambiente de ingenuo helenismo que se cierne sobre Bárbara, Oracio, Filemón, Demetrio Paleólogo y los demás personajes que intervienen en la obra. ¿Qué importa que Bárbara haya violado la ley humana matando un hombre? Si ese hombre se oponía á su felicidad y si, sobre estorbarla, la maltrataba, tendrá mucho adelantado para obtener nuestra absolución. La vida humana no ha tenido en todo tiempo el mismo valor.

Stendhal, que ha estudiado el medio social en que se mueven Oracio Maddaloni, Bárbara y demás contemporáneos de tragedia (léase *La cartuja de Parma)*, nos entera con desenfadada elocuencia de que en los Estados italianos el asesinato de una persona no inquietaba á nadie, fuera de su familia, á principios del siglo XIX.

El choque de las ambiciones era demasiado violento para que los hombres se contuviesen dentro de la legalidad. Cada Estado pendía del capricho de un déspota inteligente, á la manera de Lo-

renzo de Médicis, y quien se propusiera ser feliz sólo debía cuidar de asegurarse la indulgencia del tirano sirviéndole y adulándole.

La Sicilia de Galdós en 1815—época en que transcurre la acción—y la Parma de Stendhal en la misma fecha se equivalían por las costumbres, las pasiones y los intereses que inquietaban á las mujeres y los hombres. Análoga violencia en los impulsos y en los deseos, idéntica intrepidez para realizarlos, la misma indiferencia ante el mal consumado, el mismo desdén de la muerte y del castigo probable.

¡Qué hondo acierto el de Galdós localizando su obra en Sicilia! Dijérase que ha pretendido renovar la tragedia griega con todos sus elementos: el ímpetu pasional, ciego y bárbaro; la fatalidad, y las penosas etapas de la expiación impuesta por la cólera de los dioses.

La condesa de Termini, ¿no os recuerda á Clitemnestra? ¿No advertís entre la heroína de Esquilo y la siciliana de Galdós pronunciada semejanza? Como Clitemnestra, Bárbara asesina á su marido, y como se percibe en la sombra de la tragedia griega la intervención pasiva, la complicidad de Egisto, adviértese en la obra de Galdós la presión espiritual mansa, pero insinuante y criminosa, de Leonardo. En las líneas generales, *Bárbara* es una tragedia á la manera griega. Por los pormenores, evoca un medio social histórico absolutamente verdadero, efectivo y humano: la Sicilia sometida a los Borbones napolitanos, rama la más depravada de esta vieja familia reinante, Galdós con su inmenso talento, ha acertado á fundir dos mundos, separados por enorme distancia: la Grecia de Pericles y la Sicilia de Fernando IV.

¿Qué importa la tesis, endeble y borrosa, que se esconde en la obra? ¿Qué novedad puede haber en que Oracio Maddaloni sostenga y aplique, por toda teoría penal en casos de delincuencia, la absurda teoría de que las cosas y los seres cuyo derecho se perturbó deben retornar al estado primero? El interés, el mérito extraordinario, que seguramente escapara al público del abono, pero que no se sustrae á la mirada sagaz de ciertas minorías inteligentes que frecuentan el teatro Español, está en la convivencia de seres tan diversos como Bárbara, Oracio, Leonardo, Filemón y Demetrio en un tiempo y en un ambiente.

Bárbara, impetuosa, ardiente, hembra del primer movimiento, zahareña, ejecutiva, es planta que sólo se da en el pueblo campesino, en la rudeza meridional. Oracio es un ejemplar de ecéptico que corresponde al vivir mental de un Cabannis, de un Destrit de Tracy ó de un Diderot. Leonardo de Acuña es sencillamente un Ignacio de Loyola: temperamento fogoso, intrépido, lleno de ideal, henchido de energía, tenaz y creyente. Si perseverase en la milicia, llegaría á ser un caudillo; dentro de la religión, fundará una Orden, acometerá grandes empresas de fervor y de virtud.

Filemón es un personaje que parece arrancado de una página de

Anatole France. Es un Silvestre Bonnard de la Arqueología, ingenuo, naturalmente despegado de las ideas que no estén dentro de su arte, escéptico, sensual, incapaz de hacer daño á nadie; pero muy dispuesto á sustraer un camafeo, un códice, un fragmento del Parhenon, una estatua, algo, en fin, que responda á sus predilecciones de espíritu.

II El argumento

Bárbara es una gran dama de Siracusa, hermosa como una estatua viviente de la antigüedad clásica, se ha casado con un noble griego ó albanés, Lotario Paleólogo, bárbaro y violento, y que, por lo que se nos cuenta en el primer acto, da á su esposa una vida de perros; hasta la maltrata con las riendas de su caballo. Bárbara, por cuyas venas corre sangre ardiente, como la lava del Etna, ama platónicamente á nn noble español, que tambien siente por ella pasión vehementísima. Una noche la hermosa siciliana, en cuyos oidos zumban las palabras de su amador ausente, hunde su puñal en el corazón de su brutal esposo. Cometido su crimen, corre toda aterrorizada á la casa apacible y tranquila, del anticuario Filemón, pedagogo de Bárbara. Refiere la desventurada su crimen, muéstranos su terror y su espanto; pero en vez de haber matado al sueño, como Macbeth, se queda dormida al arrullo de las canciones que la cantaban en su infancia.

El segundo acto pasa en casa del intendente de una de las provincias de Sicilia, Oracio Maddaloni, tirano y artista, todo en una pieza. Este sujeto, según nos dice al final del drama, se propone labrar con las miserias humanas la estatua ideal de la Justicia. ¿Y cuál este ideal? Aquí entra lo que pudiéramos llamar la miga de la tragicomedia.

Procuraré explicar esta «miga» con la mayor claridad posible, sin responder de que sea cierto lo que yo he creido entrever. Sabido es que el toque de las obras simbólicas—así lo ha dicho el propio Galdós está en ser un poco embrolladas y confusas. El símbolo y la claridad son, por lo visto, cosas incompatibles.

La justicia ideal no debe consistir en matar ó encarcelar: esto, en último extremo, es una venganza social que nada remedia: es corregir un crimen con otro crimen. Lo ideal de la justicia sería rectificar el derecho quebrantado; rehacer la armonía rota; colocar las cosas en la situación en que se encontraban antes de la perpetración del delito. Hacer, en una palabra, en el caso criminal, lo que la Providencia hizo en la batalla de Waterlóo.

Aplicando la teoría al argumento de la comedia, lo que Oracio se propone no es castigar el crimen, sino hacer, por medio de hábiles combinaciones, que Bárbara y su amante Leonardo de Acuña vuelvan á encontrarse en la situación en que se hallaban antes de que aquella hubiera dado muerte al bárbaro de su marido. ¡Para

éste sí que no se restablece el derecho perturbado! La puñalada con que Bárbara le envía al otro mundo no admite fe de erratas.

Para labrar la estatua ideal de la Justicia tiene Oracio barro á mano: tiene al capitán Leonardo, personaje que, convencido de que él ha sido la verdadera causa del crimen de Bárbara, busca, como el *Raskolnikof* de Dostoyuski, ó el protagonista de *El poder de las tinieblas* de Tolstoi, la paz de su conciencia en la confesión y expiación de su delito; tiene al albadés Demetrio Paleólogo, hermano del asesinado, parecido á éste en lo físico y en lo moral: tiene, en fin, fuerza y poder, como intendente ó gobernador de aquellos Estados, para encauzar á su antojo los acontecimientos.

Estos, dirigidos por Oracio, marchan como una seda. Bárbara y su amante tienen una entrevista en el palacio del tirano. Recuerdan cómo hacieron sus amores, se dicen mil ternezas, y acaban disputándose la responsabilidad del crimen.

Es ésta la mejor escena del drama, porque es la más verdadera. El capitán Leonardo no ha matado: estaba ausente de Siracusa cuando Bárbara cometió el crimen sin premeditación, y, sin embargo, se considera responsable, y lo es, del delito cometido por su amada. Oracio acusa al capitán, y éste se declara autor del asesinato.

En el acto tercero Bárbara, para salvar á su amante, condenado á muerte, acude al tirano. «Le salvará—dice Oracio si te casas con Demetrio». La altiva y apasionada dama se indigna, dirige mil dicterios al intendente, y trata, por diversos medios, de dar libertad al preso. Todo en vano. El carcelero, un borracho fanático llamado Esopo, no se deja sobornar, y los jueces que han sentenciado á Leonardo, y que con bandas, cruces y togas cruzan la escena para ir á la catedral á dar gracias á Dios por la derrota de Napoleón en Waterlóo, atribuyen la confesión que Bárbara hace de su crimen al deseo que tiene ella de librar á su amante de la muerte.

El acto termina con una violenta imprecación de Bárbara contra la justicia histórita y contra las bandas, placas, cruces y encomiendas, quincalla que cubra el pecho de los funcionarios.

Y hétenos ya en el desenlace de la tragicomedia. La protagonista, á causa de sus variadas emociones, está medio perturbada ó perturbada del todo, y, como á Ofelia, le da por ataviarse con flores silvestres, y quiere morir, puesto que su amante va á ser fusilado. Pero Oracio sigue labrando su ideal estatua; esto es, sigue conduciendo los sucesos á fin de restableeer el derecho perturbado. Acaba de indultar al capitán Leonardo, que, en unión de varios frailes franciscanos, partirá al romper el día camino de Tierra Santa. El capitán, antes de partir, envía á su amada el *Kempis*, y en una de las hojas del ascético libro escribe una recomendación á Bárbara para que acepte con buena cara la adversidad. La adversidad tiene aquí la figura de Demetrio Paleológico,

y la matadora de Lotario acepta con dulzura la boda con aquél; boda que la coloca en situación semejante á la en que se hallaba antes de cometer el crimen, mientras suena á lo lejos el canto de los peregrinos, que van á embarcarse para Tierra Santa.

Queda, pues, restablecida la armonía rota por el delito, como la armonía de Europa después de Waterlóo.

Claro es, ó así me lo parece, que ese ideal que realiza Oracio en virtud de las circunstancias en que le coloca Galdós, es una de tantas ideologías, que no tienen más valor que el de servir de juego al entendimiento. Lo pasado, cierto, vuelve, ya nos presenta Ibsen un aspecto de esta regresión en *Los aparecidos;* pero esta regresión no tiene que ver nada con el enderazamiento del derecho perturbado. Puede éste restablecerse, sí, en casos de usurpación, de robo, de calumnia; en casos de asesinato no hay posibilidad de tal restablecimiento. Por esta razón nos interesa poco el trabajo de Oracio, como no nos interesaría la tarea del que tratase de escribir los más lindos poemas en el agua. Expiación, «derecho á la pena,» á algo doloroso que limpia nuestra conciencia, sí; anular lo que fué... eso ni Dios lo puede.

*
* *

De las escenas más hermosas del drama de Pérez Galdós son las dos siguientes con que termina el acto segundo.

ESCENA X

BÁRBARA, LEONARDO.

Bárbara.—¡Suprema dicha después de agonía tan larga!

Leonardo.—Verte es el bien; verte es la luz, el Cielo... (Se sientan frente á frente.)

B. Ingrato, ingrato... ¿Por qué desde tu regreso de Albania has permanecido oculto en el convento... ¿Por qué evitabas verme?

L. Razones de suprema delicadeza... razones de conciencia me movían á encerrar nuestro amor dentro del puro pensamiento escrito.

B. Tus cartas, sobre todo las últimas, me revelan exaltación, desvarío, una tristeza fúnebre...

L.—Las tuyas me han revelado una turbación hondísima; miedo á la verdad, Bárbara; á una verdad funesta que ni yo ni tú osábamos mencionar por escrito. Ya es tiempo de que abordemos, así... así... *tu rostro frente al mío; mis miradas cruzadas con las tuyas,* el espantoso infortunio que nos ha traído la Fatalidad.

B. (Con grande aliento.) Sí, Leonardo mío: pon frente á mí la verdad que estremece y anonada. Acúsame... Aquí me tienes... De tí acepto el fallo terrible... el castigo si es menester.

L.—¡Si te acuso menos de lo que crees! ¡Si no te condeno!... En rigor, no debo condenarte.

B.—(Con espontaneidad repentina y seca.) ¿Cómo lo supiste?

L.—Enterado del suceso mucho antes de salir de Albania, no necesité más para tener exacto conocimiento de todo... de todo, amada mía... ¿No sabes que yo llevaba en mi alma, que tus sentimientos eran los míos, tus ideas mis ideas?

B.—Del mismo modo te llevo á ti en mi alma... ¡Siempre conmigo, Leonardo... siempre tu pensamiento en el mío!

L.—Mi voluntad en tu voluntad. ¿Qué mejor explicación puedo darte de que yo adivinara...? Separados estaban nuestros cuerpos. Nuestras almas, comunicadas y regidas por efluvios misteriosos, formaban un alma sola, y de todos sus impulsos, en todos sus actos, eran igualmente responsables. ¡Si la tragedia estaba en mi voluntad, cómo no adivinar la tragedia!

B.—(Con estupor, viendo venir la idea.) Pero... no pensarás que...

L.—Culpable fuiste... yo lo fuí más.

B.—(Espantada.) No, no... tú no.

L.—¿No te acuerdas, amada mía? El día anterior á tu delito nos vimos en el pórtico del Teatro griego, al caer de la tarde. Noche serena descendió nosotros, rodeándonos de soledad y misterio. Habló nuestro amor saltando de labio en labio.

B.—Habló nuestro amor, declarando su pureza inmaculada... (Nerviosa, se levanta.)

L.—Mientras existiera entre nosotros la barrera del honor, del deber...

B.—Sí, sí... y nombramos al monstruo, y yo dije...

L.—(Vivamente los dos, quitándose uno á otro la palabra de la boca.) Fuí yo quien dijo: «Es preciso matarlo.»

B.—Yo, yo lo dije antes que tú.

L.—No, no: yo fuí el primero que expresó la idea terrible... yo, yo.

B.—Falso. Recuerda bien. Yo dije esto: ¿Para qué viven los que en la tierra no producen ningún bien, ninguna alegría?»

L.—Y yo contesté: «Deben morir, deben perecer.»

B.—Pero no dijiste que se le matara.

L.—Sí, lo dije.

B.—No, no.

L.—Lo dije con toda el alma. Mi ciega pasión anhelaba destruir todo obstáculo.

B.—No, mil veces no. Yo fuí quien habló de muerte. Aquí está mi memoria para dar testimonio...

L.—(Con solemnidad.) Aquí está mi conciencia, que con voz clara y terrible me dice que fuí el verdadero matador de Lotario.

B.—(Protestando airada.) Falso... No es verdad.

L.—Un espíritu dueño del tuyo, dueño también de tu voluntad, dió el impulso á tu mano.

B.—Pero ese espíritu no pudo ser el tuyo. (Con gran ternura.) Tú eres generoso y bueno...

L.—(Con intensa melancolía.) Pongamos en nuestro amor la piedad que uno y otro merecemos... Soy criminal... Por criminal me tuve al conocer la muerte de Lotario, y cuando volví de Albania y pisé tierra de Sicilia, los remordimienos encendieron en mí las llamas del Infierno...Luchaban mi amor y mi conciencia como fieras incansables, á cual más iracundo... En mi soledad, tu imagen bella no me abandonaba... Te veía sumisa, triste, menos culpable que

yo, mucho menos... pobre mujer, débil y amante, que obedecías por exaltación de amor el mandato mío. Del fuego de ese amor me valí yo infamemente para encender en tí la llama del delito... Matarle yo por mi propia mano siempre había sido acción criminal, pero en algún modo noble, caballeresca... Pero iniciar al crimen á la mujer amada... ¡oh, cobarde, villana acción! No, no puede ser... El hombre es el que mata... la mujer nunca.

B.—¡Oh! calla, calla, por Dios: ten piedad de mí. Recobra tu serenidad, recobra la paz de tu alma.

L.—Ya estoy sereno, ya... Recobro la paz de mi alma entregando mi vida miserable á la justicia humana.

B.—¡Entregarte tú... inocente!

L.—(Con exaltación). He faltado al honor, he atropellado las leyes del honor que mi padre grabó en mi alma... He pisoteado la ley cristiana que me enseñó mi santa madre... Abrazado á la memoria de aquella mujer de inmaculada virtud, he podido buscar y hallar en la fe religiosa el consuelo de mi espíritu y el alivio de mis tormentos.

B.—(Consternada, echándole los brazos al cuello). Por Dios, Leonardo, vuelve en ti; despierta de ese horrible delirio...

L.—Yo no deliro, amada mía.

B.—¡Acusarte tú, Leonardo!... No puede ser, no será... no lo consiento.

L.—(Con firme convicción). Debo y quiero hacer por tu alma y la mía lo que hizo Cristo por toda la Humanidad.

B.—Padecer.

L.—Padecer y amar... todo lo mismo.

B.—(Apartándose de él) ¡Ah! Ya olvidabas que eres español, de esa raza de hidalgos extravagantes, enloquecidos por la leyenda caballeresca; de esa raza en que hombres vigorosos se lanzan á ideales batallas contra enemigos imaginarios, y consumen su vida en ensueños de perfección ó de santidad insana.

L.—Caballero soy, caballero cristiano, y como cristiano y como caballero he de restablecer en el altar de mi alma lo que villanamente arrojé de él: el Honor y la Fe.

B.—Pero no harás lo que has dicho. Acusarte no.

L.—Mi resolución es inquebrantable. No te obstines en disuadirme de ella.

B. No lo harás.

L.—Lo haré: tan cierto como nos alumbra el sol.

B.—(Afligida, desesperada). No me amas, no me has amado nunca.

L.—Con loca pasión te amé. Quiero reanudar el vínculo de amor en mejor espacio...

B.—¿Dónde?

L.—Allí donde sin sombra de mal alguno pueda el amor nuestro ser divino, inefable.

B.—Divino, inefable, puede ser aquí. (Le abraza, queriendo conquistarle por la ternura y la pasión humana.) Idolo ingrato... ¿no te halaga la idea de pasar junto á mi toda la vida que nos resta? ¿Tan poco vale esta mujer que no la sobrepones á tu loca idea del Honor y de la Fe?... ¿No me ves? ¿Mi rostro, mi aliento, la luz e mis ojos, no son nada para tí?

L.—(Dejándose vencer por un instante, como si cediera á los halagos de ella.) Encanto mío, ilusión mia: tu rostro, tu aliento, tu mirada, son toda la Naturaleza, son toda la vida terrenal... son... (Rechazándola de improviso). No, no... Yo quiero para los dos vida más alta.

B.- Fundémosla en nuestro amor, en nuestra unión eterna... Huyamos.

L.—(Con bravura.) ¿Huir yo? ¡Qué locura! Soldado, jamás volví la cara al peligro; pecador, miro con semblante sereno la expiación que Dios me envía.

B.—(Con más energía). Huyamos. (Le coge de un brazo; quiere llevársele).

L.—Imposible.

B.—Salgamos sin que nadie nos vea.

L.—No. (Forcejean).

B.—Yo lo quiero, yo lo mando. (Aparece Horacio en la puerta de la izquierda, segundo término.) ¡Horacio!

ESCENA XI

Los mismos.—Horacio

Horacio.—Perdonadme, señora. Vengo á cumplir un deber de justicia.

B.—Bella y soberana es la justicia cuando practica la divina ley.

H.—Vos amáis la ley.

B.—Tanto como temo á los ciegos que la ejecutan.

H.—Indagaciones recientes nos han revelado al matador de vuestro esposo. Capitán, sois culpable.

L.—Vos lo decís y basta.

B.—Falso, falso... Yo soy la única culpable.

H. Señora, por salvarle os acusáis... ¡Hermosa abnegación!

B.—No es abnegación... es la verdad.

L.—(Con entereza). La verdad he dicho. El culpable soy yo.

H.—Os creo, Capitán; creo en vuestra culpa.

B.—(Consternada, suplicante). Horacio, compadécete. Quiero su libertad, la pido, la reclamo.

H. La tendréis... Calmaos. Soy vuestro mejor amigo. Confiad en mí. (A Leonardo). Daos preso. (Leonardo saca su espada para entregarla.)

B.—(Con grande aflicción.) ¡Quiero su vida... que es mi vida!

Cuestiones obreras

Seguros contra el paro

En el Parlamento francés está pendiente de aprobación una proposición, suscrita por los diputados Dubief y Millerand, encaminada á obtener la concesión de subvenciones para las Cajas de socorro contra el paro involuntario. Los autores llaman muy particularmente en su proposición la atención acerca del sistema de fondos de paro adoptado por la ciudad de Gante, entendiendo, con el Consejo Superior del Trabajo, que dicho sistema puede hacerse extensivo, mediante la intenvencion del Estado, á todos los Municipios de Francia, siempre y cuando que se asegure á los obreros franceses, mediante la aplicación prudente y metódica del principio adoptodo en Bélgica, las mismas ventajas de que disfrutan los trabajadores belgas.

El artículo único de esa proposición de ley está concebido en estos términos;

«Se concede al Ministerio de Comercio un crédito extraordinario de 100.000 francos, con cargo al presupuesto de 1906, para subvenciones á Cajas de socorres contra los paros involuntarios por falta de trabajo. El importe del crédito se tomará de los recursos ordinarios del presupuesto anterior.

Conjuntamente á esta proposición, los diputados Chaumet, Dormoy y Siegfried, han presentado un proyecto de ley encaminado á proporcionar á los obreros socorros oficiales en caso de paro forzoso,

Esta ultima proposición es del tenor siguiente:

«Artículo 1.° El Estado concederá subvenciones á las Cajas contra el paro involuntario constituídas legalmente por los Sindicatos de profesión de las Sociedades de Socorros mutuos, las Federaciones de Sindicatos, las Federaciones mutualistas y, en general, por todas las Asociaciones de trabajadores.

Art. 2.° Estas subvenciones equivaldrán al 25 por 100 de las cuotas satisfechas por los individuos adheridos.

Art. 3.° Un reglamento de administración pública determinará las condiciones en que deberán justificarse las peticiones de subvención é inspeccionarse el empleo de los fondos.»

* * *

El Código obrero

Van muy adelantados en dicho país los trabajos para la confección del Código obrero.

Debido á la iniciativa de varios representantes de la Cámara, el ex-ministro Millerand nombró en 1901 una Comisión de condificación dó las leyes obreras para ordenar, refundir y aclarar las disposiciones vigentes, dispersas en múltiples leyes.

Dicha Comisión acordó limitar la codificación á las leyes puramente *obreras,* prescindiendo de las industriales, y comprender entre las *obreras* aquellas que interesan, no exclusiva, pero sí principalmente, á estas clases, y al efecto decidió preparar un *Code du travail et de la prévoyance sociale* para someterlo al Parlamento, y en el que no se incluirán disposiciones de orden reglamentario ni las comprendidas en otros Códigos, á las cuales se hará únicamente una referencia.

Por lo que se refiere á las modificaciones de las leyes ya vigentes, la Comisión resolvió adoptar, desde luego, las de *forma*, atenerse para resolver las dudas y contradicciones á la jurisprudencia, y sólo por excepcional indagar la intención del legislador para mejorar el texto. Y como no podía menos de ser, se reconoció la necesidad de proponer las modificaciones sustanciales para remediar las faltas y lagunas más notorias.

La división del Código que se propone es la siguiente:

Libro I. De los convenios relativos al trabajo. (Aprendizaje.—Contrata de trabajo.—Salario.—Colocación.—Penalidad.)

Libro II. De la reglamentación del trabajo. (Mujeres y niños.—Adultos.—Extranjeros.—Higiene y seguridad de los trabajadores.—Inspección.—Penalidad.)

Libro II. De la organización profesional.—(Coaliciones y huelgas.—Sindicatos.—Sociedades obreras de producción.—Penalidad.)

Libro IV. De la jurisdicción, de la conciliación, del arbitraje y de la representación profesional. (Hombres buenos: *prud'hommes.*—Consejos de conciliación y de arbitraje—Representación profesional.—Penalidad.)

Libro V. Del seguro. (Accidentes.—Vejez.—Invalidez.—Enfermedades.—Muerte.—Falta de trabajo.—Penas.)

Libro VI. Previsión. (Sociedades de Socorros mútuos.—Ahorro.—Cajas obreras.—Cooperativas de consumo, de crédito.—Penalidad.)

Libro VII. De la asistencia.

*
* *

Escuelas progresivas

Cuando el señor Codina Sert publicó el primer libro de su obra interesantísima «Escuelas progresivas para obreros», sorprendió la

originalidad de su plan de enseñanza y logró fijar la pública atención, y aún lo que es más difícil, lo de los gobernantes, respecto al proyecto en el toma desarrollado. Ahora el señor Codina ha completado, mejor, ha documentado sus ideas y planes docentes en un segundo volumen en que se hace amplia relación y detallado estudio de la enseñanza técnica en el extranjero. Este segundo libro viene á ser como un aval del primero, que á la copia de buenas razones dadas al planear, suma la reseña de sabias prácticas de las naciones más adelantadas del mundo.

Casi tan frecuente es oir hablar en España de la necesidad de instruir al obrero, como raro el que se haga algo para conseguirlo. Estudios como el del señor Codina, son cosa aquí desusada, y eso aumenta el mérito de la obra, sí, buena obra, y no sólo en el sentido de su valía científica y sus literarios méritos, si que en el de labor altruista merecedora de cariñosa admiración.

Para quien necesite y quiera saber qué es lo que la humanidad ha hecho en la instrucción del obrero, en el libro del señor Codina y Sert hay fuente abundosa de datos: información expuesta sin prejuicios, observada con cariño y recogida con cuidado. Por las páginas del libro desfilan las instituciones de enseñanza técnica de los Estados Unidos, Austria-Hungría, Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra, Italia, Japón, Suecia y Noruega, Rusia y Suiza, y todo ello con estadísticas bien resumidas, planes de estudios y detalles de interés grande.

La inteligente y pacientísima labor del señor Codina Sert es acreedora á los mayores elogios, y nosotrss suscribimos á los más grandes y más autorizados que haya recibido el distinguido escritor.

Nuestros poetas del tiempo viejo

La Princesa Dácil

(FRAGMENTO)

Es de muy poca edad, gallardo brío,
Tiene donaire, gracia, gentileza,
Largo cabello, más que el sol dorado;
Cejas sutiles, que del color mismo,
Parecen arcos de oro, y corresponden
Crecidas las pestañas á sus visos;
Los ojos bellos son como esmeraldas
Cercadas de cristales traspareates,
Entreveradas de celosos círculos;
Cual bello rosicler las dos mejillas,
Y afilada nariz proporcionada;
Graciosa boca, cuyos gruesos labios,
Parecen hechos de coral purísimo
Donde á su tiempo, la templada risa
Cubre y descubre los ebúrneos dientes,
Cual ricas perlas ó diamantes finos,
Hermoso costro, de color de nieve,
Con fuego y sangre á trechos matizado...

Antonio de Viana.

EL PARIS DE MI JUVENTUD

Traducciones

París ha sufrido muchas transformaciones en el curso de los siglos, pero ninguna tan rápida, tan completa como aquella de que he sido testigo. Tanto que me cuesta encontrar en ciertos barrios, bajo la ciudad de Napoelón III, la de Luis Felipe, que hoy sería inhabitable dadas las exigencias de la vida moderna, pero que respondía á las necesidades y las costumbres de su época. Pasábanse por alto defectos, que se creían invisibles porque ninguna capital estaba exenta de ellos. Y, en suma, con sus taras y sus unares, aquel París ¡tenía también su encanto!

Casi todas sus calles eran estrechísimas y sin aceras. Era preciso escapar de los carruajes en el umbral de las tiendas, bajo las puertas-cocheras, ó al abrigo de los postes pantados aquí y allí con ese objeto. Sin embargo, aun donde la circulación era más activa, el transeunte corría menos peligro andando por la calzada, que hoy al atravesar el bulevar. Este bulevar, entonces, no veía más que un ómnibus cada cuarto de hora, yendo ó viniendo de la plaza de la Magdalena, ó la de la Bastida (tampoco se temía ser aplastado por ellos, que frente á la Magdalena he visto un corro de curiosos en torno de un charlatán, en el mismo sitio en que hoy está el refugio) y en la plaza de la Bastilla, yo jugaba al aro alrededor del elefante y de la columna de Julio. En todo París no había que temer nada más que las salpicaduras de los arroyos del medio de la calle... cuando corrían, porque en los grandes calores del verano, las aguas servidas se estancaban hasta que llovía fuerte. En invierno, como la nieve no se barría nunca y no se conocía el empleo de la sal, el deshielo era una cosa horrible! Todas las rinconadas de las casas mal alineadas, estaban dedicadas á depósito de basuras y á las libertades de los transeuntes, autorizadas por la ausencia de los kioscos, cuya instalación se ha hecho desear tanto tiempo. En fin, á causa de su misma estrechez, esas calles eran más bulliciosas que las nuestras. El rodar de los pesados carros sobre grandes piedras redondeadas, mal unidas, en que iban saltando, hacía retemblar las casas y repiquetear los vidrios: los gritos incesantes de los vendedores y vendedoras de frutas, legumbres, pescado, flores, etc... empujando sus carretillas; los compravendedores de ropas, los paragueros, los escoberos, los vidrieros y los desollinadores; el llamado de los aguadores, que hacían chocar con todas sus fuerzas las manijas de sus cubos, los cantores ambulantes que iban de patio en patio con sus

clarinetes y panderetas, las horchateras tocando su corneta; todo esto era la alegría de la calle. Lo intolerable era la obsesión de los organillos que se revelaban bajo nuestras ventanas, sin interrupción, de la mañana á la noche, y nos infligían un suplicio que hoy todavía no recuerdo sin cólera!

En fin, el alumbrado de las calles era deplorable. En la mayoría sólo se había llegado al reverbero, y al encenderlos se interrumpía toda la circulación en la calzada. Pero, en cambio, la ciudad estaba mejor guardada por la noche, gracias á las rondas de las «patrullas grises», que circulaban envueltas en capas, á paso lento y en filà india, rozando las paredes y cruzándose en el camino, prontas á prestarse ayuda al primer llamado.

Felices tiempos en que á la una de la mañana, en mi desierto barrio, estaba yo seguro de tropezar con alguna de ellas, y en que uno podía recogerse tarde sin revólver en el bolsillo! Dicen que es porque París no era tan grande ni tan poblado, y la misión de la policía resultaba más fácil. Pero á ésta toca medir la protección por el peligro, y el número de sus agentes por el de los malhechores, para quienes, por otra parte, no se tenían entonces las consideraciones afectuosas que hoy se les prodiga.

Para hacerse perdonar sus calles estrechas, mal empedradas, mal alumbradas, mal barridas, París tenía entonces un atractivo de que hoy carece: los jardines.

La gente se lo figura hoy como un hacinamiento de viejas casas, privadas de luz, de aire salubre y de follaje. En realidad, las casas, viejas ó nuevas, sólo existían sobre las calles; tras ellas, en todo el espacio comprendido entre una calle y otra, vastas huertas les aseguraban sol, silencio y verdor, cosas de que carecían sus fuentes. Numerosas habitaciones se habían recortado con la división de los antiguos hoteles *y propiedades de las comunidades religiosas de los últimos siglos,— grandes patios y jardines particulares que, separados por tapias bajas, se prestaban mutuamente sus espesuras. Así pasaba en la ciudad entera, salvo la Cité y el centro, á inmediaciones del Hotel de Ville y los mercados. Basta echar una ojeada á los antiguos planos de la ciudad para ver que esos terrenos no edificados, ocupan bajo Luis XVI la mitad y bajo Luis Felipe la tercera parte de su superficie actual. En los barrios del Marais, del Arsenal, en los suburbios de Saint Antoine, Templa, Popincourt, en la Courtille, en la Chaussée d'Antin, los Porcherons, Roule, Saint Homoré, y sobre todo la orilla izquierda, privilegiada á este respecto, no había más que casas aisladas en medio de jardines, huertas, emparrados, gallineros, bosquecillos y grandes parques plantados de árboles seculares. Hoy se encarnizan en destruir lo poco que queda, y desde el punto de vista de la higiene y el solaz, es mucha lástima.*

Desde mi ventana—calle del Infierno, plaza de l'Estrapade, callejón de las Feuillatines—no veía en torno mío, hasta donde alcanzaba la vista, más que follaje en profusión. En la calle Neuve-Saint-

Etienne, desde la habitación de Bernardin de Saint-Pierre, veía, más allá de las grandes alamedas de árboles recortados, las torres de Notre-Dame, y podía decir como el buen Rollin en el dístico grabado sobre su puerta á pocos pasos de allí: Ruris et urbis incola *(habitante de la ciudad y del campo). A través de esos jardines, de esas calles silenciosas, tan propicias para el trabajo, perfumadas por las lilas, florecidas por los castaños blancos y rosados, se han abierto las grandes calles nuevas: los bulevares Saint Germain y Saint Michel, las calles de Rennes, Gay-Lussac, la calle Monge, que ha arrasado el pabellón campestre en que murió Pascal, y la calle Claude Bernard, que suprimió las Feuillantines, donde Victor Hugo, niño, cazaba mariposas.*

El goce que procuraban aquellos jardinillos agregados á la mayoría de las casas, era vivamente apreciados por el pequeño burgués parisiense, que ha sido siempre muy casero. El siglo pasado reíanse de ello en el conocido opúsculo: Viaje de París á Saint-Cloud por tierra y por mar.

Su curiosidad respecto de los paises lejanos, no era aún solicitada, como ahora, por las narraciones de viaje, los grabados, las fotografías, los carteles de colores, y cualquier excursión resultaba muy costosa. Los ferrocarriles no las habían puesto aún al alcance de todos los bolsillos, con la rebaja de sus precios y los trenes circulares baratos. Un simple obrero va hoy más facilmente á Biarritz, á Suiza ó á Monte Carlo, que un rentista de Marais en aquellos tiempos. Se salia tan poco de París durante los grandes calores del verano, que los teatros no tenían nunca mayores entradas, sobre todo los populares como el Ambigú, la Porte Saint-Martin, la Guité, el Circo, las Folies-Dramatiques, el Pettit-Lazarí, Madame Saqui, el teatro Histórico, etc., agrupados en el bulevar del Temple. La buena estación permitía á los espectadores más distantes acudir á pie á esa feria dramática, economizando á la ida y á la vuelta el costo de un coche, y hacer cola sin miedo del frio ni la lluvia; porque el buen público de aquel tiempo, que amaba el espectáculo por el espectáculo mismo, no hacía ascos á la larga estación entre dos barreras, hasta que se abriese la boletería, es decir, de 5 á 6 de la tarde. Era una de las condiciones, uno de los estimulantes de su placer, algo como el aperitivo del espectáculo.

Las mismas vacaciones no producían en París sensibles vacíos, salvo en la orilla izquierda. De Mayo á Octubre la mayoria de la clase media, pequeños comerciantes, funcionarios y rentistas empleados, dependientes, trabajadores de toda clase, se contentaban —como los héroes de Paul de Koch—con paseos al campo y almuerzos en el césped, en los alrededores todos de París: Vincenues, Montmorency, Saint-Claud, Romainville, etc. En París, los tenderos ponían la mesa al aire libre, en los patios, los jardines, ó, á falta de esto, en la misma calle. Al regresar de mis paseos del domingo, á la hora de comer, de 4 á cinco de la tarde, por todas partes veía, en las calles más fre-

cuentadas, familias puestas á la mesa frente á sus puertas, mientras que en la calzada niños y niñas jugaban al volante, á la gallina ciega, etc., etc. Me ha sucedido, al pasar, verme asido por alguna niñita de ojos vendados que, para reconocerme, me pasaba la mano por la cara, entre las carcajadas de todos los comilones! Y si en las largas veladas del verano, alguna partida de barras comenzaba en la gran alameda del Luxemburgo, no arrastraba á mis camaradas y á mí, á la calle Vaugirard, la plazuela Saint-Michel y la calle del Infierno... la buena gente que tomaba el fresco á la puerta no prestaba la menor atención á aquellas carreras de chicuelos en plena calle.

En fin, ¡aquello era la providencia!

———

He visto la plaza de la Concordia sin sus fuentes ni sus estatuas, salvo los cuatro caballos de Marly: los de Coysevox en la verja de las Tullerías, los de Couston á la entrada de los Campos Elíseos.

El obelisco acababa de erigirse en el centro de la plaza, donde su única razón de estar era la de sacar de apuros á la monarquía de Julio. Esta no sabía que poner para quedar bien con todas las opiniones. La vieja piedra indiferente á todos los partidos, simbolizaba perfectamente su concordia.

Para el que vió los campos Elíseos bajo Luis Felipe, ahora están desconocidos!

En cuanto á cafés, solo habia tres pabellones indignos de este nombre, despachos ambulantes, sobre caballetes, con botellas de limonada y horchata y vendedores de agua de coco agitando sus campanillas; por todo restaurant habia dos ínfimos fonderos, los vendedores de pastelillos de Nanterre, de pan de especias, de gaufres *y los barquilleros con sus matracas; como concierto los rascadores de violín, de guitarra y de arpa, los cantores populares y el hombre-orquesta; como espectáculos y diversiones antes de la apertura del jardín Mabille, el circo de verano de Franconi, el panorama del coronel Langlois, las hamacas, las calesitas, el tiro de ballesta, el trompo holandés y el juego de Siam; como alumbrado algunos picos de gas, las velas de los vendedores, y los farolillos rojos de las naranjeros. Y ni un césped, ni un grupo de arbustos, ni un arriate de flores! Nada, absolutamente nada, de lo que hoy constituye el encanto de ese exquisito paseo.*

¡París acababa en el rona-point!

Más allá sólo había una especie de arrabal con algún hermoso hotel del siglo anterior de cuando en cuando: un gran jardín, terrenos en venta, baldíos, casas de renta bastante feas, grandes depósitos de muebles, cocheras, pistas y fábricas de coches!... Sobre todo, fábricas de coches. A la entrada de la calle de Chaillot, la avenida estaba orlada á la izquierda por un gran talud cubierto de césped. En él he visto, durante la buena estación, gente que comia con la ingenua satisfacción de los ciudadanos que respiran el aire fresco de los campos.

A inmediaciones del Arco de triunfo, la avenida cada vez más desierta y mal habitada, y cuando se transponía la barrera de la es-

trella, ya se andaba fuera de la cindad. Allí donde se han trazado las hermosas avenidas del Bosque y Victor Hugo, no se veian más que terrenos baldíos, plantíos de hortalizas, canteras y casuchos amenazadores. En cuanto al bosque de Bolonia era tan feo de dia y tan peligroso de noche, que valía más no hablar de él.
de coches. A la entrada de la calle de Chaillot, la avenida estaba orlada á la izquierda por un gran talud cubierto de césped. En él he visto, durante la buena estación, gente que comía con la ingenua satisfacción de los ciudadanos que respiran el aire fresco de los campos.

A inmediaciones del Arco de triunfo, la avenida cada vez más desierta y mal habitada, y cuando se trasponía la barrera de la estrella, ya se andaba fuera de la ciudad. Allí donde se han trazado las hermosas avenidas del Bosque y Víctor Hugo, no se veían más que terrenos baldíos, plantíos de hortalizas, canteras y casuchos amenazadores. En cuanto al bosque de Bolonia era tan feo de día y tan peligroso de noche, que valía más no hablar de él.

A la derecha de la avenida, el Roule era más civilizado, pero más allá, hacia Mousseaux, ya no sucedia lo mismo. Una tarde tuve la curiosidad de ver la casa que Balzac acababa de hacer edificar en la calle que lleva su nombre... Después me interné al azar en el barrio de Ternes, que me era desconocido. Sobrevino la noche, y no tardé en extraviarme. Seguí sobre mi izquierda una maldita tapia que no acababa nunca y á la luz de los reverberos sólo veía á mi derecha, caballerizas, aserraderos, establos, que exhalaban olores de gallinero y de estiercol, y tabernas de cortinas rojas que me hacían recordar que en aquellos mismos parajes, á la misma hora, un profesor amigo mio fué asido de la garganta por un fornido mocetón, que le gritaba:

—¡Tu dinero, canalla!

Mi amigo ib afumando un cigarro. Astuto como el sabio Ulise, fingió que se sacrificaba, metiendo la mano izquierda en el bolsillo del chaleco, mientras que con la derecha se quitó el cigarro de la boca, hizo caer la ceniza y lo metió en el ojo del bribón, que lo soltó vociferando lo mismo que Polifemo. Este recuerdo me preocupaba, y después de atravesar una miserable aldea en que sólo el declive del terreno me guiaba hacia París, pude respirar por fin en las cercanías de la Periferie, jurando que no me volverían á ver en semejantes andurriales.

¡Y hoy vivo en ellos!

Aquel desierto es ahora el barrio Monceaux, la avenida Hoche, la avenida de Mesina, los bulevares de Courcelles, Maleshervas, Hausemann; lo que antiguamente se llamaba «La Polonia», y donde el general Lagrange me decia que había cazado perdices en su juventud.

Y la conclusión de esta charla—porque hay que terminar alguna vez,—es que echo de menos el antiguo París, pero me gusta muchísimo el nuevo.

Victorien Sardou.

DE AGRICULTURA

LA CONQUISTA DE LA NATURALEZA

La papa uruguaya y su rendimiento fabuloso

Entre los profesionales de la agricultura, lo mismo que entre los simples aficionados, no se habla hace algún tiempo más que del descubrimiento de una nueva papa, que ya se ha bautizado como «papa del Uruguay», y que posee realmente cualidades extraordinarias.

En primer lugar, en efecto, y si hemos de creer á las comunicaciones sensacionales hechas con documentos justificativos, tanto á la Sociedad Nacional de Agricultura de Francia como á la Academia de ciencias, la nueva papa se caracteriza por sus rendimientos fabulosos, susceptibles de llegar en terrenos húmedos especialmente—los que parecen ser sus predilectos—á 80, 90 y hasta 100.000 kilos por hectáreas, y eso bajo la forma de tubérculos enormes hasta de 1.500 y 1.600 gramos.

Estos tubérculos monstruos, después de haber presentado las formas más extrañas y extravagantes, recordando el aspecto atormentado de las raíces de mandrúgora, parecen tender á detenerse definitivamente en el dibujo más regular, ovoida ó semiesférica, que afectan en general las papas comunes.

En cuanto á la vegetación, es exuberante: sus tallos, en efecto, no miden menos de tres ó cuatro metros de largo; de modo que sofocan literamente bajo la pesada sombra de su maraño, todas las plantas que tienen la audacia de crecer en su vecindad.

Enterrados después de arrancarlos, estos tallos gigantes forman inmediatamente nuevos tubérculos de modo que la planta se reproduce automáticamente, por decirlo así, é indefinidamente, dando una producción cuasi no interrumpida, sin que se requieran rondas reiteradas ni escardaduras, ni siembras repetidas.

¿Hay que agregar que su sabor es exquisito, que su tenor en fécula es, término medio, de 17 % y que, además parece refractaria á todas las enfermedades criptogámicas que diezman en competencia á sus semejantes?

*
* *

Me parece que esto basta para justificar la emoción que la papa violeta—había olvidado mencionar su color—causó al aparecer, y

nadie se sorprenderá ya de que hombres de la importancia de los Sres. Vials, Schribaux, Gastón Bonnier, André, Grandeau, Heckel, Vilmorin, etcétera, todos los que se tienen en cuenta, en una palabra, en asuntos de botánica ó de agronomía, se hayan preocupado tanto al saberlo.

Hay, sin embargo, algo más curioso que la fisiología de la papa del Uruguay. Su historia deriva, en efecto, por filiación directa y legítima, de una sucia papita silvestre conocida con el nombre de *solanum commersonii*, y originaria de la América del Sur, donde nace espontáneamente en las marismas.

Un propietario del departamento de Vienne recibió no sé de dónde algunas muestras de ese mal *solanum*, amargo como el acibar, y útil, cuando mucho, para forraje; pero se le ocurrió por pura curiosidad plantarlo en un rincón, á ver lo que daba en tierra del Poitou.

¡Cuál no fué su sorpresa al ver salir sucesivamente tres variedades inesperadas de la planta primitiva una variedad amarilla y una variedad rosada, mal fijada todavía, y de las que, por consiguiente, no hay que hablar por ahora, y la variedad violeta, que es precisamente la que tantos honores está recibiendo!

No se habían necesitado más de tres años para realizar una metamórfosis tal que los más avisados se están preguntando todavía si se trata realmente de una simple variedad nueva de papas ó si no se hallarían en presencia de un vegetal inédito.

Ya sabíamos, sin duda, que las plantas, lo mismo que todos los seres vivientes, por otra parte, tienen natural tendencia á variar, bajo la influencia de una multitud de circunstancias diversas, externas ó internas. Sabíamos, también, que como el hombre tiene una acción modificadora sobre sus diversas circunstancias, las variaciones no pueden ser artificial y sistemáticamente provocadas

El hecho es, por ejemplo, que la mayoría de nuestras plantas cultivadas, alimenticias, textiles, ornamentales, etc., derivan de plantas silvestres. Pero quizá nadie se hubiera atrevido á prever que un simple cambio de clima y de terruño, completamente con un cultivo que nada tiene de brujería, pudiera determinar en poco tiempo una transformación tan radical y ventajosa.

Esta variación «explosiva» en cierto modo y que justifica las teorías del célebre botánico holandés de Vries sobre lo que llama el progreso «espasmódico», nos lleva lejos de la evolución lenta á que Darwin nos había acostumbrado.

¡Quién sabe, después de todo, si no se producen á cada instante y en todas partes cambios del mismo género, que solo se nos escapa porque otros cuidados absorben nuestra atención! Hay que confesar, en efecto, que si el caso del «solanum commersonii» no se hubiera presentado casualmente á un observador avisado, sagaz, paciente sobre todo, habría muchas probabilidades de que hubiese pasado inadvertido.

Por lo tanto es permitido preguntarse si no llegará día en que el genio de la ciencia pueda manejar de antemano y á su capricho la materia vegetal, transfigurar el mundo de las plantas y crear en él, como si dijéramos de pies á cabeza, variedades ó especies nuevas para determinadas necesidades.

*
* *

Soy de los que creen que para la generalización de estos prodigios no se necesitan nuevas revelaciones ni medios extraordinarios. Nuestros conocimientos y nuestros recursos actuales bastan ya para la tarea y los progresos del porvenir: servirán únicamente para hacerla más fácil, menos onerosa y más remuneradora. El problema consiste, en efecto, en estudiar y experimentar todas las causas susceptibles de provocar ó de favorecer las variaciones naturales, en agrupar sistemáticamente todas las influencias modificadoras, la luz, el calor, la electricidad, la higrometría, la composición del suelo, la hibridación, el injerto, la selección de las semillas, los fermentos, etc., para realizar con su colaboración disciplinada, en un sentido preconcebido, el *máximum* y el *óptimum* de las condiciones y tales. No se necesita más para permitirnos «fabricar» en nuestros jardines, nuestros campos y nuestras charcas, azúcar, almidón, aceite, alcohol, celulosa, etc., como se fabrica azúcar ó ácido sulfúrico, y transformar nuestras explotaciones agrícolas en otras tantas manufacturas al aire libre, en que cada talle, por decirlo así, represente una bobina ó un telar, y donde todo estará previsto, todo se hará por peso y por medida. Lo que arribará, gracias á la multiplicación de los panes, á la institución definitiva de la vida regalada barata, y á la desaparición de las discordias sociales.

¡No os apresureis por favor, á denunciar la paradoja ó á gritar utopía! Ya existen precedentes que legitimará este respecto las más ambiciosas esperanzas, y si el advenimiento de la papa del Uruguay es el más sensacional de los ejemplos actuales, está muy lejos de ser el único.

¿No se ha aprendido ya á mejorar la cosecha futura de la remolacha en cantidad ó calidad, hasta el punto de que se puede determinar por adelantado, casi seguramente, el rendimiento por hectárea, el peso y el tenor de azúcar?

¿No se ha conseguido crear, gracias á la elección del terreno y de las semillas, y al empleo racional de los abanos químicos y del arado, nuevas especies de trigo, que no sólo se caracterizan por la abundancia de las espigas y la riqueza en gluten del grano, sino también por su resistencia al derrame, es decir, por cualidades que hasta hace poco parecían inconciliables?

¿No están nuestros horticultores en situación de fabricar,—repito la palabaa porque es la más verdadera y la más exacta, - de fabricar, digo, orquídeas ó rosas, dalias tulipanes ó crisantemos para todos los gustos, y variar hasta lo infinito su color, su forma

y su dibujo? ¿Por qué no habrían de hacerse con ellas plantas comestibles, como en el Japón, donde desde tiempo inmemorial se comen en ensalada varias clases de crisantemos?

El Sr. Gastón Bonniers ¿no ratificó hace poco la comunicación en que M. Marin Molliará hacia saber á la Academia de Ciencias qué podía obligar á los rábanos, cultivándolos sobre una solución de glucosa, á dar fécula en lugar de azúcar, y que podía, por consiguiente, hacer pasar una crusífera á las filas de las solanáceas, y metamorfosear un *hors d'oeuvre* en plato de resistencia?

Los dos célebres agrónomos norteamericanas, Cyril Hopkins y A. D. Shams, cuyos nombres van por allá en camino de hacerse tan populares como el de Edison, ¿no han logrado gobernar sistemáticamente el cultivo del maiz, hasta el punto de poder regular á voluntad su composición química, á forzar, según el resultado perseguido, su tenor en azúcar, en proteína ó en cuerpos grasos, á alargar ó acortar ora la espiga, ora las hojas, etc., tanto que se valúa en 450.000.000 de dólares el mayor valor anual que en el conjunto del territorio de Estados Unidos daría la universalización de sus métodos?

Es inútil, sin duda, continuar una enumeración qne amenazaría ocupar varias columnas.

*
* *

Casi da vértigo cuando uno se pone á pensar en las maravillas que indudablemente se hubieran realizado, en las inmensae consecuencias de toda especie económicas sociales, políticas, hasta intelectuales y morales—que se habrían producido para el género humano, en las quimeras realizadas, en los sueños convertidos en hechos, si sólo la mitad del trabajo y los capitales invertidos desde hace cien años por cuenta de la industria manufacturera se hubiesen empleado en producir el progreso agrícola, y si la ciencia, sin desdeñar por tan poco los beneficios inmediatos, se hubiese aplicado á disciplinar la fuerza vegetativa.

No habremos perdido nada, es verdad, esperando á que la breva estuviese madura. Tengo la convicción de que se acerca la hora en que la industrialización científica de la agricultura será la suprema preocupación de los pueblos civilizados y en que se creará en todas partes, con ese exclusivo objeto, y tanto cuanto se necesite instituciones nacionales y verdaderos servicios públicos.

Y no habrá ni siquiera que preocuparse de los gastos, pues ningún gasto puede resultar más productivo que éste.

DE LA HISTORIA DE CANARIAS

Documentos inéditos

(De la Biblioteca de D. Agustín Millares)

Diario del Bachiller D. Isidoro Romero Ceballos

CONTINUACIÓN

ISLA DE FUERTEVENTURA.

La isla de Fuerteventura segun la relacion de que se estrae la descripcion del Puerto de Jarajalejo que ya queda estendida se corre de Nordeste á Sudoeste. Por la parte de el S. es su longitud de 36 leguas y por la del norte de 26. Sus costas por lo gral. son ásperas, quebradas y estériles. Su centro á lo largo es llano, apasible, compuesto de agradables valles y colinas y de un terreno fecundo y de mucho migajon. La calidad de la tierra es ligera, algo colorada y mesclada de muchos guijarros y cantos de piedra de cal. Los más de sus barrancos están á el nivel del mar y por esta causa son llanos, limpios y sin aquella porcion de gruesas piedras que se notan en los demás de las islas. Las piedras que se ven en ellos son como fragmentos de piedras despedazadas y depende sin duda del defecto que tienen mucha parte de las de estos territorios de cuartearse á el menor golpe despues que han esperimentado los rigores del sol y de los demás elementos. La isla tiene bastante leña aunque no de mucha fuerza y no les falta agua à sus naturales para proveherse y socorrer sus ganados, no obstante que ocurran años secos pues tienen la fortuna de encontrar agua en abundancia y casi á la superficie de la tierra en cualesquiera barranco que quieran abrir un pozo. Esta por lo regular es salobre pero no se vé que su uso perjudique en manera alguna á la salud. Dos ó tres remanientes tiene de agua muy dulce y delgada p.° si se ha de beber continua costará muy caro este gusto porque es muy distante su nacimiento.

El terreno de Fuerteventura es tan crazo y húmedo que para criarse arboledas muy frondosas no se necesita más que plantarlos sin hacerles falta el riego del pié. Lo mismo sucede con las viñas y si hay tampoco de estas huertas es porque los naturales no se aplican á el cultivo de ellas impresionados que les tiene mas cuenta la cria de sus ganados y de sus sementeras pero á pesar de sus reflecciones hay ya muchos que se han dedicado sin faltar á lo uno ó adelantar lo otro.

TEMPERAMENTO.

El temperamento de esta dha. isla es muy sano y cualesquiera que se prive del uso de comidas cálidas y de licores fuertes puede tener la esperanza de gozar una salud muy robusta.

La atmófera de esta isla en el rigor del verano, especialmente cuando corren vientos del Este se manifiesta turbada y caliginosa de suerte que á muy corta distancia se desaparecen las montañas de la vista la cual se lastima sensiblemente con la reververación que hace el sol en aquellas caleras; es muy rara la ocasión en aquella estación que se turba con nuves y suele suceder que á el mismo tiempo que esperimenta una sofocante calma en los valles, hay un viento en lo alto de los lomos impetuoso y molesto. Nada hay más engañoso que el acero á los dhos. cerros; su fisonomía es tan engañosa que el que se discurrió subir en un cuarto de hora á su corona, tarda otro tanto mas tiempo en esta diligencia.

CARACTER DE LOS HABITANTES.

Los habitantes de Fuerteventura son por lo gral de ingenio y penetración muy viva, aunque por la falta de cultivo es su pronunciación y discursos groseros y materiales; su color es regularmente trigüeño, mas hay de altos que de bajos, son enjutos y de complexión fogosa según demuestra su fisonomía y sus movimientos; son buenos soldados y prueban en la tropa viva, no dan la correspondiente estimación á sus frutos sino cuando se ven amenazados de alguna necesidad, para socorrerla rebajan muy bien pero luego que se vuelven á ver con abundancia nada hay mas distantes de ellos que la memoria de sus contratiempos.

La isla tiene dos beneficios en la villa Capital y el uno es vicario y tres curatos, el de Pájara, Oliva y Vega de Tetir. Se gobierna en lo civil por un Alcalde mayor con jurisdicción ordinaria que elige el pueblo todos los años. Este debe residir en la Villa y allí están todos los ministros de justicia. En cada lugar se elige todos los años un Síndico Personero gral. y á todos los lugares sus diputados de abastos. La isla no tiene más que un regimiento de milicias provinciales y su coronel es el que gobierna las armas. El pral. comercio que hace Fuerteventura es con el trigo, cebada y ganado cabrío y vacuno que cria en abundancia y tambièn con el algodón aunque no en tanta porción. En fin esta isla en los años de muchas lluvias es otro éxito en la fertilidad; solo en las especies de trigo y cebada dió este año de diermo 26.000 fanegas. Concluiré la descripción de esta isla con la de todos sus prales. puertos en los mismos términos que está en el manuscrito que cito arriba para tratar sobre el de Tarajalejo.

PUERTO DE CALETA EN FUSTES.

De la punta dha. de Jandia (que dista de la Isleta de Canaria 18 leguas) á el puerto de Tarajalejo hay 13 á 14 y de este á Caleta de Fustes habrá 10 pero son trabajosas de andar para llegar á este

puerto porque en esta costa se halla una punta ó cabo que llaman la Bella Entallada la cual se adelanta ó avanza de la demás tierra un poco hácia el Sudeste. Es muy ventozo porque regularmente están los vientos por la cabeza y casi siempre á el descubrir dha. punta las embarcaciones tienen que amainar velas y no pueden baloventar los que los reduce á arribar á los puertos que quedan á Sotavento, como son las Playas, Gran Tarahal y Ginijinamar, y naufragan las embarcaciones comunmente á el recalar las embarcaciones enemigas de Berberia sin poderlas favorecer la gente de tierra por la mucha distancia que hay del mar á las poblaciones. El puerto de Caleta de Fustes es de barra y cuando están las embarcaciones dentro tienen un corto sitio donde fondear para cargar que llaman el Pozo. Su traviesa es el Sudeste la cual cuando venta estando la mar vacia es fondear muy preciso para que puedan entrar sin riego en él todas las embarcaciones que puedan cargar más de 700 fanegas de pan y lo mismo sucede cuando entra por dha. barra mar de el E. á quien también está sujeto dho. puerto. Todo lo cual es un perjuicio de dhas. embarciones y su carga porque aunque su fondo es de arena blanca se halla muy lleno de piedras que allí han arrojado de lastre las embarcaciones de comercio. Venteando la traviesa no pueden las embarcaciones que están en dho. pozo conque el remedio es de ir á el Estero. Hállase dho. Estero muy ciego de arena blanca y piedra de suerte que para limpiarlo y ponerlo en forma es preciso gastar una suma muy grande de ducados y con todo no obstante no se lograria el fin pues el flujo y reflujo y los vientos lo volverian á cegar votando la arena que se secase á el mar.

La barra de dho. puerto en mar lleno se puede pasar sin riesgo por una embarcación de 100 toneladas y fuera de ella es trabajoso el limpio para dar fondo por los muchos ratones que averian las amarras á cuyo daño contribuye no poco el mucho varreadero de viento que no se diferencia del mar de el Norte en el mucho viento y gruesa mar.

El agua mas cerca que tiene este puerto está en el Amuley distante como legua y cuarto; es muy salobre y pesada; la mejor es la de Pozo negro que distará 2 grandes leguas.

Las poblaciones más cercanas que hay á dho. puerto para socorrerse en alguna invasión de enemigos son Triquivijaque, la Antigua, Casillas de Morales y Valles de Ortega, distarán como 4 leguas mas ó menos. Estos dhos. puertos están por la parte de S.

Una obra notable

El Gran Diccionario de la Lengua Castellana por Don Aniceto Pagés

Aniceto Pagès

No somos de los que creen que el *summum* del bien hablar es hablar como los autores del siglo XVI. Evidente es que, á medida que evoluciona el pensamiento, evoluciona el lenguaje. La estructura del período, la disposición y corte de las cláusulas, la rapidez ó lentitud de la frase, varían á compás del tiempo tanto y más que las palabras, con haber sido comparadas, con exactitud, con la caída y renovación de las hojas de los árboles.

Además, las palabras son elásticas, y ya restringen su significado, ya lo amplían ó ya lo modifican por completo, según el lugar que ocupan en la oración, ó conforme á la intención poética, irónica, encomiástica, etc., del escritor. La palabra cadalso, que significa, en rigor, tablado que se levanta para un acto solemne, hoy tiene la significación restringida de tablado destinado á las ejecuciones de pena de muerte. Cuadra, sala espaciosa, en nuestros clásicos, hoy se aplica sólo á la caballeriza...

Por otra parte, las causas de corrupción de los vocablos son muchas, y acontece á menudo que empleamos voces en un sentido que realmente no tienen, ó nos valemos de otras que son ociosas, por existir equivalentes más expresivos y exactos que los que por ignorancia ó costumbre utilizamos.

Para que podamos corregir estos defectos, aclarar nuestras dudas y aquilatar en cada caso el valor de cada palabra, la elegancia de cada giro y hasta la fuerza elíptica de cada frase, nada mejor que un Diccionario autorizado con ejemplos, como el que ordenó D. Aniceto Pagés, y actualmente está en curso de publicación, con mucho provecho para todas las personas cultas, y de imprescindible uso para los escritores.

De la importancia y utilidad de este Diccionario dan elocuente testimonio el Padre Mir, que le llama cuerpo lleno de vida y claridad; Echegaray, que, para ponderarlo, dice que ve la obra del Sr. Pagés con espanto; Menéndez Pelayo, que lo considera como empresa utilísima y desempeñada con inteligencia y buen gusto; Sbarbi, que le llama asombroso edificio; Pereda, obra monumental y patriótica; Blasco, Diccionario superior á todos los conocidos; Valera lo aplaude, Pí y Margall lo ensalza, Picón lo elogia y Eduardo Benot escribe que «el gran Diccionario de Pagés satisface una gran necesidad moderna, sentida por todos cuantos se sirven de la noble lengua castellana.»

Después de estas autorizadas opiniones, ocioso sería añadir ningún elogio por nuestra cuenta. Solo nos limitamos á recomendar obra de tanta importancia y utilidad á los lectores de EL MUSEO CANARIO.

REVISTA DE REVISTAS

La extensión universitaria

DE LA REVISTA *Nuestro Tiempo*

El ilustre pedagogo español D. Rafael Altamira, sobre este interesante asunto publica un notable artículo en el último número de la revista Nuestro Tiempo. *Ocupándose de la Extensión universitaria en Inglaterra dice lo siguiente:*

Suele decirse que la Extensión universitaria es una obra post-escolar. La calificación no es enteramente exacta, si con ella se entiende que el público de la Extensión ha de estar compuesto, siempre, de personas que por lo menos han recibido la enseñanza primaria elemental. La primitiva fundación de Tonybee-Hall no se detuvo ante este requisito, antes bien buscó á los necesitados de cultura entre los más desprovistos de ella, entre esos habitantes de los «barrios bajos» londinenses que ni aun saben leer. Es, por otra parte, notorio que el analfabetismo no representa una dificultad insuperable para la instrucción y la educación; y que, si ha de procurarse siempre que el culto posea esos *instrumentos de trabajo* que representan la lectura y la escritura, para que su cooperación sea más activa y personal, cabe enseñar muchas cosas, y con seguro fruto, á los que no los poseen. La Extensión universitaria inglesa es buen ejemplo de lo que digo: algo de numerosos cursos cuya base es la lectura del *Syllabus* en que se resumen las lecciones, hay no pocas *conferencias* y charlas familiares que se dirigen á los que no pueden leer. En España, el caso es frecuente, con mayor razón que en Inglaterra.

Por otra parte, la calificación de post-escolar cuadra perfectamente á la Extensión, si con ella quiere decirse que sirve y es necesaria á los mismos que han pasado previamente por uno ó varios grados de la enseñanza, á los hombres y mujeres que poseen una cultura inicial mayor ó menor, y aún títulos académicos más ó menos especiales. Que así es, lo prueba la calidad de la mayoría del público que en Inglaterra y en Austria, v. gr., acude á los cursos. En España, sabido es que la *burguesía* nutre en buena parte el auditorio de la Extensión, y no hay para qué decir lo

mucho que necesita de ese refuerzo de cultura. Gran síntoma es que lo comprenda y que utilice lo que para este fin se le ofrece.

Pero conviene repetir una observación que es de puro buen sentido y que yo he hecho constar siempre que de esta materia he tratado, á saber: que siendo necesaria para todos —en paises atrasados, como el nuestro, mucho más que en otro alguno,—la Extensión es mayormente necesaria para los que menos cultura poseen, para los verdaderos *proletarios* de la inteligencia, valga la frase. Razones de todo género abonan esta observación, desde la que impone acudir con las mayores fuerzas donde el peligro es más grande, hasta la razón económica, que permite mejor el autodidactismo á la concurrencia á los establecimientos de enseñanza ordinaria, á los que poseen algunos medios de fortuna que á los reducidos á un jornal mínimo, apenas suficiente para las necesidades elementales. La conciencia clara de que éste es el público que más conviene atraer ha sido la causa creadora de los *settlements* ingleses, de las Universidades populares francesas, y se manifiesta en la preocupación constante que revelan, en todos los países, los organizadores de la Extensión en sus diferentes formas.

Ahora bien; en esto es en lo que se ha producido la crisis, ó lo que llaman crisis de la Extensión y de las Universidades populares, algunos autores. Veamos cuál es el alcance de este fenómeno.

En Inglaterra—y caso aparte de los *settlements* del tipo de Toynbee-Hall—la inmensa mayoría de los cursos de *University Extensión* ha sido, hasta hace poco, exclusivamente burgueses. La intención de los organizadores era muy otra, sin duda. Algunos de ellos declararon abiertamente que el propósito era, ante todo, difundir la instrucción superior entre los obreros. El propósito fracasó. Los obreros no acudían á las conferencias y cursos. El público de la Extensión componíase, como dice Friedel, de burgueses y burguesas más ó menos *snobs*, de maestros y maestras de instrucción primaria... de empleados y contables, hombres y mujeres, sobre todo mujeres convencidas de que instruyéndose mejorarían su posición». Con respecto á ese público, la Extensión llenaba el papel de la enseñanza primaria superior, de la secundaria y, con menos efectividad, de la universitaria, patrimonio exclusivo, hasta ahora, de las clases sociales ricas.

Con esa serenidad propia del caracter inglés, los organizadores de la Extensión no se desanimaron por la ausencia de los obreros. Estudiaron el por qué de ella y procuraron combatirla. En Agosto de 1903 consiguieron la primera victoria, dieron el primer paso la resolución de la crisis. Reunidos en la Universidad de Oxford varios representantes de las *Trade Unions*, de las cooperativas obreras y de la Extensión, echaron las bases de una Sociedad especial, cuyo fin es «difundir la instrucción superior entre las clases obreras». Presidía la reunión el obispo de Hereford. Discutido y aprobado el reglamento, la Sociedad habrá funcionado durante el

curso de 1903-1904; y aunque desconozco cuáles hayan sido los resultados de su acción, creo poder afirmar *a priori* que la *crisis* está salvada, á lo menos en lo fundamental. Lo fundamental para los ingleses es, en este caso, que los mismos obreros hayan tomado la iniciativa de la reforma. Uno de los organizadores de la Extensión universitaria de Oxford ha declarado que el fracaso relativo de ésta—por lo que se refiere á la masa de los trabajadores manuales depende de que «se comenzó de mala manera, porque en todo movimiento realmente democrático, la iniciativa debe venir del pueblo mismo». Esto no es, sin embargo, más que relativamente cierto, porque sólo es relativamente posible. En países donde, por la cultura general difusa que penetra aun en los que de propósito no la adquieren, las clases obreras tienen conciencia clara de su estado y de sus necesidades en el orden intelectual, y esa conciencia llega á producir la aspiración á remediar la falta, cabe esperar que ellas se adelanten á pedir lo que necesitan. Donde eso no ocurra, se impone la iniciativa de los hombres cultos, de los filántropos, que se decía en el siglo XVIII, y, como trabajo previo, el de despertar la dormida conciencia de los trabajadores manuales, para que se asocien de una manera viva á la obra que en favor suyo se pretende realizar. Claro es que si ese trabajo previo fracasa, toda la obra caerá por su base; porque en la Extensión universitaria, como en toda empresa educativa, el factor principal es el educando, es decir, la cooperación activa, intensa, ferviente del que recibe la enseñanza.

Pero una vez lograda esa cooperación; una vez despierta la iniciativa del obrero, ó manifestada espontáneamente, donde esto sea posible, el problema cambia de aspecto y reviste, á mi ver, pura y exclusivamente un caracter pedagógico, ó sea, consiste en saber ó no saber dar la enseñanza que el obrero necesita y en la forma en que la necesita. Eso es lo que habrán tenido que resolver los ingleses y lo que, ha sido la causa principal de la crisis de las Universidades populares francesas.

El novelista Gorki

De la revista *Renacimiento Latino*

Del primer número de esa nueva y hermosa revista que ha aparecido en Madrid copiamos el siguiente artículo de Felipe Trigo, el ilustre autor de «Las Ingenuas.»

En cada profesión debe conceptuarse como gran desgracia la del profesional que no sabe prescindir de los profesionales. Abogado

que defiende al reo procurando no enojar al fiscal y complacer al presidente. Médico que receta con la obsesión de serle grato al colega y de no disgustar al boticario. El arte del novelista es el arte de olvidarse de que existen novelistas, críticos... y aun lectores.

Tanto más arrogante en su infinita modestia, será ese olvido cuanto que logre ser absoluto; cuanto que llegue incluso hasta despreocuparse de si las propias visión y expresión irán ó no coincidiendo en parte con las de quienes quiera; si son propias, ellas dejarán lo bastante diferenciada la obra en esto ó en aquello para hacerla personal, á pesar de todas las posibles coincidencias.

¿Qué originalidad mayor?

Pero esta personalidad, esta originalidad, se le desconoce y confunde á Gorki precisamente con las analogías que la limitan afirmándola, encuadrándola. Es ya desconocérsela el afán de parangonarle de un modo sistemático con los que alguna vez, ó siempre, igual que él, compusieron sus cuadros los héroes del hampa: con Galdós, porque escribió *Misericordia,* con Blasco Ibáñez porque «hizo de carne, ensueño y lodo» al «Sangora«, con Pío Paroja, con Lopez Robert...; es aún desconocérselas á los citados novelistas españoles, porque saben hallar belleza en los guiñapos, y tratar de rebajar á Gorki de los novelistas rusos porque carezca de la «humorística finura de Gogol», de «la gracia concisa de Turgueneff», de «la rudeza trágica y alucinada de Dostoyousky» y de «la visión aquilina de Tolstoi.»

«Comparad con estas narraciones de la vida vagabunda, heladas por el viento de la desolación irremediable,—escribe el crítico francés, según un español cronista, - comparad con estas páginas de la aridez, la fantasía de las novelas picarescas españolas. También sacad á escena los bohemios del arroyo y del hambre; pero ¡qué de bellezas bajo tales guiñapos, que de risotadas y «que se me da á mí» cuando en el patio de la posada, una Maritornes instala al aventurero, sin ventura, ante un jarro de vino y un plato de arroz, y le hace contar su historia.»

¡Oh! ¿Es posible?

¿Es posible que el crítico francés, y el cronista español, puedan creer que con la *finura* de Gogol, y la *gracia* de Turgeneff, y la rudeza *trágica* de Dostoyousky, y la *visión aquilina* de Tolstoi, amasadas al *buen humor español picaresco* y aplicadas á Gorki, quedará ni la sombra de esa poderosa personalidad, que hoy está en las cárceles de Rusia por haber querido y logrado escribir sus libros sin humores picarescos, ni altas miradas de águila, ni trágicas exageraciones, ni gracias, ni finuras, á fin de llegar más pronto á la revolución del brazo con sus vagabundos? ¿Qué tiene la revolución ese *ideal artístico de este literato*, de bien humorada, ni de elegante, ni graciosa?

Gorki, sin su ruda simplicidad y su desolación tristísima, ha-

ciendo que un zapatero Orlor entre vaso y vaso de Vodka sacará de su tabaquera, como «el hambriento y altivo hidalgo castellano, unas migajas de pan, esparciéndoselas en las barbas para que creyese la gente que había comido», podría ser ó no un Cervantes, ó siquiera un Galdós, ó un Baroja, más no sería el Gorki, que siendo como es, y antes de revoluciones y de músicas, había podido extender la fama y el sombrío respecto de su nombre por el mundo.

Ahora, si es más vil ó más noble el arte cuando mira á la canalla buscando desolado sus tristezas debajo de sus trapos de colores, ó cuando simple é impiadosamente nos requiere divertir con los colores de sus trapos, eso, allá Gorki, allá nuestros clásicos picarescos y sus modernos continuadores que sienten igual la vida. Lo que importa por el momento, es dejar entendida, la maldita gana que tendría Gorki de anular á nuestros clásicos picarescos...

Va pasando el tiempo en que los golfos eran piruetéros patriotas delante de los batallones. Ayer, sin ir más lejos, ví debajo del puente á los hijos de unos pícaros. Unos niños de seis años, puercos y lindos como ángeles del estercolero, y que jugaban con una lata sin sardinas á *poner bombas*...

Viéndolos, comprendí la curiosidad por el Gorki lúgubre en Europa, ya que hay fatídicos ángeles iguales debajo de los puentes de París, de Berlín, de Londres... y comprendí que Gorki no habría sido más que el Blasco Ibaneski, ó el Barojesky ó el Pérez Galdoswit de su tierra si se hubiera contentado pintando con *la oreada* y *soleada despreocupación* de nuestros novelistas picarescos, y aun *con mezcla peregrina de tierno sentimiento y de crudo realismo*, los tipos regocijados y resobados á lo «Sangonera», á lo «Paradox», que aun quedarán en el hampa petersburguesa como en la madrileña y en la valenciana.

— —

Y es singular la contradicción. Sentimos el frío del aislamiento, y nos obstinamos en interesarle mentalmente al resto de Europa como *españoles*, igual que si la mentalidad tuviese Pirineos.

Por qué rompió los de su tiempo Cervantes, escribiendo *el libro que se burlaba de los demás*, pasó al mundo. Porque Echegaray ha sabido poner en sus dramas el fondo de cosmopolita del alma española, acaba de premiarlo, con Mistral, Suecia, los mismísimos Sudermann y Mæterlinck y D'Anunzzios, de fama abrumadora. No obstante lo cual, escribe también Navarro Ledesma, no menos entendido en *casticismo* (suena á perro) que D. Mariano de Cavia:

«*Mi pequeña túnica me basta*... Vivimos en literatura de imitaciones, y antes que la vida se nos complicase realmente, cual se ha complicado en otros países, hemos querido pintarla ya como tal. Tenemos muchos refinados que vienen ya de vuelta de Bourget y de Marcel Prevost, sin haber logrado en la caminata salir del ominoso yugo de la olla patronil. Verdaderos papanatas ó paletos de arte, se pasan la vida boquiabiertos ante el escaparate de

las modas parisienses, y no son capaces de advertir qne les roza y les codea la originalidad inagotable de la vida vulgar, ¿por qué vulgar?, de la vida española diaria, en donde tanto puede estudiar y tanto estudia el que es hombre para ello».

Y, naturalmente, entre estos hombres tenían que pasar Baroja y Azorín, no porque indudablemente y por su talento se lo merecen, sin portazgos, sino porque «Baroja es fiel, como una cinta de cinematógrafo que fuese perfecta y no dejara movimiento, mueca ni actitud sin registrar», y porque «Azorín es claro, terminante, apocalíptico, á la manera de una fotografía instantánea», siendo su razonar, además, «castizo, de la buena y rica veta antigua»; es decir, porque siendo uno y otro, según Navarro Ledesma, meras máquinas de retratar gentes y hechos, no llevan consigo el peligro de profundizar demasiado en psicologías y zarandajas morales que nos hubiesen de descubrir debajo de muchas capas y mantillas españolas á más de un monsieur ó madame perfectamente complicados, y dignos de un Prevost ó de un Bourget.

¿O qué? ¿Acaso porque sea yeclama, ó lo que sea, la gente que primorosamente se complace en contemplar un pequeño filósofo, y viva en Madrid con toda la picaresca gracia del orbe Paradox, no podrán ser madrileños ó sevillanos ó barceloneses, la *Mariana* y la *Teodora* de Echegaray; la Currita Albornoz de padre Coloma; las *Petras*, y las no recuerdo cuantas de Jacinto Benavente; las *Socorrito* y *Clotilde*, de los hermanos Quintero, la *Espina*, de la Pardo Bazán; la *Luz*, de Antonio de Hoyos, y aun todas las enamoradas de ese marqués de Bradomin, bien español, desde que es español, y bien viviente (por muchos años), y gentilmente complicado D. Ramón del Valle Inclán, que las ha hecho de su alma?

Italiano es D'Anunzzio, y hasto italianos son también los *Stelio* y los *Jorge Aurispa*, que él ha forjado para gloria de la Italia, con sólo mirarse á sí mismo, ó á un pequeño círculo selecto alrededor, por más que estén muy lejos de tener complicaciones *stelianas* ó *aurispinas*, las muchedumbres de buenas gentes que pasen también en Roma por delante de los *escaparates de París*...

¡Dale, complicarse la vida de parte alguna, mientras no le llegue el boulevar Montmartre!... Como si en España, por ejemplo, tuviésemos problema social en Jerez, y problema sensual en cada reja, y matrimonios de mujeres en Coruña, y hambres de pan y de dinero, en cada casa, y trenes y telégrafos, y luz eléctrica...., en vez de tener todavía pastores Crisóstomos poetas y algún gracioso Gil Blas, que cruza los caminos, y cuando más, cuando mas, alguna inocentísima doncella, sorprendida en el rosario por el apuesto seductor de espuelas largas, á quien conduce la bruja dueña de redondos anteojos.

Y, naturalmente, cuando hubiese algo de aquellas otras cosas, deberíamos esperar á que llegase á la Puerta del Sol el boulevar Montmartre, y por el bulevar, paseando. Prevost y Bourget; para

que ningún autor español les quitase su exclusiva, con riesgos idénticos de tonto Plagio, como el del mal aconsejado Gorki á nuestros consabidos picarescos.

Poesía y prosa

De *La República de las Letras*

En un artículo que con este título publica Luis Morote, en el semanario La República de las Letras *creemos de interés reproducir los párrafos siguientes:*

Ni un día, ni una hora, ni un minuto, ni un segundo, ha dejado de haber en España caballeros andantes, Don Quijotes capaces de hacer confesar al mundo la sin par hermosura de su Dulcinea. Ese mismo gran sabio que se llama Costa, al día siguiente de parecer que hacía profesión de fe práctica y experimental, abandonó sueños y delirios, encerrando con doble llave el sepulcro del Cid, se lanzó por el mundo de las aventuras pretendiendo el imposible físico y moral de dar vida á lo que nace muerto, infundir alma á los que no la tienen, convertir en elementos útiles, activos, desinteresados, á las *clases neutras*. Quedó el sin par é ingenioso hidalgo del Alto Aragón, molido á palos, rotos los huesos. ¡Oh, la gran turba de yangüeses que cayeron sobre él en forma de clases mercantiles, adineradas y neutras!

No; la frase célebre de la doble llave al sepulcro del Cid, no quiso significar nunca la muerte del espíritu de Don Quijote. Lo que representaba es el cambio de ideal, pero no la extinción del ideal. Cajal, Costa, cuantos trabajan, cuantos estudian, en una tierra tan ingrata como ésta, con ejemplos castizos del quijotismo español, parientes en línea recta, de varón á varón, del ingenioso hidalgo de la Mancha.

No hay que resucitar á Don Quijote, porque éste se halla vivo y muy vivo, muy sobre todo que resucitarle, si tal resurrección consiste en armar á España de todas armas para persistir en la causa de su perdición, la de haber sido este pueblo caballero de la fe en el mundo, fundando su unidad nacional sobre la base pétrea de su unidad religiosa.

Hemos vivido durante mucho tiempo orgullosos, envanecidos, enfermos de entusiasmo con la Monarquía universal que casi realizaron los primeros Austrias. Aún después de perdidos, de arrui-

nados, todavía no hay quien nos convenza de que ese sueño de grandezas es la causa de nuestra ruina y pérdida. Y es que generalmente se entiende por progreso el simple crecimiento, el aumento de una cosa. ¿Cuántas conquistas ha hecho una nación? nos preguntamos, y según ellas decimos que ha progresado ó no. El imperio romano no fué un progreso sobre la República. Francia no progresó con Napoleón, sino con la República francesa. Los Estados Unidos no han progresado por efecto de la guerra última, que su progreso, fuerza y riqueza, lo debían á cien años de paz y de trabajos. Algunas veces puede ser la conquista ocasión de progreso, las más de las veces no. Y no son casi nunca causa de progreso, porque llevan en sí mismas las conquistas la ruina del pueblo que las hace. Crece desmesuradamente, no tiene con qué mantener á los que conquista, no sabe administrar lo que ha ganado y es señal de decadencia aquello que se creyó de infalible adelanto. Ni más ni menos que acontecer suele con el individuo que llega á ser rico improvisadamente, por herencia ó lotería; de cien casos en noventa y nueve, pierde á los pocos años lo que le cayó del cielo, más lo que ya tenía como fruto de su trabajo.

El progreso de los pueblos no consiste en éso. Consiste en producir una cantidad creciente de materias, de artículos, cada vez más variados, para satisfacer las necesidades del hombre, en acrecer la seguridad de las personas, en extender nuestra libertad de acción, en aumentar la justicia y la moral y en todos los cambios de estructura en el organismo social, que conducen á estas consecuencias.

España se hizo tan grande que el sol no se ponía en sus Estados. ¿Había progresado realmente? No. Llegó á no producir nada ó casi nada, porque se empleaba en guerrear en todo el mundo y en recibir el oro que le venía á raudales de América y con semejante facilidad de enriquecerse, aborreció el trabajo, fuente única de vida y prosperidad. Llegó á no tomar noción de lo que valía la seguridad de las personas y de sus propiedades, conquistando la bolsa por el acero y poniendo la hoja de la espada al servicio de quien mejor la pagaba. Los famosos tiempos de «capa y espada» fueron en cuanto á moral y justicia un borrón de la historia. Y á los súbditos del buen Felipe IV ó del avisado Carlos II les sobraba la libertad para todo, excepto para salir de su degradación y envilecimiento.

LIBROS

Otoñales, poesías de Arturo Reyes

Dos libros de interés, de los que se leen con gusto y se recuerdan luego con regocijo, han quedado olvidados entre el fárrago de publicaciones que á diario deja el correo en la redacción; y aunque á deshora, y hablando de ellos con ventaja, porque el éxito de la librería justificó de antemano el elogio, no es justo negarles el merecido homenaje, por ser como son los libros, y por ser sus autores dos distinguidísimos literatos, novelista bien reputado el uno, cuentista el otro de exquisito gusto y verdadera originalidad.

El primero de estos libros es el tomo de poesías que Arturo Reyes, el notable novelista malagueño, publicó hace poco con el título de *Otoñales.* Bien juzgado ya por la Prensa y por el público, puede hablarse de él sin peligro, estremando el elogio cuanto se quiera; el nuestro, sin embargo, no puede ser incondicional.

Es más conocido Arturo Reyes entre nuestros modernos escritores como novelista y como cuentista. *Cartuchería, El lagar de la Viñuela, La goletera, Del Bulto á la Coracha,* diéronla merecida reputación. Su estilo personal, vigoroso y pintoresco, poético y enérgico á la par, le hicieron destacarse como figura literaria regional de gran relieve. Nadie, como él, daba vida al carácter andaluz, ni copiaba mejor su pintoresco lenguaje, lleno de imágenes y de giros poéticos, ni hacia sentir más poderosamente las pasiones de aquella gente sana y sencilla de la tierra de Málaga.

Se conoce en Arturo Reyes antes al poeta que al novelista, y el poeta deja en el ánimo, con sus vigorosos cantos del libro *Desde el surco,* impresión más honda que el novelista de pura vena andaluza. Era su musa noble y valiente; musa de pelea, que cantaba amarguras del trabajo y penas de la lucha en el terruño, alentando á la redención y al progreso.

Sus poesías vibrantes y llenas de sentimiento, vigorosas y ardientes, revelaban un alma de poeta admirablemente templada. Pues, de aquellas poesías del libro *Desde el surco,* á estas otras de *Otoñales,* se advierte gran diferencia. Lo que ha ganado el poeta en corrección y delicadeza, lo ha perdido en vigor y entusiasmo.

La musa que en este libro inspira á Arturo Reyes es tierna y melancólica, triste y desmayada á veces; es musa de otoño, amargada de la vida, un tanto escéptica, y aquella otra que cantaba la lucha en el terruño, era musa de primavera, desordenada é incorrecta, pero llena de fuego.

Nada, sin embargo, puede reprocharse á estas nuevas poesías

de Arturo Reyes. Inspirado siempre, lleno de ternura, versificando con tanta galanura como sencillez, el poeta de *Otoñales* deleita y conmueve al mismo tiempo. El lector se identifica con el poeta, y en *La trilla, La vendimia, Siempre igual, Hetaira, El corazón y la cabeza, Mírala, Realidades, La fuente y el caminante* y otras, como él siente y piensa.

Este es el mejor elogio que el poeta puede hacerse, aunque acaso será más expresivo el de la liquidación del librero, que agotó los ejemplares de *Otoñales*.

*
* *

Ave, Fémina, DE MIGUEL SAWA

El segundo de los libros, injustamente olvidados, es una colección de primorosas impresiones, que el notable literato y periodista Miguel Sawa reunió en un tomo, bajo el original señuelo *Ave, Fémina,* título que indica que á la mujer van dedicadas las breves composiciones, de las cuales fué la mujer inspiradora única. Y así es, en efecto.

Miguel Sawa es un artista exquisito y original, que busca siempre sus inspiraciones en el amor y en la mujer. Impresionista nervioso y acertadísimo, observador perspicaz y feliz, lleva á sus cuentos y artículos un rasgo de vida, que vibra poderosamente en la breve impresión de su crónica. En dos páginas esboza un drama; en cuatro líneas refleja un carácter. Y en su breve impresión cautiva é interesa siempre, no sólo por su arte, sino por la brevedad de la composición. Gusta siempre el autor de *Ave, Fémina* de la pincelada rápida, y huye de las descripciones largas y enojosas como de las malas tentaciones.

En estos delicados cuentos de su último libro lo demuestra perfectamente. El qué más, no alcanzó extensión superior á cuatro páginas del libro. Y no necesita más el artista para lograr el éxito, interesando al lector con los bien observados cuadros amorosos, ya tiernos ó irónicos, festivos ó delicados. Algunos de sus cuentos pudieran ser firmados por el poeta Catulo Mendés; Armando Silvestre no desdeñaría otros.

Sawa es también un verdadero estilista, que refleja en su estilo toda su personalidad. Culto y espiritual, cuidadoso de la forma, pulcro en la expresión, cuando habla ó cuando escribe, Miguel Sawa es un temperamento delicado, eterno perseguidor de la belleza, que ha hecho de la pulcritud un verdadero culto.

*
* *

Las tragedias de los celos; SERIE DE CUATRO NOVELAS, POR CAROLINA INVERNIZIO.—EDICIÓN MAUCCI.

Pocos autores modernos tienen el don de interesar tan profundamente á sus lectores como la novelista italiana Carolina

Invernizio, que la casa editorial Maucci ha dado á conocer en España, comprando la propiedad de sus obras y haciéndolas traducir al español.

Ahora acaba de poner á la venta una nueva serie de cuatro tomos, que lleva el título general de *Las tragedias de los celos*, que comprenden: *Dora ó la hija del asesino*, *Los mártires del amor*, *El cofre misterioso* y *El castigo de un malvado*.

Bien escritas, mejor pensadas, y de un argumento que hace que los lectores no puedan dejarlas de la mano, son las novelas de Carolina Invernizio, y se comprende que así sea, porque están escritas en plena madurez de producción, cuando la imaginación y la inteligencia de la señora Invernizio han alcanzado su máximo grado de energía.

El gran público, que es, á no dudarlo, el que todos los autores aspiran á conquistar, vuelve á encariñarse con las novelas que, cual las de Alejando Dumas, Ponson du Terrail y otros, narran en estilo fácil y animado; aventuras maravillosas que toman su interés, no de extravagancias humanas, sino del choque de las pasiones que agitan á los hombres durante esta vida.

Tienen, además, *La tragedia de los celos*, una cualidad que las hace recomendables entre todas las otras: que su argumento encierra esa lección moral eterna, y no siempre recordada.

*
* *

Misterios de la Policía y del crimen, por don Arturo Griffisths.

Entre las obras que mayor interés han despertado, de cuantas han visto la luz durante los últimos cinco años, figura en primera línea la titulada *Misterios de la Policía y del crimen*, original del mayor Arturo Griffiths, inspector general de las prisiones de Inglaterra.

Este país es, indudablemente, el que registra crímenes más sensacionales en la Historia, tanto antigua como moderna, y todos ellos son estudiados en la obra de Griffiths, que también se extiende á los grandes hechos criminosos cometidos en los Estados Unidos, Francia, Italia, Rusia, Alemania, Bélgica, Portugal y España.

Trata, además, la obra de los errores y justicias de las sentencias de los Tribunales, de la Policía de todas las Naciones y de los medios con que cuenta para la averiguación de los crímenes y la persecución de los malhechores.

Y por todos estos detalles y otros muy interesantes, que el libro contiene, de armas, aparatos, disfraces, y cuantos medios sirven para perpetrar los delitos, y contra los cuales el autor pone en guardia á la sociedad honrada, es la obra *Misterios de la Policía y del crimen* digna de la mayor atención no sólo del gran público,

sino de los hombres estudiosos, y muy particularmente de cuantos se dedican al esclarecimiento y defensa de la verdad ante los Tribunales judiciales.

Unido á esto la baratura del libro (cinco pesetas un volumen de más de 600 páginas, con 250 grabados), y la esmerada impresión que ha sabido darle la casa editorial *Nuevo Mundo*, no es difícil asegurar que *Misterios de la Policía y del crimen* obtendrá en España el mismo extraordinario éxito que ha logrado en todo el extranjero, en los cinco idiomas en que ha sido publicada la obra.

*
* *

ESLABONES DE CARNE, POR MANUEL SEVILLA.

Este joven escritor, ya conocido por la preciosa colección de cuentos que con el título *Desde la atalaya*, publicó el año último, acaba de hacer lo mismo con una novela que lleva el de *Eslabones de carne*.

El Sr. Sevilla revela que posee condiciones de novelista.

Su estilo posee gran fluidez y corrección por lo cual es más de lamentar que, apareciendo esas cualidades cuando es el autor quien habla, desaparezca algún tanto cuando hace hablar á los personajes de su obra, que se producen, incluso los de más humilde clase, con excesivo atildamiento.

Tal vez influya en esto la lectura de algún ilustre novelista, que convierte en académicos hasta á los campesinos más zafios.

La acción de *Eslabones de carne* es interesante y humana; hay en ella asunto para obra de más empeño, á la que, sin duda por timidez, natural en quien comienza á escribir, no se ha lanzado el señor Sevilla.

Pero de tal defecto, caso de que lo fuese, corregirán de seguro los años, si, como es de desear, sigue dedicando su talento y buen gusto al cultivo de las letras.

Miscelánea científica

La fatiga

¿Qué es la fatiga? ¿Por qué destruye el organismo y puede llegar á producir la muerte?

De estas importantes cuestiones trata Sir W. R. Gowers en un excelente artículo publicado en la *Quaterly Review*.

La fatiga desarrolla en los músculos un principio tóxico que obra sobre las fibras debilitándolas. Los elementos que desarrollan la energía muscular se descomponen, requiriéndose cierto periodo de descanso para dar lugar á su reposición. Por eso se impone el reposo después de un trabajo prolongado.

La fatiga física se traduce en cansancio intelectual y éste en aquélla.

Los pájaros, rendidos por un vuelo sostenido en sus largas emigraciones, llegan á perder el uso de la vista y se lanzan contra los obstáculos que á su paso se oponen.

Las toxinas de los músculos son arrastradas por la sangre y trasportadas al cerebro, produciendo la fatiga cerebral.

Un orador acostumbrado á dirigirse á 40 oyentes—dice Mosso, antropólogo italiano—siente un cansancio extraordinario cuando se ve obligado á perorar ante 100 personas, debiéndose esta fatiga, no á esfuerzo de la voz, sino al mayor cuidado que pone en lo que dice, á la mayor energía mental que desarrolla.

A juicio de Sir Gowers, se descansa de un trabajo emprendiendo otro; pero á condición de que éste exija menor atención que el primero.

Suero para enflaquecer

M. Ramond, inyectando aceite de olivas en el peritoneo de las cobayas, ha reconocido una absorción leucocitaria, polinudear de pronto, de manera transitoria, y luego mononuclear. La repetición de las inyecciones produce una mononucleosis inmediata y una absorción rápida, y el suero de una cobaya así preparada por medio de inyecciones repetidas, inyectado á otro animal, confiere a éste el poder de absorber muy rápidamente el aceite de olivas que se le inyecta. La reacción del aceite de olivas empleado es especial de suerte que en la mononuclosis provocada puede reconocerse si se trata ó no del aceite de olivas. Desde luego hay aquí un fenómeno que cuadra perfectamente con gran número de otros de ignal orden.

M. Ramond ve y sus experimentos, según dice, son estimulantes,

aun cuando todavía no se halle resuelto el problema —la posibilidad de «obtener en el hombre cierto enflaquecimiento inyectándole un suero de animal que haya recibido previamente en inyección grasa humana.» Un suero tal haria palidecer á las brujas de Macbeth.

No hay duda de que este suero sería recibido por mucha gente como una bendición; sin embargo, no parece muy probable que la reacción leucocitaria obre ante reservas grasas como en presencia de gotitas de una emulsión inyectada por vía intraperitoneal. De todos modos, puede ensayar M. Ramond el enflaquecimiento de las cobayas por este medio. Tanto mejor si llega á conseguirlo.

Terrible explosivo

En Washington se han realizado estos días pasados las pruebas de un nuevo explosivo, de mayor fuerza que la dinamita, y que tiene la ventaja de no ofrecer peligro para el que lo maneja.

Jorge Hatharday es el nombre del inventor, que guarda cuidadosamente el secreto de la fabricación del explosivo.

La *hathirmita,* que así se llama el nuevo cuerpo, y que ha costado á su autor veinte años de ímprobos trabajos, no estalla más que al contacto del fulminato de mercurio, bajo la acción de una corriente eléctrica.

Puede tratarse como si fuera una sustancia completamente inofensiva, y puede arrojarse al fuego y golpearla con un martillo, sin que se produzca explosión.

En prueba de ello, uno de los empleados del laboratorio Hatharday, suele encender el cigarro con un trozo de *hatharmita.* El trozo que emplea al efecto, si estallase, bastaría para sembrar la destrucción más espantosa en un radio de doscientos metros.

La *hatharmita* es un cuerpo fijo, que conserva constantemente su fuerza explosiva.

Dícese que pronto será utilizado en las minas, y especialmente en Alaska, donde es necesario trabajar muy deprisa, pues los hielos impiden á los mineros permanecer mucho tiempo en aquella tierra.

El precio de la *hatharmita* es de 250 pesetas la libra.

Fenómeno raro

Un fenómeno singular ha tenida lugar recientemente sobre las costas occidentales de Irlanda, de Ballybunión.

Las racas de dichas costas, según asegura la revista *Alrededor del Mundo,* azotadas durante muchas siglos por las gigantescas olas del Atlántico, contenían en su interior grandes masas de pirata de hierro y alumbre. La acción continua del mar fué desgastando la piedra, hasta que hace poco el agua llegó á estar en contacto con los citados minerales. Inmediatamente tuvo lugar una rápida oxidación que produjo un calor tan intenso, que á poco ardían todas las rocas de Ballybunion.

Durante varias semanas aquella playa ha presentado el aspecto de un inmenso volcán y grandes nubes de humo y vapor se elevaban en la atmósfera, pudiendo percibirse á gran distancia desde los buques que hacían la travesía desde América á las islas Británicas.

Señal de muerte cierta

Casos hay, por fortuna bastante raros, algunos de los cuales tal vez no lleguen á ser conocidos, de inhumación prematura de personas que solo han muerto aparentemente y despiertan en el ataud.

En tiempo de epidemia, particularmente, es necesario apresurar la inhumación; y el peligro del contagio no siempre permite un examen suficiente profundo para alejar toda posibilidad de error, error de gravedad imponderable, en la comprobación de un fallecimiento.

Así no será inútil que se indique un procedimiento del doctor Icart, que suministra al facultativo un medio de comprobación, al parecer, de seguridad absoluta.

Trátase de la prueba con la fluoresceina. Inyectando en el tejido celular una solución de fluoresceina, compruébase cuando la circulación persiste, una coloración amarilla de la piel y las mucosas, una amarillez intensa consecutiva de la absorción de aquella substancia, mientras que el ojo se vuelve completamente verde, «como una esmeralda engastada en la órbita», dice el autor.

Si hay detención completa en la circulación, nada aparece. Así, cuando transcurrido cierto tiempo después de la inyección, no se vea producirse fenómenos de coloración tales, puede darse por indubitable la muerte. Un retorno á la vida se manifestaría por la vuelta de la circulación, es decir, automáticamente en algún modo, apareciendo la coloración amarilla de la piel y el verde del ojo.

Así, bien parece que en caso de epidemia no sería inútil, dos horas antes de poner al muerto en el ataud, darle una inyección de fluoresceina, lo cual no desfigura, como ya se ha dicho al cadaver; solo desfigura, y aun momentáneamente, al vivo. Este procedimiento para indicar la certidumbre de la muerte, parece digno de recomendarse.

Conductibilidad eléctrica

Los estudios referentes á la conductibilidad eléctrica del cuerpo humano, después de estar en boga largo tiempo, fueron abandonados por los hombres de ciencia.

En la actualidad, el doctor Muller los ha colocado de nuevo sobre el tapete, cultivándolos con exquisito esmero y extraordinaria prolijidad.

Afirma el citado experimentador que la conductibilidad eléctrica del cuerpo humano varía según la hora, la clase de alimenta-

ción del individuo y según que éste se halle solo ó acompañado de otras personas.

Esa conductibilidad se acrecienta de un modo prodigioso en los bebedores de alcohol, en los fumadores, y de un modo especialísimo en los hipnotizados.

Los estados de ánimo influyen también en la conductibilidad eléctrica.

Los proyectiles japoneses

Un médico militar ruso, el doctor Wraden, ha publicado un interesante estudio de las heridas producidas por el fusil japonés, arma que, según el referido facultativo, puede calificarse de *arma humanitaria.*

El proyectil usado por los japoneses perfora, pero no desgarra aunque no se deforme.

Disparado á 200 pasos de distancia, el choque de la bala ocasiona en el cerebro, estómago, intestinos y pulmones verdaderos estallidos.

De 400 á 500 pasos, el proyectil atraviesa los tejidos, produciendo una herida regular y aséptica, que fácilmente se cura, aunque afecte al pulmón ó á los huesos.

De 800 á 1.000 pasos el proyectil perfora dislacerando los tejidos. En estas circunstancias, suelen arrastrar al interior del organismo trozos de vestido, que infectan la herida.

De 1.000 pasos en adelante, la bala japonesa, produce lesiones que rara vez son graves. Los huesos no se quiebran.

Las condiciones excelentes del fusil japonés se demuestran por el hecho de que 32 por 100 de los individuos que fueron heridos al mes se encuentran ya completamente restablecidos y en disposición de empuñar nuevamente las armas en defensa de sus banderas.

A nuestros lectores

En nuestro próximo número que aparecerá el día 30 de Junio, publicaremos los trabajos leídos por los Sres. don Amaranto Martínez de Escobar, D. Fernando Inglott Navarro y D. Prudencio Morales y Martínez de Escobar, en la velada literario musical celebrada en el Teatro Pérez Galdós, la noche del 7 de Mayo en celebración del 25 aniversario de la inauguración del «Museo Canario» y 3er centenario del «Quijote.»

24 ENE. 1972

El Museo Canario

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En las Islas Canarias, un mes. .	1 Pta.
Id. Id. un año . .	10 »
En la Península española, Islas Baleares y posesiones españolas, un semestre	7 »
Id. Id. un año. .	14 »
En el Extranjero, un año	20 »

AÑO X—NÚM. 190 TOMO XVI—CUAD. 6.°

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE

ESTABLECIDA EN LAS PALMAS

PARA EL ADELANTO DE LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LAS ARTES

Director: ARTURO SARMIENTO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CALLE DE TRAVIESO NÚM. 27

LAS PALMAS

—

Junio de 1905

Sumario de este número

Discursos y poesías leídos en la velada literario-musical celebrada en la noche del 7 de Mayo de 1905 en el Teatro Pérez Galdós *en celebración del aniversario XXV del Museo Canario y del 3.er centenario del* Quijote.

Discurso de D. Fernando Inglott y Navarro.
Memoria de D. Amaranto Martinez de Escobar.
La ciencia, poesía por el mismo.
Discurso de D. Prudencio Morales.
Cervantes, poesía de D. A. Martínez de Escobar.
Quijotadas, por el mismo.

El pasado, el presente y el porvenir de Canarias, por D. Manuel Delgado y Barreto.

Nuestro perro, por D. Angel Guimerá.

Nuestros poetas del tiempo viejo:
A la Virgen de la Candelaria, poesía por Antonio de Viana.

Literatura dramática: Obras estrenadas en la temporada de 1904-5.
El Teatro extranjero: Los grandes éxitos en los teatros de Francia, Inglaterra, Italia y Alemania.

Revista de Revistas:
Orientación de los espíritus fuertes, por Burguete.
El teatro polaco, por Valerie Marrene.

Libros:
Mis cuentos, por Carlos María Ocantos.
El amo del mar, por E. M. Vogüé.
Misteri de dolor, por Adrián Gual.

Miscelánea científica.

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

órgano de la Sociedad del mismo nombre

Director: ARTURO SARMIENTO

JUNIO 1905 — AÑO X=N.º 190

DISCURSOS Y POESÍAS

leídos en la velada literario-musical celebrada en la noche del 7 de Mayo de 1905 en el Teatro "Pérez Galdós" en celebración del aniversario XXV del Museo Canario y del 3.er Centenario del "Quijote"

DISCURSO

DEL SR. D. FERNANDO INGLOTT Y NAVARRO

EXCMO. SEÑOR, SEÑORAS, SEÑORES.

El dignísimo Presidente de la culta y benemérita Sociedad *El Museo Canario,* que fué un tiempo mi maestro y es hoy mi amigo distinguido y respetable, con cuyo trato me honro y cuya conversación me deleita y siempre me instruye, ha querido que mi humildísima persona le sustituya, llevando la voz de la Sociedad en este acto solemne, ya que á él ausencias forzadas le impiden verificarlo.

Que en este cambio vais perdiendo, no es preciso que yo me esfuerze en demostrarlo.

Nadie mejor que él, el sacerdote sabio, el orador profundo y elocuente, el que en tiempos de torpes concupiscencias rinde culto á hermosos ideales, y esconde bajo sus canas un cerebro privilegiado y bajo su oscuro hábito un corazón entusiasta, para conmemorar en esta noche el 25° Aniversario de la instalación del Museo, tanto más cuanto que á esta conmemoración va unida la de la aparición de aquel sol esplendoroso, astro de primera magnitud en el cielo de nuestra privilegiada literatura nacional, que lleva por título *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.*

Conste pues, que por obediencia debida al maestro y al amigo, ocupo este sitio: pero os ofrezco, en justa compensación, que he de ser breve en la esposición y desarrollo del tema que voy á esponer á vuestra atención siempre benévola é indulgente: y con tanta más razón, cuanto estimo la justificada impaciencia que habeis de sentir, por oir la palabra del joven orador, castizo y elegante, encargado de presentaros la remembranza del manco insigne, Príncipe de los Ingenios, *famoso todo,* que con una sola mano cubrió á España de gloria y al mundo llenó de regocijo.

Señores: Decía el gran Balmes, al fundar su periódico, *El Pensamiento de la Nación,* que precisaba por aquella fecha en España, la constitución de un gobierno, que ni despreciase lo pasado, ni desatendiese el presente, ni perdiese de vista el porvenir.

Y esto que el gran filósofo español, tan sabio como modesto, quería para los altos destinos de la Patria, paréceme á mí que viene como de molde, para que lo apliquemos á los intereses y á los destinos de la patria Canaria, que, no por pequeña, deja de sernos querida y venerable. Veinticinco años se cumplen en estos días de la aparición de esta Sociedad y es conveniente, aun cuando para ello necesitemos aplicar á cosas relativamente pequeñas, grandes ejemplos, tender nuestra vista hacia atras, mirar al presente en nuestro derredor y tratar luego de sondear el porvenir.

Veinticinco años son en verdad, un instante en la vida de los pueblos y de las sociedades: y sin embargo, en el nuestro este corto lapso de tiempo significa importantísimas y radicales transformaciones en los distintos ordenes de lo que pudiéramos llamar nuestra economía social: á los pueblos, como a los individuos, hai que estudiarlos, no solo bajo el punto de vista fisiológico, sino también bajo el psicológico ó moral.

Que éramos hace 25 ó más años? éramos un pueblo pobre. El puerto de la Luz no existía; unas miserables chozas de pescadores, sucios y desarrapados, ocupaban el sitio donde debía levantarse una población que uniera á su riqueza, belleza en sus edificios y comodidades para sus habitantes: un conato de muelle, una intención de puerto y un humilde é histórico mesón era todo lo que al comercio y á la actividad humanas se ofrecía: aquellas aguas azules y dormidas, cuando el sudeste nos las agitaba, solo eran surcadas por los barquitos pescadores y ofrecían refugio transitorio á los pailebots de cabotaje cuando el mar embravecido

y el viento huracanado les obligaba á abandonar el peligroso fondeadero de Las Palmas: el muelle de la ciudad, era un mito; se necesitaba toda la audacia de marinos como Machín y Velázquez, y el robusto puño de sus bravos remeros para doblar aquella punta fatídica, que con sobrada razón pudiera llamarle punta de las Tormentas: así tragaba de vidas y haciendas.

Las defensas militares, estaban en la mente divina: se esperaba, sin duda, á tremendos desastres y amargas lecciones, para que nuestros políticos pensasen en que existían en medio de las soledades del Océano, siete trozos de tierra española que ofrecían facil presa á la rapacidad y codicia del extrangero: y en cuanto á fuerzas de guarnición, bástenos recordar, Señores, que todos conocíamos, más ó menos personalmente al *Comandante del Batallón y al Teniente de artillería,* por que á más no llegaba el personal de jefes y oficiales encargados de sostener en esta Ciudad el pabellón de la patria.

Pues sobre este fondo triste y oscuro, destacábanse golpes de luz hermosa y brillante: eran aquellos, tiempos de patriotismo y desinterés: luchábase por la realización de soñados ideales. Algo se vislumbraba en los horizontes y á su conquista marchaban unidos todos, absolutamente todos, aquellos patricios, que pudieron verse separados por sus doctrinas políticas, pero que sabían unirse en estrecho haz, siempre que de los intereses de la Gran Canaria se tratase.

Yo no necesito, Señores, citar aquí sus nombres: en la conciencia y en el corazón de todos los buenos hijos de este país deben hallarse profundamente grabados.

No se luchaba por *divisiones* tan ilusorias como inestables: no se reñían batallas por intereses personales siempre estrechos y mezquinos: se luchaba por la conquisra de algo grande, noble y hermoso; se luchaba por que la Gran Canaria y su capital ocupasen en el Archipiélago el puesto á que la Historia y la Justicia le daban derecho.

La juventud también se movía: reuníase, no en casinos ni plazas: agrupábase alrededor de espertos maestros y constituía Sociedades, pequeñas sí, pero entusiastas y perseguidoras de fines nobles: entonces nacieron, muchos de los que me oyen lo recordarán, aquellos ateneos de la juventud, donde se rendía culto á todo lo que al humano saber afecta, como no fueran las triquiñuelas y mezquindades de la política: todavía entre los recuerdos más plácidos de mi juventud, se destaca el de aquella sociedad, que funcionaba en los salones de la *Casa Regental,* y que si tuvo por presidente á personalidad tan humilde é insignificante como la que en este momento os dirije la palabra, tuvo en cambio por secretario al que hoy es consejero del Rey en el Ministerio de Gracia y Justicia.

El Dr. López Botas, Don Domingo J. Navarro, D. Eufemiano Jurado, D. Luis Navarro, el Dr. Chil, D. Agustín Millares y tantos otros, más ó menos distanciados en ideas políticas, sabían unirse

y abrazarse cuando de los intereses, así materiales como morales, de la Gran Canaria se trataba y tras ellos marchaba unida la juventud. Si aquellos patricios, que duermen el sueño eterno, levantaran sus cabezas y sintieran el frío letal que nos invade, más intenso y cruel que el de sus sepulcros, á ellos se volvieran envueltos en sus fúnebres sudarios.

***

Como á impulso de un misterioso *fiat,* surgieron de las arenas del puerto diques formidables, que encerraron las aguas, poniendo coto á los desmanes de las olas y los vientos: se acabaron las tempestades, se arrió para siempre la fatídica bandera negra y centenares de naves, ostentando en sus topes enseñas de todas las naciones, dan fondo en nuestras playas, aportándonos los productos de la industria moderna, llenando los hoteles y plazas de innumerables huéspedes, que con sus variados idiomas, nos traen el recuerdo de la bíblica torre de Babel.

Como consecuencia de aquella obra, nunca bien alabada ni bastante agradecida, los yermos arenales, las áridas dunas se transforman en una población rica y floreciente: el mar, vencido y humillado, se retira y cede sus antiguos lechos, para que sobre ellos se cimenten nuevos muelles, almacenes y astilleros: allí, donde antes todo era quietud y silencio, hoy reinan la actividad y la vida: el silbato de vapor vibra en los aires, las columnas de humo se elevan en las alturas, anunciando con su negro penacho, cuanto se trabaja en en esta noble tierra y hasta los cañones de las poderosas escuadras extrangeras, saludan uno y otro día, con sonoro eco, á la enseña de la vieja patria española.

Pues hay que confesar, Señores, que no todo es luz y colores en este cuadro: es el contraste del que arriba hemos contemplado.

Allá sobre fondo triste y oscuro, brillaba la nota del desinterés, de la fé y del entusiasmo. Hoy sobre el fondo de oro que someramente acabo de esponeros, hay, porque no decirlo? hay una mancha, la mancha de la indiferencia, mil veces más funesta que la duda, cuando no la del egoismo, frío como el hacha.

Para qué pruebas? no son necesarias. Reciente está la conclusión de las obras del Puerto de Refugio: que hemos hecho para celebrar suceso tan importante?: nos hemos cruzado de brazos como si la grandiosa obra, no fuera la base de tanta riqueza. Que contraste entre aquel día inolvidable en que se colocó su primera piedra y el en que sentó la última! allá músicas, vítores y aclamaciones, hoy silencio frio é indiferente: solo el mar rizando sus olas y la brisa agitando sus ondas parecían entonar el merecido himno de alabanzas.

No se den á mis palabras significación distinta de la que encierran: yo no censuro, no tengo autoridad para tanto: yo solo

lamento de corazón este modo de estar y de ser. Yo solo quiero decir que el frio y la indiferencia no han sido nunca fuerzas motrices de los pueblos.

Es preciso, Señores que me honráis con vuestra atención, Dignísimas Autoridades, clases directoras, honrada clase obrera, periodistas y juventud estudiosa, hombres del porvenir, que nos unamos al amparo de esta riqueza para hacernos dignos de ella: matemos antes que á la duda á la indiferencia: el que duda puede llegar á creer, el indiferente es un cadaver.

Acaba de decir el gran Echegaray, en el momento más solemne de su vida, que el guijarro puede convertirse en lente si se trabaja para modificar la forma de agrupación de sus moléculas: pues bien, nosotros no somos más que moléculas de una gran masa: agrupémonos debidamente y el guijarro, torpe y opaco, se transformará en lente hermosa que recoje y esparce la luz.

No sea nuestro único modelo la hormiga laboriosa, que soterra los campos y labra en oscuras profundidades sus viviendas y allí esconde, codiciosa y avara, sus riquezas y oculta sus amores: aprendamos algo de la libelula, símbolo del espíritu, que hiende el aire, desplegando sus alas multicolores al sol de la Verdad, de la Justicia y de la Libertad.

No olvidemos que antes que el fruto que nutre el cuerpo, se ofrece la flor, coronada de rocío, acariciada y besada por la luz, rodeada de perfumes, nuncios alegres de su fecundidad maravillosa.

Tengamos, por último, muy en cuenta, que la vitalidad de los pueblos, es un producto de dos factores: uno, su riqueza y prosperidad material; otro, su cultura intelectual y su perfeccionamiento moral: y cualquier estudiante medianamente aprovechado en la ciencia matemática, sabe, Señores, que para que un producto sea cero, basta que lo sea uno solo de sus factores.

HE DICHO.

MEMORIA

DEL LICDO. SR. D. AMARANTO MARTINEZ DE ESCOBAR

Secretario general de la Sociedad

EXCMO. SEÑOR, SEÑORES:

No es esta ocasión de dar lectura á una memoria reglamentaria, fatigando vuestra atención con el inventario y tecnicismo de los

curiosos objetos é innumerables ejemplares científicos que llenan las galerías del Museo Canario; conmemoramos hoy el 25° aniversario de su inauguración oficial, y viene á ser este acto como ceremonia de las *bodas de plata,* por más que no se considere adaptable la expresión en el presente caso, ni entre yo en inútiles disquisiones haciendo la metafrasis del concepto.

Es día de recuerdos, y debemos dejar los moldes académicos para otorgar expansión al alma y que rebose en saludable satisfacción, dándonos cordial parabien por haber llegado á la verdad del deseo. Pero es que al alardear de nuestra victoria y al echar una ojeada sobre esos cinco lustros que dejamos atrás, nos sentimos ya fatigados para salvar la pendiente de todas nuestras aspiraciones, obligados como estamos á corresponder al sacrificio con la labor constante del empeño, y necesitamos del auxilio de energías que nos faltan, de una juventud desinteresada que continúe esa gran obra de la abnegación, de la generosidad y del patriotismo; de una juventud entusiasta que nos reemplace y que venga á cubrir los vacíos que vamos dejando por ministerio de una ley ineludible y fatal.

Nunca podrá faltarnos ese elemento, y las generaciones que nos sucedan, evocarán nuestro recuerdo y nos harán justicia, como hoy la tributamos nosotros á aquellos queridísimos compañeros que se nos han adelantado en el camino de la eternidad, y que, ayudados por los pocos que quedamos, fueron gestores principales de ese científico monumento que nos enorgullecemos en poseer y cuya fundación conmemoramos.

Es accidente de la vida esa conjunción filosófica del placer y del dolor; y por más que este día lo sea de gloria para todos nosotros, no es posible correr el velo de la ingratitud y del olvido ante el recuerdo de aquellos cuyos espíritus están siempre en contacto con nosotros, alentándonos en la empresa, y congratulándose de la realización cumplida de lo que fué afan de sus aspiraciones y anhelo de toda su vida. Trabajar por el bien y prestigio de la patria.

Quizás país ninguno en el globo haya despertado tanto como el nuestro el espíritu de investigación por parte de los sabios respecto á su geología, paleontología y antropología, á objeto de averiguar el origen de una raza desconocida, cuyas costumbres, gobierno, religión y rasgos característicos merecían detenido estudio, y daban lugar á diversidad de opiniones que servían de incentivo para dar más profundas indagaciones y logro del acierto. Pero sólo se han emitido opiniones, se han hecho apreciaciones y conjeturas más ó menos lógicas; pero la cuestión permanece sobre el tapete.

Ya el Dr. Don Gregorio Chil y Naranjo, desde el año de 1876, había dado principio á la publicación de su obra «Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las islas Canarias», y había asistido á los Congresos antropológicos de Lille, de Nancy, y de

Nantes, como asistió posteriormente al universal celebrado en Paris en 1878, habiendo hecho concienzudos trabajos de observación sobre la materia con vista de cráneos y huesos que remitió á aquellos Centros. Y animado por la dificultad del empeño, y soñando con el triunfo, principió á hacer exploraciones y á reunir cráneos y huesos, vasijas, pintaderas y cuantos despojos y útiles pertenecientes á los indígenas de todas las islas pudo adquirir, formando con ellos un modesto Gabinete antropológico, para, con el estudio de los lugares que aquellos habitaron, reconstruir y consignar en su obra las deducciones que estimó más racionales y lógicas.

Pero á la par que el Dr. Chil trabajaba incansable en sus exploraciones, se despertaba el deseo de muchos aficionados á las ciencias, y, contagiados con el ejemplo, le secundaban en su propósito, naciendo en todos la idea de la formación de un Museo, que fuese verdadero arsenal antropológico, donde los sabios del mundo pudiesen estudiar, analizar y resolver problemas al parecer insolubles; pero que la ciencia, con la perseverancia de su dogma, persigue con inalterable constancia.

Prestaban al Dr. Chil valioso conncurso en la publicación de su obra el Dr. Don Juan Padilla y Padilla y el Lic. D. Emiliano Martinez de Escobar; y por más que disintiesen de aquel en ciertas afirmaciones, especialmente en las que se refieren al orígen de los primitivos pueblos canarios, formaban una especie de consultorio sobre nuestras antigüedades; y en unión de Don Andrés Ripoche y Torrens, aficionadísimo á estos estudios; y de los Doctores D. Andrés Navarro Torrens y Don Víctor Grau Bassas, resolvióse la idea de la formación de un Museo de ciencias naturales, arqueológicas y de artes, y de una biblioteca de obras escogidas, dando preferente atención á las que se relacionasen con la Provincia, y muy especialmente con esta isla de Gran-Canaria; y, hombres de iniciativa y amantes del saber, principiaron á coleccionar cuantos objetos podían adquirir y á emprender en grande escala exploraciones, buscar y rebuscar con magnífico resultado.

Honraba el éxito á los iniciadores del pensamiento, y la Prensa lo acogió favorablemente, y los canarios de buena voluntad se asociaron á la idea, y se realizó de este modo la milagrosa creación, rivalizando todos en adquirir objetos, en procurar recursos, en allegar elementos, facilitando la laboriosa gestacion de ese científico establecimiento de incalculable riqueza, porque el valor de la ciencia es incalculable.

Y se formó, más bien dicho, se improvisó un reglamento que fué aprobado por la Superioridad en 4 de Agosto de 1879, y el Excmo. Ayuntamiento dió albergue en su casa al «Museo Canario», que celebró su Junta preparatoria el día 2 de Septiembre del mismo año de 1879, bajo la presidencia de edad del Dr. Don Juan Padilla, haciendo de Secretario, como el más joven, Don Diego Ripoche y Torrens; y siendo elegidos por unanimidad, para

formar la Directiva, los señores siguientes: Presidente, Excmo. señor Don Domingo José Navarro: 1er. Vice-presidente, Don Juan de León y Castillo: 2.° Vice-presidente, Don Andrés Navarro y Torrens: Secretario, Don Amaranto Martinez de Escobar: Tesorero, Don Juan Melián y Caballero: Director del Museo, Don Gregorio Chil y Naranjo: Conservador del mismo, Don Victor Grau Bassas: Bibliotecario, Don Juan Padilla: 1er. Vocal, D. Manuel Ponce de León: 2.° Vocal, Don Antonio Jimenez.

Desde luego comprendió el Excmo. Ayuntamiento que la creación de este Centro científico era verdadera gloria para el país, y que la riquezas allí acumulada constituía patrimonio exclusivo del pueblo Canario; y, procurando su fomento, le subvencionó, y ha venido constantemente atendiendo á su sostenimiento, como que es el pueblo Canario el principal interesado en su conservación y adelanto; y alentados todos por el saludable espíritu del bien entendido patriotismo, tomaba cada vez mayor impulso la vida activa en el seno de la Sociedad, desarrollando el plan con estudiado acierto y distribuyéndose el trabajo, según las fuerzas y circunstancias de cada uno.

Todos hemos conocido el entusiasmo del Dr. Chil y Naranjo, Director del «Museo Canario», y, dados sus conocimientos, su popularidad y el aprecio que supo ganarse entre sus paisanos, no es extraño que encontrase siempre facilidades para la realización de sus miras; pues todas las puertas las encontraba abiertas; escudriñaba los más ignorados rincones en busca de objetos para el Museo y en solicitud de dinero para anaqueles, vitrinas y soportes; y siempre encontraba, porque siempre era atendido. Era el hombre de los recursos.

Formaba diametral contraste con el Dr. Padilla, pensativo, concienzudo, callado hasta la exageración; pero tenaz en sus propósitos. Ambos se complementaban.

El Dr. Grau Bassas era elemento necesario, el organizador constante, iniciador muchas veces; el que, de acuerdo con Padilla, todo lo regulaba, distribuía y clasificaba, consultando siempre al compañero Dr. Navarro y Torrens, crítico severo, lógico en sus juicios y verdadero pulimentador de la obra.

Al mismo tiempo que el Museo progresaba con nuevas instalaciones, la Junta Directiva trabajaba en el arreglo de la biblioteca que de un modo asombroso se enriquecía, en preparar la publicación de una «Revista» órgano de nuestro Instituto, y en la celebración de conferencias y veladas científico-literarias, que fuese todo manifestación de nuestra cultura y civilización. Había entusiasmo, alientos y deseos. Todos se esmeraban por hacer, y á todos animaba y alentaba aquel venerable anciano y queridísimo Presidente Dr. Don Domingo José Navarro, á cuyo acierto se debe una organización modelo. Era el más entusiasta de todos.

Yo quisiera hacer mención de cada uno de los obreros que incansables trabajaban en aquel taller de la inteligencia; pero sería

interminable. Permitidme consignar aquí sincera expresión de mi cariñoso recuerdo.

Hechas las instalaciones, llegó el día de abrir al público las galerías del Museo, y se acordó su inauguración con la debida solemnidad; con un acto oficial y público que formase parte de los festejos cívico-religiosos que, en celebración del aniversario de la conquista de esta isla tuvieron lugar en los últimos días del mes de Mayo de 1880; y figura en el Programa municipal de dichos festejos, el acto oficial de la inauguración, que se llevó á efecto con verdadera suntuosidad, y con asistencia del Excelentísimo Ayuntamiento presidido por el Sr. Subgobernador del distrito Don Agustín Bravo de Laguna, del Sr. Capitán general de la Provincia Excmo. Sr. Teniente general Don Valeriano Weyler; Presidente de la Diputación provincial Excmo. Señor Don José García Lugo; Gobernador militar del Distrito de Gran-Canaria, Excmo. Señor Don Nicolás Clavijo y Pló; Excmo. Señor Mariscal de Campo Don José García Velarde, y demás autoridades, Corporaciones, Cuerpos consulares, Prensa, Sociedades, personas invitadas y un numeroso público.

Este brillante acto que tuvo lugar el 24 de Mayo de 1880, es el que conmemoramos, deseosos también por nuestra parte de rendir respetuoso homenaje al Príncipe de las letras españolas Miguel de Cervantes Saavedra, hoy que nuestra nación honra su memoria festejando el 3er. centenario de la publicación de su inmortal producción Don Quijote de la Mancha.

Pero obedece á mi intento el recuerdo de la inauguración del Museo Canario por exigencia reglamentaria, y no debo olvidar que en la noche de ese mismo 24 de Mayo de 1880, celebró la Sociedad en el ya derruido teatro de Cairasco, una brillante é inolvidable velada literario-musical, en la que tomaron parte acreditados elementos y que fué solemnemente amenizado por lo Orquesta de la Sociedad Filarmónica, que siempre nos ha prestado desinteresadamente su valioso concurso, y á cuya Sociedad tan obligada le está la del «Museo Canario.»

Van 25 años transcurridos, y ahí está nuestra labor en los 25 años. Pero ya lo he indicado antes, y temo hacerme molesto; no es solo el Museo el justificante de nuestras tareas, poseemos hoy una magnífica biblioteca instalada en la casa que fué del Dr. Chil, cuya preciosa anaquelería ha sido costeada con los escasos recursos con que cuenta la Sociedad, y contiene ya cerca de 20.000 volúmenes á más de riquísimos manuscritos y autógrafos de indiscutible mérito, que forman parte del legado hecho por aquel inolvidable canario en favor del Museo, al que consideraba, como ya en otra ocasión he dicho, parte integrante de su propio ser.

Y merece plácemes el acuerdo tomado con caracter de *irrevocable,* y á propuesta del digno Presidente Dr. D. Teófilo Martínez de Escobar, de colocar en aquella misma casa que el Dr. Chil destinó para instalación en su día, del Museo y Biblioteca, su estatua en

bronce ó mármol, con carácter permanente y en demostración de eterno reconocimiento. ¡Ojalá pudiésemos desde hoy cumplir con el acuerdo, pero nuestra pobreza nos lo impide!

Tal vez se me tilde de haber dedicado la mayor parte de esta memoria al recuerdo del Dr. Chil; pero es imposible, materialmente imposible, hablar de nuestra Museo sin que vaya unido á él el nombre inolvidable de aquel ilustre Canario. Era el alma de todo y su alma imperecedera es la que siempre dá vida á ese Centro científico.

Dios quiera concedérnosla á nosotros para continuar la obra, y para dar principio á un nuevo trabajo ya indispensable: la formación de un Gabinete de reproducciones, que será una novedad entre nosotros y nuevo centro de atracción.

Debo repetirlo: nos faltan medios y recursos para llevar á cabo el proyecto con la prontitud del deseo; pero la Providencia habrá de favorecernos como nos ha favorecino hasta ahora; y así como hasta aquí hemos trabajado, seguiremos trabajando mientras Dios nos dé alientos, porque nuestra obra es la obra de progreso. No tiene término señalado en el espíritu de los tiempos.

Para comprender el valor del trabajo, basta calcular la importancia de todas esas riquezas que atesoramos. No debiera decirlo, pero es la pura verdad: no sabemos lo que tenemos.

HE DICHO.

LA CIENCIA

POR D. AMARANTO MARTINEZ DE ESCOBAR

Es la ciencia la luz redentora
Emanación de Dios al mundo vino
Cual fuerza productora
El hombre á rescatar de la ignorancia;
Y con poder divino
Venció del fanatismo la arrogancia
Al descubrir del orbe el movimiento,
Y el mecanismo oculto y misterioso
Que impulsa con su aliento
Un ser inmensamente poderoso.
Ella enseña la ruta de los mares

Al argonáuta osado
Que corrió de la suerte los azares
Y un mundo descubrió desconocido;
Y el sabio siempre por su afan guiado
Y de amor á la ciencia poseído
Hasta el límite llega irrealizable
De aquel feliz invento,
Milagro incomparable
Que eterniza del hombre el pensamiento.
Y enigmas descifrando del pasado
Los siglos desenvuelve y analiza;
¡Cuántos ricos tesoros ha salvado
Revolviendo del tiempo la ceniza!
Secretos de otras razas y naciones
Que en remotas edades se perdieron;
Las costumbres, los usos, tradiciones
De mil generaciones extinguidas
Que extraños geroglíficos dijeron;
Y en ignoradas cuevas escondidas
Las mómias de unos seres desgraciados
Que perdieron sus vidas
A la ciega ambición sacrificados.
Es la ciencia poder que maravilla,
Que venciendo los rudos elementos
A la soberbia de la mar humilla
Y encadena la furia de los vientos.
Los cursos misteriosos
Descubre de los astros refulgentes,
Agota hasta los ríos caudalosos,
Detiene los torrentes,
Penetra de la tierra en lo profundo,
Y hasta escala los cielos tenebrosos.
Es la dueña del mundo.
Ella descubre ansiosa
Por medio de asombroso mecanismo
La huella cancerosa
Del bacterio que invade el organismo.
Hace al hombre insensible
Si aplica la la anestesía milagrosa;

Y llegando en su afan á lo imposible
Consigue con su fuerza soberana
Guardar en receptáculo invisible
Con exacta verdad la voz humana:
Por más que triste nos será el sonido
Al escuchar mañana,
Con amargo pesar y desconsuelo,
La voz de un ser querido
Que parece nos habla desde el cielo.
Y firme en su constancia
A las etéreas ondas dominando,
Vencer ha conseguido la distancia
La dinámica fuerza despreciando.
Toda la ciencia absorbe;
Y llegará el momento
En que dueña del orbe,
Soberana será del firmamento.
Y aun quiere bienhechora,
Persiguiendo las leyes del progreso,
Ser de la humanidad la redentora:
Aun sueña en su embeleso
Acabar con la guerra asoladora,
Y que selle la paz el dulce beso,
Reinando la igualdad entre los hombres:
Que acaben la ambición y el egoismo,
Y desparezcan los infáustos nombres
De odiado privilegio y despotismo.
La ciencia es poderosa, es invencible,
Se impone y avasalla:
No con el grito del cañón terrible,
No con la destrucción de la metralla;
Si por santo deber que nos obliga,
Por la fraternidad que nos enlaza,
Por la ley que nos premia y que castiga,
Por el divino amor que nos abraza;
Porque es del mundo misteriosa esencia,
Y de los cielos venturoso hechizo,
Y Dios por eso colocó la ciencia,
En el trono mejor del Paraiso.

DISCURSO

DEL LICDO. SR. D. PRUDENCIO MORALES Y M. DE ESCOBAR

SEÑORES:

Si el príncipe de los ingenios españoles, el sin igual Cervantes, al escribir su obra inmortal, se propuso, cual expresamente lo dice, «*poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías*,» es lo cierto, y de ello no cabe la más pequeña duda, que creó en la magnífica trama de la novela un espejo de la vida humana, en la figura ridícula y estrafalaria de Don Quijote el ideal romántico, visionario y sublime, y en la persona de Sancho, siquier templados por el influjo de sagacismo sentido real, los estímulos sórditos de la concupiscencia. Calor de vida, sentimiento de humanidad, la realidad del mar agitado de los ideales, de las pasiones, de los ensueños, de las miserias, de todo el cortejo de virtudes y vicios de los descendientes de Adán, tal es el Quijote. Por ello el libro que se editó por vez primera en 1605, hoy traducido á todas las lenguas cultas, y conocido en todo el orbe civilizado, no es la novela de España y del siglo XVII, es la novela de la Humanidad, y de todos los siglos. Y por ello, Miguel de Cervantes Saavedra, el profundo y regocijado ingenio de nuestra excelsa literatura, es astro de primera magnitud en el cielo explendoroso del saber humano, foco de luz intensa y propia, allí donde brillan, para guía y honor de los mortales, Dante, Tasso, Goethe y Skaspeare.

El *Quijote* es el evangelio del buen sentido práctico. En sus páginas de oro, á través del puro y suave estilo de nuestra prosa castellana, en cualquiera de su ricos y variados tipos, en la más insignificante de sus escenas, allá, en el escondrijo del cuadro de menos relieve, se adquieren provechosas enseñanzas y se gusta, sin relajo, el néctar de los más dulces deleites. ¡Qué gran maestro Cervantes! Nadie como él supo enseñar deleitando. Nadie, como él, puso el remedio junto á la llaga. Nadie, como él, hizo para el hombre y para la sociedad un reflejo de su propia naturaleza y un crisol depurativo de sus vicios y un freno regulador de sus pasiones. El individuo que sepa leer en el *Quijote*, penetrando la profundidad de su vigorosa concepción de vida, halla el medio de restablecer el equilibrio perturbado de su dinámica psicológica. La sociedad, que quiera una marcha progresiva, ordenada y de justa ponderación entre el impulso ideal que acelera y el lastre

tradicional que retarda, haga de las enseñanzas del Quijote la norma de su conducta, su estrella de Oriente, y sabrá salvar, por partes iguales, en justo medio, las sirtes peligrosas de locas y falaces aventuras y los escollos funestos del «*desnudado nací, desnudado me hallo, ni pierdo ni gano*» que dijo Sancho al abandonar el codiciado gobierno de su Barataria.

Y esto es así, Señores, porque, como dijo el memorable Revilla, «no es el *Quijote* la creación consciente de un poeta filósofo que quiere elevarse á una concepción trascendental, sino el eco del buen sentido y de la experiencia, que ponen las cosas en su debido punto, y advierten al hombre el camino que debe seguir en la vida para librarse de deplorables extravíos. Si hay allí alguna filosofía no es otra que la del sentido común y la razón práctica». Después de haber leído y releído el *Quijote*, á vueltas de la serie de aventuras en que juegan sostenido, y no cansado papel, el caballero de la Triste Figura y su escudero, quedan en el alma los dulces dejos del placer estético, encanto de nuestra sensibilidad, y la lección valiosísima del «*in medius est virtus*» de los clásicos, norma práctica del vivir de los hombres y los pueblos. Tráennos estas consideraciones, exactas y verdaderas, al corolario indeclinable de que el ideal, no contrastado con la realidad, por sublime y generoso que parezca, desquicia la nobleza del impulso, no logra los límites de la propia finalidad, y ofrece, siempre, y en todo momento, la briosa embestida de la lanza sobre las aspas del molino que se antojó gigante á la enferma imaginación. El ideal es necesario en la vida de los pueblos, como antorcha que ilumine, como faro que guíe, como suprema y santa aspiración. Pero guárdenos Dios de ir, á modo de incautas mariposas, á anegarnos en sus fulgores, á quemarnos en su luz, no dando oídos á las voces de Sancho, á los consejos de la realidad, al imperio de las circunstancias, siempre poderoso y siempre incontrastable. Que si la vida sin ideal es decierto inmóvil y petrificado, de atmósfera sofocante y horizontes plomizos, la vida de la imaginación loca y sin freno, la vida del idealismo exaltado y visionario, es tupida y espesa selva, intrincado laberinto, privado de los tónicos rayos del sol. No debemos ser ni Quijotes ni Sanchos. He aquí, señores, la enseñanza magna, fecunda, provechosa, que sacamos del deleite que nos legara Cervantes en sus dos hermosas é inimitables creaciones.

Por eso mismo, por haber sabido nuestros padres navegar en mar llano y libre, fuera de escollos y arrecifes, por haber rendido parias á las inspiraciones del buen sentido, desechando designios quijotescos, y no adurmiéndose en los goces mezquinos del positivismo, somos hoy lo que somos, tenemos lo que tenemos, y esta isla de

Gran Canaria, que sufrió, en no lejanos tiempos, los rigores de la persecución y las afrentas del cautiverio, que se vió desposeida de históricas preseas, olvidada, preterida, aherrojada á tiránicas voluntades, se alza en el archipiélago atlántico, con la frente erguida, el ademán sereno, no en son de caballerescas aventuras, con lanza y con rodela, sino con los emblemas de su virtud regeneradora, de su propio esfuerzo, de su patriótica inspiración, el ancla que sujeta los buques á sus riberas y el arado que rompe las entrañas de su fértil tierra.

Si, señores, ¡benditos sean los manes de nuestros antepasados que reclinaron dulcemente su cabeza en el regazo de la muerte con la visión profética de Gran Canaria, libre y poderosa, en el concierto de las viejas Afortunadas! ¡benditos mil veces sus fecundos dolores en la improba tarea de labrar nuestro porvenir merced á las nobles artes del trabajo honrado y fecundo, lejos del ejercicio de toda aventura de falso brillo, fugaz y pasagero! ¡bendito aquel, Mesías predicado por nuestros progenitores, que supo darnos la piedra angular sólida, estable, inconmovible de nuestro progreso, advirtiéndonos con voces de buen sentido, con emanaciones de equilibrado y sagaz espíritu, que miráramos para adentro y no para fuera, que cultiváramos nuestra hacienda, con amor y con cariño, volviendo grupas á los molinos, á los rebaños, á las encrucijadas y á las falaces Dulcineas! ¡benditos todos, mil veces benditos!

Corria, Sres. el año 1881, de eterna recordación en los fastos de Gran Canaria. Iba á sonar la hora de las reivindicaciones. Por vez primera, en nuestra historia local, un joven tribuno, de grandes esperanzas y nobilísimos deseos, ocupaba un sillón entre los consejeros de la Corona. Los canarios no se equivocaron, vieron en él el prometido de nuestros mayores, el que había de desfacer vivos entuertos y notorios agravios, el paladín de nuestra independencia, el vengador de ofensas imperdonables... El grito que salia de todos los pechos, la idea que se grabó en todos los cerebros, el anhelo que movió todos los corazones, eran el grito, la idea, el anhelo de nuestra emancipación de Tenerife, ora restituyendo á esta vieja ciudad la capitalidad del Archipiélago, ora reproduciendo la fracasada aventura de la división de provincia... Teníamos razón, el ideal era hermoso, su concepción, justificada, su realización, imposible. Gran Canaria, no escarmentada de pasados golpes y molimientos, quería, como el hidalgo manchego, montar de nuevo en Rocinante, embrazar escudo, vestir rodela, y lanza en ristre, entrar en combates singulares y nunca vistos... León y Castillo, nuestro brazo esforzado, fué nuestra salvación, porque, más cauto, más prudente, más previsor, limpio de espejismos imaginativos, Sancho, en el buen sentido de la palabra,

nos dijo que él no salía á caballerezcas empresas, que él no prometía ínsulas Baratarias, que él no era D. Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano el Bueno; que aquí, dentro del solar bañado por las aguas del Atlántico, en unas playas de arena, mansión de pescadores, á poca distancia de Las Palmas, teníamos la capitalidad, la división, la revancha de nuestras derrotas, la lima de nuestras cadenas, el escabel de nuestro engrandecimiento, la clave de nuestros destinos, todo...

Y se promulgó la ley del Puerto de Refugio, se hizo rápida y acertadamente su estudio, se remataron sus obras, cabiéndole en todo ello gloria inmarcesible al anciano é ilustre patricio D. Juan de León y Castillo, y durante cinco lustros, que se han sucedido hemos sido testigos del crecimiento gigantesco de nuestra ciudad, de la prosperidad sostenida de nuestra isla, de este emporio mercantil del Atlántico, en el cruce de tres continentes, grande con grandeza propia, foco irradiador de fecundas relaciones en las empresas coloniales del Africa, y de tal manera, señores, rebosante de savia de juvenil vida, que la compartimos, y no nos duele, ¡esa es nuestra venganza! con la histórica rival de nuestros mayores... Pues todo fué debido al imperio del sentido real y patriótico que simbolizó, y este será su más excelso timbre de gloria para la posteridad, D. Fernando de León y Castillo.

Más, y siempre en la corroboración de mi tesis, siempre refiriéndome á ejemplos prácticos de nuestra historia local, otra prueba de buen sentido, de amor al progreso, de amor á la ciencia, de amor á la patria, la tenemos en la institución social de nuestro «Museo de Antigüedades canarias». Parece, Señores, que fué providencial. Antes de abrirse la era de nuestro material desenvolvimiento, antes de venir el designio económico á meternos en el tráfago de la producción de riqueza, antes de llegar estos dias, pasageros, sin duda alguna, en que los nobles impulsos del ideal parecen agonizar el embate de secos egoismos é insanas codicias, un puñado de patriotas, algunos de los cuales viven aún, y otros entre ellos el Dr. Chil de imperecedera memoria, han pagado su tributo á la muerte, sin más mira que la desinteresada del saber científico ni otro móvil que el servicio de los intereses patrios, en 1879, hace veinticinco años, crearon, bajo los auspicios de la Corporación municipal, el «Museo Canario», arca veneranda de los restos de nuestros aborígenes, centro de los estudios de nuestra historia, altar siempre encendido al culto de la inteligencia.

¿Por qué he dicho que fué providencial la fundación del Museo antes de la concesión del Puerto de Refugio? Bien se alcanza, seño-

res. Porque tengo para mi que, por razón de la fuerza impulsiva de nuestros progresos materiales, desorientados cada dia más de la meta del progreso intelectual y moral, en la más estricta acepción de su significado colectivo, corriamos el riesgo gravísimo de alejarnos mar adentro, perdiendo de vista las playas de nuestros orígenes, de nuestras tradiciones, del enlace con nuestros antepasados, de todo lo que nos llama á la realidad de nuestro ser histórico; y así, señores, como el monasterio fué el depósito del saber en los rudos vivires del tiempo medio eval, salvando el legado clásico que admiró la humanidad en los albores del Renacimiento, el «Museo», no lo dudeis, en estos días de fiebre mercantil y de agitado afan por los materiales intereses, es el depósito de los preciados documentos de nuestra historia y de nuestro saber, que debemos fomentar y custodiar, con avaricias de rico, para que, en un porvenir no lejano, en los tiempos venideros de la síntesis y la armonía cuando Sancho practique artes de buen gobierno, y pierda la concuspicencia del medrar egoista, se complete, perfeccione y sublime la obra de nuestros grandes destinos.

Yo tengo en ello fé vivísima, señores. Yo creo en la reintegración armónica de nuestros elementos sociales, en el equilibrio y ponderación de los fines intelectuales, morales y económicos de nuestra pequeña patria. El mar revuelto y agitado por la furia de las tormentas es el mismo que, manso y sosegado copia en los dias de bonanza el riente azul de los cielos. La bóveda que ennegrece la tempestad y despide los siniestros fulgores del relámpago y atemoriza con la voz airada del trueno, es la misma que despliega ante de nuestros ojos el pabellón de la argentada luna y los fúlgidos luceros en las noches plácidas y serenas. El prado cubierto de escarchas y velado por la niebla en los tristes dias de invierno es el florido vergel que alegran las amapolas de la primavera..... Dejad, Señores, que pase la ola de la concuspicencia que todo lo invade y anega, dejad que el mismo impulso del avance produzca la necesidad de la reacción, dejad que el escudero solo se solaze ante las viandas de su repleta alforja. Día vendrá en que se imponga el influjo del buen sentido, como se impuso en 1881, en que esta ciudad, siquier agrícola y mercantil, lusca además, los nobles arreos de la ciencia y del arte, avivando, de nuevo, la sagrada llama del patriotismo. Tenedlo por cierto. Si el prodigioso florecer de nuestra riqueza, después de la magna empresa de nuestro puerto, ha sido parte á desviarnos del justo medio del ideal sensato, llevándonos por derroteros de letal apego á los fines económicos, «El Museo Canario» sociedad científica y patriótica, donde se rinde culto á los más desinteresados y sublimes de los fines humanos, que son los que rezan

con las facultades más nobles del espíritu, nos apartará de esos derroteros, llamándonos á tareas y ejercicios de superior actividad, recordándonos, y haciéndonos presente, que somos algo más que obreros de una gran factoría mercantil, ciudadanos de un pueblo libre, civilizado y culto.

*
* *

Permitidme, señores, un recuerdo para terminar. Era el día 27 de Abril de 1892. En otros salones de este edificio celebraba el Museo la recepción solemne de uno de sus socios más ilustrados, y al concluir los discursos, desde la mesa presidencial, irguióse la noble figura de un anciano, que ya abandonó las filas de la vida, dejando entre nosotros preciadas obras de segura inmortalidad, y con voz elocuente, con acento patriótico, con intuición profética, ¡él, único sobreviviente de aquella legión de sacerdotes de la patria, que hicieron una religión de su amor y un culto de su servicio!, llamó á la juventud á ocupar en el Museo los puestos que fuera dejando vacante la muerte, para que siquiera esta sociedad siendo el templo de los nobles ideales de la vida, el ara santa de los sacrificios del progreso canario, la prenda de solidaridad entre las generaciones del afortunado suelo... Aun resuenan en mis oídos las palabras de D. Domingo J. Navarro. Cumplamos, señores, el testamento del gran patriota. Dediquemos nuestra actividad al progreso intelectual y moral de nuestra isla. Velemos, desde el seno del «Museo, el fuego santo del patriotismo abnegado y heróico de nuestros mayores. Trabajemos, sin descanso, por la resurrección de la vida del espíritu, rompiendo lanzas por el ideal en presencia de los estragos de la concuspicencia que nos envenena. No caigamos en el Sancho de las ruines codicias por huir del Quijote de los molinos de viento. Pensemos en las máximas de buen gobierno de la ínsula. Sea nuestro ideal el de nuestros padres; trabajar con ahinco, con perseverancia, sin desmayos, pero con fé y nobleza de miras, la mente puesta en la Dulcinea de nuestros amores, esta querida tierra, Gran-Canaria.

He dicho.

DOS POESÍAS

POR D. AMARANTO MARTINEZ DE ESCOBAR

CERVANTES

Hoy los recuerdos de otra edad dichosa
Treguas conceden al dolor agudo
De mi amarga vejez tan azarosa:
Edad de goces en que el labio pudo
Cantar las glorias del preclaro genio
Que se llamó Cervantes;
De aquel que nadie aventajó en ingenio,
De aquel que fué coloso entre gigantes,
Y en mazmorras gimiera
Ahogando el ¡ay! de su dolor profundo:
El solo que en el mundo consiguiera
Siendo cautivo cautivar el mundo.
¡Qué angustioso vivir! como soldado
Enalteció la patria, fué valiente,
Fué noble, generoso y denodado;
Nunca pudo el dolor doblar su frente,
Porque siempre español, sufriendo penas,
Del africano Azan despreció el yugo;
Altivo consiguiendo entre cadenas
La fiereza humillar de su verdugo,
Y lleno de esperanzas é ilusiones
Al retornar hacia el hogar querido,
Sólo encontró en su patria decepciones
Y el acerbo pesar de ingrato olvido;
Que á nuevos calabozos arrastrado
Por la calumnia idiosa
Llego á envidiar el *manco* desgraciado
Del siervo la cadena ignominiosa
Y á bendecir su largo cautiverio;

Pues nadie ha comprendido todavía
Que al genio aquel que mereció un imperio
Se le privara de la luz del día.
¿Fué dolo, ingratitud ó fué malicia,
O fué la envidia artera
La causa del error y la injusticia?
Tal vez á esa injusticia se debiera
Que de la lobreguez de un calabozo
De miserias inmundo,
Brotase aquel fenómeno asombroso
Que hace tres siglos admirara el mundo.
Allí nació el *Quijote,* allí Cervantes
Entre el llanto y la risa,
Burlando su miseria y su amargura,
Soñando con castillos y gigantes
Su gran obra improvisa:
Inspiración de original locura
Que venció á la perfidia
Sin pensar en la gloria del portento:
Que siempre fué la envidia
Acicate valioso del talento.
Por todas partes divulgó la fama
La leyenda festiva del *Manchego,*
En cuya hermosa trama
Halla el dolor sosiego:
El alma se electriza
Con Sancho y sus donosas travesuras:
No hay sabio, ni ignorante,
Que no estalle de risa
Con las muchas y extrañas aventuras
Del ingenioso caballero andante.
Y el manco de Lepanto,
Aquel que fué Cervantes el divino
Que enaltecemos tanto,
Pasó como ignorado peregrino,
Y murió miserable
En oscuro rincón, desconocido,
Dejando trás de sí polvo impalpable
Que barrió la tormenta del olvido.

Tal fué del sabio el único trofeo;
La ingratitud del hombre
No levantó á su nombre un mausoleo,
Y gloria ha sido el conservar su nombre.
Es tardo el desagravio, más la pena
Es mayor que la falta cometida:
Dios al que se arrepiente no condena.....
Y al honrar de Cervantes la memoria
Arranca la nación arrepentida
Esa página negra de su historia.
. . . . . .
Discurre el pensamiento,
Recordando aquel siglo prodigioso
Del milagroso invento,
Que fué, en verdad, invento milagroso,
Que hubiera acontecido
Si esa inmensa riqueza
Del habla castellana,
Monumento de orgullo apetecido,
Arca de tanto ingenio y sutileza,
El tiempo aleve con su furia insana
Lo hubiera por desgracia destruido.
Gracias á Guttemberg, si hoy pobre España
El sol mira ponerse en sus dominios,
Y recuerda con saña
Escenas de dolor y de exterminios;
Aun tiene como antes
La grandeza del genio más fecundo;
Porque es gloria de España el gran Cervantes,
Y esa gloria inmortal domina el mundo.

* * *

QUIJOTADAS

Por rara casualidad
Me encuentro esta noche aquí;
Pues hace tiempo debí
Tener otra vecindad.

Salvé de una enfermedad
Que es por desgracia traidora;
Y esto mismo corrobora
Aquel adagio oportuno,
Que no se muere ninguno
Hasta llegarle su hora.
Y no sé si ha sido suerte
O desgracia fementida;
Ni si fué error de la vida
O fué engaño de la muerte.
Sin embargo, en mí se advierte
Una cosa singular;
Pues no es fácil calcular;
Todo el tiempo que he vivido
Despues de tener cumplido
Mi servicio militar.
Es que á veces me confundo
Y me digo para mí,
Cuando Dios me tiene aquí
Para algo estoy en el mundo.
Otras me pongo iracundo
Hasta perder el sosiego;
Pero se me pasa luego,
Pues tomo el *Quijote* aprisa,
Y pienso morir de risa
Con las cosas del *Manchego*.
Y aquí estoy porque he venido
Por el deseo impulsado,
Dios me perdone el pecado
Que viniendo he cometido.
Por Cervantes fuí atraído,
Pues por él siento pasión,
Y me colé de rondón
En medio de tanta gente
Para ver furtivamente
Qué tal sale la función.
Si es la ocasión oportuna
De celebrar nuestras glorias,
Contemos viejas historias

Por más que avergüence alguna;
Y si estimamos fortuna
Sufrir del yugo la ley,
Como sufre el yugo el buey
Y el pobre esclavo las penas;
Bendigamos las cadenas
Ad majorem gloriam Dei.
Gimió en cadenas Cervantes
Y nadie atendió su cuita,
Y gloria no necesita,
Pues no se la dimos antes.
El tiene elogios bastantes
Con solo su producción,
Y si ningun galardón
Le concedimos despierto,
Dejemos tranquilo al muerto
En su ignorado rincón.
Hoy del pobre *galeote*
Aventamos la ceniza,
Hoy nos damos mucha prisa
En celebrar el *Quijote;*
Queremos poner á flote
Los errores de otra edad,
Sin ver que en la sociedad,
Que por pena padecemos,
Tantos *Quijotes* tenemos
Que es una barbaridad.
No sé por qué me figuro
Que al pasar otros cien años,
Serán más los desengaños
Y algo mayor el apuro.
Habrá entonces de seguro
Mucha fiesta y mucho juego,
Mucha revuelta y trasiego,
Y no ha de haber incensarios
Para ahumar los centenarios
De tantísimo *Manchego.*

Alguna cosa daría
Por gozar de esos festejos;
Pero los que estamos viejos
Aun soñarlo es gollería.
Y esa juventud de hoy dia
Si llegar allá pensó,
¡Vive Dios! que se engañó;
Pues dentro un siglo verá
Que no la conocerá
La madre que la parió.
Y ya más no mortifico
Que hubiese sido mejor
Que este ya viejo cantor
Cerrado tuviera el pico.
Por tanto, pido y suplico
Me perdonen los azotes,
Pues ya me faltan las dotes
Y no canto como antes.
Nos hace falta un *Cervantes*,
Y nos sobran los *Quijotes*.

El pasado, el presente y el porvenir de Canarias

Artículo publicado en la revista «La Lectura» de Madrid.

Hemos de hablar, poniendo la mayor sinceridad en la pluma, de un territorio español que España no conoce; país transportado por la fantaseadora ignorancia de nuestro pueblo desde los mares tranquilos que bañan la costa occidental del Africa, á las regiones de América, y aún á las más remotas del Asia y Oceanía. Este país tiene por nombre Canarias, y figura—¿cómo no decirlo si existe quien lo ignora?—entre las cuarenta y nueve provincias de nuestra Nación.

Más ¿es posible que hablemos de Canarias, sin indagar antes cómo se ha producido este triste fenómeno por virtud del cual el pueblo español no considera á las antiguas Afortunadas como porción integrante del territorio patrio, ó á lo sumo las incluye en aquella clasificación de posesiones imaginarias que no aumentan ni disminuyen la importancia nacional?

Si hemos de ser justos al inquirir la verdad en este proceso, recurramos por breves instantes á la Historia, que así, al través de sus páginas, empezando por aquella donde se destaca la sangrienta figura del conquistador, iremos descubriendo responsabilidades de muchas generaciones, en descargo de nuestras culpas, tal vez reducidas al fatal cumplimiento de una inexorable ley de herencia, ¡triste patrimonio de familia errante, que prefirió siempre las rápidas victorias de las armas, al triunfo lento, perdurable y reparador del trabajo!

La conquista de Canarias fué, indiscutiblemente, el punto inicial de la expansión colonizadora de España, pudiendo afirmarse que, fundidos en un solo pensamiento conquistadores y conquistados, el pueblo isleño, pletórico de vitalidad, facilitó en abundancia la simiente germinadora de las actuales repúblicas americanas y de los poblados españoles que tienen su asiento en los territorios costeños del Africa.

Desde que Colón, para desgracia nuestra, emprendió el camino del Nuevo Mundo, llevando á bordo gente isleña, contada fué la expedición á América que al detenerse en Canarias no reclutara soldados y marinos, agricultores é industriales, los cuales, con recursos propios, en espontáneo movimiento de amor á la cultura, emprendieron trabajos de colonización, fundaron caseríos—hoy ciudades populosas de tradición y nombre isleño—y auxiliaron sin vacilar, rindiendo así tributo ferviente á la patria grande, lejana y

desconocida, la labor de extender sobre la virgen tierra americana el manto protector, entonces fuerte y respetadode la soberanía española.

Esta esplendidez de los canarios, confirmada en las expediciones á Berbería y en cuantos hechos realizaban á la sazón, disputándose el imperio del mundo las armas españolas, orientaron erróneamente á los gobernantes de la época, quienes estimaron el archipiélago como excelente cantera de soldados vigorosos y de colonizadores hábiles; tierra de transición entre Europa, Africa y América, sin otra importancia que los beneficios de una estación intermedia donde se recogen, al pasar, hombres fuertes, recursos abundantes y alimentos sanos. ¿Quién pensaba en explotar el suelo de las islas cuando enfrente abrianos de par en par sus puertas el continente africano, y más lejos, al otro lado de los mares, nos atraía, con la atracción irresistible de lo desconocido, un mundo nuevo?.... España no supo presentir que toda la obra gigantesca se derrumbaría, ¡toda la obra, menos aquella estacioncita de tránsito que ha visto desfilar centenares de héroes y millones de mártires!

—

Difícilmente se encontrará en el mundo clima más benigno y aires más sanos que los de Canarias; la temperatura máxima es de 29 á 30° centígrados, y la mínima de 12, pudiéndose fijar sin temor un término medio de 20°, con la atenuación—por si hay descontentadizos—de las brisas del mar y del monte, aquél limpio de suciedades en toda la costa, éste poblado de pinos, hayas y laureles, romeros, brezos y retamas. Respirando tal ambiente no es milagroso que Canarias registre, de ordinario, la menor mortalidad entre todas las provincias de España, y que el censo de población aumente con rapidez asombrosa, no consignada en las inútiles estadísticas oficiales.

A condiciones climatológicas tan excelentes corresponde un suelo feraz, pródigo en manantiales—si exceptuamos las pobres islas sedientas de Lanzarote y Fuerteventura,—apropiado á todo cultivo, seguro en la producción y poco exigente en abonos y labores, aun en aquellos terrenos que como los citados, carecen de agua y viven sufrienno las crueles caricias del desierto.

La tierra canaria es de las que recompensan siempre con exceso los trabajos del agricultor. La cochinilla, sembrada al azar sobre los nopales que brotaron y crecieron sin cultivo en las peñas, fué ayer el producto que llevó á las arcas labriegas centenares de monedas de oro y á la vida toda del archipiélago, en ciudades, villas y poblados, bienestar y abundancia. Los adelantos de la química hirieron mortalmente el negocio, y cuando creiamos que en la desaparición de aquel cultivo, propio de latitudes africanas, iba envuelta una total é irremediable ruina, sorprendiónos Londres con la exigencia extraordinaria de que le remitiéramos plátanos, iguales ó me-

jores en calidad á los importados de América, productora incomparable del delicado fruto. ¿Por qué no satisfacer la demanda? ¿Por qué no intentar esta casi absurda competencia?

La intentamos. Y á la vuelta de unos meses, con gran asombro del mercado universal y no menor orgullo nuestro, Londres, Liverpool, Southampton, Manchester, el Reino Unido todo y algunas poblaciones de Alemania y Francia, recibian miles de huacales conteniendo plátanos grandes y jugosos, ¡tan buenos ó mejores que los de América y más baratos!

Otro dia nos pidieron tomates, y tomates exportamos en cantidad considerable; demandaron patatas, almendras, naranjas, cebollas, tabaco, legumbres, uva, café, frutos, en fin, de las más diversas zonas, y las demandas fueron atendidas como si tuviéramos al alcance de la mano, en un trozo de tierra africana, las huertas de Valencia y Murcia, los trigales de Castilla, las vegas de Cuba, los plantios y bosques de América y de Asia... Yo presiento que un dia, si los ingleses piden té, el té surgirá de la tiera canaria hasta con envoltura china.

Cortando aqui la relación, que seria interminable, de los múltiples productos isleños, por lógica correlación de ideas pienso en los jardines de Canarias. Pero, ¿es posible hablar de los jardines de Canarias? ¿No sabéis que los más pacienzudos é ilustres botánicos extranjeros se disputan como honor descubrir y clasificar nuevos ejemplares de la flora isleña, eternamente renovada? ¿Es para nosotros algún secreto el propósito, patrocinado por Bélgica, de establecer al Norte de Tenerife una estación botánica, vivero de plantas mundiales?

Recorred las vegas de Gran Canaria; deteneos ante la dehesa, en la Palma; visitad Vallehermoso, en la Gomera; acudid, especialmente á las inmediaciones del incomparable Valle de la Orotava, *Campos Elíseos* soñados por la exaltación pagana para descanso glorioso de sus héroes. y comprenderéis que no hay notas, ni colores, ni palabras, para describir aquellos jardines que nacen en las vertientes del monte y mueren en las playas, como si las flores quisieran contener las vias del Océano ofreciéndole, en el misterio de la noche, el grato tributo de sus corolas vírgenes. Llegando á tal punto en nuestras observaciones, el visitante preguntará: ¿Los Gobiernos españoles no han pensado establecer en la Orotava un jardin de aclimatación, campo abierto á las investigaciones de la Ciencia universal? ¿Ni siquiera en esto vamos á disputarle prioridad al extranjero? El establecimiento, creado en tiempos de Carlos III, gracias al patriotismo de un canario ilustre, existe; pero arrastra vida tan pobre, se respira en él un ambiente tal de abandono, que más valiera destruir el vallado y dejar las plantaciones á beneficio del pastoreo libre. No son culpables de esta vergüenza los encargados del jardin; lo es el Estado, que con su indiferencia y su tacañeria por todo lo útil, dificulta la realización de buenos deseos y convierte en estériles las más fecundas iniciativas.

Él y solo él es responsable de que Bélgica haya pensado explotar las condiciones climatológicas de Canarias, é Inglaterra explote la feracidad del suelo; de que existan sin roturar miles de hectáreas de terreno público por oponerse á ello Municipios y particulares acaparadores; de que los montes se hallen próximos á la ruina, sin esperanzas de repoblación, bajo el poder de los caciques, de que Lanzarote y Fuerteventura, con sus llanuras fértiles capaces para producir tanto trigo que no hubiera donde encerrarlo, perezcan de hambre y sed; él y solo él, en fin. es responsable de que se desconozca en la Peninsula aquel país privilegiado, donde pasan el Estio, como este año, á una temperatura máxima de 28° centígrados, respirando perfumes y envueltos en brisas del mar.

—

¿He hablado de responsabilidades? La prueba debe ser inmediata, catogórica, precisa. Para un examen completo, bien pudiera remitirnos al libro excelente que acaba de publicar Ricardo Ruiz y Benitez de Lugo, isleño laborioso é ilustrado, propagandista infatigable de las bellezas del país. El libro, que se titula «Estudio sociológico y económico de las islas Canarias», ha sido ya enjuiciado en «La Lectura», y yo lo recomiendo para que en él se amplíe lo que aquí voy á tratar en resumen. Refiérome á las relaciones comerciales y á la comunicación del archipiélago con la Península y con las naciones extranjeras.

La conquista comercial de Canarias por los ingleses ha sido hábil y lenta, sin apresuramientos hauyentadores de la confianza pública. En este aspecto de maravillosa actividad comercial, el inglés desarrolla una táctica digna de estudio. Cuando concibe un negocio que ha de explotar en país extranjero, aparece ante todo como consumidor espontáneo y espléndido del producto; conviértese á poco en agente intermediario que facilita las relaciones de productor y consumidor; transfórmase lentamente en comprador del fruto para exportarlo por su cuenta, siéndole de este modo fácil estudiar el cultivo é ir sembrando con su generosidad la gratitud y el cariño; adquiere más tarde terrenos, monta oficinas, se rodea de personal bien pagado, da gran impulso al tráfico, y así que la opinión lo reputa hombre serio, caritativo y protector de los intereses del país, el inglés se nos presenta francamente, sin temores, en su aspecto de productor exportador.

Mientras los ingleses, en número considerable, dejando tras sí un reguero de oro, desarrollaban en las islas sus planes, España seguía enviándonos, como único elemento de vida y relación, burócratas averiados, gobernadores ambiciosos, jueces y fiscales sometidos á expediente, y algunas veces armas y municiones para que las tropas se adiestraran en ejercicios de combate.

El resultado escueto, sin adornos de fantasía, ha sido el siguiente:

La exportación á Inglaterra que en 1861 sólo representaba unas 24.000 libras esterlinas, arrojó en 1900 estas cifras: plátanos por valor de 528.540 libras; tomates, 207.966; patatas, 41.000, almendras, 27.534; cochinilla, 13.544; naranjas, 5.701; calados en tela, 10.432; cigarros, 2.783; otros productos, 7.734. Valor total de la exportación á los puertos ingleses: 845.234 libras,ó sean 21.130.750 pesetas, sin contar los cambios, que lo elevarían próximamente, en 5 ó 6 millones.

Valor de la exportación á la Península en el mismo período: *cero*, ó una docena de miles de pesetas que para el caso son equivalentes.

En 1902 ingresaron en la provincia por exportación á Inglaterra sólo de plátanos, tomates y patatas, quince millones quinientas mil pesetas, siendo la exportación á la Península, análoga á la de 1900. Durante el año económico de 1903 á 1904, que finalizó en Junio, la exportación para Inglaterra ha aumentado considerablemente.

¿Y pretenderéis que la estadística no resulte desconsoladora cuando sepáis que la conducción de un huacal de plátanos á Londres importaba 1'25 pesetas y á Madrid 20 pesetas?

Por lo que se refiere á la importación en las islas, sólo he de citar este tristísimo dato. En 1899 Inglaterra figuró con 24 millones; España no pasó de seis.

¿Precisan más detalles? ¿Queremos torturar nuestro espíritu con nuevas cifras?

Fijémonos en el movimiento marítimo de 1902, por ser la estadística más completa y minuciosa. ¿Sabéis cuantos vapores ingleses arribaron al puerto de la Luz? 1.356. ¿Españoles? 451, incluyendo los del servicio interinsular. Durante el mismo ejercicio, la Administración principal de Correos, establecida en Santa Cruz de Tenerife, despachó, aparte de otros extranjeros, los siguientes vapores que conducían correspondencia: españoles (sin contar los interinsulares), 170; ingleses, 301.

Por si algo falta en esta dolorosa comparación de relaciones, advirtamos que para Londres sale diariamente un correo y para Cádiz cuatro ó cinco al mes, según convenga á la Trasatlántica. A cambio de este aislamiento postal, tenemos la ventaja de una fácil comunicación por cable con la Península, pues el despacho de quince palabras cuesta muy poco: ¿1,05 pesetas como el de Baleares? Algo más: 4,05.

Así es como nuestros hombres públicos torpemente, criminalmente, han auxiliado á Inglaterra en la conquista de Canarias.

—

Pero ¿es inglesa Canarias? No; española hasta la exageración, española hasta el fanatismo.

«En nosotros vive y vivirá siempre el alma española»—dijo

Galdós.—«Españolas—escribió Dicenta después de un viaje al archipiélago—son las Canarias, política y hasta, valga la palabra, fisiológicamente hablando; pero Inglaterra las tiene envueltas, prisioneras entre sus redes económicas; el Gobierno español no se cuida de atender, como ellas merecen, sus intereses materiales, morales y administrativos, y como es lógico, Inglaterra gana terreno de dia en dia y España lo pierde... Los sentimientos canarios están en España; los intereses canarios cstán con Inglaterra: de ahí que la hermosa provincia española sea, contra su voluntad acaso, pero obedeciendo á fatales imposiciones de los hechos, una colonia inglesa, cuyos gastos para nuestra nación y cuyos beneficios disfruta el imperio británico».

¡Tibieza en el amor á la patria!... ¿Quién lo sintió, ni aun ante las mayores injusticias y los más soberanos abandonos?

A Inglaterra deben las Canarias su engrandecimiento. Inglaterra ha despertado alli poderosas iniciativas, ha movido fabulosos capitales, ha hecho de pequequeñas industrias grandes fuentes de riqueza; España ha opuesto los obstáculos del trámite á las más modestas pretenciones mercantiles, ha cerrado sus puertas á la producción insular, ha preterido á los laboriosos en provecho de los vividores. Inglaterra, cuando el deber convocó á los isleños para que defendieran la soberanía nacional en el amargo trance de 1897, llevó á los hogares desamparados auxilios y esperanzas; España nos negó hasta el alimento espiritual, al inferirnos la ofensa de creernos perjuros. Inglaterra, durante la invasión del cólera, envió á Tenerife algunos miles de libras; el Gobierno de España, á quien demandamos por amor de Dios un puñado de pesetas para atajar los progresos de la miseria, contestó así: «No hay capitulo de calamidades».

Sin embargo, «en nosotros vive y vivirá siempre el alma española», aunque la torpeza de unos pocos se obstine en verter sobre nuestras cabezas el agua bautismal del separatismo.

¡Separatistas!... Interroguemos al Cónsul norteamericano en Tenerife, y él nos dirá como las turbas excitadas en aquel pueblo sin defensa, desafiaron locamente al poderio yanqui, cuando las provincias peninsulares pidieron temerosas la paz; preguntemos á los ingleses y ellos nos recordarán que un dia, la fútil sospecha de maquinaciones contra el poder de España, provocó rugiente protesta y estuvo á punto de originar tremendas colisiones; acudamos de nuevo al testimonio de los Estados Unidos, y ellos nos contarán que ahora, no hace todavia dos meses, las clases más elevadas de la capital, á trueque de incurrir en groseria, rechazaron una galante invitación de los marinos norteamericanos por el solo recuerdo de que un dia fueron enemigos de la patria.

No vale la pena esforzarse en rechazar tales injurias. Cuando—como escribe Ruiz Benitez - la prensa acusa de prevaricador á un Abogado fiscal, de explotador de emigrantes á un Gobernador y de abusos punibles en la movilización de las reservas, y se pro-

cesan y absuelven á los denunciantes; cuando se pretende enviar funcionarios que aqui molestan, y es necesario destituir por telégrafo, en pleno estado de guerra, un Capitán general, y no hay más remedio que renovar toda la magistratura de una Audiencia en pocos meses, y se deja cesante al más alto funcionario de Hacienda, faltándole pocas semanas para la jubilación, y se extiende la prensa en descripciones de escándalos producidos por los que debieran evitarlos; cuando todo eso ocurre, los patrocinadores de la inmoralidad, los causantes del mal, no están autorizados para decir á quien el mal sufre con paciencia: eres separatista. Porque entonces el pueblo asi injuriado, tendrá necesidad de devolver la injuria exclamando: Separatistas vosotros,Gobiernos que me olvidásteis; separatistas vosotros,que hacéis dejación de los derechos de España; separatistas vosotros que relajáis los vínculos morales y materiales de unión; separatistas vosotros, que me arrojásteis á la inclusa internacional para que me prohijara, compasivo ó ambicioso, el primer transeunte; separatistas é insensibles al amor vosotros, que ni aun ahora, llegada la mayoria de edad, cuando estoy en la plenitud de la vida, queréis recrearos en mi belleza...

Presumo que el lector reflexivo no sigue con atención estas razones. ¿Será que su pensamiento ha saltado nuevamente á las estadisticas comerciales y á la relación de los beneficios que Canarias debe á Inglaterra? ¿Será que en su espíritu no encuentra justificación la idea de que los canarios profesemos cariño inextinguible á España?

La voz del maestro ahoga la duda... «En nosotros vive y vivirá siempre el alma española»... Basta que él lo haya dicho, para que la afirmación sea elevada definitivamente á la categoria de verdad incontrovertible.

—

Lo escrito basteria para apreciar el nivel de la cultura en Canaria. Las relaciones directas y constantes con los paises que señalan el rumbo á la civilización europea, han ejercido rápida y eficaz influencia en el carácter isleño, determinando una orientación progresiva en la evolución de las costumbres. Actualmente—y no se traduzca esto en ofensa á nadie—Canarias puede marchar á la cabeza de las provincias españolas en cuanto á refinamiento del gusto. En más de una ocasión, yo he tenido el placer de observar la agradable sorpresa producida en el ánimo de los peninsulares que visitan las islas, especialmente de aquellos que en alguna ocasión traspasaron las fronteras españolas.

Y es que en los hoteles canarios, en los cafés, en los casinos, en los teatros y en las calles, en las relaciones todas de la vida social, respírase ambiente europeo muy acentuado. Hasta en las fiestas de los pueblos humildes, donde á nadie se le ocurre la atrocidad de correr novillos embreados, se advierte esa tendencia

al refinamiento. (Y ya que de novillos se habla, bueno será advertir que en Canarias no han logrado despertar entusiasmo las corridas de toros, pese á los esfuerzos de Mazantini, el *Gallo* (padre), *Minuto* y tantos soles más de nuestra teoría.)

Desgraciadamente hemos de confesar que en esa educación del pueblo canario, tienen muy poca parte los centros de enseñanza. ¿Y cómo han de tenerla en mayor escala, si exigiendo la ley que funcionen en el archipiélago 460 escuelas públicas,sólo existen á la hora presente 258? ¿Cómo,si mientras á cada entidad de población en cualquier provincia peninsular corresponde una escuela—según cálculos de un diputado—Canarias la tiene para cada treinta y nueve entidades? Añádase á tamaño absurdo que la política influye perniciosamente en el maestro, sumiso al cacique que lo libra de responsabilidad cuando no cumple sus deberes, y se tendrá justa idea de cómo anda allí la instrucción pública, limitada por otra parte á los estudios del bachillerato, á los del magisterio hasta el grado elemental y á los recientemente creados de industrias, cuyos frutos son aún desconocidos.

Gracias que la actividad isleña ha roto los moldes de estudios oficiales. Mucho antes que el ilustre D. Manuel Troyano, en un chispazo de su poderosa mentalidad, señalara á la juventud española el camino de las escuelas extranjeras, que nos devuelven ahora electricistas, mecánicos, agricultores y comerciantes instruídos, las generaciones nuevas del pueblo canario se repartían por Francia, Inglaterra, Alemania y Bélgica, con el deseo de llevar al país, a la vuelta de unos años, el gran caudal de conocimientos prácticos adquiridos en granjas, talleres y laboratorios. No ha influido de igual modo la preponderancia extranjera en la Literatura y en las Bellas Artes, tal vez por que ellas, en nuestra organización espiritual, formen la entraña del alma española.

En aprieto grave se veria quien tuviera que estudiar la literatura isleña. ¿Existe tal literatura, manifestación peculiar, propia, característica, inconfundible, del pueblo canario? ¿Orientación alguna, franca, permite descubrir, para dias próximos, el robustecimiento de un arte regional, que recoja palpitaciones de almas y visión de cosas isleñas? Paréceme que no. Cierto que la novela, la poesía y el cuento, suelen tener algo de pastoriles églogas, evocaciones de un país lejano, perdido, con su leyenda patriarcal, en las tenebrosidades históricas, donde el amor surgía entre flores y espumas; al caer dulcemente la tarde, como suprema expansión de una raza vigorosa, rendida al placer del trabajo sobre la tierra fecunda, junto al mar. Pero estos rasgos diferenciales han vivido solo breves horas en las líneas de un cuento ó en las páginas, escritas al desgaire, de un ensayo de novela; pocas veces se exteriorizaron en obras de empeño.

¿Quiere esto decir que falten en Canarias ambiente, mentalidad y sentimiento artístico para producir? ¿Acaso no se formó en la tierra canaria el cerebro español más potente de la época actual,

el cerebro de Galdós? ¿No fué engendrado allí el gran espíritu de artista de Guimerá? En el solar nativo, á la sombra del almendro en flor, ¿no escribió sus estrofas más sentidas Estévanez, maestro de humoristas y de revolucionarios?

Y como prueba de que estos frutos no nacieron al azar en el árbol isleño, os citaré nombres de gente que ahora empiezan, ó que se hallan en la primera mitad del camino. Canarios son, aunque en Canarias no vivan al presente: *Angel Guerra*, crítico, novelista, literato de vasta cultura, primero entre los primeros de la generación nueva, á quien vosotros, escogidos lectores de esta Revista, conocéis hace tiempo, como lo conoce el público de las hojas diarias; Miguel Sarmiento, cronista delicado y observador, que ahora nos ofrece las galanuras de su estilo en *La Tribuna*, de Barcelona; Antonio Dominguez, autor ingenioso, recibido con aplauso sincero y justo por el público y los críticos en sus sainetes populares «El bateo» y «El ciego de Buenavista»; Luis Maffiotte, escritor erudito, que prepara inmensos volúmenes de indiscutible trascendencia para los estudios bibliográficos; Ricardo Ruiz, ya citado, autor de obras tan conocidas como «La enciclopedia» y «El libro del año»; José de Lara, ilustrado periodista, discípulo predilecto del gran Ferreras, y Luis Doreste, el más joven de todos, que empieza con brios su labor de poeta.

¿De los que trabajan en Canarias? Pérez Armas, impresionista vigoroso, que ha llevado á sus narraciones, á sus esbozos novelescos, escritos con extraordinario donaire, una gran dosis de ambiente regional; los hermanos Luis y Agustín Millares, temperamentos artísticos de cuya fecundidad dan testimonios cuentos á granel, novelas y ensayos de arte teatral, y Mario Arozena, observador minucioso que, al través de sus leyendas, desliza con fortuna atrevimientos realistas. En otro orden, como cultivador del estilo, como prosista brillante, no puede quedar olvidado el nombre de Francisco González Diaz. Y saliendo del campo de la prosa para entrar en el del verso, nos encontramos con poetas tan excelentes como Rodriguez Figueroa, Zerolo, Perera Alvarez y Crosa, revolucionario desdeñador de la forma impuesta el primero, devoto de los clásicos el segundo, cantores de la plácida vida isleña los dos últimos.

Prudencio Morales, José Franchy Roca, Patricio Estévanez, Domingo Doreste, Arturo Sarmiento y *Jordé*, forman en las avanzadas de la prensa, que en Madrid ha tenido representantes como Juan de Quesada y Francisco Gutierrez Brito, y donde también descuella, por su fogosidad y su cauticismo, Pérez Armas.

Todos estos nombres, en cada rama del arte literario, representan lo definitivamente juzgado con juicio favorable. Detrás de esa barrera surge un centenar de nombres en formación. ¿Por qué no vive vida de mayor intensidad y robustez la literatura en Canarias? Es probable que el vértigo comercial haya despertado en las almas menos mercantilistas apetitos no saciables fácilmente con el

producto de la labor á punta de pluma; tal vez pese en los cerebros y en los corazones el yugo de la política...

¡La política canaria! ¡Qué vergüenza para quienes la practican! ¡Qué gran responsabilidad la de sus amparadores! No oiréis hablar allí á los políticos salvo excepciones honrosas, de libertades, de instrucción popular, de reformas administrativas, de cuestiones obreras, de higiene, de moralidad pública. Los oiréis hablar del disfrute de las franquicias, eterna manzana de la discordia, del arriendo de los servicios, del reparto de los empleos; los veréis fraguando terribles venganzas personales, destruyendo bases de fortuna, pisoteando independencias, sembrando por donde pasan odios y amarguras.

Así la Administración pública, entregada á las concupiscencias de estos hombres, con el refuerzo de inmoralidad que el Estado envia periódica y sistemáticamente, viene á sintetizar toda la política colonizadora de un pueblo, que inició su expansión en Canarias y allí la termina, sin acto de contrición ni propósito de enmienda, cuatro siglos y medio más tarde.

—

Hasta aquí llegamos en nuestra rápida excursión por las Islas.

Conocemos un poco del pasado, otro poco del presente. ¿Qué pensáis del porvenir?

Pensaréis que aún podemos los españoles realizar en Canarias una gran misión. Los sentimientos canarios están en España; los intereses canarios con Inglaterra. ¿Por qué también no han de estar con nosotros los intereses?

Los intereses—como hacía notar en otro artículo Dicenta—pueden más que los sentimientos; y el comercio y la agricultura canarios, que solo encuentran dificultades en la madre Patria para su enriquecimiento y desarrollo, y solo hallan para lo mismo facilidades en Inglaterra, pondrán primero los ojos de su codicia, y luego los de su afecto, en quien se apresura á favorecerlos, no en quien los abandona y olvida; porque los comerciantes en plátanos, que no pueden, por el excesivo precio de transportes que las compañías andaluzas imponen á los géneros, negociarlos en España, los negocian en Inglaterra; porque en Inglaterra harán sus amistades y á Inglaterra enviarán sus hijos, como los ingleses envían los suyos á Canarias; porque entre estos hijos é hijas nacerá el amor, favorecido por la existencia de correos diarios, no entorpecido por falta de correos que lleven frases de amor ó de cariño donde las aguardan con ansia; porque entre canarios é ingleses, no entre españoles y canarios, se cruzará la raza, y porque, andando el tiempo, Inglaterra, que ha hecho suyo el estómago de los canarios,

que los tiene cogidos por él, los cogerá también por el corazón, que aún nos pertenece.

Con España pueden estar también los intereses, si no encomendamos la conquista de ellos á los profesionales de la política.

En la acción del Estado solo hay que pensar como se piensa en el premio *gordo* de Navidad, que ha de poner término todos los años ¡y nunca llega! á nuestras crisis económicas.

Ya nos contentaríamos con que los Gobiernos, en un período de algunos años, atendiesen á cualquiera de estas vergonzosas necesidades; aumenten hasta diez mensuales el número de correos; sustituir el cable actual, que se ha roto 19 veces, teniéndonos muchos dias incomunicados; rebajar la tarifa telegráfica en armonía con el resto de España; eximir de derechos de importación á los productos de Canarias, que ignoro por que son considerados como extranjeros en las Aduanas españolas; hacer escrupulosa selección del personal, lo mismo en el elemento civil que en el militar y el eclesiástico que se envíe á las islas; atender á la repoblación de los montes, sobre todo en Lanzarote y Fuerteventura, que por no tenerlos carecen de agua; cumplir la ley en lo referente al número de escuelas y ordenar una constante y rigurosa inspección; borrar de la estadística el ignominioso capítulo de que sea Canarias la provincia española donde existen menos kilómetros de carretera; multiplicar en el país, dotándolos de excelente material, los establecimientos de enseñanza agrícola y marcantil, y encargar del mando superior de la provincia á hombres de prestigio, con fuerza y poder suficientes para convertir el desenfrenado mangoneo político en sería y honrada Administración.

Ese, mejor ó peor trazado, sería el programa de una labor patriótica por parte de los Gobiernos.

Otra cosa es la iniciación de la conquista comercial del Archipiélago para España. En tal empresa, la acción privada, el esfuerzo colectivo de las gentes emprendedoras ha de hacerlo todo.

Hay aún mucho por explotar en Canarias; existen vírgenes de tráfico, fuentes enormes de riqueza que brindan fortuna á los hombres laboriosos. Especialmente la industria, que no se encuentra tan adelantada como el comercio, ofrece campo vastísimo al estudio y á la iniciativa.

Si el dinero español va á Canarias, honrada y noblemente, será bien recibido; si los esfuerzos españoles van á fundirse con nuestros esfuerzos, en reciprocidad de pérdidas y ganancias, de dolores y alegrías, en buen hora se fundan para constituir el caudal inmenso de amor y trabajo que juntos ofreceremos á la patria común. Lo que hace falta es que ese movimiento de capitales y de energías no se retrase.

¿Quién dará el impulso? ¿Quién ha de darlo? La prensa, á la cual podía acusársele también en este asunto nacional—y no moleste la acusación que la formula un periodista—de indiferente ó descuidada.

Un viaje del jefe del Estado, á quien de todo el territorio nacional solo le falta conocer Canarias, sería solemne inauguración de campaña, pero aun descontando la probabilidad de ese suceso, los profesionales observadores y cultos que hoy recorren la Península y el Extranjero ávidos de impresiones, pudieran prestar al país, como fruto de una plácida pero no ociosa excursión, el inestimable servicio de establecer esa corriente salvadora entre los cerebros, los corazones y los bolsillos de aquí y de allá.

¡Cuántas veces hemos pensado en esto los canarios!

—¿También vosotros?...

MANUEL DELGADO BARRETO.

NUESTRO PERRO

—Escritores canarios

¡Pobre camarada¡ Lo recuerdo como cosa de ayer; y eso que por entonces eran m's cabellos rojizos como el penacho de la mazorca y ahora son todo ceniza.

No sé quién de los dos vino primero al mundo. El ó yo, es lo cierto que vivíamos el uno para el otro, como dos enamorados, y mejor todavía, como San Roque y su perro, que así nos motejaban en el pueblo.

Clareaba apenas y sentíale ya menearse inquieto á la puerta de mi cuartucho. Por la juntura de las hojas, poquito á poco introducía la juguetona pata, semejante á la manita de un niño calzado en mediecita de seda. Y pasado un buen rato de subir y bajar la pata á lo largo de la brecha, así como pulsando las cuerdas de una guitarra, de un empujón abría la puerta; y tan súbitamente me lo encontraba en lo alto de la cama que nunca pude saber si era él ó la luz descocada del sol naciente quien primero me daba en los ojos. ¡Con qué prisa escondía la cabeza entre las ropas calentitas del lecho haciéndose el adormilado, temeroso de mis travesuras! Pero á fé que no le valía porque yo le liaba con mis vestidos, le volvía las orejas del revés, lo zarandeaba sin piedad, lo acunaba como á mi hermanito de pecho, y Dios me lo perdone, hasta lo persignaba como á mí mismo, y buen trabajo me costaba.

Quien más quien menos, todo el mundo le quería en casa; no tanto como yo sin embargo, porque aquello hubiera sido un manicomio. Llegada la hora de las caricias, cuando mi padre mis hermanos y yo llegábamos de la ciudad, ¡Dios y ayuda para el pobre *Galán* que no atinaba adonde volverse! Quien, ciertamente no le quería ni miaja era la Munda, la criada vieja y gruñona: una institución en la familia, testigo presencial en el casamiento de mis abuelos, que vió nacer á mi padre, y á todos nosotros y para nada servía ya, fuera de hilar y disputar con la abuela. Cuando el perro salía escapado, lanzando quejidos, bien seguro que la Munda le habia pisado ó golpeado con el huso. Sentir al perro y chillarle á la Munda era el pan nuestro de cada día. La abuela aseguraba que la anciana sirviente tenía celos del perro porque yo le quería más que á ella; pero como la abuela y la Munda siempre estaban tirándose de la lengua, pensaba yo que eso de los celos eran malquerencias de la primera; por más que, bien pudiera tener razón la

abuela, porque la Munda no perdía ocasión de decir que era pecado querer de tal manera á los animales.

Tanto le quería yo, que un día llegué á llevármelo á la escuela acurrucado bajo el delantal. Por de pronto todo iba bien. Lo escondí en el pupitre, cruzando los brazos sobre la tapa y apretando fuerte temiendo que pudiera levantarla de un embite. Cuando llegó la hora de escritura, yo, que había quitado el tintero del hueco en que ajusta, entre palote y palote, atisbaba regocijado al perro por el agujero viéndole como, hecho un ovillo se recostaba perezoso sobre mis cartapacios. De pronto sacó la punta del hocico por el redondo ventanillo y estornudó de una manera tan ruidosa y extraña que toda la clase estalló en carcajadas. El maestro golpeó con la regla sobre la mesa abriendo los ojos como dos naranjas, buscando inutilmente por todas partes la causa de aquel ruido. Contéme perdido cuando un chico que tenia á mi lado se levantó y con voz atiplada dijo á D. Laureano: *El señor, que tiene una bestia.* Me ví la nube encima. El maestro me llamó, y la tapa del pupitre no sujeta ya por mis brozos, alzó con estrépito haciendo *Galán* su aparición como Luzbel en *El Nacimiento,* por escotillón, para venir saltando ante mí, que por primera vez le negué mi amistad, volviéndole la cara como si no le conociera. ¡Pobre amigo mío! De igual manera como tantas veces nos partimos el pan, aquella tarde partimoe los palmetazos si bien él se escabulló y para mí fué la racha casi entera.

Al oscurecer, cuando *Galán* se llegó á hacerme fiestas, caído el rabo y restregándose el hocico en las baldosas, como si me hubiera hecho una trastada cuando era yo el culpable, pregunté á mi madre con el alma entristecida y mirándole con infinita compasión, si los perros también tenían su Dios y si en el cielo volvíamos á verles; y como madre no pudo contener la risa que apresuradamente estalló en sus labios y la Munda se santiguó, regañándome por aquellas *blasfemias* corrí á esconder la cabeza en el regazo de la abuela por que no me vieran llorar.

*
* *

Fué una tarde de verano, calurosa como pocas. El pueblo *dormía la siesta* Estaba yo en el umbral de la puerta de la calle, abierta como la boca del infierno, dando paso á una lengua de sol, ancha, ardorosa y deslumbradora que se extendía por la entrada.

Percibíase sólo el zumbar incansable de alguna cigarra asilada entre los árboles de la llanura. Súbitamente sentí un cerrar de puertas, confuso griterío de aquí y de allá, y en creciente algarabía pasaron por la calle chiquillos y mujeres corriendo azorados y volviéndose á mirar atrás como empujados y perseguidos. De una brazada apartáronme de la puerta; era mi padre que en cuatro

saltos bajó la escalera y se lanzó calle abajo armado con la escopeta y gritando:—«Cerrar, que hay un perro rabioso.»

¡Un perro rabioso! Mi único pensamiento fué para el pobre *Galán* que por ningún lado parecía. Todo lo escudriñé, cuarto por cuarto: el perro no contestaba á mis gritos, el perro no debía estar en casa. ¡Qué angustia la mia y qué alborotar y golpear el suelo con los piés, emprendiéndola con todos para que me devolvieran el perro, porque *Galán,* el pobrecito, á nadie había hecho daño!

Cuando me ví de nuevo en la entrada, ya la puerta estaba, también, abierta otra vez y... ya en élla el perro; pero ¡en qué estado lo encontraba! Siempre tendré ante mis ojos aquel cuadro, hasta entonces el más triste de mi vida. Allí, mi pobre amigo, las orejas caidas, erizado el pelo, temblando como la hoja del árbol, desangrándose por dos heridas en las que se veian marcados los dientes de aquel perro contagioso que, como á tantos otros del pueblo había revolcado á *Galán*, desgarrándole la carne y huyendo á campo traviesa, para morir sabe Dios donde. Todos, en mi casa, rodeáronle sin decir palabra; mis hermanitas lloraban como yo: por el rostro de mi madre y mi abuela, también corria el llanto; mi padre se mordía los labios y golpeaba un pie sobre las losas. Por cima el hombro de todos, levantándome de puntillas, mirábalo la Munda, mascullando no se que retaila. Quise lanzarme sobre el perro, que dirigía á mí sus miradas. Este movimiento decidió á mi padre, y apartándonos á todos se echó á la calle con el *Galán,* que, sin fuerzas, le seguía arrastrándose entre el polvo, que le ocultaba á mis ojos.

La tarde habíase quedado muy trista. Soplaba el viento, y nubarrones ennegrecidos como bocanadas de incendio, comenzaron á avanzar por el cielo como si persiguieran á mi padre. Yo seguía de lejos á *Galán,* tan pronto deteniéndome para que no me viesen, tan pronto corriendo otra vez para no perderlos de vista. Echaron por un callejón de encinas que bajaba al torrente seco. Yo tomé el camino alto, deslizándome cerquita de ellos, sin que les fuera fácil descubrirme. Entonces se detuvieron. Mi padre cogió una piedra y mostrándola al perro, arrojóla hacia la mitad del torrente, azuzándole para que se lanzase á recogerla, pero el pobre animal, al volverse, me había visto y vacilaba en obedecer á mi padre, mirándome con ojos que hubieran ablandado las piedras.—«¡Aquí, *Galán,* aquí!—grité desesperado sin saber lo que me hacían; pero mi padre, al oirme, silabeando una blasfemia—acaso la única que asomó á sus labios—más rápido que el perro, dió un salto atrás, se echó el arma á la cara, la disparó sobre el animalito que á tumbos rodó muerto al fondo del torrente.—¡A casa!—gritóme mi padre, con voz que me pareció el ahullido de una fiera, mientras volvía el rostro para que no viese yo una lágrima rebelde que mal humorado y aprisa enjugóse con la manga.

A la puerra de casa, como todas las tardes, estaba la Munda, murmurando y volteando el huso con sus dedos.

Pasé corriendo delante de ella y diciéndola con toda la amargura de mi alma de niño.—¡Padre ha muerto al pobrecito *Galán:* ya estará usted contenta!

* * *

¡Qué larga se me hizo aquella noche! El viento no se emperezó ni un instante, pareciéndome sus ahullidos á través de puertas y ventanas, que el perro no estaba muerto que había surgido del torrente y desde la calle me llamaba. Hasta llegué á creer, por un instante, que le sentía rasguear á la puerta y le veía por entre una rendija ladear la cabeza y mirarme con un ojo. Rezaba yo por él cnantas oraciones sabía y le pedía á Jesús que me devolviera al pobrecito *Galán,* y en pago rompería yo mi hucha para verterla toda en la bandeja de las ánimas, cuando *el Cojo* pasase con ella en la Iglesia ante el banco de familia.

Al cabo, cojí el sueño; pero fué para ver de nuevo al compañero de mis alegrías, orlado por nubes de oro y rosa, subiendo, subiendo, y volviendo á mí sus ojos amorosos. Ya se perdía en las inmensidades del cielo, cuando apareció á mi lado don Laureano armado de una escopeta larguísima; le apuntó riéndose, hizo fuego, y ví al *Galán* caer desde las puertas del mismo paraíso. Yo le tendí mis brazos, pero ¡ay! que me arrastró consigo y nos precipitamos en un abismo todo negro donde, abrazados uno á otro, íbamos cayendo, cayendo.....

De pronto, me desperté y al verme sobre el lecho como siempre, entrando por las grietas de los postigos, como cada amanecer, la luz del día, comprendí que lo pasado había sido un sueño, que el perro estaba vivo y que, como á cada romper del alba, vendría á abrir la puerta de mi alcoba, para llenarme á su modo de besos y zalamerías. Y el corazón me saltó de gozo al sentirle que se acercaba, que como siempre, rascaba en la puerta antes de abrirla, y... ésta se abrió por fin, dando paso á la Munda. A la Munda que me recomendó silencio y me hizo vestir á toda prisa y llevóseme calle abajo, sin saber yo donde me conducía, ni lo que por mí pasaba.

Iba clareando el día; todavía las casas veíanse cerradas y solitarias las calles. Yo la miraba con el rabillo del ojo. Estaba más amarilla que otros días, pero su rostro, como de costumbre, nada me decía. Entonces observé que íbamos derechos al torrente y que la Munda llevaba una espuerta y un azadón. Un reguero de sangre nos guió al sitio donde el perro se encontraba. Aparté de aquel lugar los ojos, por lástima que me daba, cuando un tirón de la Munda hizo volverme. Ya había colocado en su espuerta al pobre *Galán* y emprendíamos las subida del otro lado del torrente. El

paso era estrecho, yo iba casi detrás de la Munda, dándole la mano derecha y con la izquierda llevaba á rastras el azadón, que de otro modo no me era posible. Ella se echó á cuestas la espuerta, de donde salía colgando la cabeza del perro, que se balanceaba sobre mí al compás de los pasos tardos de Munda y de sus resuellos jadeantes.

Al otro lado del torrente estaba el cementerio, que apareció de pronto sobre mí, en la cima de un montecillo. Lo rodeamos un trecho, y al llegar á una de las paredes por donde ufanos ví asomaban guirnaldas de hiedra, la Munda dejó en tierra la preciada carga y se puso á cabar al pié mismo de la pared con tal ansia, que parecía haber recobrado las juveniles fuerzas. Una vez que me aproximé para ayudarla á sacar la tierra, con un ronquido extraño que nada tenía de humano, me separó con el pié y siguió su faena. Cuando el hoyo fué bastante hondo, depositó al *Galán* en él, secóse el sudor abundante que por aus manos y cara corría, y encogiéndose hasta ponerse á mi nivel, me dijo, bajito, bajito que apenas la oía:—«Al otro lado de esta pared está el nicho de los tuyos. Aquí están tus abuelos y tus hermanitos y aquí mañana... ¿Verdad que te place que lo pongamos aquí dentro?—Y antes de contestarla, me cojió la cara entre sus manos secas terrosas, mordiéndome con sus besos largo rato. De un impulso súbito, agarró otra vez el azadón y extendió la tierra sobre el compañero de mi vida.

*
* *

La Munda vivió todavía muchos años; severa como siempre, habiéndoselas con todo el mundo de la mañana á la noche. Cuando iba á morir y ya no hablaba, me acerqué á la cabecera de su lecho, y pegando mis labios á su oído, la dije:—«Munda, ¿se acuerda usted del pobre *Gaián,* Munda?—Ella hizo que sí con la cabeza y abrió los ojos por última vez, para mirarme. Cuando hubo muerto, le dije á mi padre: – «Quiero pedirle una cos: que se entierre á la Munda en el nicho de los nuestros.»

Y allí reposa, esperándonos á todos.

ANGEL GUIMERÁ.

Nuestros poetas del tiempo viejo

A la Vírgen de Candelaria

(FRAGMENTO)

Flor del jardin del Hacedor del Cielo,
Plantada de ab-eterno en su memoria;
Ave que fabricó la tierra á vuelo,
Humillando el divino autor de gloria;
Carbunclo que da luz al cielo y suelo,
Oro puro acendrado y sin escoria,
Que aunque en pobres mineros fué criado,
Por el sol de justicia fué apurado

Luz de la luz, que luz de luz dió al dia,
Luz que auyentó la noche del pecado,
Luz de la luz, aurora de alegria
Del mismo sol su luz ha transformado;
Estrella cuya luz es norte y guia
De aqueste mar, sin luz y golfo airado,
Que por dar luz de gracia á estos paganos,
Traeis de luz candela en vuestras manos

ANTONIO DE VIANA.

LITERATURA DRAMATICA

OBRAS ESTRENADAS EN LA TEMPORADA DE 1904-5

III

El teatro extranjero

Los grandes éxitos en los teatros de Francia, Italia, Inglaterra y Alemania

---

SUMARIO.—*Rose Berd*, de Hauptmann—*Il re burlone*, de Rovetta—*La lutte*, de Halbe—*La fiaccola sotto il moggio*, de D'Annunzio—*Don Quixote*, de Lorrain—*Le bercail*, de Bernstein—*Petit-Peste*, de Coolus—*L'Escalade*, de Donnay—*Le duel*, de Lavedan—*Notre jeunesse*, de Capus—*Le crime d'Aix*, de Pujol—*Les ventres dorés*, de Fabre—*Armidi et Gildis*, de Samte-Croix—*Scarron*, de Mendes—*La Maissiere*, de Lemaitre—*La Piccola fonte* y *Le fin dl'amour*, de Bracco—*L'ange du foyer* y *La Pallise*, de Flers—*La conquéte de l'air*, de Audigier—*El instinto*, de Kistemaeckers—*Los héroes*, de Shaw—*Madame l'ordonnance*, de Chancel—*Edad de oro*, de Faydean—*El más fuerte*, de Giacosa.

Rose Bernd, de Hauptmann.

Fuera de España se acentúa la tendencia á desdeñar ese Teatro de acertijo, ese enigma perpetuo sobre el cual gira la acción de todos nuestros dramas. Al público no le importa cómo se desenlazará un conflicto entre dos rivales que aman á una mujer ni se desvive por seguir la pista de un personaje al través de una comedia en la que hay de todo, pasiones, gritos, desafíos, cartas que se extravían ó que llegan inesperadamente; testamentos falsos y parentescos fingidos; todo, en fin, lo que viene á constituir el entramado de una obra de teatro en España. No. Aquel público—

ya sea alemán, francés o italiano—podrá ver con indulgente asentimiento obras de esa laya, porque todas las muchedumbres son sensibles á esos pueriles recursos escénicos y en todas partes el alma del público es algo muy fácil de sacudir y conmover; pero no se resigna á que los dramaturgos le sonsaquen el aplauso siempre con las mismas astucias y las mismas previsiones.

Sin desdeñar enteramente la obra de enredo, el melodrama patético y la farsa reidera insinúa de cuando en cuando otras necesidades. Le interesa el mundo de las pasiones y le interesa lo que sucede en las conciencias, la incubación obscura y terrible de toda la vida moral de los seres. Sin abdicar de sus prejuicios tradicionales, aquel público no escucha con desvío al innovador que se dispone á revelarle nuevos aspectos de existencia ni vuelve la espalda con displicencia al iconoclasta audaz que va derecho á destruir su idea ó su amor, aquello que ama la multitud ó aquello en que cree. Tiene el don de escuchar y de comprender. Aquí en España el gusto del público ha cristalizado, se ha petrificado en dos ó tres fórmulas dramáticas, incansablemente traídas, llevadas y resobadas por los dramaturgos. No se atiende ni se aplaude otra cosa. Todo lo que fuerce á pensar á desalojar un tópico de nuestros gustos, es rechazado, vituperado, silbado y pateado.

Vaya por delante una historia de angustia, de humillación y de crueldad. Rosa Bernd, una campesina de Silesia, ha sido engañada por Cristóbal Flamm, alcalde de la aldea, que es un hombre casado, y no prevée que no podrá reparar el daño que la infiera en la honra, y Rosa, por su parte, no recuerda que es la prometida del encuadernador Augusto Keil, con quien deberá contraer pronto matrimonio. El azar dispone que este vínculo clandestino que une á Rosa con Cristóbal no pase inadvertido para Streckmann, un obrero desenfrenado y que éste bárbaro asedie á Rosa amenazándola publicarlo todo.

Rosa, sobrecogida de temor, busca á Streckmanu é implora su silencio. Ya se adivina el éxito de aquel paso. El obrero, que es un amasijo de brutalidad se impone á la moza y la ultraja. Transcurre algún tiempo sin que nada de esto transcienda, hasta que un día el Juzgado interviene en una querella entre Streckmaan y Augusto Keil, por haber agredido el primero al segundo, intervención judicial que da lugar en uno de sus episodios á que el padre de Rosa acuse á Streckmann de haber difamado á su hija. El obrero, lejos de negarlo, sostiene é invoca el testimonio de Cristóbal Flamm. Este es llamado á declarar, y entre tanto Rosa, desesperada y deshecha en llanto, niega y jura en falso. Luego, en plena desolación, sintiendo la magnitud de su aislamiento huye al través de los campos, maldiciendo de su destino, enloquecida y aterrada. ¿Desenlace? En el quinto acto Rosa concluye declarando ante el gendarme que la ha detenido que su hijo, ha sido abandonado al pie de un sauce, en el bosque.

La obra ha tenido en Alemania ruidoso éxito. Es, como se ve,

una recriminación dura á la hipocresía social y una mueca de asco hecha al bárbaro desenfreno de los hombres. Rosa, cortejada, acosada, y abandonada, sin encontrar un asidero, ni en la misericordia de su familia, ni en la piedad de los que la ultrajaron, ni en la justicia de las leyes, es una protesta y una acusación implacable contra un orden social que sanciona con su silencio, y á veces con su aplauso, todas las canallerías que cometen los hombres.

*
* *

Il Re burlone, drama de Fermin Revetta.

El primer acto de *Il re burlone* es de simple exposición para fijar lo que es el ambiente, para preparar la entrada de los personajes principales. Estamos en Nápoles, y en un cuarto lujoso del hotel del «Giglio d'Oro», precisamente en la habitación de Rosalía Mirabella, la *prima donna* del teatro de San Carlos. Es ya tarde; la ópera ha terminado, y la tiple regresa á su casa llevando entre los brazos las coronas y las flores que le arrojaron á la escena en premio á su trabajo artístico. Le acompañan el noble Andrea del Castelluccio, gentilhombre de Corte; el empresario Barbaia, el periodista Taddei y el profesor Savoldi, maestro del Príncipe heredero. En la calle le dan serenata á la tiple, y se oye el sonido de guitarras y mandolinas y el eco de los vivas con que la aclaman. En un cuarto contiguo duerme Fannya, la que se hace pasar en el teatro y fuera de él por hermana de Rosalía.

Rosalía Mirabella, la artista célebre, no puede declarar que Fannya es hija suya. La muchacha tiene dieciseis años y es un primor de belleza y de ingenuidad. Es novia de un apuesto mancebo, del barón Vicenzo Alliana, quien llega á poco de regresar al hotel la tiple, fingida hermana y madre verdadera de Fannya. Todo en torno á Rosalía es júbilo y entusiasmo, cuando entra la doncella, que viene del teatro, y anuncia entre suspiros y lágrimas que la Policía ha secuestrado los trajes, las mallas, las faldas de los artistas por orden del Rey.

Para colmo de males, el Rey, que hace pocos dias que regresó á Nápoles, ha invitado á Rosalia Mirabella para que cante en Palacio, con ocasión de las fiestas de Navidad, en el gran drama sacro *El Nacimiento de Jesús*, cuya representación se prepara en su residencia regia de Caserta Y todos sospechan en la invitación una celada, un pretexto, á fin de aprisionar ó desterrar á la célebre tiple. Pero no irá sola á la cárcel ó al destierro, porque entonces se descubrirán sus relaciones con el barón de Alliana,que conspira por la unidad italiana. Tiemblan los presentes: el barón Alliana, el conde Verolengo (amigo del Rey que no podrá él tampoco salvarse), la tiple, su hija... Y ésta, que ha oido la conversación desde

el cuarto contiguo, que les ha oido hablar de las conspiraciones carbonarias, asoma la cabecita rubia por lar cortinas para decir: «¡Prométeme, Vincenzo, que no conspirarás!» Toda la escena se ilumina con un rayo de luz, de hermosura y de juventud con la aparición de Fannya, de su inocente sonrisa...

El segundo acto pasa en una sala del palacio de Caserta. Aparece Fernando II, el *rey Bomba*, en mangas de camisa, con el cigarro en la boca, entretenido en componer una corona de oro que cubrirá la cabeza de madera de un monigote ó payaso que en el *nacimiento* ha de representar á uno de los Reyes Magos. Y sobre la rica mesa de la sala se ven esparcidos juguetes y payasos representando el buey y la mula, los otros Reyes Magos, los pastores y el niño Jesús. El jardinero de palacio y su mujer ayudan al rey en su trabajo. Fernando II se ríe del jardinero; cuenta cuentos verdes en dialecto napolitano, y cuando no le observa el marido pellizca á la mujer, de carnes blancas y sonrosadas. El *rey Bomba*, mientras le arregla la cabeza al Rey Mago tararea un aria de la ópera *Linda*. El contraste es característico é irresistiblemente cómico. El arte con que Rovetta presenta al *re burlone* bajo su verdadero aspecto, siempre riendo, trivial, ignorarte, presuntuoso, hipócrita, embustero y supersticioso le valió una grande y unánime ovación.

Entran el Príncipe heredero y sus tres hermanitas, el noble Castelluccio, el capitán Alliana, el conde Verolengo, Rosalía y Fannya y, por último, monseñor Cocle, confesor del Rey. Los guardas suizos que guardan la puerta y que se ven en el jardín anuncian con pompa cortesana la entrada de todos aquellos personajes, á quienes recibe el Rey en mangas de camisa y sin cesar en su tarea de componer muñecos. Todos se inclinan, haciéndole grandes reverencias, y el Rey, no obstante su aspecto y sus burlas, actúa de majestad.

¡Ah, el *rey Bomba!* Al noble Castellucio le quita la silla en el momento que va á sentarse, derribándole en el suelo; al maestro Savoldi le habla en tono de mofa de su ciencia, y dice que á su hijo, el Príncipe heredero, no le hace falta saber nada sino montar á caballo y jurar en todas las lenguas; al conde Verolengo le advierte que serán inútiles todas las conspiraciones, porque Carlos Alberto es un loco y Pío IX, un curilla vanidoso y jugador de ventaja y á todos, comenzando por Rosalía, les dice que no consentirá que le traigan *jettatura* con sus artes y sus ciencias al palacio de Caserta.

El *rey Bomba* concluye por sentarse en la mesa, apoyar los pies en una silla y, mordiendo la colilla del cigarro, estallar en sonora carcajada.

Después, cuando ya se han ido todos y va á dar comienzo el drama sacro, el *rey Bomba* se queda solo con monseñor Cocle. El Rey cae de hinojos ante Cocle, y su confesióa es una de las escenas más hermosas del drama. Al final del acto se ha revelado al Rey que una vasta conspiración, una conjura militar,

amenaza la seguridad del reino y la vida del Soberano, señalando como cabezas de motin al maestro Savoldi y al capitán Aliana...

En el tercero y en el cuarto la acción que en los dos primeros actos se ha desarrollado lentamente, se precipita y conduce á la catástrofe final velozmente. El Rey ha ordenado al regimiento de suizos que encarcelen al barón Alliana y al maestro Savoldi. Y el Rey, con el barón de Battifarmo, se trasladan á las cámaras regias donde se hospedan la tiple Rosalía y su hija Fannya.

Momento emocional, momento hermosamente dramático. Las dos pobres mujeres son interrogadas brutalmente. Lloran, suplican, piden perdón de culpas imaginarias.

El miedo á la conspiración ha despertado en el alma de Fernando II la crueldad. En vano Fannya, loca de terror, confiesa que es hija de Rosalía, creyendo que ese es el secreto que tratan de arrancarle. Lo que él quiere que confiesen las dos es que el barón Alliana conspira y toda la conjura en sus menores detalles. La infeliz madre y la infelicísima hija no saben nada. Pero no importa, porque servirán como testigos de cargo. Y como tales testigos figuran, no obstante sus protestas y llantos desesperados, cuando aparece Alliana conducido por los guardias suizos á celebrar un terrible careo.

En el acto final, Alliana ha sido condenado por un Tribunal militar á ser pasado por las armas. Rosalía y su hija podrán partir desterradas del reino; el conde de Verolengo será transportado á bordo de un buque de guerra á la presencia de Carlos Alberto. Tal es la voluntad del Rey. Y cuando Alliana va á la muerte, al fusilamiento, aparecen Rosalía y Fannya llevadas allí, por mediación de la Reina de Inglaterra, á pedir perdón de rodillas. Tienen una suprema esperanza al entrar el niño Príncipe, el heredero del Trono, y á él se acojen y su tierna inocencia invoca.

—*¡Nessuna grazia!*—exclama el *rey Bomba*. y les vuelve la espalda. Fannya cae desmayada, mientras que su madre, socorriéndola, besándola, llamándola tesoro mío, maldice al Rey y pronostica la terrible venganza del pueblo italiano, el destronamiento del bufonesco, monstruoso y tirano monarca.

La maldición con que termina el drama de Rovetta es una profecía histórica.

*
* *

La Lutte, drama de Maximiliano Halbe.

Un escritor joven, á quien se tiene por el discípulo más aventajado de Sudermann, Maxlmiliano Halbe, acaba de despedirse de las sugestiones de su maestro dando á la escena una obra de indisputable originalidad.

Hay en la obra todos los elementos de la tragedia helénica, vita-

lizados, intensificados por un enérgico y tempestuoso aliento de verdad: pasiones, lazos de sangre rotos é inmolados á un interés torpe, conatos de adulterio, odios fratricidas, que atiza y sostiene calientes el amor de una mujer, muertes, y sobre todo, por encima de todo, la voz del destino imponiéndose con fatídica é incontrastable elocuencia.

En la obra de Maximiliano Halbe, personaje principal es el río, el Vístula, río trágico, cuyas aguas, no enfrenadas á tiempo, anegan las vegas y los campos, arrastran las casas de los labradores y llevan por delante la muerte y el exterminio.

La acción del drama es sencilla, tranca, impetuosa,brutal. Pedro Dora, labrador de medianos recursos, es el encargado de cuidar que las aguas del Vístula no rompan los diques que las mantienen encauzadas. Pedro es un hombre egoista, duro, implacable, sin el menor asomo de piedad por nada ni por nadie. La finca en que vive procede del robo, puesto que se la ha arrebatado á sus hermanos Enrique y Jacobo escamoteando el testamento de su padre.

Para preservar sus tierras de la invasión de las aguas, Pedro refuerza los diques todos los dias y se desvive porque el río no se desbride. Es la preocupación única de su vida. Voluntad empedernida y tenaz la de Pedro logra todo, ó casi todo, lo que se propone.

Muchos mozos en el contorno codiciaban el amor de Renata. Se interpone Pedro, y se casa con ella. Sin embargo, este hombre está condenado por la fatalidad á malograrse. Una de las crecidas del Vístula le arrebata sus dos hijos, y Pedro, temeroso, creyendo ver en aquello la airada intervención providencial, confiesa á Renata el crimen cometido á costa de sus hermanos y el remordimiento que le socaba el alma.

A partir de aquella confesión, adiós paz conyugal. Renata, asqueada y herida de pertenecer á aquel hombre, le rehusa y la concordia de los esposos se rompe. Entretanto, á espaldas de aquel drama familiar levántase otro más trágico: la amenaza del río. Enrique Dora, uno de los hermanos abandonados por Pedro, es ingeniero. Se ha educado solo, y es ya célebre.

Esta nombradía despierta la envidia de Pedro, y por si ella no era bastante, la sospecha de que su mujer pueda amar al ingeniero la acrece y la emponzoña. Sin embargo, el peligro común, que está en la amenaza del río, mantiene una aparente fraternidad en aquella casa. Todos tres, Pedro, Enrique y Jacobo, tipo salvaje, que no se considera obligado á disimular que le gusta su cuñada, trabajan por contener los ímpetus del Vistula. Como he dicho, Jacobo ama á Renata; pero al ver que ésta se inclina sentimentalmente hacia Enrique, el más noble ejemplar de los tres hermanos, su cólera estalla contra Pedro, porque le ha desposeído y le ha abandonado á las vicisitudes de una vida montaraz y solitaria, y contra Enrique, porque le ve preferido por Renata. Esta tempestad

de odio le sugiere un plan de venganza atroz: romper las compuertas de los diques que contienen las aguas. Pedro sorprende aquella idea y trata de desbaratarla. Se traban los dos hermanos á brazo partido, y entrambos caen en el río, cuya corriente los arrastra.

Renata y Enrique les sobreviven, como si el autor del drama hubiese querido apartarlos del castigo providencial que el Vístula aplicó á Pedro y Jacobo, las dos fieras de la familia.

¿Tesis de la obra? Ninguna. Es un drama rudo, escueto y real. Si algo podría probar es que á la larga son felices los que deben serlo. Pero no: abstengámonos de reflexiones temerarias, que la misma vida desmentirá inmediatamente, poniendo la dicha al alcance de los malos y el dolor en el ánimo de los buenos.

*
* *

La fiaccola sotto il moggio, drama de Gabriel D'Annunzio.

Así se titula la nueva tragedia de Gabriel D'Annunzio, que se representa actualmente en los teatros italianos con varia fortuna. En Génova y Bolonia despertó gran entusiasmo. En Milán, el éxito fué mediano solamente. En Roma fué ruidoso.

El título de la obra es simbólico y está formado de una supertición del país de los Abruzzos.

La fiaccola sotto il moggio significa la antorcha bajo el almud, es decir, el símbolo del feudalismo señorial.

La acción se desarrolla, en tiempos de Fernando I de Borbón, en la villa de Anversa, donde se levanta el castillo de los Sangros.

Doña Aldegrina es la veneranda abuela, que ve amargada el desmoronamiento del poderío de su Casa. Viuda dos veces, tuvo un hijo del primer matrimonio, Tibaldo, y otro del segundo, Bertrando. Los hermanastros se odian. Tibaldo, débil y de malos instintos, ama á Angiria Fura, no menos perversa que él, é hija de un *serparo* (cazador de serpientes) que vive en las selvas.

Antes de levantarse el telón, Algiria ha asesinado de un modo cruel á Mónica, esposa de Tibaldo. Con el pretexto de hacerla ver unos vestidos depositados en una caja, hizo que Mónica inclinara la cabeza hacia el fondo, y se la aplastó con la tapa. Logró hacer creer á la justicia que se trataba de un caso fortuito, y pasó á ser la segunda esposa de su cómplice Tibaldo.

Gigliola y Simonebbo, hijos de Tibaldo y Mónica, ignoran el crimen; pero Bertrando se lo revela un dia á Gigliola, y ésta desde entonces no piensa mas que en la venganza.

Mientras tanto, Angiria traiciona á Tibaldo con su hermanastro Bertrando y envenena lentamente al enfermizo Simonebbo para que no llegue á heredar el nombre y riquezas de su Casa.

Gigliola lo sabe todo y vigila. El odio entre ambas mujeres cre-

ce. En una bellísima escena, Angiria confiesa á Gigliola con cínico descoco su crimen y la complicidad de Tibaldo.

En el segundo acto, Angiria repite la acusación delante de Doña Aldegrina. Tibaldo, fuera de sí, quiere matarla; pero Doña Aldegrina lo impide y á las maldiciones de su hijo, que lamenta su desgracia, exclama:

— *Triste sino el de una madre que no puede consolar.*

El *serparo*, al saber la boda de su hija, viene á felicitarla y traerla regalos. Pero ella, avergonzada de que su padre sea un rústico, le hiere con una piedra en el jandin del castillo. El *serparo*, descorazonado, quiere irse; Gigliola le llama y le restaña la herida.

El *serparo*, conmovido, le cuenta su viaje, le habla de su vida y le muestra los regalos destinados á su inhumana hija, entre los cuales figura un puñal fino y delgado. La niña pide el puñal como reduerdo.

El *serparo* lleva consigo también saquitos de serpientes venenosas, y cuando se vá Gigliola oculta un saquito de aspides.

Desde este momento siéntese violentamente empujada á la acción.

Es de noche; toda la casa está en silencio; el momento es trágico.

Gigliola, resueltamente, mete la mano en el saquito de los áspides y se deja morder repetidas veces.

Se dirige á la alcoba de su madrastra empuñando el arma.

Vuelve desesperada. Angiria estaba ya muerta. Tibaldo la habia asesinado. Y sigue un terrible diálogo entre padre é hija, en que ésta dice á aquél que no era bastante digno para realizar una obra que á ella sola correspondía.

—Con este crimen he lavado mi vergüenza—exclama Tibaldo.

—No—contesta Gigliola;—has cerrado la boca que te acusaba...

Gigliola empieza á sentir el envenenamiento de las picaduras.

—Nadie me siga. Adiós.

Tibaldo cae á sus pies desplomado, diciendo:

—Pasa, pasa, sobre mí...

Así acaba esta tragedia, que ha sido motivo de grandes discusiones. Unos la reputan inferior á todo lo que escribió su autor; otros, por el contrario, la enaltecen y encomian.

Lo innegable es el corte exquisito de los versos, la deslumbradora riqueza de las imágenes y la sencillez y vigor del estilo.

Lo que Emilio Faguet ha dicho de *La Hija de Jorio* puede aplicarse exactamente á esta nueva obra de Gabriel d'Annunzio. «Es un drama violento y lleno de sobresaltos.» La acción feroz y atroz no está atravesada por ningún soplo fresco en la terrorífica fabulación de la obra. Una sola escena muy corta contrasta un momento con el cuadro uniformemente siniestro, pero esta misma escena acaba en la más conmovedora desesperación. El nuevo drama es la tercera parte de la tetralogía á que pertenece igualmen-

te *La Hija de Jorio*, y que, en el plan de D'Annunzio, debe constituir un cuadro poético y trágico de los Abruzzos, su patria. *La Hijo de Jorio,* dada poco ha en París, en el Teatro de l'Œuvre, ha conmovido porque se ha sentido palpitar las fibras del terror y de la piedad, y porque en la fabulación se intercalaban los desenfrenos del amor ardiente y las dulces efusiones de la ternura. En *La Fiaccola sotto il moggio,* el autor se ha decidido *á priori* por las tintas negras. Si apropósito de *La Hija de Jorio* se ha podido hablar algo shakesperiano, el nuevo drama de D'Annunzio se parece más que al *24 de Febrero* de Zacarías Nerner, donde el terror dramático se lleva al paroxismo. Después de cien años, volvemos otra vez á las sombrías impresiones de la pesadilla. Como el escritor alemán, el dramaturgo italiano en la sucesión de las peripecias fatales, más que la repetición de un mismo efecto fantomático: el crimen llamando al crimen. Así el público que llenaba la sala del extremo en Milán—allí estaba la crema de la literatura italiana contemporánea, Giacosa, Boito, Graf, Corradini y otros—no ha aplaudido calurosamente más que los dos primeros actos. El tercero muy discutido, fué escuchado con reservas; el último con frialdad y casi con protestas.

* * *

Don Quijote, comedia de Jacques Le Lorrain.

¡Pobre Don Quijote! Lanza en ristre, caballero sobre el malaventurado Rocinante y acompañado de su escudero, Sancho Panza, exhibíase al público de París, hasta hace en el teatro Víctor Hugo..... No obstante la formal prohibición de Cide Hamete Benengeli, el poeta francés M. Jacques Le Lorrain le había evocado, y le había encarnado el actor Bour.

Pero este Don Quijote, *el caballero de la cara larga*, como se llama en francés *(chevalier de la Longue Figure)* tiene del de Cervantes poco más de común que el nombre. Quiere, como el de la novela, «deshacer todo género de agravio y ponerse en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama»; pero su aspiración principal es la suprema belleza, el amor; y en sus idealismos, sueña con transformar el mundo entero en una mansión de amor purísimo..... Es, más que el sabio loco manchego, la personificación de la fuerza noble, del impulso generoso; en oposición á él, los demás personajes del drama, representan las fuerzas malvadas que se oponen á la realización del sueño.

La acción del drama, muy sobria, no está constituída por ninguno de los episodios de la inmortal novela. M. Le Lorrain aprovechó solo los nombres, y algo—muy poco—del espíritu caballeresco del protagonista para componer su fábula.

He aquí á lo que se reduce ésta, sucintamente referido:

Al llegar D. Quijote, con Sancho, al Toboso, todo el mundo se burla de él; él no lo comprende. Una Dulcinea de guardarropía se finge su dama, para divertirse con el malaventurado caballero como con un nuevo juguete. D. Quijote, enamorado de ella, le canta su amor en una poética serenata.

Alguien le dice que aquello es una farsa; que su Dulcinea es una impostora. Y él no quiere escuchar siquiera.

—Yo creo en su amor—dice con agradables versos—igual que en su pureza, y encuentro mayor felicidad en la fe que en la duda.....

Y con obstinación de loco, reanuda bajo la ventana de ella la interrumpida serenata.....

Los amigos de Dulcinea, so pretexto de poner á prueba su amor, le proponen que vaya á la sierra á rescatar un collar de perlas que unos bandidos robaron hace poco á la doncella. Esto equivale á enviarle á la muerte, pero D. Quijote no vacila; parte.

En el camino rehusa el auxilio del *bachiller de Salamanca,* que pretende salvarle; sólo con Sancho Panza, llega á la montaña, y allí, naturalmente, los bandidos le derriban, le atan y se disponen á ahorcarle.

Por anticipado les perdona el crimen D. Quijote. Resignado á morir pide que le dejen rezar su última plegaria. Y tan delicada es la oración, tan apasionados acentos pone en ella, que consigue impresionar á los bandidos, los cuales, no sólo le desatan y le devuelven el collar de perlas, sino que subyugados por las palabras del caballero, imploran arrodillados su bendición..... Es un triunfo del idealismo sobre la materia..... Y D. Quijote, trasfigurado, sublime, los bendice; los llama *elegidos de su corazón,* y, vencedor, regresa al Toboso.

Allí en los últimos cuadros, se entera de la falsía de Dulcinea, es despreciado por los amigos de ésta, y triste y desesperado huye del pueblo..... Su dolor está envuelto en suprema y melancólica resignación.

—¿De qué me habría servido—dice—mi larga peregrinación por la tierra si no es para enseñarme á sufrir la falta de piedad y el desamor?....

Se alejará para siempre, irá á morir á la montaña, feliz por morir, más seguro que nunca de que el amor universal reinará un día sobre la tierra, y entonces no dudará del amor de Dulcinea..... Una estrella aparece; cree reconocer en ella la mujer adorada..... Y forjándose ensueños placenteros, recordando las mentiras que le hicieron feliz, aspira á subir á reunirse con ella, trocando la ilusión en realidad....

¿No es cierto que este *Don Quijote* podrá ser todo lo poético que se quiera, pero no se parece mucho, que digamos, al sublime loco de Cervantes?....

Más interesante que la obra es, sin duda, la vida de su autor.

M. Jacques Le Lorrain era hijo de un zapatero. Pasó su infancia poniendo medias suelas y tacones. Llegó la juventud, quiso ser poeta y lo fué; escribió un drama en verso titulado *Kain;* tres libros de poesías, *Evoché, Fleurs pâles* y *Ça et la,* que revelaban en su autor, al decir de los críticos franceses, grandes condiciones de poeta; cuatro novelas, *Nu, Le Rousset, L'Au-Delá* y *Les Voluptueux,* que fueron muy elogiadas por críticos tan distinguidos como Sarcey, Jean Aicard, Lacour y otros, y una alta comedia denominada *Tél,* que fracasó en el teatro del Vaudeville.

En 1896, desengañado acaso de la poesía, ó acaso porque la literatura no le daba de comer, abandonó las musas y volvió á las medias suelas, abriendo una zapatería en la calle del Sommerard.

Pero, sin duda carecía de sentido práctico mercantil, pues al poco tiempo tuvo que cerrar la tienda. Entonces, nuevo hijo pródigo, volvió á la poesía y comenzó á escribir su *Don Quijote,* sintiéndose acaso identificado con aquel idealista alejado toda su vida de la realidad.

Se estrenó *Don Quijote;* tuvo éxito; el público aplaudió; muchos críticos—Catulle Méndes entre ellos—elogiaron la obra..... Jacques Le Lorrain, en tanto, agobiado por mortal enfermedad, veía extinguirse su vida entre crueles sufrimientos, en un rincón de una provincia.

Hace poco, sintiéndose herido de muerte, no quiso bajar al sepulcro sin haber visto en escena su última obra, la que escribiera con tanto cariño..... Y fué á París, y experimentó su última alegría al oir á M. Bour declamar sus versos y al público aplaudirlos.

Presenció la representación tendido en un amplio sillón colocado en un palco..... Y tan atrozmente le hacía sufrir su enfermedad, que dijo á M. Jean Thorel, que le acompañaba:

—Me alegro de haber venido hoy..... Mañana sería tarde; voy á morir esta noche...

Aún se prolongó su vida algunos días, sin embargo. Fué conducido á una casa de salud de Arcueil, y allí agonizó lentamente, muriendo á los cuarenta y ocho años, hace dos meses, el 7 de Mayo último.

*
* *

Le bercail, drama de Henry Berustein.

Esta nueva producción, *Le barcail, (El redil),* es una preciosidad. Delicadeza, sencillez, verdad absoluta, seguridad perfecta en el desarrollo del asunto; tales son las cualidades de *Le bercail.*

Al levantarse el telón, Evelina Landry lee emocionada el final de un poema de la condesa de Noailles, teniendo por público á su esposo, comerciante retirado, que confiesa ingenuamente su inopia

literaria, y á su cuñada Rosa que además de no comprender los versos los detesta. Esta escena primera basta para poner al espectador dentro del asunto. Asistimos á la lucha inevitable entre un espíritu delicado y las gentes que le rodean, desprovistas del más escaso espiritualismo. Evelina le cuenta á un novelista amigo de la casa, Jacques Foucher, sus amarguras, su decepción al no encontrar en su matrimonio más que la soledad de dos en compañía, y no la compensación que en él creía ver á su niñez sin afectos ni caricias.

Al verse no comprendida por su marido, tuvo aún la esperanza de que la maternidad le revelaría las dulzuras desconocidas; pero tuvo un desencanto más al convencerse con estupor de que no la entusiasmaban los balbuceos de su niño Jorge.

El novelista escucha con interés, con satisfacción estas revelaciones, y aprovecha la ocasión para ofrecer á Evelina un último refugio en el amor que dice profesarle, y que más que amor es un caprichoso deseo.

Rosa, la cuñada, siempre acechante, acaba de abrir los ojos á su hermano, que ya empezaba á comprender el peligro y la inclinación de Evelina al escritor. Para evitar que el mal se consume, Landry indica á Foucher la necesidad de que no vuelva por la casa. Este protesta de su nobleza. Pero Evelina, exaltada por los obstáculos, decide abandonar á su marido, que no tiene valor para detenerla.

En el segundo acto, cuatro años después, asistimos á la nueva desilusión de Evelina. Jacques Foucher, aunque vive con ella, la trata con displicencia y la obliga á vivir entre gentes groseras y pervertidas. que la hacen echar de menos las relativas asperezas de su antiguo hogar. Después de una escena violenta, Evelina decide separarse para siempte de Foucher, y viéndose por completo abandonada, pues la ley la divorció de Landry, se dedica al teatro, aprovechándose de sus aptitudes para recitar.

Su compañía hace una *tournée* y va á Lyon, donde vive Landry. Este no puede resistir la tentación de ir á ver representar á la que amó, y sale del teatro muy emocionado. Entra en el cuarto de su hijo, y se produce una escena encantadora y tierna.

Cuando el padre sale, la criada dice al niño que la señora que desde París le envía tantas veces dulces viene á verle.

Llega Evelina, y besa, abraza, acaricia á su hijo con loco ardor.

La puerta se abre y aparece Landry sorprendido, irritado aparentemente.

Se llevan al niño á una habitación inmediata. Evelina suplica unos minutos de atención, y desahoga su alma confesando sus errores, los sufrimientos con que los ha purgado durante los cuatro años transcurridos.

Landry parece inflexible: todo ha terminado entre aquella pecadora arrepentida, que se aleja con el corazón destrozado, y este juez

severo, que no tiene más entero el suyo al tenerse que imponer una falsa rigidez.

Pero todo son apariencias nada más. Al ir á franquear Evelina la puerta, Landry la detiene, diciéndola muy bajo:

—Quédate. Te amo todavía.

Es el amor, *la verdad eterna, el alma del mundo,* más fuerte que todos los prejuicios, leyes y convencionalismos; el amor, que inspira las palabras del olvido y de perdón.

***

Petit-Peste, comedia de Romain Coolus.

Petit-Peste, título de una comedia en tres actos, original de M. Romain Coolus, es también el mote de Catalina Lambret, hija de un cómico, la cual, al salir del convento en que se educó (se mal educó, según verá el curioso lector), ha ido á pasar las vacaciones en una posesión de los Chameron, amigos de su padre.

Petit-Peste es franca, desenvuelta, excesivamente libre en maneras y lenguaje; sabe más cosas de las que debe saber una muchacha de su edad; pero bajo esta apariencia se esconde un buen corazón, que hace dispensables sus travesuras, mejor diremos sus desvergüenzas.

La ocasión de probarlo, sacrificándose por los que han llegado á ser para ella sus verdaderos padres, se presenta bien pronto.

La Chameron es una mujer especial, que, á pesar del sincero cariño que profesa al que desde hace quince años pasa por su marido (no lo es), le engaña una y otra vez; en ella pueden más los sentidos que el corazón, y nunca se da cuenta exacta de sus faltas hasta después de cometidas. Entonces, pesarosa, vuelve los brazos á su apasionado compañero y trata de borrar en su conciencia los remordimientos colmándole de verdadera ternura. Y hasta la otra. Chameron lo sabe todo; pero sufre y calla porque no puede arrancarse del alma el cariño hacia aquella veleta, que es la pasión absorbente de su vida.

Uno de los fugaces amantes de esta inquieta mujer, el *sportman* Chancelet, intenta reproducir la aventura y al efecto se instala en un *chalet* próximo á la posesion de Chameron. La ve, la habla y consigue una cita. Pero Petit-Peste ha sorprennido la conversación, y pensando en la amargura de su buen amigo si llegaba á descubrir la nueva hazaña de Paula, resuelve impedirlo todo llamando hacia sí la atención de Chancelet; empresa no muy difícil, tratándose de un conquistador profesional.

Para esta clase de hombres, una mujer hace olvidar al punto otra: un clavo saca otro clavo. A fuerza de perversa ingeniosidad, Marcelina logra entretener al mariposón y evita que acuda á la

cita. Sus coqueterías, sin embargo, le han costado á Petit-Peste un un gran esfuerzo.

Ella ama á Chantelouve, un buen sujeto de cuarenta y cinco años, que se ha pasado lo mejor de su vida recibiendo desengaños y calabazas femeninas.

Paula, influida por una vecina chismosa, cree que Petit Peste le ha hecho traición en el asunto Chancelet, y se lo echa duramente en cara.

Petit-Peste protesta indignada y le reprocha su infame conducta.

Paula trueca en furia su remordimiento, y al finalizar la obra abraza por millonésima vez á Chameron, después de licenciar al insignificante Chancelet.

Y Petit-Peste se casa con su Chantelouve, que ha logrado, al cabo de medio siglo, hacerse amar.

Nunca es tarde, si la dicha es buena.

*
* *

L'Escalade, comedia de Maurice Donnay.

L'Escalade, comedia de Mr. Maurice Donnay, estrenada hace poco en la Renaissance, ha obtenido un éxito ruidoso.

He aquí una idea de su argumento:

Monsieur Guillaume Soindres, sabio dedicado á la investigación, estudia el amor científicamente, y pretende asimilarlo á las enfermedades orgánicas. Sus experimentos se refieren al cerebro y al corazón, y sigue con los enfermos que le consultan tratamiento que estima muy original.

Luisa y Carlota, enfermas de amor, caen en manos del sabio; la primera ha intentado suicidarse por desesperación sentimental, y su amiga también se siente herida por la flecha de Cupido.

Monsieur Soindres estudia los casos y los presenta á Mr. de Boisdugand, otro sabio, y ambos discuten sobre la obra *Profilaxis y terapéutica de las pasiones.*

—Usted asegura que el amor es una enfermedad asimilable, puramente fisiológica dice Boisdugand.—¿Está usted seguro de que no hay en ella nada de misterioso? ¿La ha sentido usted? ¿Está usted enamorado?

Monsieur de Soindres, estrechado por Mr. de Boisdugand, confiesa que solamente tiene conocimientos superficiales de la enfermedad. ¿Va á ser combatida ésta como la fiebre tifoidea? ¿Va á buscarse el microbio origen de la enfermedad, para destruirlo?

—Si la casualidad pusiera delante de usted una mujer de la que temiera enamorarse, ¿qué haría usted?—pregunta Mr. de Boisdugand.

—La evitaría—contesta Mr. de Soindres.

—Por el contrario—le replica su interlocutor,— sentirá usted

algo misterioso que os acerque á ella. Eva es siempre vencedora.

Cecile de Gerberoy, la hermana de su amigo, es el enemigo terrible del sabio. Bella, elegante y fascinadora, se apodera desde el primer momento del alma del investigador.

Después de largo debate sobre las pasiones, madame de Gerberoy pregunta á Mr. de Soindres:

—¿Usted no cree en el amor?

— Creo que pueden unirse nuestros destinos, fundar una familia, pero... el amor... amor...

Cecilia se ríe del concepto que el sabio tiene del amor, y después de una visita detenida al gabinete de Mr. de Soindres, le invita á almorzar en su casa.

El hombre de ciencia se resiste á aceptar la invitación, temiendo algún lazo femenil; pero por fin se rinde.

Como es de presumir, Mr. de Soindres se enamora de Cecilia, víctima de un marido perverso que la engañó, pero que tuvo la buena idea de morirse. El amor, esa enfermedad extraña que estudiaba en los demás con indiferencia, le invade de tal modo, que le perturba el espíritu, y en vez de trabajar sueña.

La nueva obra de Donnay tiene semejanza con la popular titulada «Misanthrope». La comedia concluye como el público imagina: con la boda de Cecilia y Soindres, después de una escena interesante, en la que ambos se confiesan enamorados, y el sabio proclama la derrota de sus teorías.

*
* *

Le duel, drama de Henry Lavedan.

Los que esperaban una violenta sátira contra el duelo, se llevaron chasco. En *Le duel* se habla de todo, menos de duelos.

Ya el mismo Lavedan, contestando á un *reporter* la víspera del estreno, había dicho:

—En mi obra he querido desarrollar un conflicto de sentimientos. Así, el asunto es puramente pasional. Desde que escribí el *Marquis de Pierola*, mi mayor deseo fué hacer algo que no desmereciera de aquella obra, y, á ser posible, fuera mejor. Si lo logró, lo ignoro; pero lo que sí aseguro es que no encontrarán en *Le duel* la amargura y la crueldad que hay en el *Marquis de Pie-Pierola,* al que, si la moda de los dobles títulos del siglo XVIII hubiese persistido, hubiera titulado *Méchant d'amour.*

No hay nada menos *méchant* que el amor de la duquesa de Chailler y del sabio Morey. Para ella, sobre todo, para la bella y noble dama que se enamora con sinceridad de un hombre digno, la pasión no tiene sino flores. Porque esos conflictos de conciencia, esos escrúpulos de casta, son flores, son amapolas de púrpura.

He aquí á los personajes: el primero de todos, por la situación

y por el temperamento, es el doctor Morey, que representa la sinceridad. A su lado, pálido é inquieto, está su hermano Daniel.

Entre ambos se encuentra la duquesa, á quien aquél ordena: «¡ama!» y á quien el otro aconseja: «¡no ames!»

Al principio, el conflicto es desinteresado.Uno y otro obran por principio y no por egoismo. Un crítico perspicaz dice: «Al entusiasmo de Daniel orgulloso de salvar un alma, el doctor opone su incredulidad humana, seguro de que la salvación de la que lucha contra el amor no puede estar más que en el amor mismo.

Y el doctor expone esas ideas con una emoción verdaderamente significativa, pues hasta ese momento sólo habíamos tenido ante nosotros al hombre de ciencia, cuyo aspecto y lenguaje no nos podían hacer suponer que diera al amor ninguna importancia. Pero en tales materias las apariencias engañan. Y el doctor es más vehemente y expresivo cuando haciéndose traición á si mismo, declara su amor á la duquesa. Ella parece más aterrada que turbada, y experimenta un sentimiento que la haría desfallecer si no conservara la voluntad la fuerza de reprimirse. La duquesa se aleja desesperada, reprochando al doctor haberle hecho esa declaración.»

Claro que, para huir del sabio, la mujer inquieta que teme amar, corre hacia su director espiritual. Ella le dice:

—Adoro al doctor... lo adoro á mi pasar... Es necesario que usted me defienda contra mi misma.

Antes que el sacerdote pueda responder, el doctor entra:

—Te he seguido—dice á la duquesa—adivinando lo que venías á hacer aquí.

Entonces Daniel perturbado por la fuerza de la pasión, se aleja un momento. Luego, vuelve. ¡Y es el duelo! El sabio, dice vehemente, injuria á Daniel por intentar una obra inhumana y funesta. Daniel, tranquilo, indiferente á las blafemias, continúa firme en su voluntad de luchar hasta el fin por la salvación de un alma. Despues el otro, ciego de cólera, acusa á su hermano de ceder á sentimientos de un orden menos humano, á preocupaciones y celos indignos de su misión. La escena, es de un vigor dramático verdaderamente emocionante y doloroso.

Daniel, al fin vencido, bendice á los que se aman. Y así termina este duelo de sentimientos.

*
* *

Notre jeunesse, drama de **Alfredo Capus.**

Alfredo Capus, el celebrado autor dramático parisiense, ha triunfado una vez más, quizá más ruidosamente que nunca, con su nueva producción *Notre jeunesse,* comedia en cuatro actos, estrenada en la Comedia Francesa.

Resplandece en esta obra la sonriente filosofía, que es el rasgo

característico de su autor, y con un asunto tan manoseado y expuesto á caer en el melodrama barato como el abandono de los hijos naturales, ha realizado Capus el prodigio de unir todas las voluntades y todos los pensamientos para aplaudir *Notre jeunesse*, comedia ligera y profunda, alegre y melancólica, reproducción exacta, en una palabra, de la comedia de la vida, donde á todas horas se confunden risas y sollozos.

Si el espacio nos lo permitiera, daríamos á nuestros lectores cuenta detallada del argumento, porque éste sería el mejor elogio que pudiéramos hacer de esta maravillosa obra; pero nos limitamos á dar de él una ligera idea.

Luciano Briant, su padre y su mujer Elena, comerciantes de Besançon, pasan una temporada en Trouville, en el hotel de sus amigos los hermanos Chartier y Laura. Al finalizar se presenta Luciana, hija natural de Luciano, la cual pide á Chartier colocación y que no diga á su padre quién es ella. Chartier se lo promete; pero su hermana, más resuelta, se lo cuenta á Luciano.

Este, que no sabe dar un paso sin consultar con su padre, resuelve, de acuerdo con él, asignarle una pensión á Luciana; pero Laura, á quien la solución le parece poco caritativa, aprovecha un momento en que Elena se lamenta de no haber tenido hijos en su matrimonio para revelarle la existencia de Luciana. Elena no se indigna por la antigua falta de su esposo; al contrario, siente una tierna curiosidad por conocer á la muchacha, y, fingiéndose una señora amiga de la casa que va á partir para América y necesita una señorita de compañía, celebra con Luciana, en presencia de Laura, una entrevista, que es un dechado de ternura, y acaba por decirla quién es y su deseo de que Luciana se quede en la familia.

Luciano no se atreve á proponer á su padre la solución, conociendo su carácter intransigente. - Después de todo le dice á su mujer para disuadirla—, ¿qué sé yo si esta es efectivamente mi hija?

Y ella le contesta, provocando en el auditorio una tempestad de aplausos:—Si es ó no tu hija, no lo sé. ¡Sólo sé que ya lo es mia!

En el epílogo, Luciano, impresionado por la sencillez y bondad de su hija, se decide á afrontar las iras de su padre; Luciana se queda definitivamente con ellos. En la escena final el viejo y terrible Briant se vuelve á Besançon, reclamado por sus negocios y molesto, porque, por primera vez, no se han obedecido sus mandatos. Al salir ve á Luciana; la mira de arriba á abajo... y se va.

—¿Quién es este señor?—pregunta Luciana. Y Elena, con delicada jovialidad, reveladora de que la fiereza de su suegro será pasajera, le contesta:

—Tu, abuelito...

*
* *

Le crime d'Aix, drama de Albert Pujol.

¿Quién está en lo cierto? ¿Es conveniente el realismo casi absoluto, sobre todo en las escenas desagradables?

Nos sugiere esta pregunta el hecho de que en la representación de *Le crime d'Aix,* drama de M. Albert Pujol, recientemente estrenado, en el Ambigú, se produjeron muchas protestas de parte del público, excesivamente impresionado por un asesinato *con todos los de la ley*

La ilusión fué completa, y no faltó espectador sensible que llegara á temer seriamente por la actriz encargada de *dejarse* estrangular.

Pero mientras la gente discutía apasionadamente si eso es artísticamente falso ó no, el teatro se llenaba de buenos burgueses, sedientos de emociones, puesto que rompen por breves instantes la monotonía de su plácida existencia.

Papá Gerard, después de treinta años de honrados servicios en el Banco Leroy, se ha retirado, dejando allí empleados á sus dos sobrinos Luciano y Raimundo. El primero ha estado en relaciones íntimas con una *demi-mondaine,* Rosa Pompon, y para abandonarla, cede á las exigencias de ésta, entregándole unos cheques, por valor de 30.000 francos, con la firma falsificada del banquero Leroy. Rosa, pasado algún tiempo, le exige en Aix-les-Bains á Luciano que le abone dicha cantidad en el acto ó pondrá en circulación los documentos que le harían ir á presidio. Este le ruega que espere, y ella accede á duras penas, recabando de Luciano la promesa de que le pedirá el dinero á su hermano. Entretanto, la acompañante de Rosa, y sus amigotes Bilbao y Superbe, creyendo que el dinero está ya en poder de Rosa, la asesinan para robarla, con la riqueza de detalles de que antes hablamos.

En el cuarto acto Luciano va á robar también en el Banco Leroy; pero su hermano lo impide en el preciso instante en que la Policía le detiene, por suponerle autor de la muerte de Rosa. Al fin la justicia rectifica su error. No se le condena. Pero su tío, inflexible y severo, para hacerle purgar las faltas que efectivamente ha cometido, le obliga á sentar plaza para rehabilitarse moralmente, y la obra acaba con una batalla entre árabes y franceses, en que interviene bizarramente Luciano.

*
* *

Les ventres dorès, drama de Emílio Fabre.

Fabre, es un modesto periodista de Marsella cuando de pronto hubo de adquirir brillante notoriedad en París con su comedia *La Vida Pública,* admirable pintura de las costumbres electorales contemporáneas. La obra produjo honda impresión por el vigorosa realismo de las escenas y la sorprendente verdad de los tipos, que supieron rejalgar á más de cuatro. Con estos antecedentes á nadie ha podido extrañarle que Emilio Fabre llegase á casi insuperable altura en los *Vientres dorados.*

Esta vez no son los politicastros sino los agiotistas los que ha puesto en la picota. Con su singular habilidad para mover *las masas,* de tal manera que resultan tan *personales* como un solo indivíduo, el autor ha sacado á las tablas todo un mundo de gente dada á negocios de mala índole, trazando un cuadro de horrible verdad, de lo que son los bastidores de ciertas sociedades.

Emilio Fabre tiene por musa la crudeza y no se para en barras en cuanto á presentar las cosas tales como son. Cuando el pobre administrador delegado Verniéres reprende á su presidente,el barón de Thau, por la manera como se han invertido las millonadas de los imponentes, sabemos que han servido como cuando el famoso Panamá. Por lo demás allá se van estafadores y estafados, animados de igual codicioso afán.

El autor revela un conocimiento acabadísimo no solo del lenguaje, sino de la mentalidad de algunos agiotistas. El desventurado Verniéres se ve arrastrado á pesar suyo, por aquel torrente de especulación sin conciencia, piensa en el suicidio, y escribe una carta á su mujer confesándole que no puede sobrevivir á su deshonra, pero no es menester que apele al veneno ó al revólver, pues se cae, antes de enviar la carta muerto de un ataque cerebral, en el momento mismo que trata de impedir á los estafadores que abran el arca de caudales y hagan desaparecer los documentos comprometedores de que la policía, que ya está llamando, va á incautarse.

La muerte de aquel desdichado les permite llevar á cabo la sustracción de los papeles, y aun uno de los timadores de alto vuelo descubre la carta y la mete bonitamente en el bolsillo del muerto, de manera que al llegar el comisario queda demostrado que todos son unos Catones, y que el único pillastre allí era el administrador delegado.

No hay en toda la obra una sola escena que huelgue y deje de producir fuerte impresión. Aquella en que reunido el Consejo de Administraeión, no deja de funcionar un solo momento el teléfono, anunciando el pánico bursátil; aquella otra en que los imponentes, ante los rumores de quiebra, invaden las oficinas, furiosos, aplanados, anhelantes, vociferando, llorando, implorando, discutiendo, para retirarse al fin tranquilos ante las seguridades del presidente; el final, en que, después de insultarse y darse de bastonazos los dos banqueros rivales, el barón de Thau y el barón de Urth acaban por reconciliarse, casándose el primero con la princesa de Hosbeck, fea y roja, hermana del segundo, son la muestra de un talento de primer orden.

*
* *

Scarron, drama de Catulle Mendes.

Desde el comienzo de la temporada se anunció contínuamente como seguro el éxito de esta obra. Nunca se ha organizado en la prensa y en los círculos franceses tan eficaz reclamo como el de

«Scarron». El triunfo del estreno estaba impuesto al público.

L'Illustration publicó un magnífico retrato de Coquelin «ainé« en el papel de Scarron, y pronosticó el éxito de la comedia. *Le Figaro* publicó un artículo firmado por madame Catulle Mendes, contando como se escribió «Scarron» y como se estudió la «mise en scene; decoraciones, trajes, maquinaria, luz, flores muebles,sombreros, peinadores, bronces; todo fué objeto de especiales cuidados con la costosa cooperación de los artífices y talleres más afamados.

La impresión de los desapasionados es que sin las filigranas de la versificación inspiradísima y arrebatadora y sin el talento colosal de Coquelin, no hay en la obra nada que justifique el éxito. El asunto es falso, puerilmente falso en algunas escenas y tosco en otras. La versificación es fantásticamente esplendorosa como una cascada de pedrería.

La acción de la obra comienza en una fiesta popular carnavalesca, en 1637. Scarron, el poeta satírico y procaz aparece disfrazado de mono. Búrlase de la fe religiosa, y lo increpa una niña; la multitud lo coge, llevóselo y lo arroja al rio. La mojadura produce á Scarron la paralisis que sufrió hasta morir.

En el segundo acto, 1647, Scarron, enfermo, baldado, pero siempre burlón, aparece sobre un sillón de ruedas en el momento en que acaba de casarse con Francoise D'Aubigne, la niña que diez años antes lo reprendió severamente y que después de la muerte del poeta llegó á ser la célebre madame de Maintenon.

Mientras comen los invitados, Scarron improvisa y canta un epitalamio grosero. Francoise le arroja la misma dura frase de reconvención que en el primer acto, en la escena de Carnaval; y el esposo, colérico, mándale retirarse, y él se queda solo con Ninon, contándole, en una escena interesantísima, como se ha casado con la niña. Al fin, solos ya los esposos, ella empuja el sillón hasta el borde del lecho, ayuda al enfermo á acostarse, y acercándose á la ventana con una lámpara, hace señas que por alguna insinuación de un aparte, parecen dirigidas á su pretendiente Villarceaux.

Tereer acto. Scarron y su esposa habitan una linda casa en el campo. Ella tiene citas con Villarceaux. Entérase Scarron por confidencia de un librero, y sobreponiéndose á la paralisis, en un supremo esfuerzo, coge la espada, abandona el sillón, corre al dormitorio en busca de la esposa y no la encuentra.

En el cuarto acto. Scarron, furioso, espada en mano, sorprende en casa de Ninon de Lenclos una entrevista amorosa de Francoise y Villarceaux, Francoise injuria al poeta.

—Puesto que eres bufón, le dice, véngate con epígramas.

Scarron cae inerte. Cuando lo levantan y lo ponen en el sillón, hay una larga escena muda en que Coquelin logró aplausos frenéticos.

En el quinto acto muere Scarron, mezclando á sus terribles dolores sátiras y burlas sangrientas, entre risas, delirios, espasmos y

contorsiones, que han sido una labor maravillosa de Coquelín.

Resumen de las impresiones del estreno. El poeta merece el triunfo logrado; no lo merece la obra, cuya inverosimilitud y pobreza de asunto no corresponde á la fama del autor.

*
* *

Armidi et Gildis, drama de Camille Sante-Croix.

¿Quién dijo que el teatro en verso, el viejo y suntuoso teatro de capa, de espada y de madrigales, estaba muerto? En Francia, por lo menos, vivo y muy vivo está. El éxito más grande de esta temporada, que parece entre todas fecunda, lo ha alcanzado un drama en verso y lo que es mejor y más raro en poesía: *Armidi et Gildis*. Esta obra, aclamada en el Odeon, parece hecha para sorprender á aquellos que, enamorados ee la vulgaridad, no creen que en la escena puedan triunfar sino las comedias vaudevillescas y las tragedias melodramáticas. Es una pieza sobria y magnífica. Inspirada en un canto de la *Jerusalem* del Tasso, tiene todo el prestigio de las fábulas traídas de Tierra Santa por los rudos capitanes franceses de la Edad Media. Los versos suenan como las espadas que se entrechocan, y las imágenes son lucientes cual el sol que se refleja en las corazas.

Desde que se levanta el telón sentimos palpitar las olas prestigiosas de la leyenda. Allí está Godofredo, rodeado de sus nueve fuertes capitanes, poniendo sitio á Jerusalem. Los clarines suenan sus dianas de esperanza. En todos los pechos fieles hay seguridad de victoria próxima. La Cruz va á triunfar de la media luna. Pero, de pronto, el jefe se siente abandonado por sus más nobles lugartenientes. ¿En dónde están? ¿Quién los ha hecho huir? ¿Qué nueva empresa los ha alejado de la cruzada? Godofredo averigua, al fin, que han seguido á la encantadora Armida, que por orden del sultán los ha encerrado en su palacio de Damasco. Allá se va también el rudo guerrero, decidido á pasar á cuchillo á la maga y á sus servidores, y á libertar á sus compañeros, y á continuar la campaña santa. Y llega. Y, antes de sacar la espada, cae también rendido á los pies de la divina bruja. Pero, ¡ay!, el amor, que es más fuerte que la fuerza, es también más mago que la magia. La encantadora se enamora de Godofredo, y en un asceso de leal entusiasmo, le dice:

—«Puesto que lo que deseaba al llegar era libertar á tus compañeros, hélos aquí; son libres; llévatelos.» Y Godofredo se los lleva. Vuelve á las puertas de Jerusalem. Sólo que ya su brazo no es el mismo. La fuerza le parece una inútil, una cruel, una criminal virtud. El sitio no recupera su ardor. Y en vano Gildis, su novia mística, la virgen guerrera, le alienta al combate; y en vano sus capitanes le hablan de triunfo y de gloria, y en vano sus

cruzados cantan cantos de heroísmo. El no piensa sino en el amor. Ya todos desesperan. Más de pronto, Godofredo, más que nunca soberbio, monta en su corcel de guerra, y con ímpetu antes jamás visto, gana batallas. ¿Qué le pasa? Es la fe—murmuran algunos.—No, no es la fe. Es el amor. Un correo le hizo saber que Armida estaba prisionera por haber dejado escapar de Damasco á los cristianos. Por salvarla hace prodigios. Vence. Luego, arrodillándose á los pies de la hechicera, canta de nuevo el poema del amor y maldice la guerra.

* * *

La Massiere, comedia de Jules Lemaitre.

El asunto Dreyfus, con sus nocturnos combates, arrastró varios literatos de fuste al circo político.

Llevado á él Anatole France, necesariamente tenía Jules Lemaitre que tomar parte en la liza, porque si France se tira por un balcón, Lemaitre se tirará por otro balcón... Pero France, inmensamente más artista, supo serlo hasta en el modo de hacer política, no entrando de lleno en ella como luchador de feria, sino tratándola con sumo tacto en públicas conferencias, que tenian mucho de didácticas, y con admirables exquisiteces bordadas en la Prensa por *el señor Bergeret.*

Habiéndose enterado, aunque un poco tarde, del papel que hacía tiróse de los pelos, renegando de las artes de la política, para volver á las artes del teatro, en cuyo escenario diera no pocos batacazos; y como Anatole France, haciendo un paréntesis literario, recientemente recogió laureles de dramaturgo, Jules Lemaitre no vivía ni sosegaba con la idea de conseguir para sí mismo un triunfo teatral...

Obtúvolo con *Le Massiére*, y de suponer es que se halla convencido de que para un artista como él no es lo mismo hacer un idilio que hacer declaraciones, rectificadas con pusilanimidad por el declarante, sobre asuntos políticos.

Es una comedia sin *tesis*, de sencillísimo enredo dramático; pero hay en toda ella un ambiente de poesía y un espíritu delicado, sutil, suave, que encantan y seducen.

Juliette Dupuy, que es la *Massiére* del estudio de Justinian, formado por jóvenes pintoras, frecuenta, con diversos motivos, el estudio particular del *maestro,* de Maréze y Maréze, ya entrado en años y casado, se enamora de ella. Es el amor del otoño, el último rayo de sol que ilumina el corazón de aquel artista. Maréze no descubre á Juliette la pasión que le devora.

A la vez el hijo del pintor, un hombre joven, simpático, lleno de ilusiones, encuentra seductora á la *Massiére,* y la declara sus amores.

Madame Maréze siente natural antipatía por aquella mujer; descubre la pasión de su hijo, y poco menos que la arroja de su casa.

Ella es la que descubre al pintor los amores de los dos jóvenes. Mareze se subleva, lucha, sufre los efectos de la tormenta horrible que agita su corazón; pero, al fin y á la postre, el cariño de padre vence á todas sus pasiones bastardas, y Maréze abre las puertas de su casa á la mujer digna de llevar el nombre desu hijo.

En medio de esas borrascas que, durante algunas escenas, conmueven el espíritu del viejo pintor, hay algo de idilio en toda la obra. La forma es primorosa, una verdadera maravilla.

*
* *

La Picola fonte y **Le fin d'lamour,** dramas de Robert Bracco.

En de Milán, se han estrenado dos obras del famoso literato italiano Roberto Bracco, obteniendo dos triunfos colosales.

La Piccola fonte, examinada minuciosamente, adolece de defectos graves, de falta de justificación de algunas situaciones; pero el conjunto es tan hermoso que causó verdadero entusiasmo.

Roberto Bracco, según la crítica italiana, ha seguido un procedimiento nuevo, y abandonando los asuntos de carácter general, se atiene á un caso aislado y no muy corriente que digamos.

El protagonista de *La Piccola fonte* es Esteban, poeta inspirado. Su mujer, Teresa lo ama con ciega idolatría, con un amor frenético. Por Estéban vive, se desvela, por él daría su existencia.

Esteban, en tanto, es un ser frío, un poco veleidoso, indiferente para Teresa. Unicamente la gloria, la notoriedad, es el centro en en que convergen todas las manifestaciones de su actividad.

Un día recibe un perfumado billete de la Princesa Heller, que, enamorada del poeta, se propone y consigue hacerle olvidar el cariño puro y desinteresado de la pobre Teresa.

El poeta se deja llevar de la seducción de la Princesa, y ya no se acuerda de Teresa, que pierde la razón.

Pasan dos años. Esteban puesto en ridículo por aquellos amores, pretende consagrar su existencia á la conquista de la fama. Su ingenio, sin embargo, no obedece. Su fantasía se ha agotado, y entre las cenizas de sus facultades no brota la menor chispa.

En uno de los momentos de mayor congoja del poeta, aparece ante él la Princesa Heller, que, exclama:

Somos dos caídos; asociémonos para recomenzar nuestra vida. Yo parto; parte conmigo. Vuelve la espalda á la gloria, á esa gloria por la que has sido traicionado. Salgamos de este sepulcro y corramos en pos de la alegría.»

Esteban, que no se distingue por su tenacidad, cede á los deseos de la Princesa, no sin haberlos rechazado primeramente con desdén.

Poco tiempo dura esta alianza. Esteban, atormentado por el remordimiento, experimenta vivos deseos de reunirse con su mujer Abandona á la Princesa, y retorna á su casa para ser testigo de la muerte de Teresa.

Otro triunfo ruidoso ha obtenido con la comedia *Le fin de l'amour.* Esta obra, es original, tiene bellezas fuertes y misteriosos encantos, Es la tesis eterna del eterno inmoralista. «No hay virtud completa —parece decir el autor—pero tampoco hay vicio completo. Engañar es más difícil de lo que una vana burguesía piensa. También ser fiel es más difícil de lo que se dice...»

Y para probárnoslo, allí están esos dos seres muy reales y muy singulares: el marido *volage* y la mujer triste. La mujer, la delicioso Ana, reune en su castillo á cuatro adoradores, con objeto de escoger entre ellos al que debe consolarla del abandono. Como en los cuentos de hadas en que los príncipes dicen á la hija del rey lo que pueden ofrecerla, estos caballeros de frac la explican, ó más bien la hacen ver sus virtudes. «Yo—parece decir Vanniere—soy algo viejo; pero tengo una distinción tan grande, que cualquier mujer debe estar orgullosa de pasar por mi preferida.» «Yo—piensa Haultepenne—tengo genio. Soy el poeta. La musa ha llenado mi alma de lirismo y mis labios de madrigales.» «Yo—murmura Aumont—soy la flor de la elegancia rica. Tengo caballos, palacios. Las mujeres suspiran pensando en el nombre de mi joyero.» «Yo—sueña, en fin, D'Alme—yo soy el joven casto y bello.» Pero Ana, en verdad, no logra decidirse. Unos y otros le parecen igualmente indignos. Y así, dudando, se le pasa el tiempo y llega su marido.

Al verlo entrar, los cuatro suspirantes quieren marcharse, pero cuando la esposa les dice: «No os mováis, es mi marido», se quedan con más esperanzas que nunca. Ana lo celebra, pensando quizás que de los celos que aquellos amigos inspirarán, podrán renacer la pasión y la fidelidad en el pecho de su esposo. Así, cuando ésta quiere entrar en su alcoba, ella le dice: «No... no entres... hay alguien allí.» Y claro que herido en su amor propio, se precipita hacia el cuarto. Pero como no encuentra á nadie, se echa á reir y comprende. Dos días después, exasperada, Ana da de veras una cita á D'Alma, pero oye llamar á la puerta; es su marido. «No puedo abrirte—dice—porque estoy con un amigo. El marido se aleja riendo, en la seguridad de que no hay tal. La obra termina con una exclamación digna de Maurice Donnay:

¡Y luego dicen—grita—y luego dicen que es difícil permanecer fiel á un marido!.... ¡Lo difícil es lo contrario!

*
* *

L'ange du foyer y La Palisse, comedias de Robert T-lers.

En el teatro Nouveautés se ha estrenado con extraordinario éxito *L'ange du foyer,* original de Robert de Flers.

La señora Chardin, mujer muy elegante, frívola y mundana, da en el primer acto una lección de coquetería á una *chanteuse* de café concierto excesivamente ingenua, con ocasión de haber ido ésta á casa de la primera á dar una audición de su repertorio en una fiesta.

Chouquette, que así se llama la ingrata *demimondaine,* pone en seguida en práctica los consejos de la señora Chardin para conquistar al marido de su *maestra.*

Sin mucho esfuerzo logra su objeto, haciéndose la amiga de Chardin, clubman superficial y simpático. Su mujer, al saberlo, decide no perdonarle y separarse para siempre de él. Chardin, sin embargo, sigue amando á su esposa. Chouquette lo comprende así, y para reparar su ingratitud intenta reconciliar á los esposos.

La escena pasa durante el Carnaval en Niza. Es deliciosa, y Chouquette paga la lección que recibió de Marina con otra que á su vez le da á su antigua maestra, convertida en discípula, para que aprenda ésta á ser una *perfecta casada.* No coinciden precisamente en el procedimiento Chouquette y fray Luis de León.

El personaje que da título á la obra *L'ange du foyer,* es Regismundo des Oublies, sujeto constantemente apresurado y servicial, que se pasa la vida haciéndose útil y velando por la felicidad conyugal de los Chardin,en apariencia desinteresadamente; en el fondo, porque está enamorado de Marina, á quien nunca consigue interesar más que como amigo indispensable.

Monsieur de la Palisse, es otra comedia de Flers un disparate que ha gustado por la gracia de que han hecho gala sus autores. Durante tres meses el público ha aplaudido con loco entusiasmo.

La obra se desarrolla en España, y hay un gobernador de Sevilla, tramposo, que pide dinero á préstamo al embajador francés, y una hija del gobernador, mademoiselle Inesita, educanda de un convento, y á la que arrojan de la santa casa ¡por falta de pago! Inesita sale de la casa de religión para enamorarse del embajador monsieur de la Palisse, y una señora de dudosa virtud, que acompaña al diplomático, inspira una pasión vehemente al inflamable gobernador de Sevilla.

Los personajes son calificados por un crítico de cómico-neurasténicos y caricaturistas. Otro dice que el acto tercero es de «pura bufonería». ¡Andalucía, pintada por franceses! ¡qué disparate! y no obstante el éxito ha sido colosal en todos los teatros de Francia.

*
* *

La conquéte de l'air, drama de Camilo Audigier.

La conquéte de l'air, drama en cuatro actos, de Camilo Audigier podría también titularse *El rigor de las desdichas.*

Henri Francard cree haber resuelto el problema de la navegación

aérea. Pero no siendo su fortuna suficiente para atender á los gastos del ensayo y construcción de su aparato, busca un socio capitalista y lo encuentra, por conducto de su amigo Portal, en el opulento negociante Mauvrac, que, al intervenir en aquel asunto, no lo hace solamente por el negocio, sino también para acercarse á la mujer del inventor, de la cual está hace tiempo enamorado.

Ella, al conocer las innobles intenciones del *socio,* se las comunica al amigo Portal, para que éste disuada á su marido del empeño en ver sealizada su ilusión; pero ni el uno ni la otra lograron más que enfurecer y amargar á Francard. Apartar de su idea á quien se cree inventor de algo ha sido siempre tarea parecida á la de querer abrir las ostras por la persuasión.

Al final se entera Francard de que Mauvrac quiere robarle su honor y su dinero, sustrayéndole los planos del aparato volador.

Esto es ya demasiado, piensa el pobre sabio, y por si aun le faltaba algo, el día de la ascensión se cae del globo, por una imprudencia de su ayudante.

Le llevan á su casa poco menos que hecho papilla, pero aun vivo. Mauvrac, en un momento que juzga doamido á su víctima, insiste una vez más en sus preteesiones amorosas, amenazando si no con la ruina... Francard se levanta de repente, mata á su miserable socio y muere él en seguida agotado por aquel esfuerzo.

La obra agradó extraordinariamente.

* * *

El instinto, drama de Henry Kistemaekers.

En Paris, en el teatro Moliere se ha estrenado recientemente *El Instinto,* de Henri Kistemaeckers, comedia en tres actos, ha sido objeto de entusiastas aplausos desde la noche del estreno.

La trama de la nueva producción de Henri Kistemaeckers es altamente interesante.

Jean Bernou, cirujano de gran reputación, se halla casado con la simpática Cecilia, que se enamora de un ayudante de su marido.

El galán enferma, y su dolencia se agrava en términos tales que pone en serio peligro su vida.

En tales circunstancias, Bernou anuncia que va á emprender un largo viaje, y Cecilia, no queriendo ausentarse de su amante sin demostrarse su cariño, se dirige, acompañada de su esposo, al domicilio del enfermo.

Al ver á su adorada, éste sufre un desvanecimiento y cae al suelo, infiriéndose una terrible herida en la cabeza.

Cecilia, desolada, revela á Bornou el secreto de sus amores.

El cirujano se lanza contra su mujer con ánimo de vengar su afrenta; pero la idea de que la mision del médico es arrebatar víctimas á la muerte desarma su brazo y, olvidando su justo resentimiento, cura al herido y se retira.

Los héroes, comedia de Bernardo Shaw.

El estreno de la comedia *Los héroes* ha constituído un verdadero acontecimiento teatral, en Alemania.

Bernardo Shaw, autor de la obra, un irlandés de agudo humorismo, se ha propuesto ridiculizar las cosas más serias de la vida: las preocupaciones y convencionalismos...; todo, en ua palabra.

El fin de *Los héroes* no es otro que hacer objeto de burla á los guerreros que se distinguen por su valor en los combates.

La acción se desarrolla en un lugar de la frontera búlgara, durante la guerra entre esta nación y Servia.

El mayor Petkoff es el jefe de una familia muy considerada por la buena sociedad de aquel pueblecillo. Los Petkoff son personas distinguidas, correctas, hasta se lavan las manos *casi todos los días*—así dice, con verdadero asombro, un personaje de la obra.

La hija de esta familia, Raisa, se enamora de un oficial, guapo, joven, buen mozo, que se ha hecho admirar en una terrible carga de la caballería servia. Sergio Saranoff es el nombre del valiente militar.

La joven está prendada de su novio, lo adora. Pero este amor sufre un peligroso tropiezo.

Al acostarse una noche Raisa, oye unos golpecitos, dados discretamente en la ventana de la cámara. La doncella abre y entra un compañero de Sergio, que no ha tenido gran interés en demostrar su valor guerrero.

Raisa olvida por un momento á Sergio y entrega su corazón á aquel Lohengrin de la tercera del segundo que entra por la ventana. El interesado permanece unos días en la casa oculto y mantenido por su bienhechora.

La familia de Raisa descubre el secreto; pero corren sobre él piadoso velo, y la doncella se casa con su apasionado Sergio, que queda en situación poco airosa. Tal es el argumento.

*
* *

Madame l'ordonnanee, comedia de Jules Chanoel.

Madame l'ordonnance es una comedia en tres actos, original de Jules Chancel, estrenado con buen éxito, y de cuyo disparatado argumento vamos á dar idea.

El teniente Chantenay, de guarnición en Tarascon, se ha casado con Mercedes, linda española, cuya mamá, Pepita Olivares, es todavía una jamona de buen ver y fogoso corazón, que se ha enamorado del asistente da su yerno porque un día éste, aterrorizado al ver saltar la barrera á un toro en la plaza durante una corrida, se echó maquinalmente al suelo y, arrastrado por el instinto de conservación atravesó al animal de un bayonetazo, causando, el asom-

bro del público, que creyó ver en aquel acto, hijo del miedo, un valor y una sangre fría admirables.

Pepita, entusiasmada por este hecho, sintiendo arder en sus venas la sangre torera de aquende el Pirineo, declara su amor á Victorino (el asistente se llama así) y se casa clandestinamente con él, porque ella, ante todo, es una mujer honesta, viniendo á resultar que Chantenay es sin saberlo yerno de su ordenanza. Viene á derribar este *modus vivendi* el coronel Croquelet, hombre resuelto que, seducido por los encantos de Pepita, decide pedir su mano al teniente. Y la pobre mujer tiene que confesar la verdad.

En el segundo acto aparecen en París los parientes todos de Victorino, sin olvidar una vaca que tiene casi la categoría de personal de la familia. La cual vaca, que ha sido atada en el jardín de la casa, rompe la cuerda, causando el espanto de los señores de la Cruz Roja que van semanalmente á casa de Chantenay á celebrar sus reuniones bajo la presidencia del coronel Croquelet.

«La ocasión la pintan calva.» Pepita hace vestir á Victorino el traje de luces que ella le ha regalado, y le dice que mate á la fiera con todas las del arte. Pero Victorino, temblando como un maleta de invierno, se tira... ¿á volapié? No; de cabeza al callejón, según dice un epigrama de Vital Aza. Se esconde el pobrecillo, dando lugar á que el coronel Croquelet se arranque por derecho y coloque una estocada en los mismos rubios y como los propios ángeles.

El tercer acto decae notablemente. Pepita, desilusionada, se divorcia de Victorino; el coronel se ciñe la taleguilla, y, naturalmente, acaban casándose.

*
* *

Edad de oro, comedia de Faydean.

El asunto es ingenioso. Follentin, empleado en un ministerio, ha heredado de un tío suyo una fortuna; pero no llega á percibir la herencia, que le ha comprometido además en numerosos pleitos. Por si algo le faltaba, ha contraído deudas á cuenta de sus problemáticos bienes, y está á punto de enloquecer ante tan enormes contrariedades. Concentra entonces todas sus esperanzas en un reloj antiguo, que procede de Barras y que vale por lo menos 25.000 francos. Pero no hay quien le ofrezca más de dos mil.

Folletin, furioso, duérmese merced á una bebida bienhechora que le hacen tomar su mujer y su hija; pero, en sueños, profiere terribles maldiciones contra su siglo, contra la época funesta en que le ha tocado nacer.

Sueña, y llevado por el tiempo, remonta el curso de la historia, y encuéntrase trasportado á otros siglos; conoce el mundo legendario de las novelas de Dumas, y en él á Enrique IV, á Catatalina de Médicis, á la reina Marzet, y hállase después en plena corte de Luis

XV. Pero en todas partes; y en cualquier época, por estas ó las otras causas, es igualmente infeliz.

Ya que no halla *la edad de oro* en el pasado, el tiempo lo lleva al porvenir, al año 2.000. Los caminos de hierro han sido reemplazados por los globos; París es puerto de mar; la estatua de Juana de Arco ha cedido el puesto á la de Thalamas, el detractor de la heroina; los automóviles vuelan más que marchan, á un tren de 2.000 por hora; el transeunte es aplastado sin que llegue á ver siquiera la máquina que le aplasta.

Follentin no encuentra tampoco en la edad futura la felicidad que persigue. Despierta al cabo, rodeado de su mujer, de su hija y de su sobrino Gabriel, el cual, precisamente, le trae una gran noticia: ha aparecido un comprador para el reloj famoso, un americano que ofrece por él una cantidad fabulosa.

Follentín, ya rico y libre de preocupaciones, reconoce que no hay siglo mejor para cada hombre que el siglo en que vive; que no es preciso ir á buscar tan lejos *La edad de oro,* cuando con la ayuda del trabajo y de la suerte puede estar tan cerca.

*
* *

El más fuerte, drama de Giacosa.

Esta obra ha sido un éxito grandioso en Italia. El drama se estrenó hace tres ó cuatro meses y se representa actualmente en más de veinte teatros.

El más fuerte es de lo más hondo que ha salido de la pluma del célebre escritor. El gran poeta respondiendo á la sugestión generosa que le inspiró *Como las hojas*, pretende hacernos creer que de un padre banquero sin escrúpulos y alma empedernida nace todos los días un hijo dispuesto á reparar las demasías de su progenitor renunciando á las riquezas que éste le lega. Lo más frecuente es que en estos casos el hijo se abstenga de enjuiciar los procedimientos con que su padre adquirió el dinero y que se contente con gastarlo. ¿Que puede darse lo contrario, esto es, lo que nos pinta Giacosa? Creámoslo interinamente, hasta que la realidad nos desencante. Lo dice un poeta, y ya se sabe que los poetas tienen el dón de atribuir á los seres grandes cualidades de alma que rara vez tienen.

REVISTA DE REVISTAS

Orientación de los fuertes de espíritu

DE *La Repúblicaa de las Letras*

Ricardo Burguete, el ilustrado militar, autor del notable libro «Mi rebeldía» tan discutido desde su aparición, ha publicado un artículo en la «República de las Letras», en el que insiste en sus ideas expuestas con tanta brillantez en su obra. De dicho artículo son los párrafos siguientes:

No puedo querer que nos eduquemos todos para soldados. La Nación en armas me produce cóleras sordas, casi desvanecimientos de ira. Por hacer en uno y otro libro esta profesión de fe, me he captado considerable número de enemigos.

Esa orientación de los fuertes á que propenden las páginas de mis libros, se refieren en toda su acepción á los fuertes de espíritu. En el sabio y en el guerrero esa fortaleza de espíritu lo es todo. Un Galileo y un Servet necesitaron para afirmar sus teorías de una idéntica fortaleza de espíritu que un Aníbal para sostenerse en la Campania ó un Cortés para quemar sus naves.

No admito el poder de la inteligencia por sí sólo: tan despreciable es como la destreza corporal ó como el vigor muscular. Sin el vigor del espíritu, el de la inteligencia es un desequilibrio de una esterilidad tan grande, personal y social como pudiese ser el vigor del verdadero Hércules, transportado á estos tiempos. Hércules hoy sin empleo, daría el tipo del taciturno avocado al suicidio. Ese el tipo de los desequilibrados intelectualmente; de aquellos que por fortalecer su inteligencia excesivamente, olvidaron fortalecer su espíritu. Acaso en la lista de los suicidas y en la de los melancólicos, se hubieran hallado inteligencias de pensadores y artistas más poderosas que aquéllas cuyos frutos admiramos hoy. No relego á segundo término la facultad de pensar, es que no le encuentro aplicación si falta la del *querer*. Han sido los directores de la humanidad, los hombres de voluntad poderosa. No tiene más valor ni menos Newton que Gonzalo de Córdova; con diversas especificaciones de valor. Se necesita idéntica arrogancia y espíritu de sacrificio para deshacer un error, que para deshacer unos escuadrones. Estos hombres que militaron en las ciencias, fueron grandes por su fortaleza de espíritu. Acaso otros les superasen en inteligencia, pero vencidos de ellos mismos ocuparon el puesto de simples soldados. Siempre he creído que Aníbal, Cortès, Napoleón, sumarían entre

sus soldados inteligencias de mayor capacidad, pero sin aquella fortaleza de espíritu indispensable para afirmar sus verdades.

Yo que aborrezco la normalidad de la nación en armas, quisiera que en España fueran todos soldados; soldados de su aptitud, y que cada cual siguiera con fe sus aficiones fortaleciendo su espíritu.

Esto mismo que se llama *levadura militar* quisiera verla en todos los españoles, más no para servir con las armas en la mano sino para su profesión; esa retadora audacia, esa capacidad agresiva ante el peligro, no son otra cosa que manifestaciones de la *confianza en sí mismo*, y esa misma levadura militar se ve surgir en el político, en el hombre de negocios y en el sabio.

Hemos perdido mucho tiempo cantando las excelencias exclusivas de la inteligencia, y olvidando la fortaleza del espíritu. Si en España sobra hoy algo, es inteligencia. Si algo influye en nuestras vacilaciones es el exceso de cerebralidad. No necesitamos hombres vacilantes; necesitamos hombres resueltos. Hombres que no se escuchen á sí mismos, hombres que escuchen fuera.

El vacilante intelectual pasa la vida interrogándose por dentro: revuelve su corazón, revuelve lo más profundo de sus entrañas: dentro de sí no halla otra cosa que la inquietud, y no hace otra cosa que entristecerse. Recuerda ahora el gesto del hombre resuelto: miró al sol, vió la altura del día, consultó de noche el brillo de las estrellas, vió la dirección del viento, dejó hablar á los agentes exteriores, ellos le traen un indicio, una revelación y marcha confiado y resuelto: la fuerza principal está en los accidentes de la vida, está fuera de nosotros, y por confiar en esas fuerzas de la naturaleza, confía alegre y resplandeciente en sí mismo.

El hombre vacilante ó el hombre simplemente inteligente teme á esos accidentes de la vida, y esos mismos accidentes han sido siempre el mejor aliado del sabio y del guerrero.

El nuevo teatro polaco

DE LA REVISTA FRANCESA *La Revue.*

Un largo y curioso artículo publica el literato Valerie Marrene Morzkowsha en «La Revue» de París. Solo nos es posible dar á conocer á los lectores de EL MUSEO CANARIO *los párrafos que verán á continuación.*

En todas las producciones intelectuales de hoy parece sentirse la necesidad de hallar algo nuevo que puede expresar las sutilezas del alma moderna, y que las lenguas más ricas en palabras no bastan á expresar. Los escritores se ven forzados á recurrir al símbolo, cuyos contornos vagos se adaptan á los sueños, á las quimeras y visiones que sentimos alguna vez en momentos de desesperaciones ó exaltación.

El teatro polaco actual se ha formado poco á poco con todos estos elementos que flotan en la atmósfera del siglo y que parecen

haberse allí condensado. El simbolismo ha sido empleado desde hace tiempo. Se empleó como medio de expresar de un modo velado y cubierto algo que libremente no podía decirse. Los tres grandes poetas, Mickiewicz, Krasinski y Slowaki, lo han introducido en sus obras dramáticas. No habia esperanza en el momento en que fueron escritos sus dramas simbólicos de que se representasen, y, por tanto, no guardaban regla alguna, siendo difícil ahora entender lo que quisieron expresar.

Al lado del teatro oficial polaco se ha creado un teatro místico que no se sujeta á regla alguna y en el que la nación expresa su martirio, su heroismo y su esperanza eterna.

Cierto que desde que goza de autonomía esa región, esas obras de Mickiewicz y Krasinski podian haber sido representadas en Cracovia ó Leopol como lo son hoy. No fué en realidad la censura, sino la rutina la que las tenian alejadas de la escena, y al simbolismo moderno se debe el que se representen en la actualidad.

Cracovia y Leopol han llegado á ser dos centros á los que concurren los talentos jóvenes atraidos por su teatro verdaderamente nacional. Por esto, casi siempre emplan como héroes de sus dramas personajes históricos ó legendarios, haciéndoles bablar con arreglo á las tendencias y aspiraciones actuales.

El jefe de la escuela nacional del teatro, el que goza de un talento de primer orden con un espíritu profundo y un gran carácter es Wyspianski, cuyo nombre es popular en toda Polonia. Su última obra, *La boda*, ha tenido un éxito nunca visto.

Algunos de sus dramas no parecen destinados al teatro por su excesiva originalidad. No tiene nada de común con las costumbres existentes en la escena; por esto, empresarios y actores dudaron en representarlas, y gracias á Pawlikowski, director del teatro de Cracovia, hombre de inteligencia superior, se representó uno de sus dramas, *La varsoviana*, con lo que se demostró que esas obras que parecen abstractas y de difícil comprensión, no lo eran en realidad para el público, que la recibió con verdadero entusiasmo.

Su última producción, estrenada hace menos de un año, ha tenido un éxito tan extraordinario que en toda Polonia no se habla aún de otra cosa. En las revistas, los periódicos y los folletos se han publido largos comentarios suscritos por los más eminentes críticos. Se han hecho expresamente viajes costosos para ver este drama célebre. Los empresarios de los teatros dan representación de él periódicamente para que puedan conocerla los que lleguen con este propósito desde los extremos más apartados de Polonia. Es una peregrinación continúa.

LIBROS

MIS CUENTOS, POR CARLOS MARÍA OCANTOS.

El infatigable escritor argentino Sr. Ocantos, cuya fecundidad queda bien probada con su importante serie de novelas argentinas, ha dado á la estampa un nuevo libro, interesante como todos los suyos. No hace mucho hacia su aparición la linda novela *Nebulosa*, volumen 11 de su serie, acogida por el público con merecido cariño, y ahora ofrece un volumen de preciosos cuentos, novelas breves, mejor.

Para quien realiza labor tan seria é importante como Ocantos, este libro *Mis cuentos* viene á ser algo como entretenimiento del literato estudioso; los cuentos en él contenidos son frutos de los ratos de ocio ó de vagar que sus tareas diplomáticas y sus empresas literarias le dejaron. Pero no por eso desmerece en nada esta labor al lado de las obras que dió á luz el celebrado novelista.

Los cuentos de Ocantos, por el primor del estilo y el interés de la narración, son creaciones dignas de verdadera estima y merecedoras de elogio. Cuentos como *Miss Alice*, *El milagro de la Saleta*, *Antropos*, *El pozo negro* y otros, acreditan á un literato.

*
* *

EL AMO DEL MAR, NOVELA DE E. M. VOGÜÉ.

La famosa dovela de Vogüé, tan elogiada por la crítica europea y traducida á casi todos los idiomas, acaba de ser vertida al nuestro por el distinguido oficial de marina don José Plá, quien, tanto por este hecho cuanto por la esmerada traducción que ha realizado, merece elogios muy entusiasta.

Como no se trata de *descubrir* á Vogüé ni á su obra, nos abstenemos de hacer un detenido estudio de uno y otra, limitándonos á felicinar al distinguido traductor que acaba de prestar un gran servicio á la literatura española.

*
* *

MISTERI DE DOLOR, DRAMA DE ADRIAN GUAL.

Dentro del nuevo movimiento literario de Cataluña las obras de Gual tienen un carácter bien definido. La traducción del arte catalán ha influido poco en Gual. Este debe más su significación literaria á la literatura extranjera. El influjo de Maeterlinck en sus obras resulta indudable. En los tipos, en los caracteres, sepárase Gual de su escritor favorito; pero en las producciones de éste ha encontrado aquél la tonalidad un tanto gris y monótona que se advierte en sus creaciones teatrales, en «Silenci» y Misteri de dolor.»

Ese ambiente es quizá lo más exquisito de la producción de Gual. Personajes y acción vibran poco. Eso en «Silencio». En «Misteri de dolor», en cambio, Gual, más fiel á sí mismo, ha puesto más aliento, mayor vida. Es esa, sin duda, su obra más completa, la más teatral.

Miscelánea científica

El telégrafo sin hilos y el sol

Resulta de nuevas experiencias que completan las hechas ya en 1902 por Marconi, en el trasatlántico «Filadelfia», que las señales se transmiten por el telégrafo sin hilos más rápidamente y á más larga distancia por la noche que por el dia. El sol no es favorable á las comunicaciones. Este fenómeno extraño, que quedó sin explicar durante algún tiempo, ha sido objeto de estudios más atentos en diversos países. El célebre meteorólogo y químico sueco Arrhenius se ha ocupado de él especialmente y acaba de dar á conocer los primeros resultados de sus observaciones. Según él, el espacio interplanetario está lleno de electrones continuamente proyectados por el sol que hacen la atmósfera de la parte iluminada de la tierra menos transparente á las ondas hertzianas. El profesor Thomson, de Cambridge, cree que los electrones obran obstructivamente á sorbiendo una parte de la energía puesta en libertad en una estación de transmisión. Falta comprobar si esas hipótesis son fundadas, pero es cierto que un mensaje expedido por el sistema Marconi en plena claridad del sol no hace más que las dos terceras partes del recorrido efectuado en plena obscuridad nocturna.

Las enfermedades nerviosas

El doctor Hauser demuestra, en la «Neuvelle Revue», que las enfermedades nerviosas han tenido un considerable aumento durante los últimos años. Los médicos de antaño no conocían sus causas, acaso porque esas enfermedades existían en muy reducido número. El censo de Francia en 1.º de Enero de 1861 acusa 35 000 dementes; en 1871 teníamos 39 000; en 1880, 47.558. En número de idiotas y cretinos se ha elevado en 1883 á 38 000; en 1906, á 65.937. El aumento más considerable ha recaido en la locura paralítica, que ataca especialmente á los alcohólicos. En Inglaterra había en 1866, 35.000 alienados; en 1891, 87.000; en 1897, 99.000. La neurastenia es también una enfermedad de nuestro tiempo, así como la morfinomanía y el alcoholismo. El consumo de alcohol era en 1869 de 1.008.750 hectólitros; en 1880, de 1.153 000; en 1894, de 1 539.389. Las ciudades del Mediodía absorben menos que las del Norte; la población de Cheburgo absorve 18 litros por cabeza: la de Rouen, 16 litros; la de Lille, 7 litros, mientras que en Niza se beben 4 litros y en Montpellier 3 por cabeza.

La electricidad como soporífero

Un médico de San Francisco, especialista en electroterapia, preconiza para combatir el insomnio dos aparatos eléctricos.

El primero se funda sobre el autohipnotismo, y adormece en 20 segundos. Basta fijar, durante ese tiempo, dos espejitos triangulares, sobre los cuales se reflejan los rayos de una lámpara eléctrica; estos dos espejos giran horizontalmente, pero en direcciones opuestas, uno á la derecha y otro á la izquierda, con gran velocidad.

El otro aparato se coloca debajo de la almohada y determina una ligera corriente por medio de un conductor metálico que corre á lo largo de la columna vertebral. Basta la aplicación durante pocos segundos de este aparato sencillísimo para surgirse en un sueño profundo.

En breve publicaremos íntegro el hermoso poema dramático «El jardín abandonado» del poeta catalán Rusiñol, traducido por Miguel Sarmiento.

También publicaremos un estudio de D. Antonio M.ª Manrique «Tenerife en los 90 primeros años de la Conquista» y otros trabajos originales.

El Museo anario

. Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En las Islas Ganarias, un mes. . 1 Pta.
Id. Id. un año . . 10 »
En la Peninsula española, Islas Baleares y posesiones españolas, un semestre . . . . . 7 »
Id. Id. un año. . 14 »
En el Extranjero, un año . . . . 20 »

AÑO X—NÚM. 191 TOMO XVI—CUAD. 7.º

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE

ESTABLECIDA EN LAS PALMAS

PARA EL ADELANTO DE LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LAS ARTES

Director: ARTURO SARMIENTO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CALLE DE TRAVIESO NÚM. 27

LAS PALMAS

Julio de 1905

Sumario de este número

La cuestión de Marruecos.—El pasado y el presente.

El jardín abandonado, cuadro poemático de Rusiñol, traducido por Miguel Sarmiento.

Postales, por Amaranto Martinez de Escobar.

Hombres ilustres de Canarias: D. Juan de León y Castillo, por Arturo Sarmiento.

Los pintores montañeses, por Angel Guerra.

El cuento de las notas, por Bernardino Valle y Gracia.

La isla de Tenerife en los noventa primeros años de la conquista, por Antonio M.ª Manrique.

Nuestros poetas del tiempo viejo.—Las costumbres.—La mujer, poesías por J. de Viera y Clavijo.

Como funciona un cable submarino: Historia de un invento asombroso, por X.

De la Historia de Canarias. Diario del Bachiller D. Isidoro Romero Ceballos. (Continuación.)

Revista de Revistas:

Raza ó civilización latina.

Notas marginales del Quijote.

Miscelánea científica:

La scopolamina

Tratamiento de la tisis.

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

órgano de la Sociedad del mismo nombre

Director: ARTURO SARMIENTO

JULIO 1905 AÑO X=N.º 191

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS

EL PASADO Y EL PRESENTE

I

Lo que desea Alemania

Durante muchos siglos el límite extremo de Francia, por el lado del Sur, estuvo realmente en Marsella.

Las energías de esta nación se desarrollaban entonces siguiendo otras direcciones; primero hacia el Norte, donde tenía que habérselas con Inglaterra; luego hácia el Sud-oete, donde Italia, destrozada y débil, excitaba su codicia; después hácia el Este, donde se ensanchaba á expensas de Alemania, adormecida é inerte.

Solo hace unos cien años descubrió Francia el Mediterráneo.

Desde el siglo XVI guerreaba España en el Africa del Norte en Marruecos y en Túnez, y hasta el reinado de Carlos X no advirtió Francia que había del otro lado del mar latino, casi al alcance de su voz, estados bárbaros que la insultaban y menospreciaban.

Por mucho tiempo estuvo tolerando Francia que los piratas bárbaros saquearan las costas de la Provenza, abordando navíos que ostentaban su bandera y reduciendo á la esclavitud á millares de vasallos del rey cristianísimo.

Es iluminación suprema: Francia mantenía en las ciudades africanas agentes diplomáticos, que se exponían á tropezar á cada paso con compatriotas esclavizados sirviendo de bestias de carga y de labor, sin que ellos, los agentes diplomáticos pudiese hacer nada por obtener la libertad ó por aliviar las cargas de estos infelices.

Fué preciso que el último bey de Argelia golpease con su abanico al ministro francés para que se le acabase á Francia la paciencia.

La Restauración comenzó la conquista de Argelia, y la monarquía de Julio la terminó.

Esto era entonces una cuestión puramente militar. Nada había que temer de la diplomacia. ¿Quién habría podido oponerse á que Francia se estableciera en Argelia? Alemania no existía aún en su carácter actual de gran potencia con una política exterior mundial. Turquía estaba más que debilitada, á causa de la guerra de la independencia helénica, y tuvo que limitarse á hacer esa conquista una simple protesta irrisoria.

Austria, señora ya del Adriático por Venecia y Trieste, se interesaba tan poco en el Mediterráneo como Rusia.

La Italia, bajo el mando de siete señores: Papa, Emperador, Rey, gran duque y duques, no valía nada.

Solo Inglaterra podía poner mala cara á la conquista de Argelia, y, astutamente, esa potencia estuvo dificultando á Francia la empresa, alentando la resistencia de Abd-El Kader y mostrándose á veces tan amenazadora, que muchas veces, de uno y otro lado de la Mancha, llegó á considerarse inminente la guerra.

Pero Inglaterra evitó estos extremos, y Francia solo encontró en su empleo enemigos árabes.

Napoleón III heredó, pues, del Gobierno de Luis Felipe la Argelia enteramente sometida, y fué el primero que se dió cuenta de la importancia inmensa de la nueva posesión.

Llamó á la Argelia «la prolongación de Francia allende el mar», nombró á su primo el príncipe Napoleón, gobernador de la nueva provincia, y dijo entonces la gran frase célebre: «El Mediterráneo debe ser un lago francés.»

Esta frase contenía un programa político de enorme alcance, pero el mismo Napoleón no se daba cuenta exacta de lo que había formulado. Si quería que el Mediterráneo se convirtiese en agua territorial francesa; ¿cómo fué que favoreció el renacimiento italiano? ¿No veía que la primera ambición del reino unido de Italia, en cuanto acabara de consolidarse, tenía que ser la posesión de una parte del litoral africano, distante solo cinco ó seis horas de su costa meridional?

Napoleón cayó antes de haber tenido que cargar con las conse-

cuencias de su política incoherente. La república reanudó con singular empeño la continuación de los asuntos africanos.

Muchos franceses decían entonces que después de los reveses sufridos por Francia en Europa, y cercada como estaba entonces esta nación en el continente por tremendas potencias militares, tenía que buscarse un lugar en otra parte para su desenvolvimiento natural.

Para estos previsores, el Africa se ofrecía como el campo destinado á la expansión futura de Francia. Con una energía en la que no habia rastro alguno de la influencia de los últimos reveses, la república sofocó la rebelión de los árabes, que la creían desarmada por la guerra con Alemania, se estableció sólidamente en la costa occidental del Africa, llevó sus puestos militares hasta el centro del desierto, fortaleció su influencia en Egipto por medios diplomáticos y financieros, y abrió á todos lados caminos de exploración y de anexión ulterior.

Túnez, país casi tan precioso como Argelia, debía ser la primera etapa de la nueva expansión de Francia en Africa. Pero en el momento que la sombra de esta potencia iba á extenderse sobre la regencia del bey, la situación diplomática no era la misma. Alemania alentaba entonces los proyectos franceses.

Se ha dicho después que Bismarck se había trazado el plan maquiavélico de embarcar á Francia en una aventura que apartase su atención de Europa y le crease muchos años de dificultades con Italia é Inglaterra. Pero esta es mucha ingratitud. En, realidad el príncipe de Bismarck se había propuesto un fin caballeresco: dar á Francia por la Alsacia una compensación que á su juicio equivalía á la provincia enexada.

Francia, tranquila ya con respecto á Alemania, se apoderó de Túnez. Italia se irritó por esto, y durante mucho tiempo se mostró amargamente resentida. Solo se resignó en presencia de los hechos irremediables, contentándose con el reconocimiento francés de sus pretensionnes en Trípoli.

En cuanto á Inglaterra, ésta no se irritó, ni protestó absolutamente. Exigió y obtuvo un tratado de comercio favorable y se apoderó después de Egipto sin dar satisfacción á nadie y riéndose de todas las reclamaciones francesas.

El sueño del lago francés y de una expansión de Francia en toda Africa habia concluído. Francia tenía que admitir la participación de Inglaterra correspondería á ésta el Sur del continente africano y la mitad oriental del Mediterráneo, cuya mitad occidental sería para Francia. Esta política era rigurosamente lógica.

*
* *

Ahora bien, una vez que Francia hubo adquirido el Congo y conquistado todo el Sudán, y llegado hasta Tumbuctú y hasta los oasis del Sur de Orán, solo aparecía una laguna en la continuidad

de las tierras francesas que se extendían por toda la mitad occidental de Africa: Marruecos. Ahora bien, en virtud del programa que Francia se ha impuesto fácilmente, Marruecos debe correr la misma suerte de Argelia, de Túnez y del Sudán; de completar la Francia africana, uno de los imperios más grandes y maravillosos del mundo. Solo que, á medida que pasa el tiempo, las dificultades de anexion y de conquista aumentan, y la preparación diplomática de las empresas de este género se hace cada vez más delicada.

En Marruecos, Francia tropieza con intereses extraños bien definidos: Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos hacen allí un comercio considerable y lucrativo; España ha regado con su noble sangre el suelo marroquí en batallas gloriosas; posée allí territorios, y millares de sus hijos laboriosos están aplicando en ese país su actividad. Francia, ha sentido, pues, la necesidad de armonizar sus intereses con esos derechos. Ha conseguido que Italia se declare desinteresada en la cuestión: ha celebrado con Inglaterra un convenio por el que abandona Egipto á esta potencia y le asegura por treinta años la libertad comercial, y ha garantizado á España sus presidios y los derechos de los súbditos españoles en todo el territorio de Marruecos.

Pero ¡cosa extraña! el exministro de relaciones exteriores de Francia Mr. Delcassé, no creyó necesario conversar diplomáticamente sobre Marruecos ni con Alemania, ni con los Estados Unidos. Esta última nación hará lo que mejor le parezca. En cuanto á Alemania, ésta no acepta ese tratamiento de cantidad relativa.

En verdad, toda vez que Francia se instala en un país bárbaro, la civilización obtiene con eso un beneficio enorme.

La humanidad entera debe alegrarse al ver que Francia se dispone á tomar posesión de Marruecos.

Este grande y hermoso país, habitado por 12 ó 15 millones de almas (algunos elevan su población á 25 millones) está envuelto en estos momentos en una anarquía salvaje. El asesinato, el robo, el fanatismo, la ignorancia y la miseria, reinan allí en toda su plenitud. Francia creará en cambio el orden, la seguridad y la prosperidad, propagará la instrucción y difundirá costumbres más suaves, construirá caminos, puentes, líneas férreas, puertos, mercados, etc.

Y esto aprovechará á todos, con el andar del tiempo y á Marruecos en primer lugar. Y cuando la obra esté concluida, Francia será acreedora á un reconocimiento tanto más grande cuanto más enormes hayan sido los sacrificios que se haya impuesto para realizarla; porque, aunque M. Delcassé hablara de «penetración pacífica» y excluyese á la violencia de su programa, tarde ó temprano Francia ha de verse en la necesidad de desenvainar la espada.

Solo habría motivos, pues, para satisfacciones por la acción expansiva de Francia, si el cuadro de los beneficios que esta acción iba á reportar no tuviese su lado sombrío.

Cuando Inglaterra toma posesión de un nuevo país, lo abre en seguida á todo el mundo; todo el que quiera puede ir á establecerse allí, á gozar de las libertades británicas, á compartir sin traba alguna con los mismos ingleses.

Pero cuando Francia iza su bandera en alguna parte, el caso es diferente. El francés, individualmente, es encantador en su trato y seductoramente amable para con el extranjero.

El francés como nación, es jenófobo, se rodea de barreras aduaneras imposibles, suprime implacablemente el libre cambio, excluye el cabotaje y el comercio extranjeros. Todos los paises anexados por Francia están reservados celosamente para los franceses, y se les puede considerar perdidos para la explotación legal en provecho de las demás naciones civilizadas.

Lo que Alemania quiere es la libertad de su comercio en Túnez, en la Indochina y en Madagascar; no quiere, pues, que esta penosa experiencia se repita en Marruecos. Este es su único deseo, porque no tiene ambiciones territoriales en esos parajes, y los que pretenden que el gobierno imperial está negociando actualmente con el Sultán la posesión de una estación carbonera en la costa marroquí, han inventado una calumnia contra Alemania.

Lo que Alemania quiere es la libertad de su comercio, no solo por treinta años, sino para siempre.

Esta libertad se la ha concedido ya al Sultán. Pero ¿qué sucedería si Francia estableciese su protectorado en Marruecos? ¿Solo Francia puede responder á esta pregunta, y hasta ahora no ha querido hacerlo. Es cierto que M. Delcassé habló en el parlamento francés de «puerta abierta», pero un discurso pronunciado en la Cámara ó en el Senado francés, no constituye un derecho que Alemania pueda invocar.

Este imperio pretende pues, un tratado análogo al de Inglaterra, España é Italia, y no se mostrará satisfecho sino cuando Francia le haya garantizado explícitamente y para siempre el tratamiento de nación más favorecida.

M. Delcassé no se dignó negociar con Alemania este tratado. Quería que ella se lo pidiera. ¡Qué ocurrencia! ¿Por qué había de pedírselo? Alemania tiene ya en Marruecos la posición que necesita, y el Sultán está dispuesto á garantírsela por escrito. Y el Sultán es el poder legítimo en Marruecos, como lo reconoció Guillermo II cuando al desembarcar en Tánger cambió palabras amables con el tío del Sultán, especialmente comisionado para dar la bienvenida al imperial visitante.

Los franceses hablan en estos momentos de la mala voluntad de Alemania, de los arranques imperiales, y creo que de provocaciones también. Se engañan. La mala voluntad, si no de Francia, fué por lo menos de M. Decalssé, que habló en nombre de ella. A este ministro le pareció muy bien pasar por alto la existencia de Alemania. Pero Alemania se hizo sentir en la visita de su emperador

á Tánger. Y si la vanidad de M. Delcassé sufrió por esto un golpe un poco rudo, nadie sino él tuvo la culpa de eso.

II

Fracaso de la penetración pacífica

Ahora estudiemos la influencia de Francia en Marruecos.

De 1900 á 1903 Inglaterra ejerció un verdadero protectorado moral en Marruecos, gracias al ascendiente moral que en el ánimo de Abd-el-Azis gozaban el kaid Mac-Lean y Mr. Verdon. Pero fuerzas ocultas, de las que tanto trabajan en el territorio del Mogreb constantemente, vinieron á destruir ese equilibrio y á provocar el alzamiento del Pretendiente, el mayor enemigo de la influencia británica.

Coincidió tal revolución con los manejos de M. Delcassé para arreglar y solucionar el problema de Marruecos en provecho de Francia, prolongando la Argelia hasta el Atlántico sin comprometer el presupuesto ni el prestigio militar de la República; pues la empresa, que era el sueño dorado del partido colonial y de los hombres de negocios, no interesaba al pueblo francés, amante de la paz, bien avenido con el *statu quo* marroquí.

Inglaterra, que al terminar la guerra del Transvaal dió por concluido el ciclo de sus aventuras guerreras y sólo desea consolidar la posesión de los territorios de su vasto Imperio, firmó el Convenio de 8 de Abril de 1904, el que legalizaba su situación en el Egipto, el que anulaba las pesquerías francesas de Terranova, el que aislaba á Rusia, el que facilitaba, en fin, la empresa de extender su dominio por la extensa comarca del Tibet.

Delcassé, interpretando según su conveniencia las intenciones británicas, entusiasmado con la actitud de Inglaterra, que le cedía un Imperio que no le pertenece, se puso al habla con España, y al lograr de nuestro Gobierno una inteligencia satisfactoria, barrió, por el momento al menos, los obstáculos que se oponían á su acción.

Consecuencia del Convenio anglofrancés y del Convenio francohispano fué el envío de una Embajada extraordinaria á Fez, la de M. Saint-René Taillandier que iba con el carácter de un plenipotenciario de Europa entera. El suceso despertó el patriotismo de los altos dignatarios imperiales y el fanatismo de las masas populares. El brillo con que se quiso revestir la Embajada francesa fué el segundo mal paso dado por la República en la penetración pacífica. Bien está que un conquistador entre con el aparato esplendoroso en la ciudad conquistada; pero á un diplomático que va á negociar no le es lícito rodearse de tiradores argelinos y de *spahis* sin despertar los recelos legítimos de los moros. Eso no se puede hacer sino teniendo detrás un ejército formidable de ocupación.

Monsieur Saint-René Taillandier hizo el viaje de Tánger á Larache por mar, y no por tierra, eludiendo así el encuentro con el valiente Raisuli, que si hubiera detenido al embajador en su camino, hubiera hecho un gran favor á Francia, dándole un motivo racional de intervención en el Imperio.

Llega la embajada á Fez. Abd-el-Azis, el gran jerife de los creyentes, el absoluto soberano de vidas y haciendas del Mogreb, le dice al embajador francés que nada le pertenece, que el pueblo es el que puede disponer de sus destinos y que el *self gouvernment* es el que rige en el más anárquico, caótico y absolutista de los Imperios. Francia se dejó engañar por ese acto de astuta diplomacia. El Sultán reunió el *Metsin* ó Consejo de notables, y á esta Asamblea se entregó el plan de reformas aconsejado, impuesto, por Francia. El embajador tubo que someterse á los caprichos, al espíritu intolerante de los notables, que no representan al pueblo, sino al Sultán. El aceptar las decisiones de la Asamblea constituyó un gravísimo error, y ahí está el origen y fundamento más serio del fracaso de la penetración pacífica.

Ante los notables comparecía M. Saint-René Taillandier, con el objeto de explicar la excelencia de sus proyectos administrativos, militares y financieros, y convertía en elocuente cátedra de Derecho público lo que era sencillamente reunión de fanáticos y astutos musulmanes, que cumplían á maravilla las órdenes recibidas de sufrir por Allah las impertinencias de los cristianos y de encontrar fórmulas de dar largas á las discusiones.

Dos meses duró la exposición de las reformas, que en todos sus detalles fueron conocidas por el pueblo. Esa publicidad alzó la protesta más grave que existió nunca en Marruecos, protesta sólo atenuada por el convencimiento de que el representante de Francia era el juguete del astuto Garnit, del inteligente Ben Seliman y del patriota Ben Aichs. La convicción del triunfo del Majhzen era plena en toda la moreria, clara como la luz meridiana. Entonces Saint-René Taillandier varió de táctica y pidió entenderse directamente con el Sultán y no con los notables, para que fuera aceptado en conjunto el plan de reformas.

El problema aparecía tan arduo y difícil, que el Sultán buscó el auxilio de Sidi Mahomed Torres, doblemente venerable por su ancianidad y por su experiencia. No tendría el embajador que discutir con toda una Asamblea; discutiría tan sólo con un individuo medio europeizado, y ese individuo era Torres. Sain-René Taillandier cayó en la trampa.

Torres hizo el viaje despacio; se tomó tiempo para descansar, para el estudio y para las meditaciones, y en tanto Francia aguardaba con la natural impaciencia su juicio, que, después de todo, sería un voto más dilatorio en el período analítico de los *pourparlers* de las negociaciones. Sidi Mohamed Torres desempeñó á las mil maravillas su clásico papel de ser la muralla que contiene en Tánger la ola impetuosa de la civilización cristiana. ¡Qué admirable,

qué sobrehumano esfuerzo hizo Torres! ¡Qué espectáculo verle, achacoso y doblado por sus muchos años, defender con su simpática sonrisa los restos que quedan de su patria! En él tenían puesta su confianza todos los buenos musulmanes, y el consentir que fuera á Fez constituyó una irreparable torpeza, que Francia deberá anotar entre los innumerables desaciertos cometidos en su penetración pacífica de Marruecos.

Torres y los notables, puestos de acuerdo, resisten descaradamente á los propósitos de Francia y dan su consejo definitivo al Sultán: «Las reformas son buenas, dignas de ulteriores estudios; pero no se pueden aplicar en el Imperio en los momentas actuales, siendo sólo objeto de discusión las que se refieren á la Policía de la frontera de Argelia.» El Sultán, que no deseaba otra cosa, hizo suya esa fórmula, y con ella respondió á las reclamaciones del embajador francés, añadiendo que las relaciones exteriores del Imperio están sometidas á la Convención de Madrid de 880.

El embajador francés amenazó con retirarse; pero, en vista de que la amenaza no producía efecto, se quedó en su puesto, ejerciendo toda la presión que su patriotismo le aconsejaba. Y la acción de Francia fué en aquellos días tan enérgica, que el Sultán tuvo que reanudar sus conferencias con los agentes de Alemania, de España é Inglaterra. España é Ingleterra guardaron la más escrupulosa neutralidad *oficial,* advirtiéndose el hecho satisfactorio de que la Prensa provocase dificultades ni registrase siquiera el fracaso de Saint-René.

Sólo Alemania salió de la neutralidad y empezó á intervenir. De la conferencia que con el Sultán celebró el inteligente doctor Wasel en 24 de Marzo del presente año arranca el entusiasmo intervencionista del Kaiser, su visita á Tánger, su declaración de la integridad del Imperio, su célebre política de la «puerta abierta».

Alemania, tal vez sin saberlo, prestó con ese significativo y ruidoso acto un favor señaladísimo á la República francesa, que debía estarle agradecida á Guillermo II, porque éste, con su intervención, salvó los prestigios y la dignidad de Francia en Marruecos. No es está una paradoja; es una afirmación fundada en los hechos. ¿Se quieren pruebas?

Derrotada completamente Francia en la Corte jerifiana; contenida por causas de fácil explicación la publicidad de su fracaso, peligraba la dignidad de la República. El Kaiser fué la tabla salvadora. Taillandier podía regresar á su patria con la gloria del martirio sufrido por la inesperada intervención germánica. No era un vencido del Sultán, sino un vencido del Kaiser. Su lucha en Fez, de continuar más tiempo, hubiera sido desastrosa. Francia no podía ir contra el *statu quo,* y sin un acto de fuerza su representante quedaba comptetamente desarmado y expuesto al ridículo y al escarnio del Gobierno y del pueblo del llamado caduco y decadente Imperio de Marruecos. Francia debe estar agradecida y acogerse á la solución providencial de la futura Conferencia de Tán-

ger, aprovechando una ocasión tan propicia de asegurar la paz.

En Marruecos no ha de cuajar aquella teoría del ideal humanitario de la penetración pacífica, y no dispuesto el Imperio á dejarse conquistar, la Conferencia es la única manera de sacar á flote los prestigios y los derechos de Francia, aunque resulten anulados los acuerdos de Abril y de Octubre, que ningún valor tendrán cuando de esa Conferencia salga una nueva edición, corregida, de la Convención de Madrid de 1880.

España debe igualmente estar agradecida á la intervención de Alemania, pues merced al Kaiser podremos salvar nuestros intereses en el norte de Africa y conjurar ese conato de suicicio internacional que tratábamos de cometer concediendo el monopolio del Imperio de Marruecos á una potencia que, con la posesión de Argelia y de Túnez y con las obras militares del puerto de Bizerta, ha roto ya en su favor el equilibrio naval del mar Mediterráneo.

Francia tiene todo nuestro cariño y todo nuestro respeto. Por eso nos duele que pueda caer sobre la República el menor peligro de una guerra, y nos permitimos alentar el buen juicio del pueblo francés, amante de la paz. Allá, con toda clase de prestigios, irá á la Conferencia de Tánger, la cual, por *contre-coup*, atajará las ambiciones germánicas, que se encuentran hoy en excelentes condiciones para ejercer una exclusiva y eficaz influencia sobre el Sultán, si por un accidente desgraciado de la diplomacia española pudiera Alemania quedar libre y dedicarse á sustituir con sus hechos la fracasada penetración de Francia en Marruecos.

Ante ese grave peligro se impone hacer un supremo esfuerzo, marchando rápidamente á un acuerdo europeo que regule con normalidad el complicado problema de la intervención del mundo civilizado en los asuntos interiores del anárquico Imperio.

III

Conflicto que desaparece

Ha desaparecido el peligro inmediato de una guerra entre Francia y Alemania, y lo que eran disentimientos diplomáticos, que amenazaban concluir por una sangrienta ruptura de hostilidades, se han trocado en conversaciones de Cancillería, principalmente mantenidas entre el Príncipe de Radolín y Mr. Rouvier.

El fuego se extinguió, al menos por el momento; pero quedan rescoldos que pueden convertirse en hoguera otra vez en cuanto sople un viento de tempestad. Hay entre Francia y Alemania cuestiones permanentes, que no se conjuran fácilmente ni aun llegando á un acuerdo completo en lo del conflicto de Marruecos.

Por de pronto, el canciller Príncipe de Bulow ha prohibido la reunión que los socialistas alemanes proyectaban en honor de los

socialistas franceses, y en la que tenía que hablar Mr. Jaurés. La nota prohibitoria del canciller, escrita en términos de gran consideración para los talentos y méritos de Jaures, pero de dura censura para lo que él reputa antipatriotismo de los socialistas alemanes, ha causado enorme sensación en Berlín.

Nada menos que la *Gaceta de Colonia*, que no se distingue precisamente por su temperamento radical y por su benevoleneia á los socialistas, combate la resolución del canciller, por ser atentatoria á la libertad del pensamiento y de la palabra, que es uno de los grandes honores de Alemania. El *National Zeitung* reprueba del mismo modo el acto de Bulow, porque ese acto persecutorio de la democracia socialista da considerable fuerza á los partidos revolucionarios internacionales, que tan notable prueba de su poder están demostrando en Rusia. La *Gaceta de Voss* dice que es una torpeza que cortará serios disgustos á Alemanía convertir el discurso, no pronunciado, de Jaurés en una reclamación diplomática solemne. El *Berliner Tageblat*, órgano radical, afirma que el Gobierno alemán no solamente ha inferido una ofensa á monsieur Jaurés, sirviendo la causa de los nacionalistas franceses, sino que además ha proporcionado un triunfo ruidoso á los socialistas alemanes, que constituyen por ese hecho de que se les tema el eje de la internacional del Imperio y de Europa. Y, finalmente, el periódico socialista *Vorwaerts* condena como antipatriótica y antinacional la manera con que el canciller ha rebajado á una gran masa de sus conciudadanos, y añade que el Príncipe de Bulow consigue así ser el agitador más útil que poseen los demócratas socialistas, haciendo resaltar la tarea gigantesca de éstos al transformar en Imperio de progreso y de libertad el Imperio alemán actual, que es un instrumento policiaco y guerrero de violencias.

Como se ve por este lenguaje unánime de la Prensa alemana, se van ahondando cada vez más las diferencias que existen entre el pueblo germánico y el Imperio, pues mientras aquél quiere la paz y trabaja por establecer una solidaridad universal, el Gobierno pretende sostener vivos los motivos de odio que arrancan de la guerra del 70.

Un periodista notable, el redactor de *Le Figaro* M. Jules Huret, bien conocido por sus libros y por sus sensacionales interviús, reside ahora en Berlín, y acaba de tener una entrevista importantísima con el doctor Arendt, jefe del partido liberal conservador del Reichstag y uno de los miembros más influyentes del Parlamento alemán.

El doctor Arendt ha declarado á Jules Huret que Alemania no quiere la guerra; pero tampoco quiere que á cada momento se esté poniendo á discusión en Francia el Estado de cosas creado por la guerra de 1870.

«La mayoría de los franceses—dice Arendt—sueñan despiertos, manteniendo la insensata esperanza de que la Alsacia y la Lorena vuelvan algún día al poder de Francia. Los espíritus mejor inten-

cionados se ingenian combinaciones locas para lograr extraños cambios de territorios. Eso es lo que se llama *política sentimental*, de la cual fué representante, durante siete años, en Francia M. Delcassé. Y es preciso que eso concluya, que se suprima el sentimentalismo en la política. La única conducta plausible, hábil y patriótica en los tiempos que corren es la *política real*, la que se funda en hechos y en intereses. Es preciso que Francia se resigne de una vez por todas á dar como definitivamente perdidas sus provincias del Rhin, Alemania no se las devolverá, porque no quiere ni puede renunciar á su posesión.

¿Vosotros, franceses—sigue hablando el doctor Areadt—, queréis agotar vuestras fuerzas eternemente en la contemplación hipnótica de la frontera del Este? ¿Una gran nación como Francia desempeña un papel eficaz en el mundo subordinando todos sus intereses, todos sus deberes respecto de ella misma y respecto á la civilización, á un sueño de sonámbulos, á una creencia milagrosa de la vuelta á su dominio de Alsacia y Lorena? Acaben de una vez tales fantasmagorías. Si pretendéis recobrar esas provinsias por las armas, ya es tarde; ha pasado la hora de intentarlo siquiera. Cada año Alemania es más fuerte y poderosa, porque cada año se acrecienta con un millón de habitantes, y Francia por el contrario, permaneciendo estacionaria, se debilita. De día en día se solidifican los lazos exisientes entre los países conquistados y Alemania y se relajan los vínculos que unieron á Strasburgo y Metz con el resto de Francia. La germinación de Alsacia y Lorena hace progresos constantes y seguros. Una política *realista* debería, por consiguiente, encaminar todos sus esfuerzos á mostrar á los franceses estas indiscutibles verdades y sus lógicas consecuencias.

»Las consecuencias son una política sinceramente pacífica entre Alemania y Francia, una inteligencea económica, de la cual resultaría una prosperidad nueva, una especie de unión aduanera del centro de Europa, que sería á la vez garantía de una paz duradera y la marcha segura hacia destinos económicos de un alcance incalculable. Para llegar á tal resultado benéfico se necesitaría que Francia, en lugar de volver siempre sus ojos al pasado, se atreviera á mirar al porvenir, que es uno de los signos mejores de salud para los pueblos y los hombres.»

Todo eso que el doctor Arendt le ha dicho á Jules Huret está muy bien hablado y muy bien discurrido; pero ¿cómo se compaginan tales criterios sensatos, humanos, civilizados, con la conducta del Imperio, con la nota del Príncipe de Bulow, impidiendo que Jaurés hable en Berlín?

No, no hay que atribuir á torpeza la conducta del canciller. Desde su punto de vista de los intereses guerreros y feudales del Imperio, Bulow sabe lo que se hace prohibiendo hablar á Jaurés. Este es el apóstol de la paz, este ha tenido el valor cívico de decir en pleno Parlamento francés que es preciso renunciar para siempre á la reconquista de Alsacia y Lorena. Y su instinto de conservación, le

manda á Bulow, político, hacer todo lo contrario de lo que aconseja que se haga Avendt, pensador y filósofo. El día due los franceses dejasen de soñar en la vuelta á su patria de las provincias del Rhin, se había acabado la necesidad de mantener los grandes ejércitos alemanes, y de vigilar los Vosgos, y de conservar los privilegios que á la sombra de esa organización guerrera viven y prosperan.

Al canciller no le conviene que los franceses sean sabios y prudentes, y si en su mano estuviera tendría á sueldo á los nacionalistas, á los que sueñan en recuperar á Strasburgo y Metz, á los que colocan como la primera razón de la política de la República el desquite de Sedan, á los que ven á todas horas aparecerse en los aires la figura de Juana de Arco.

Por eso Alemania se presenta ante Francia, enérgica y triunfadora arrancando toda esperanza de recuperar á Alsacia y Lorena, y limitando su influencia en Marruecos.

Alemania ha triunfado de Francia, en Europa y en Africa.

EL JARDIN ABANDONADO,

cuadro poemático en un acto, por
SANTIAGO RUSIÑOL.
Traducción de
MIGUEL SARMIENTO.

———

PERSONAJES

La Marquesa. Setenta años. Retrato noble de señora de principios de siglo. Blanca, de blanco de cera, sedosos los cabellos, abundantes y ondulados. Distinción heredada de muchas generaciones. Voz afinada y dulce. Pátina mate de cuadro de museo.

Aurora. Su nieta. Ultimo brote de una familia de la nobleza. Color de rosa pálida, manos semejantes á magnolias, ojos de azul de sombra, vestido de colores pálidos, en harmonía con la felpa de los árboles.

Ernesto. Primo de Aurora. Treinta años. Pintor de gustos delicados. Distinción varonil Viste con cierto abandono de buen gusto. Temperamento soñador

Luis. Veinticinco años Ingeniero Joven á la moderna. Temperamento activo, práctico y lleno de ambición. Viste correctamente, á la moda de todos

Gertrudis. Sesenta y cinco años. Vieja sirvienta que es como un complemento de la casa, figura arrancada de un esgrafiado del palacio. *Soubrette* que ha envejecido en ambiente ceremonioso de nobleza y distinción. Avezada á vivir recluída, habla bajo y con prudencia temerosa. Su misión es de segundo término y nunca sale del lugar que le corresponde. Parece vivir por mandato de la Marquesa y que ha de morir cuando la Marquesa se lo ordene

Coro de hadas

ACTO ÚNICO

Representa la escena un jardín descuidado, un jardín clásico, de plantas nobles, enfermas por el abandono y que conserva el sello distinguido que no tienen los jardines que se improvisan; un jardín con pátina de vejez, modelado por los besos del tiempo, y triste, con la tristeza que dan los árboles antiguos y las plantas arraigadas. A un lado, una glorieta de cipreses recortados con simetría; al fondo, una escalinata manchada de musgo, y de losas amarillentas; á la derecha, el palacio, con figuras esgrafiadas, medio desteñidos por la

lluvia; en primer término un surtidor de aguas dormidas é inmóviles. Se oirá á lo lejos un coro, y en medio del canto se alzará el telón.

CORO DE HADAS

De enjutos surtidores
somos la voz del agua,
y escuchamos inquietas
lo que cuentan las auras

De los viejos jardines.
el eco cadencioso,
el eco de otros tiempos
llorando en el reposo

La resonancia muerta
de la vieja memoria
y la canción antigua
contado por la historia

Tristes hadas, cantamos
la mística leyenda
que éxtasis profundo
murmura la arboleda.

Desolados jardines,
servidnos de guarida,
que solo aquí gozamos
tan dulce poesía.

Al levantarse el telón, Ernesto se hallará pintando bajo la glorieta. En lo alto de la graderia, Aurora, con un pañuelo, se despedirá de alguien que no se ve. Luego se adelantará al primer término, hasta encontrarse con la Marquesa, que estará á la derecha, sentada Gertrudis aparecerá más al fondo.

ESCENA I

La Marquesa, Aurora, Ernesto y Gertrudis

Aurora.—Otro que nos abandona, abuela.

La Marquesa.—Sí, hija mía: todos huyen de las ruinas. Él, á la guerra, que es su oficio; unos, detrás de gloria; otros, detrás de la fortuna: todos nos dejan, todos abandonan el abandono.

Aurora. ¿Cómo es, abuela, que nuestra casa les espanta?

La Marquesa.—Porque el olor de ruinas, el olor de nobleza llegada á menos, les parece vaho de tumba, á los hombres de hoy, que no sienten el consuelo de la poesía, ni el aroma de las flores al deshojarse. Todos, todos nos dejarán, flor de mi alma.

Aurora.—Todos menos su Aurora.

Gertrudis. – Ni esta pobre vieja que ha echado raíces aquí y aquí ha de morir.

La Marquesa (cogiendo las manos de Aurora).—Tú también, cuando llegue mi ocaso, que no ha de tardar. Tú eres la última hoja de esta noble casa, y el viento ha de llevarte. ¡Y qué hoja, Aurora mía! Delicada y bella como flor de sombra. Mira tus manos *(agarrándoselas)*, blancas y largas como de estatua de mármol; mira tu rostro, pálido y también blanco como planta de estufa; mira tus ojos en el espejo del agua: un azul de anochecer envuelve tus pupilas. El que pretenda casarse contigo ha de amar tu alma y tu cara de enferma, tan llena de poesía.

Aurora.—El que me quisiera tendría que casarse con estos árboles amarillentos y estos mármoles verdosos, y aceptar estas ruinas, que son mi dote.

Marquesa.—¡Oh bellas ilusiones!

Aurora.—No quiero que sólo amen en mí una flor marchita: quiero que se enamoren de mi jardín; quiero que amen estos árboles, y las paredes que nos rodean y el color de estas losas.

La Marquesa.—Aurora, yo soy muy vieja; casi tan vieja como las paredes que ves; y cuantos más años pasan, más vislumbro por todas partes la soledad. La soledad es un amigo que no abandona las ruinas; y yo la he visto crecer, crecer más cada día hasta vivir con nosotros.

Gertrudis.—No siempre he vivido aquí.

La Marquesa.—No siempre. Huyó un momento: cuando se casó aquel angel que fué tu madre. Los salones de la casa, desiertos ahora y llenos de polvo, rebosaban alegria; las lámparas, hoy empañadas, eran entonces ramos de luz; y los senderos, que ves sin gente, se llenaban de parejas, de gritos de amor y de risas. No eran las aves de la noche que hoy siento cantar las que cantaban en aquel tiempo: eran canciones de envidia que revoloteaban alrededor del nido de tus padres felices.

Gertrudis.—¡Qué tiempos aquéllos!

La Marquesa.—Un tiempo que se fué en un soplo. Murió tu madre, y así como el otoño arrastra las hojas, así la muerte ahuyentó las parejas. No se acercaron más. Todas venían á la luz de la dicha, todas, y ni una quedó junto á la muerta. Muy vieja, y tú acabada de nacer, volvió el reposo como nube de invierno, y este caserón sin fin llegó á parecerse á una tumba que nos encerraba á los tres: á tí, casi huérfana, á mi, casi muerta, y á tu padre muriéndose.

Aurora.—¡Pobre padre!

La Marquesa.—Sí: ¡pobre de él y pobre de nosotras! Nunca el dolor ha dejado en la cara más honda señal de tristeza; pero tampoco nunca la muerte ha soportado la muerte con valor igual, con nobleza tan digna, ni la melancolía ha entrado en casa alguna como entró en nuestra casa. Lloraba todo el jardín. Esos desmayos que ves caían con tal laxitud que daban pena; se ennegrecieron los cipreses; se deshojaron las flores; el agua del surtidor

parecía un vaso de lágrimas. Hasta los pájaros enmudecieron, y á escondidas de nosotros formaban sus nidos.

Aurora.—¡Qué reposo!

La Marquesa.—Ya entonces empezaba á rodearnos; y él no lo quería ver, no lo quería sentir. Le temía tanto que, al verlo llegar, al comprender que su corazón se paralizaba por momentos y que estaba condenado á morir á una hora fija, convidó á sus amigos, aquellos amigos que huyeron al entrar aquí la tristeza; y cuando los vió agrupados y á la hora de los brindis en una comida en que todos disimulaban su alegría, se levantó como un fantasma, y con la copa en la mano, frío y amarillo como un muerto, brindó. «Señores,—les dijo,—me siento morir y no quiero morir solo. Ha sido un engaño la invitación á esta fiesta. La esperanza de diversiones os ha traido, que, si llego á confesar que iba á morirme, solo me encontraría. Ahora estoy acompañado. No tardaré en morir. Soy yo quien os deja ahora. No tenéis tiempo de abandonarme. Vaciemos la copa y venidme á enterrar.

Aurora. ¡Dios mío!

La Marquesa.—Sí, hija mía: así murió tu padre, temiendo la soledad y dejándonos en ella.

Aurora.—¡Memoria querida y amor que guardaré, abuela del alma! Sombra suave y noble que nos transmite la historia de estos jardines, donde muerta he de dormir.

La Marquesa.—Sí, sombra y nada más, Aurora, te dejamos del pasado.

Aurora.—Pero es sombra que venero.

La Marquesa. Ya has visto como huyen todos, hasta aquellos que te amarían. Acaba de irse uno. ¿A dónde va? A la guerra entre los hombres. Ahí tienes á tu primo *(señalando á Ernesto)* soñando en su arte. Verás pasar á otros hoy y mañana, y, sin padres, sin tesoros, sin más dote que una herencia gloriosa, ninguno verá en tu frente el prestigio de la última flor de un jardín lleno de ruinas.

Aurora. Aun hay poesía.

La Marquesa.—¡Quién la pudiera sentir! ¡Cuánto quisiera, Dios mío, que al caer nosotros no te hubiese manchado el polvo del desastre; que esta vieja, que apenas ve ya, te viese feliz! ¡Pero no sé, miro en derredor y no veo más que sombra!

Aurora.—Tnmbién yo la veo; pero es sombra que deleita. No es oscuridad lo que miro: es luz de anochecer; no son tinieblas de gruta, sino manto de la noche; y cuando en el corazón hay juventud, cuanto más negra es la noche, más estrellas se divisan.

La Marquesa.—¡De ellas colme Dios tu cielo! *(Se va por la derecha.)*

ESCENA II

Aurora. - Sí: Dios lo colme de consuelo y no me abandone. ¿Qué siento en mi corazón? ¿Qué siento en el alma, que vivo tan triste? ¿Por qué no tengo amigas? ¿Por qué no río como los otros? No quisiera yo estar triste, no quisiera llorar, y el consuelo de las lágrimas es el bálsamo de mi corazón, de este pobre corazón, que las recibió como lluvia que viene de lo alto de las ruinas. ¡Mis pobres ruinas! Entre ellas nací, y ellas han de guardarme. Soy una flor de grieta tal vez, ó tal vez una de esas flores delicadas que viven del silencio, que se mueren á la luz y que, al frío, se marchitan. Sólo vivo de quietud, de olores que adormecen y de sombra de desmayos, sin amor, sin vivir y sin amor á la vida. No os acerquéis, no, los que buscais amores, que yo no podría ir á donde vosotros vais; y de frio y de añoranza os moriríais vosotros en esta prisión de árboles, en esta prisión que con toda el alma quiero sin que yo sepa por qué. *(Se queda escuchando la voz del surtidor).* ¿Lloras ó cantas, agua? Días hay que me pareces que suspiras; horas en que hasta creo que rezas; hay momentos, como éste, en que me dejas soñando. ¡Si me pudieras decir, claro como tú, lo que ha de pasarme! ¡Si me sacaras de dudas! Si tu voz, tu voz de perlas, despejara mis ensueños! *(Permanece ensimismada, soñando.)*

ESCENA III

Aurora y Ernesto

Ernesto.—¿No hablas, Aurora?

Aurora.—Quien calla eres tú. Tu arte te absorbe y á nadie ves.

Ernesto.—Bien te veía; pero no he querido deshacer el grupo que formábais tú y la Marquesa, con el palacio por fondo. Parecíaii figuras de leyenda.

Aurora.—¡Qué bien te excusas!

Ernesto.—Me distraje también buscando una flor perdida.

Aurora.—¿Una flor?

Ernesto.—Sí: una flor que pinté en el cuadro y que alguien ha cogido.

Aurora.—¡Pobre flor! Se la llevan á la guerra. No la ansíes. Acaso, viva aún, le tocará una bala. Tal vez se entierre en un corazón envolviendo la herida.

Ernesto.—Hoy me marcho, Aurora, y voy también á la guerra del arte, que es otra clase de guerra, con más balas de la envidia y estocadas de los celos. ¿Para el pobre artista no te queda ni una flor?

Aurora.—Quedan pocas, siendo tan grande el jardín. *(Dándole una flor)* ¿Te gusta?

Ernesto.—Me gusta por lo hermosa, y me gusta mucho más por la mano que la alcanza. Guarda tu aroma y conserva su olor. Esta

pronto ha de morir, pero la otra... ¡Qué bella eres, Aurora!

Aurora.—¿Qué soy hermosa? ¡Pobre de mí! ¿Es que quieres devolverme la flor?

Ernesto.—No, Aurora. Te lo digo porque no puedo ocultarlo. ¿Qué importa que te sofoques? Sólo así tu rostro se colorea, ese blanco puro como hoja de magnolia. Si te pudieses ver al cruzar por delante de la felpa de estos árboles, ¡cómo los árboles se oscurecen para formarte un nimbo, y qué aire de diosa, de ninfa de jardin toma á veces tu cuerpo! Si pudieras mirar, al subir las gradas de mármol, como se vuelve alfombra el verde de la piedra, y como al caminar es tu figura imagen de la tórtola con movimientos de cisne!

Aurora.—¡Ernesto!...

Ernesto.—Al mirar el surtidor y al verte en él retratada como si fueras celosa, ¡te asaltarían celos de la que dentro ves! ¡Celos de ti misma!

Aurora.—¡Calla, por Dios!

Ernesto.—Y si al pisar las hojas te vieras rodeada de unas hojas que son lágrimas de los árboles, de las hojas que vuelan á tus pies en busca de calor, ¡qué hermosa te verías! Eres hermosa, y lo eres á mis ojos y á los ojos del agua y al mirar de las estrellas.

Aurora.—Únicamente para la soledad podría serlo.

Ernesto.—¿Por qué para la soledad?

Aurora.—Porque en ella me he criado, desde niña me ha visto, y las dos nos queremos.

Ernesto.—Pues contra ella he de luchar.

Aurora.—¡Ay, Ernesto! Ella me ha querido siempre, y tu amor, á mí es sólo amor de artista; bello para escucharlo el oido, pero triste para quien espera. Me quieres tú un poco más que al blanco de los cisnes y al verde de los árboles y al reflejo de las aguas y á los colores que sueñas, y al decirlo me lo dices con frases que halagan. Me quieres como figura de un fondo, tal vez algo más, no mucho. Cuando termines el cuadro y me tengas pintada te marcharás con el cuadro, creyendo que me robas con él.

Ernesto.—¿Y si no me fuese?

Aurora.—Pero te irás. Sé leer en el porvenir. Si te quedases huirían de aquí dos sombras muertas de envidia: la soledad que me rodea y el arte que tanto amas.

Ernesto.—Lo quiero hasta morir por el.

Aurora.—Y yo á la soledad hasta morir con ella.

Ernesto.—Y ¿qué amor te inspira?

Aurora.—El mismo que tú sientes por el arte que yo ignoro, pero que me hace adivinar el vago amor que yo siento. El vacío, la quietud que brotan de estos jardines es vacío solamente para quien no los sabe sentir. Pueden callar para los demás esos troncos viejos y esas ramas muertas: para mí no callan. Los caminos á a sombra, cada estatua que el polvo cubre, cada fuente cegada,

háblanme á toda hora de un pasado que siento correr en mí, de la savia de unos héroes de los cuales soy yo el último brote. Me hablan de pasiones enterradas y secretos misteriosos, y me siento orgullosa de cuanto me dicen, porque al comprender... ¡pobre de mí!... que yo soy la última herencia de tanto esplendor, escucho la quietud, y amo la quietud porque ella me quiere.

Ernesto.—¿Y si juntos la amásemos?

Aurora.—¡Ay!... Callaría. Ante testigos no hablan los jardines.

Ernesto.—¡Cuántos pájaros anidan aquí y son artistas!

Aurora.—Pero emigran.

Ernesto.—Pero vuelven.

Aurora.—Vuelven con nuevos amores.

Ernesto.—O en parejas se marchan.

Aurora.—Pero mientras canta él canciones de libertad, ella se muere con el dolor de la ausencia. Yo, Ernesto, soy joven todavía, pero llevo en el corazón la vejez de mi raza, y tú, más viejo que yo, llevas hirviendo en tí todo un mundo de ilusiones.

Ernesto. Aurora, al verte siento impulsos de robarte, y si te escucho tengo miedo de ti.

Aurora.—¿Miedo y hastío?

Ernesto.—No es miedo: es temor. Temor de que el soplo de las palabras te marchite y te deshoje: tan delicada te veo. Te veo tan tierna y fina que temo que el aire de otro lugar te hiera, lejos de éste, que es para ti un relicario.

Aurora. - Entiendo lo que me quieres decir y creo que nos avenimos. Quieres decirme que esta casa es como un libro viejo y yo como una flor que muere seca entre las últimas hojas. ¿Verdad?

Ernesto.—Algo dices, pero no es todo.

Aurora. - Sí lo es, y no me extraña que lo pienses, porque también yo lo sueño. Así como tú dices que tu arte no puede vivir donde debiera, me falta á mí también no sé qué valor para vivir con los hombres. De aquí no puedo moverme: no puedo vivir sino agarrada á la hiedra.

Ernesto.—Y por eso temo de ti, Aurora; por eso tememos los que llegamos á ti cansados del camino de la vida. Eres toda perfume, toda incienso de flores. Para tocar esa mano delicada de una pureza de alga no tenemos valor los que venimos del mundo.

Aurora.—Si. Adivino el pensamiento. Te gustaría llevarme detrás de vuestras huellas en vez de pararte tú á la sombra de este pasado frondoso.

Ernesto.—El camino es la vida.

Aurora.—Lo es para los que bullen, no para los que soñamos.

Ernesto.—No eres mujer como las demás. Quererte es querer una sombra, con el temor de que se desvanezca.

Aurora.—Tal vez quieres decirme que soy una puesta de sol á quien llamaron Aurora. Sí: una puesta de vida, ó de una raza, como la abuela dice á menudo.

Ernesto.—Quererte es querer y es abrazar á la poesía misma. Yo

me siento prosa, Aurora. Te veo idealizada, te veo en verso y hasta á veces no alcanzo á leer en ti.

Aurora.—¿Tan complicada soy?

Ernesto. Tal vez por tan sencilla.

Aurora.—Ernesto, ¿cuándo terminas el cuadro?

Ernesto.—Con poco tiempo de trabrjar concluyo.

Aurora.—Poco tiempo le queda al amor.

Ernesto.—¿Poco tiempo? ¿Por qué?

Aurora.—Tienes razón. Cuando no me tengas á mi la querrás á ella.

Ernesto.—¿A quién?

Aurora.—A la pintada en el cuadro. A ésa sí que no la temes. Soy yo y es hija tuya. Ahora calla: ¡la abuela!

ESCENA IV

Aurora, Ernesto, la Marquesa y Gertrudis

Gertrudis.—Ahí están, Marquesa.

La Marquesa.—¿Dónde estás, Aurora?

Arora.—Aquí estamos. Acérquese, abuela. Estoy aquí con Ernesto, que termina el cuadro.

(Aurora va á su encuentro, la acompaña junto á la glorieta y la ayuda á sentarse)

Ernesto.—Estábamos aqui, Marquesa: yo, llevándome el jardín; Aurora, iluminando mi cuadro.

La Marquesa. La luz que me falta, hijos míos. A ver, enséñame tu obra. ¡Qué poco veo, Señor! ¡Y qué hermoso me figuro el cuadro! No veo más que cipreces, cipreses y oscuridad, y en medio... sí, en medio... un lirio.

Aurora.—¡Si soy yo, abuela!

Ernesto.—Ella es; y si por lirio la toma, la ve mejor que nosotros.

La Marquesa.—Todo se vuelve oscuro, todo negro. A medida que soy más vieja se corre ante mis ojos algo como tul de duelo, gasa que surge y abriga este jardín.

Ernesto.—Es el color de los árboles.

La Marquesa.—Los colores que se funden y el manto de la muerte que viene de prisa. Cuanto más vieja me vuelvo, más se acercan los cipreses, más vienen sobre mí. El cielo, azul para vosotros, lo veo lleno de brumas; manchas negras son hoy las paredes de la casa, ante tan luminosas; y hasta el blanco de los mármoles y el morado de la arena toman colores de tumda.

Ernesto. Marquesa: con Aurora junto á usted, ¿cómo ha de venir la noche?

La Marquesa.—Tienes razón, Ernesto: es mi única luz. Porque no son los ojos los que ven oscuro y negro: son tinieblas del espíritu, la luz del corazon que aquí dentro se apaga. No sabéis lo que es llegar á vieja por el dolor, no por los años; rendirse,

encorvarse al peso de tanto recordar, no de tanto vivir; no ver con la mirada, ni con la memoria; mientras que todo se pierde más alláde la vida.

Ernesto.—Cuando se tiene esa imaginación, ella nos sirve de vista.

La Marquesa.—Sí: muchas cosas valiera más no verlas. Lo que no se ha visto es más hermoso que cuanto se conoce. El pasado es mucho más bello que el presente. Tú, que eres artista, lo sabes. Por eso lo miro, y al mirarlo me consuelo. El porvenir no es para los corazones marchitos. Nuestra misión concluyó. Las paredes de la nobleza no pueden apuntalarse. Se hunden desmoronadas, y al hundirse nos entierran Yo me apago, Ernesto. Siento como oscila, como huye de mí la luz del espíritu. Siento que mi corazón se para, se para poco á poco, y me avisa que mañana, hoy tal vez, quizá de aquí á un segundo, se detendrá para siempre.

Aurora.—¡Abuela!...

Ernesto.—¡Marquesa!...

Gertrudis.—¡Señora!...

La Marquesa.—Dame el brazo, Ernesto, y tú quédate. *(A Aurora.)* Vamos á recorrer el jardín antes que cierre la noche. Tengo que despedirme de cada árbol que conozco, de cada rincón de sombra y de las hojas que vuelan. He de consagrar los instantes á rezar por aquella santa memoria, y he de aprender á morir. *(Se van por la derecha, seguidas de Gertrudis.)*

ESCENA V

Aurora

Aurora.—*(Se queda llorando.)* ¡Dios mio! ¡cómo viene, cómo se acerca y acude fiel á mis brazos la soledad heredada! ¡cómo inunda mi corazón! ¡Qué de prisa viene y qué cobarde me siento! ¡Dios de los cielos, dame vida para poder recibirla y guardarla junto á mí! ¡Dios de los tristes, dame fuerza, dame amor para recoger esta herencia, esta prenda del corazón y este frío que en mí siento y que hiela haata mis lágrimas!

ESCENA VI

Aurora y Luis

Luis.—¿Está usted sola?

Aurora.—¿Usted, Luis? No estoy sola. La abuela está en el jardín, allá.

Luis.—¿Le sorprendo y abuso?

Aurora.—No, Luis. *(Pensando.)* Casi le esperaba y casi adivino á que viene: de seguro, á despedirse.

Luis.—Me extraña. ¿Cómo lo puede saber?

Aurora.—Lo he presentido. Corren aires de emigración y hoy

soplan dentro de casa. Hoy, temprano, se ha ido el jardinero: quería arrancar los árboles y plantar troncos nuevos que trajeran vida nueva; ayer se marchó el criado porque se consumía aquí y anhelaba juventud; no hace mucho que, arrancados por ese viento, se han ido otros; y ahora...

Luis.—No, Aurora: no me marcho todavía; pero no he de tardar, casi vengo á decírselo.

Aurora.—¿Ve usted, Luis?

Luis. Me marcho porque soy joven; me siento con alas y quisiera abrirlas y tenderlas al ras del suelo ó lanzarme á lo alto hasta tocar en las nubes. Veo en sueños la fortuna y tengo ansias de seguirla. Me siento ambicioso, Aurora.

Aurora.—¡Tan rico y tanta ambición!

Luis.—Heredo más ambición que riqueza. Sueño en ser rico, muy rico; sueño en ser poderoso; sueño en gozar el dominio de los que mima la suerte.

Aurora.—¡Todos corriendo detrás de su ideal!

Luis.—Sí, Aurora, sí. Todos aquí dentro llevamos una pasión. El Arte no me atrae, no ambiciono la gloria; la poesía es para mí la fuerza del poder; sentir á los aduladores que se doblan y se arrastran en torno de los que triunfan; oir el grito de admiración de los que se quedan atrás, y hasta el mugir de la envidia que sigue á los poderosos. Ese es mi anhelo. Y no es sólo por egoismo, no es para mi solamente tanta ambición de riqueza.

Aurora.—¿Para quién, pues?

Luis.—Lo puede usted presumir, Aurora. No se abre el corazón, como en este instante abro el mío, sino á quien puede comprenderlo.

Aurora.—¡Vivo tan apartada de esos sueños, Luis! Para mí es tan nuevo su hablar, tan distinto del escuchado hasta hoy, que me parece un lenguaje extraño.

Luis.—¿No ha sentido usted nunca el ansia de vivir con grandeza?

Aurora. Sí la siento; pero es ansia de grandeza diferente.

Luis.—¿No ha sentido usted jamás el deseo de remontarse por encima de esos árboles?

Aurora. ¡Ay Luis! ¡Es tan bella y tan sagrada la sombra que ellos me dan!

Luis. ¿No le habla la esperanza?

Aurora.—Más me dicen los recuerdos.

Luis.—Y ¿no le atrae el mundo?

Aurora.—Es muy ancho el mundo para que mi corazón lo abrace. Su mundo tiene perspectiva: el mío es pequeño, es un mundo íntimo, limitado, pero lleno de aroma; quieto y oculto, pero lleno de poesía.

Luis.—Y ¿porqué no hallarla lejos de aquí?

Aurora.—No la comprendería. Hace mucho que estos árboles me hablan del mismo modo y me dicen sus secretos y me cuentan sus penas. Sé cuándo lloran con la lluvia; sé cuándo suspiran con el aire, sé lo que dicen al hablar y adivino lo que callan.

Luis.—En el mundo todo se renueva, todo cambia. Se caen

ellos de viejos cuando llega usted á la vida. ¿Por qué comtemplar su muerte al comenzar á vivir?

Aurora.—Porque, Luis, yo no soy joven. Soy el brote de una raza, y no árbol nuevo: con la rama he de morirme.

Luis.—Venga á la vida, venga, que el mundo no se acaba. ¡Verá con qué lozanía brota, verá que cielo tan hermoso, qué aire de amanecer, qué serenidad azul, qué sol, qué alba, que hálito de primavera y qué alegría de vivir y de amar ha de correr por sus venas! Deje las ruinas bajo la hiedra y vamos á los jardines del mundo, donde otros pájaros más alegres cantarán himnos de fiesta al contemplar su hermosura.

Aurora.—No, Luis. Ni el sol ni el alba, ni el aire de primavera que usted dice faltan en este oasis, en este nido de verdura. El mundo nuevo ha de llenarse de gente nueva que mire hacia adelante con esperanzas y con deseos, no de almas que recen, que contemplen y que sueñen. Los jardines abandonados son cementerios frondosos donde se duermen las razas; son las últimas hojas de un libro donde concluye su historia; islas de misterio rodeadas de los mares del mundo, para suspirar en ellas y sentir el agridulce de la añoranza.

Luis. ¿Qué dice?

Aurora.—Si, Luis. Yo vivo aquí en una eterna puesta de sol. No turbe la paz y el silencio de la noche que se acerca. Corra, corra usted mundo adentro, plante jardines de verde alegre, de hoja brillante y nueva, que también se convertirán en islas de reposo para los corazones fatigados, los corazones tristes, los corazones enfermos como el mío. En ellos, al cumplir su vida, también crecerán los cipreses, y el musgo, y el verde de las tumbas.

Luis.—¡Qué triste ha de ser parar asi la vida!

Aurora.—¡Y qué triste perseguir una ambición!

Luis.—¿Quién vive sin esperanza?

Aurora.—Tan lejos se ve el pasado como el porvenir: ¡por todas partes el infinito!

Luis.—Pero el amor marcha adelante.

Aurora.—El amor que es deseo, no el que es ideal.

Luis.—El amor que da la vida.

Aurora.—Yo no lo siento, Luis. Mi corazón es una playa donde mueren las ondas; las ondas que ruedan hace siglos.

Luis.—¿Y yo un náufrago?

Aurora.—No lo sería si navegase á mi lado. La espuma nos dejaría sobre la arena dorada. Déjeme á mí sola en el lecho finísimo, ya que el destino me lleva, y avance á toda vela, si tiene alas para volar á lo lejos.

Luis. Será. Pero ¡qué triste volar sin pareja y sin algo que la recuerde!

Aurora (buscando una flor y dándosela).—Tenga. Es la última flor que me queda. No la mire al caminar adelante: mírela al de-

tenerse. Tal vez su aroma perdido extinguiría sus pobres ambiciones. Tal vez será un bálsamo recordar desde la lucha este rincón de quietud.

Luis.—Sí, lo será, Aurora. Su perfume misterioso evocará en mí su misteriosa figura, su pensamiento misterioso, su religión extraña, que me atrae sin que yo la comprenda.

Aurora.—La abuela viene por allí. ¡Dios mío, cómo se muere!

(La Marquesa anda cada vez con mayor dificultad y viendo menos. Viene del brazo de Ernesto y seguida siempre de Gertrudis. Aurora y Luis van á su encuentro Ernesto saluda á Luis con un movimiento de cabeza.)

ESCENA VII

Aurora, Luis, La Marquesa, Ernesto y Gertrudis

La Marquesa (á Ernesto.)—De todo me he despedido, hasta de los rumores del anochecer y de las estrellas, que ya no veo, pero que salen siempre.

Aurora.—¡Abuela! ¡Luis, Luis, que la quiere ver!

Luis.—No: Luis que quiere que se retire porque la noche llega.

La Marquesa.—¿Luis? Ven, Luis. ¡Qué alegría! *(Le toca los cabellos.)* ¡Qué guapo! *(Le toca la espalda.)* ¡Qué jóven, qué bien plantado! ¡Y yo qué muerta, Luis!

Luis.—Retírese, Marquesa; retírese, se lo ruego.

La Marquesa.—No. Ya que te vas, quiero acompañarte. Quiero que me veas al irte, para que me guardes en la memoria. Será la última vez.

(Le da el brazo y se van por el fondo del jardín, seguidos de Gertrudis.)

ESCENA VIII

Aurora y Ernesto

(Aurora se queda pensativa mirando á la Marquesa y dice.)—El sol se va, Ernesto. Si quieres concluir el cuadro, te queda poca luz.

Ernesto.—Te esperaba. Queda poca luz, pero es la que mejor sienta á tu figuna. Los colores del anochecer, los colores apagados parecen hechos para formarte aureola.

Aurora.—Son colores de despedida, ¿verdad?

Ernesto.—Seguramente lo son, cuando tan tristes se deslizan sobre tus ropas y oscurecen de tal modo mi ser por dentro. No se hallan en la paleta los colores de la tristeza. Los reflejos de fuera se puedan imitar: reflejan lo que uno ve; pero lo de dentro, las lágrimas, ésas brotan sin color. Los ojos no los descubren, el corazón los adivina. Aurora, volvemos á encontrarnos solos por úl-

tima vez, y pór última vez te pido que me abras tu corazón, que me des esperanza ó que me alejes para siempre.

Aurora.—Escucha lo que voy á decirte: es mi pensamiento. Hacía mucho que dudaba; hacía mucho que veía pasar en sueños borrosos el camino de mi vida; que iba á tientas en busca de mi suerte. Hoy, esta misma tarde, mis dudas se han desvanecido y he descubierto mi ruta. Tres flores he dado, una detrás de otra; tres flores que en mi jardín quedaban; tres prendas de despedida reliquias arrancadas del ramo de mis ilusiones. Una se va á la guerra, y morirá deshecha, que el que se la ha llevado no la podrá cuidar, lejos del humo de la victoria; otra morirá bajo el peso del dinero, y entre billetes de Banco se aplastarán sus hojas: el que se la lleva sólo la quiere dorada, y aquí se consumiria; la otra te la llevas tú, y el inciencio de la gloria la irá deshojando. Tú te morirías, Ernesto, si no pudiera seguirte, y yo no puedo moverme.

Ernesto.—Y ¿por qué?

Aurora.—Pues escúchalo, y ¡por Dios respeta lo que me dice el alma! Como prenda sagrada considero la herencia. Si hubiese heredado gloria, guardaría la gloria como el mayor tesoro; si fortuna, la fortuna serian para mi pergaminos de plata; heredo soledad, soledad de nobleza caída, ruinas, fuentes silenciosas, salones de quietud y alcobas desiertas. Pues bien: quiero guardar la soledad heredada: con todo mi corazón la acepto. Es el único caudal que me deja quien no tiene otros.

Ernesto —Y ¿aquí vivirás siempre?

Aurora.—Si moriré, querrás decir. *(Como si soñase y hablara á solas.)* Los jardines como éste son claustro. Los claustros de los recuerdos. Yo profeso en los jardines y profeso con la fe que me inspira el templo éste, que es un templo que se hunde, pero que se hunde con grandeza. No quiero detener una muerte que llega tan majestuosa; no la quiero alejar; no quiero ni remedios ni composturas: quiero que el ramaje me abrigue al caer; quiero morir de antigüedad dentro de este relicario, y me convierto en monja de estas naves frondosas, monasterio bendito de paz inmaculada. No quiero abandonar la sombra que van á entregarme. Al abrazarla me hago digna de ella y que ella me ilumine.

Ernesto.—Respeto tu alma y tu voto. Perdóname. Me he parado un instante á respirar el aroma de una flor de ruinas. Quería llevármela; la quería llevar por los caminos de la tierra; la quería arrancar del césped sagrado para enseñársela al mundo, donde, ajada y mustia, se habría caido herida de añoranza; la quería arrancar de donde echó raices y donde bebe la savia de otros tiempos; por hacerla vivir la quería matar. Tienes razón, Aurora: vives porque te sientes unida á las fibras y al espíritu de estas ramas: son tuyas y tú eres de ellas, que ha pasado mucho tiempo entre la luz que les das y la sombra que te prestan para que puedas dejarlas. No te muevas, no te muevas de este claustro hasta el fin

de la vida, y permite que un caminante deje aquí su ex-voto, que deje aquí el pobre cuadro arrancado de este templo.

Aurora.—Lo acepto con todo el corazón.

Ernesto.—Y, ahora, adios, mujer ideal, monja de poesía, último espíritu y alma de una noble leyenda. Acuérdate de tiempo en tiempo de los que vamos por la vida.

Aurora.—Guarda bien la flor, que los jardines van muriéndose como el día se muere.

Ernesto.—¡Adiós para siempre!

Aurora.—¡Adiós para siempre!

ESCENA IX

Aurora y coro de hadas

(Aurora se queda pensativa.) Soledad que esperaba, aquí me tienes á tu sombra. ¡Aquí me tenéis, jardines! Mi voto se va á cumplir, y á mi triste casamiento sólo acudiréis vosotras, estrellas solitarias; vosotrsa, que sabéis lo que es vivir aisladas; vosotras, que dais luz á la sombra misteriosa, lucecillas del cielo que iluminái los ojos.

Coro de hadas —**Musa de los jardines,**
no llores de añoranza:
ven al fresco verdor,
que es nido de esperanza.

ESCENA ÚLTIMA

Aurora, la Marquesa, Gertrudis y coro de hadas.

Del fondo del jardin sale Gertrudis sosteniendo á la Marquesa desmayada.

Gertrudis.—¡Aurora!

Aurora.—¡Abuela!

Gertrudis.—¡Marquesa, Marquesa!

Aurora.—¡Abuela del alma, vuelva en sí!

(Gertrudis y Aurora aproximan á la Marquesa al primer término, y la sientan en una silla. Gertrudis le sostiene la cabeza y Aurora se sienta á sus pies.)

(La Marquesa, volviendo en sí un momento)—¡Dios mío! ¿Qué sueño? ¿Eres tú, Aurora mía? No me despertéis no me despertéis, que siento como me duermo y me duermo para siempre. Vuelve la luz; la vuelvo á ver, pero es luz de otras regiones, una luz más hermosa que la luz que hasta ahora ví, una luz siempre encendida. ¡Adiós, Aurora! Ven: te espero. No vivas en el mundo, que el mundo no se hizo para nosotras. ¡Ven, ven luego! Sigue mi camino, claro y hermoso... y blanco como noche serena. *(Muere.)*

(Gertrudis, viendo muerta á la Marquesa, corre hacia el fondo.)

Gertrudis.—¡Socorro! ¡Auxilio!

(Aurora á los pies de la Marquesa)—No corras, no. No pidas auxilio. La soledad vendría á ayudarnos: ¡sólo ella! La soledad que vive, la soledad que amo, la soledad que me mata. ¡Ven á mí, soledad! ¡Con toda el alma te adoro! ¡Contigo viviré muriéndome! ¡Soñando viviré contigo hasta mi último sueño!

Coro de hadas.—**Musa de los jardines,**
no llores de añoranza:
ven al fresco verdor,
que es nido de esperanza.

POSTALES

— ——

ALBUM DE N***

Son tantos mis sufrimientos
Que no hay goces para mí;
Sólo endulzan mis tormentos
Dos hermosos pensamientos:
Pienso en Dios y pienso en tí.

—

ALBUM DE D. A. Y A.

Digo al mirar el hechizo,
De tu mágico semblante,
Y *nemine discrepante*,
Que es lo mejor que Dios hizo.
Alcanzo á mirarme yo
Por acaso en un espejo,
A digo al mirarme viejo:
«¡En mí si que la encharcó!»
Pero en tal contraste veo
Que Dios tuvo sus razones;
Que es ley de compensaciones
Ser tú hermosa, y yo ser feo.

—

ALBUM DE L. M. D.

Desde que miré tu cara
Estoy echado á perder,
Pues me siento padecer
De una neurastenia rara.
Y me pongo á cavilar
Sobre estos males extraños
Cuando son tantos mis años
Que no los puedo contar.
Y es que Dios por diversión
En mi arrugado pellejo,
Me ha puesto el alma de viejo
Y de niño el corazón.

Amaranto Martínez de Escobar.

Hombres ilustres de Canarias

D. JUAN DE LEÓN Y CASTILLO

Si algún mérito tienen estas notas, escritas rápidamente es el de conservar con cariño y legar á la posteridad el nombre ilustre del más grande de los canarios de nuestros días: el nombre del patriota que con mayor entusiasmo y desinterés ha luchado por nuestra cultura y progreso: D. Juan de León y Castillo.

Cuando desaparezca esta generación indiferente y fría; cuando se borren del alma de nuestro pueblo los rencores de luchas, y el tiempo arranque caritativo la mala yerba que sembró una política poco generosa; cuando brille la justicia sin egoismos,y la verdad sin sombras; cuando lo bajo y lo ruin desaparezcan en el polvo del olvido que piadosamente cubrirá un pasado doloroso, entonces la figura rígida, noble y austera del ilustre canario se levantará con todo su prestigio y con toda su gloria. Hoy pasa casi sin ser notado enmedio de nues ra generación sin ideales, sin entusiasmos ni calor espiritual; mañana, otros hombres y otras generaciones le harán justicia. Hoy lleva roto en sus manos el cetro del poder que ejerció sobre toda la provincia, mañana la magestad de su talento y de su patriotismo, brillará como sol en el horizonte de nuestra tierra abierta á todos los progresos por la fuerza de su voluntad, por las luces de su cerebro y por las energías de su espíritu.

*
* *

Nació D. Juan de León y Castillo en Las Palmas el 2 de Abril de 1834. Estudió 2.ª enseñanza en el Colegio de S. Agustin desde 1845,é ingresó más tarde,en 1851 en la Escuela de Ingenieros de Caminos Canales y Puertos, obteniendo las primeras notas durante su carrera, terminada brillantemente pocos años después, en 1858. Estas son las fechas primeras de su vida.

Muy joven, lleno de fe y de entusiasmos, vino á Canarias, encargado de las obras públicas del grupo oriental. En la tierra muerta de esta hermosa isla abrió los primeros surcos para hacerla fecunda á la civilización y al desarrollo material: él trazó las ca-

rreteras del Puerto de la Luz, de Arucas, de Telde y de Yaiza, uniendo á pueblos hermanos y facilitando comunicaciones con el interior de la isla entonces difíciles y tardías: él proyectó asimismo, todos los faros de nuestras costas y en 1861 el muelle de la Luz, desechando un proyecto anterior ya aprobado, en el que se le asignaba el mezquino carácter de muelle auxiliar y adivinando la futura grandeza de nuestro puerto no solo en el trazado, que fué el principio del actual dique de abrigo, sino en la Memoria en que expuso de modo preciso el brillante porvenir del mismo por sus singulares condiciones marítimas y por la excepcional situación de estas islas en medio de los mares, que sirven de navegación á las potencias de Europa, á las nuevas nacionalidades de América y á las florecientes cólonias de Africa. Subastado este proyecto se rescindió al poco tiempo dejando sin realización tan hermoso pensamiento.

En 1863 redactó por encargo del Ministro de la Gobernación un proyecto de cárcel celular que comprendía depósito municipal, cárcel de partido y presidio correccional, para cuyos trabajos hizo viaje de estudio por España, Francia y Bélgica. Aprobado el proyecto no llegó á ejecutarse, pero con tal inteligencia y conocimiento del asunto fué hecho el trabajo, que no obstante los progresos en ese orden, eminencias científiicas han considerado en éstos últimos tiempos que el proyecto pudiera hoy ejecutaese sin modificación alguna.

En otro orden de cosas ha sido, también, muy fecundo su talento y muy grandes sus iniciativas. Dedicóse á trabajos agrícolas y de exploración de aguas en tal escala y magnitud que se separó temporalmente del servicio del Estado permaneciendo en situación de excedente desde 1866 á 1873. Vuelto á su profesión, continuó, sin embargo, en los mismos estudios llevando á la práctica las mismas innovaciones, y cuando parecía que las obras públicas y la dirección política había de absorver todo el tiempo de que pudiera disponer, veíasele dirigiendo personalmente una vasta exploración agrícola, en un contínuo bregar enmedio de la incertidumbre de los diferentes cultivos que en esta isla se han sucedido en el transcurso de medio siglo. Cuando todos dudaban, él tenía fé; empujaba á todos á adelantar y á progresar y era el primero en divisar horizontes nuevos y risueños en medio de los contratiempos que parecían amenazar la riqueza y el porvenir agrícola de la Provincia.

Sin el celo, sin el patriotismo y sin la actividad de D. Juan de León y Castillo, quedaron paralizadas todas las obras públicas del grupo oriental. Faltaba el calor de su cariño á nuestra tierra, y la actividad asombrosa de su talento. Por eso, comprendiendo que la riqueza y prosperidad del pais tenían por base el desenvolviento de las obras públicas, y conociendo, á la par, los bríos de su voluntad, su constancia y su firmeza, volvió á ingresar como Ingeniero al servicio del Estado y con escacez de personal y de recursos re-

El Sr. León y Castillo,
siendo jefe del partido liberal canario
y director de las obras del Puerto de la Luz

dactó los proyectos de las carreteras de Agaete, Agüimes, Teror, Moya y Haria y de los puertos de Nieves y de Sardina. Era el hombre de siempre, actívo, estudioso, trabajador incansable. Luchaba con la realidad y vencía siempre.

En 1879, el Sr. León y Castillo fué nombrado Ingeniero Jefe de Canarias. A los dos años siendo su hermano D. Fernando Ministro de Ultramar, vió llegada la ocasión de poder llevar á la práctica todos sus proyectos, preparados unos, otros guardados en su cerebro privilegiado. En uno parecía reconcentrar todos los entu-

siasmos del patriota y todos los anhelos del hombre científico: era el grandioso puerto de Refugio de la Luz.

Marchó el Sr. León y Castillo á Madrid y su hermano el Ministro de Ultramar, obtuvo de su compañero y amigo D. José Luis Albareda, Ministro de Fomento, que se incluyese el Puerto de la Luz en el plan de los de interés general y que se redactase el proyecto que D. Juan de León terminó en plazo brevísimo de tres meses. Las cortes declararon el Puerto de Refugio; se aprobó inmediatamente el proyecto que mereció los mayores elogios de las eminencias científicas y de la prensa profesional, rematándose por último las obras en Septiembre de 1882 y continuando las mismas sin interrupción alguna no obstante haberse propuesto varios proyectos de reformas en algunos detalles. La isla de Gran Canaria vió abierto entonces un porvenir grandioso, progresivo; por ese porvenir que había adivinado, por esa labor científica y patriótica, mereció entonces tales elogios el Ingeniero Sr. León y Castillo que en el discurso inaugural que en 1890 pronunció Don Felipe Massieu y Falcón, Director de la Sociedad de Amigos del Pais de esta ciudad, se consigna «que con su genio profético y cuando aun pudiera parecer calenturiento ensueño, da por vez primera, al evacuar luminoso informe en el seno de esta corporación la voz de alerta, señalando la verdadera fuente de nuestra prosperidad y de nuestro seguro engrandecimiento»

Decía verdad el Director de nuestra Sociedad Económica. D. Juan de León y Castillo fué el primero, el único, que adivinó bajo todos sus aspectos la importancia del puerto de Refugio de la Luz; el que desde 1861 descubría á nuestros mares domados, encerrados en inconmovibles baluartes levantados por su genio y convertidos en lago extenso de serenas aguas, donde debían mecerse toda clase de embarcaciones y flotar al aire las banderas de todos los pueblos de la tierra. El fué el primero, el único, que se levantó contra el proyecto que entonces existía y que llenaba las aspiraciones de los hijos de esta tierra, proyecto que señalaba al muelle de la Luz un porvenir muy modesto, el de simple auxiliar del puerto de Las Palmas.

Si todo esto es verdad, como lo es, hay que proclamarlo muy alto y repetirlo muchas veces. Gran Canaria, debe al ilustre ingeniero ese puerto admirable que nos ha hecho grandes, poderosos, envidiados. Por eso, al pensar en la amplitud de la ciencia de ese hombre, los canarios le deben admiración; al comprender la fuerza de su voluntad, le deben gratitud; al contemplar el desarrollo marítimo y comercial de nuestra isla, le deben cariño y respeto. Suya es esa obra prodigiosa. Si se tratara de personificar el progreso, la vida moderna, el desenvolvimiento de todas nuestras fuentes de riqueza, habría pues, que personificarlo en D. Juan de León y Castillo.

Otro timbre de gloria para el sabio ingeniero canario, es el proyecto del Lazareto de Gando, encargado al mismo no obstante ser

extraño á su profesión. Para realizar una obra tan magna á la altura de los adelantos de la época, hizo viaje por Europa, realizó grandes estudios, presentando por último el proyecto que mereció elogios calurosos y merecidos de la Academia de S. Fernando, del Consejo de Sanidad del Reino y de toda la prensa.

En 1883 fué nombrado D. Juan de León y Castillo individuo de la comisión española que en unión con otra marroquí habia de fijar los límites de la factoría de Mar pequeña, cedida á España por el tratado de Wad-Ras. Con dicho objeto marchó á Marruecos dirigiéndose con la comisión al reino de Sus, al mediodía de la cordillera del Atlas y recorriendo por tierra primero y después por mar todo el territorio de la costa comprendido entre Santa Cruz de Agadir y Cabo Juby. Resultado de estos trabajos fué la memoria de la comisión redactada exclusivamente por nuestro ilustre paisano y entregada en el Ministerio de Estado. Y aun cuando por natural apatía de nuestros gobiernos ningún resultado práctico se ha obtenido, esta Memoria ha sido reconocida como estudio admirable y perfecto, que resuelve los problemas todos, históricos, geográficos y comerciales sobre que estaba llamada á informar la comisión.

He ahí á D. Juan de León y Castillo, como hombre de ciencia. El ha sabido llevar á la práctica sus grandes ideas que aparecían siempre claras y precisas, nunca envueltas en luces de ensueños. El ha sabido, venciendo obstáculos é ingratitudes, llevarlas á la realidad, esa realidad que no le ha traído á la vida profesional el amargor de ningún desengañó ni ha dejado en su alma el descontento de una irrealización.

* * *

Por el año 1863, cimentada solidamente la reputación del Señor León y Castillo como Ingeniero distinguido y como patriota de corazón, ingresó en la vida política combatiendo al partido moderado que entonces, y durante muchos años ejerció dominación absoluta. No debe perderse de vista el carácter distintivo de aquella época: la lucha política tenía un carácter exclusivamente patriótico, para reponer las fuerzas perdidas, para luchar con otras islas, para conquistar progresos desconocidos, para entrar de lleno en las sendas de la civilización y de la cultura humana. Por ser patriota fué político D. Juan de León y Castillo. Y á la vida de los partidos llegó libre de todo prejuicio que no significara respeto á la opinión y á los hombres, idea soberana de su espíritu independiente.

Cinco años más tarde, en Madrid, en las revueltas de la política nacional nació á la vida pública su hermano D. Fernando y adividando sus dotes y llevado por el cariño fraternal que le profesaba comenzó el Sr. León y Castillo á crear un núcleo de entusiastas y amigos, venciendo grandes resistencias, luchando infatigable y con perseverancia extraordinaria. Sus propósitos encontraron realiza-

ción después de su campaña: en 1871, D. Fernando de León fué proclamado Diputado á Cortes por el distrito de Las Palmas.

Por ese tiempo comenzó D. Juan de León y Castillo á actuar de Jefe local de la política y no debe olvidarse que hasta 1881 tuvo siempre oposición, por lo general muy ruda, por parte de la coalisión moderado-republicana teniendo que sostener estos combates, contra los partidos y contra las personalidades más ricas é influyentes de Gran Canaria, hostiles, hasta entonces, á su hermano el Ministro de Ultramar. El siguió adelante, con honra para su historia de político y con provecho para el pais canario, objeto único de sus amores. Siguió adelante y triunfó.

A los prestigios del ingeniero se unieron entonces los prestigios del político. D. Juan lo fué todo. El dirigió la política local, auxiliado por sus amigos de inteligencia superior y de moralidad acrisolada, con tal discreción, habilidad é inteligencia que en el año 1887 la isla de Gran Canaria ejerció una hegemonía indiscutible en toda la Provincia. No solo se obtuvo la mayoría de la Diputación provincial y su presidencia, sino que la casi totalidad de las fuerzas políticas de las islas y de los municipios le reconocían por jefe en Canarias llegando á tal extremo que produce verdadero asombro, dados los tradicionales antagonismos de islas y de grupos, que en aquella fecha fuera elegido Senador D. Fernando de León, en elección parcial por 106 votos de los 132 que formaban el censo electoral. Puede decirse usando de una frase vulgar, que por aquella época no se respiraba en ninguna de las siete islas sin el previo beneplácito de D. Juan de León y Castillo.

Ese triunfo conquistado, ese poder ejercido lo debió sin duda alguna á su política de templanza y de conciliación. Procuraba siempre atraer al adversario, nunca á perseguirlo ni á destruirlo: fué enemigo de procedimientos, de violencia y de injusticia, y de los frecuentemente usados de envolver y ahogar en papel sellado al que no dobla la cerviz ante la voluntad del que manda: era su mayor complacencia que las exiguas minorías que entonces bullían en la política local, sin fuerzas ni alientos para luchar, tuvieran siempre representación en todas las corporaciones, dándose el caso muchas veces de ir á solicitar á ese efecto el concurso de los jefes de las opocisiones en Canarias formadas.

Y en medio de esa actividad y de ese eterno combatir su inteligencia se mantenía clara y su carácter dulce; jamás sentíase impotente.

El Ayuntamiento de Las Palmas, por unanimidad, no obstante existir en su seno una importante minoria, le propuso para la Gran Cruz de Isabel la Católica que el Gobierno le concedió. Las Sociedades de Amigos del País, Gabinete Literario, Trabajadores y Obreros Católicos le nombraron socio de mérito, y hasta un republicano patriota y consecuente, D. Salvador Cuyás, propuso al Ayuntamiento que se le erigiese una estatua, proposición que dió

lugar á una exposición suscrita sin protesta por todos, pidiendo que se levantasen dos, una para su hermano y otra para él. Elocuente prueba de entusiasmo á su labor de veinte años de luchas y rozamientos políticos.

Un día la ingratitud levantó su siniestra figura en esta tierra generosa y se levantó contra el canario ilustre,noble,entusiasta de la patria, trabajador laborioso de su progreso.Lo que no pudieron la política ni los enemigos lo pudo el egoismo. D. Juan de León y Castillo dejó por ascenso, en 1891 la jefatura de Obras públicas de la Provincia y en el mismo año renunció espontáneamente la jefatura del partido liberal, retirándose de la vida pública.

*
* *

Vive el Sr. León y Castillo retirado de la vida pública por incomprensibles ingratitudes y por injusticias que despiertan hervores de protesta en las almas superiores; y no obstante piensa siempre en su isla dorada, en los intereses de su patria y en el mejoramiento de Gran Canaria. Pero no se sorprenderán de esto, los que conozcan la contextura íntima de estos hombres modernos, que unen el talento á la actividad, el entusiasmo á la fe; que se crecen ante todos los obstáculos y no descansan hasta rendirlos; que hermanan la idea y la acción;que crean fuerzas y multiplican la voluntad: que tienen noción nobilísima del deber, clara, distinta y nueva. Hombres de nuestros tiempos, de razas mejores, que conquistan la fama y superan en la opinión pública.

Por eso, en el alarde de su potencia organizadora, compenetrando su pensamiento y su voluntad; multiplicando maravillosamente sus energías, el Sr. León y Castillo, jamás vencido, es el hombre de siempre, el de tiempos mejores para este pais. Se le ve como ayer modesto y sobrio; se le oye como en otras épocas, sagaz y de alma intensa. En su gabinete de trabajo estudiando y proponiendo los medios para realizar un buen abastecimiento de aguas, redactando un notable proyecto de conducción de la fuente de Morales y publicando un interesante folleto sobre cuestión de tan vital interés para Las Palmas. En la Dirección honoraria de las Escuelas de Industrias,organizando sus enseñanzas,creando cátedras, ampliando estudios y convirtiendo ese nuevo centro en fuente de cultura y de progreso. En la junta de cárceles, estudiando, con los ardores de su pasada juventud, el proyecto de cárcel de esta Audiencia. Y por último,en el ejercicio de su profesión,conociendo los buenos resultados que en todos los centros marítimos de España han producido las Juntas de Puertos, y de que entregado el nuestro de la Luz, su obra admirable y grandiosa, á la acción exclusiva del gobierno no podrían nunca realizarse las importantes obras que son su complemento y mejora, trabajó silenciosamente, activamente, por la de esta ciudad, Junta que es ya un hecho y que empezará á funcionar dentro de pocos meses, si se cumplen promesas hechas y acuerdos del último gobierno conservador. Aún hay más: co-

mo prueba de su actividad no podemos menos de consignar el hecho siguiente. Pasando el verano en su finca del pago de la Atalaya, concibió la idea de enlazar con una carretera el pueblo de Sta. Brígida con la ciudad de Telde para favorecer á dicho caserío y enlazar á todos los pueblos del sur con los del centro. Concebida la idea, sin figurar esta carretera en el plan de las del Estado, en cinco años se ha terminado el primer trozo y se encuentra aprobado el segundo para su inmediata subasta.

Este fue el hombre que hace pocos años, la voz del pueblo proclamó para Alcalde de Las Palmas. Al hacerlo, en aquellos días de grandes perturbaciones políticas, sabía que D. Juan de León y Castillo, era el único capaz de levantar á la patria; de engrandecerla, salvarla y rehacerla; de abrir nuevos horizontes á su vida, educarla y mejorarla; de conducirla por nuevos caminos, de hacerla fuerte y bien administrada; próspera rica y feliz. Pero la política no iba de acuerdo con los deseos del pueblo y el ilustre canario no fué Alcalde.

*
* *

El Sr. León y Castillo es persona de grande y profunda inteligencia; posee una vasta y sólida cultura científica y literaria, sintiendo decidida vocación por el estudio de los graves problemas sociales que hoy tanto preocupan á la humanidad. Con razón ha consignado un notable escritor, el Sr. Ibañez Marín, en uno de sus interesantes artículos sobre estas islas,que Don Juan de León y Castillo es un ejemplo de lo que puede ser nuestra raza, si se la sabe dirigir y educar.

Durante su vida pública fué el Sr. León y Castillo, ejemplo casi desconocido entre los políticos de nuestra tierra. No quiso nunca ser Diputado á Cortes, ni Senador del Reino, no obstante haberle sido tan fácil obtener esta representación, y á pesar de que, en algunas circunstancias se imponían su credencial y lo exigían sus amigos. No pretendió tampoco destino alguno ni aún pasar á Ultramar con altos y provechosos cargos como acostumbraban los hermanos de los Ministros. A ello negóse siempre: él consideraba como su único deber el contribuir al desenvolvimiento de la prosperidad y riqueza de Gran Canaria. Fué de los primeros que sintieron latir sordamente su corazón en consonancia con el espíritu de los modernos progresos que quiso para su tierra: fué de los primeros que obedecieron á la voz de la sangre estudiando, tronco abajo, el arbol de nuestra raza con el afecto caliente y piadoso del que busca horizontes nuevos y grandes para su pueblo.

Alejado hoy de la vida profesional y de las luchas políticas aparece como un ilustre veterano encarnación de nuestras glorias de otros tiempos mejores. Sin contacto ya con las impurezas de la realidad, busca su espíritu satisfacción en el estudio, afianzando cada vez más su constante criterio de que el mundo ha de salvarse por la verdad, por la justicia y por la ciencia.

Arturo Sarmiento.

Los pintores montañeses

I

Triunfaron en toda la línea los paisajistas en la última Exposición y parece que se imponen definitivamente en la pintura española. Ya era tiempo.

Regocija el ánimo este retorno del arte á nutrirse con el color y la poesía del campo á buscar en la madre tierra ese hálito de belleza externa que ha venido á ser en las letras como el espléndido telón de fondo, necesario y obligado, sobre el cual, las figuras humanas con más relieve y al vivo se destacan. Ha adquirido el paisaje en nuestros días un gran carácter artístico, se ha convertido en elemento estético de máxima fuerza.

La naturaleza pródiga en emociones, varía en sus viñetas rústicas, habla á los ojos que saben ver, y conmueve á los espíritus que pueden sentir. Más allá de la visión real, de lo que en la retina se fija con encantos de color, hermosura plástica que lleva una sensación de plácido reposo á los nervios, hay en la naturaleza algo que arrastra el corazón, sentimentalmente emocionado, á las querencias gratas, al soñar sin término, á estados de paz y de sosiego, en que el alma, olvidada de las hondas luchas del vivir, libre de pasiones bravías que enciende el batallar continuo con los hombres, encuentra como un escape hacia lo ideál, especie de éxtasis rústico, plenitud de vida interior, reconcentración del espíritu, meditativo y á solas.

Esos grandes silencios que duermen sobre la naturaleza en instantes de soledad ¡cómo inspiran sentimientos dulces, altas ideas!

En pleno campo, á orillas del mar, donde quiera que la naturaleza abre el tesoro de sus inspiraciones y de sus bellezas á las almas esquisitas, el arte encontrará siempre la inagotable cantera para sus triunfos!

El paisaje, ya vencedor definitivamente en las letras, va en camino de enseñorearse de la pintura.

Después de Bernardino de Saint Pierre, que trae esa ráfaga del campo á orear el trágico idilio de sus enamorados, los paisajistas literarios con Topffer y Theuriet se imponen. Recientemente, los pintores filandeses y los escoceses son los que mayores éxitos alcanzaron en el arte pictórico contemporáneo. No son la moda, ni la sed de renovación artistica, ni el *snobismo* de las escuelas nuevas, ni siquiera el ansia de aproximación á la realidad viva,

el imperio del *sens de la vic*, los motivos de este entronizamiento del paisaje en la pintura moderna. Triunfa porque la naturaleza reclama sus eternos fueros.

Han empujado esta orientación artística no solamente los creadores, los que han reproducido el paisaje, sino los grandes críticos que, al juzgar las obras maestras de esos paisajistas, han reputado as viñetas rústicas, por la sugestión, el idealismo, la cantidad de emoción poética y la plenitud de alma que entrañan, como un superior elemento de belleza. Sain-Bauye preconiza sus excelencias incontrastables en el arte literario y Panzacchi pregona su máximo vigor artístico al ponderar el mérito del paisaje en la pintura á la moderna.

Esta sana corriente de las ideas estéticas que ha traído el auge de los paisajistas, pintores á *pleine air*,reproductores en el arte de las cosas *d'aprés nature*, sin artificios, nada más que con emoción, con alma, es la que predomina, la que más devociones conquista entre los pintores, en la crítica y en el espíritu siempre abierto á toda verdad de vida, á todo sentido de la realicad, á todo calor hnmano de los públicos con sensibilidad un tanto refinada y con cierto barniz de intelectualismo penetrante y comprensivo.

Por acá comienza el paisaje también á constituir la médula, el *alma mater* de todas las grandes manifestaciones artísticas. Despunta, con floración prodigiosa, en las páginas hermosamente descriptivas del maestro Pereda, nuestro primer paisajista literario, y hace alarde de clorosis no, de intensa valentía de luz cruda, en las novelas rurales, intensamente trágicas, como la vida en la levantina tierra de las flores, país de sol, que ha escrito Blasco Ibáñez.

Impónese también el paisaje en la pintura. Su triunfo ha sido en esta ocasión incuestionable. Ha decretado, en virtud del éxito obtenido, la muerte, en buen hora llegada, del cuadro histórico y del lienzo religioso.

Comienza á iniciarse entre nosotros, á reclamar imitadores en ese camino, con los admirables paisajes de Hacs. Más adelante, por estos días, entre los llamados maestros de pintura española actual,—que, dígase lo que se quiera, acusa una vitalidad, un nervio, una técnica incomparables,—el paisaje y la marina triunfan con Pradilla y con Sorolla, si bien se lastima de pobreza artística, mejor dicho, se desacreditan ridículamente en los lienzos de Muñoz Degrain, donde se falsea la Naturaleza con artificios de inventiva y con violencias brutales de color.

Los que pintan ante el natural, al aire libre, y no desde el rincón ensombrecido del estudio—adónde solamente llega una luz sucia, invariable, sin claridades intensas y han llevado á los lienzos con maravilloso encanto artístico haces de luz, enorme cantidad de sol, visiones prodigiosas de la naturaleza en plena acción con alma y vida. A mi entender, Pradilla es nuestro primer paisajista en la pintura española contemporánea, como es Sorolla el

que mejor ha pintado, dándolas movimiento, energías, casi dijera espíritu, aguas de mar.

En la Exposición última, los paisajistas catalanes, con Meifren al frente, son los que más artistas se presentan, hayan fallado á su antojo los señores del márgen. Los cuadros de Meifren son los mejores entre todos los que cuelgan en las paredes de los salones muchos en cantidad, muy pocos en calidad. Y eso que falta Mir, ese olvidado artista superior á todo encomio, tan injustamente preterido como Rusiñol.

Admira la infinita variedad de los paisajistas catalanes. Y es extraño. Ante ellos, en sana crítica, yerra la teoría de Taine sobre la raza, el suelo, el momento histórico, el medio social, todos esos factores espirituales, según él, en la creación artística, para revelarse ciertas, de un modo empírico, las doctrinas de los temparamentos preconizadas por Zola.

Son los paisajes de Mir viñetas rústicas y telones de mar pintados en la tierra mallorquina. Dan la sensación de lo violento, de lo más hondamente trágico en la naturaleza. Costas bravas, peñascales de una imponente magestad, mares salvajes que nunca han reposado con sosiego y continuamente forcejean, cubriéndose de espumas al atacar con cóleras locas los cantiles ribereños.

En cambio Rusiñol es apacible, de una placidez poética en sus jardínes tristes, abandonados, y en sus patios azules, en que las flores aroman y aman. Hay un alma invisible, pero latente, en los paisajes de Rusiñol. Un algo que vive, palpita en ellos. Nos habla la fuente olvidada, cuyas aguas al caer lloran las hojas secas que ruedan con un són de *alegría que pasa.*

Meifren es más más armónico. Busca con ahinco la naturaleza, en plena vida, á todas horas. Bajo la luz cegadora del sol,como al *caire de lune*, el paisaje cobra líneas seguras, color vigoroso, plasticidades sorprendentes. Corre por ellos también un hálito de pasión, de intenso sentimiento.

Vacilo en dar puesto á los paisajistas montañeses, Quizás después de los catalanes, dentro del paisaje, sean los que arrastran mis devociones.

Dentro del valor de la pintura general(retratos, cuadros de costumbres, desnudos, etc.), que es necesario estudiar en la Exposición de Bellas Artes, indudablemente no pueden ocupar un segundo lugar. Ya me explicaré.

II

Noto una cosa, y es la ausencia de todo nombre montañés en la lista de escultores. Puesto á cavilar sobre ello, al punto me explico el caso. Y es, según entiendo, que los artistas santandarinos sienten y ven el campo, pero solo aislado, sin hombres. La tierra es para ellos lo que vive, desplegando ante los ojos y emocionando plácidamente el alma el espléndido encanto de su belleza externa. Los seres son figuras decorativas, una nota de color que

ayuda á la integridad del conjunto. Tienen más de poetas que de psicólogos.

Se advierte el mismo fenómeno en la gente de letras que ahí despunta con relevante personalidad. Pereda ha sido siempre un gran poeta objetivo. Borrando los paisajes en sus páginas novelescas, se habrá reducido á breves límites de arte toda su fecunda y gallarda labor literaria. Nace esta actitud artística no sólo de la personal complexión espiritual, del nativo temperamento, sino también del suelo en que se vive, de la tierra que cría los taleutos creados, nutriéndolos con la propia sangre, la propia poesía, dándoles su misma alma.

Es Enrique Menéndez gran poeta, digno de muy alta alabanza. Mas es necesario declarar, en buena crítica, que no es lírico poeta subjetivo, cantor de los movimientos de su espíritu. A través de sus versos y de sus prosas, conocemos no su interior en las horas de meditación, de sondaje psicológico, de escrutamiento y disección de su alma, sino las impresiones externas que han sacudido sus nervios y han llevado á su corazón emociones tranquilas, de un reposo sin término. Es un poeta con raigambre en la tierra, cuya poesía, después de sentida, ha devuelto en páginas de un arte admirable.

Así son también los pintores montañeses; poetas de la naturaleza. Todos son paisajistas.

Ante los ojos de estos artistas muéstrase siempre una tierra amablemente inspiradora. Las más variadas viñetas rústicas hace gala de desplegar á la contemplación de los que, con sed de belleza, la buscan. Selvática, bravía, con hermosura salvaje, espanta cuando se miran sus altos picachos donde las nieves han dejado la nota de su blancura plácida, y donde las nieblas, que lloran cuando el viento las empuja, se asoman á mirar el caserío entre el verdor del valle escondido. Idílica, respirando una paz inalterable, subyuga en los trozos campesinos, en la tierra baja, con árboles que se acercan á dar un poco de amiga sombra á esas sendas blancas parecidas á caminos de hadas, que llano adelante se pierden á lo lejos entre los castañares del monte, como una ruta hacia la poesía y el ensueño.

Son, en verdad, hermosos esos rincones montañeses. Bien hayan los pinceles que acertaron á pintarlos!

Recodos de ríos con aguas mansas que arrastran en corriente silenciosa á lo largo de los valles con eterno verdor vestidos. Y en esos recodos, venciendo el abrazo de las plantas bajas que lo engalanan con sus hojas, el tronco robusto, fuerte, añoso, á quien da sombra el alto ramaje que se asoma á mirarse en el agua que pasa sin borrar su imagen, y que llena de música sugestiva con el rumor de las hajas nuevas el sosiego campesino. Ahí, en esos recodos, más allá, el rodezno del molino que bate el agua, sin duda para hermosearla, y que vaya, orilla abajo, dejando el encaje de sus espumas blancas.

Dice tanto como un hombre un viejo castaño, desnudos los ojos, solitario en el campo. Es una historia, una vida.

Quizás por sugestión, por los recuerdos que despierta y las vidas que evoca, sea más interesante la suya que la vulgar existencia de un ser cualquiera.

En los paisajes montañeses lo mejor, lo que más vida entraña y más poesía atesora, es el paisaje mismo. En silencio, en plena soledad envuelto, vive y encanta.

Todo rumor de vida extraña, descompone su «bello gesto,» su admirable armonía de conjunto. La lucha de los hombres, las escenas de la vida vulgar con sus figuras en acción, movidas por pasiones bajas y con instintos de bestias, se desprenden, repugnan por su carácter repulsivo. Es necesario entregar el espíritu al campo solo.

Acaso si consienten como nota simpática, elemento estético de integración, animando el paisaje, cualquier ser vivo, pero pasivo, en quietud.

En medio del campo, como señal de vida humana, cuadra algunas veces la casa rural de cuya chimenea sa'e el humo familiar á la caida de la tarde; no desentona tampoco la vaca que pasta en el prado, reflejando en sus ojos melancólicos el verde de los maizales, ní el hato que anda, vereda arriba, oseando el aprisco y sonando las esquilas en el silencio del valle. Y á la vera del agua que corre, la zagala que lava; ó á la sombra de la *cagiga* centenaria, viejo patriarca de la aldea, el cabrerillo que tañe el rabel, cuyos sonidos de amores y tristezas no se sabe si cantan ó lloran, bien puede decirse que son seres vivos que encajan con propiedad en cualquier término de un paisaje como una nota más del campo.

Todos estos esbozos, apuntes de dibujos y de color, los entrega pródiga á los pitores la tierra montañesa. Añádase á esto, esa luz propia de la región, esos cielos neblinosos, de una melancolía poética, que no se llenan nunca con claridades de sol agresivo, como en la tierra andaluza de cielo alto, de aire encendido, con vaho cálido, ni muestra tampoco esa tibieza de la luz en las noches de luna sobre las pardas llanuras castellanas, con ambiente reposado, en un silencio muerto que parece nunca acabar.

Hasta el color verde los árboles en el riñón de la Montaña es distinto al verde de los naranjos en las huertas levantinas y al de los olivos en las haciendas sevillanas.

Son los bancales de maices con verde obscuro, mientras que tierras cordobesas abajo, el color de las mies da una entonación dorada al paisaje. Y las aguas, *peñas arriba*, son vivas, saltan, al descender al llano, en tanto que por otros rincones de España, se deslizan calladas, sucias, llano adelante, casi sin movimiento, con reposo de remansos.

Es, por tanto, el paisaje montañés algo típico de la región, que entraña un carácter peculiarísimo, raramente inconfundible.

Si han de buscar los paisajistas originalidad en sus creaciones ó, por lo menos, en sus copias del natural; si lo menos que se les puede exigir es acierto en la visión artística, espíritu de selección estética ¿cómo, entónces no han de reproducir necesariamente, por expontánea inclinación del temperamento, los pintores santandarinos el amplio, variado y sugestivo paisaje montañés? A más, el suelo ata al artista á la nativa tierra, cuya cal lleva en los huesos y cuya poesía le ha nutrido de ensueños y de irresistibles añoranzas el alma. Como hay árboles que no viven más que en ciertos climas, nutriendo su savia vital en el jugo del surco en tierras á propósito, así hay artistas que no pueden vigorizar su arte de creación más que en el solar del nacimiento, en cierto ambiento familiar, fijos los ojos y abierto el corazón sobre el bello panorama que se ha agarrado—en visión ideal al espíritu—desde los felices años primeros. Es esta visión algo que perdura, que jamás se borra, eterna amada y tirana de todo artista.

Sería violentar la Naturaleza, cambiar por capricho ese sentido artístico.

Consérvase el acento regional, el tipo de raza, los caracteres solariegos, cuanto es ingénito en el individuo. ¿Cómo, pues, el artista en su obra ha de perderlos?

Por eso creo yo, razonando así, en buena crítica, por inflexible regularidad de las conclusiones lógicas, que son iguales en la ciencia como en el arte, que los pintores montañeses, como los escritores de ese país, ante todo y por encima de todo son necesariamente objetivos, paisajistas, amadores á la fuerza y por amor de la tierra nativa, que á ellos solamente descubre sus encantos y todo el esplendor de su belleza.

ANGEL GUERRA.

EL CUENTO DE LAS NOTAS

SINFÓNICA

¡Silencio!.. es el piano
que suena lejano
y una historia cuenta.
Su harmonía lenta
en tenues diseños
trae rumor de sueños,
de amor que alborea.
...Frases «smorzadas»
notas onduladas
que cantan amores, vapor que marea.

. . . . . .

Luego, raudamente,
intenso, valiente,
su ritmo se agita
fogoso, transita
en amplio crescendo
de antiguas dulzuras
á amor con harturas
de carne.. mordiendo.
Y muerden las notas
y las notas gritan
y las cuerdas rotas,
sintiendo el espasmo, vibrantes palpitan.

. . . . . .

Bruscamente cesa
la vida, y espesa,
la niebla al paisaje
nos trae un encaje
de armónicos hilos.
.. Diseños tranquilos...
La harmonía lenta
vaga, soñolienta.
Yerta, fría, inerte,
la frase se apaga, en pausa de muerte.

. . . . . .

De nuevo el piano
sonando lejano
nos trae macilenta
la harmonía lenta

de tristes diseños
que semejan sueños
del amor pasado.
...Vapor agrisado
frases «smorzadas»
notas onduladas.
Luego, lentamente,
suave, dulcemente,
las notas sollozan formando cascadas.
¡Silencio!.. es el piano
que suena lejano;
se siente una nube
que despacio sube
deshecha en girones;
¡es la blanca nube de las ilusiones!

Bernardino Valle y Gracia.

LA ISLA DE TENERIFE

en los primeros noventa años de la conquista

I

No carece de curiosidad la breve descripción que un dominicano, hijo de Alcalá de Henares, hace de la isla de Tenerife, tal cual ésta era á fines del siglo XVI, descripción que extracto, tomando de ella la parte más interesante

Según la voluntad de los Reyes Católicos, en 1501, Alonso Fernández de Lugo repartió entre los conquistadores, y en proporción de los méritos que éstos ostentaban, las mejores tierras de la isla, así como las aguas. Nada de lo que constituía el patrimonio de los guanches quebaba fuera del reparto.

Hiciéronse lotes de las mejores tierras, cada uno de seis fanegadas, ó sean 3,195 hectáreas. Las de sequero fueron también repartidas al siguiente año, de ciento en ciento, por cahices.

De tal merced podían participar también todos aquellos peninsulares que quisiesen venir á poblar á Tenerife.

II

Hecho el reparto, dióse comienzo á la fundación de varias poblaciones. Las que se citan son las siguientes:

La Laguna (S. Cristóbal de) Tomó su nombre de la laguna á cuyas márgenes se edificó. Poblaba esta ciudad mucha gente principal y rica. Entonces era la capital de la isla.

Sus edificios eran grandes y suntuosos, sus calles espaciosas, y anchas sus plazas. Contaba dos templos parroquiales, cuatro conventos y varias ermitas y oratorios. No constan los establecimientos literarios que tuviera, pero sí que en esa ciudad abundaban los caballeros y gente noble, ricos comerciantes y acaudalados labradores.

No se cita el pueblo del *Rosario*.

La Orotava. Población de la gente más granada y de más lustre, venida de Europa. Su situación es en un lugar muy fresco, tendida en un declive; la población constaba de buenos edificios y vistosas calles, aunque algunas penosas de subir.

Allí había tres ingenios de azúcar y once molinos de dobles piedras. Una acequia atravesaba la población.

En sus contornos existía una legua de tierra de la mejor calidad que en Canarias se conocía, y aun en España.

Como que lo daba el suelo, según el autor, los habitantes de Orotava eran de carácter caballeresco, aunque un tanto altivo; y como las haciendas, de pocos padres se habían dividido en muchos hijos, estos carecían de los posibles necesarios para ostentar sus vanidosos instintos. «Los ánimos que representan», dice el autor.

No se cita el *Puerto de la Cruz*, ni la *Victoria*, nombre adquirido desde 1496, á menos que esta población sea la llamada *Centejo*

Tampoco se cita á *Santa Ursula*, ni á *San Juan de la Rambla*.

III

Garachico. Entonces tenía la fama de un gran pueblo. Era un excelente puerto de mar, y muy seguro, menos cuando soplaban los vientos del N. O, levantando mar de travesía. Defendíalo una regular fortaleza.

Allí moraban algunos caballeros. El resto de la población se componía de tratantes; tal vez traficantes, ó mercaderes.

Garachico llegó á ser una plaza comercial importante. Contaba buenos edificios, iglesias y conventos.

Icod de los Vinos. Pueblo de numeroso vecindario, entre otras personas, ricos propietarios y gente honrada. Fundóse á las faldas del Teide, donde abundan las maderas de construcción. Tiene vistosos edificios.

No se cita *la Guancha*.

Los Realejos (alto y bajo). Aunque no muy grandes poblaciones, eran ricas y dotadas de buenos edificios. Haciendo excepción de unos encantos caballeros, los demás vecinos eran labradores.

Buenavista. Población de gente noble y rica. Contaba buenos edificios. Reputábase como el último pueblo de la parte de *Dante*.

Los Silos. Con buenos edificios. Enriquecía esta población el ingenio de *Dante*, situado en las inmediaciones, el cual era de la propiedad del caballero aragonés Gaspar Fonte de Ferrera.

No se cita á *Tanque*.

San Juan. Era otro pueblo de labradores y viñateros.

Yo supongo que sea *Guía*, en cuya localidad situábase la *Isora* de los guanches.

IV

Icod el Alto. Era otro pueblo de labradores.

Tegueste. Se citan los dos Teguestes: el nuevo y el viejo, enriquecidos por sus viñedos. Desde esa época adquirieron justa fama sus vinos tan abundantes y excelentes.

Tegina. Era otro pueblo semejante á los Teguestes, en cuanto á la producción vinatera

TACORONTE. Pueblo de labradores. Estos labriegos disfrutaban de una posición desahogada, sin necesitar cosa alguna de sus vecinos los otros pueblos.

EL SAUZAL, LA MATANZA y CENTEJO. Poblaciones de gente labradora, que, con el sudor de su rostro se mantenían cómodamente, sin el auxilio de nadie.

Tal vez este *Centejo* sea el pueblo de la *Victoria* (Acentejo).

SANTA CRUZ. Puerto de mar. El primero adonde los conquistadores arribaron. Por esta circunstancia se le considera como el pueblo más antiguo de Tenerife. Tenía una *buena fortaleza* coronada de artillería, con su correspondiente guarnición. La fundó Juan Alvarez de Fonseca, siendo gobernador de la isla. Sus alcaides se nombraban anualmente, provistos por el cabildo, para lo cual era requisito esencial el ser hidalgo. En 1591 hacia ese servicio Luis de San Martín Cabrera, Regidor de Tenerife.

TAGANANA. Pueblo feudad sobre los riscos de Anaga. Dice el autor aludido que sus pobladores «tiraban por el arado y la azada», lo que interpreto por gente honrada y trabajadora, enemiga del gandulismo.

V

Aquí sigue el autor citando que, por la parte del Oeste y Sur, tenía la isla algúnos otros pueblos pequeños, pero ricos en sementeras y ganadería, y luego prosigue:

SANTIAGO, ADEJE. Puerto con fortaleza. Su señor y alcaide perpetuo era entonces un caballero mayoragista y Regidor perpetuo, llamado Pedro de Ponte.

No parece ser el *Santiago* de hoy, á dos leguas de Guía, esto es, el Valle de Santiago.

VILAFLOR. Lugar de Chasna, con gente hidalga y rica. Ya sabemos que por su clima frío es el más adecuado para vivir las personas acostumbradas al que reina al norte de la Península. Situáse esa población, al Sur del Teide, y á 1300 metros de altura absoluta. Está rodeado de cumbres pobladas de pinares. Llámase *Chasna*, donde todos los años nieva.

No se cita el pueblo de *Arona*.

ARICO y la GRANADILLA. Lugarejo de honrados pobladores.

No se citan los pueblos de *San Miguel* y *Fasnia*.

CANDELARIA y GÜIMAR. Pueblos situados á la parte oriental. Entonces los habitaban algunos naturales ó guanches que habían escapado á los horrores de la conquista, ya mezclados en esa época con la población dominante.

No se cita á *Arafo*.

VI

Entonces Tenerife tenía más población que todas las demás islas del archipiélago, reunidas. Contaba más de 7.000 hombres de pelea.

Según el autor citado, la isla había producido hombres de mucho valor y de mucho peso, renombrados varones por su instrucción y su ingenio, aun cuando un tanto perezosos al ejercitar estas grandes dotes.

Además, Tenerife, tuvo siempre en su cabildo ilustres varones. Es constante que con notable intrepidez se opusieron en varias ocasiones contra los agravios é injusticias que algunos jueces poco rectos inferían á sus administrados.

En 1590, con ser éste un año muy estéril, Tenerife había producido 120.000 fanegas de trigo, sin contar las de centeno y cebada que se cosechacan en abundancia. Estos granos servían de mantenimiento ordinario á los habitantes de la isla.

Había muchas viñas de regadío y de sequero. En Buenavista, en Dante, en la Rambla, en la Orotava y en Tegueste, se producían excelentes vinos que se exportaban para España, Francia, Flandes, Inglaterra, la Guinea y las Indias Occidentales. ¡Cuánta fué la nombradía de que entonces gozó Tenerife! ¡Cuánta la importancia del famoso puerto de Garachico!

Cosechábanse en Tenerife frutas y legumbres como en España. Había también azucar en abundancia, así como miel y cera, y ganados de todas clases. La seda que se obtenía era abundante y de clase superior.

La caza abundaba también, como perdices, conejos, palomas, tórtolas y patos. Entre una diversidad de aves, fama han tenido los preciosos pájaros de canarios.

Los bosques han sido riquísimos. Se citan los cedros, los cipreses, laureles, palmeras, álamos, robles y otras maderas de que se carece en España.

VII

Abundan igualmente los pinos; el tan notable *pinus canariensis*, que después de tantos cuidados y prohibiciones, van desapareciendo, para no volver jamás á engalanar nuestras florestas. Esos grandes ejemplares que causan admiración, pues el autor hace referencia á un pino tan colosal, que con su madera bastó para cubrir la iglesia parroquial de los Remedios de la Laguna. Igualmente cita otro ejemplar que dió suficiente madera para cubrir la Iglesia de S. Benito de la misma ciudad.

Entre otros árboles abundaban también los acebuches, los lentiscos, sabinas, barbusanos, tilos, palos-blancos, viñáticos, escobones, etc.—Existía el lignaloe, así como el drago y las tabaibas, y variedades de hierbas medicinales.

El mar abundaba en pesca y en variados mariscos. Y en fin, termina su relación haciendo constar que en Canarias no existen animales ponsoñosos, á excepción de ciertas arañas.

Cuando se ocupa de la gran derrota que los españoles sufrieron donde dicen *La Matanza*, calcula que perecieron en el combate y desriscados casi 900 soldados.

VIII

Los guanches eran en tan corto número, que no pasan de la cifra 300. Estos infelices estaban desnudos y sin armas para defenderse, y añade que con esta derrota quiso Dios castigar la altivez y soberbia de los invasores, ó españoles.

Si bien Fernández de Lugo llegó á escapar de milagro, no pudo evitar que le rompieran los dientes, de una pedrada. Gracias á la escolta de algunos canarios y guanches, logró llegar corriendo hasta el puerto de Santa Cruz. Había perdido su caballo en la gran refriega.

Ell peligro en que se viera este general no dejaba de ser grave, pues los guanches lo tenían cercado. Entonces fué cuando pudo favorecerle Pedro Benítez (a) el Tuerto, levantándolo del suelo, y proporcionándole otro caballo.

Además valióle á Fernández de Lugo haberse disfrazado, trocando su traje por el de un soldado. Así entró en batalla. El pobre soldado pagó su vida al vestir el uniforme del general.

IX

Por último, el citado autor hace una breve reseña de lo que ocurrió en una baja cercana á la costa norte de la isla.

A consecuencia de aquella acción, unos 28 ó 30 españoles viéronse precisados á buscar refugio en una cueva cercana al mar. Entre tanto, 90 canarios se habían refugiado también en una baja ó islotillo, y en una junquera, recogidos luego por los buques que allí envió el gobernador.

Cuando el rey de Taoro, Bencome, tuvo conocimiento de lo comprometido que se hallaban los españoles en dicha cueva, en lugar de hostilizarlos, mandó que saliesen de allí, prometiéndoles generosamente librarles de la muerte y restituirlos á Santa Cruz con una escolta.

Al pasar por el lugar del combate estos españoles, notóse que uno de sus paisanos se había quedado oculto entre los cadáveres, el cual, levantándose de repente, incorporose á dichos españoles, prosiguiendo todos su camino.

Mientras más adelante hacían alto para descansar, siendo recontados los peninsulares, encontróse que iba uno de más, por lo que se trató de matarlo; pero no sabiéndose quien había sido el intruso, dióse cuenta á Bencome del suceso.

Este resolvió hacerlos retroceder á todos, y pudiendo reconocer al que se había incorporado al pelotón, lleno de magnanimidad otorgóle su perdón, diciéndo; «bastante pena ha sufrido con permanecer tantas horas revuelto entre los cadáveres».

El pago que los conquistadores dieron al noble rey guanche, no fué otro que apresar traidoramente á los infelices canarios, mandándolos á España para ser allí vendidos como esclavos.

Antonio M.ª Manrique

Nuestros poetas del tiempo viejo

Las Costumbres

Bien sabes, musa, que la edad florida,
Edad que ama la moda y lo que es nuevo;
Mira como decrépito al anciano
Que alaba las costumbres de otros tiempos;
Por eso tú no pones en mis manos,
La lira de Terpandro ni de Femio,
Para que calme las pasiones locas,
De aquellos hombres que jamás supieron
Lo presente estimar ni lo pasado;
A otra parte diriges mis acentos;
Si padres somos, ah, si somos hijos,
Si esposos, si magnates, si plebeyos
¿Cómo á tomar lecciones celestiales
Sobre buenas costumbres no corremos?

La mujer

El arte y disimulo
Por ley se le ha intimado,
Afeite en los deseos,
Disfraz en los conatos:
Su corazón oculto
Es un profundo arcano,
Que se pinta en los ojos
Y se borra en los labios.

J. de Viera y Clavijo.

Como funciona un cable submarino

Historia de un invento asombroso

Entre las fantásticas realidades que nos ofrece la ciencia, ninguna gana en maravilla á la del telégrafo eléctrico, sobre todo en lo que se refiere al cable submarino, asunto hoy de actualidad con motivo del tendido del cable francés, Cádiz-Tánger.

En 1844 efectuó Morse el gran descubrimiento del telégrafo eléctrico, y transmitió el primer despacho por un hilo terrestre. Extendióse el uso del invento, y para facilitar el cruce de ríos y brazos de mar, la ciencia ideó medios de aislar los hilos y colocarlos bajo la superficie del agua.

En 1850, Brett, de Lóndres, colocó un cable de 40 kilómetros de largo á través del canal de la Mancha, entre Douvres y Griz Nez; pero al dia siguiente se rompió en un arrecife, sin haber dado señales de su existencia por la transmisión de señales inteligibles.

Al año siguiente se puso otro cable más fuerte, por medio del cual, el duque de Welington, oprimiendo un botón en Douvres, disparó un cañón que había en el fuerte de Calais.

Transmitiéronse cotizaciones de la Bolsa de París á Londres y de Londres á París, y quedó hecha para el hombre una nueva conquista en las limitaciones que el tiempo y el espacio imponían.

Impresionado por el éxito del cable del Canal, Ciro W. Field concibió en 1854 la idea de tender otro cable á través del Atlántico, hasta Terranova.

Por el pronto se burlaron de su proyecto; pero trabajando con perseverancia realizó su propósito, dando vida á la primera compañia anglo-americana de cables submarinos. En aquel año de 1854, no estaba el mundo tan acostumbrado como ahora á los inventos revolucionarios, y el proyecto de Field era objeto de innumerables burlas. Por todas partes se proclamaba el error de sus teorías, y todos esperaban con escepticismo la tentativa de crear el primer nervio del Atlántico en 1857.

Los que dudaban vieron confirmados sus temores cuando el cable se rompió á 225 millas al Oeste la isla de Valentia, y se perdió en las profundidades del mar; pero al año siguiente se hizo otra

tentativa, que obtuvo resultados satisfactorios.

El dia 8 de Agosto, poco antes del medio dia, la comunicación entre ambos mundos se inauguró con las palabras «Gloria á Dios en las alturas».

La reina Victoria de Inglaterra y el presidente Buchanan, de los Estados Unidos, cambiaron despachos. El periódico «Times», de Londres, comentando esta maravilla científica, decia que «la mayor de las exageraciones de un cuento árabe se habia realizado con esta proeza de los tiempos modernos».

Este cable fué el primero del vasto sistema de hilos submarinos que pone en comunicación á los miembros más apartados de la familia de las naciones. La longitud total de los cables del mundo era el año pasado de 252.436 millas, es decir, la suficiente para dar más de diez veces la vuelta al mundo.

El primer cable, como es de suponer, se empleó más bien para experimentos que para otra cosa.Medía 2.500 millas de largo,destinándose el 30 por 100 de su longitud á las ondulaciones submarinas. Hoy este descuento se ha reducido a! 10 por 100 de la longitud total. Costó más de dos millones pe duros oro.

En su construcción estuvieron ocupadas durante más de un año todas las hileras de Inglaterra, pues se necesitaban 140 cordones, ó sea un total de 350.000 millas de alambre de hierro para la cubierta exterior, que fué colocada en forma de espiral. Como los instrumentos eran embrionarios y el aislamiento defectuoso, el cable dejó de transmitir palabras al cabo de veinte días de trabajo inconstante.

Quizá se debiera su destrucción á la enorme potencia de la batería que se empleó. Tan imperfecto era, que en trasmitir 90 palabras de un despacho de la reina de Inglaterra se tardaron sesenta y siete minutos. En su efímera vida, el cable trasmitió varios telegramas, que contenían en total 435 palabras. A pesar de su adversa fortuna, Ciro Field no desmayó, y tras varios años de incesante esfuerzo logró reunir fondos para llevar á cabo una tercera tentativa.

En 1865, el *Great Eastern* zarpó de Valentia con un cable que había costado tres millones de duros; pero en medio del Océano se partió, pagando un tercer tributo al fondo de los mares. Un año después habíase construído un cable mayor, que pudo ser tendido felizmente. El día 27 de Julio de 1866, las costas extremas estaban en relación con las oficinas del cable en Valentia (Irlanda) y en Heart's Content (Terranova).Desde entonces,las rítmicas pulsaciones de los aparatos no han dejado de escucharse.

El cable que se había ido al fondo años antes, fué pescado y compuesto, consiguiéndose tener de este modo dos líneas submarinas.

Desde entonces, con intervalos de dos ó tres años se han ido tendiendo nuevos cables por Compañías francesas, alemanas, inglesas y americanas hasta la época presente, en que ambos mundos están unidos por catorce arterias eléctricas. La tarifa, que en

principio era de cinco duros oro por palabra, gracias á las competencias de las Compañías se ha ido reduciendo gradualmente hasta hoy, en que cuesta, por término medio, un franco veinticinco céntimos.

Las palabras que se transmiten anualmente alcanzan la respetable cifra de 35.000.000 poco más ó menos. Los reformistas de los cables dicen que los del Atlántico debían haber transmitido 284 millones de palabras durante el año pasado, si hubiesen hecho todo el trabajo que pueden hacer, y aseguran que las Compañías ganarían mucho más de lo que ganan reduciendo la tarifa á diez céntimos por palabra.

Los cables se han extendido hasta las zonas más remotas. En el Mediterráneo se tendieron en 1869, en el Mar Rojo en 1870, en el Océano Indico en 1871. A Pinang (Indo-China) y Australia llegaron los filamentos en 1872, y á Nueva Zelanda en 1876. A Malaca alcanzaron en 1880, y á la China meridional en 1881. Al mismo tiempo se tendían cables de menor importancia en todas las partes del mundo.

Lo más maravilloso de los cables submarinos es que se pueden enviar y recibir despachos al mismo tiempo, gracias al sistema *duplex*, que actúa por medio de un cable artificial con condensadores ó cajas de parafina y alinde, cuya fuerza eléctrica equilibra la del cable efectivo. Durante el trabajo se produce un trastorno en este equilibrio, y el fluido se escapa por el cable efectivo y encuentra camino hácia tierra al través de los instrumentos del otro extremo del Océano. Al mismo tiempo, el operador de este último punto está trabajando precisamente en iguales circunstancias, y su despacho va en sentido contrario, por que ambas corrientes trabajan independientemente una de otra.

Ahora se emplea en las líneas terrestres un sistema *cuadruplex*, por medio del cual se pueden mandar dos despachos y recibir otros dos al mismo tiempo, pero no se puede aplicar á los largos cables.

El telegrafista del cable no trabaja como el del telégrafo terrestre, con un manipulador, sino con dos; uno negativo y otro positivo, y la corriente obra sobre un sifón registrador á través del Océano.

Este es invento de lord Kelvin, y consiste en una máquina semejante á los aparatos marcadores que se usan en América, solo que al salir de la bobina donde está enrollada, la cinta de papel, pasa por un tubo hueco de cristal que tiene una punta de aguja muy fina, cargada de tinta, y que está sujeta por un hilo de seda unido á un electroimán.

La aguja traza una línea de tinta en el papel, recta cuando está en reposo el aparato, y en forma de zig-zag cuando funciona. Esta línea ondulante no representa nada para los no iniciados, más para el telegrafista es tan inteligible como si estuviera impresa en letras de molde.

La operación se aligera con el «transmisor automático modificado en Wheststone», que distribuye el trabajo hecho por varios hombres.

Los despachos llegados por tierra á las oficinas del cable se entregan á unos empleados que usan una cinta de papel semejante á la recibida, la cual pasa por una maquinita con tres discos para puntos, guiones y espacios.

El *puncher* ó punzador (así se denomina á estos empleados) armado de dos punzones de madera con la punta de caucho, da golpes sobre el papel con mucha velocidad y obtiene una larga serie de caracteres cablegráficos, que representan las letras del texto del despacho que tiene á la vista.

Dichas tiras entran en el aparato Wheatstone, y casi al instante en el otro extremo del cable, á 3.000 millas de distancia, un sifón registrador Thomson los presenta en debida forma.

Tales son los perfeccionamientos últimos del maravilloso descubrimiento de Morse.

X. X.

DE LA HISTORIA DE CANARIAS

Documentos inéditos

(De la Biblioteca de D. Agustín Millares)

Diario del Bachiller D. Isidoro Romero Ceballos

CONTINUACIÓN

PUERTO DE TOSTON.

Por la parte del N. solo tiene uno pral. que se llama de Toston. Este mira á el N. y es de barra y tiene arrife para barar barcos (aunque pocos). En invierno es peligroso por causa de la barra la que se puede romper con la costa de 200 pasos mas ó menos, con lo cual se lograría que las embarcaciones pudiere entrar al Estero y se escusaba castillo por estar por naturaleza dho. puerto defendido, además de tener sobre la misma costa unos lugarcitos que son S. Roque, la Manta y dho. puerto con gente bastante para defenderlo. Supuesta pues la apertura de dho. puerto y seguridad de las embarcaciones se pueden hacer dos casas de Aduana en un puerto que está allí contiguo que llaman el Roque que está más cerca de las poblaciones para poner la carga de los barcos y no detenerlos esperando con grandes costos á que baje de la tierra adentro. En este mismo Roque se puede hacer un muelle para cargar y descargar con comodidad á costa de unos 80 pesos. Verificándose esto queda toda la isla abierta por la parte del N. y del S. si allí se avilitase otro con dos puertos capaces para el uso de su comercio. Fuerteventura tiene otros muchos más son de poca consideración.

FRUTOS DE FUERTEVENTURA.

Fuerteventura cria maiz, tiene higueras, perales, morales y almendreros y otras frutas aunque no con mucha abundancia. Cria caballos de muy buena raza, escelentes jumentos, animales de cerda, carneros y muy grandes y soberbios perros. En la volatería, palomas, gangas, abutardas y pardelas y muchísimos conejos. Su mar es abundantísimo de pescado grande del más escelente y gustoso de todas las islas, especialmente el que se cria cerca de Amanay y muy sano. Sin embargo hay un pedazo de costa en la isla que lo cria

tan nacivo y pernicioso á la salud que en muy en breve hace purgar el desorden de comercio con una zarna maligna y muy adherente.

Se advierte que hoi decir á unos marineros que era sumamente arriesgado el nadar en las costas del S. de la isla porque allí hay de ordinario mucha porción de sardas, marrajos y de otros peces muy voraces é inclinados á hacer mal á los hombres.

El dia 13 de diciembre recibi el nombramiento de su Exlla. de Alferez de la Compañia de Arucas.

Capítulo segundo

Sucesos en Canaria en todo el año de 1779

El dia primero de Enero nombraron los 24 electores de esta ciudad para Diputados de Abastos de todo el año á los Caps. D. José Arbonies y D. Matías de Matos y por Síndico personas gral. á el Teniente Coronel D. José de la Rocha.

VENIDA DE NTRA. SRA. DEL PINO Á LA CIUDAD.

El dia 2 fué el señalado para la traida de Ntra. Sra. del Pino á la Ciudad; con efecto en este dia que estuvo claro, severo y caloroso salió esta Sra. de Teror y á las 5 de la tarde se oyó en la Ciudad el ruido de una pieza de artilleria del castillo del Rey que avisaba la llegada de la Sra. á el descanso que está antes de llegar á dha. fortaleza un tiro de arcabus. Esta seña solo esperaban para ponerse en marcha los dos cabildos para ir á recibir la Sra. á la plaza de San Nicolás. No tardó mucho en llegar Ntra. Sra. precedida del Sr. S. José, Sta. Brigida, de S. Lorenzo con sus respectivos curatos, cruces y estandartes y luego se unió S. Justo y Pastor y tambien acompañaba el Sr. S. Juan con su curato de Arucas á dha. Sta. Imagen. Mientras el Cabildo Eclesiástico se hacia entrega de la Sta. no cesó la compañía del presidio de hacer descargas. Hubo mucho trabajo en ordenar la procesión porque el concurso era numeroso y no habia paraje desocupado. Esta devotísima imagen venia en un sillón ricamente hecho con 3 hermosos cristales que daban luz á la Sta. por el frente y por los costados. La prosecion se dirigió en derechura á el Convento del Sor. S. Agustin en donde se hizo rogativa y despues de haber incorporado en la prosecion en el sitio precedente á el Sor. de la Veracruz se encaminó á la Sta. Igla. Catedral dha. proseción entró á las oraciones. Inmediatamente subió á el púlpito el Racionero D. Fernando Zumbado é hizo una plática para mover á compasion á los circunstantes con lo que se concluyó la función del dia. Era luna llena y esta noche se mudó el tiempo y se ablandó de modo que á las 10 de la noche cayeron algunos goterones à la madrugada un aguacero.

El dia 3 en la tarde cayó un aguacero y en todas las medianias de la isla llovió de suerte que corrieron los barrancos.

El dia 4 se hizo el Cabildo gral. de año nuevo que debia celebrarse el dia 2 y no se hizo por la venida de Ntra. Sra. y se advierte

que hasta este dia, no obstante que se habian nombrado Diputados nuevos gozaron los viejos de su jurisdicción.

El dia 6 á la noche hubo relámpagos y se oyeron algunos truenos y llovió bastante.

El dia 7 vino el barranco muy crecido y se dejó ver en la Ciudad una porción de langostas pero volvió á desaparecer antes de la noche porque el dia 7 no se pudo descubrir ninguna.

El dia 9 apareció tanta, cerca de medio dia que parecia su porcion inestinguible, pero no contristo porque estaba en la Ciudad Ntra. Sra. del Pino.

El dia 10 se empezaron las misiones en la Sta. Igl.ª Catedral.

El dia 14 hubo un trueno y relámpago y en los dias anteriores cayeron algunos rocios y vino este dia el barranco crecido; todo el resto del mes estuvo frio y llovió muy bien en todas las costas meridionales de la isla.

El dia 2 de Febrero se hizo la prosecion gral. de gracias, por la tarde la compañia de presidio iba detrás haciendo descargas de fusileria á el mando del Cap.ª D. José Broniaga del hábito de Santiago. Esta tarde se tocó á la una á el coro y no obstante que la procesión fué hasta S. Bernardo, entró en la Sta. Iglª á las oraciones.

El dia 4 salió la Sta. Imágen de la Ciudad para Teror, se llegó á la ermita del Sor. S. José á el medio dia con un concurso numeroso de gentes de á pie y à caballo, de todas edades, clases y sexos y á la retaguardia la dha. Compañia del presidio para hacer algunas descargas. Los convites de ambos cabildos se hicieron con bastante priesa y se volvió al instante que se concluyeron á caminar. Una hora antes de las oraciones entró en Teror la devotísima imágen por en medio de devotísimas enramadas, gritos, vivas y espreciones muy grandes de alegria: habia llovido toda la mañana muy bien en este lugar naturalmente el piso de él es muy cenagoso conque estaba todo atollado, pero la devoción y el favor del concurso hubiera despreciado con gusto aun mayores inconvenientes. Aquella noche el dia 5 el 6 y el 7 llovió muy bien más, desde este dia se mudó á el Sudoeste el viento y se esperimentaron sequedades y calores hasta el 26 á la noche que volvió á llover y siguió hasta el resto del mes con algunos rocios para las medianias el tiempo favorable pero á el contrario muy seco para las costas. La cigarra se desapareció en este mes y no volvió á tener más noticias de ella.

El Domingo 28 se publicó una bula de su santidad por la que dispensaba á petición de Ntro Católico Monarca D. Carlos III que se pudiese por 3 años en los dias lunes, martes y juebes comer de carne en la cuaresma guardando la forma del ayuno y dando los ricos á el advitrio de el confesor una limosna y los pobres cumpliendo con el resto que se le señalase y debia correr el dho. privilegio desde la cuaresma de este año.

LANGOSTA DE CANARIA.

Este mes se pasó casi todo él con vientos cálidos del Este muy secantes y dañosos; algunos dias hácia la mitad hubo algún viento de brisa y N. con lo que se aliviaron los costipados y costados á el pecho bien peligrosos que se habian estendido á causa de la escesiva calidéz y sequedad del invierno y su remedio más eficáz se debió á los re-

frescos y sangrias. También en este mismo mes se inficionó la isla de una especie de langosta saltante que parió la dicha tierra la cual hizo mucho daño con especialidad á los sembrados de Tejeda y Tirajana.

AGUAS DEL SUD.

El 29 llovió muy bien del sud. Es de notar que regularmente las nubes tempestuosas de esta parte de el medio dia ó sud cuando pasan por esta Ciudad de Canaria hácia el N. caminan con lentitud como si las fueran deteniendo flacas, escurridas y cansadas y sin fuerzas para avanzarse muchas leguas hácia el N. que siempre se le arma para atajarles el paso lo que hace que no pudiendo pasar adelante por la fuerza del viento opuesto se amontonan las primeras nubes que han llegado con las que les van sucediendo y se forma un conjunto tempestuoso que cediendo en fin á la bateria y fuerzas de la tempestad contraria retrocede hácia atrás y en esta retirada es cuando desplegándose sus senos dejan caer una lluvia muy copiosa que siendo muchas veces terribles y tormentosas causa muchas ruinas en las heredades y en los campos donde son quebradas las tierras. Este dia fué lunes Santo no salió la procesión de los remedios por causa de la lluvia.

SOR. NUEVO Á LA COLUMNA EN STO. DOMINGO.

El dia 30 se estrenó un Sor nuevo á la columna que dió el canónigo D. Felipe Alfaro á los Religiosos Domínicos y asi á el trono de esta efigie como á el de Ntra. Sra., les quitaron los sitiales debajo de los cuales se habia acostumbrado á llevarlas antes. Muy poco después de haber entrado la procesión en dho. convento estando el cielo y la luna clara con solo algunos celajones tendidos en la mitad de nuestra atmósfera, repentinamente se abrieron sus poros para arrojar sobre la Ciudad una granizada tan terrible entre mesclada de una lluvia tan pesada con relampagos y un trueno que puso en gran temor á muchas personas de la Ciudad; duró esta tempestad un cuarto de hora y fué tanto más terrible cuanto fué acompañada de tanta abundancia de piedras cuyo fenomeno fué nuevo aun para los mas ancianos de la ciudad, siendo su tamaño como el de una haba y tan petrificado y cerne que parecia cristal; fué tanto el granizo que cayó que se podia palear las azoteas y mucha parte de èl amaneció sin deshacerse en las riveras de el mar no alcanzó este turbion sino á la ciudad y sus arrabales. El Esueste fué el rumbo que tomaron las nubes para apartarse de la ciudad y por esta parte se observaron por mucho rato los relampagos y tambien los truenos con una oscuridad horrorosa.

REVISTA DE REVISTAS

Raza ó civilización latina

DE LA REVISTA *Nuestro Tiempo.*

—=—

Un sabio extranjero, el Doctor Napoleón Colajanni, Diputado y Catedrático de la Universidad de Nápoles, escribe en la notable revista Nuestro Tiempo *que dirige el distinguido escritor Salvador Canials, un artículo muy curioso sobre la raza latina. El artículo es el siguiente:*

Una ciencia que debería ser considerada como una de las más exactas, toda vez que está fundada sobre los métodos y criterios propios de las ciencias naturales, la antropología, ha difundido muchos errores y muchos prejuicios, de tal modo, que se ha podido considerar como verdaderamente fantástica su construcción.

Los antropólogos han sido, en efecto, los que nos han hecho creer en la existencia de una *raza latina*, así como han sido los antroposociólogos, desde Gobineau hasta Lapouse y Ammon, los que han afirmado la decadencia de la *raza latina*.

Con un criterio zoológico no se puede hablar de una raza si los individuos que la componen no presentan un conjunto de caracteres anatómicos, morfológicos comunes, por lo menos de aquellos caracteres que se consideran de más relieve é importancia.

Hasta ahora no se ha establecido con absoluta certidumbre cuáles puedan ser en antropología los caracteres que deben concurrir para que se pueda admitir qué grupos, más ó menos numerosos de individuos, pertenecen á la misma raza, y por ende las múltiples clasificaciones de razas humanas, respecto de las cuales cada antropólogo ha proporcionado la suya.

Para escoger el punto de partida, nos fijaremos en una de las más recientes, que se refiere, sobre todo, á los pueblos de la Europa septentrional, central y meridional, fundada en los datos proporcionados por la estatura, color del pelo, de la piel y de los ojos, así como por las relaciones anteroposterior y transversal del cráneo. Siguiendo esta clasificación adoptada por Lapouse y Ammon

en los antes citados puntos de Europa se podrían encontrar representantes de las tres razas diferentes:

I. *Hombre europeo:* estatura alta; cráneo dolicocéfalo; piel, pelo y ojos claros.

II. *Hombre alpino:* estatura media; cráneo braquicéfalo; piel, pelo y ojos menos claros, predominando el color obscuro.

III. *Hombre mediterráneo:* estatura baja; cráneo dolicocéfalo; piel, pelo y ojos obscuros.

Los antroposociólogos han hallado el modo de relacionar los caracteres anatómicos con los caracteres intelectuales y morales para deducir la conclusión de que la *raza superior* está representada precisamente por los descendientes del primer grupo. Pero Ammon, el más célebre y más autorizado de los antroposociólogos vivientes, sostiene que entre todos los caracteres anatómicos debe concederse mayor importancia á la conformación del cráneo, por estimarse esto como el índice del desarrollo de la potencialidad intelectual y moral. Así, pues, los dolicocéfalos, aunque fueran bajos y morenos, deberían considerarse como superiores á los traquicéfalos que fuesen altos y rubios.

La importancia excepcional atribuída á la forma del cráneo adquiere mayor valor con las hipótesis de Sergi, de Keane, de Ripley, etcétera, según las cuales el *hombre enropeo* descendería de la estirpe *euroafricana* ó *mediterránea*, toda vez que en virtud de la emigración del Sur al Norte y de la acción prolongada del clima y de la nutrición, había sufrido la transformación lenta de la estatura color de la piel, ojos y pelo, quedando como un elemento sin modificar y sin posibilidad de modificación la forma del cráneo, es decir, la dolicocefalía, que representaría el dato característico del *daner tipus* de Kollmaun.

En dos obras, *La sociología criminal* y *Latinos y anglosajones*, publicadas respectivamento en 1889 y en 1903, he demostrado cuán fantásticas y contrarias á las enseñanzas de la historia y de la estadística son las teorías de los antroposociólogos, y fundándome en esos estudios míos, voy á demostrar ahora de un modo sumario lo erróneas y absurdas que resultan las expresadas teorías cuando se aplican á las naciones europeas que constituyen la *raza latina.*

Tres son las naciones que comúnmente se designan como pertenecientes á dicha raza. Italia, Francia y España. Ahora bien, ¿qué es lo que nos dice la antropometría respecto á los caracteres anatómicos de estas tres naciones? Esto sólo. Que en ninguna de las tres los hombres pueden considerarse como descendientes de uno sólo de los tres grupos de la precedente clasificación antropológica.

En Italia hay una pequeña representación del primer grupo, ó séase del *hombre europeo*, en tanto que los otros dos hállanse representados casi por partes iguales, encontrándose el *hombre mediterráneo* en el Mediodía y en las grandes islas de Sicilia y Cerde-

ña, y el *hombre alpino* en las regiones septentrionales, atenuándose los caracteres distintivos de uno y otro en la región central hasta el punto de ofrecer sus habitantes un tipo que pudiéramos llamar intermedio.

En Francia se encuentran en el Norte y en el Este más numerosos que en Italia los descendientes del *hombre europeo;* pero la raza predominante parece ser la del *hombre alpino*; aunque por el Mediodía esté bastante extendida la del *hombre mediterráneo.*

Por lo que se refiere á España, apreciada desde el punto de vista anatómico, puede considerársela, entre las tres nacions, como la más homogénea, por ser muy grande en ella el número de los hombres dolicocéfalos de mediana estatura y morenos.

Examinando esta composición anatómica del pueblo de la península ibérica, y admitiendo que sean exactas las hipótesis de Ammon, España debería ser considerada, antropológicamente, como superior á Francia y á la Italia septentrional, que forman parte integrante de la *raza latina*, y superior también á toda la Alemania meridional y á Austria, cuya población hállase formada por hombres pertenecientes al grupo del *hombre alpino.*

No puedo en estas breves líneas hacer un resumen de lo que ya tengo nemostrado en mi obra *Latinos y anglosajones* acerca de las contradicciones evidentes entre los resultados que proporciona la historia antigua y contemporánea, la estadístiea, la literatura, etc., relacionados con los caracteres anatómicos y la evolución intelectual, política, económica y moral; pero será suficiente recordar que las tres naciones fueron respectivamente grandes en distintos períodos y que ocuparon el primer puesto en la historia del mundo, y que hoy día aquellos que parecen anatómicamente inferiores, es decir los italianos del Norte, los alemanes del Sur y los austriacos, se encuentran, en el aspecto sociológico, muy suporiores á los italianos del Sur y á los españoles.

Mas, de todos modos, resulta con toda evidencia, de lo que llevamos dicho, que no se pueden considerar como constituídos por *una sola raza* las tres *naciones* latinas; antes por el contrario, en cada una de ellas se encuentran confundidos, en varia proporción, las tres razas principales de Europa. Véase, pues, en qué grave error se incurre cuando se habla de una *raza latina.*

Pero si eso no es así, ¿se puede en cambio hablar de *naciones latinas?* Si, sin duda alguna. Efectivamente; por Francia, España é Italia se han esparcido y ocupado lugar preeminente los elementos de la *civilización*, así como hoy día en otras partes del mundo se distribuyen y prevalecen los elementos de la *civilización anglosajona*, sin que esto signifique, entiéndase bien, que se pueda establecer una profunda diferencia entre las dos civilizaciones. La segunda quizás esté más desarrollada, porque ha venido después,y se ha servido de los elementos preparados y transmitidos por las precedentes civilizaciones fenicia, helénica, latina, etc.

De todo cuanto llevamos dicho resulta evidente que en la histo-

ria y en la evolución de los pueblos tienen importancia secundaria las formas anatómicas, y que la inteligencia, los elementos psicológicos que casi nunca sostienen una correspondencia estable con aquéllas, son los que determinan la historia y el desatrollo de los pueblos. De aquí el fenómeno de una civilización común á pueblos antropológicamente distintos: de aquí la helenización, latinización, saxonización de tantas razas que presentan hasta caracteres económicos diversos; de aquí la formación de un fuerte sentimiento nacional en pueblos que, cuando, más deberían tener diferentes modos de pensar en sus varias partes constitutivas; de aquí, también, la extrañeza de los antroposociólogos frente á la expansión victoriosa de los japoneses, morfológicamente inferiores, y que, á pesar de ello, han vencido repetidamente á los rusos, á los cuales debería considerarse como superiores; de aquí, finalmente, la derrota completa de las teorías antroposociológicas.

Notas marginales del Quijote

DE LA REVISTA *Renacimiento Latino*

Gabriel Alomar, el delicado escritor mallorquín, ha escrito una introducción á las notas marginales del Quijote de la Mancha. Acotamos los siguientes notables párrafos:

Volvamos á abrir este libro, viejo compañero de infancia, que guarda entre sus hojas un mundo de familiares recuerdos y forma parte de nuestra vida. Como un jardín doméstico tiene para cada uno de nosotros ciertos rincones umbríos, donde aun podemos encontrar el alma perdida de nuestros días primeros, la memoria de nuestro despertar, el encanto olvidado de nuestras primeras sensaciones ante el paso de la belleza. Estas páginas en qne el ingenio castellano espandió la flor más pura de su sentimentalidad, vienen á ser para nosotros como los grandes muros de un templo, que reciben y guardan la inscripción allí dejada por los viejos, y que nosotros dejaremos también, para unir esta fugitiva vida nuestra, como buscando cobijamiento de inmortalidad, á la vida eterna de aquélla obra. En los márgenes blancos de nuestro ejemplar de familia, que parecen esperar el trazo de nuestra pluma, consignemos pues la visión personal y distinta que suscinta en cada uno aquella lectura. Toda nuestra alma se derramará así, desnuda y entera, hechizada y contempladora, en estas notas volanderas. El libro es, en verdad, la piedra de toque del alma.

El *Quijote* es aún la producción humana que más tentaciones ofrece para entregarse á la divagación, á las deliciosas aventuras

de la fantasía. Obra colocada entre dos edades, viene á ser una obra de renovamiento, de recomenzar, una nueva coloración en el iris de la vida: el caballero que, en el rincón del lugarejo nativo ha abreviado su sentimiento en la gloriosa herencia tradicional de la raza, deja de pronto sus libros y se vá á encontrar en la anchura del mundo, la verdad viva de la leyenda dorada. Más el tiempo viejo ha fenecido; los caballeros se han refundido en la bruma originaria, y les rodea ya el prestigio de las cosas fantásticas, inexistentes, limpias de toda baja realidad mundanal. Y el caballero, el espectador que ve desfilar la vida ante sus ojos asustados, vuelve á morir á su pueblecillo humilde; llora en el interior de su alma el desvanecimiento de todo un mundo; en su mirada resplandece el terror profundísimo de la evidencia del mal, y una musa llorosa le canturréa la eterna elegía del desengaño... El viejo mundo, su mundo, ha huído, ha volado como una humareda. Con el buen *Hidalgo*, el último caballero que no ha querido ó no ha podido conservar la libertad férrea de los grandes, alistándose voluntariamente y convirtiendo en magisterio de peligro y de violencia, la antigua profesión de defensa y tutoría, muere una de las más honrosas y más puras ilusiones que haya cobijado jamás bajo sus alas de luz, la humana fantasía, y uno siente algo de tristeza profunda y definitiva, cuando el loco sublime vuelve á la razón, la baja razón cuotidiana... Y es que este libro guarda el secreto, sólo relevado á unos cuantos escogidos, por el cual, como á la evocación de una conjura taumatúrgica, la realidad toma apariencias nuevas, y nunca sospechadas, y se transfigura en forma de ensueño, y transmuda los pobres mesones en palacios caballerescos y los rebaños en ejércitos de combatientes poderosos. Es que en el fondo de este libro la vida late con palpitaciones tan resonantes y pletóricas, que en ella se encierra una realidad más real y viva que la que envuelve la existencia de los infinitos mortales que pasan sin ver, ó miran sin reparar, ó escuchan sin oir la canción que entonan, á cada lado del camino, todas las cosas. Los dos polos del espíritu humano, las dos grandes formas originarias de la poesía, aparecen en aquéllas páginas definitivas, condensándose en dos personificaciones más animadas, más vivientes, más fisionímicas, que todas las que encontramos al paso en el azar de la vida. Jamás el concepto de inmortalidad, este afán primordial, único, si bien se mira, de la existencia, ha alcanzado más alta expresión. Y se diría que la sombra gigantesca de *Don Quijote*, se refleja sobre toda la historia de su pueblo, anima las armaduras inmóviles en los rincones pacíficos de los museos; vuelve febrilmente las páginas venerables y polvorientas en las salas dormidas de las bibliotecas, á la luz agónica de los velones; vela las armas olvidadas en los claustros de las ventas manchegas; hace resonar con heróico rumor férreo el silencio de los palacios abandonados, y marcha, siempre enhiesto, inconmovible á la vanguardia de los imaginarios ejércitos.

Miscelánea científica

La scopolamina.

Es el nombre de un nuevo anestésico que se ensaya en este momento en los hospitales de París y que, según se cree, suprimirá los efectos consecutivos del cloroformo, la cocaina y sus sucedáneos. La scopolamina es uu alcaloide extraide de scopolia ó belladona del Japón bajo forma de pequeños cristales fusibles á 59°, soluble en el agua y sobre todo en el alcohol y el éter. Se empleaba hasta aquí este alcaloide como calmante al igual de ciertas preparaciones sacadas del beleño y otras plantas de la familia de las solanáceas. Se le había utilizado también como anestésico desde 1900; pero desde 1904, y después de una serie de ensayos hechos en Alemania, la scodolamina ha comenzado á reemplazar en algunas operaciones quirúrgicas al cloroformo. Algunos cirujanos administran dos inyecciones de scopolamina y luego cloro, formizan al paciente. Tambien se asocia la scopolamina á la morfina. En tanto que con otros anestésicos el despertar es siempre penoso, resintiéndose el operado durante muchas horas de dolores persistentes, con la scopolamina por el contrario, este despertar es absolutamente comparable al despertar del sueño fisiológico.

Tratamientos de la tisis.

En el *Post Graduote Medical School and Hospital,* de Nueva York, han sido dados de alta, como curados, cinco tísicos, en los que se había experimentado el tratamiento preconizado por el doctor Russel. ascendiendo ya á cuarenta y cinco el número de los enfermos que recobraron la salud debido al procedimiento indicado.

Todos los enfermos siguieron trabajando en sus habituales ocupaciones durante el tiempo que duró la curación, la cual está basada en la teoría de que la tisis es el resultado de una deficiente nutrición, y que un régimen dietético científico reconstituye el organismo con más rapidéz que la empleada por la enfermedad en su destrucción.

Los rasgos más característicos del mencionado tratamiento son los que se refieren á la dieta, la cual debe componerse de huevos, leche, queso y grasa, bebiendo además el enfermo, diariamente una taza de aquella emulsionada.

1 ENE. 1972

El Museo anario

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En las Islas Canarias, un mes. .	1	Pta.
Id. Id. un año . .	10	»
En la Península española, Islas Baleares y posesiones españolas, un semestre	7	»
Id. Id. un año. .	14	»
En el Extranjero, un año	20	»

AÑO X—NÚM. 192 TOMO XVI—CUAD. 8.º

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE

ESTABLECIDA EN LAS PALMAS

PARA EL ADELANTO DE LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LAS ARTES

Director: ARTURO SARMIENTO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CALLE DE TRAVIESO NÚM. 27

LAS PALMAS

Agosto de 1905

Sumario de este número

Entre pinos. Los Quijotes, por Miguel Sarmiento.

La canción de la huerta. Vicente Medina, por L. de Vargas, (con un retrato del poeta Medina.)

*** *poesía*, por Bernardino Valle y Gracia.

El famoso Arbol Santo de la isla del Hierro, por Antonio M.ª Manrique.

Cuentos españoles: El tenedor de libros, por Santiago Rusiñol.

Nuestros poetas del tiempo viejo:

La Montaña de Doramas, de Rafael Bento Travieso.

El Arroyo, por Antonio de Viana.

Vida artística: El estudio de Pradilla, por Angel Guerra.

Artículos de otros: Los niños del Japón, por R. C.

Pensamientos, por Mauricio.

Páginas de Julio Verne: Treinta millas por minuto (traducción).

Literarura dramática. Obras estrenadas en la temporada de 1904-5.

IV—Manuel Linares Rivas. El autor; La Estirpe de Júpiter; La divina palabra; La Cizaña.

V—Obras traducidas El adversario; El Gobernador de Urbaquieta; La doncella de mi mujer; Quo vadis.

Revista de Revistas:

Socialismo y propiedad privada.

Libros:

L'Eldorado, por Paul Brulat.

Rarezas, por Luis Martinez.

Miscelánea científica:

El secreto del cáncer.

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

órgano de la Sociedad del mismo nombre

Director: ARTURO SARMIENTO

AGOSTO 1905 — AÑO X—N.º 192

ENTRE PINOS

Los Quijotes

¡Ah, el sol! El sol inunda la isla, inunda la mar. Cae á plomo, de horizonte á horizonte. Ciega. Un profundo silencio, turbado sólo por el zumbido de los moscardones que cruzan rápidos las huertas, envuelve el paisaje. Desde aquí, desde el Terreno, al pie de Bellver, se domina la bahía, de cabo á cabo. En la curva de la costa duerme la ciudad distante, al pie de su catedral magnífica de ópalo, á la puesta del sol. Más lejos, fuera de las murallas, en el borde del agua, relucen blancos los caseríos en los arenales de Levante. En el declive de la montaña, en re el pinar que rodea al castillo en la cumbre y la mar, reposa el caserío en prolongada siesta. Las calles solitarias deslumbran. Deslumbran los muros de las casas; deslumbra la carretera blanca de polvo; deslumbran los tejados; deslumbran las persianas verdes cerradas, tras de las cuales no se oye ni una voz, ni un bostezo. Los pájaros han emi-

grado hacia el bosque. En la cuesta del camino duérmense las mulas del tranvía diminuto que va y viene de Palma. Lo único que vibra, lo único que vive en esta inmensa paz, son el humo de las fábricas lejanas y el mar que reverbera trémulo, azul.

Hace dos días que huyo de este deslumbramiento enervante. Hacía dos días que rebuscaba un refugio, una sombra donde trabajar y defenderme contra la pereza irresistible de estas tierras en pleno sol. Rodando, he encontrado al fin el lugar deseado: un jardín al borde de rocas, en un extremo de una dársena pequeña, entre pinos que susurran siempre. Bajo de estos pinos, que se inclinan sobre el mar, en los bancos de piedras de estos cenadores destinados á las siestas, á las meriendas y al ensueño, transcurre la mañana. Desde aquí veo llegar el vapor de Barcelona; desde aquí contemplo las zambullidas de los primeros bañistas, y asisto al regreso de los faluchos de pesca que vuelven de sus correrías nocturnas, empujados por las primeras rachas del «embate», que sopla desde el horizonte en trazos azules sobre la mar, aún en calma.

Aquí, á la sombra de estas grandes ramas donde la brisa deja, al pasar, todos sus murmullos, he terminado la lecturn de dos obras interesantes: la «Historia del ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes», de Navarro Ledesma, y la «Vida de don Quijote y Sancho», explicada y comentada por Miguel de Unamuno.

De ellas ha hablado la crítica largamente. Son, según la crítica, los trabajos más importantes que el centenario del Quijote ha producido. Más importantes no lo sé, pero son seguramente las dos obras escritas, bajo los dos aspectos más distintos y contrarios. Ledesma ha escrito un voluminoso libro que es más bien una consagración á Cervantes que al mismo Quijote. Para Ledesma el libro portentoso no fué más que un momento de la vida de un hombre admirable. No es un libro erudito. El autor mismo lo confiesa. Es sencillamente una obra de devoción, de entusiasmo. Cuando el autor no encuentra datos, cuando tropieza en una de esas lagunas en que la vida de Cervantes permanece ignorada, Ledesma lo confiesa honradamente. Pero no renuncia á continuar su narración. Si le faltan noticias auténticas, se acoge á la presunción y si la presunción es imposible, lánzase en plena imaginación; adivina, crea. Es una obra de verdad y de poesía. Así lo dice el autor mismo. Los fragmentos más agradables de la obra son los capítulos de

los viajes de Cervantes por Andalucía; los de la permanencia de Cervantes en Argel y en Valladolid. El mismo sabor arcaico que apunta á veces en el lenguaje de Ledesma—sabor inevitable y hasta necesario en ciertas descripciones—imprime á la obra un atractivo más. El defecto de más bulto de todo ese gran volumen, es sin duda el entusiasmo incondicional con que el autor examina y narra las vicisitudes de la vida y conducta de Cervantes. Ese entusiasmo sin restricción llévale á afirmar que Cervantes, como todos los grandes escritores, guardó siempre un respetuoso silencio en su vida y en sus obras, el amor á la madre. La generalización de tal afirmación, parece algo aventurada. No faltarían ejemplos —si no en nuestra literatura, en la literatura extranjera—que contradijesen opinión semejante. Aun cuando los hechos la confirmaran, no sería lógica. Aceptarla significaría un acatamiento á las prescripciones retóricas y á los cotos de escuela contra las cuales clamamos airados.

Unamuno se sitúa en un punto de vista muy diferente. Para él lo interesante es la vida de Don Quijote. Alonso Quijano debe ser un ejemplo constante para nuestro pueblo; ejemplo de fortaleza moral, de individualidad, de idealismo. Su obra bellamente, noblemente anárquica, es un ¡viva á Don Quijote! Un viva al Quijote en lo que tiene éste de inadaptable de contrario á la opinión corriente de toda la gentualla sancho-pancesca, que hoy bulle y triunfa en la sociedad actual. Esta voz de protesta la lanzó Gabriel Alomar, en un artículo muy hermoso, precisamente contra un artículo de Unamuno titulado ¡Muera D. Quijote!; artículo del que Unamuno se arrepiente ahora. Era en días de angustia á raíz de la guerra contra los Estados Unidos, cuando todos los grajos nacionales que habían provocado la lucha, renegaban súbitamente desencantados del espíritu de nuestra raza. La protesta de Alomar, repetida ahora por Unamuno, fué entonces un hermoso grito contra todos los Santos disfrazados de Quijotes, contra todos los escuderos que acompañan al pobre hidalgo para comer á costa de las alforjas de los vencidos.

La *Vida de Don Quijote y Sancho,* explicada y comentada por Unamuno, es una obra algo desconcertante. Parecen páginas turbulentas escritas por un Emerson místico, á la española. Como transcendencia moral yo no sé qué eficacia podrán tener esa explicación y esos comentarios. Es un libro poco «rectilíneo» y algo

confuso para influir de una manera inmediata en nuestras multitudes, hechas por educación y por imperio del temperamento á las rutas espirituales sin encrucijadas ni atajos. Esa confusión depende antes de insistencias y repeticiones del texto que de contradicciones é inconsecuencias del pensamiento del autor. Y esto depende á su vez del plan seguido por el autor, al comentar,capítulo por capítulo, una obra en la que los momentos espirituales se repiten y desdoblan con frecuencia.

Para Ledesma el *Quijote* fué sencillamente un detalle en la vida de Cervantes. Para Unamuno Cervantes fué un mero biógrafo de Alonso Quijano, un historiador que más de una vez no supo medir á todo lo hondo la conducta del héroe.

Pero como crítica literaria y social tal como Taine la concibiera y practicara en sus obras, ninguno de esos dos libros son definitivos. Como uno de los de esa crítica original y sólida, pongo por encima de ambos trabajos, los estudios de Gabriel Alomar sobre *Quijote*, publicados en el *Poble Catalá* y la obra de Miguel S. Oliver, *Las mujeres de Cervantes*.

Aquí han terminado mis lecturas y aquí terminan mis comentarios. Aquí en el bosque de Bellver, entre estos pinos á cuya sombra mantuvo sus diálogos con el cielo Alonso Rodríguez, el santo humilde que Unamuno cita más de una vez en las páginas de su estudio.

Miguel Sarmiento.

La canción de la huerta

Vicente Medina

Pocas estancias de la poesía española contemporánea encierran tal cantidad de sensaciones complejas—con apariencia de sencillez—como algunas de Vicente Medina. Recuérdese aquella *Cansera* de los *Aires Murcianos,* que tanto encantó á Leopoldo Alas, como encantará á todo hombre de buen gusto, porque es efectivamente un acierto psico-poético, por lo ingenua y al parecer incomplejamente que en ella se expresan los más complicados matices del sentimiento popular. Con razón *Clarín* hablaba, á propósito de este poeta, del «genio del llanto: el arte divino, reservado á tan pocos, de transparentar el dolor real en poesía inspirada, breve, natural, sencilla y con la retórica eterna que sólo conocen los que saben demostrar la sinceridad absoluta de una manera evidente.»

Leyendo á Vicente Medina, se piensa con regocijo que aún hay mucho terreno por explorar y excavar; que no todo está comido ni bebido, como pensaba Verlaire; que todavía se puede ser lírico sin conocer á René Ghil y á Floris Delattre (1) Porque aquí

(1) Esta es una confesión arrancada en horas de abatimiento. Sería sin embargo, de desear, que nuestros poetas se enterasen un poco más de la última producción extranjera y reparasen en poetas tan distinguidos como el autor de *Les Rytmes de douceur Paroles des soirs d'automne* (Delattre), ó á otros tan inspirados como Julián Leclerc que (el fundador del periódico internacional *L'Européen* y gran poeta en *Strophes dAmant* ó el gran sucesor de Samain en el cetro de la poesía flamenca Julio Mouquet con sus *Nocturnos Solitarios).*

tenemos á un poeta inspirado, en el sentido bueno de la palabra (como expresión del soplo divino que anima al poeta, y si se quiere, hasta de la llama celeste que desciende sobre él como lengua ígnea en Pentecostés, *like fiery tongues at Pentecots,* que dice Longfllow no como excusa y justificación malsana de la pereza, del criollismo intelectual), inspirado también en otra acepción aún más grata: en la acepción de sentido, como vulgarmente se dice. Y nótese que el vulgo tiene á veces en estas cosas un gran acierto; el vulgo que llama sentido á un poeta como su más noble calificativo; el vulgo que recita y escucha y admira la *Canción de otoño en primavera* del admirable Rubén Darío, como composición *sentida,* sin sospechar además que es muy hermosa desde el punto de vista literario. Pues bien; esto es ante todo Vicente Medina: un poeta sentido; por lo tanto, un poeta inspirado. De su poesía puede decirse en su elogio lo que Ruben Darío en su primera y grandiosa composición de los *Cantos de vida y esperanza:*

Un alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva

Con la diferencia de que la de Vicente Medina nunca «se juzgó mármol»; pues se vió desde el primer momento que era un ingenuo y un sencillo. Sí; poeta ingenuo, no de esos «Jeovás *manqués* —que diría Guyau—pequeños Joves tonantes, que se excluyen voluntariamente de la categoría de hombres, y como Hugo, se confían á un plano superior, ó que, como Leconte de Lis e, reputan la vida y el alma del poeta tan ex-humanas, que creen hacerle un honor con adjudicarle la facultad de ver las cosas terrenas *como las vería un Dios desde lo alto del Olimpo* (1). No; este peeta, sincero ante todo, no se gradúa de dios ni siquiera de augur délfico. Habla en el lenguaje de todos los hombres, y por eso todos le entienden y le aman.

Más me diréis, á propósito de la poesía ya citada *Cansera*, tomándola como ejemplo definitivo y acabado y memorial ó resùmen de toda su obra, ¿no se equivocará Vicente Medina al dar á sus personajes sentimientos un poco diversos y hasta adversos á los comunes en las gentes vulgares? ¿Es posible descubrir tales sutilezas psicológicas en rudimentarios campesinos, incapaces al parecer de ejecutar cosa de más alcance que tañer un guitarrillo y cantarle coplas á la novia guapa, ó bien clavarla una puñalada en medio del corazoncito con la mayor naturalidad? ¿Es posible, en

(1) Hablando del autor de *Poèmes tragiques*, d ce, en efecto, Teófilo Gautier: «*Le poéte, á son avis, dêvait voir les choses humaines comme en verrait un Dieu du haut de son Olympe, les reflecti sans intêret dans ses vagues prunelles et les donner, avec un detachement parfait, la vie superieure de la forme*» *(Rapport sur le progrés de la poesie,* 1868.) Esto raya en lo nauseabundo á fuerza de extra-humanidad.

una palabra, que un zagal murciano sienta esa *cansera* con la intensidad con que un poeta elegiaco del siglo XIX,—un Musset, un Baudelaire, nn Verlaine, un Laforgue, un Byron, un Shelley, un Swinburne, un Heine—han sentido el cansancio, el *tedium vitæ,* el *spleen?* Sí lo es; no se precisa haber leido á Rodenbach para sentir esto. Y si me apuráis, diré que estas emociones poéticas tienen más fuerza al expresarlas un labrador, que un refinado *enfant de siécle,* producto de la civilización ultra-moderna. Porque así como una pasión amorosa tiene más grandeza en un tímido colegial que no puede dar expansión á su energía psíquica, que en un Lovelace curtido de aventuras donjuanescas; de igual modo es más difícil extraer de las reconditeces de un alma incompleja la sutilísima red de sensaciones inconfesadas que un desengaño pasional, una desgracia doméstica ó hasta un apuro pecuniario pueden sacar á luz. Indudablemente, se obtienen combinaciones de frases muy nuevas, rimas muy raras, sensaciones muy sutilísimas con la *morbidezza* de un *enfant de siécle;* pero acaso no se llegue á encontrar una tan imprevista fuerza de dicción y un lirismo tan penetrativo como en estas estrofas puestas en boca de un zafio huertano:

No te canses, que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y éjame que duerma
¡á ver si es pa siempre! .. ¡si no me espertara!..
¡tengo una cansera!...

Otro ejemplo, y acaso más hermoso y de impresión más honda, lo tenemos en la sentida elegía de *La canción triste:*

D' aquel hombre extraño
que esta mañanica se arremaneció,
la gente en un corro
s' apiña alreor.
Paece que de tierras lejanas el probe
dista aquí llegó:
tié la barba blanca,
los ojos azules y durce la la vos.
¡los ojos azules y hundíos, que miran
que da compasión!
De toico lo c' habla,
ni una palabrica siquiá se entendió;
pero entorna los ojos, y triste,
canta una canción..
¡más triste!.. ¡más triste! ..
¡cómo nunca tan triste se oyó!
Mienta cosas cantando, que naide
por aquello qu' ice sabe lo que son;
unas palabricas llenas de amargura,
y otras palabricas llenas de dulzor...
pero por el dejo tan triste ¡tan triste!
llega al corazón,
y es verdad que nenguno lo entiende,
¡pero lloran tós!...

Seríale difícil á un escritor cultivado, rico de frases y de rimas, decir con mayor potencia de expresión la poesía de esos cantores

callejeros que á veces asoman por los pueblos, solos con sus canciones pasadas de moda ó en compañía de un arcáico aristón desafinado... Y es curioso notar cómo estas sensaciones complejas abundan en la primera obra de Vicente Medina, como si quisiera dar á entender que no por cantar desdichas de labriegos, cantaba sentimientos rudos y lisos, sin un repliegue, sin una complicación, como una tierra arada. Así canta en *Murria:*

¡De fijo mi madre
las horas mortales llorando se pasa!...
Ya sabe la pobre
que naica en el mundo me sarva;
que me encuentro malico del pecho;
que día por día las fuerzas me fartan;
que lo mesno que luz sin aceite,
poquico á poquico, mi vida s' apaga..
Yo me pienso que el mal que m' acosa
más bien que en el pecho, lo llevo en el alma...
Por golver á mi tierra tan sólo
son todas mis ansias,
y d' hallarme tan lenjos, la murria
me cerca y me mata!.

No se sabe bien sino cuando se han oido y se saborean en todo su regusto muchos cantos populares, cuán intensamente están expresadas en las versos de Vicente Medina las sensaciones que agitan el alma de pueblo; ingenua y candorosa á veces como la del niño; á veces terrible y airada, de arrebatamientos trágicos. Leed esto tan sentido é intenso, también de los *Aires murcianos:*

Morenica tenía la cara,
negricos los ojos...
me espreció por probe,
me tenía en poco..
Pa saber lo que yo la quería
¡yo solico, sólo!...
Pa ella yo, naica.,
¡y ella pa mí, toico! ..

Claro es que la poesía de Vicente Medina, por esta misma sencillez—lindante en el canto popular—que la distingue, se reciente de ciertos prosaismos, de facilidad y pobreza de rima y alguna vez de dureza en el verso: dureza que surge al querer comunicarle intensidad. También hay en algunas cierto infantilismo de exposición y narración—porque casi todos los poemas de Vicente Medina vienen á ser narraciones rímidas—y hasta á veces una incoherencia muy propia de los cantos y cuentos papulares, que yo no sé si será rebuscada ó espontánea en el autor de *La Canción de la Vida.* Participa de todos los caracteres que distingue el alma de ese pueblo que canta como la de él, su imaginación es lógica y no lírica; observación que puede hacerse todos los días en los cantares populares. Tomad, en efecto cualquiera de éstos y vereis que la inteligencia del pueblo procede por visiones, no por imágenes; que vé y no compara, ni alegoríza; que se ciñe á la percep-

ción actual y no retrocede á lo remoto ó se adelanta á lo lejano con sus tropos. Analizad algunos de los más hermosos y comprobaréis.

Voy como si fuera preso:
detrás camina mi sombra.
delante mi pensamiento...
En el campo, entre las flores,
la busqué y no la encontraba
Cantaban los ruiseñores;
yo creí que me llamaba
el sueño de mis amores.

Me miras y te miro,
callas y callo;
y así nos estaremos
doscientos años;
porque te advierto
que si tú no te explicas
yo no te entiendo (1).

Pues lo mismo acontece con la poesía de Vicente Medina, en la que se nota la ausencia de la metáfora y sobre todo de la metáfora ilógica. Con lo cual adquiere doble fuerza: por ser más lírico un poema en que se comprime toda manifestación retórica y se deja reducido el pensamiento á su expresión *prosáica*, es decir, escueta y sin tropos; tomando por divisa—sin conocerlo—el distico de Boileau: *Huer la metaphore et la metonymie: grands mots que Pradon croit des termes de chimie.*

Por esta misma tarea que se ha impuesto de dar á la poesía un carácter enteramente popular, Vicente Medina no es de esos poetas que evolucionan y en los cuales cada obra nueva puede ser un prenuncio de nuevas impresiones. El nuevo libro, si cabe, crece en intensidad de emoción, en fuerza lírica y elegiaca: pero el tema emocional es idéntico; el escenario el mismo. Se canta á la huerta con su pequeños dramas domésticos y sus paisajes ya conocidos. En este ambiente se mueve el espíritu de Medina. El mismo, en el prólogo, explica ampliamente las razones que estimulan á amar la huerta y á cantarla»: Yo soy, en mi cariño por la huerta, como quien está locamente prendado de su amada y os habla de ella

(1) Los que no creen en la grandeza y hasta en el alto lirismo de la poesía popular debieran rumiar bien todos estos mirabilísimos cantares, que más emocionan oídos en una circunstancia poética: por ejemplo, una tarde de Carnaval en una posada de aldea por una buena moza; una noche de viaje en una pequeña estación de un lugarejo castellano por un empleado roído de tedio; y hasta, un día, paseando por una capital de provincia, en el fétido interior de una mancebía como yo he oído el segundo de los cantares citados—saliendo de la ebriquecida garganta de una prostituta, que acaso tiene (en un descanso de su vida animal y nauseabunda y en un refrigerio concedido á la sentimentalidad, una rápida visión de su primera caída, que acaso fué entre las áridas planicies de Sta María de Nieva (esto era en Segovia) cuando renació la primavera, *también en el campo, entre las flores*. .

con pasión á todas horas y os muestra su retrato delicadamente, como una reliquia. Porque la adoro, os hablo á todas horas de la huerta, de mi amada, con sus ímpetus pasionales, con sus ternuras, con sus melancolías, y os cuento las cosas, para toda ilusión, como ella me las cuenta, imitando su habla dulce... Porque la admiro, os muestro sus retratos que, enajenado, tomé yo mismo de su belleza, y de los cuales, jamás ninguno me pudo dar toda la verdad, la adorable visión de todo su encanto...» Me recuerda esta profesión de fe el especial que tiene el destino de estos poetas del terruño, y á los cuales ha dado ejemplo de magnificencia el capitán Mistral, de quien pudiera decirse lo que ha dicho nuestro gran poeta: que las ideas le nacen «por la luz tornasolada.» La literatura tiene esto de bueno: que puede ser á la vez muy regional y muy universal: y la demostración viva la tenemos en el ínclito autor de *Mireille.* En España hemos tenido al gallego Curros Enríquez, al castellano Gabriel y Galán, al asturiano Todoro Cuesta: á todos ellos les cupo un destino común, que tienen mucho de poético. Si no fueron tan admirados por el núcleo nacional como los poetas centralistas, en cambio una región entera adoró en ellos como en sus profetas, en sus sacerdotes, en sus legisladores: porque todo esto se encierra, según Shelley, en la antigua concepción del poeta. No así con Vicente Medina, que, bien por lo accesible del dialecto en que escribe, bien por la atmósfera de admiración que crearon á su alrededor los *Aires Murcianos,* no puede quejarse de haber limosneado nunca la fama, pues ella vino á él—como la montaña á Mahoma—fácil y sin tropiezos, cercando su frente joven de un nimbo de luz...

Y bien merecidamente, porque cuanto más se le lee, más se convence uno de que esto es verdadero lirismo, lirismo que penetra en todos, que á todos es accesible. Y hay un mérito inapreciable en estos poetas que todos entienden, y de quienes zagales zafios dicen ingenuamente: ¡«Mesmicamente lo que pasa!.... Propiamente lo cuenta que se está viendo!...»—como refiere el mismo Medina en el citado prólogo. Sí, hay acaso una gran gloria; mejor dicho, quizás sea la única gloria del poeta lírico esta: que todos reciten nuestros versos, se los sepan de memoria y vibren al unísono. Lo cual no empece—como dicen los estudiantillos aficionados á letras *au lendemain* de leer dos ó tres obras clásicas—para que sus poemas sean, como ya he dicho, muy artísticos y muy para puros artistas exprese emociones complejas. Leed *Mustia* y os convenceréis de que no son tan vulgares é insípidos como se cree los sentimientos de la gente campesina, de los labradores que Montesquieu amaba, porque no son bastante sabios *«pour raisonner de travers.»* Encuéntranse en el nuevo libro de Medicina estrofas hermosísimas, de vibración lírica, inasequible para muchos de los que se creen poetas porque han dado dos ó tres páginas á la publicidad, con tres ó cuatro consonantos de los ya consabidos, pero muy modernos, muy de nuevo cuño. Y no cito firmas para no des-

acreditarlas —pero sería fácil deprimir á unos cuantos imberbes que se creen líricos por haber dicho en un machacón parcado dos ó tres extravagancias, que ni siquiera tienen el mérito de ser originales. Los verdaderos poetas de la nueva generación: un Machado, un Jiménez, un Villaespesa, un Ayala me comprenderán y sabrán á quien aludo—á quien les deshonra con sus calcos feos y mal hechos.

Para que me comprendan estos señores que en mal hora han leído á Roberto Montesquieu de Fressenzac y que mejor se hubieran detenido en las ramplonas quintillas de don Leopoldo Cano, les diré que Vicente Medina es un gran lírico, un lírico inmenso, suficiente para surtirles á todos ellos de una fuerza poética de dos mil caballos... Y ya que nos hemos metido en cosas de fuerza, ahí va esa estrofa, que la tiene, verbal y musicalmente:

Tié pocas palabras...
tié la cara seria..
pero tié en el mirar de sus ojos
negros ¡una fuerza!

Ó estas otras, si las preferéis, aún de mayor sutileza elegíaca:

Sé que no me quiere; no es esa mi pena;
si fuera esa sola, pudía yo alegrarme.
Mi pena no es de esas que esjarran el pecho
y que suelen, á veces, curarse;
no es de esas herías abiertas de pronto
y que manan sangran..
Mi pena es honda,
mi pena no es grande...
pero es una pena
que con su tristeza no me eja que escanse...
¡Es una amargura desconsolaíca
que llevo en la sombra, que llevo en el aire!...
Sé que no me quiere; no es esa mi pena;
Yo he puesto mis ojos en töas, ¡en töas!..,
¡y nenguna ha querío mirarme!..
no es ella solica la que no me quiere:
ni ella, ni nenguna.. ¡no me quiere naide!

Nunca podremos nosotros, los que superpusimos una estratificación de refinamiento á nuestra índole elegiaca natural, dar con tal intensidad —como Vicente Medina en sus estrofas sencillas y sin fraces—esta sensación de abandono del sér neutro, que nadie ama, que todos rechazan con horror, con asco, á lo sumo, con lástima...(1). Por mi parte, lo que más admiro, ambiciono y envidio, es la potencia lírica de esos hombres que se mantienen en una atmósfera no viciada por la fraseología, por la obsesión de la rima rica y de la sensación inédita.

Comparad con cualquiera de las últimas producciones ultra-

(1) Esta sensación está expresada por otro giro y acaso más hermosamente aún en el poema *¡Pobretico!*

modernas estos cantos ingenuos y decidme si no resulta ser este el verdadero lirismo. Notad (y primero recalcar mucho esto), que la exclusión de todo elemento bajamente literario, de literatismo mercantil y fraseólogo, no implica la ausencia de notas un poco más elevadas sobre el nivel de las sensaciones comunes y corrientes. Por ejemplo, el poema *Deshechica*, que voy á citar integro—por co resistirme al placer de que lo gusten los lectores tan plenamente como yo lo he gustado—puesto on lenguaje de Francis Jamme, de Julio Laforgue, de Jorge Redembach, sería una gran elegía moderna que no se desdeñaría de firmar el más atildado de nuestrós recientísimos poetas. Helo aquí:

—Podía usté maére,
llevarme á la fiesta ..
—Mujer ya veremos..
¡Jesús, qué petera!
Te duermes de noche con el estribillo,
y por la mañana con él te despiertas...
No sé qué te pasa. pero á buen seguro
que en tós sus cabales no está tu caëza...
Énantes cantabas lo mesmo que un pájaro
que no tiene penas
y á tó te reías igualicamente
que quien en naïca de este mundo piensa...
Ahora, zagala,
ya no eres la mesma:
ya no te se siente y estas pensativa...;
tú no eres, zagala, sombra de lo que eras...
¡Ya no te se siente, sino es pa decirme;
Podía usté maére, llevarme á la fiesta!
Sin que lo esperaras
ni me lo pidieras,
el año pasao
te llevé á las fiesta,
te daba lo mismo ir como quedarte
y ibas tan contenta...
Reparé qne estaba
triste y pesarosa después á la vuelta...
¡no quisiá llevarte por temor, zagala,
de que luego más triste volvieras!...
—Lléveme usté, maère,
¡qué iré yo solica si usté no me lleva!...
El año pasao, sin parar dieisme
cosas y mirarme, por toica la fiesta
nos seguía un mozo... Lléveme usté, maére...
¡más triste que estoy, no pué ser que vuelva

No sería posible expresar más líricamente en versos torturados la emoción (poética como pocas) de la muchacha, que—después de haber visto un hombre, que era sueño, que le promete amor en los ojos y á quien la traidora vida arrebata, quizás para que no le vuelva á ver más—siente la enorne tristeza que deja todo lo bello que pasa y que nos hiere. Campoamor expresó admirablemente en una de sus mejores *Humoradas* este pensamiento:

Aspiré á verte un día,
pero después de verte,

como dijo Jesús, Dolores mía:
Mi alma quedó triste hasta la muerte»...

En suma, convengamos en que Medina es un gran poeta, inspirado y sentido, que ha llegado en algunas composiciones á las casi inasequibles sencillez é ingenuidad tan altamente líricas de los cantos populares, aunque sobrecargadas también de los mismos defectos de éstos; excesivo prosaismo y rudeza. Más por otra parte, sabemos lo funesta que es la extralimitación fuera de sus territorios á ciertos artistas que han nacido para estar encerrados en un circuito reducido: Pereda, el mismo Blasco Ibáñez, etc. Claro es que contra esta insinuación protestan ellos como Pereda, de que se les quiera restringir tan carcelariamente en una determinada demarcación cuando se sienten con fuerzas para emprender correrías; ó como Blasco Ibáñez, demuestran con las obras que sienten *á son aise*—es imposible decirlo mejor en castellano—fuera de su tierra natal. No obstante, siempre es bueno recomendarles (y creo que Medina cae bajo este azote crítico, por ser incomparablemente más flojas las obras en que abandona el ambiente murciano y se constituye en poeta universal, *suis et omnibus*, ó dicho en lenguaje pontifical, *urbe et orbe*), que se limiten á cultivar su huerto ó huerta—que lo mismo da—y más cuando éste es, como del de Pereda, dijo D.ª Emilia Pardo Bazán (*La Cuestión palpitante* XIX, 268), «hermoso, bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres.»

Luis de Vargas.

* * *

Bajo mi ventana,
un ciego que pasa
toca blandamente la suave dulzaina,
y sus notas candenciosas, lentas,
parece que lloran,
parece que hablan
y que evocan la tierra querida
y con ella los dulces amores
que allá me dejara.
Y sus notas cadenciosas, lentas,
«más aun—me dicen—
aun más has de amarla»
. . . . . .
Siento la nostalgia.
Mi alma sueña amores
que dejé en mi tierra;
tiene el *doloroso placer* de evocarlos
mezclando la dicha
que su visión causa
con la dulce tristeza que nos da el recuerdo
de lo que fué y pasa...
Parece que miro
á traves de cristales plomizos
un cielo radiante.
. . . . . .
Ya el ciego se marcha.
No sabe el mendigo
lo que con su canto harmónico y suave
produjo en mi alma...
El ciego, muy lejos,
toca su dulzaina
cuyas notas cadenciosas y lentas
«más aun—me dicen—
aun más has de amarla».
Y mi alma responde confusa
«ya soy toda á quererla con ansia;
más no puedo amarla.»

Bernardino Valle y Gracia.

EL FAMOSO "ARBOL SANTO"

DE LA ISLA DEL HIERRO

— —

I

Desde mucho antes de la conquista de las Canarias, existía en la del Hierro un árbol famosísimo, al cual esta Isla daba quizás su nombre, y á principios del siglo XV los capellanes de Bethencourt, ocupándose del asunto decían lo siguiente:

«En lo más alto de la isla hay árboles que continuamente están destilando agua clara y hermosa, que cae en unos pozos inmediatos á ellos: que esta es la mejor agua que se puede hallar para beber...»

Y según el historiador Abreu Galindo, el paraje en que situaba el *Arbol Santo*, estaba en la parte alta de una cañada que desde el mar se extiende cosa de legua y media. Llamábase ese punto *Tigulaxe* ó *Tigulahe*.

II

Aunque no era conocida la especie de ese vegetal, parecíase á un *tilo*. Por muchos años se había conservado sano y fresco. Jamás perdía la hoja, la cual, aunque más larga, se asemejaba á la del *laurel*, ancha y encorvada, con verdor perpetuo. Si bien caía la hoja seca, quedaba siempre la verde. Los aborígenes daban al árbol el nombre de *garao* ó *gaoré*, voz parecida á *garúa*, que en Canarias y América significa llovizna.

A este árbol se hallaba abrazada una zarza, envolviendo muchos de sus gajos ó racimos.

Abreu Galindo, que visitó ese sitio, hace una descripción del árbol. En su tronco medía de grueso doce palmos y cuatro de anchura. Desde el pie á la copa, tenía cuarenta, abarcando ésta, ciento veinte. Sus ramas estaban muy extendidas, y eran coposas y elevadas. Su fruta, á manera de bellota con su capillo. Era parecido al piñón, de agradable gusto aromático, pero más blando. Cerca del árbol había algunas hayas, brezos y zarzas que hoy no existen tampoco.

III

Hacia la parte del Norte del *Arbol Santo* y junto á su tronco, había un estanque ó alberca grande, de seis palmos de profundi-

dad. Dividido por un tabique, cada porción media veinte pies de cuadro.

En ese depósito se recogía el agua que el árbol destilaba, pues una menudísima lluvia ó niebla invade aquel lugar casi constantemente. Hacía, pués, ese árbol las funciones de un paraguas, aunque no para preservar de la lluvia, sino para recibirla, cayendo luego ésta en la gran alberca, como si el árbol la destilara y fuera producto suyo.

Diariamente podían recogerse más de veinte botes de agua y estaba sncargado de distribuirla un guarda con casa y salario; correspondiente á cada vecino de los 230 que había entonces en Valverde, siete balijas, sin contar la que, en mayor cantidad, era suministrada á los señores de la isla y gente principal. Entre todas las personas del Hierro se contaban más de 1.000 y á todas el *Arbol Santo* proveía de agua. Jerónimo de Cardano, calculando la cantidad que debía sudar el árbol, decíá que podía estimarse en 79 libras diarias.

IV

Viera y Clavijo, era de opinión que este árbol fuese un *marmolán ó codermo*. Por la extensión y textura de sus hojas, era capaz de recoger el rocío de la niebla diaria que se levantaba del mar; pero no ha podido saberse con certeza cuál era su verdadera especie.

A pesar de todo esto, no han faltado muchos escritores que han puesto en duda y hasta negado la exisiencia de ese curioso vegetal. En opinión de Bacón de Veralamio, era un árbol fabuloso. Así lo reputaba también M. La Maire. Para Tomás Corneille era un árbol soñado. Ocupándose de él los geógrafos Sansones, dicen que los viajeros habían apostado á cuál de ellos mentiria más en el asunto. Para Monseñor Nablot, citando á Baudriand, la descripción de ese árbol era una patraña; una ficción, en el concepto de Barbot y Martineau Duplesis. Y no obstante haber visitado una de las Canarias el P. Taillandier (1707), da el aviso de que lo del *Arbol Santo* es una invención de los viajeros, añadiendo que ni los mismos herreños habían oido hablar jamás de tal portento. Para Feijóo, ese Fénix de las plantas, es tan fingido como el de las aves. En fin, la noticia de ese árbol es para el P. Maestro Sarmiento, una novela, una mentirn, un embuste y un error.

V

Solo á D. Salvador Mañer se le ocurrió constituirse en apologista del célebre *Arbol Santo*, á costa de perder su digna reputación de crítico y de filósofo; y el erudito canario Viera y Clavijo, añade que él diría que ese árbol no ha tenido en contra suya sino á sus mismos admiradores. Yo creo más: creo que esos tantos en

su contra han dado más pruebas de ser propensos á la crítica, que de ser personas de talento é instrucción.

Esto no quita que en concepto de algunos fuera considerado como un vegetal milagroso. Para Gonzalo de Oviedo, Livio Sanute, Juan Botero y Linochoten, ese árbol *sudaba* agua por el tronco, ramas y hojas.

Cierto botánico, creyendo lo mismo, no titubeó en clasificarlo con el nombre de *Cesalpino pluviosa*. Luis Jaksons, sin quedarse corto, aseguraba que manaba 20.000 toneles de agua en una sola noche, que se recogía en la alberca mayor. Queda lo mejor. Desde allí el agua se distribuía al resto de la isla por cañerías de plomo (sic). Es el colmo en el mentir. Nuestro poeta, Antonio de Viana, no andaba mejor informado, pues creía que el agua era extraída del terreno.

Al Sr. de Bartós, Jerónimo Salusto, se le ocurrió decir que no era árbol sino un arbusto, tal vez para añadir algo nuevo. En fin, si á Pedro Mexia le pareció un árbol sobrenatural y por consiguiente fabuloso, el *Tesoro de las Cartas* dice que es una maravilla que excede á cuantas maravillas hubo en el mundo. Nuestro Divino Carrasco lo cantó diciendo (1602):

«... y el Hierro la postrera
donde destila hoy el *Arbol Santo*,
que los antiguos veneraron tanto.»

VI

Pero, es lo cierto que sobre la existencia del célebre vegetal nada hay que poner en duda. Si bien en 1618 fué derribado por un violento huracán, allí está todavía la grande alberca construida junto al tronco del *Arbol Santo*. Situáse en la parte superior de una quebradura, á cosa de una legua al O. S. O. de la villa de Valverde, y á 913 metros de altura absoluta.

Más abajo, en Tifirabe, subsisten unas 400 albercas, donde se recogen las aguas que bajan de aquellas laderas. Son obra de los *bimbachos*, antiguos habitantes de la isla.

El 2 de Febrero de 1872, visité yo esa localidad; precisamente el mismo sitio donde se encontraba el *Arbol Santo*, en cuyo paraje se ve aun la alberca grande. Y en el archivo de Valverde me mostraron un libro donde aparecía dibujada la hoja del celebérrimo árbol, y también leí un acuerdo del Ayuntamiento fecha 12 de Junio de 1612, que obraba al folio 184, y concebido en los términos siguientes:

«... por cuanto el *Arbol Santo* se cayó y con la madera del y rama tiene ocupadas las charcas donde se recogía la agua, y es necesario que todo se saque, y se limpie la tierra que así mismo cayó. Se ordena y manda, etc.»

VII

A pesar de haber cerca de tres siglos que ese árbol desapareció, no ha faltado quien haya hecho su descripción, suponiendo que aun se conserva, como Davity, Dapper, Mallet, Lacroix, José del Olmo y otros. Y en cambio, tampoco ha faltado quien, como un Tomás Corneille, se haya dejado decir que en el Hierro no haya existido semejante árbol milagroso, apoyado en las noticias que dice personas serias le habían comunicado desde estas islas. Supongo que este escritor fuera hermano del poeta Pedro Corneille, y también buen poeta dramático (1625-1709).

Y tanto y tanto se ha dicho y escrito sobre esa maravilla del mundo, que en 28 de Febrero de 1753, se llevó á efecto en el Hierro un reconocimiento jurídico, de Orden del Conde de la Gomera, su señor. Depusieron entonces testigos ancianos, afirmando ser cierta la constante y verdadera tradición del *Arbol Santo*, y hasta se señaló el sitio en donde se encontraba ese vegetal, así como aquellas albercas donde destilaba el agua, y que deben ser las mismas que yo ví 119 años más tarde.

VIII

Dije antes que tal vez deba su nombre la isla del Hierro á la celebridad de que gozaba por razón de su milagroso árbol que destilaba agua de las nubes, cuya maravilla, como dice Viera, ha dejado atónito al mundo.

Según Núñez de la Peña, la voz indígena *hero*, significa «fuente». En concepto de Viera, el nombre de esa isla viene de *hierro*, sin que yo me explique cómo el erudito canario pudo admitir semejante origen.

Pero Marín y Cubas trae que *Hieri* era el nombre de la isla; y advierto que en árabe se dice al árbol *verid* (ey-yerid), ó *xeyerá*. ¿Habrá cosa más natural que, dada la celebridad de ese árbol, se llamase al Hierro «la isla del árbol?»

No queda duda y se halla suficientemente comprobado, de que los guanches hablaban un idioma semítico ó arameo.

En los portulanos y cartas geográficas antiguas, se ha venido designando á la isla del Hierro con los nombres de *fero, fer* y *hero*. Este último lo trae la carta de Andres Bianco (1436).

Pudo haberse dicho al principio *la isla de Hiere*, ó mejor dicho del *yerid;* esto es, «la isla del Arbol».

ANTONIO M.ª MANRIQUE.

El tenedor de libros

El Sr. Pepet, primer tenedor de libros de la Casa Comas, Matas y Pujol, en comandita, y *compañía,* ya había celebrado las bodas de oro de la teneduría de libros.

Cincuenta años justos habíanse cumplido hacía pocos días de estar entre el *Debe* y el *Haber,* entre el libro *Mayor* y el libro *Diario,* entre unos listones torneados que le servían de jaula-escritorio y los armarios de contabilidad detallada, y en tantos años de apuntar y desapuntar millones no había ahorrado más que 800 duros.

Y no es que fuese malversador de haciendas, que no hubiese economizado y que no fuera trabajador el pobre Sr. Pepet. Las haciendas, para malbaratarlas, hay que tenerlas, y él ni sabía que existiesen; los ahorros se hacen de lo que sobra, y él siempre saldaba al llegar el fin de mes, y en cuanto á haber trabajado, el lustre del escritorio y los arrumbamientos de números y los inmensos montones de libros decían si había trabajado en ese valle de cifras.

A los doce años ya entró en la Cosa Comas, Matas y Pujol, en comandita, y entró cuando aun los Comas, viejos, y los Pujol, más viejos, y los Matas, abuelos, estaban levantando el crédito y montando los telares mecánicos; á los cuatro años de llevar recados y muestras y de hacer facturas ya le metieron en la *garita,* y á los ocho, al cumplir veinte años, le encararon con el *Mayor,* más gordo que él; le presentaron el *Diario,* tan amplio y rollizo como el *Mayor,* y—Aquí tienes tinta—le dijeron.—A hacer asientos y rayas y números, y ten cuidado de no equivocarte, que una cosa es equivocar la vida de la persona y otra los libros comerciales. La persona puede rasparse, si ha equivocado, y los libros ni raspar ni ser raspados, que primero son los libros que el hombre.

Desde aquel día en adelante bien puede asegurarse que no volvió á leer otros libros, ni á ver más paisajes que aquella ringlera de listoncitos, ni á conocer más gente que *Varios,* ni otra perspectiva que *Caja,* ni más compañeros que los *Comanditas,* ni más juventud que los corredores, ni más amores ni casamientos

que las Sociedades anónimas. Del *Debe* al *Haber* y del *Haber* al *Debe*, de aquel día en adelante pareció el símbolo de la duda, el fiel de la balanza, el regulador auto automático de las entradas y salidas, el reloj de la Casa comercial, un nivelador y una mesa, una máquina y una regla. Desde el momento en que se sentó en el banco de aquel escritorio con ventanilla ya no pudo pensar ni sentir, escuchar ni ver, reir ni llorar; el mundo, visto desde aquel interior, era como un giro mutuo, lleno de géneros y de moneda, que iba balanceándose entre dos casillas inmensas, donde los números eran reclutas á los que había que conducir, como dos ejércitos aritméticos, sin dejarlos salir y sin perderlos nunca de vista.

Todos los días, desde las siete de la mañana al mediodía y desde las tres á la siete de la tarde, el Sr. Pepet no era un hombre detrás de aquellos balustres. Que *Caja* á *Pérdidas y ganancias*, y que *Caja* á *Fulano, hermanos;* que *Hermanos* á *Cuenta corriente*, y que *Cuenta corriente* á *Saldo*. y que ahora el pasivo, y ahora el activo... Era una pluma con un brazo; un brazo con un manguito, y un manguito con un infeliz que iba llenando páginas y más páginas, sin poder dar abasto á los pliegos que llegaban. Si un momento echaba un cigarrillo las sumas iban viniendo de tres en tres, de cuatro en cuatro, de ocho, de diez y de quince números y cuando tiraba la colilla había una fila tan terrible esperando colocación en aquellas columnas simétricas, que las tenía que meter á empujones; si se descuidaba un momento, el borrador le atosigaba, y los dos libros grandes se encallaban, y los tenía que hacer andar á fuerza de tinta y de paciencia; si se paraba á abrir la boca, tenía que velar una hora más, y si se le atrancaba la pluma, le entraba un sudor como si se le atrancase el pescuezo, la respiración y la palabra. ¡Tantos asientos para un hombre solo era mucho asentar, caballeros! Tanto dinero entrando y saliendo, y siempre en números y en *efigie*, era una burla de mal género para un pobre tenedor. Tanta suma, y tanto subir y bajar columnas y más columnas por partida doble, eran para marear hasta al que tuviese el vértigo de las cifras. Así es que, cuando llegaba el día 30 y se apuntaba en el *Diario Caja á yo, cuarenta duros*, ya podía hacer buena letra, que bien se los había ganado el pobre tenedor de libros.

Y esto no un rato ó un entretenimiento de algún tiempo, sino días y días, y años y más años, y de las bolas de plata á las de oro, y de las de oro á las de vejez, y esto con el porvenir *pasivo* de tener que acabar como un saldo, y esto sin poderse apuntar nunca: «Felicidad á yo» ó «Yo á vivir»; «Aburrimiento á mí» ó «Yo á desenjaularme y á volar»; «Yo á liquidación» y no á *Varios*, sino á todos; á los libros, á los socios, á la comandita, á las tres clases de vapor, al balance y al inventario. A Job no intentaron jamás hacerle tenedor; á San Lorenzo no le condenaron á cincuenta años de escritorio; San Francisco acaso no hubiera llevado los libros de Comas, Matas y Pujol, sin contar la comandita; que por

santos de mérito que fuesen, acaso no hubiesen tenido resistencia para tantos años de teneduría.

Si el Sr. Pepet la tenía, es porque obedecía á dos causas: primera, porque no tenía otro remedio, y, segunda, porque era hombre de costumbres, de orden, de regleta, de moderación y de prudencia. El ya hubiera querido ser rico, pero hubiera querido escribir siéndolo; habría querido no tener que trabajar, pero trabajando como antes; habría aceptado una rentita, pero «Rentita á él» y «El á rentita», y á fin de año «saldo» y «conforme». No había venido á este mundo ni para ser muy rico ni muy pobre, ni para disfrutar ni para padecer, ni para tomar dinero ni para dejarle. Una medianía, una medianía bien modesta: diez reales de renta diarios, los libros y basta. La abundancia le hubiera hecho aborrecer la economía, y las rentas y los cupones le habrían sacado lo que tenía depositado en la Caja: una resignación al 10 por 100 y una paciencia al 140.

Y si todavía las tenía en Caja, no es que no hubiese gastado de ellas en el mundo, y hasta á réditos y hasta con usura, y no con los libros de la Casa comercial, sino con los libritos íntimos, con los de casa, con el *Haber* de la familia. La mujer, sólo en los diez años que le vivió, que fueron diez años de tormentos, de enfermedades ignoradas, de malos humores interminables y de sangrías en el *Debe*, ya le hizo un gasto espeluznante; un hijo que le dejó, siempre delicado de pequeño y siempre pillo de mayor, y siempre recordando á todas horas las grandes cualidades de la madre, hasta el día en que se murió le gastó media fortuna, y el abuelo imposibilitado, que tuvo ocho años en casa tomando caldo cada tres horas y dando disgustos cada hora, le llevó la otra mitad, y aun un poco de sobra; pero él, el tenedor de paciencia, tenía de ella tal depósito, estaba tan acostumbrado á tenerla y malgastaban tan poca, que por quejas que escuchase, por disgustos que pasase, por trastornos acumulados que le amargasen la vida, no faltaba ni un momento al escritorio, siempre delante de aquellos libros, siempre raya por aquí, apunta por allá, y vuelve y suma; siempre con aquella faena hecha de rutina y de obligación, que se le había tornado crónica.

Llegó un momento en que ya trabajaba á tientas, es verdad; ya la mano le corría sola, con una constancia tan mecánica, que no habría podido moverla ni más despacio ni más deprisa; con una rectitud tan serena, que seguía las rayas hasta donde no las había; con un aplomo tan matemático, que los números se admiraban de verle más número que ellos. Si se le caían los lentes, apuntaba; si obscurecía, seguía apuntando; si se le hubiese caído el *Mayor* encima, hubiese apuntado con la cabeza gacha bajo las páginas del libro, y quien sabe lo que habría apuntado en el mundo, hasta caer de apuntamiento, si no le hubiese caído una sorpresa de esas que acaban las novelas comedias, pero que también existen en la vida. Un hermano ausente, de esos de quienes no se

sabe nada, de esos que siempre se mueren en América, el único que no había tenido cuenta corriente en los disgustos de familia, se murió sin hijos, *acabó* sin testamento y sin carta comercial, sin prepararle el golpe, sin decirle «aguanta este susto»; como si le arrojase un dardo benéfico, le tocaron treinta mil duros.

Lo primero que hizo, al saberlo, fué anotarlos en regla en el *Menor* particular. *Caja á hermano difunto* y *Haber á ganancias y herencias;* después, aturdirse; después, salir á tomar el aire; más tarde, llorar; después, buscar algún conocido para decírselo; después, por las calles otra vez, y de las calles á su calle, y de allí, vuelta tras vuelta, al escritorio, y cuando dieron las tres estaba delante de los libros. Los libros ni estaban tristes ni alegres; la caja no se conmovió, y cuando el gerente lo supo hizo casi lo mismo que él; primero, anotárselo en la memoria; después abrirle crédito, mentalmente, por la suma del difunto; rumiar, alegrarse, dar vueltas por el despacho y, por fin, llamarle aparte y decirle: «Sr. Pepet, le felicito. Le felicito amigable y comercialmente hablando; pero tengo que darle una noticia. La plaza de usted la amortizo, incluyéndosela al tenedor segundo. Si usted no hubiese tenido la entrada que se le ha sumado al *Haber,* yo no le hubiera retirado ni le hubiera despedido, por cálculos humanitarios. Hace sesenta años que está usted en la Casa, y si la Casa amortiza un ocho por ciento de maquinaria, justo es que la dependencia no sea menos que la máquina. Pero ahora tiene usted un capitalito; puede usted vivir, y puede vivir con un tres por ciento; y lo que no le hubieran dicho los Comas, Matas ni Pujols, ni la misma comandita, se lo digo yo, y me felicito de decírselo. Deje los libros, coloque el capital, paséese y tenga en cuenta que no le despachamos: le retiramos buenamente de la circulación dependiente, y le retiramos dándole las gracias, asegurándole por sus servicios que siempre tendrá disponible un crédito de... treinta mil duros y una amistad á toda prueba.»

El Sr. Pepet se quedó tonto. ¡Esto sí que no lo creía! «Paséese usted», le habían dicho. ¿Y donde? ¿Y por dónde? ¡Qué sabía él donde se paseaba! ¿Por qué sitios se pasea el hombre que ha estado sentado cincuenta años? ¿Dónde iría á divertirse él que ya estaba acostumbrado á aburrirse? A ver si se lo decían los que le habían dado órdenes. Harto intentó distraerse, y de firme que lo intentó, y con perseverancia comercial, y con constancia, y con aprendizaje y estudios, pero ¡ca! No le entraba la vagancia. Ya era demasiado viejo para no hacer nada; tenía demasiados años para estarse ocioso. Obras públicas, no dejó ni una por ver, y allí se quedaba mirando subir las piedras como si le levantasen una casa...; pero no le distraía mirarlo. Los bancos de los jardines los probó todos; pero todos eran para lo mismo: para *vagancia.* ¿Jugar? No pudo llegar á aprender; con tantos números como sabía, no podía entrar con las fichas del dominó. ¿A su edad no se hacen, no pudiendo contar batallas ó naufragios ó mentiras... Así es que al cabo de

tres meses volvió al escritorio, cayó dentro de los balustres, vió al gerente, y le dijo: «Señor gerente, me aburro. No puedo más. Yo no he nacido para rico. La fortuna se ha equivocado, ó yo me he equivocado tomándola, y vengo á pedirle á usted un gran favor: ténganme aquí gratis otra vez. No quiero ganar nada. Déjenme no más que el *Mayor,* y yo le llevaré gratis, como si fuese mi hijo mayor, como el *hereu,* como si fuese de la familia. Si no me dejan, me moriré: lo siento. Por los sesenta años de casa que llevo, le pido este... capricho.

Y aquel capricho le sostuvo aún una gran temporada, con la misma rutina de siempre y con igual perseverancia, y le habría llevado hasta la muerte si no hubiese pasado una desgracia. Un día, ¡válgame Dios!, le cayó un borrón en una hoja, y él tembló como otra. «Ahora te echarán», se dijo mientras iba á delatarse, y el gerente miró aquel borrón, y miró al tenedor levantando los hombros, como si le dijese: «¿Qué quieres que te diga?»

Nada. Pensó: trabajas gratis, es verdad. Así, ya que no eres nadie, cierra y vete.

Y se fué; y tan triste se quedó y tan enfermo y tan perdido, que á los pocos días reunió este *asiento: Caja á Pepet,* y le metieron en la caja; *Pepet á Caja,* y le cerraron con paño y llave; «Balance, cero», y le pasaron al libro inventario del cementerio del *Oeste.*

Santiago Rusiñol.

Nuestros poetas del tiempo viejo

La Montaña de Dorámas

El himno de alborada,
Que al remontarse el sol sobre la cumbre,
En su carro de lumbre,
Sonaba en la enramada,
¿Qué voz será bastante
A describir? El mirlo que se esconde
En la honda cañada,
Embebece los vientos,
Ya con grave y sonora melodía,
Ya con agudos mágicos acentos,
Al despuntar el día,
Mientras el capirote peregrino,
Segundo ruiseñor de la floresta,
Anima con su cántico divino,
De las aves sin fin la grande orquesta.

RAFAEL BENTO Y TRAVIESO.

El Arroyo

Con ímpetu camina el cristalino
Arroyo de aguas, en corriente recia,
Peñas le ciñen, védanle el camino,
Y á donde más le impiden, más se arrecia:
Hace lo mismo un loco desatino,
Que estando firme, en pertinacia necia,
Si quieren refrenarle se apresura,
Y crece con más furia su locura.

ANTONIO DE VIANA.

Vida artística

En el estudio de Pradilla

—¿Por qué no hace usted una exposición de sus padres?

—Para qué?...

—En España no se conoce su obra total; quiero decir, su arte en su variedad de modalidades.

—¡Bah!...

Poco más ó menos, así dialogamos el insigne Pradilla y yo, meses ha. Había en la palabra del maestro un tono de resignada intimidad con algo entremezclado en el fondo de desprecio á todas las vanidades y de desconfianza en la saludable influencia que en nuestro público pueda ejercer el arte, manjar de dioses. Más joven yo, creyente aún, instaba con acento esperanzado en la justicia de los hombres devotos de la belleza, eterna señora de los espíritus exquisitos, aunque no en el gusto ineducado de las muchedumbres, que ni tienen sed de ideal, ni se sienten acosadas por una sensibilidad ávida de impresiones fuertes que se traduzcan en ideas altas ni en sentimientos hondos.

Ahora casi me convenzo, meditando á solas, de la inutilidad de todo esfuerzo personal, en este país, para hacer popular el arte, pictórico ó literario, haciéndolo pasión superior, espiritualizada de las gentes. He visto tantas veces el desdén por lo artístico pasar á mi lado, burlador de todo arte en grande; he asistido en muchas ocasiones al soez reverdecimiento del mal gusto, con sus desplantes, sus burlas ó sus locuras de querencia por lo más plebeyo y lacayuno en arte y letras, que ya he perdido toda fe en la educación de la masa y toda esperanza de que se le pueda dar dirección espiritual y disciplina artística por los maestros, que, en virtud de esa fuerza impulsiva en la vida de un pueblo, no llegarán nunca entre nosotros al tipo del «héroe» de Carlyle, ni responder al molde de los «hombres representativos» de Emerson. *¡Nihil!*... En esa palabra habla el alma de nuestro pueblo.

Después, Pradilla me añadió:

—Haré algo... para los amigos.

—¿Cuándo?

—Ya avisaré. Tengo que reunir los cuadros que pueda. ¡Hay tan poco mío por acá!...

Pensé entonces en esa expatriación del arte, que necesita el

socorro de gentes, en extraño suelo, para poder vivir. Tremenda es la infecundidad de la tierra, que echa á los hombres fuera del solar nacional en demanda del trabajo y pan; tremenda es también la emigración artística, libros que van en busca de fortuna á la América latina y cuadros y esculturas que se ven forzados á desterrarse de la patria no sólo á la busca de precio, sino lo que es más triste aún, de estimación.

Pradilla ha cumplido, andando los días, su promesa de exponer para los amigos los lienzos que acaba de pintar y algunos que ha podido reunir. Las puertas de su estudio han estado abiertas á la juventud amante del arte, á la curiosidad de los amigos y á la devoción de sus muchos admiradores.

Para los que, como yo, conocían la labor artística del maestro de un modo fragmentario, incompleta, bajo una sola modalidad, unas cuantas horas ante los cuadros expuestos, han servido para una revelación de múltiples aspectos en la pintura integrados en una personalidad, y una revolución de ideas y el despertar de variadas sensaciones han roto la estratificación del juicio formado, ya en olor de definitivo.

Pradilla, para los que no conocen sus lienzos en su totalidad, no digo completa en el número, sino completa en sus distintas fases, es nada más que un pintor de asuntos históricos, que con *Doña Juana la Loca* y *La redención de Granada* consiguió, en virtud de triunfos memorables dentro y fuera de la patria, hacer famoso universalmente su nombre. Justicia merecida.

Llegado al batallar artístico en momentos en que predominaba por moda el cuadro histórico, no sé si por influencia en la pintura francesa ó por fidelidad á un momento de la tradición española, que el pincel de Velázquez únicamente determina con *El rendimiento de Breda;* criado y educado su arte en medio del delirio pictórico que acosa por entonces á nuestros artistas sobresalientes, también Pradilla entrega sus pinceles á manchar lienzos con trozos del vivir histórico de nuestro pueblo, con la poética existencia que perpetúa la leyenda á través de los siglos. Es, en verdad, la parte espiritual de nuestro raza, el glorioso pasado de un pueblo, lo que los pintores pretenden en el arte revivir. Campo abierto á la creación nuestra historia, solemne en hechos, fecunda en figuras, invitaba á evocarla en una resurrección al vivo.

Más las cosas muertas no se pueden tornar, ni aun en el arte, á nueva vida.

Fresca aún la sangre derramada en Flandes, Velázquez parece como que vive, al pintar el cuadro de las lanzas, la guerrera acción; tremante de emoción el alma de Goya, oliendo la pólvora, vive la jornada del pueblo madrileño en su lucha con el ejército invasor, y traza caliente, sangrando, *El dos de Mayo.*

Sin ese calor del momento, que es pasión; sin la visión real de los hechos vivos, que presta intensidad á las creaciones artísticas, poniendo en ellas verdad, salieron los muertos de sus sepulcros y

se desempolvaron las páginas históricas, á virtud del trabajo persistente, exclusivo casi, de nuestros pintores. Buscaron la nota épica, lo heróico, que exigen inspiración adecuada á su grandeza, y se trasladaron de la poesía al lienzo los fastos numantinos, la trágica leyenda de Inés de Castro, la bárbara narración de las represalias del Rey Ramiro contra la nobleza levantisca, la historia novelesca, profundamente bella, de la conversión del duque de Gandía, hasta la triste página que cuenta la desventura con que muere la libertad al caer sobre el campo los comuneros de Castilla, y la que indica cómo se entierra esa libertad junto con los cadáveres de los fusilados compañeros de Torrijos.

Hay entonces un período caótico, en que el arte, fiel á un ideal único en la creación, se fragmenta en los procedimientos pictóricos que salta de la austeridad en el color de Rosales al colorismo desbordante de Fortuny.

Si bien mirado atrás por imposición de los gustos reinantes, éste intenta hacer renacer el cuadro de costumbres con *La elección de modelo* y *La Vicaría*. No es, sin embargo, goyesco, á mi entender. El aire de la calle, del vaho del bajo pueblo, ese sabor de vida pintoresca que trasciende la gente plebeya, no van á sus cuadros. Siempre fué rebelde á ello nuestro arte pictórico. Pícaros, galeotes, mozas de partido, dueñas, escuderos, lazarillos, no quedaron en los lienzos de nuestros grandes pintores, ni han dejado rastro del vivir de esa hampa tan llena de color y de malcante regocijo en entremeses y novelas picarescas. Vírgenes, santos, príncipes, hidalgos, es lo que conocemos en los cuadros de la época, y sólo Velázquez perpetúa figuras humildes de hilanderas y bufones. Goya es quien trae el elemento popular á la pintura.

Después muy pocos han seguido su ruta. El cuadro de costumbres, con aire de la calle, alegre y vivo, no ha dado aún obras maestras. Apena el ánimo pasar de largo ante los lienzos de nuestro Museo Moderno. Allí está, si no lo mejor, mucho de nuestra pintura contemporánea; pero ¿dónde están el alma y la vida del pueblo? Visiones parciales de la realidad ambiente, traducidas con sensiblería de sentimentales, si las hay; pero movimiento de masas, rumor de pueblo, acción colectiva, dinámica en cantidad, no los encuentro. Para hallar esto he tardado bastante tiempo, y la casualidad me los ha puesto delante en el estudio de Pradilla.

No tiende á la simplificación este pintor en sus cuadros de costumbres, poniendo toda la intensidad en unas cuantas figuras. Mira en conjunto, y en un solo golpe de vista abarca una muchedumbre completa, en acción, viviendo. Sorprende las figuras en distintas actitudes, que presta al conjunto movimiento, vida y los reproduce como son, reflejando varias situaciones de alma. Son muchas gentes, inconfundibles los tipos unos con otros; todo un pueblo. Ese poder de agrandar la visión al observar y de reproducirla en una síntesis artística, pocos, entre nosotros, pueden vanagloriarse de tenerla. A más, tiene Pradilla la cualidad de conse-

guir la armonía del conjunto y por una singular flexibilidad del temperamento llega á compenetrar en sus lienzos la naturaleza y los hombres.

Sus cuadros de costumbres populares se viven al sol. No hay más que fijarse en las romerías en pleno campo, en los mercados al aire libre, en los barrios de pescadores, en las faenas de la gente labriega deshojando la mazorca y en la barca con campesinos que retorna á lugares lejanos, atravesando las aguas cansadas, inmóviles, de las *Paludes pontinas*. En todos, ¡qué ambiente! ¡qué alegre rumor de pueblo!

Parecen esos cuadros trozos de realidad viva. Riñen, rezan, festejan, ríen, meditan, burlan y cantan las gentes en ellos. Y ¡qué verdad en todo! Chisporrotea el fuego de las áscuas; tuesta el sol; es fresca el agua; suenan los instrumentos; los trajes ondulan.

Bajo los paraguas de los romeros, la sombra es grata; al descubierto las cabezas, los cabellos parecen retostarse al sol. Festeja un mozo á la novia, y parecen que hablan, que se oye su rústico galanteo, bien conocido en la ruborosa gratitud con que sonríe ella; las parejas, en el baile, danzan, se ve claramente el movimiento rítmico de sus cuerpos.

Paludes pontinas, uno de los últimos suadros de Pradilla, sencillamente admirable. ¡Cómo agrupa las figuras, cómo las destaca y cómo las personaliza! Cada una es un ser vivo.

La barca marcha canal abajo, lentamente, hendiendo sin rumor y sin espumas las aguas muertas, intransparentes; á lo lejos la luz solar desmaya, y en las lejanías, el horizonte tiñe una línea de un azul dulce, el cielo es blanco con claridad tranquila, de reposo en lo alto, y las cimas de las montañas distantes se colorean de un violeta sugestivo y triste. Dentro de la barca, hacinadas, en montón, las gentes campesinas destacan las siluetas de sus figuras y el colorido de sus trajes policrómicos. De pie, sentados, en múltiples actitudes, unos hablan, otros cantan, los más en silencio, ven cómo van pasando las riberas insalubles y cómo quedan atras las tierras malditas.

Reflejan los rostros el cansancio de los trabajos agrícolas que terminaron; otros la alegria del retorno á la casa y al huerto; muchos, los viejos meditativos, que descansan en el banco de la barca sín duda saborean la esperanza de no volver más por donde cruzan, lugares de soledad y muerte.

Mirando el cuadro, atento al desfile de la barca, con ojos de curiosidad y con envidia, he repetido melancólicamente en mi interior la amarga frase: *es la alegría que pasa...*

ANGEL GUERRA.

Artículos de otros

Los niños del Japon y sus fiestas

Es tan curioso, como bien escrito el siguiente artículo que creemos de interés dar á conocer á los lectores del Museo Canario, *cumpliendo nuestros deseos de reproducir en estas páginas los trabajos más notables de otras publicaciones.*

Lo que más asombra en el Japón es la limpieza y elegancia con que visten los niños, su alegría tranquila, cultísimos juegos y cierta distinción ceremoniosa y cancilleresca seriedad impropia de sus años.

Van por las calles tiesos y graves, erguidos como un recluta de los tiempos del corbatín de cuero, endureciendo la tierra con sus fuertes pisadas: no gritan, no alborotan, son hombres en miniatura de porte distinguido y mirada inteligente, no arrapiezos maleantes y truhanescos como los de Europa.

A los ricos le acompañan lacayos, dueñas ó institutrices maestras en lenguas civilizadas, idiomas de los diablos azules, como llaman los nipones á los hombres blancos, después de aquella concertada acción de las potencias que concluyó con el mundo antiguo japonés en el bombardeo de Simonoseki.

Los pobres marchan solos, ó en pequeños grupos, con mucha formalidad, á las escuelas, templos y jardines. como si estuvieran penetrados de la alta misión que van á cumplir. Juegan y retozan, pero sin forcejear, perseguirse ni pegarse. Saltan y corren, pero no bromean ni zahieren á las gentes que encuentran en el camino.

Son, en una palabra, los chicos mejor educados del mundo. Sólo viendo á los niños japoneses, dóciles, alegres, respetuosos, se comprende que el *Dai Nipon*, el gran país, como sus habitantes apellidan aquel archipiélago fantástico, deba su población á los dioses sus antepasados que bajaron del cielo con el exclusivo objeto de habitar la isla del sol naciente.

No hay una mano que se tienda ni quejumbrosas voces que pidan.

Popolo senza plebe, como dijo un diplomático italiano, se echa de ver en el pueblo japonés una igualdad en la indumentaria de los niños que casi degenera en monotonía. Sencillos, sin adornos, bordados ni soprepuestos, todos llevan el *kimono*, hábito talar de ele-

gantísimo corte, abierto por delante y sujeto en las caderas por un cinturón de seda ó cuero.

Su color es pálido, desleído, con la inmensa tonalidad de los colores azules y verdes; forrados en rojo, carmín ó verde manzana, esa suave tinta que era la preferida por Mahoma.

Todos los niños calzan sus piecesitos con sandalias de palma y bejuco, frescas y airadas, sujetas á los tobillos por recios cordones de colorines, propios adecuados para curtir, endurecer la piel y evitar constipados, toses y enfermedades que degeneran la raza y la empobrecen.

La cabeza al aire medio afeitada y medio peluda, con entradas, callejuelas, salidas, lazos y remolinos impropios de gente culta, pero que, como llevados por niños, no carecen de gracia y gentileza.

Casi todos van á pie si las distancias no conducen á la fatiga; mas algunos, hijos de magnates poderosos, descendientes en línea recta de los vetustos *shogunes* y antiquísimos *daimios*, usan un carricoche ligero tirado por hombres que llaman *kuramayas*, coche que ellos designan con el pintoresco nombre de *yin-rihi-sha* (literalmente hombre-fuerza-carro), apelativo japonés que alguien, por españolizarle, tradujo al romance con la designación algo despectiva de carriche.

Estos hijos de la pluto-cracia pasan al galope en su cochecillo salpicando de barro á los hijos del pueblo y de la clase media, sin que su valocidad y opulencia provoquen gritos de protesta, ademanes impacientes ni miradas de envidia.

Lo más que hacen los peripatéticos es arquear los brazos para saludar á los ricos y repiquetear las sandalias sobre el pavimento de las calles, que suenan más á castañeteo de aplauso que á burla picaresea.

Traen los libros atados con cordeles ó en bolsas de cuero que se echan al hombro, con suma gallardía, mientras con la derecha, llevan continuamente á la boca *kakies*, *lincoc*, *lechias* y otras frutas frescas ó asoleadas, según la estación y las cosechas.

Así, solitarios, en grupos ó con el aditamento de lacayos y preceptores, ágiles y airosos, sin paradas que retrasen, ni juegos que impidan la llegada á la temida escuela, alegres sin alboroto, canturreando con sordina, llegan á los colegios todos unos, todos iguales en ropas, consideración y estudios.

Bueno será añadir, para enseñanza de nuestros políticos, que en el Japón funcionan 80.154 escuelas de instrucción primaria donde se enseñan los principales rudimentos del saber, y á las cuales concurren forzosamente todos los niños del imperio menores de catorce años.

Algún sociólogo con vistas á la pedagogía aprovechará este dato para justificar el triunfo de los japoneses sobre los ignorantes rusos. Las escuelas son los mejores obuses conocidos.

Pero no olvidemos que la Rusia de los autócratas tiene menos,

pero casi tantos analfabetos, como la democrática, anárquica y desgobernada España, y conservando la medida, apliquémonos la lección.

* * *

Un 25 de Abril, estando en Yedo, como se llamaba antiguamente la corte del Mikado, hoy Tokio, sorprendiéndome desde el amanecer un rumor apacible de voces frescas, sonoras, infantiles, pregunté el motivo de aquella novedad al dueño de la fonda, *un ciudadano portugués* de Macao, el cual, en jerga que no hubiera reconocido Comoens como digno vehículo de sus versos, explicóme la causa de aquel aleteo de pájaros y vibración de juventud.

Es costumbre en el Japón celebrar la primavera con una gran fiesta dedicada á los niños cuando los árboles se cubren de flores y las golondrinas hacen su entrada en los bosques sagrados trazando arabescos en el espacio, en las copas de los pinos, como si quisieran escribir en el aire las letras y trazos de una lengua desconocida que explica los secretos de la humanidad.

Las calles Tokio eran un hervidero humano; el cielo, de un azul intenso, derramaba la luz á torrentes sobre la gran ciudad, sobre las brillantes cúpulas de los cuatro mil templos que la adornan, y los bosques que la embellecen y perfuman parecían incendiados al delinear su contorno en el horizonte. En familia, vestidos de gala, llena la cabeza de cintas y lazos, placentero el rostro, hablando á risas y los ojos llenos de luz, niñas y niños, sólo distintos en el modo de peinar sus cabellos, en fila inacabable se dirigían á los jardines cuajados de flores, á los umbrosos bosques de los templos de Shiva ó Tuanon.

Asomándonos á todos los escaparates de las tiendas husmeando con dejos de busconería, desde la puerta, lo que pasa en el interior misterioso é incomprensible de las casas de té, donde los discretos biombos de papel y seda puestos por los *Trhavas* aumentan la curiosidad y el interés, canturreando á media voz canciones japonesas, los chiquillos van á los parques y jardines á admirar los árboles en flor, quizás á sorprender en sus mágicas corolas las ignoradas nupcias de los estambres y pistillos, que han de proporcionarnos los frutos sabrosos.

Las casitas de madera arrojan gente sin cesar, las calles rebosan, el ferrocarril de Nagasawa vomita cada cinco minutos un cargamento de muñecos, de todos los bosquecillos sale gente, por las sendas más escondidas acuden como gorriones á la era niños y más niños en interminable fila, rebaño sin fin, y por el río, cuya corriente remontan briosamente los juncos empavesados con banderas y guirnaldas, llegan por enjambres todos los pequeños de la provincia, acreditando por su número infinito la prolífica fecundidad de los nipones. Allí no se conocen partos limitando la descendencia.

Las músicas militares, por cierto muy buenas y orquestadas, están ocultas entre el boscaje, alegrando el espacio con su trompetería sonora. Unas tocan marchas alemanas y valses franceses; las más lanzan al viento aires españoles de Chueca, Caballero, Chapí y Bretón, principalmente, ó ejecutan el himno japonés, que la inmensa muchedumbre de chicuelos canta á coro con chillona, pero dulce voz, llena de patriotismo, melodía intensa y poética que surge del valle, trepa por las colinas, se detiene un momento en los templos de luz y porcelana, para subir al cielo en busca de sus antepasados, los dioses.

Es una fiesta inmensa, llena de luz y poesía: el pueblo entero del porvenir es llevado por los hombres del presente á contemplar la naturaleza; esa resurrección suprema anual que sufren las plantas en los países fríos á los primeros besos calientes del sol, tiene un encanto sublime para los japoneses.

El padre grave, mesurado, anda con austera majestad llevando de la mano el mayor de los hijos; luego siguen la esposa y las concubinas, rodeadas de pequeñuelos, que se agrupan y agrietan alrededor de su *kimono,* como retoños de olivo junto al tronco que les da vida.

Los niños mayores llevan en hombros á sus hermanos que no pueden andar ó se cansan, y juegan entre sí con dulce gorjeo de pájaros cantores.

Nada de gritos y berrenchines; las madres los acarician ó riñen con gran comedimiento, sin alzar la voz ni descomponer el rostro, con una ecuanimidad envidiable; ellos retozan por los padros con mucha urbanidad y corren por las sombreadas calles de copudos árboles como si ensayaran por última vez estudiado ejercicio. Lo más que hacen es arrojarse puñados de caidas flores, que al ser heridas por los rayos del día, mientras voltean por el aire, prestan á la batalla el aspecto de un encantador incomprensible nevasco en pleno sol.

Cuando se cansan de aquella casi muda adoración de la belleza campestre, echan mano de las provisiones que traen apercibidas ó se refugian en las casas de té en busca de golosinas y bastimentos.

Por cierto que á los confites les dan el nombre genérico español, aunque chapurreado, de *competo,* sin duda porque no tuvieron de ellos noticia hasta que se los regalaron nuestros misioneros, y conservaron el sustantivo variando la efe, de que carecen, en pe, desnaturalizando la palabra al acomodarla á su pronunciación asiática.

Los jardines de los cuatro mil templos, como el parque de Uyeno, se inundan de mercaderes de vituallas y juguetes, que los padrazos japoneses adquieren á buen precio para sus chiquillos.

Los niños pobres no sienten envidia, porque una agrupación de damas presididas por la emperatriz Jaruco cuida con largueza de subveuir á los caprichos y deseos infantiles regalando á manos

llenas juguetes preciosos que harían la delicia de nuestros chiquitines: loros que hablan, ranas que saltan, vacas divinamente imitadas, sables, cañones y armas de todas clases, antiguas y modernas, caballos, perros, ruedas volantes, y lanchas tan perfectos que llegan á maravillar por la baratura de sus precios y la justeza de su factura.

Por medio yen dan cien juguetes ingeniosísimos capaces de hacer la delicia de una tribu de japonesitos.

Cae la tarde, la noche se echa encima con sus negruras, y aquellos inmensos hormigueros humanos comienzan su movimiento de retirada; los juncos del río y del mar encienden millones de farolillos de papel y empavesan sus bordas y cordaje; los champanes se adornan con luces de todos colores; de entre los matorrales y macizos de los jardines salen miles de faroles con variadísimas tintas y dibujos, y todo el campo se ilumina con esa sombra y resplandor indecisos con que alumbran las luces portátiles dada la vaguedad indefinible de una muchedumbre que avanza.

El campo está materialmente sembrado de luciérnagas voladoras; las estrellas brillan en un cielo purísimo henchido de resplandores y promesas; el río tachonado de pedrería refleja en sus aguas los farolillos de los juncos y champanes; suenan tamboriles, pitos y flautas, y á media voz, sin desentonos, con la cadencia mesurada que corresponde á un pueblo heroico, se escucha al unísono la vibrante estrofa del himno japonés.

Los luceros tililan en las alturas derramando á torrentes sus fulgores, como si los antepasados que allí habitan quisieran mostrar la complacencia que les produce aquel sublime cántico á la patria.

Así viven en la paz los que saben morir en la guerra.

*
* *

Contemplando desde un montículo aquella retreta grandiosa, pensé cuán fácil era que muchos niños se extraviasen dada la amplitud de la ciudad de Tokio; pero alguien me hizo observar un detalle curiosísimo: cada niño lleva al cinturón una bolsita de cuero; dentro de ella hay un papel en que están escritos los nombres de los padres y las señas de su casa.

Acompaña al papel una moneda para que el que encuentra al niño pueda darle de comer sin merma de su caudal.

A una pregunta insinuante mía me contestó airado un japonés:

—¡Jamás! En mi tierra no hay quien quite á un niño ni el papel, ni la moneda.

RAFAEL COMENGE.

Tarjetas postales

PENSAMIENTOS

A J. A. Y D.

Me precio de ser el único hombre que comprende lo infinito, al ver la infinidad de tarjetas postales que llueve sobre mí.

—

A D. A. Y A.

El amor es la polilla de la vida; pues corroe los sentimientos más puros del alma.

—

A ***

Cuando la imaginación más se afana, menos produce. Lo propio acontece con el amor: el que más quiere menos alcanza.

—

A ***

La mujer hermosa, pero sin virtudes; es como café sin azúcar que siempre amarga.

—

A ***

Así como el labrador extrae de las entrañas de la tierra, el líquido benéfico que fecundiza los campos; extrae el sabio de las entrañas del tintero ideas y pensamientos divinos que fecundizan el alma.

—

A ***

Por hermosa que sea la mujer, no es comparable á la flor con que se adorna para complemento de su belleza. La flor encanta sin complemento alguno.

MAURICIO.

30 MILLAS POR MINUTO

Páginas postumas de Julio Verne

Los editores franceses que han tenido, en vida del autor, el derecho exclusivo de publicación de la producción literaria de Julio Verne, no han anunciado hasta ahora ningún volúmen póstumo. Sus albaceas literarios acaban de permitir la publicación de un bosquejo muy interesante y característico, y en el que se emboza á grandes rasgos el argumento de un libro que Julio Verne estaba preparando cuando le sorprendió la muerte.

Este bosquejo revela que hasta el último momento el veterano ha estado preocupándose activamente de los problemas científicos corrientes, porque se trata en él del problema de reducir á unas cuantas horas el tiempo que se requiere en la actualidad para trasladarse de Europa á los Estados Unidos. Según el plan ideado por el célebre escritor Liverpool y Boston están ligadas por una doble vía submarina, á través del atlántico, por la cual los vagones, impulsados por el aire comprimido corren con la velocidad de una bala de cañón.

Al interés del tema se une en este caso el del relato mismo, porque el bosquejo en cuestión es una buena muestra del método especial que seguía Julio Verne para dar forma á sus ideales científicos, y también del brillante estilo de su narrativa. Se advierte en él esa escrupulosa exactitud en el manejo de cifras y en la exposición de fenómenos que ha hecho de Julio Verne casi el único escritor, entre los de su género, digno del respeto de los hombres de ciencia.

Si se tiene presente que el submarino actual no ha resultado ser mucho más perfecto que el que el gran novelista había ideado en sus *Veinte mil leguas de viaje submarino*, se pensará con razón que este bosquejo, aunque breve, puede muy bien ser la profecía acertada de un medio de transporte trasatlántico dotado de una velocidad mayor que la de la tierra al girar sobre su eje, y, al leerlo, no le es á uno difícil imaginarse con qué perfección de detalles científicos habría presentado Julio Verne su libro si la muerte no lo hubiera arrebatado.

Lean los lectores de *El Museo Canario*, uno de los capítulos de esa obra póstuma de Julio Verne, uno de los más interesantes que ha publicado la prensa francesa y han traducido los periódicos de todo el mundo.

*
* *

«Empresa de Tubos Neumáticos Boston-Liverpool». Esto decía el cartel que leí con incredulidad al detenerme frente á un fastuoso pórtico de mármol que daba entrada á lo que parecía ser un vestíbulo subterráneo. Presumí que debía de ser subterráneo porque, de tiempo en tiempo, un ascensor que había allí dentro subía al nivel donde yo estaba, el nivel de la calle, y volvía á

bajar cargado de pasajeros, para subir otra vez hasta allí y no más arriba.

El coronel Pierce, de Boston, E. V. de A.. era mi acompañante. Me tomó del brazo, y señalándome los dos grandes cilindros laterales del pozo del ascensor, me dijo:

—Este es el ascensor que lleva á la estación.

El inventor americano me hizo entrar en la jaula, y en seguida empezamos á hundirnos con una velocidad que me cortó casi el aliento. El coronel se sonreía.

—El tiempo es precioso en esta época – dijo.

A pesar de esa rapidez estuvimos hundiéndonos en las entrañas de la tierra durante diez minutos. Al fin el ascensor se detuvo, y salimos de él para entrar en nna sala de espera espaciosa y profusameute iluminada. En la pared de mampostería del frente, al nivel del píso, se veían las tapas ó puertas, de metal brillante, de lo que parecía ser un par de enormes tuboe. Esas tapas eran formidables, como la culata de un monstruoso cañón guardacosta. y tenían unos diez pies de diámetro.

No había maquinaria ninguna á la vista. El coronel pareció adivinar mis pensamientos, porque dijo:

—La cañería de alimentación y la de descarga están embutidas en la pared. Toda la maquinaria está arriba de nosotros, muy lejos.

—¿Y dice usted le pregunté—que estos son los extremos americanos de los dos tubos que unen á este continente con la costa occidental de Inglaterra?

—Sí. Hemos necesitado cinco millones de pies cuadrados de acero para los cilindros, con un peso total de trece millones de toneladas. Para transportar esta masa enorme de acero, dos mil buques han tenido que hacer treinta y tres veces el viaje entre los Estados Unidos y Europa. Los tubos están formados por una serie infinita de caños ó secciones; cada sección tiene diez pies de largo. Puede usted calcular el número exacto de secciones; – el coronel hizo una pausa y agregó: —es decir, podría calcularlo si conociese el radio de las curvas que no ha sido posible evitar.

—Pero—observé,—las secciones han tenido que ser unidas debajo del Océano. ¿Cómo?...

—Ese precedimiento es un secreto mío, señor;=interrumpió el coronel precipitadamente, —Baste decir que están atornilladas unas con otras y que el todo está cubierto por una triple red de acero y tiene un forro exterior de gutapercha de tres pies de espesor.

La cosa daba que pensar. Probablemente dejé traslucir en el semblante las dudas que sentía, porque el coronel agregó con énfasis:

—Todas las proporciones, todas las resistencias, señor, eran una cantidad conocida antes de que se diera el primer paso en la construcción de esta obra. La ingeniería es una ciencia exacta, no de conjeturas; no deja nada á la casualidad.

Me apresuré á calmarlo con un ademán de asentimiento, y su frente se despejó.

—¿Y el poder motor, coronel?

—Neumático... El mismo principio en que se basan los tubos neumáticos del correo.

—¡Ah, sí! Pero esos tubos tienen poco que soportar aparte de su propio peso. Mientras que...

—Como es natural, hemos preferido siempre, en lo posible, el lecho del Oceáno, como en el el caso de los cables trasatlánticos— interrumpió mi acompañante.—Pero en ciertas partes de la vía los tubos descansan sobre zancos ó trébedes, tan sólidamente como si se asentaran en la tierra. Algunos de estos soportes son enormes torres de acero que se alzan desde profundidades increibles. El lecho del Océano es, como usted sabe, una región montañosa. Hay allí muchos cráteres apagados, rodeados de abismos casi sin fondo, y elevadas mesetas y profundas llanuras. Y, naturalmente, la construcción ha tenido que amoldarse á todas esas desigualdades.

En ese momento sentí una trepidación marcada en la pared de mampostería. Miré al coronel interrogativamente El hombre se sonrió y dijo:

— Es la reacción en el tubo del Este. En este instante acaba de llegar un tren á Liverpool. Dentro de un minuto y medio estará listo el nuestro para recibirnos agregó. consultando su reloj.

Junto casi con estas palabras, la tapa del tubo de la izquierda se abrió como una puerta, girando lentamente sobre sus goznes. El coronel me hizo entrar por la abertura, y en seguida la maciza culata pareció cerrarse sola. Me dí cuenta inmediatamente de que mi acompañante me había hecho entrar por una puerta que no era la destinada al público. Allí dentro, sobre el piso del tubo, uno de cuyos lados estaba abierto temporariamente sobre la verdadera sala de espera del público, había varios vagones, elegantes, de forma de cigarro, hechos del acero Bessemer más fino, todos con un forro de gutapercha que correspondía exactamente al diámetro del tubo.

Entraba ya en ellos un buen número de pasajeros. Era evidente que cuando todos estuvieran en sus puestos, se correría y cerraría el lado temporariamente abierto. El coronel me llevó al último vagón, y no volví á pensar más en ese detalle de la construcción.

El vagón estaba brillantemente iluminado y provisto de sofaes y sillones lujosamente tapizados. La puerta corrediza que el coronel había abierto oprimiendo un botón con el dedo, volvió á cerrarse por el mismo procedimiento, sin dejar indicio alguno de su existencia.

—Permítame que llame su atención sobre el sistema de ventilación —dijo mi acompañante.—Por medio de ese aparato, colocado en la delantera del vagón, entra aquí aire nuevo de una manera tan sutil que desafía toda explicación. Y el aire viciado sale por la parte trasera de una forma casi análoga. Las cámaras se regulan

de acuerdo con la velocidad de la marcha.

El coronel iba entusiasmándose por grados.

—¿Puede usted imaginarse una empresa más gloriosa que esta? —me preguntó.—Esto es más grande que la apertura del canal de Suez y del canal de Panamá juntos, con los túneles del San Gotardo, del Mont Cenis y del Simplón encima. Pero lo que me enorgullece especialmente es que yo soy el único director de comunicaciones del mundo que no sacude á sus pasajeros. No se siente la menor vibración casi. A la verdad, este es el medio de transporte ideal para los inválidos.

—¿Y la tarifa?—pregunté.

—¿La tarifa? La boleta aquí cuesta tanto casi como un pasaje de proa en transporte de ganado. Puedo decir, sin exageración, que viajar por mi vía es tan barato como el aire.

—Y en cuando á la velocidad, ¿está usted satisfecho con los resultados obtenidos hasta ahora, coronel?

—Bastante satisfecho. Hacemos un poquito más de 1.729 millas por hora.

Probablemente se reflejó en mi rostro la estupefacción. El coronel continuó:

—¿Cómo la conseguimos? Por medio de un sistema de fuelles parecidos á los que se usan en los hornos de fundición, pero cien veces más grandes. Como usted sabe, el fuelle es un instrumento que, en virtud de expansiones y contracciones alternadas, aspira el aire por una válvula y lo expele por un tubo. Para abreviar, mis fuelles son capaces de producir y de sostener una corriente de aire suficientemente poderoso para mover un tren á una distancia de 3.500 millas—la distancia que media entre Boston y Liverpool por nuestra vía,—con la velocidad casi de una bala de cañón.

Hice un cálculo en el puño de la camisa.

—¿Se compromete usted, entonces, coronel, á llevarme á Liverpool en dos horas?

Justamente... y algo más que eso también. Me comprometo á hacerle ver cerca la hora de la comida dos veces en un mismo día. Lo traeré á usted luego de Liverpool en muchísimo menos tiempo que cero. ¿Qué estoy bromeando? Absolutamente no. Considere usted la diferencia de hora que hay entre las dos ciudades. Liverpool tiene un adelanto de cuatro horas cuarenta minutos sobre Boston. Cuando en Boston son las nueve de la mañana, en Liverpool es la una y cuarenta. De modo que, cuando tomamos en Boston el tren de las nueve de la mañana, para estar dos horas más tarde en Liverpool, creemos haber sufrido una considerable demora en el viaje al notar que, á nuestra llegada, los relojes de Liverpool marcan las tres y cuareta de la tarde. Es porque hemos estado alejándonos del sol ¿comprende?... ó, mejor dicho, el sol y nosotros hemos estado alejándonos uno del otro. Vea ahora lo que sucede cuando tomamos en Liverpool el tren de las doce del día. Entonces corremos una carrera con el sol, y nuestra velocidad es tan superior á la de él que, aun cuando empleamos dos horas

enteras en el viaje, llegamos á Boston, pasándolo á él por el camino, a las nueve y veinte minutos de la mañana; es decir, hacemos el viaje en dos horas y cuarenta minutos menos que cero. Tenemos que esperar allí dos horas y cuarenta minutos para que nos alcance el sol, y eso que hemos salido parejos... Bueno. Si antes de salir de Liverpool ha tomado usted un *lunch,* al llegar á Boston se encuentra con que tiene que tomar su desayuno, á la verdad, si se guiara usted ese día por los relojes, tendría que tomar dos desayunos y dos *lunchs.*

Al principio, esta afirmación del coronel me dejó desconcertado. Y no pudo poner la cosa en claro sino después de haber hecho unos cuantos cálculos mentales. Esto excitó mi apetito de saber más detalles mecánicos sobre tan maravilloso sistema de comunicación trasatlántica. Dije:

—En el supuesto de que sus cálculos sean exactos, de que ustedes disparen realmente á sus pasajeros por estos tubos con la velocidad de una bala de cañón, ¿cómo hacen, al acercarse el tren al término de su viaje—Boston á Liverpool—para que disminuya esa rapidez espeluznante? ¿Dónde están los frenos suficientemente fuertes para detener semejante torbellino? Una bala de cañón, al llegar á su meta, lo hace todo mil pedazos, y me parece que por fuerza tienen ustedes que hacer añicos sus vagones y á los pasajeros que haya en ellos.

El coronel se sonrió, consultó su reloj y dijo:

—Dentro de una hora y tres minutos podrá estar usted tranquilo con respecto á ese punto.

—¡Cómo!—grité casi, poniéndome en pie de un salto;—¿quiere usted decir que estamos ya en marcha?

—Dentro de dos minutos y medio respondió imperturbable el coronel, consultando siempre su reloj—estaremos en la mitad del camino á Liverpool.

—Para que se tranquilice usted con respecto á nuestro arribo—agregó luego, con una sonrisa,—le explicaré que nuestra vía submarina cuenta, por supuesto, con perfectos medios de comunicación eléctrica, anunciadores automáticos, y demás cosas por el estilo. Al recibir Liverpool aviso de que ha partido el especial de Boston de las nueve, dirige hacia ese tren una contracorriente de aire que impide precisamente la catástrofe que usted teme. En el momento debido, esta corriente hace que el tren se detenga por completo. Es el almohadón de aire más perfecto que se haya inventado nunca.

Me tendí en el sofá para respirar, con la boca abierta por el asombro. ¡Pensar que me había puesto en viaje con una velocidad de 2.000 millas casi por hora,sin saberlo! ¡qué no había oído absolutamente nada de todo ese ruído y trajín que precede siempre á la partida de los trenes!

Traté de darme cuenta de que en esos momentos me encontraba á dos millas quizá de la superficie del agua y en medio del Océa-

no, pero no pude... mi imaginación no alcanzaba á concebir semejante cosa.

Al cabo de un rató me pareció sentir una especie de rumor sordo, silbante. Esto fué todo. El rumor se desvaneció á la distancia tan rápidamente como había llegado. El coronel Pierce se levantó entonces de su asiento y se desperezó.

—Venga—me dijo.- Estamos en Liverpool.

Mi acompañante tocó el botón, la puerta se abrió, y desembarcamos en una estación exactamente igual á la que había visto yo dos horas antes. No pude menos de soltar una carcajada.

—¡Ja, ja, ja!... Coronel,casi me había hecho creer usted que habíamos salido de Boston.

El corouel frunció el entrecejo me hizo entrer en el ascensor... El mismo ascensor, me dije, conteniendo á duras penas la risa·

Pero, cuando salimos al aire libre, tuve que frotarme los ojos y que pellizcarme para convencerme de que no estaba soñando. Porque yo conocía Liverpool... Además, allí cerca había un reloj que marcaba las tres y cuarenta. El coronel me miraba y se sonreía.

Dentro de veinte minutos sale un tren para Boston - me dijo.— Todavia puede estar usted de vuelta allá á tiempo para el lunch. Si se dejara estar aquí habría perdido una comida en su vida.

—Coronel Pierce dije—le pido mil disculpas.

LITERATURA DRAMATICA

OBRAS ESTRENADAS EN LA TEMPORADA DE 1904-5

IV

Manuel Linares Rivas

I El autor.

¿Cómo son las comedias, los dramas del joven autor dramático, el más discutido en la temporada última? Contestando á esta pregunta, un conocido crítico, Martínez Sierra escribe lo siguiente:

¿Cómo ha de conseguirse suscitar la emoción en el teatro? Como en la vida, sín que el público sepa ni cuándo ni por qué. ¿Hay muchos espíritus capaces de analizar la causa ó de determinar el proceso de sus impresiones? Muy pocos; ésta es labor ó es privilegio del psicólogo. La carencia de facultad consciente y analítica es providencialmente misericordiosa, ya que el análisis amengua el goce, y, en ocasiones, llega á destruirlo. El público, por tanto no debe conocer los resortes que mueven á angustia ó á gozo, á esperanza ó á ira su corazón: sólo debe sentir el efecto; pero el autor... el autor ha de ser soberamente consciente, consciente por sí y por aquellos cuyas almas va á tener pendientes de los labios; ha de saber como el estremecerse del amor, del dolor, de la dicha aletean en palabras vulgares; cómo se desenvuelven en espirales de silencio; como en una frase ingeniosa puede ir la amargura grande, en una lágrima el grande gozo; cuál es la fresca sílaba que evoca toda una sensación de amanecer, y cuál el ritmo sereno y tibio que deslíe en el aire, sin hablar del otoño, toda la tristeza otoñal; ha de saber todo esto, después de sentirlo hondamente, si es que quiere hacer pasar la vida bajo la frívola apariencia de una charla sencillamente natural y contemporánea. Porque de lo contrario, por excelente observador de exterioridades, por hábil forjador de frases agudas y de bellos pensamientos que sea, no logrará nunca conmover á su público, y serán sus comedias palabreras y gárrulas, llenas de personajes que hablan mucho, que hablan demasiado; pero que nunca aciertan á decir lo que llevan dentro, porque el autor no lo sabe.

Así son las comedias de Linares Rivss: fáciles de diálogo, bien observadas y hábilmente compuestas, en cuanto á lo exterior, ingeniosas á ratos..., pero nada más. Hay en algunas de ellas muchos personajes; hay té, hay trajes, hay mujeres bonitas, hay artistas, hay graves padres de la patria, hay maledicencia, hay gentes que dicen que se quieren y que luego dicen que se han dejado de querer: todo, todo lo exterior de la vida; pero la vida no quiere salir. En otras hay amor, hay vicio, hay castigo, contradicción, enfermedad y muerte, todos los elementos exteriores de la emoción, y la emoción no llega. ¿Por qué? Este es el secreto de Linares Rivas, secreto que acaso consiste en no tenerle; en sus comedias, el público sabe tanto como él, y ¡adiós soberanía!

Porque la soberanía está en la superioridad del espíritu del autor sobre el espíritu colectivo del público. El alma, el alma: que cante, que llore, que ría, que diga quedito su canción. ¿Qué la vida es frívola, que las gentes son frívolas, en frivolos labios, las cosas hondas. Ese es el verdadero, el buen poeta, el que á todas las músicas sabe rimar su buena canción. Pero es preciso que la cancion exista, siquiera sea para poderla sabiamente ocultar en una musiquilla ligera, halagadora de las almas ligeras que han de oirla. El arte ha de ser obra de misericordia, limosna de tesoro que se da en palabras. Aquel que no posee el secreto de oro, ¿para qué decir, si no puede, diciendo, hacer claridad?

II—La estirpe de Júpiter.

Pretende el autor de *La estirpe de Júpiter*, demostrar, y si no lo pretende resulta así de su obra, que el amor verdadero alienta y vigoriza mucho más la inspiración artística que los apetitos materiales y las satisfacciones de la pasión combinada con el orgullo. Cloto es el amor; la duquesa de Lavedra es la pasión; Petrilla el apetito brutal. El pintor Lorenzo Quintana desdeña á Cloto el amor verdadero; embriágase con la pasión de la duquesa; cree luego que puede encontrar algo parecido al amor en los brazos de Petrilla, y al fin, desengañado, vuelve á Cloto, y con el amor de ella recobra la inspiración y la salud.

En el primer acto nos encontramos en un estudio de pintor. Cuadros hermosos por todas partes; no cuadros de guardarropía, sino lienzos firmados por Salas, Francés y otros artistas ilustres, antiguos y modernos; tapices que reproducen pinturas de Velázquez, armas primorosas, muebles antiguos, estatuas y jarrones exóticos. Aquél es el taller de Lorenzo, pintor de relevante mérito y autor de un cuadro que, según se susurra, ha conseguido la medalla de honor en la Exposición de París. La noticia no se ha confirmado todavía oficialmente; pero todo Madrid la da por cierta, y al estudio del pintor acuden, para darle la enhorabuena, artistas, críticos, varias encopetadas señoras y Perucho, el amigo íntimo del pintor.

Entre las visitas que éste recibe, es una la de la duquesa de Lavedra, dama de vida un tanto borrascosa y que se ha prendado del pintor. Ella insinuante, él, lisonjeado en su orgullo, acaban por entenderse. Por desgracia, Cloto, la modelo y amante de Lorenzo, con la intuición que dan los celos, adivina lo que pasa entre el artista y la gran señora.

La noticia del prémio de Lorenzo se confirma. El propio embajador de Francia se la hace saber personalmente, y no hay que decir la alegría del pintor al verse en la cúspide de la fama, y amado, además, por la duquesa. En tal momento, cuando el vértigo de la gloria debiera enloquecerle, se le ocurre á Lorenzo, ¿qué dirán mis lectores?: ponerse á trabajar. ¿No es cierto que esta laboriosidad intempestiva pugna con la verdad? Admitida esta inverosimilitud, no puede menos de aplaudirse la escena que sigue, la mejor de la comedia, en la cual escena Lorenzo finge amores y engaña á la pobre Cloto, no por un resto de cariño, ni por compasión siquiera, sino para sorprender en ella un gesto artístico, á fin de copiarlo en el lienzo.

Es éste un rasgo felicísimo, de verdadera psicología. Así es el verdadero artista, capaz de sacrificar á su arte el corazón del sér amado. Cuéntase que Salcillo, trabajando un dia en una de sus imágenes, y no acertando á imprimir á su rostro la verdadera expresión, mandó llamar apresuradamente á su esposa. «¡Tu hijo—le gritó con fingidas lágrimas—acaba de morir!» El semblante de la mujer se demudó, mostrando la angustia que es fácil comprender.

—Ya tengo el rostro de mi Dolorosa—exclamó Salcillo, sin cuidarse, ante su satisfacción artística. del dolor de la pobre madre.

Cualquiera creería, después de esta exposición, que la comedia de Linares iba á presentarnos la absorción del artista por el arte, algo de lo que Zola estudia en *La obra,* y que es reflejo de la tiranía que sobre ciertas almas ejerce la belleza. Ya decía Gautier que el artista, impulsado por la pasión estética, acaba por tender hasta su propia alma en la mesa de disección para despedazarla sin piedad.

No es éste el caso de Lorenzo Quintana. Seducido ó deslumbrado por el amor de la duquesa, deja los pinceles, cuelga la paleta, consiente en que se aparte de su lado con el alma desgarrada la pobre Cloto, y se consagra á adorar y festejar á su nuevo ídolo.

Y aquí empieza propiamente el drama. La duquesa de Lavedra está casada, y es, además, una mujer de larga y accidentada historia, y cuyas aventuras, como las de las personas encumbradas. son conocidas de todo el mundo. Lorenzo la acepta tal cual es, Transige con su historia, y, como todo amante adúltero, con el marido. Pero he aquí que, de repetente, el pintor se cree humillado por un favor que la duquesa ha conseguido para él de un ministro, y la rechaza y rompe con ella. La explicación entre los

dos amantes no deja de ser algo extraña. El quiere que su amante le sea fiel, y ella, con cierta lógica, le recuerda que es casada. Hasta aquí todo va bien. Natural es que Lorenzo quiera que su amada le pertenezca á él solo, y natural es también que la mujer casada le recuerde la necesidad en que se halla de cumplir, en parte, sus deberes conyugales. Ahora lo que no só o no es natural, sino que es, en mi sentir, una lamentable equivocación, es la teoría de la duquesa. Según se desprende de sus palabras, ella quiere conservar y ejercer su libertad de acción para otorgar sus favores á quien le venga en gana. Lorenzo debe contentarse con ser uno de tantos, aunque el primero en categoría.—¿Qué eres tú?—le pregunta, asombrado, el pintor.—Y ella contesta: «Mujer».

No; eso no es ser mujer; es ser... otra cosa

En los amores adulteros, dice Zeda, el amante, transige con el marido; pero no hay hombre que conserve un resto de decoro, que transija con otros amantes. Esto lo saben las mujeres, y aun las de mayor cinismo fingen que dan á su amante la exclusiva de sus infidelidades conyugales. Declararse libre é independiente, como lo hace la duquesa de Lavedra, equivale á levantar el pendón que levantan las que llamó Víctor Hugo odaliscas del Sultán: *Todo el mundo.*

Bien se ve, por lo que acabo de decir, que el atrevimiento de Linares Rivas no es aquel que nace de la necesidad que al verdadero artista obliga á reflejar la verdad, por amarga y dura que sea, sino el afán, un poco pueril, de pasar por hombre que está por encima de los convencionalismos sociales.

Y este afán se manifiesta en toda *La estirpe de Júpiter:* en el mismo final del primer acto, en que cae el telón tan oportunamente como aquella nube, de que habla Homero y que envolvía al Saturnio cuando el Padre de los dioses se reconciliaba con Juno; en el descoco de Petrilla, y en las enormidades con que se asaetean todos los personajes de la obra. Si en el mundo se dijeran las personas las frases que se dirigen los personajes de Linares, andaríamos todos en Sociedad á la zarpa la greña. ¡Y qué gentecita la que nos presenta el autor! La duquesa ya sabemos lo que es; la condesa de Amariles, otra que tal baila; sus protegidos son verdaderos rufianes; el duque es un consentido; el crítico Paifocas, un malvado; el otro crítico, un tonto; Petrilla, una *golfa;* los *cantaores,* landrozuelos capaces de llevarse las bandejas de plata; hasta la marquesita de Puentefresno, en víaperas de su boda, declara que á quien debe tenérsele compasión no es á ella, sino á su novio. En el patio de Monipodio había más honradez que en la sociedad que nos pinta Linares.

El autor de *La estirpe de Júpiter* ha incurrido en su crítica social en el mismo defecto en que incurre Paifocas en sus críticas de arte. Este busca deliberadamente defectos en las obras artísticas, y se complace en ponerlos de relieve, exagerándolos: Linares Rivas escarba en la sociedad, recoge una porción de malda-

des, indignidades y bajezas, las enlaza y entreteje en su comedia, y nos dice: «esa es la sociedad».

Creo sinceramente que se equivocan Paifocas y Linares».

*
* *

Uno de los atractivos que mejor aprecia el público en la obra del Sr. Linares Astray *La estirpe de Júpiter*, es el gran número de frases ingeniosas que animan el diálogo.

He aquí algunas:

LORENZO.—Pero, ¿á qué hora vas al teatro?

DUQUESA.—A la de costumbre, á oir el dúo final.

LORENZO.—¿Qué cantan?

DUQUESA.—No lo sé, pero es lo mismo; en el último acto siempre hay un dúo.

— —

LA DUQUESA.—¡Olimpia! *(dice mirando el programa de la fiesta flamenca que el pintor da para divertirla)*. Es una artista de suerte. Mi marido perdió una esmeralda, no sabe dónde, y ella la encontró, no sabe cómo.

LORENZO.—¡Será otra parecida!

LA DUQUESA.—Sí: una parecida á Mlle. Olimpia; tenía que encontrarla.

— —

LA CONDESA AMARILIS *(al pintor, aludiendo al retrato de la duquesa)*.—En el retrato de Isabel he notado un pequeño error. Firma usted en 1904.

LORENZO.—El año en que estamos.

LA CONDESA.—Pero no es el año de que está ella.

SEÑORA DE TRILLEMON.—¿Rejuvenece? es usted un pintor galante.

— —

PACO.—¿Y esta señora de Trillemon?

PERUCHO.—Es la de Trillemon?

PACO.—¿Nada más?

PERUCHO.—Nada más.

PACO.—Me gusta.

PERUCHO.—Pierdes el rumbo... Dicen de ella que... vete á averiguar lo que habrá de cierto...

PACO.—¿Qué?

PERUCHO.—Aseguran... pero no lo tomes más que como un dicho...

PACO.—Acaba, ¿qué dicen?

PERUCHO.—¡Que es honrada!

PACO.—¿Y por qué va con esa trinca?

PERUCHO.—Va con las alegres comadres, porque son las que más lucen, y la vanidad la hace aparentar lo que no es.

PACO.—La elegancia está en el círculo de ellas, y antes que pasar por cursi...

PERUCHO.—Prefiere ser alegre comadre... honoraria.

LA TRILLEMON.—Mi marido siempre se burlaba de mí, porque no había leido el *Quijote*. Por fin, el año pasado me decidí á comprarlo. Y es entretenido... Aquel monsieur Panza es graciosísimo.

DUQUESA.—Pero, ¿lo has leido en francés?

TRILLEMON.—¡Naturalmente!

DUQUESA.—¡Clarito! El *Quijote*.

TTILLEMON.—De fijo que la edición española no vale tanto como la traducción francesa.

DUQUESA.—¡Habrá diferencia!

PERUCHO *(presentando el duque al crítico Paifocas)*.—El señor duque de Lavedra, un numismático de primer orden.

PAIFOCAS.—Hermoso y culto entretenimiento. Las monedas antiguas...

PERUCHO.—Las del duque son todas modernas.

PAIFOCAS.—Ese es otro aspecto más interesante. Le envidio á usted la colección.

DUQUE.—Para servirle.

PAIFOCAS.—Me servirían.

DUQUESA.—¿Resultó cierto lo de Amparito?

PERUCHO.—No sé lo que es; pero seguramente. Con la Amparito todo resulta cierto.

DUQUESA.—Diga usted Jocobo: á usted que le gustan las señoras por los vestidos...

JACOBO.—Al revés; me gustan los vestidos por las señoras.

DUQUESA.—No sé entonces quién habrá inventado que es usted un admirador supernumerario de la de Trillemon.

MARQUESA.—Tiene una línea de huesos elegantísima.

JACOBO.—Siento no poder defenderla por... falta de datos.

PAIFOCAS *(al duque)*.—¿Y la señora que habla con la marquesa.

DUQUE.—La conozco muchísimo; pero usted me dispensará que no entremos en pormenores... es mi mujer.

MINISTRO.—Duquesa.

DUQUESA *(al ministro)*.—Es usted hombre de palabra.

PERUCHO *(aparte)*.—No siendo en el Congreso.

TRILLEMON.—No hay nada en el mundo como un marido.

DUQUESA.—Al principio.

TRILLEMON.—Eso es lo que hocemos nosotros: prolongar el principio.

III—La divina palabra.

A Linares Astray le ha tentado el deseo de presentar en el teatro el doloroso espectáculo de un enfermo que, amando con vehemencia y siendo amado con pasión, se ve, á causa de su enfermedad, forzado á renunciar el amor; el mayor bien, quizás el único, que existe en la tierra. No hay duda de que esa fase del dolor humano, presentada por Linares, tiene fuerza bastante para emocionar al público, y bien claro lo demostró la escena del último acto, en que el protagonista, no teniendo ya poder bastante para resistir al impulso poderoso de su pasión avasalladora, estrecha entre sus brazos á Antonia.

Esta situación, en que se resume el pensamiento del drama, es realmente hermosa.

Mas siendo esto así, como es de justicia reconocerlo, hay que convenir también en que el autor no llega á ella por los caminos de la lógica, condición indispensable en la obra dramática, y muy principalmente en las que aspiran á pertenecer á lo que se llama ahora «teatro de ideas». Tampoco ha tenido gran fortuna en el desarrollo del argumento.

En primer lugar, el dolor físico, la enfermedad, es un elemento poco teatral. Aun en la realidad, como hace notar Altamira en su último libro, los sufrimientos físicos ajenos no nos conmueven tanto como los dolores morales. Desde el punto de vista artístico, un tísico en el último período, un canceroso retorciéndose de dolor, un medular moviéndose con la torpeza de un muñeco desarticulado, producen horror y compasión, pero no emoción estética. Mauricio, herido desde el primer acto por la terrible enfermedad, y pasando ante nuestros ojos con los síntimas del atáxico, nos hace sentir, más que impresiones de arte, sensaciones de hospital.

Acaso el autor responderá á este argumento con el recuerdo de Osvaldo, de Ibsen; pero el escritor noruego no nos presenta los dolores físicos de su personaje. Nos habla, sí, de que está amenazado de imbecilidad, de que él sabe que su mal no tiene remedio; pero la explosión de su enfermedad llega tan solo en el mismo momento que la obra termina.

Por otra parte, Osvaldo no es el eje sobre que gira *Los aparecidos*. Allí lo que realmente nos conmueve es la desesperada angustia de la madre, al ver que su acatamiento á los perjuicios sociales fundados en la religión y en la ética oficial la han llevado á dar vida á un sér degenerado hasta la idiotez.

Pero aún habría podido el Sr. Linares imponer al público aquel caso de patología, como impuso Brieux otro caso análogo en *Les Avaries*, si, como decimos arriba, no hubiese echado en olvido la lógica y falseado la verdad. No hay más que ver á Mauricio para comprender que sería el colmo de la insensatez casarle con una mujer joven y apasionada. Muy justo es, por consiguiente, que

tanto la madre de la muchacha como el médico impidan un matrimonio, además de repugnante, casi homicida. Pero, ¿es posible que haya una madre tan desconsiderada que, en vez de convencer por todos los medios á su hija, de que aquellos amores son imposibles, se dirija al pobre enfermo, lé atormente diciéndole que no tiene remedio, y por contera le pida que aconseje á la mujer que él ama que se case con otro hombre? Si con un hijo, hermano ó amigo nuestro se llevase á cabo semejante atrocidad, nos indignaríamos contra la tal madre y hasta la despediríamos con cajas destempladas?

¿Y qué decir de aquel médico que, en vez de consolar al enfermo, derramando sobre su espíritu un poco del bálsamo de la esperanza, se complace en arrancarle todas sus ilusiones? Aquel hombre no es un médico, es un verdugo.

También Antonina parece que ha perdido la cabeza. Tiene treinta años bien cumplidos; aunque virtuosa y digna, conoce teóricamente los vicios: sabe los trotes—de algún modo hay que llamarlos—en que Mauricio anda metido con Margo; sabe también que dichos trotes son los que traen al pobre enfermo hecho un pingajo humano; en el mismo sentido le han hablado su madre y el médico, y ella, sin embargo, hace todo lo posible por alentar la pasión del enfermo.

Parece que todos los personajes de la obra se han propuesto estrujar, herir y atormentar al desventurado enfermo. Al fin el hombre, desesperado, y con razón, acaba por suicidarse, bebiendo un veneno que el doctor tiene la torpeza de dejar al alcance de su mano.

También apunta Linares, poniéndola en boca del doctor, la responsabilidad que Mauricio contraería con su prole en el caso de unirse en matrimonio con Antonina y de que la unión fuese fecunda; previsión, á la verdad, un poco prematura. En este punto el autor de *La divina palabra* parece querer refutar la teoria de Brieux en *Les Avaries*: «¿Por qué—exclama Mauricio, que además de atáxico es un filósofo—ha de sacrificarse el individuo á la especie?» Sin meterme yo á contestar á esta pregunta, en rigor incontestable, como lo son todas las que se refieren al por qué de las leyes eternas, bien se echa de ver que lo que quiere Mauricio decir es: «¿Por qué no he de tener yo derecho á engendrar hijos, aunque éstos nazcan condenados á una vida de miseria y á una muerte prematura?» A esta interrogación puede responder la conciencia de cada cual: «Es una infamia cometer el crimen de dar vida, si sabemos que esta vida que damos es un tormento continuado y horrible».

Con motivo de los diversos episodios del drama, los personajes se despachan á su gusto en sentencias: las de unos evangélicas, las de otros filosóficas y las de algunos, como el médico, patológicas. El diálogo, por lo tanto, resulta fatigante...

De todos modos, aunque *La divina palabra*, merece ser tomada

en cuenta como tentativa, aunque fracasada, noble, de uns empresa (la del tearro de ideas) que hoy acometen los más ilustres dramaturgos de Europa. Linares se ha equivocado; pero su equivocación merece respeto, y su obra, seriamente pensada, es acreedora á que se la juzgue concienzudamente.

IV - La Cizaña.

Con «La cizaña» el Sr. Linares Rivas tuvo acierto completo. Con un asunto de poca monta ha sabido hacer una linda comedia, desarrollando la acción con sencillez, sin complicación alguna, conduciéndola hábilmente, suscitando el interés del espectador y poniendo al servicio de su obra un diálogo limpio y natural la gracia de un infeliz ingenio abundante en frases chispeantes é intencionadas y hermosos pensamientos.

La nota dramática resulta delicada y emocionante en las escenas que en los dos actos tienen Mercedes y Ricardo; una, la de la muda declaración de amor, y otra, la del rompimiento, ambas trazadas con tanta verdad como ternura.

Revela la obra el talento de fino observador del Sr. Linares Rivas para la pintura de costumbres y el estudio de los personajes; los que juegan en «La cizaña» están muy bien dibujados, y el movimiento de la acción es de una naturalidad admirable.

Al ocuparse de esta obra dice Laserna:

«La primera y principal cualidad de «La cizaña» es, á mi ver, la de ser una comedia española, de pura casta española, sin ingertos ni cruces exóticos de reflejos libreseos. Sus personajes viven nuestra vida, piensan nuestros pensamientos, hablan nuestra habla; adolecen de nuestros defectos, comparten nuestras virtudes y nuestras preocupaciones les disturban; están reproducidos del natural directamente, y en el espíritu, en fin, y en la forma, no es esta comedia sino la afirmación de nuestra unidad étnica y moral.

Bien haya quien á los suyos se parece y no va á buscar—ó á tomar—en el cercado ajeno, cuando tanto tiene que imitar, que aprender y que corregir en la propia casa.

«Cultivemos nuestro jardin», oh amado Teótimo, y estimulemos y enaltezcamos á los que, como Linares, predican con el ejemplo y demuestran el movimiento andando.

La cizaña—que no es más que una de las cien cabezas de la hidra de la calumnia—asoma en un hogar humilde y honesto, amenazando destruir la dicha que se prometen de su próxima unión Ricardo y Mercedes, muchacha ésta de gran temple de alma, trabajadora y hacendosa, que dando lecciones de música y de idiomas es el sostén de la familia, venida á menos; su anciana madre, viuda, y la hermana menor, vivaracha y despierta, pero demasiado joven aún para empeños formales.

Pepito, joven simpático y persona relacionada é influyente, pro-

tege á aquella familia con quien en mejores tiempos se crió, y por extensión á Ricardo, que gracias á esta protección consigue un modesto destino para casarse, y la estabilidad de su padre Don Roque, antiguo funcionario, burro de carga de las oficinas, siempre con la cesantía ó el traslado suspendidos sobre su escasa nómina.

Las malas lenguas sospechan de la buena fe del joven protector, siembran la cizaña de los celos en el corazón del enamorado Ricardo y están á punto de dar el traste con el porvenir y la ventura de todos.

«Calumnia que algo queda», tremolan por enseña los murmuradores y los maldicientes.

«La honra de uno no esta en las palabras de otro»—replica con hermosa y nobilísima frase Linares por boca de uno de sus personajes.

¿Fructificará la mala hierba? El autor, en este caso, ha preferido ser optimista, y ha hecho bien. No siempre la cizaña impide la cosecha, y estamos ya hartos de visiones sombrías y deprimentes y de calamidades públicas.

Por fortuna, Pepito, el bondadoso y bienhechor amigo del gobierno, está enamorado de la hermanita de Mercedes, y la hará su esposa, con lo que se disipan las suspicacias de Ricardo y la pasajera nube que enturbió el sol de la felicidad en el modesto hogar de las dos pobres huérfanas.

Acaso para los espíritus fuertes sea este un *asunto* baladí; pero ¡qué diablo!, todos los dias no vamos á ir al teatro á resolver evacuaciones morales de quinto grado ni problemas de logaritmos metafísicos. Que nos aburramos con estas cosas alguna que otra vez, pase, que tiempo hay para todo. A la contínua, es demasiado.»

Nuestro paisano, *Angel Guerra* de esta obra dice lo siguiente:

Celebro el triunfo. Fué este indiscutible.

Es *La cizaña* obra que merece los aplausos con que el público la recibiera.

De esas obras, con arte escritas, está necesitado el teatro español.

La comedia de altos vuelos y el sainete regocijado, de buena ley, hacen falta, para renovar este ambiente de anodinismo literario, de arte escénico, sin médula y sin donaire.

Van en *La cizaña* hábilmente mezclados, en una justa ponderación, el elemento cómico y el dramático. Sin llegar nunca al sentimentalismo huero, antes por el contrario, quedando siempre en una intimidad de pasión enérgica, pero discreta, y sin caer en el chiste ramplón, por atenerse en los diálogos al chispeante discurrir del ingenio, *La cizaña* es una comedia de mérito.

Ha sabido en esta ocasión Linares Rivas mirar á la vida y escrutar el curso, con sus crisis y sobreexcitaciones de las almas en muchos seres. Hay en *La cizaña* un trozo de realidad viva y san-

grando. De la lección moral que encierre no he de hablar.

Sin ser crudamente satírica la obra, deja una amarga enseñanza, que no está en las palabras que se dicen, sino que se desprenden de los mismos hechos realizados.

El ambiente de la obra es sobrio, con maestría mantenido á lo largo de los dos actos. Son seres de carne los que intervienen en la acción y si abusan en la agudeza del decir, es porque les sobra ingenio.

V

Obras traducidas

I «El adversario», *traducción de Alfonso Danvila.*

Es mucha comedia, la comedia de Capús y Arena, vertida en selecta prosa al español por el Sr. Danvila: pudo haber hecho una adaptación, pero el refinado escritor no se ha atrevido á tanto y ha dejado franceses á los personajes y desarrolla la acción en París y en el campo, época actual, prescindiendo de que en esa clase de pasiones, no hay Pirineos.

Literatos de nota, abogados de fuste, diputados que se juzgan ministrables, banqueros discutidos, cortejadores impertérritos, maridos bonachones, son sus sendas *costillas* más ó menos irreprochables, no faltan en la sociedad de nuestros dias, la dorada clase media que llena los salones y casinos; el ambiente respirable, hoy por hoy, de los que se impresionan para sus obras de arte, perdurará hasta que avancen un peso más los de abajo.

Ahora, que es más cómodo dejar el escenario en otras latitudes, porque se sale al encuentro de la pregunta candorosa: ¿En dónde ocurre eso?—En París, hija mía: eso son costumbres francesas...

No está mal. Obras de análogo asunto las conoce y aplaude el público teatral (no confundirlo con todo el público) á quien se le han servido en francés, en portugués, en italiano, con ó sin solfa; sucediendo, á veces, que los escamados son *Las Vengadoras*, de Sellés; son *De carne y hueso*, de Vicente Colorado; son las inocentes malicias de Miguel Echegaray en *El Otro* («el otro» es el mismo «adversario» peor modelado) acogían con deleitosos espasmos el *Divorçons* de Sardou y Nojas; *La petite marquisse* de Meilhao y Halery; y el ya manoseado *Demi-monde* de Dumas, hijo: teniendo, siempre para nuestro gran dramaturgo el insigne D. José Echegaray, las mayores recriminaciones cuando ha intentado y planteado el mismo problema humano.

Pero ya los vientos elíseos de ideas, de que hablaba Campoamor, van acostumbrando á nuestros pulmones «á los aires de fuera» y la pudibundez se bate en retirada acogiéndose á las últimas

trincheras del convencionalismo, que recrea, sin embargo, sus sentidos en el coro de obispos de *La Africana* y frunce el ceño, por cuestión solo de indumentaria, no es posible otra suposición, de ver en escena la venerable figura del sacerdote, edificando con las sublimes palabras del sermón de la montaña...

Y hablemos de *El Adversario*.

«En toda mujer que amamos se esconde un adversario, un enemigo secreto, un rival oculto, enfrente de nosotros, opuesto á nuestros designios. Y no hay remedio: hay que quedar vencedores ó vencidos; no tiene otra solución; es fatal la lucha; vencerlo ó ser vencidos por él. En ocasiones triunfa la mujer, en otras triunfa el hombre, y, siempre, hay cuando menos, una víctima.» Esta es la tesis; palabras soltadas al vuelo y glosadas por nosotros, que los autores ponen en boca de un personaje de la obra, el resignado *Chantraine* que se declara predestinado en segundas nupcias, con el inexorable «estaba escrito», en diálogo con su abogado y amigo íntimo *Mauricio Darlay*, que por todo consuelo le dice: ¡Pobre *Chantraine!*, sin caer en la cuenta de que esa conmiseración ha de ser también objeto.

La acción, como ya hemos dicho, tiene por escenario el París de todas las concupiscencias y entre personas de varias categorías morales, sobresaliendo una de esas lisiadas del espíritu que trae y lleva á su marido, que es diputado y quiere su mujer que sea ministro, que tiene salón y da comidas y calienta sillas en incansables visiteos, murmuradora, zurcidora de voluntades, aparejadora de casamientos y preparadora de divorcios, Julia Breantin, prototipo de la intriga con faldas.

El matrimonio Darlay es feliz.

Ella, Mariana, mujer adorable, tiene la monomanía del relumbrón, como necesidad sentida de ese imperativo categórico que se llama vanidad de vanidades.

Mauricio, solo cuenta los minutos plácidos de la existencia, vive dichoso con su mujer, gasta su fortuna gratamente y no se resignaría á perder tanta felicidad fácilmente, y de ello trata, previendo un peligro en sus relaciones con los Sres. de Breantin. ¿Por qué las soporta?

Por complacer á Mariana, dirán algunos.

Porque no habría comedia; añado yo.

Julia Breantin está encantada de estas relaciones. Mariana representa un elemento, una categoría de señoras que le hace falta, la categoría de señoras sobre las cuales no puede decirse *aun* nada malo; así como también acoge con fruición á todos los galanteadores de oficio, y á los maridos como *Chantraine*, divorciado de la primera mujer, reinciden e en las nupcias, de cara risueña, de ojos abiertos, abiertos á todo, que le recuerdan los ojos de las personas que los tienen más abiertos, los ciegos...

Y se presenta el otro, es decir, el ser que tienen todos los matrimonios. Un joven abogado, guapo, elegante, ambicioso, de esos

que tienen mucho partido con las damas y que llegará muy lejos. ¡Qué frases las suyas! ¡Las inmoralidades no ruborizantes!Un hombre, en fin, que mezcla la alegría con la profundidad, el género de moda y constituye la obsesión de las muchachas casaderas, la notabilidad del día; *Langlade*, que le era antipático á Mariana, que le parecía presumido y del que dice á su esposo, para ponerlo en guardia, aunque en son de broma, que lo cree un poco enamorado de ella.

Mauricio proporciona ocasión á su colega Enrique *Langlade* de la notoriedad, cediéndole la defensa de una causa ruidosa y Mariana en casa de los Breantin, escucha por primera vez la música prohibida de la pasión loca.

El retrato de Mauricio lo hace de mano maestra su esposa Mariana, en el primer acto, en confidencias con su madre Símona Greosurt, dando á entender que si es dichosa, le desespera tener un marido excepcional, que teme llegue á los cuarenta años sin recabar la plena celebridad.

Si se queda en casa, es para ponerse á estudiar; aprende idiomas, gasta un dineral en libros, papeles viejos, objetos antiguos, revistas; no gusta de brillar, hasta el punto de que su nombre no sale en los periódicos, ni siquiera para hablar mal de él. Ya sabe que su marido no es uno de esos señoritos ricos adocenados, conoce que tiene talento y cualidades de triunfador, pero ella aspira á compartir la notoriedad envidiada y envidiable que la haría soberanamente feliz, de la manera más artística.

Y después, confesada ya su falta, en las hermosas escenas del último acto, cuando demanda inútilmente perdón, no á título de disculpa, pues sabe que no hay disculpa para esos crímenes de amor, reprocha á Mauricio de no haberle dado á conocer durante los dias felices del matrimonio, su talento, su corazón, todas las bellas cualidades de marido modelo y de hombre por él atesoradas. ¿Las ocultaba de exprofeso? No te conocía, gime la arrepentida Mariana, no te conocía, pero tengo yo la culpa, lo confieso, viene á decir, porque yo era la obligada á conocerte, á adivinarte, las mujeres siempre, á todas horas, deben estudiar, conocer, adivinar á sus maridos.

Solo así, se evitaría, como en este caso psicológico, que la esposa en vez de serlo, resulta el adversario, y cuando llega el momento de la separación, lamenta y llora la pérdida de la felicidad para toda la vida.

Es la eterna equivocación, la irremediable desgracia, el ser que en mí existe (replica Mauricio), ya no podría olvidar: porque el dolor es perdurable; aun no recordándote tu falta, los dos pensaríamos siempre en ella, tú avergonzada, yo atormentado por los celos; una existencia imposible, que convertiría mi perdón en farma indigna de los dos.

Cuando Mauricio impone á la madre de Mariana de que han decidido separarse, se siente el escalofrío de la emoción.—¿Di-

vorciaros?—Yo soy el culpable, declara noblemente el agraviado esposo...—Como Mauricio no me quiere... se atreve á insinuar Mariana.

—Qué mal discurres, le interrumpe la madre, prefiero hablar con tu marido...

—La mujer perdonará siempre, porque las mujeres están casi acostumbradas, por deber, por gratitud, á soportar con dignidad las miserias de los maridos... pero cuando en lugar del marido es la mujer culpable (añade en tono severo la anciana) entonces, jamás; la que ha escogido otro hombre distinto á su marido que le siga, que sea dichosa con él.

Tremenda sentencia que arranca un grito de dolor á Mariana, condenada ya, sin apelación, por su propia madre.

¿Es esta la moral del divorcio? ¿Debe fallarse así el pleito del adulterio?

Simona de Grecourt lo proclama; para sentar que cuando las mujeres casadas dicen que no debe haber diferencia entre las faltas de ambos cónyuges, lo hacen para sacar partido ciertas veces y reducir á los maridos escarriados, aunque por dentro va la procesión y ya saben á qué atenerse?

¿Quereis una prueba? El hombre perdonado por su mujer, es después adorado. Los hombres que perdonan á sus mujeres acaban por ser despresiados por sus propias mujeres después que nunca, nunca, se rehabilitan ante la sociedsd.

II—«El gobernador de Urbequieta», *traducción de Jurado de Parra.*

Jurado de la Parra ha transportado del francés un *vaudeville*, poniéndole por título *El gobernador de Urbequieta.*

Todo el mundo sabe ya lo que es un *vaudeville*, y por consiguiente, «no cabe el análisis». El espectador tiene que admitir sin protesta todo género de inverosimilitudes, por disparatadas que sean, y solo puede exigir que estén hilvanadas con ingenio, y que le hagan reir.

Figúrense ustedes si cabe amontonar incidentes y episodiòs con un asunto como el de *El gobernador de Urbequieta.* Este funcionario tiene la costumbre de venir *de ocultis* á Madrid casi cada semana, á distraer sus tareas gubernativas con Lolita Ramirez, tiple ligera de Eslava, y el día que tiene proyectada una de sus expediciones, recibe aviso oficial de la próxima llegada del general Alvarez Patón y una carta del subsecretario diciéndole que el ministro no ve con gusto sus escapatorias á Madrid, sin solicitar autorización.

El gobernador, que se llama Jorge, se muestra contrariado, y oportunamente llega su criado á enseñarle una barba postiza que supone usaba el Poncio anterior para ciertas aventurillas.

Como esta barba le sienta muy bien á Jorge, éste decide usarla

como disfraz para su expedición; saldrá de Urbequieta á las seis y media de la tarde, y regresando al otro día en el tren de la mañana, realiza su proyecto, da una agradable sorpresa á Lolita Ramirez, y nadie se entera. Parte; pues, dejando al criado Leopoldo la consigna de que á nadie diga que va á Madrid.

Apenas sale el señor gobernador, aparece Lolita acompañada de su amiga Julia, la cual viene á sorprender á Jorge. Y como éste, según el criado manifiesta, estará de vuelta á la mañana siguiente, la Ramirez encuentra muy natural instalarse por aquella noche en el Gobierno civil.

Leopoldo se entretiene en ver cómo le sienta el uniforme de su amo, y cuando está contemplándose al espejo, llega el general Alvarez Patón con su ayudante. Y desdo este momento, Leopoldo hace el papel de gobernador, presenta á la Ramirez como su mujer y á Julia como su suegra, y el general se hospeda también en el Gobierno civil.

Esto da lugar á un sin número incalculable de incidentes, *quid pro quos* y situaciones de la mayor inverosimilitud, pero que el público celebra con ruidosísimas carcajadas.

Este asunto está desleido en tres actos, y excusado es decir que para tal extensión á la obra, que podría encerrarse en mucho menores dimensiones, hay que amontonar sucedidos y sucedidos; así es, que hasta hay que prender al gobernador cuando regresa á su casa con toda precaución, tomándole primero por un ladrón y después por el amante de la *gobernadora*.

Pero, en fin, son tres actos en que ni un momento deja el espectador de reir á su gusto.

Con esta queda consignado el éxito que ha merecido *El gobernador de Urbequieta*.

III - «La doncella de mi mujer», ***traducción de Luceño y Reparaz.***

Así se titula la comedia, arreglada del francés que tanto éxito ha tenido en España.

Nelly, separada de su marido, busca su felicidad en Alberto, casado, que se siente ya un tanto aburrido de aquel lío y busca un medio decoroso de hacer entender á su amada que aquello no puede continuar, y para encontrarlo alega que su mujer, cuyos celos teme, lo ha descubierto; pero Nelly sabe por una criada que esto no es verdad y jura vengarse del ingrato.

En el acto segundo, Nelly entra de doncella en casa de su examante, proponiéndose impedir que éste engañe más á su mujer. Esta situación origina unas cuantas escenas de mucha fuerza cómica y que fueron muy reídas. El marido de Nelly, que anda en busca de su mujer para ultimar el divorcio, aparece inopinadamente para descubrir á su costilla en la fingida doncella.

Y ya se impone el arreglo en el tercer acto, quedando, al pa-

recer, escarmentado Alberto para no volver á las andadas.

Los autores del trasporte al español de la obra francesa, son los señores Luceño y Reparaz. Ambos han hecho un arreglo muy cuidado.

Copiamos á continuación la escena VIII del acto primero.

NELLY Y ALBERTO

NELLY.—No conozco esa letra... ¿Me permites?.

ALBERTO.—¡Sí, sí, sí!... Ya lo creo que te lo permito!

NELLY.—¡Calla, es un anónimo!

ALBERTO.—¡Es mi recurso mágico! ¡Un anónimo!

NELLY.—Mejor será no leerlo...

ALBERTO.—¡Espera... quizás sea preferible que te enteres porque pudiera ser una buena noticia.

NELLY.—Las buenas noticias no vienen nunca en esta forma. ¡Ah!

ALBERTO.—¿Qué?

NELLY.—Se trata de tu mujer.

ALBERTO.—¿De mi mujer? Lee por Dios.

NELLY.—«Mucho cuidado con la señora de Alberto Lebrunois, es de Bayona...»

ALBERTO.—¡Es verdad!

NELLY.—«Población situada en la frontera de España».

ALBERTO.—¡También es verdad!

NELLY.—«...Pero como V. sabe, ya no hay Pirineos, y por consiguiente es como si fuera española; tiene el carácter violento, es terriblemente celosa y capaz de cometer con V...»

ALBERTO.—Un desaguisado.

NELLY.—«Un desaguisado...» ¿qué significa esto?

ALBERTO.—¿Qué significa...? Vamos allá ¿qué quieres que signifique, luz de mis ojos!... ¡ya sabia yo que nuestra felicidad duraría poco tiempo!

NELLY=¿Qué dices?

ALBERTO.—Lo que no hubiera querido decirte, pero después de esta carta, no es posible guardar silencio. Si tu no eres celosa...

NELLY.—¿Cómo? Tu mujer lo es?...

ALBERTO.—Coje á Otelo, ponle unas enaguas... y ya sabes como es mi mujer.

NELLY.—¿Pero como es posible que nunca me hayas contado...?

ALBERTO.—Es que cuando vengo aquí no es para hablarte de ella. Y además en un principio todo iba perfectamente... ha sido después de lo que ocurrió con Medoro.

NELLY.—¿Con Medoro?

ALBERTO.—Hace unos quince dias que pasaba con mi mujer por este barrio, cuando Medoro á quien Augusto acaba de bajar

á la calle se precipitó sobre mí y comenzó hacerme caricias.

NELLY.—¿Sí?

ALBERTO.—Entonces naturalmente me dijo mi mujer: ¿Oye tú conoces á este animalito? ¿Yo? ¡No tengo el honor de que me hayan presentado á é ! respondí. Pues él te conoce, porque te lame.

NELLY.—¿Y que le respondiste?

ALBERTO.—¡Que sin duda el animalito sabría que formó parte de la Sociedad Protectora de Animales! En estos casos dice uno lo primero que se le ocurre.

NELLY.—¡Claro!

ALBERTQ.—Desde entonces mi mujer no se fía de mí, me dirige continuas alusiones...

NELLY.—¡A pobrecito mío!

ALBERTQ.—Esta mañana al tiempo de salir la dige: ¡Creo que va á hacer un dia perro!... ¡Pues que sea enhorabuena, me replicó irónicamente porque te lamerá!

NELLY.—¡Y yo que estaba tan confiada!

ALBERTO.—¡Cayó en el garlito! ¡Si vieras que vida estoy pasando entre mi mujer y el perro!

NELLY.—Pues hijo mío es preciso proceder con cautela. Dime ¿Qué pretesto das á tu mujer para poder venir aquí todos los dias?

ALBERTO.—Negocios, ocupaciones urgentes. Como soy abogado, no me cuesta trabajo elegir. Esta mañana la dije que iba á casa de un procurador Barbontin y me quedaría con él á almorzar.

NELLY.—¡Y el procurador... soy yo!

ALBERTO.—¡Ayer fuiste notario, antes de ayer escribano, y el martes último te hice de un golpe Presidente del Supremo! En fin, cada dia te confiero un nuevo cargo. ¡Esto marcha perfectamente!

NELLY.—¿Pero al menos les advertirás?

ALBERTO.—¿A quiénes?

NELLY—¿Al procurador, al notario,al escribano, al presidente...!

ALBERTO.—¿Advertirles de qué?

NELLY.—De que digan que has estado á almorzar con ellos.

ALBERTO.—¡Tienes razón! Pues, mira eso no se me había ocurrido nunca.

NELLY.—¿No? ¡Y con una mujer tan celosa! De suerte que si en este momento se le ocurriese ir á ver si estabas en casa de Barbotin...

ALBERTO.—¡Es verdad!

NELLY—¡Es preciso que vayas allí inmediatamente!

ALBERTO.—Sin duda alguna.

NELLY.—Entre hombres es un favor muy santo y muy natural...

ALBERTO.—¡Natural... sí! Pero santo... ¡Corro en seguida! ¿Mi sombrero? ¿Dónde está mi sombrero?

NELLY.—Ahí le tienes.

ALBERTO.—Mi bastón.

NELLY.—¿No le has dejado en el recibimiento?

ALBERTO.—Sí, es verdad.

NELLY.—Vete y vuelve pronto.

ALBERTO.—Si ¡ya está puesto el primer ja ón.

NELLY.—Y sobre todo sé muy prudente. Comprendo Alberto mío que si nos viéramos obligados á separarnos...

ALBERTO.—¡No me hables de ello! ¡No me hables de ello por Dios! ¡Prefiero mil veces la muerte!

IV—«Quo vadis», *traducción de Alberto Michel.*

Cuando, en Marzo de 1901, se estrenó en París una adaptación de *Quo vadis?*, firmada por Emile Moreau, escribía Adolphe Aderer:

«La obra que se representa actualmente en la Porte-Saint-Martin, es, en cierto modo, la edición magníficamente ilustrada de la novela de M. Henryk Sienkiewiez; un hermoso volumen, con canto dorado y grandes imágenes coloreadas. Resucita para nosotros la Roma de Nerón, la Roma del paganismo agonizante y del Cristianismo que nace, la Roma del Coliseo y las Catacumbas».

Pues exactamente lo mismo—con las inevitables reducciones, porque el *Quo vadis?* que ha dado como suyo el Sr. Michel, es justamente al de Moreau, algo aligerado.

El primer cuadro, una *orden de Nerón* nos introduce en casa de Aulo Plautio y vemos en él como los pretorianos sacan á Ligia de la casa de sus padres adoptivos. El segundo, *La orgia del Palatino* reproduce en lo posible el banquete que tan magistralmente describe Sienkiewicz y en el que Ursus arrebata á Ligia de los brazos de Vinicio y del poder de Nerón. El tercero, *El beso de Eunice*, nos presenta á Quilón Quilónides y termina en el momento en que Eunice, besando la estátua de Petronio, descubre su amor por su amo. En *El Transtevere* el apóstol Pedro relata la resurrección de Cristo y comienza la conversión de Vinicio. A este cuadro seguía en la adaptación francesa *Le colier d'Opales* que se desarrollaba en Ancio y que el Sr. Michel ha suprimido.

El cuadro siguiente, *El incendio de Roma* ha perdido en la adaptación española algo de grandiosidad por haberse modificado su disposición, disminuyéndose además, la intervención del pueblo. Resulta muy deficiente. Le sucede *Los mártires* que presenta á Ligia, Ursus y otros cristianos en los subterráneos del Circo, dispuestos á ser sacrificados. El apostol Pedro continúa en él sus admirables predicaciones; Vinicio queda totalmente convertido.

Sigue *El Circo Romano* Petronio nos relata en él la salvación de Ligia por Ursus y aparecen Ursus y Vinicio, con duciendo este á Ligia desmayada; y Nerón, ante las peticiones de todos, tiene que concederles su perdón...

Y se desenlaza en drama con *La muerte de Petronio* en que resulta modificado el texto de Sienkiewicz desapareciendo el banquete y haciéndose intervenir personalmente á Nerón; pero en el

cuadro se conserva el ambiente de poesía que rodea en la novela la muerte del *arbiter elegantiarum*.

Tal es el plan de los dramas de Morean y Michel. Todo el que conozca la novela puede con lo escrito formarse idea de lo que es cualquiera de las dos obras;en ambas se perciben mal la evolución del alma de Vinicio, la sublimidad de los mártires cristianos, las angustias de la busca de Ligia... La figura de Petronio, y, sobre todo, la cinematográfica sucesión de cuadros, ahoga el verdadero drama. La expresión de Aderer que hemos copiado, es exacta.

En el *¿Quo vadis?* no se revela el Sr. Michel como autor dramático de gran porvenir: se revela como un escritor culto y bastante correcto, y como habilidoso preparador de los efectos plásticos que ofrece la novela de Sienkíewiez; pero de esto á lo anterior hay una distancía apreciable.

Tiene el drama *¿Quo vadis?* dos cuadros trazados con sobriedad y acierto: el tercero, que se desarrolla en el patio de la casa de *Petronio*, y el octavo y último, que también pasa en el palacio del gran poeta y filósofo, hasta la muerte de éste y de su esclava *Enrice*.

Las escenas entre *Petronio* y *Enrice* en el cuadro tercero, rebosan poesía, delicadeza y sobriedad y fueron muy elogiadas y aplaudidas por el público. La muerte de *Petronio* y *Enrice* resulta conmovedora y sublime.

El argumento no llega á interesar al público; parece que todos aquellos personajes son gentes cuya vida nada nos importa, teniéndonos sin cuidado sus venturas y malandanzas. Está todo aquello tan distante, que apenas si estimula nuestra curiosidad.

Ya sabemos lo difícil que es acertar en el intento de llevar una novela al teatro, y la dificultad es mayor cuando se trata de una novela episódica, y en *¿Quo vadis?* resultan, á nuestro parecer, las figuras muy empequeñecidas, no tienen la grandeza ni el vigor que el autor supo darles en la novela.

REVISTA DE REVISTAS

Socialismo y propiedad privada

DE *La República de Las Letras*

El artículo que sobre este asunto escribe el joven escritor Alvaro de Albornoz, contiene algunas ideas nuevas sobre cuestión de tanta actualidad y trascendencia. Dice así:

Pocos prejuicios tan arraigados entre los enemigos del socialismo como el de suponer á éste enemigo de toda propiedad privada. Se piensa por muchos que si el socialismo llegase á triunfar la vida entera sería transformado en sentido comunista. Se cree que el socialismo preconiza la socialización de los medios de goce. Hasta se dice por ahí que en el régimen que los socialistas aspiran á implantar las mujeres y los hijos serían comunes.

No considero necesario refutar opinión tan absurda. Cualquiera que conozca algo la literatura socialista sabe que todo eso es «exceso de celo» de los partidarios incondicionales del orden existente.

Más, si no hace falta parar mientes en tales «cuentos de vieja», me parece conveniente llamar la atención del lector sobre el sentido cada día más restriguido de la fórmula «socialización de los medios de producción». No sólo tal fórmula no comprende los medios de goce. sino que, aun por lo que á los de producción se refiere, es preciso hacer salvedades y distingos de gran importancia. Hay medios de producción que, inmediatamente y de un modo violento, por lo menos, no serán socializados. Esto es lo que vamos á ver en el presente artículo.

En el capítulo último de su libro *La política agraria del partido socialista*, afirma Kautsky que la agricultura podrá pasar del régimen capitalista al socialista sin necesidad de que los pequeños terratenientes sean expropiados. Así como el pequeño taller útil podrá coexistir con el socialismo entrando á formar parte de la producción social y dependiendo de la sociedad, del mismo modo las pequeñas explotaciones agrícolas serán respetadas por el Estado socialista allí donde sean necesarias ó convenientes. Aún en otro caso, los derechos de los pequeños propietarios no serán jamás brutalmente confiscados. Se esperará que los paisanos se convenzan de las ventajas del régimen socialista.

Kautsky cita en apoyo de su opinión pareceres y textos de indiscutible autoridad. El comité central de Federación comunista—dice—al formular, en vísperas de la revolución de 1848, las reveindicaciones del partido comunista alemán, pidió, entre otras cosas, la nacionalización de las hipotecas que gravan las tierras de los paisanos, mas para nada habló de la necesidad de expropiar á éstos. El Congreso de Basilea de 1869 declaró que la sociedad tiene el derecho de abolir la propiedad privada y transformarla en propiedad colectiva, pero no resolvió que, para llevar á cabo dicha transformación, fuera preciso expropiar á los pequeños terratenientes. Por su parte Liebknecht—añade Cautsky—consideraba como una verdadera locura la expropiación de los paisanos por un gobierno revolucionario. Y Engels, el viejo apóstol, decía en 1894 que si el partido socialista se hiciese dueño del Estado alemán no expropiaría violentamente á los pequeños terratenientes, fiando al tiempo y á la cooperación voluntaria lo que en vano se pretendería realizar apelando á la coacción.

Parece, pues, que el socialismo, en su más importante representación, no se muestra en absoluto enemigo de la pequeña propiedad territorial.

Sin duda es fácil hallar contradicción entre las palabras de Kautsky arriba consignadas y otras estampadas en su libro antes citado, asi como en su obra *La cuestión agraria*. Todo el sentido de *La política agraria del partido socialista* es manifiestamente contrario á las aspiraciones de los paisanos, aspiraciones que, según el propio Kautsky declaró en Congreso de Breslau, se encuentran en oposición con *El capital* y con el *Manifiesto del partido comunista*. En el capítulo primero de *La política agraria* se dice repetidas veces que el interés del partido socialista, que es el de todo el proletariado, es contrario al de los paisanos, que en vano se esfuerzan en mantener un régimen feudal. ¿Qué valor puede; por tanto, darse á la afirmación que va al frente del capítulo último de dicha obra, según la cual la agricultura podrá pasar del régimen individualista al socialista sin necesidad de que los pequeños terratenientes sean expropiados?

Probablemente, tanto las manifestaciones de Mautsky como las de Liebknecht y Engels favorables en cierto modo á las explotaciones agrícolas, tienen meramente un carácter circunstancial, de oportunidad. Tal vez su explidación se halla en el temor de que los paisanos opongan una tenaz, invencible resistencia al progreso del socialismo en los campos. De todos modos, siempre resultará que, según ellas, el paincipio de la «socialización de los medios de producción» es susceptible de sufrir no nequeñas restricciones. Lo cual induce á presumir, contando con las concesiones á la realidad que en toda política se impone, que el socialismo que en definitiva llega á triunfar será bastante menos enemigo de la propiedad privada de la que se cree aun por muchos socialistas.

LIBROS

L'ELDORADO, POR M. PAUL BRULAT.

El autor de *La Gangue* y de tantos otros libros notables, M. Paul Brulat, acaba de publicar una novela que lleva por título *L'Eldorado*. La nueva producción de Mr. Paul Brulat, será ciertamente motivo de las más ardientes discusiones de la crítica, pues jamás asunto más escabroso tentó la imaginación de un escritor.

En *L'Eldorado*, título que encierra un símbolo y una ironía, pone de manifiesto su autor lo que sería una sociedad falta de leyes y de toda autoridad. Una sociedad, en fin, tal como la sueñan los que creen que la felicidad en este mundo sería una absoluta libertad, de la que nazca la fraternidad universal.

E'Eldorado es un buque que naufraga en unas desiertas rocas del Oceano, y á bordo del cual se encuentran un millar de pasajeros que represen an todas las nacionalidades, todas las profesiones y todas las clases sociales. El capitán y el segundo han perecido. Llega el momento en que, pasadas las terribles horas de angustia, todas las facultades de la vida toman insensiblemente posesión de los náufragos, desesperados ante la muerte. Ese es el momento de dar rienda suelta á todas las pasiones, y la bestia humana aparece entonces con toda su natural desnudez. Los disfrases caen, el soplo de la verdad disipa la capa dorada con que la civilización adorna las almas y las cosas.

Es el momento en que los apetitos y las pasiones se desencadenan y en el que la fuerza bruta ejerce una tiranía terrible... Es la sociedad naciente... Y en esta parte de la notable novela es donde se describen escenas verdaderamente admirables y de una majestad trágica casi imposibles de abarcar en tan poco espacio.

Los náufragos se salvan y vuelven de nuevo á sus disfraces. Es la sociedad que continúa, y la novela termina con las más espantosas ironías, en las que la risa enorme de Rabalais se mezcla con la áspera elocuencia de una sátira sutil y el lirismo de un poema y con el pensamiento vigoroso y profundo del filósofo...

No; decididamente los hombres no son todavía bastante buenos para vivir sin guardia civil. Así al menos lo piensa en forma de conclusión uno de los héroes de la novela, un joven alucinado que se había embarcado en *L'Eldorado* para ir á predicar en nuevos mundos la utopia anarquista, y que regresa á Francia desengañado y convencido de que las institusiones, por imperfectas que sean, vale más que los hombres. El ideal realizado está muchas veces cerca de la desgracia.

Tal es el asunto desarrollado en la notable novela, admirable y terrible, sana y moral y llena de grandes pensamientos que emociona y conmueve.

*
* *

RAREZAS, POR LUIS MARTINEZ KLEISER.

Ensayo de novela titula modestamento su autor una bonita publicación que, artísticamente presentada, ha hecho su aparición hace pocos dias,

Sea porque el vicio y la perversión en los costumbres son hoy día mayores que en otras épocas, ó porque más transigente con ello la sociedad, lejos de encubrirlo lo resalta, ó por alguna otra causa es lo cierto que los autores modernos á título de culto á la realidad, sienten marcada preferencia por presentarnos cuadros de vida amargados por la ingratitud y la infidelidad, llagas sociales que nos provocan la fría impresión de ver siempre el mal triunfante y la virtud escarnecida.

Parece que nada bueno puede darse en la vida; que las ideas de bondad y virtud desaparecieron del escenario del mundo para dejar libre el campo á la pasión y la ambición entronizadas; así es que cuando encontramos algo que sale de esa norma, mostrándonos que no todo es malo, y que lo real puede hallarse dentro del bien, el ánimo se consuela y el espíritu se recrea en la contemplación de la realidad bella. Y este es, á mi juicio, el principal mérito de *Rarezas*.

En páginas breves, pero saturadas de belleza, nos presenta el joven novelista dos almas igualmente hermosas, separadas tan sólo por diferencias de ambiente y educación; diferencias que el poder inmenso del amor sin límites borra y funde bien pronto en la más alta síntesis de perfección.

Dentro de esta sencilla trama, expuesta con naturalidad y facilidad abunda la novela en situaciones interesantes, impregnadas de tiernos y delicados sentimientos y rodeadas del ambiente poético y moral en que toda ella se desarrolla.

Tal vez alguien, acostumbrado á la tendencia de que antes hablo, eche en falta impresiones vibrantes y de lucha, y la acuse de falta de vigor; pero, en cambio, las escenas que en la obra se suceden con admirable naturalidad, narrando los goces y existencia serena de las almas buenas y los sufrimientos que encuentran en lo que para otros constituiría motivo de indiferencia cautiva y emociona dulcemente, produciendo en el alma la impresión agradable de lo bello y de lo bueno.

Miscelánea científica

EL SECRETO DEL CANCER.

Centenares de veces se ha anunciado á los cuatro vientos el descubrimiento de la cura positiva del cáncer; pero lo cierto es que la terrible enfermedad ha resistido hasta ahora todas las tentativas de la ciencia.

Sin embargo, en la tercer reunión anual celebrada últimamente en Londres bajo la presidencia del príncipe de Gales por la «Sociedad Imperial para investigaciones sobre el cáncer», el profesor Sir William Church ha dado cuenta de algunos resultados muy interesantes que acaso puedan dar la clave para llegar á resolver el misterio que hasta el presente envuelve la citada enfermedad.

Se ha confirmado que el cáncer no depende en modo alguno del régimen alimenticio, del clima, ni del método de vida. El cambio, la edad en que el cáncer aparece es un factor al que se da cada día más importancia.

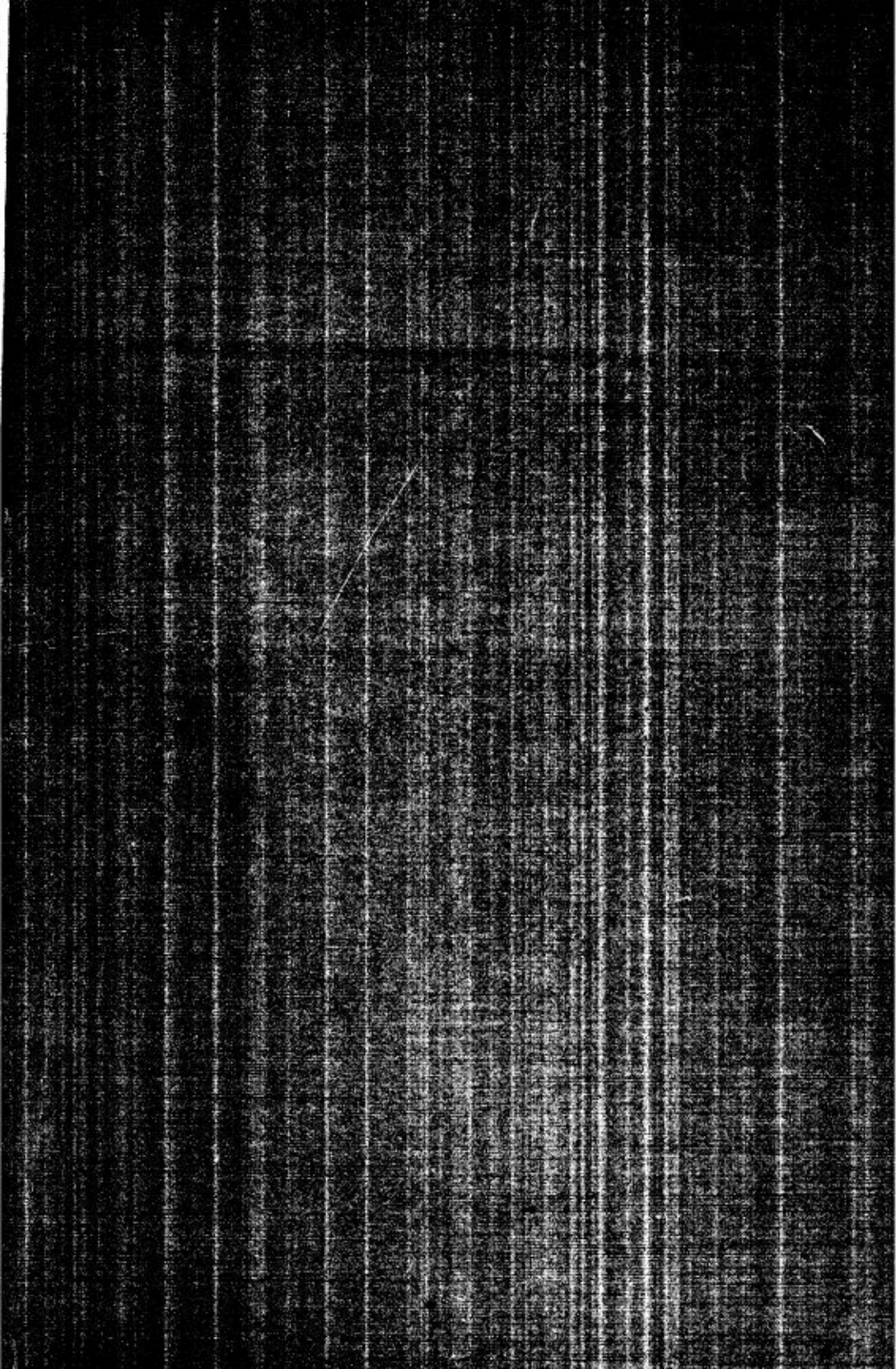
Las investigaciones experimentales llevadas á cabo durante los últimos doce meses han dado resultados imprevistos. Ha sido posible perpetuar reproducciones cancerosas malignas en generaciones sucesivas de ratones, comprobándose de este modo que las cédulas del cáncer se hallan dotadas del poder de multiplicarse indefinidamente en circunstancias favorables. En la anormal proliferación y multiplicación de esas células parece que está la clave para resolver el secreto del cáncer.

Por lo pronto, resulta demostrado que esta enfermedad no puede figurar entre las demás llamadas infecciosas. En confirmación de ello, se ha visto que ratones perfectamente sanos, mantenidos por largos períodos en comunión con otros atacados de cáncer, no se han contagiado.

Se ha comprobado que la acción del radium y de las substancias radio-activas ejerce á veces influencia positiva en el crecimiento y desarrollo, tanto de los tejidos normales como de los del tumor; pero, desgraciadamente, parece que la cantidad de soluciones radio-activas que es necesario emplear para obtener resultados eficaces excede con mucho á las que se pueden introducir sin peligro en el cuerpo humano.

En resumen; la malignidad del cáncer parece consistir en el poder inherente á las células cancerosas de dividirse y multiplicarse; si por subsiguientes investigaciones se puede llegar á determinar la naturaleza de esta limitada multiplicación, es lógico esperar que se pueda conseguir el medio de contener esta proliferación, neutralizando de esta manera la malignidad del tumor.

Estos resultados interesantísimos merecen ser conocidos no solo por los hombres de ciencia, sino por el público en general.



El Museo Canario

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En las Islas Canarias, un mes. .	1 Pta.
Id. Id. un año . .	10 »
En la Península española, Islas Baleares y posesiones españolas, un semestre	7 »
Id. Id. un año. .	14 »
En el Extranjero, un año	20 »

AÑO X—NÚM. 193 TOMO XVI—CUAD. 9.º

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE SOCIEDAD DEL MISMO NOMBRE

ESTABLECIDA EN LAS PALMAS

PARA EL ADELANTO DE LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LAS ARTES

Director: ARTURO SARMIENTO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CALLE DE TRAVIESO NÚM. 27

LAS PALMAS

Septiembre de 1905

Sumario de este número

El arte y la democracia: A Manuel Ugarte, por Miguel Sarmiento.
Sangre nueva, por Angel Guerra.
Literatura dramática. Obras estrenadas en la temporada de 1904-5.
El amor que pasa, de los Quinteros.
La neña, de Oliver.
Rosas de Otoño, de Benavente.
El catedrático, de Francos Rodríguez.
Nunca, de Acebal.
El Galope, por B. Valle y Gracia
Al eclipse: impresiones, por Rafael Mesa y López.
D. Francisco Navarro Ledesma.
Necrológica.
La ciudad eterna.
Douze cent mille ans d'Humanité et l'age de la Terre, por A. G. Barba.
Postales, por A. Martinez de Escobar.
De la Historia de las Canarias: Diario del Bachiller D. Isidoro Romero Ceballos. Conclusión.
Revistas de Revistas:
Recuerdos.
Educación del niño.
Las islas Canarias, por Pedro Alvarez Velluti.
Nuestros poetas del tiempo viejo.
A la Virgen de la Candelaria, por Cairasco.
La hermosura, por id.
Miscelánea científica:
La madera conservada por el azúcar—Luz, mucha luz—Animales sismógrafos—Un descubrimiento español—Ciudades y tuberculosis - Micobrio sifilítico.

El Museo Canario

REVISTA MENSUAL

órgano de la Sociedad del mismo nombre

Director: ARTURO SARMIENTO

SEPTIEMBRE 1905 — AÑO X—N.º 193

El arte y la democracia

Para Manuel Ugarte

Arriba, junto al bosque, en el campanil de la iglesia vibran claras las voces del esquilón. Son las doce. Es medio día. La voz de la campana diminuta llega hasta aquí, hasta el borde mismo de la costa. Y aquí se detiene y aquí se funde en el murmujeo de los pinos, sin fuerza para volar hacia la mar plácida, dormida en pleno sol, entre los brazos de la isla, amorosamente abiertos.

Subo lentamente por las veredas del jardín, desde la costa á la carretera. A medida que avanzo recuerdo lo que he acabado de leer. Acabo de leer un libro que, sin haberme convencido, me ha hecho simpatizar una vez más con un escritor joven. Yo creo que *El arte y la democracia*, la última obra de Manuel Ugarte, es sencillamente una equivocación de procedimiento. Estos artículos

rápidos, escritos al minuto, esas correspondencias destinadas á vivir un día, nacieron para las hojas de un periódico, no para las páginas de un volúmen. En el volúmen y en el periódico atraen y cautivan el entusiasmo, la sinceridad, la nobleza de espíritu y el habla fácil y ardiente del escritor. Pero el volúmen—hoy más que nunca reservado á los trabajos densos, desde que las revistas han adquirido carácter de vulgarización—esos trabajos resultan de muy escaso lastre para formar un tomito serio en la vida de quien lo escribió, desperdigados, á vuela pluma.

La índole de la mayoría de los artículos viene á acentuar esa falta de consistencia. No es la primera vez que Ugarte colecciona sus trabajos periodísticos. Pero sus otras colecciones por ser crónicas artísticas, cuadros de costumbres de *boulevard*, son más amenas y disculpan mejor el excesivo cariño con que el autor reune cuanto escribe. En su última obra compendia Ugarte trabajos escritos con intentos de mayor trascendencia. En el prólogo declara el autor su adversión á la doctrina del arte por el arte. El mismo lo dice: su libro es una tentativa en favor de la desmoralización del arte y un acto de esperanza en el porvenir. Propósito realizado en opinión mía, demasiado superficialmente. Algo más hondo se ha escrito ya sobre ese tema; y algo más pudo decir Ugarte con su cultura y con su talento.

A pesar de esa cultura y á pesar de su convivencia activa y constante con todas las preocupaciones de la lucha actual Ugarte, se resiente de un defecto muy comúu á la juventud española. Hay en él cierto sedimiento de viejo progresista que hace dudar de que su entusiasmo por las ideas avanzadas brote de un estudio eficaz y de un conocimiento completo de las injusticias y problemas sociales del día Ugarte nos habla aún de la Justicia, de la Verdad, de la Igualdad, del Ideal moderno, de todos los viejos tópicos tras de cuya vaguedad y tras de cuya mayúscula suelen ocultar nuestros «radicales» avanzados su anemia incurable y su falta de soluciones concretas. Esa buena fraseología, definitivamente desacreditada no cae bien en la pluma de un escritor joven que reniega del carácter baldío del arte por el arte, ajeno á las batallas de nuestra edad. Un escritor guíado por tales móviles debe «especializar» su propaganda; debe abundar más en los problemas presentes, debe huir, como filósofo y como artista, de todas esas general dades sonoras.

En cuanto á su concepto artístico, yo creo también que Ugarte incurre en la misma equivocación que la mayoría de nuestra juventud padece. Hablo de la juventud enamorada de la acción y enemiga de las torres de marfil y de los sibaritismos literarios. Fáltales á muchos de nuestros escritores nuevos amplitud de visión bastante para considerar y estudiar serenamente nuestra época. Aman quizá demasiado á su tiempo, á su generación. Ven á su generación aislada con finalidad propia; no la contemplan englobada, como un momento más, como una gradación más entre las infinitas gradaciones de la historia de la especie. Ese carácter agudo de protesta, de propaganda y de lucha que Ugarte considera distintivo único de nuestra sociedad, no es exclusivo de nuestros tiempos. Más ó menos acentuado ha fermentado en todos los siglos. Y, sin embargo, ved las obras de arte antiguas que perduran en la admiración de todos. No viven precisamente por haber ayudado ó provocado las luchas de su época.

Es injusto exigir á la literatura lo que nadie reclama de las demás artes, tal vez porque la técnica de éstas es menos ductil á esas dislocaciones de concepto. Yo supongo que Ugarte, artista, es contrario á la pintura de tesis. El autor cita á Zola como un ejemplo de ese arte deseado. Y yo creo que Zola es el argumento mejor contra la literatura convertida en arma de propaganda. Las obras más hermosas de Zola no son los «Evangelios», los últimos libros en que el gran escritor se lanzó abiertamente á esa lucha práctica de combate. Las más artisticas, las más duraderas y tal vez las más poderosas contra el odioso régimen actual, son las novelas de su segunda época, las páginas en que Zola, más preocupado de sus procedimientos artísticos que de sus ideales de filósofo, reflejó amplia y brutalmente la vida. Ha sucedido con Zola lo que ocurrió con Hugo. Sus admiradores han confundido en una misma admiración su labor política y su labor de artista, ambas muy nobles. El tiempo concluirá por deslindarlas, sin embargo.

Es una injusticia y es, además, una intransigencia inconcebible en espíritus jóvenes. Admiremos á los artistas que luchan á brazo partido en favor de una sociedad futura más justa, más buena que la sociedad presente. Pero no debemos reservarles toda nuestra admiración. También son dignos de gratitud los escritores que, más desdeñosos ante el beneplácito de su generación

sorprenden y encarnan los momentos eternamente iguales y eternamente bellos de la vida. El arte puede ser un medio, un arma; pero en su esencia es y será siempre un consuelo. No; no son las angustias cotidianas de la vida, no son las rivalidades de partido lo que nos hace buscar con más anhelo el apoyo y la calma bienhechora de las grandes creaciones artísticas. Es la tristeza, á veces sin causa, en los instantes en que el alma aislada siente volar las horas, lo que nos lleva á buscar con sed más ardiente los consuelos olvidados del libro favorito.

¿A qué exigir que el escritor pertenezca á su época? ¿Por qué no permitirle que elija su público entre las generaciones futuras? ¿Por qué no ha de formar su público con los admiradores conquistados á través de todos los tiempos? ¿Y, sobre todo, por qué democratizar el arte y no aristocratizar las multitudes en la contemplacion pura y desinterezada de las bellezas eternas? Yo considero más eficaz, socialmente hablando, la tentativa de Ruskin, que el intento de todos esos escritores de «acción» tan soberanamente desdeñosos para cuantos más desengañados que ellos de las luchas actuales, sentimos aún un poco de cariño hacia las flores. Sí, hay que proclamarlo: es necesario. En el fondo del ideal de los contemplativos modernos late una moral más humana, y hay menos egoismo, que en todo grupo de escritores de biceps hinchados. Hay, sobre todo, un ideal de sacrificio, una renuncia más ó menos lejana, al amor de sus amores. También para los contemplativos es el arte un medio; un medio de espiritualizar á las multitudes, de hacer que éstas amen en la Naturaleza y en la vida las bellezas que hoy solamente algunos sienten y comprenden reflejadas en las obras de arte. El día en que esa espiritualización se cumpla, el arte será una cosa secundaria, ó inútil, quizá. Ved si es sacrificio; ved si es renuncia.

Los apóstoles del movimiento social sufren un grave error. Han dado á la lucha un carácter puramente económico. Van formando así una sociedad futura egoista, materializada, burguesa. Y yo creo que sus esfuerzos se deberían encaminar por muy distinto rumbo; á simplificar las costumbres, á destruir la organización costosa y artificial de la sociedad moderna que merced al mal gusto, á las vanidades ridículas y á los refinamientos vulgares de tanto advenedizo enriquecido, ha acabado por dar una preponderancia absoluta al pacto liberal económico. No renunciar á la justa

capitalización del trabajo; pero es preciso, con necesidad ineludible, dar á comprender á los desheredados que las bellezas gratuitas de la naturaleza valen mucho más que todos los espectáculos del gran mundo. Fuera de esa moral las revoluciones futuras serán lo mismo que todas las pasadas revoluciones: una sustitución de clases.

Muchos artículos del libro de Ugarte están consagrados á la propaganda socialista. Son algunos de ellos conferencias pronunciadas en Buenos Aires ó correspondencias remitidas desde París á los periódicos argentinos. El autor confía en que la legislación socialista será mucho más fácil de implantar en las nuevas Repúblicas de América que en las naciones de Europa, dominadas aún por viejos y arraigados prejuicios. ¿Ne será infundada esa confianza. ¿No será ficticia esa facilidad? Tal vez. Hay que estudiar la gran masa de la población obrera argentina, compuesta de constantes y numerosas emigraciones, y hay que conocer los móviles que arrastran á los emigrantes hacia las Repúblicas sud-americanas, para medir las dificultades con que tropezarán allí los propagandistas del socialismo. La mayor parte de esas emigraciones están formadas por obreros latinos. No se trata del obrero inglés, ni del obrero alemán, que arraigan en cualquier lugar donde encuentran un porvenir seguro. Se trata del francés, del italiano, del español, que van á América á sufrir resignadamente hambre, á amasar peso sobre peso, un capital con que retirarse dichosos, lo más pronto posible, al rincón de su aldea. Esa falta de arraigo, ese deseo de amasar una fortuna, rápidamente por medios más ó menos lícitos, será, probablemente, un gran obstáculo para la divulgación de la doctrina socialista en América del Sur. El emigrante mirará siempre con malos ojos todo movimiento de protesta que turbe el orden de las Repúblicas y retrase así la realización de sus ambiciones de riqueza. Reputará por bueno y hasta por inmejorable el régimen actual, á cuyo amparo otros muchos han reunido ya sus fortunas.

MIGUEL SARMIENTO.

Sangre nueva

I

A lo largo de la gran avenida de árboles sin hojas, los niños solazábanse, á saltos, con gritos, rodando los aros sobre la arena los más levantiscos, y otros, con ojos tristes, de andar menudo, paseaban silenciosos y graves, dando la mano á las abuelas. En los bancos de piedra, los viejos, con caras de filósofos, desperezando á cada instante las piernas entumecidas, calentábanse al sol. Las niñeras, con tosquedad aldeana pero con el brio de las mocedades en el accionar de sus manos, con sus trajes negros y delantal blanco unas, hábito de ciudad, y otras con sus faldas de colores chillones y sus grandes pañuelos en pico sobre la cabeza, estilo campesino, charlaban á placer, en corro, junto al tronco añoso de los árboles.

Bueno estaba el día. De la tierra empapada en agua por las lluvias del invierno, calentada ahora por una tarde de sol, desprendíanse tenues vapores. Parecía sentirse el vaho caliente conque esa tierra respiraba amorosa y fecunda. Desde la avenida, en las afueras de la ciudad, en las lejanas cumbres la nieve blanqueaba, y del campo el aire traía olor á tierras de sementera.

Sentada en un banco, la aldeana, ahora en oficios de niñera, ya entrada en años, charlaba con otra moza de aspecto rural, lozana y garrida, que en sus brazos cuneaba á un chico que chupaba glotón el pecho, lleno y blanco al sol, de la muchacha.

Secábase la aldeana los ojos humedecidos.

—¡Cristo mío!...Me conoció en seguida. ¿Lo viste?... Lo crié á estos pechos...¡Y verlo ya casi un mozo!

—La quiere; se le conoce. ¡Cómo la abrazaba á usted! ¡Y qué besos!

—Muy bueno. Cuando viene del paseo y me ve, siempre es lo mismo. ¡Lo crié!... Ya va para los trece. Casa de regalo la suya. Fué el último. Sino ¡aún sirvo allí!...

La vieja miró todavía á lo largo dei paseo con ojos ávidamente cariñosos. Lejos, un niño volvióse un instante, y en el aire vióse agitar un pañuelo.

—¡Cristo mío... y qué gentil!

La moza sólo dijo:

—Mucho la quiere...

II

—¡Pobrecico!...Míralo por donde viene.No falta.Y como espiga!...

Las dos mujeres, la aldeana niñera y la moza, ama de cria, sirvientes en la misma casa, desde el banco del paseo miraban avanzar rápido al chico. No; no faltaba ni siquiera un día.

Llegaba; con besos fuertes en la cara, la buena mujer que lo criara, sintiendo cariños de madre, lo estrujaba al abrazarlo. Cuando ella lo dejaba, con temidez ponía un beso sobre los labios de la moza. Se habían hecho amigos.

—¡Qué niño! ¡Tan bueno! Mira; hasta á tí te quiere. No quería besarte. Es vegorzoncillo. Pero, ahora ¡cómo aprieta! ¡No, y tendrás queja!...

Era verdad. En los primeros días, con transportes cariñosos el chico correspondía á los de la buena aldeana. Al besar á la moza por primera vez, sintió pudores.

—¡Tontín!—decíale en tono de enojo su antigua ama.—Anda... Si te quiere; si es mi amiga...

Después ya no hubo escrúpulos.

A diario venía el muchacho á sentarse oon las mujeres en el banco, á las horas del sol.

Los chicos al cuidado de ésta, corrían por el paseo jugando con los compañeros. El chiquitín, cubierta la cara con un pañuelo, dormía en el regazo de la moza y al despavilarse, con llanto rabioso y arañando con las manecitas en el corpiño abierto, que dejaba ver el seno,pletórico y estremecido,pedía hambriento el pecho.

Más que por los chicos de la casa, á cuyo servicio estaba ahora, la aldeana sentía predilecciones por el muchachón ya crecido. Al menos á éste lo había criado, y sentía por él ternuras, á su modo, de madre. El también la quería. ¡Aquella puntualidad en venir, el gozo en verla y el cariño puesto al abrazarla! A su edad, otros ya hubieran olvidado esos cariños viejos. Con un estirón más, y ya iba para novio!

Contábale ella, para distraerle en estos ratos de compañía, historias de aldea, cuentos de amores campesinos. La moza también hablaba á ratos, narrando picantes aventuras de rapazas burladas, y de galanteadores gañanes allá en la serranía.

Los ojos del muchacho, ávidos, miraban como el chiquitín, glotón, congestionado, chupaba en el pecho, mientras golpeaban éste sus manecitas leves con caricia mimosa, blanda... y cuando el crío, llorón, rabioso, arañaba, la mano del muchacho buscábale la cabecita, escondida entre el corpiño de la moza, acariciándolo tembloroso, y diciéndole con voz de ruego:

—Quieto, no seas malo.

Encendíasele el color en la cara al chico. Brillaban sus ojos vivos, inquietantes. Al notarlo la aldeana, reía regocijada.

—¿Ves?... Cara de amapolas. Para sacar colores, el sol. Así scría esa rosas del campo.

III

Ya entrada la primavera, los árboles rejuveneciéronse con el verdor de las hojas nuevas. ¡Soleados dias entonces!

Las criadas continuaban llevando la chiquillería alborotadora á pasear á lo largo de la avenida, allá al extremo de la ciudad. Al fondo de la alboleda, la maleza salvaje, retoñando con savia vital, de tronco á tronco cruzábase, entrelazando sus ramas verdeantes, como si se abrazaran enamoradas. ¡Qué gusto perderse en el laberinto de las frondas! En medio de ellas, sentíase de vez en cuando rumor epitalámico de pájaros en los nidos y murmullos de diálogos con que los novios saboreaban su amor en soledad.

Corrían los niños por los paseos, alegrando el aire con el rumor de sus risas locas. Aire de primavera...

Sentada en el banco, en el banco de siempre, la aldeana meditaba entristecida.

—Parece que ya no me quiere.

¡Mudanzas de los quereres! No gusta ya de mis cuentos. Se va por ahí con la moza, á correr bajo y á reir jugando entre el boscaje. Ella es viva de genio y corren como locos. Peroyo, ¡á mis años correr!...

Ya no me besa tan fuerte. A ella sí. Me ha quitado cariño. ¿Cómo? Si no lo ha criado como yo, que le dí sangre y vida. Entonces, ¿por qué el despego? Verdad es que viene á verme. Pero, ya.... lo que es ya, ¡no me quiere!

La pobre mujer suspiraba. A su modo quería al muchacho con viejo cariño de madre. Lejos sentía el gritar de los niños jugando, y alcanzaba á ver los corros de ayas con sus trajes pintorescos.

Mal fuera que, por una locura, el muchacho, al caer por cualquier descuido, se hiciera daño. ¡Dios santo, qué dirían en la casa de ella! ¡No cuidar del niño!

Ya regresaban, encendidos de color, jadeantes, fatigados. La aldeana riñóla.

—¡Loca!... ¡Qué loca eres! No sirves más que para jugar. ¡Y qué facha!... ¿Es eso aseo?

Aquella tarde, al despedirse el muchacho, besó á la moza ardientemente. A ella apenas le palmoteó el hombro con la mano.

Cuando estuvo él lejos rompió en llanto la pobre mujer.

—¡Pobrecito mío!... No es el mismo, no.

Miró con ira, con envidia y con odio á la moza. No se explicaba como ésta, sin haberlo criado, pudo disputarle, robándoselo, el cariño del chico. Por el corpiño, aún entreabierto de la moza, vió asomar un medalloncito. Lo conocía.

—¡Ladrona!—Quiso gritar. No pudo.

Puso la cabeza entre las manos, y rompió en llanto suspirante.

—Ya... no me quiere.

ANGEL GUERRA.

LITERATURA DRAMATICA

OBRAS ESTRENADAS EN LA TEMPORADA DE 1904-5

VI

I - El amor que pasa, *comedia de Serafín y Joaquín Quintero.*

El autor dramático ha de ser soberanamente consciente, consciente por si y por aquellos cuyas almas va á tener pendientes de los labios. Esto escribe y escribe bien el literato Martínez Sierra.

He aquí la cualidad maestra del teatro de los hermanos Quintero: la consciencia, el conocimiento clarísimo de materiales é instrumentos, la auto-crítica, que es garantía de éxito en toda manifestación de actividad, y, más que en todas, en la manifestación literaria. ¿Es esta auto-crítica resultado de la colaboración? ¿Es matiz de espíritu innato en uno ó en ambos colaboradores? ¿Es cualidad del intelecto, adquirida voluntariamente, merced á fuerte disciplina moral? ¡Quién lo sabe! El caso es que existe, y que ella es la que ha dado á «Los galeotes», á «El patio», á «Pepita Reyes», á «La reina mora», á «El amor que pasa», el aire de reposo, el ambiente de serenidad, la solidez de lo bien construido, que deleitando al espectador, instante por instante, le dejan, terminada la comedia, absolutamente satisfecho.

Ya he dicho, dice el crítico citado, que el público es algo como niño en su psicologia. Un niño va siempre tranquilo cuando una *persona mayor* le lleva de la mano: para él, entonces, no existen los peligros: claro que un dia, el primero en que advierte el estremecimiento de una vacilación ó de un temor en la mano adulta que le lleva, se quiebra su seguridad: es ésta una de tantas caidas de ídolos, acaso la primera en la vida, y, por lo tanto, transcendental. Seguro como el niño, va el público de buena fe al teatro ó vuelve la primer página del libro. Cien veces se ha dicho la autoridad indiscutible de la palabra impresa: otro tanto puede afirmarse de la palabra representada: en su seguridad respetuosa—homenaje involuntario á la intelectualidad superior,—el público va siempre dispuesto á dejarse convencer. De Quincey ha dicho que la *pasividad* es requisito indispensable para la completa delectación para la obra artística. Si el autor no ha tenido vacilaciones,

si ha estado seguro de sí mismo, si ha dominado totalmente su obra, ésta se afirma con fortaleza sugestionadora, y el público experimenta—sin darse cuenta del por qué—el bienestar de quien se apoya en cosa segura: un placer análogo al que produce la contemplación de un edificio armónico, de una estatua bien proporcionada, de un cielo sereno sobre un mar tranquilo, de un cielo gris sobre un mar en tormenta; un placer como el placer, para el que estudia, de una completa y clara demostración; para el que investiga, de una verdad evidente; el goce, en cierto modo *geométrico*, producido infaliblemente por lo lógico, por lo adecuado y lo oportuno.

Así, esta unidad exquisita que es una comedia bien tramada, se va desenvolviendo lentamente, y en ella cada personaje es una bella línea en un bello edificio, y cada situación un término acertado en una perfecta perspectiva, y van surgiendo á un tiempo, y afirmándose, la verdad y la belleza. Así, en las comedias de los Quintero, cada personaje, diciendo lo que debe decir, y solo aquello que debe decir; cada situación prolongándose é intensificándose en la medida en que lógicamente debe hacerlo, y repitiéndose á veces merced á cierto ligero retornamiento evocador, poco á poco va surgiendo, no ya la imagen de la realidad, sino la realidad misma: hay largos momentos en estas comedias que son, sin hipérbole, pedazos de vida.

Y como acontece que la vida en sí misma es siquiera levemente poética—la poesía es como el corazón de la vida,—en estas comedias que viven hay un perfume de poesía, como una amapola en un campo de trigo. ¿De dónde nace este aroma poético? No, como en las obras de Rusiñol, de la evocación del paisaje hecho hermano de la emoción, ni, como en las de Benavente, del armónico florecimiento de una intelectualidad troquelada en supremo buen gusto: nace en las obras de los Quintero la poesía de la espontaneidad sabia con que están compuestas, de la emoción gozosa que en tantas de ellas salta como agua de fuente, del corazón mismo de sus personajes, amadores sencillos y bondadosos. Así, en *Las flores*, no está tanto la poesía en las flores del huerto, ni en la evocación de los clásicos versos, como en la paz con que se quieren aquellas gentes buenas, paz hasta en el dolor, cuando para ellas llega la hora triste. ¡La bondad! Dijo Campoamor: «Yo doy todos los justos por un bueno»; y el reflejo de esta amable sentencia parece temblar sobre la totalidad de esta obra, emanación, sin duda, de la bondad íntima de sus autores. Bondad y gozo. Regocijadamente, como ir y venir de abejas en la edad florida del año, regocijadamente imaginan y crean, regocijadamente siembran y recogen.

El alma de los tiempos acaso tiene un poco de malencolía; acaso el horizonte contemporáneo sea un poco gris; acaso hay niebla sobre los corazones. Como calor de hoguera, es bien de agradecer este calor de regocijo que, siquiera un momento, funde la

niebla y pone ruido y oro en la melancolía: bien venido el arte gozoso, bien hallados el júbilo y la risa franca. Yo tengo en grande estima literaria y humana la gracia fresca de los Quintero, su chistosa y fácil palabrería, sin amargura irónica ni desengañado desgarramiento, salado y un poco sentimental, como el alma del pueblo donde tiene su origen; porque ellos, en cuanto poetas y en cuanto creadores de almas, son esencialmente populares: las simpatias todas de su arte están con el pueblo, de tal manera, que aparecen sentir la vida con el propio corazón popular; y así, los tipos de sus comedias que pertenecen á clases sociales más altas, están vistos como el pueblo los ve, con un poco de sorna, y dibujados como el pueblo, á saber de esas cosas, los dibujaría como un tenue matiz de caricatura. Todo ello, caro es, dentro de la verdad; porque hay que pensar también agradecidamente en cuanto estos dos incansables luchadores han hecho en favor de la verdad escénica; en cómo han desterrado á fuerza de realidad los eternos *tipos de comedia*, y á fuerza de naturalidad las viejas frases cómicas y los chistes rancios é inmutables; en cómo han hecho hablar á las gentes como las gentes hablan, con un poco de incoherencia y un mucho de impremeditación, perdida la idea muchas veces en laberintos, al parecer ilógicos, pero profundamente reales.

Labor buena, labor regocijada, labor de realidad y de vida, y labor de constancia y de perfeccionamiento: nada tan digno de alabanza como la constante y voluntaria evolución que es característica de la obra total de los Quintero: no hay más que comparar obras con obras para hacer evidente el continuo progreso; la simplificación del procedimiento; la supresión, cada vez más severa, de todo artificio; la reducción, ya casi absolutamente conseguida, del elemento *farsa* en sus tramas escénicas; la creciente apariencia de facilidad, que no es otra cosa que mayor dominio del espíritu sobre la obra.

En la cual, totalmente considerada, y exuberante como es, yo, que la estimo en tanto, bien quisiera suprimir tal cual rama—digamos comedia, ó mejor, parte de comedia, episodios, frases, acaso tipos,—y pienso que sus autores harían de buen grado otro tanto. Pero bien poco importa, ya que por fortuna hay de o bueno en abundancia: de estas podas sutiles en las frondas de ingenio, los tiempos venideros se encargan, y harto sabemos todos que, haciendo no más que justicia, ellos han de conservar, entre las pocas buenas famas, la de estos forjadores de buenas comedias».

He aquí ahora el análisis de la preciosa comedia «El amor que pasa».

Es una rima de Becquer puesta en prosa; más diré, que es el espíritu de Becquer trasladado á un diálago dramático y disfrazado con montones de sal y derroches de ingenio.

No es por hallar justificación al título, es porque entre todos

los pasajes de la obra se vé claramente la personalidad del poeta, melancólico, triste, dulcemente escéptico. Todavía mas. Qué aparte del ropaje con que han vestido los autores el asunto principal de la obra, este en su enjundia es una rima de Becquer estereotipada; son todas las rimas del poeta surgiendo de la pluma de los autores para dar ser á la obra dramática.

En un pueblo andaluz (este es el asunto) por la calidad de elemento masculino hay gran número de muchuchas que contra toda justicia y razón se quedan «para vestir santos» con el consiguiente disgusto de las interesadas. ¿No es esto una pena? Querer amor, necesitarlo, vivir para él y ver pasar las horas y los días y los años viendo ajarse la hermosura que se puede brindar y esperando lo que no llega nunca queriéndolo tanto. ¿No es esto, por sí solo, una rima de Becquer?

Entre todas las muchachas hay una, Socorrito, que reune todas las condiciones para ser querida: hermosura, honradez, sentimientos... Como el alma del poeta.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas!
Como el pájaro duerme en las ramas
Esperando la mano de nieve
Que sepa arrancarlas.

Y á pesar de ello no encuentra *quién*...

Aparece en esto Alvaro, joven, elegante, guapo, pero

Saeta que voladora
Cruza arrojada al azar
Sin adivinarse dónde
Temblando se clavará.

Socorrito, que como yesca al fuego está dispuesta al amor, se enamora, y se enamora tristemente, pensando en aquello que la encanta es ave de paso, que se irá, que se va á ir...

Por los medios que están al alcance de toda mujer enamorada, dice á su ilusión:

Yo soy ardiente, yo soy morena,
Yo soy el símbolo de la pasión,
De ansia de goces, mi alma está llena.
¿A mí me buscas?...

Y teme oir la respuesta:

¡No es á tí, no!

Porque Alvaro, respondiendo á la creación becqueriana, entiende que, para que no amargue la hez de todo néctar delicioso como el amor, que aspirarle un momento, acercarle á los labios y dejarle después de este modo:

¿Quieres que conservemos una dulce
Memoria de este amor?
Amémonos un poco y enseguida
Digámonos: ¡adiós!

Socorrito no quiere, no puede querer cariño tan deleznable y pasajero. Habla á su amado y le reporcha su vida aventurera, su

volar de flor en flor, su existencia variada, errabunda.

Hoy como ayer, mañana como hoy
Y andar... andar.

Logra conmoverle. Alvaro, que va á pasar un dia á Arenales (este es el pueblo) demora su partida tres días, cinco, seis, cayendo insensiblemente en aquellos brazos que ve tendérseles con tanta ansia y tanto cariño. El también se encariña, y por un momento parece que la tierra y los cielos van á sonreir á la pobre muchacha, que creyendo en el amor va á creer en Dios misericordioso. Es aquel momento, el culminante de la obra.

Los invisibles átomos del aire
En derredor palpitan y se inflaman
El cielo se deshace en lluvia de oro,
La tierra se extremece alborozada.
Se oye flotando en olas de armonía
Rumor de besos y batir de alas
¡Es el amor que pasa!

Pero el caballo está ensillado para partir, ha llegado la hora triste de la separación y Alvaro, con su carácter voluble, se dispone á andar... andar... por temor á las heces del netar delicioso.

Se va, y entonces

¡Qué solos
se quedan los muertos!

La pobre Socorrito, la hambrienta de amor se queda pensando en aquellas obscuras golondrinas que no han de volver.....

Esta es la comedia en su esencia. ¿No es continuada rima de Bocques?

Lo demás, los detalles de la obra y los personajes que intervienen para ayudar al desarrollo de la acción, constituyen un no interrumpido chiste.

*
* *

Otras dos obras estrenaron los hermanos Quinteros.

Es *El nuevo servidor* un juguete caricaturesco, de rasgos y pensamiento no del todo felices, En *Mañana de sol*, delicioso diálogo, se saborea con deleite los primores de la nueva producción.

Una de las más populares *Doloras* de Campoamor sirve de *leit motiv* á la obra. En aquel diálogo de los dos viejecitos, reunidos por el azar en un banco del Retiro «una mañana de sol», hay un ambiente de suave melancolía, un dejo de la poesía dolorosa de la vejez, que conmueve y enternece. Aquellos dos ancianitos, que cuando jóvenes se amaron con amor romántico, y que al encontrarse después de tantos años ocultan piadosamente su nombre y su personalidad, acobardados de la propia vejez, repitiendo los últimos versos de la inmortal *Dolora*, producen una emoción profunda; y cuando al separarse, mientras aspira ella el perfume de las violetas y él recege con mano temblorosa las humildes flores que cayeron al suelo, y se alejan mirándose á hurtadillas, y cae lentamente el telón, diríase que pasa ante nosotros la visión

obscura del porvenir, del ocaso de nuestra vida, lleno de sombras, de tristeza y frío.

II — La neña, *drama de Federico Oliver.*

En pleno dominio de la técnica teatral viene Federico Oliver á continuar la obra dramática que dejó interrumpida Felíu y Codina á su muerte. Y no se vea en esto que digo un regateo á la originalidad literaria del autor de «La muralla». Es la comprobación de que el vivo y el muerto, Oliver y Felíu, coinciden en pedir al riñón del pueblo y al sol de los campos lo que otros dramaturgos buscan en el inquieto ambiente de las capitales. Declaro que entre estos dos Teatros me interesa más el ingenuo que cultivó Felíu y que con tan certera observación del natural viene á continuar Federico Oliver.

La Humanidad, continúa diciendo el Sr. Bueno,se me releva con más ruda franqueza en obras como «La Dolores» y «La neña», pongo por caso, que en esas comedias en que unos cuantos seres vestidos de frac sufren con el libertino atrevimiento de sus frases la visible indigencia de sus corazones. Ese Teatro de marionetas elegantes, que divierten al público distinguido del abono con incisivas desvergüenzas, suele dejarme entre indiferente, aburrido y enojado, las tres etapas del malestar. En desquite, obras como «La neña» y «La Dolores» me llegan muy adentro, y descontado anticipadamente lo que puso en ellas el artificio teatral, me dejan oir unos gritos de pasión, unos alaridos de cólera y unos ayes de angustia que me recuerdan lo que sufren los hombres cuando aman y miran su amor en trance de perderse.

No hay en este Teatro ingenuo problemas morales ni conflictos de conciencia. Sólo hay tempestades de pasión. Sin duda por eso se nos figura el más humano.

La sensibilidad es anterior á la conciencia y el sentir anterior al pensar, y son más los hombres y las mujeres que regulan su vida por los latidos de su corazón que los que para decidirse en cualquier sentido le piden pautas al deber. De ahí el que nos interese hondamente esa extensa porción de Humanidad desparramada en los campos. Es casi siempre ruda, impulsiva y violenta, sin daño de la inocencia, compatible casi siempre con la barbarie. En el drama de Federico Oliver las astucias de la técnica teatral van tan escondidas, que ni por un momento enturbian ó empequeñecen la acción.

La soldadura de lo artificioso y de lo real está hecha con tal habilidad que apenas se ve. He aquí los hechos: Estamos en una aldea situada en la confluencia de Asturias y Galicia. Teresina hija de unos lugareños, la tía Celesta y Pacho, es cortejada por Ramón Fierro, mozo del Concejo, á quien está prometida en matrimonio. Se aman con pasión, sin que los padres de los novios

hayan pensado en estorbar el enlace. En esto se aparece en la Aldea Pachín Cuervo, un tipo que emigró á Buenos Aires hace años y á quien todos consideran hijo de la Neña, una vieja astrosa, vagabunda y embrujada, que es el hazmerreir en todo el contorno.

Pachín, que es un desalmado bribón, según luego se descubre, préndase de Teresina, y como trae onzas de oro y luce sortijas y dijes, los padres de la novia de Ramón no le hacen ascos. Su codicia de lugareños, tentada por aquel asomo de un porvenir brillante, concluye por hacerles perder la cabeza. Rompen su convenio con los padres de Ramón, y éste sabe por conducto de la Telva que Teresina no es ajena á los interesados planes de sus padres. Sin dejar de querer á Ramón, no se siente con fuerzas para contrariar á su propia familia. El vivo anhelo del público y su avidez de justicia exigirán que Teresina se vaya con Ramón, á pesar de todo; pero la realidad impone otra cosa.

Teresina no es una romántica levantisca, escapada de las novelas de Jorge Sand, sino una pobre criatura, tierna y sumisa, incapaz de revelarse contra nada y contra nadie. ¿Y quién es la Telva? Una mozuela enteca, fea y zaherida por todo el mundo; una infeliz mujer que ha tenido la mala ventura de enamorarse de Ramón, sin obtener de éste más que rudas y groseras repulsas. Ella y la Neña son las únicas personas que conocen á Pachín y que no ignoran que ha venido á la aldea con nombre supuesto. El muchacho es, sencillamente, un corredor de carne blanca, un contratista de mujeres para el campo americano.

¿Por qué callan y ocultan la Neña y la Telva este atroz secreto? La primera, por codicia, porque Pachín paga largamente su reserva y su complicidad fingiéndose madre de él. La segunda, por celos, por un obscuro instinto de desquite, que la hostiga y la empuja. ¿Recordáis la siniestra frase de Nietzsche? En el amor y en la venganza la mujer es más bárbara que el hombre.

Ramón, el infortunado lugareño, no conoce la extensión de su desgracia hasta después de consumado el casamiento de Teresina y Pachín. Los padres de ella lo han consentido é impuesto. Involuntariamente, en presencia de este caso de avaricia campasina, volvemos el espíritu á las tiernas églogas de Teócrito y Virgilio. Y recordamos que entonces nada se interponía entre el amor del hombre y la pasión de la mujer. La Humanidad no conocía el dinero, no lo había declarado común denominador de todos los valores, y si lo conocía, no turbaba con sus siniestras tentaciones la idílica serenidad de los campos. Coridón y Melibea, Damón y Nize no se hablaron jamás de intereses...

Ramón advierte su desgracia y conoce la canallería de Pachín cuando éste se ha ausentado de la aldea, llevándose á Teresina. ¿Remedio? ¿Desquite? ¿Venganza? Es ya tarde. Y el espectador, conmovido, siente confusamente la impresión de lo irreparable que se desprende de todos los amores truncados y de todas las

felicidades desvanecidas. «La Neña» es una de las obras más bellas que hemos visto en escena desde hace muchos años. Se nos revela en ese drama un espíritu observador de aguda penetración y un poeta de grandes alientos. La reputación de Federico Oliver queda plenamente afirmada en la literatura dramática.

III Rosas de Otoño, *drama de Jacinto Benavente.*

Si hubiésemos de atenernos á una clasificación rigurosa, podríamos decir que la produción de Jacinto Benavente, no es una comedia, sino propiamente un drama por el asunto, por el conflicto en ella planteado, por el subido interés dramático. Pero califíquese dicha obra como se quiera, que el nombre no hace á la cosa, lo indiscutible es que se trata de una producción de primer orden, en la que Benavente ha lucido sus aptitudes y condiciones de observador sagaz y delicado, mostrándose una vez más admirable artista para la pintura de los tipos y la composición de los cuadros, y poeta tierno y sentido para la expresión de los sentimientos. Su espíritu sereno y su perspicacia le permiten ver la vida, comprenderla y reproducirla con sinceridad y exactitud, dándole el necesario relieve artístico para interesar y conmover de una manera absoluta.

«Rosas de otoño» es una completa demostración de todo ese conjunlo de condiciones, y con esa obra ha llegado el señor Benavente á la mayor altura como autor dramático. El primer acto responde perfectamente al temperamento artístico hasta ahora reconocido en el autor de tantas obras aplaudidas. Es un cuadro primoroso, compuesto con arte admirable, y en el diálogo lucen los encantos del estilo, la espontaneidad, la intención, la ironía y la viveza del autor de «El marido de la Téllez», «La gata de Angora», «Gente conocida» y tantas otras obras de fama. Es un cuadro de exposición lleno de vida, de naturalidad encantadora. El público saborea con deleite aquel diálogo vivo y animado, sin perder ni una frase, celebrando los chispazos de ingenio en que abunda.

Los dos primeros actos de esta nueva comedia de Benavente, y aún más el primero que el segundo, son del Benavente puro: el teatro soñado por los que ansían ver en el escenario una habitación á la que ha quitado una pared; el teatro que anhelan los que ven en la escena un laboratorio de sociología experimental, feliz conjunción del teatro naturalista y del teatro de ideas, que no son cosas antagónicas, sino por el contrario perfectamente compatibles: una misma cuando quien escribe sabe, al mismo tiempo que escribir, ver y pensar.

Los personajes que en «Rosas de otoño» intervienen dice Alejandro Miquis están en esos dos primeros actos, no pintados ni esculpidos, sino viviendo, moviéndose en virtud de esas energías á que los viejos fisiológicos, más sintetizadores que sabios, deno-

minaban fuerza vital. Viven; y además son tales, que todos los hemos visto vivir fuera de la escena. A cada uno de ellos podríamos ponerle un nombre conocido, y sus dramas no son, en realidad, sino uno: el eterno drama de la fidelidad conyugal que estamos viendo todos los días en torno nuestro y seguimos viendo en el escinario, sin que nos parezca cosa nueva y artificiosa, sino como si por arte de encantamiento el actor nos hubiese descubierto á todos el misterio de un hogar.

En esos dos actos está el drama íntegro, está también la conclusión que de él saca el poeta. Con estos dos actos hay bastante para los enamorados del teatro ideal: Benavente ha pintado en ellos un medio y los seres que en él viven; Benavente, además, buscando remedio para los males que retrató, ha dicho ya á la esposa traicionada las palabras del poeta: «ama y espera». ¿Qué más hacía falta para que su obra fuese completa y definitiva? Nada; pero un árbol es siempre un árbol, una obra completa también, y, sin embargo un miope no tendrá clara idea de él mientras su vista imperfecta no sea ayudada por unas gafas. Benavente sabe esto, sin duda, y ha hecho en el tercer acto de la comedia unas magníficas gafas para que los miopes que no hubiesen visto el drama entero y verdadero en los dos actos anteriores, no puedan llamarse á engaño.

El acto tercero es, por esa razón, un acto más teatral, en el mal sentido de la palabra, una concesión hecha al público que quiere que se le diga todo muy clarito y se enfada cuando es él, y no los personajes mismos de la obra representada, quien ha de sacar la moraleja de ella. En ese acto está la supuesta apostasía de Benavente, que, recurriendo á las combinaciones de un arte inferior, hace, para dejar contentos á todos, una especie de epílogo folletinesco de esos en que los novelistas dicen para contentamiento de sus lectores lo que fué de la heroina andando los tiempos y mucho después de terminada la acción novelesca; pero aún en ese mismo acto, en esa concesión, á que debió Benavente lo más ruidoso, si no lo mejor del éxito de ayer, Benavente sigue buscando la mayor aproximación posible, y si hay allí figuras que se mueven como piezas de ajedrez, esas figuras siguen siendo humanas, viven y dan aún, siquiera sea penosamente detrás de aquellos convencionalismos, no por disimulados menos reales, la impresión de la vida.

Para mí, la comedia de Benavente, sin ese acto, en el que hay, no obstante, muchísimo que admirar, sería mejor que con él; pero no por oso censuraré á Benavente, teniéndole por apostata ni por traidor á sus banderas: sigue haciendo público para las comedias, y eso basta; negarle derecho para hacer de vez en cuando actos para el público sería condenarle á morir, y con esa muerte nadie ganaría, ni Benavente, ni el público, ni el arte.

Aún habría motivo para hablar muy extensamente de «Rosas de otoño»; pero baste, con añadir, que el estilo de Benavente no ha perdido desde sus últimas obras, y que en el diálogo de la nueva comedia, tan fuertemente dramático, que da la impresión de la realidad misma, resultan igualmente admirables la profundidad del pensamiento y la frescura del ingenio con que los personajes dicen cuanto el autor pensó; no sobra en el diálogo una sola palabra, y la retórica, que naturalmente existe, está tan disimulada, que no parece sino que han pasado siglos y siglos entre la obra que anoche vimos y otras que no hace muchas noches oíamos aplaudir en otro teatro. También en esto, y en esto aún más que nada, Benavente sigue siendo fiel á sus banderas, y es el artista perfecto á quien tanto gusta aplaudir.

IV—El catedrático, *drama de Francos Rodríguez.*

La piadosa ironía que se esconde en la obra de Francos Rodríguez nos fuerza á creer que el remordimiento no se opone á la felicidad. El matrimonio Galiana es un ejemplo de ello. Ven crecer á su hijo Eduardo sin inquietudes; se afanan porque se le luque para vivir en un medio social superior al de sus padres; se regocijan de la libre expansión de su inteligencia, de las emulaciones que despierta el muchacho entre sus camaradas; asisten entre envanecidos y encantados á los triunfos del estudiante y á los primeros éxitos tribunicios del hombre, y, finalmente, consideran haber tocado en el pináculo de la dicha cuando advierten que Eduardo acababa de ganar una cátedra por oposición.

Aquel cuadro familiar, que se nos ofrece sin un solo toque efectista da esos que legitima la técnica teatral, es tierno y conmovedor. Hace falta que el tiempo traiga á la presencia del matrimonio Galiana la prueba de su culpa—una culpa harto excusable en su caso—para que los dos viejos padezcan de veras. Entretanto, sus conciencias dormitan, si no sosegadas del todo, muy cerca de alcanzar aquel *beatus presidente* de que habla Séneca. Y después de todo, ¿por qué han de reconocerse culpables y transgresores de la moral el bedel Galiana y su esposa?

Han dispuesto de un dinero que D. Pedro Azores les confió para la educación de Ismael, un hijo adulterino de ese señor y en vez de aplicarlo á este fin lo han invertido en costear la carrera de su propio hijo. Y el tiempo que es gran acusador de los hechos consumados, da la razón á Galiana.

¿No es Eduardo un muchacho con talento y porvenir? ¿No es Ismael un pervertido, incapaz de encarrilar en una vía de provecho? Si las cosas tomasen el curso con rario, esto es, si Eduardo fuese el bruto vagabundo é Ismael un hombre inteligente y pronto á triunfar en el camino que emprendiese, el proceder del ma-

trimonio Galiana sería francamente vituperable. Pero, en la obra, la Naturaleza y el destino deciden otra cosa. Eduardo es inteligente, de limpia conciencia, de seguro porvenir. Ismael es un pobre diablo, en quien los resortes para la acción se nos aparecen relajados y rotos. De antemano este hombre es un vencido para la lucha por la vida. ¿Se me argüirá que aquellos 5.000 duros que Galiana invierte en la educación de su hijo hubieran aplicado á instruirle?

Ese razonamiento responde á un determinismo demasiado ciego paro que lo aceptemos sin discusión. Si el éxito de cada hombre en la Tierra dependiese del dinero que sus padres emplearon en educarlo, nuestra aristocracia y nuestra clase media estarían pobladas de sabios.

De esto á negar al dinero un alto valor como elemento para nuestra educación van cien leguas; pero no es menos verdad que en la vida lo que debe flotar flota y lo que está destinado á perderse piérdese sin remedio. Las personalidades más nobles y duraderas, las que más luminoso rastro dejaron en el mundo, se curtieron en la miseria y en la contrariedad.

Hay una dinámica moral é intelectual que determina el sesgo de nuestra vida y responde de nuestros éxitos y fracasos anticipadamente.

Todo el oro de Galconda no podría relajar ó entorpecer aquel dinamismo, aquella secreta fuerza que es el eje de nuestra personalidad. Ismael, reprochando al matrimonio Galiana al haber o condenado á la indigencia moral y á la invalidez social, incurre en un error. Con dinero y sin él, Ismael se hubiera perdido. Es lástima que Galiana no le haga esa reflexión, y nos explicamos que el viejo se abstenga de hacerla.

Afrontar la obra desde este punto de vista no es menoscabarla, sino discutirla. Pocos han reparado en qué estriba el mérito principal de *El catedrático*. Pocos autores dramáticos han aceptado á fijar, dentro de un ambiente de verdad fidelísima, ciertos tipos absolutamente teatrales con la habilidad literaria que pone Franco Rodríguez en ello.

De ese modo el afectismo y la vida llegan á confundirse sin que el público lo advierta, y los tales tipos, que á mí se me figuran modelados con arreglo á un convencionalismo de escenario, un poco distante de la verdad, llegan á parecernos seres de carne y hueso. Todo el secreto del Teatro está en que el autor dramático nos haga pasar esa frontera que separa la ficción de lo posible sin que nosotros nos consideremos expatriados de la realidad. Eso explica el triunfo de Francos Rodríguez.

La acción dramática de *El catedrático* transcurre suelta y ágil, sin tropezar ni debilitarse con episodios é incidentes de esos que nuestros autores modernos utilizan para distraernos. La honda impresión que deja la obra se debe á la violencia

rectilínea con que va la acción al desenlace. Este, inesperado y trágico, conmovió al público.

La técnica literaria de Francos, sencilla y sobria, á la manera italiana, y el lenguaje que hablan los protagonistas de la obra, limpio de arrequives líricos y de imágenes, contribuyó á dar á *El catedrático* imborrable sello de verdad.

A continuación publicamos una escena del acto segundo, de las más interesantes de la obra.

ESCENA VI

Ismael.—¡Por fin!

Eduardo.—¡Por fin!

Ism.—¿Teníais muchas ganas de verme, de hablarme?

Eduar.—¡Muchas!

Ism.—No tantas como yo. Años enteros llevo pensando en esta entrevista, años enteros pensando... le busco, le hablo, se lo digo todo... y nada. El tiempo transcurría sin satisfacer mi afán. Y ahora...

Eduar.—Ahora puedes decir lo que sea, lo que ansiabas contarme, porque yo también tengo impaciencia por destruir el misterio en que te envuelves y con el cual vas acumulando sobre mi dudas y zozobras.

Ism.—¿Y no te extraña de que un desconocido, uno con quien nunca cruzaste la palabra, te habla en tono altanero, sin fórmulas, sin el menor asomo de cortesía?

Eduar.—No me extraña.

Ism.—Entonces es que sabes quién soy y sabes por qué persigo á tu familia.

Eduar.—Nada me dijeron, nada sé.

Ism.—¿Que no lo sabes?

Eduar.—Lo adivino.

Ism.—¿Que adivinas?

Eduar.—Adivino que, aun no habiéndote visto más que tres veces, por motivos que quiero conocer, porque para eso te busco, debo consagrarte afecto, tengo para tí obligaciones sagradas.

Ism.—Tu afecto no lo necesito. Las obligaciones de que hablas si existen, pero no puedes salvarlas.

Eduar.—¿Entonces para qué acudes cuando te llamo?

Isma.—Para satisfacer el mayor gusto de mi vida amargando la tuya, para destruir tu felicidad cuando empiezas á gozarla.

Eduar.—¿Tanto me odias?

Ima.—Más de lo que te digo.

Eduar.—¿Por qué?

Ima.—Porque todo el bien de que disfrutas me parece mío.

Eduar.—No te entiendo.

Ism.—Entonces no has adivinado mi historia; la ignoras ó finges desconocerla.

Eduar.—Pues si nada sé, ¿por qué no destruyes mi ignorancia?

Ism.—Porque vas á sentir miedo y vergüenza al oirme.

Eduar.—¿Miedo? ¿Vergüenza? ¿De qué? Vamos. Dí pronto lo que sea. ¿Porque me aborreces? ¿Porque nos persigues?

Isma.—Tu padre...

Eduar.—¿Has dicho *mi* padre, solamente *mi* padre?

Ism.—Sí, el tuyo solamente, el tuyo. Me extraña esa pregunta.

Eduar.—Y á mí me alegra tu respuesta.

Ism.—Siento proporcionarte alegrías.

Eduar.—Pues empiezas á darme una. ¡Ya ves! Cuando apareciste, mi corazón me decía: sufre resignado. Ahora, advierto que calla mi corazón y la dignidad, libre de imposiciones, va recobrando sus bríos. Mira si estaré contento cuando tus palabras me anuncian que te puedo tratar como mereces. Sigue.

Ism.—¡Bah! ¿Tu padre no te ha contado mi historia?

Eduar.—No me la ha contado.

Ism.—Hizo mal.

Eduar.—Mal ó bien, no te importa. No eres su juez.

Ism.—Porque lo soy hablo.

Eduar.—Porque no puedes serlo, atajo tus palabras.

Ism.—Pues si no quieres oirme, ¿para qué me acosas preguntándome? Sientes por dentro la inquietud de lo desconocido. Te brindo el modo de saciar esa sed que te ostiga, y quieres contener el manantial que ha de apagarla. ¿En qué quedamos? Deseas oirme, sí;necesitas oirme y yo necesito también que me escuches.

Eduar.—Tienes razón.

Ism —Precisamente tu eres el hombre que yo busco. Orador que pregona en discursos elocuentes la necesidad del bien. Austero propagandista que combate las intrigas privadas, que ensalza al pueblo, al noble pueblo que vive de su trabajo y sufre á los expoliadores; tú, mejor que nadie, puedes juzgar á una infamia, porque infamia, y grande, es la que voy á revelarte.

Eduar.—Ahorra los agravios.

Ism.—¿Agravios? Todavía no te he dirigido ninguno.

Eduar.—Recelo que me los vas á producir.

Ism.—¿Receloso? Es cuestión de conciencia.

Eduar.—No, cuestión de sensibilidad.

Ism.—Pues bien, abogado ilustre, lumbrera iniciada del foro español, hasta tí llega un cliente. Atiéndelo.

Eduar.—Ya le atiendo.

Ism.—Pero con más cortesía, con más cuidado. Estoy en pié como quién solicita un favor. Yo vengo en busca de justicia. Me sentaré. Don Pedro Azores, un famoso profesor de la Universidad de Madrid, hombre casado, sedujo á una mujer, que á poco de ser madre murió, dejando en la orfandad á un niño. El padre de la infeliz criatura no podía darle su nombre, no podía llevarla al lado de su familia, pero no podía, no quería tam-

poco dejarla en el desamparo. Tenía don Pedro Azores confianza absoluta en un bedel de la Universidad, y á éste le encargó muy en secreto, el cuidado del muchacho, á quién colocaron en un colegio apenas llegada la edad conveniente. Aquella persona, mensajera del Sr. Azores, cumplía con fidelidad absoluta su encargo. Yo no sé si recibiría por ello algún premio. Recibiéralo ó nó, era fiel, honrada, digna. Lo era, fíjate bién, lo era entonces, después...

Eduar.—Después ¿qué?

Ism.—Nada de impaciencias. Oiga el letrado. La consulta tiene que ser minuciosa.

Eduar.—Pero...

Ism.—Calma. De vez en cuando, visitaba al colegial su padre. Con mayor frecuencia el bedel, el honradísimo bedel encargado de proporcionarle, en secreto, los medios para su educación y su vida. Ya era un mozalbete cuando un día supo, el hijo de D. Pedro Azores, que su padre había muerto. ¡Quedaba sólo, desamparado en el mundo! Un sacerdote, el confesor del Catedrático, visitó al niño para decirle: «Reza, hijo mío, por el que te dió el ser, y confía en la voluntad de Dios. Tu padre pensando en tí para lo futuro, ha entregado, á quién tu conoces, la suma de cinco mil duros con la cual completarás tu educación, estudiarás una carrera, te harás hombre. No era rico tu padre; no podía tampoco arrebatar á la familia legítima lo que en derecho le corresponde, pero tu suerte está asegurada.» Y, en efecto, el bedel siguió visitando al colegial, siguió pagando sus gastos, hasta que llegó una ocasión en que la persona de confianza del catedrático dejó de ir por el colegio, dejó de pagar los gastos del huérfano, y como el tiempo pasaba y nadie atendía al jovenzuelo, un dia cualquiera lo arrojaron á la calle y se encontró sólo, convertido en vagabundo, el descendiente de aquel señor que antes de morir confiara á la honradez de un subordinado la suerte de su hijo... Y yo te pregunto, ¿cómo se castiga ese delito?

Eduar. Primero hace falta ver las pruebas.

Isma.—¿Pruebas? ¿Documentos? Nada. No hay pruebas materiales. Hay una honradez ficticia que muchas veces se ha arrastrado suplicante ante la víctima del despojo. Hay un usurpador que aprovechándose del silencio de la muerte, usó en su propio bien, lo que no le correspondía.

Eduar.—Cuando se acusa. hay que probar la acusación.

Ism.—Buscaba quien alardea de incorruptible y me encuentro al leguleyo. ¿Pruebas? Sí, tengo una.

Eduar.—¿Cuál?

Ism.—Tú mismo.

Eduar.—¿Yo?

Ism —Pregunta, ¿cómo el hijo del bedel Galiana pudo seguir con desahogo una carrera costosa?

Eduar.—¡Ah! ¿Con qué tu historia?...

Ism.—La mía. Soy el hijo de D. Pedro Azores. Y ahora, no te esfuerces en averiguar por qué persigo á tu familia, por qué acoso á tu padre, por que te aborrezco. Porque eres hijo de un ladrón; porque gracias al dinero destinado para mí, consigues los triunfos de que te envaneces; porque yo estoy en la miseria y tú camino de la riqueza, cuando era mío el bienestar y tuyas las necesidades.

Eduar.—¡Mientes!

Ism.—El recurso de siempre. La verdad que nos hiere es mentira, y es verdad la mentira que nos halaga.

Eduar.—¡Mientes, sí! Tus groseras imposturas no me pueden herir; tu invención columniosa no me puede hacer daño.

Ism.—Pues si miento, ¿por qué en la casa donde naciste, soportan mis persecuciones? ¿por qué los tuyos sufren mis amenazas?

Eduar.—Por debilidades de la bondad, por flaquezas de los buenos corazones; pero yo te repito que mientes.

Ism.—Llama á tus padres, diles que vengan, diles que yo te lo he contado todo. Verás como sus propias conciencias les abruman.

Eduar.—¡Calla! ¡calla! No se como he tenido paciencia para oirte, sin ahogar las palabras en tu garganta.

Ism.—¿Vas á pegarme?

Eduar.—Sí. Voy á abofetearte, á escupirte, respondiendo á tus imposturas.

Ism.—¿Y qué? Ahora estoy como nunca, tranquilo, satisfecho. Ya no podrás ser feliz. Ya conoces el orígen de tu engrandecimiento. Todo tu triunfo descansa sobre una infamia.

Eduar.—¡Miserable!

Ism.—Ruge, encolerízate. Yo me río. ¡Por fin, siento en mi alma el estremecimiento de la alegría! ¡Ya me llegó el turno!

Eduar.—El fin de tu vida llegó, porque has de pagar con ellas las afrentas.

V—Nunca, *drama de Francisco Acebal.*

Antes de que Spinoza socavase la moral cristiana sosteniendo que es bueno todo lo que tiende á la plenitud de nuestro sér y malo todo lo que se opone á nuestra felicidad, afirmación andaz que es actualmente el punto de partida de la moral anarquista, había recomendado el canciller Bacón que buscásemos en nuestra propia experiencia la norma de nuestro vivir.

En ciertos respectos solemos ajustarnos á esa humana máxima, pues cada uno de nosotros, antes de decidirse á proceder en cualquier caso, consulta sus recuerdos y se somete casi siempre al precedente. Si nos piden dinero prestado, nos acordamos, sin poderlo remediar, de que hace algún tiempo alguien con quien

tuvimos esa misma condecendencia no nos lo devolvió, y ello basta para que lo negemos ahora.

Si contrajimos un catarro por salir á la calle sin gabán una noche de invierno, lo más verosímil es que nos abstengamos de incurrir en esta temeridad en lo futuro. ¿No es eso? La experiencia, los recuerdos vivos, y quizás también el rastro de nuestros errores nos previenen contra tales peligros y casi siempre nos salvan. ¿Por qué no aplicar esta sana lógica al mundo sentimental? ¿No vemos todos los días que el contrariar una pasión nuestra equivale á exponernos á ser infelices?

La humanidad, que, dicho sea de pasada no es capaz de grandes cosas en ningún sentido, se ha empeñado en regular su vida por un Código que es contrario y funesto á la vida misma. Residiendo en la Tierra, nos obstinamos en proceder como si fuésemos habitantes de otro planeta. Ponemos en franca rivalidad á la pasión, que es el instinto creador de la vida, con el deber, que es una disciplina postiza é inhumana, y cada vez que triunfa el uno de la otra, cada vez que el deber se sobrepone á la pasión, nos envanecemos de ser grandes, como si esa historia fuese un indicio de superioridad.

En la comedia de Francisco Acebal, este joven y distinguido escritor nos propone ese mismo postulado. Claudio y José Ramón los dos hermanos que aman á la misma mujer. Nadie ignora que lo más vivo, lo más enérgico, lo más irrechazable que puede darse en nosotros es ese despertar que nos empuja, inermes, trémulos y ciegos, en los brazos de una mujer.

¿Quién de nosotros cedería el sér amado á nadie, no ya á nuestre hermano, sino á nuestro propio padre que se empeñase en disputárnoslo? El primer error del Sr. Acebal, mejor dicho, su primera hipocresía estriba en facilitar el sacrificio de Claudio,que es el fuerte, al bien de José Ramón, que es el endeble.

Yo no puedo resignarme á presenciar estas inmolaciones, que vienen á ser como una evocación pusilánime de la moral vieja, sin que se levante un grito de protesta del fondo de mi alma.

Si la vída misma se opone á ellas y las repugna, ¿por qué alentarlas, por qué atribuirlas un íntimo sentido de superioridad? ¿No es esto absurdo? En los dos primeros actos de *Nunca* no aparece muy claro que Manolita prefiera el amor de José Ramón al de Claudio Adrede, sin duda, y por sustraer interinamente uno de los resortes de la acción á nuestra curiosidad, el notable escritor deja ese punto entre sombras, en una vaga penumbra, que no se disipa hasta el tercer acto.

Verdad es que si Manolita mostrase una resuelta inclinación hacia el hermano de Claudio éste no tendría coyuntura de sacrificarse, porque no nos es dable desprendernos de lo que no es nuestro. Y no habría comedia. Concedido; pero como no se puede ó, mejor dicho, no se debe edificar sobre cimientos endebles, la obra de Acebal flaquea y se reciente desde el princi-

pio. Si Claudio no es amado—y ello no se vé de manera clara,—no tiene por qué adoptar actitudes de mártir sentimental. Y si ama y tiene esperanzas de ser correspondido, ¿por qué se sacrifica?

Puesto frente á una obra que tiene apariencias de real—este á lo menos ha sido el designio de su autor—, yo no puedo menos de considerar reales y de carne y hueso á los personajes que intervienen en ella. De ahí la extrañeza y la contrariedad con que asisto al proceder de Claudio, cuya esterilidad, por otra parte, presiento. Casada Manolita con José Ramón, que es un *quídam*, un señorito frívolo, egoísta, y sin un adarme de sal en la mollera ni un aliento de energía en la voluntad, no tarda en sobrevenir la desventura de aquella mujer. Primero el desvío, y luego el abandono definitivo.

Entre tanto, la adhesión sentimental de Claudio á su cuñada ha crecido en tales proporciones, que éste ama á su sobrinita como á su propia hija, y se duele y consterna con su temprana muerte tanto como si él fuese el padre de la pequeña.

Todavía al comenzar el cuarto acto me tentaba la esperanza de que Claudio, vista la infecundidad de su sacrificio, se resolviera á reconciliarse con esa moral fuerte y activa, que nos ordena ser felices aun á costa de cuanto nos rodea; que, fracasado aquel intento cristiano que le hizo renunciar á Manolita, se deje arrastrar de la pasión, que aún podría salvar á los dos, á la mujer abandonada y á él mismo.

Pero, no; el Sr. Acebal es en el fondo y en la forma católico, y no podemos esperar de él tales fogosas audacias. Contentémonos con haber hallado en su obra ráfagas de poesía y una cierta ternura muy de nuestro gusto. Francisco Acebal me recuerda á Fogazzaro, por el fondo cristiano de su espíritu, por la visión tranquila y resignada de la vida y por la fuerza pictórica con que describe el paisaje.

Como novelista no suele ver las rudezas de la pasión y suele aparentar que no advierte los móviles interesados del proceder humano. De ahí su optimismo; un optimismo cristiano que espera la sanción en la otra vida. Como dramaturgo no nos ha revelado todavía su personalidad. *Nunca* es obra primaveral, fruto agraz de una inteligencia muy viva y muy delicada. Esperemos de él algo más hondo y de más brío.

EL GALOPE

A Cástor Gómez

En lo alto, en la montaña frondosa de castaños y tilos, en una de aquellas cuatro ó seis casitas, cuyo blanco color rompía inesperadamente el entonado uniformemente verde de los árboles, estaba él, el hijo espectante, recluido allá arriba por el consejo de sesudos clínicos.

Un mes antes habíase sentido mal; un catarro ligero en un principio. Poco á poco aquel ansia de aire que sentía, fué ese aumento; más tarde un vómito de sangre... ¡la sangre! Aquello le asustó. El médico al verle, llamó en su auxilio su más seco gesto y le dijo de modo que le hizo sentir inmenso extremecimiento.—Esto es grave, muy delicado, tiene V. que cuidarse mucho. Vaya V. arriba, á la montaña, en busca de aire, de luz.

Y allí estaba hacía un mes, solo; visitado semanalmente por el médico, que él sentía ridículamente pequeño en medio de la gran Madre medicatriz: la selva.

Su madre fué llamada con urgencia, el caso era de cuidado. Estaba lejos, tenía que atravesar el mar. Pero pronto cesaría su soledad, ¡aquella tarde llegaría su madre!

*
* *

Allá abajo, sobre la azul superficie, surcada de extrañas figuras dibujadas en mate por zonas menos intensamente azules, vió el pobre solitario, como aparecía un barco. Primero fué sombra diminuta; poco á poco, como delineado por el pincel invisible de incógnita mano, fué tomando forma... uno, dos, tres palos... ¿Será ese? ¡Qué despacio!... E impensadamente sentía en su interior una vehemente protesta contra sí, y envidiaba furiosamente á aquellos mirlos, que diríanse teñidos por rayos solares disueltos en las charcas, que volaban veloces sobre la ondulante cabellera de los tilos y castaños de la montaña.

Algo se le había ocurrido... ¿Y por qué nó?—pensó—... Sí, ahora mismo... El caballo, Juan, el caballo... ¡Señor!... ¡El caballo enseguida, vuela!

Sí, irá al puerto. Cuando su madre llegase él estaría en el muelle... ¡Pronto, pronto!

Y así fué. Al instante estuvo todo listo; con agilidad que nadie hubiese podido atribuir á su cuerpo desmedrado, casi esquelético, saltó sobre la silla crugiente y espoleó la yegua. Arrancó esta con brusca sacudida, y salió galopando con ruido de cascos enérgico y comprimido, como la frase que un tozudo repite y repite, sabiendo que es falsa. Pronto salió del bosque y empezó el descenso por la vereda pedregosa. Habia que ir despacio hasta llegar al llano, y el alma del triste enfermo sentía un desasosiego impaciente,que le recordaba aquel otro especialísimo que sentía en los claústros universitarios cuando esperaba la «nota».

Al fin llegó abajo; atravesó trotando el puentecillo destartalado y de nuevo azuzó la bestia con la espuela. Y ahora, como antes, corrió la yegua, pero no con galope comprimido sino libre, vertiginoso, por la carretera polvorienta y dorada, hostigada sin cesar por aquel espoleo insistente y febril. Atravesó el pueblo despertando las iras inofensivas de perros callejeros y volvió á encontrarse en la carretera culebreante. Su pecho inspiraba con ansiedad aquel aire polvoroso y tibio; sentía crecer la angustia de su pecho insuficiente, y siguió espoleando sin piedad al animal, con la esperanza de que así llegaría antes, y antes cesaria su fatiga... y sobre todo ¡su madre! junto al mar, ahora invisible al ser tapado por la arboleda, la vería muy pronto.

...Y siguió hiriendo con furia el vientre tenso del animal que corría, corría sin cesar hacia el mar, hacia la madre, hacia el porqué...

De pronto sintió una angustia infinita, suprema; su cerebro se vaciaba, anulábase. ¿Qué es esto?... No sintió más; su cuerpo se bamboleó á compás del galope vertiginoso de la yegua, cayó sobre el cuello del animal y rebotó ritmícamente sobre el mismo por tres veces, como si preguntase insistente: ¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es?... y luego cayó al suelo con porrazo pesado, diciendo en el lenguaje eterno de lo gráfico: ¡La Muerte!...

Y allí quedó, sobre el polvo finísimo de la carretera dorada por el sol, besando la tierra con los brazos abiertos como en un supremo abrazo...

Sobre la azul superficie del mar, surcada de extrañas figuras dibujadas en mate por zonas menos intensamente azules, se acercaba magestuoso el buque donde venía la madre. El viento trajo desde la altura el hálito de la selva frondosa de tilos y castaños, que vino á posarse como un beso en la frente empolvada del caido, que con su boca pegada al suelo y los brazos abiertos parecía abrazar á la tierra. ¡Había encontrado á su madre!

B. Valle y Gracia.

AL ECLIPSE

IMPRESIONES

Con rara puntualidad, el botijo zarpó á la hora anunciada, las seis y diez minutos, de los espaciosos andenes de la Estación de Atocha, con gran estrépito y crujir de hierros y maderas, y grandes muestras de regocijo de los que en él íbamos, que victoreábamos con sórdida crueldad á los que llegaron tarde y aún habían de soportar media hora de andén, teniendo, como si esto fuera poco, que aguantar una colección de epítetos de dormilones, gandules, juerguistas, entreverados con otros de la jerga chulesca de *panolis* etc.: pero la nota culminante la dió en un momento de silencio una voz estentórea y desafinada que salía de un incómodo departamento de tercera (porque no había cuarta) que gritó ¿Van *parriba joy*?

Este departamento encierra algo misterioso y raro para los viajeros de los contiguos departamentos. Los primeros que han llegado le han encontrado ya ocupado, y es de advertir que á las tres ya habían bastantes cientos de personas en los andenes: los empleados de la estación le hacen objeto de disimulada inspección, y hasta un guardia civil ha asomado por la ventanilla su tricorne cabeza de líneas duras y facciones angulosas: tal algarabía y ruido hay: tales son los aplausos y las pateos conque la bulliciosa caravana acoge los chistes que salen como incesante borboteo. Solamente hay algún silencio cuando gime el violín agudo de un seco doctor, revolucionario y positiva esperanza de la medicina, ó cuando algún conejero rasguea en la guitarra alegres folías que á media voz corean los agraciados á quienes la naturaleza ha dado esa superior sensibilidad que llaman oído musical: los que tales no somos, callamos, y ante la evocación de la lejana y querida terruña sentimos alegre tristeza, que nos dá ánimos y esperanzas para la lucha ardua por su agradecimiento.

La máquina suena su penetrante silbato como respondiendo á una campanilla grave que acabamos de oir, y enseguida, tranquilos, sin brusquedad, el largo comboy comienza á deslizarse sobre la vía aumentando discretamente su velocidad hasta que ha abandonado las agujas y se lanza virtiginosamente devorando el espacio, crujiendo y silvando incesantemente.

El terreno es ameno y variado: se lo reparten los montes frondosos poblados de caza menor, y los precipicios abruptos: única-

mente junto á las estaciones frecuentes hay algo de cultivo ordinario, y en las márgenes de los arroyos que vemos con pretenciones de rios. En Guadalajara nos hemos encontrado á Fr. Lesco, siempre inflexible y rígido, retratando en la variación constante de su rostro, entre la sonrisa y la severidad, su alma grande de artista y filósofo, de poeta sentimental y de observador profundo de la naturaleza y de los hombres.

Ya estamos en Sigüensa: la mole de cerca de cuarenta vagones se ha detenido, y por sus bocas innúmeres lanza chorros de humanidad: casi todos llevan su merienda, la bota, los gemelos, ó cuando menos un primitivo cristal obscuro. En aquel momento se ha nublado el sol, como si el Supremo cuidador del Orden quisiese poja, y luce el cielo, limpio de nubes.

bruñirle bien para que mejor podamos observarle: luego se des-

Son las once, algo largas, y aún no hemos probado bocado alguno, por lo que ante todo pensamos en elegir sitio: yo quiero hacerlo en la Alameda que hay á le entrada, de árboles seculares y frondosos: quiero comer un día con luz alegre y bendita, porque ya me cansa el lógubre comedor de mi casa de huéspedes: mis compañeros no quieren: ¿qué dirán? me responden.

Vagamos un rato por Orbajosa, digo, Sigüenza buscando albergue, pero nada nos gusta únicamente en una rudimentaria casita de campaña lo hubiéramos hecho á no habernos pedido dos duros por alquiler de bajilla más el gasto, ante cuya demanda huímos como pájaros de un escopetazo, y el cónclave honorable se decide por mi primitiva petición, y en un vetusto banco de piedra, injuriado y maltrecho por los años,nos disponemos á entonar con los hechos un *panem nostrum* que no es el cuotidiano, sino algo mejor que el incípido cocido que las patronas nos dan á *diario todos los días*, como dice un conocido de todos nosotros, cuya entrada en el Teatro fué aclamada en noche memorable. Cada uno desenvuelve su petate, y se acuerda que todos comamos de todo, por lo que hemos hecho un almuerzo de 10 ó 12 platos, si bien que en dosis homeopáticas Lo único que no ha faltado ha sido unos buenos remojones de morapio aprisionado en una fenomenal bota adquirida por suscripción popular.

Y aquí viene bien hacer una advertencia que interesará seguramente mucho á los que en el porvenir lean esta susc nta y verídica historia, y por donde pueden ver las generaciones hasta que punto llega nuestro amor á la observación directa de los fenómenos naturales: ello es, que para poder ir á Sigüenza hubo necesidad de hacer empréstito extraordinario, para lo que valió de fianza unos simpáticos papelitos timbrados,que suelen llegar á nuestras casas en los días de fin de mes en sobres discretamente lacrados, y que por el arte quiromántico que en todo emplea el Banco de España, al siguiente día habían de transformarse en moneda contante y sonante ó en billetes del susodicho B nco de facil y forzosa circulación, como en los documentos hipotecarios suele decirse.

Cuando con un modesto cristal ahumado observo al Sol me apercibo de que ya la Luna le oculta á medias: sin embargo, casi nada se nota á simple vista ¡así como así no se oculta á un sol de Agosto! Poco tiempo después la luz solar amarillea, las sombras de los objetos comienzan á ser indecizas, los árboles se *tiñen* de un triste gris, los horizontes se visten de añil, los montes de pardo y los bellones blancos que tapizan el cielo se debilitan y comienzan á enrojecer: todos estamos líbidos, como atemorizados.

El momento solemne se aproxima, todo obscurece más, y al fin solo brilla un punto hacia el que converge una espiral gigantesca de luz de oro que se concentra en él.....

Estamos en una pálida noche de luna llena, que por su mágica sublimidad se me antoja de aquellas que elegían los asirios para sus sacrificios: las nubes son del color de oro con que Ticiano pintó la lluvia áurea que Júpiter hizo descender sobre la voluptuosa Danae: el añil de los horizontes le ha sido arrancado á Goya de los tapices en que inmortalizó el agreste paisaje madrileño. Luego, de la altura infinita se desprende un átomo de luz, cuya pequeñez es mayor que el mundo á que devuelve su vida y su alegría: tras él se precipita el caudal entero, y á los pocos minutos el fenómeno ha terminado aparentemente. De vez en cuando dirigimos nuestra lente ahumada, y un noblote labriego castellano que está junto á nosotros sonrie malicioso, y simulando un aire de superioridad nos dice que él ve todo bien sin lente. Yo pienso si ello será una superioridad, ventaja que compensa nuestra inteligencia que obscurece la suya, pero tras ligeras divagaciones comprendo que es solo que aquellos infelices no ven bien ni la luz del sol.

Después de admirar á la naturaleza quiero admirar á los hombres é instintivamente me dirijo á la rara Catedral. Es un edificio gótico con parches greco-romanos y aún árabes.

Sobre una mirilla que corona un portal, ambos del segundo estilo, vemos un medio punto que remata un arco hermoso del más puro estilo árabe.

La entrada principal es del gótico más castizo como toda esta fachada: pero no del gótico de la Catedral de Burgos, en que se inspiró Churriguera, sino del gótico primitivo del palacio de los Lujanes.

El interior del templo me recuerda al Escorial: en realidad no tiene estilo determinado sino un espíritu de seriedad y grandeza: predomina, sin embargo en sus bóvedas angulares y sus ventanas, la ojiva de losgóticos.

Tiene muy buenos cuadros, tanto por su valor odjetivo, como por los maestros á que fueron debidos, habiendo alguno de autor desconocido, aunque de mérito indudable.

Salvo un Cristo algo raro, las esculturas las encuentro acreedoras á la censura qué el maestro Galdós les dedica en su inmortal «D.ª Perfecta», cuando las traslada á la Catedral de la ficticia Orbajosa...

En el casino todo es alegría y desórden: las tasas y vasos en que ha de tomarse un bervaje negro y mucilaginoso que se atreven á llamar café, son arrebatadas de manos de los mozos que pugnan por defenderlas.

Subimos una vetusta y sucia escalera de piedra muy gastada é inmediatamente reconocemos los salones del casino donde Pepa Rey entretenía sus ocios de madrileño neto.

Frente hay una casa antiquísima, que parece una condensación del tiempo, con unas rejas despintadas, trás las que adivino á las niñas de Troyas y en un momento por mi mente calenturienta cruzan escenas, personajes, aventuras... De mi ensueño me saca el agudo silbato de la locomotora que nos llama otra vez al vertiginoso y enervante Madrid.

Precipitadamente salimos del casino, y cuando atravesamos una calle pendiente y mal empedrada en la que hay una casa solariega, con un jardin viejo y en descuido, que cierra una tapia, por una de sus puertas sale una especie de centurión, hombre fenomenal, gigante,que mira con entresejo al tren que vuelve á silbar, y al que nos dirijimos.

Es Caballuco, que mira las tropas que se avecinan...

. . . . . .

RAFAEL MESA Y LÓPEZ

D. Francisco Navarro Ledesma

Navarro Ledesma ha muerto; con su muerte ha perdido nuestra literatura á uno de sus mejores mantenedores, y los que aprendemos gustosos en nuestras fuentes clásicas, lloramos la irreparable pérdida de un maestro ilustre.

El erudito profesor de Perceptiva literaria de San Isidro de Madrid ha dejado de existir en edad prematura. Su existencia toda estuvo dedicada al cultivo de las letras humanas, llegando á dominar el castellano, el latín y el griego. Su férrea voluntad y su incansable entendimiento lograron desde luego señalados triunfos, y le colocaron al frente de la generación nueva, que acomete briosa todas las conquistas literarias. Navarro Ledesma, prodigio de erudición, inspirado poeta y pensador profundo, desaparece del mundo de las letras cuando precisamente su figura se acrecentaba, consolidando una fama universal en España y en el extranjero.

La vida del erudito maestro ha sido cortada en flor, cuando de ella se desprendian fragantes aromas, y el mundo todo esperaba frutos sazonados que viniesen á esclarecer nuestras letras castellanas con las inspiradas obras que brotaban majestuosas de su áurea pluma.

El triunfo mayor del malogrado escritor fué, sin duda, el que obtuvo en las oposiciones que se verificaron en la Universidad Central, en el año 99. En aquellos ejercicios el novel opositor hizo alarde de una erudición profunda, de sus bastísimos conocimientos en la lengua castellana y en el latín, y el trabajo que presentó fué unánimemente elogiado, mereciendo el número 1 entre sus contrincantes.

Desde entonces el ilustre profesor de Humanidades dedicó un asíduo trabajo al desempeño de su cargo, y de su pluma brotaron inmejorables obras, que han servido de texto en muchos Institutos, y que perdurarán eternamente para gloria de las letras castellanas.

Sus Trozos Literarios *escritos con una maestría sin igual, en fácil y ameno estilo, brillando en todas sus hermosas páginas un método didáctico, que revela sus grandes actitudes para el profesorado, y sus indiscutibles méritos de literato eminente.*

Con motivo de las fiestas del Centenario del Quijote en Alcalá de Henares pronunció un magistral discurso en la célebre Universidad Complutense, muy poco conocido quizás por efecto de su gran modestia. En todo él resplandece la nobleza de su alma, su libertad en el pensar, su decir galano, su erudición profunda.

Navarro Ledesma, cuando hablaba del príncipe de las ingenios españoles, exteriorizaba brillantemente su admiración y entusiasmo por el glorioso alcaldino, autor del Quijote; *en briosos párrafos y en arrebatadoras frases elogiaba la obra inmortal de Cervantes, electrizando á la concurrencia, que acudía solícita á escuchar de labios de un maestro el canto de amor, que brotaba de su corazón y de sus labios.*

Hoy EL MUSEO CANARIO *tributa este recuerdo al insigne humanista cuya muerte será llorada por todos los amantes de la literatura castellana, publicando á continuación uno de suu más originales escritos.*

*
* *

LA CIUDAD ETERNA

Habían callado todos los inmortales, hartos de recordar, entre las carcajadas robustas de Homero y la aguda risita de Voltaire, los lances y trances que en la tierra nos parecen de muerte ó vida y que tantas tragedias ocasionan, cuando el llamado Alighieri, que de ordinario no se reia ni hablaba, sin perder su actitud grave, meditabunda y triste, enfiló con su pico de águila los ojos más hondos de cuantos le rodeaban, y que no eran, no, los de Sócrates, ni tampoco los de Goethe, sino los de un soldado manco, natural de Alcalá de Henares; y con voz fina, vibrante, cual si la emitiese garganta de oro y lengua de acero templado las modulase, habló de esta manera:

«En medio del camino de nuestra vida, me hallé perdido y sin guía en una selva obscura, áspera é intrincada. Miles de años parecían contar los troncos. Entre ellos había algunos tan gruesos como la mole del castillo de Santángelo y altos á proporción, de modo que semejaban la columnata en que la techumbre del cielo se apoyase. Extraña pavura se apoderó de mi alma, insuperable miedo; fascinación de la que impulsa, no á huir del peligro, sino á salirle al frente. Fuí paso á paso emboscándome. Intrincada era la espesura, solemne y temeroso el silencio. Aves, insectos y reptiles habian huido quizás hacía siglos de la selva encantada, y aquellos árboles sin nidos y sin cantos, con las cortezas acarrascadas y grietosas, aunque frondosos, verdes, muertos parecían. Al cabo de unas cuantas horas, ó tal vez de unos cuantos años de caminata, el boscaje comenzó á clarear, el apretado escuadrón de árboles se desplegó, y antes mis ojos apareció maravilloso panorama que en el lenguaje rastrero de los hombres no podría describirse, y por eso no le pinto yo, que inventé un idioma para enseñar al mundo loco el infierno, el purgatorio y el paraiso.

Era una gran ciudad en ruinas que sobre alta y lejana cumbre se divisaba. A ella conducía desde lo claro del bosque una calzada, entre cuyas losas viejísimas, desportilladas como dentadura de anciano, crecian altas hierbas. A un lado del camino, una inscripción con una mano señalando á la ciudad, decía el nombre de

ésta: «Azanatópolis; la ciudad donde no se muere».

—¿Qué será el no morir?—pensé un punto. Y apresuré el paso.

Nada en derredor de la ciudad ofrecía aspecto de vida; en los campos incultos, donde ningún rastro denunciaba la alegre ondulación que el arado traza, las hierbas locas y las flores silvestres se agostaban tristes, y sus despojos caian sobre restos de pasadas hierbas y extinguidas flores. Las aguas de un río se deslizaban perezosamente sin arrastrar légamos ni brozas, y en el fondo se veían las piedras inmóviles, formando costra secular. Ni barqueros gárrulos como los del Tíber, ni alegres y cantarinas lavanderas cual las del Arno, poblaban el cauce y las orillas. Con la selva sin pájaros rimaba el rio sin peces.

En la otra orilla, la ciudad, como un mendigo que para subir la agria cuesta ha ido soltando los harapos pesados que le fatigaban y al cabo se han tendido al sol boca arriba, había arrojado en lo bajo de la empinada ladera jirones de murallas, cuyos pedruscos tenian el color de las macas del membrillo ó de la camuesa pasada; colgajos de bastiones y paramentos se extendían aquí y allá, y la puerta monumental por donde entré era un medio punto derruido por habérsele roto la clave, y que alzaba al cielo sus dos machones encorvados como dos brazos implorando misericordia.

Abrumado cual si llevase á mis espaldas el peso de tanta ruina, atravesé con trabajo calles cegadas por los escombros, angostos pasadizos hendidos entre altísimas paredes de viejos edificios, y en los que repercutían como campanadas mis pasos; plazas grandiosas adornadas con pesados arcos triunfales cuyas leyendas se habían borrado, ó por estatuas broncíneas cuyas facciones había carcomido el verdín. Y ni en calles, ni en plazas, ni en edificios suntuosos, ni en casas pobres, nadie, nadie, nadie. El silencio profundo, hostil llenaba de espanto el alma, habituada á que en medio del día todas las cosas respondan con algún eco sonoro á la caricia del sol. En la ciudad inmortal no había ratones, no había moscas, no había arañas. Sólo de cuando en cuando se oía chasquear una viga, ceder una dovela, resquebrajarse un muro. Sólo el tiempo vivía allí, sólo él mandaba, disponía, pesaba y parecía descender sobre las cosas implacables desde el alto cielo. Rendido y temblando al pensar que en aquella soledad medrosa me anocheciese, paré á recobrar fuerzas, me senté en un silllar roto, apliqué el oído aguzado yá por la fiebre que empezaba á invadirme. A poco, un ruído humano vino á sacarme del estupor en que yacía. Ruído humano era, sin duda el más humano de todos: como que era el tintineo de muchas monedas de oro contadas muy de prisa por una mano muy ducha en tal ejercicio. Corrí hacia donde el ruído sonaba, que era un marmóreo palacio de dóricas columnatas, y al acercarme oí varios gritos de terror, altos, estridentes, como graznidos de buitre; luego una carrera precipitada, luego un jadear anhelante. Y ví en el patio principal del pa-

lacio un montón altísimo, una gigantesca pila de monedas de oro, que parecían brotar de enormes claraboyas abiertas en los sótanos, llenos también, por ventura, de aquel maldito metal: eran florines napolitanos y aragoneses, cruzados tudescos, imperiales austriacos, coronas de Bretaña, dinares arábigos, chapas visigodas resonantes, medallas hebreas, minos familiares de Roma, sagitarios helenos, melcartes fenicios y agujereadas piezas de oro del país de los Séricas: eran también pepitas de oro de Ofir, lingotes de Arabia, barras labradas por las manos cobrizas de los hindas gangéticos. Nunca todos los banqueros genoveses, ni los opulentos pisanas, ni los grandes monarcas del apartado Oriente vieron ni soñaron tamaño monte de oro. Y para guardarle y conservarle no habia centinelas, ni cancerbero, ni espantables dragones, sino sólo un hombre, un pobre ser flaco, amarillo, desnudo; la barba tapándole lo más del cuerpo; manos y piés engarabitados, agarrando convulsivamente las monedas; los ojos eran de color de oro, como que en ellos habría quedado el reflejo de lo que durante tantos siglos llevaban contemplando únicamente. En las pupilas que semejaban dos florines, se conocía que aquel hombre no habia mirado al cielo ni á la tierra desde tiempos inmemoriales. No quedaba en sus ojos ningún reflejo de la suavidad y la ternura, que el trato humano suele darles, ni habian respondido á mirada amorosa ni á amistoso requerimiento; ojos sin compasión, ojos de tirano. Al mirarme, revelando temor inexplicable, le temblaron las pupilas primero, luego los párpados rojos como piltrafas sangrientas, y después trenzó todo el cuerpo. El mismo espanto que me causara al verme absolutamente solo, le producía á él el ver, al cabo de tantos años, que no estaba solo; el miedo le hizo correr, dar vueltas en torno al áureo montón, defendiéndole como el chacal resguarda su presa, y, al fin, rendido y exánime, echarse uñas arriba sobre el oro, con las garras amenazadoras, prestas á defenderse.

Pareciéndome que se le debía haber olvidado el lenguaje, por señas le dije que no temiera, y para mejor dárselo á entender me encogí de hombros y escupí despreciativamente al montón de oro. El avaro comenzó á serenarse. Entonces le hablé en latín: no me entendió. Probé á hablarle en griego, y tuve la amargura de ver que aquella alma cenagosa entendía la lengua del divino Platón. Cuando le signifiqué en pocas palabras que yo no había llegado hasta allí atraído por el sonar del oro, abrió desmesuradamente los ojos con una desconfianza milenaria y luego se echó á reir, y en verdad os digo que su risa como chocar de monedas sonaba; comprendí que me tenía por loco. Le interrogué y no me contestó: no podía fijar su pensamiento en otra consideración que la de su tesoro querido, único objeto y anhelo exclusivo de su vida. Recordé entonces que en mi escarcela llevaba tres doblillas de oro venecianas, y sacándolas cautelosamente se las enseñé. El avaro, poseedor de una riqueza mayor que las de Creso y Midas,

echó los ojos fuera de las órbitas y se lanzó contra mí, las garras crispadas, y me acercó al rostro las uñas retorcidas. Al querer dañarme, comprendió que siendo yo inmortal como él, no podía causarme ningún mal. Desesperado por la convicción de que había aún en el mundo algún oro que no era suyo, dejó caer los brazos, lagrimones de agua amarillenta escaldaron sus mejillas, y, en griego purísimo, comenzó una larga letanía de súplicas y lamentaciones para que le diera aquellas tres moneditas que le faltaban para la completa beatitud, y que de seguir faltándole harían intolerable su inmortalidad.

—Las monedas serán suyas—le dije—si me cuentas, sin ocultarme pormenor alguno, el misterio indescifrable de esta abandonada ciudad. Pero has de contarme todo.

Satánica alegría iluminó su rostro centenario, y la esperanza hizo brotar dos manchas rojas en los pajizos pómulos del avaro. Púsose en pie, y el sol, que desde muchos siglos antes no se quebraba en su frente, pintó en lo alto de la calva la luz brillante que chispea las frentes de los pensadores, de los artistas. ¡Oh, sí! Por conseguir mis tres doblillas, el hombre iba á hacer una obra de arte maravillosa. Y en efecto, requiriendo no sé qué harapos que por allí tenía olvidados, los acomodó á su largo y flaquísimo cuerpo, los plegó con arte y elegancia, y extendiendo el brazo derecho, comenzó, en actitud demosteniana y con palabras no desemejantes á aquellas en que Tucídides nos cuenta cómo el gran Pericles ateniense cantó las glorias de la cindad de Palas; habló, habló como hablaban *entonces* los griegos, como después hemos intentado cien veces hablar sin conseguirlo, porque ni las fibras y las venas de nuestro pensamiento, ni la piel que lo devuelve, son tan fuertes, tan finas, tan elásticas, tan vibrantes. Lo que dijo, yo no acertaré sino á expresarlo en breves palabras, sueño de sombras de aquellas que le oí.

Azanatópolis, la ciudad donde no se muere, fué un pueblo bellísimo y culto; sus ciudadanos todos amaban la hermosura y practicaban la virtud según la entendía Sócrates, que me escucha; es decir, para mí, la más perfecta manera de virtud conocida. En premio á su bondad, visitó á Azanatópolis el Demiurgo, y estimándola modelo para los hombres, decidió que la ciudad fuese eterna é inmortales sus habitadores, porque así—discurría la divina Inteligencia—siempre habría un ejemplo que ofrecer á la mal gobernada y viciosa humanidad.

El resultado fué tristísimo. A las grandes orgías y á las solemnísimas fiestas con que los azanatopolitanos celebraron su propia inmortalidad, sucedió un período de sedante meditación. Iban pasando años y años, lentos, monótonos, y aquellos hombres, seguros de no morir, iban perdiendo poco á poco todo estímulo de vida. Lo primero que entre ellos se acabó fué el trabajo y el orden. No pudiendo morir, necedad era obedecer á nadie; las autoridades no encontraban á quien mandar. Sin miedo á la muer-

te, se acabaron la disciplina militar y la cívica, y con ellos el Ejército y el Gobierno. Nadie trabaja, puesto que aun cuando las casas se hundieran, los hombres inmortales renacerían de entre los escombros, y aun cuando faltase el sustento, la vida proseguiría. Desapareció toda distinción de castas y clases, pues así como la muerte iguala á todos los hombres, el no morir les igualó también. Los odios, las envidias y los rencores que á hombres y mujeres separaban, fueron olvidados, como cosas vanas y baladíes; mas el daño estuvo en que, odios y celos extinguidos, pereció igualmente el amor. Esto sucedió al cabo de muchos siglos; pero ello fué que la carne se hastió de gozar, y no mucho después, muerta la lujuria, se extinguió, como se extingue el humo postrero tras la última llama, el amor ideal, que á tí Platón, te enseñó Diotima, la forastera de Mantinea, y á mí la preciosa *Monna Bice*, mi inmortal amada. No habiendo amor,callaron los músicos, colgaron sus paletas los pintores, enmudecieron los poetas. Los paladares se hallaban cansados de todos los refinamientos gastronómicos, y sólo por entretenerse mascullaban silvestres hierbajos; los labios estaban hastiados de todos los besos, las lenguas de todas las lisonjas, los oidos de todas las músicas. En aquel silencioso concierto del universal cansancio, sólo seguía trabajando, infatigable, en su laboratorio, el sabio buscando la verdad. Por sus retortas y alambiques iban pasando todos los objetos que podían ser analizados. El sabio, guiado por extraña luz, nada averiguaba como cosa indudable, pero tampoco cejaba en su empeño. Al fin, después de un millar de años, la convicción se apoderó de su alma y le hizo parar en su trabajo, romper las retortas con desesperación. Era imposible averiguar la verdad sin tener á la vista cuerpos muertos, pues solo la muerte nos muestra el secreto de la vida. Y el sabio fué el primero que, renunciando heróicamente á su condición de inmortal, salió de la ciudad, volvió al mundo en que se muere, la frente erguida, los ojos llenos de fe; él enseñó el camino á los demás, y en sucesivos siglos fueron pisando sus huellas los enamorados que ya pensaban en las hermosuras mortales, los iracundos y rencorosos que anhelaban poder matar algún semejante, los envidiosos que ansiaban desear el bien de alguien, los glotones que aspiraban á gozar sensaciones nuevas, los déspotas que intentaban á costa de su vida tiranizar á los pueblos, los aristócratas que se afanaban por poseer orgullo ante otros mortales; y en fin, hasta los trabajadores que ganaban la vida con sus manos, hartos de la inacción y de la holganza, huyeron los últimos, buscando otra vez las rudas y brutales caricias de la tierra; marcharon azadón al hombro, resueltos á hacer algo, aunque no fuese más que cavar su propia fosa. A todos, decia el avaro en palabras relampagueantes, á todos los ví marchar, y habiendo reunido en este palacio desde tiempo atrás muchos dineros, rebusqué, olfateé, huroneé, desescombré toda la ciudad. He tardado trescientos años, pero ya estoy seguro de que no queda

en Azanatópolis ni una moneda que no sea mía, excepto la que vos tenéis en las manos.

Se las dí, rogándole que me indicara el camino por donde se habian marchado los entristecidos inmortales; me lo enseñó borrosamente y comenzó á mirar, remirar, palpar y agasajar las tres monedas que le colmaban de dicha. Caia la tarde y apresuré el paso. Dos ó tres veces volví la cabeza; allí, sentado en el montón de oro, el avaro daba vueltas á las doblillas. De fijo que ya se había olvidado de mí, de mi cuento de la Historia de la Ciudad Eterna.

Me interné de nuevo en la selva obscura; me pareció volver á la vida; lancé un suspiro alegre, y me acordé de Beatriz, de mi eternamente amada *Monna Bice..*»

Calló Dante; y el llamado Hegel, que le había oido con atención suma, preguntó:

—Según eso, la muerte es el único resorte de la vida.

A lo que el llamado Balzac respondió con viveza:

—La muerte ó el oro.

Douze cent mille ans d'Humanité

ET

l'age de la Terre

Este es el título de una obra que á los 58 años de edad publicó un tal L. Remond, que según él nos cuenta, solo aprendió á leer y escribir. A su tiempo fué llamado al servicio militar donde obtuvo los galones de cabo de artillería de montaña. Falto de recursos para adquirir libros, buscólos en las Bibliotecas con el mismo afan con que las abejas buscan las flores que gratuitamente ofrecen los campos. Su obra fué premiada con la medalla de plata de primera clase por la Academia de ciencias de Tolosa en 1901. Pero Remond crée que ha dicho algo nuevo: crée que ha descubierto la explicación de ciertos fenómenos geológicos hasta aquí inexplicables; y pide á la Academia que se discuta su obra: ella lo rehusa. Los astrónomos clásicos y los profesionales se alarman de que un intruso pueda eclipsar las glorias de Lalande, Laplace, etcétera y se promueve una discusión por escrito en que toma parte una veintena de sabios (Remond promete no expresar sus nombres para que discutan con más libertad) á los que replica Remond, uno por uno en dos suplementos de 114 páginas el primero y 118 el segundo. Entre sus contendientes, le son hostiles los astrónomos, pero los geólogos le son favorables con rara excepción.

Todo este ruido, este cisma científico, no habría tenido lugar, sin la generosidad de S. A. S. el Príncipe de Mónaco, por que Remond es tan pobre en recursos, como fecundo en penetración.

El que escribe estos renglones, se tomó la libertad de escribirle, y su contestación no pudo ser más amable y complaciente.

Perdido el miedo, le pedí su retrato, y me contesta.—Sin pelo y sin dientes, tengo más derecho que Don Quijote á ser el Caballero de la triste figura; pero un pariente mio conservaba uno, y se lo remito.—Está con el uniforme de cabo, tiene una gallarda presencia, y parece de buena estatura á juzgar por la pilastra en que se apoya; y al dorso escribí estos renglones.—Cnando joven lo vistieron con la ropa de soldado, retirándose á su hogar con los galones de cabo. Más tarde con la pluma á los sabios provocando, venciéndolos uno á uno, se quedó dueño del campo.—Volví á escribirle remitiéndole unas figuras para que me digese si inter-

pretaba su descubrimiento. Me las devuelve sin carta ninguna, pero en el sobre escribió de su puño.—Je suis tres malade et tout travail m'est impossible. L. Remond, 12, rue Martiny. Marseille—(llegó á mis manos el 12 de Junio 1904.) No teniendo contestación á mis nuevas cartas, lo dí por muerto; y seguí escribiendo:—Si la muerte puso fin á su célebre campaña, este libro sigue siendo la trompeta de su fanal. (Exegi monumentum ære perennius.) Traté de averiguar que día había fallecido y de que enfermedad, sin poder conseguirlo: una sociedad astronómica contestó de palabra, que no lo conocían... Por fin, desde Madrid se escribió al Consul de España en Marsella (en papel timbrado) y contesta que en efecto Mr. Remond había muerto en un *hospital,* sin dejar herederos... ¡Sin dejar herederos! En metálico, ciertamente que nó; pero el que quiera enriquecer su mente, que lea su obra y sus dos suplementos—Paris, Librería Lucien Rodin, rue Christine 1903.

Al terminar estas líneas ocurre preguntar. ¿Adónde habrá ido á parar la medalla de plata? Si la generación que nos reemplaza quiere cubrir los huesos de Remond con una losa de marmol ¿dónde estarán ellos?

Entretanto ¿puede extrañarse que desde algun rincon del Mundo se pague este mísero tributo á la memoria del que puso en alarma á los sabios que se consideran depositarios de una asercion que ellos creen indiscutible?

A. G. Barba

Un ilustrado amigo con quién consulté los renglones que preceden (que tuvo la benevolencia de concederles el *pase*) echa de menos una explicación por la cual se forme idea de la controversia entre Remond y la generalidad de los astrónomos. Voy á hacer lo posible por explicarla.

El eje de la tierra tiene actualmente una inclinación de 23 grados con relación á la órbita que describe en un año al rededor del Sol, á lo cual debemos las cuatro estaciones. Si ese eje, en que la tierra hace una revolución en 24 horas, fuese perpendicular á su órbita, el sol estaría siempre en el ecuador, y Quito tendría un estío contínuo: Madrid, París, Londres etc., un clima analógo al otoño ó la primavera, y la Goraenlandia un invierno constante, aconteciendo lo mismo en el hemisferio del Sur. Si el eje de la Tierra coincidiese con la eclíptica ó sea á 90 grados de la perpendicular al plano de la misma, la temperatura más alta sería la de los polos. Todas estas posiciones no causarían perturbación ninguna en el sistema solar; baste decir que el planeta Júpiter está en el caso segundo, y Saturno en el tercero; pero el reino vegetal y animal como el que conocemos no podría existir, en tales circunstancias y en cuanto al ser racional (llamémosle así ad cautelam) no desaparecería, porque hoy mismo, habita en todas las latitudes de la Tierra con más ó menos su-

frimientos; pero los fonómenos geológicos, desfigurarían la superficie de nuestro planeta.

Ahora bien, los astrónomos más eminentes, los qué, por decirlo así, han formado una jurisprudencia acatada hasta aquí como artículos de fé, se ratifican, (fundados en sus observaciones) en que la posición actual del eje de la Tierra, solo esperimenta una oscilación que tiene por centro un punto normal é invariable.

Pero Remond, que además de estar en el secreto de la ciencia astronómica, es también un geólogo, sabe los trastornos porque ha pasado la corteza de la Tierra, que sólo tienen explicación atribuyendo al eje de la misma un movimiento, no oscilatorio ó de vaiven, como creen los clásicos, sinó contínuo que pasa por todos los grados de cero á 90. Siendo asi, los fenómenos geológicos, quedarían explicados, y es entonces cuando Remond se entrega al exámen de los cálculos que se tienen por ortodoxos, que en la polémica sostenida, parece quedan vulnerados, y verdaderos, por el contrario, los que él presenta, por más que esto sea sensible para la especie humana... Pero no nos preocupemos, porque el movimiento en cuestión referente al eje terrestre, es de 48 segundos por siglo, cuyo ciclo invierte un millon, doscientos mil años. Si mal no lo entiendo, volvería el hombre á la edad neolítica; y entonces ¡adiós mis plazas de toros! ¡adiós congreso de diputados! El único afan sería el pan nuestro de cada día.

A. G. B.

P. S.

Preguntándole á Mr. Remond si la lectura de su obra es lícita para un católico, me contestó remitiéndome las siguientes citas, tomadas de «L'homme devant les Alpes» por Ch. Lenthérie, ingeniero de puentes y calzadas, al hacer este una profesión de fé religiosa.

«Lo mismo que la Biblia, la Iglesia no prohibe á los geólogos indagar la medida de los tiempos transcurridos desde la creación del mundo y del hombre(H. de Vanroger Padre del Horatorio)—El Padre Monsabré admite la posibilidad de un ser preadamita que fuera en la admirable progresión del plan divino, el boceto y el precursor del hombre, al cual será preciso atribuir los instrumentos de la época terciaria—Un profesor de la facultad de Teología de París, el Abate d'Envien, ha creido poder asegurar sin faltar á la Fé, que la arqueología prehistórica y la paleontología, pueden, sin colocarse en oposición con la Santa Escritura, descubrir en los terrenos terciarios, trazas de preadamita, y que la revelación bíblica nos deja en libertad de admitir la existencia del dilubio gris, del hombre plioceno y también del hombre eoceno.»

Postales

—

ALBUM DE J. S. Y R.

De arbitrios municipales
Anda esta pueblo indigesto:
¿Por qué nuestros concejales
No gravan con un impuesto
A las tarjetas postales?

—

ALBUM DE R. N. Y H.

Como soy republicano
Y cumplidor de las leyes,
Quien á tí te puso Reyes
Debió de ser un tirano.
Más como cabe en lo humano
Todo arreglo ó transacción,
Si hoy ostentas el blasón
Y eres de amor soberano,
Te hará el mismo amor mañana
Presidenta del Cantón.

—

ALBUM DE G. M. Y R.

Quisiera llamarte hermosa,
Según muchos pareceres;
Pero decirte tal cosa,
Me parece mucha prosa
Sabiendo tú que lo eres.

AMARANTO MARTINEZ DE ESCOBAR.

DE LA HISTORIA DE CANARIAS

Documentos inéditos

(De la Biblioteca de D. Agustín Millares)

Diario del Bachiller D. Isidoro Romero Ceballos

CONCLUSIÓN

ABRIL.

Este mes fué alguna gente de mar á el Ganiguin á la pesca de ballenas cuyo pensamiento se movió el año anterior; aunque lograron clavar algunas de prodigiosa magnitud no sé porque accidente se les escaparon y solo pudieron poner en tierra por prueba de su primera expedición dos ballenatillos de que aun no se aprovecharon bien á causa de carecer de las pocas luces correspondientes ó de los instrumentos necesarios para ello; todavía sacaron dos pipas de aceite pero con olor muy fétido.

PULGONES EN LOS MILLOS.

La mayor parte de este mes fue muy caloroso y en el se reconoció una especie de pulgon en los millos que no se habia visto en ellos y que jamás habia sido notado por los actuales labradores perjudicó mucho el fruto y los que tuvieron la advertencia de arrancar la espiga apenas se arrojaba fuera fueron más afortunados en coger mejores piñas; parece fué enfermedad en esta especie de planta pues la misma suerte que los millos de la Ciudad tuvieron todos los de la isla, fuesen de sequero ó de riego ó plantadas con anticipación de dias ó de meses y lo más estraño es que muchos jumentos de los que comieron el verde inficionado de dho. pulgón se pusieron ciegos. A principios de este mes le acometió aire perlático á su Excita. pero se restableció.

FLOTA INGLESA EN SANTA CRUZ.

El día 20 ancló en Tenerife una flota de 20 navios Ingleses con el fin de tomar refrescos, se les dieron y también órden de que se levasen dentro de un breve tiempo.

En este mes los labradores de las isías se resolvieron y abrieron

el monte Lentiscal que habia estado cerrado tres años para todo género de ganado.

El 29 ancló en el puerto de la Luz una fragata Española de 150 toneladas que conducía pertrechos de guerra á Cartagena de Indias, la razon de su escala fué para repararse y coger pulgada y media de agua que hacía por hora.

Todo el mes de mayo fué frio con viento ya del E. ya del N. y brisas y tambien del N.E. con algunos rocios de poca consideración.

Fuego.

El 28 á la una de el dia se tocó á fuego á causa de una choza que se prendió fuego en el barrio de San Juan cuyos progresos se cortaron luego sin haberse dañado edificio alguno. El mes de Junio fué igualmente frio con brisas y se pasó sin haber acontecido cosa de consideración. El 17 se embarcó mi primo Borja para Santa Cruz.

Entró el mes de Julio con tiempos frescos de el N. y casi todo el siguió así aunque con algunos dias de gran calor.

Llegada del Obispo.

El lunes dió fondo en el puerto de la Luz á la una del dia un navio Dinamarqués que traía á su bordo al Ilmo. y Rcmo. Sr. D. Joaquin de Herrera, obispo electo y consagrado de estas islas por traslación del Ilmo. y Rcomo. D. Juan Bantista Cervera á el Obispado de Cadiz. Era dho. Sor. Herrera del hábito de S. Bernardo y usando distinto sistema en orden á la elección de su familia que el que regularmente habian tenido los antecesores que yo conocí; compuso toda su familia de isleños á escepción de un religioso de su orden y dos de sus pages que eran peninsulares. El dho. navio Dinamarques hizo una salva de 7 cañonazos en obsequio de dho. Ilmo. Sor. cuando este dejó su bordo para ser llevado á tierra. Alojósele en la casa de Ntra. Sra. de la Luz en dho. puerto y allí recibió los cumplimientos de las diputaciones Eclesiástica y secular. La primera se despidió para volverse á la Ciudad á donde llegó dho. Ilmo. Sor. acompañado de la Secular de su familia y de otras muchas personas de distinción, como un cuarto de hora antes de las oraciones, siendo innumerable el gentio de á pié que habia en las vocas-calles y plazas. Diole el Cabildo Eclesiástico los 3 dias de convite acostumbrados.

Viaje de Borja á España.

El dia 4 de este salió de Sta. Cruz para España mi primo D. Francisco de Borja en una embarcación veneciana. El dho. 14 se votó á el agua un barco nuevo de D. Tomás de Aquino vecino de Fuerteventura, llamado el Tigre. En este ó en uno de los anteriores meses de este año se puso puerta nueva á el Castillo del Rey y se se compuso su puente levadizo.

Sumario de este número

Ensayos de ictiología canaria. Lophius Piscatorius, por el Dr. Don Teófilo Martínez de Escobar.

Charlas: Dos puntos de vista, por Angel Guerra.

Canario ilustre: Dr. D. Gregorio Chil y Naranjo, por D. Manuel Diaz Rodríguez.

Estudios sociales: En el pais de los yankis. Instituto de negros de Tuskegee, traducciones por Jules Huret.

De agricultura. La guerra al árbol. Los abonos y los árboles.

Literatura mallorquina: Palau y Coll y su drama «La Campana». Torrendell y su drama «Els dos esperits», por D. Miguel Sarmiento.

Los rompe-cabezas de un gabinete, por D. Antonio M ª Manrique.

De la historia de Canarias. Documentos inéditos. Diario del Bachiller D. Isidoro Romero y Ceballos.

Nuestros poetas. Del tiempo viejo, por Bartolomé Cairasco de Figueroa.

La Medicina: Algo sobre la sal común.

El tratado anglo francés y las Islas Canarias, por D. Ricardo Ruiz Benitez de Lugo.

Libros. «La Catedral» última novela de Blasco Ibañez, por R. León.

Mi Rebeldía, por Ricardo Burguete.

La enseñanza en Italia, por E. Solana.

Pedro y *Juan,* por Maupassant.

Las leyes sociológicas, por G. de Greeff

Tetralerias, por Felipe Pérez González.

El camino de la gloria, por Ohnet.

Revista de revistas.

La Educación inglesa.

La Opinión y la prensa.

Estadistica del hospital de S. Martin, por el Dr. D. Luis Millares.

Miscelánea científica: Sorpresas del radio. Las hondas herzianas. La luz roja.

un exalación en la Ciudad tan luminosa que pareció que el sol habia iluminado repentinamente la tierra y duró medio minuto; la vista de este fenómeno que por lo estraño causó bastante favor á las gentes era terrible en realidad.

A mediados de este mes de Octubre ha llovido muy bien, tomaron zazon las tierras asi de costa como de mar. Se declararon algunas teorcianas con los vapores de la tierra con las primeras aguas y en los niños una tóz tan pertináz, seca y violenta que los hacia vomitar y aun echar sangre y les duraba mucho tiempo por gracias á Dios sin malas resultas, sino un niño de pecho que se ahogó.

PABLO ROMERO SE CONFIRMÓ.

El dia domingo 24 de dho. Octubre de 1779 se confirmó mi hijo Pablo en la Ermita del Sor. S. Telmo de esta ciudad por el Iltmo. Sr. D. Joaquin Herrera Obispo de Canaria, fué su padrino D. Diego del Castillo clérigo presbitero de esta Ciudad.

En este mismo se apoderaron los Ingleses de dos barcos del tráfico de las islas á las costas de Fuerteventura é hicieron una apañada de ganados en Jandia.

DESGRACIA EN EL PUERTO DE LA LUZ.

El dia 12 de noviembre en el puerto de la Luz accidentalmente se disparó un fusil de la guarnicion sacándose fuego de su casueleja p.ª encender un cigarro y no acordándose de que estaba cargado con bala se disparó dho. fusil y habiendo encontrado la carga el brazo de un soldado se lo partió por el mollero y aunque al dia sigte. se le cortó el brazo murió á el tercero dia.

El dia 23 antes de las Oraciones empezó un eclipse de luna; parece que fué total y á las 9 de la noche empezó á aclarar.

DICIEMBRE.

En este mes se esperimentó en Sta. Cruz un fuerte huracán del S. que hizo encallar 5 embarcaciones entre las cuales estaba una cargada para la Luciana en América.

El dia 26 se mandó por su Exlla. retirar á sus casas la compañía de milicias provinciales que estaba estacada á sueldo habia cerca de 6 meses con motivo de la guerra, con dos oficiales subalternos también asalariados con 32 pesos á el mes.

Finalizó el año de 1779 sin más sucesos de consideración que los que quedan espresados; su Otoño y entrada de invierno fué húmeda con bastantes rocios y así terminó el año dejando cubierta de yerba la tierra y con muy buenos principios de sementeras.

REVISTA DE REVISTAS

Recuerdos

DE *La España Moderna*

Echegaray continúa publicando en esta Revista sus memorias. Pero más que su historia nos cuenta la de las obras que escribió para el teatro, cuándo las escribió, cómo y por qué las escribió y la suerte que corrieron ante las empresas ó en los escenarios. El estilo es sencillo, abandonado, casi humorístico, como si las escribiera para reirse del tiempo pasado. No le da por lo épico ni por esas psicologías sutiles y de auto apología en que caen los que escriben su propia historia. Pero á vuelta de las anécdotas con que sazona su relato y de las intimidades curiosas ó fútiles que revela para dar la explicación histórica de sus comedias, no dejan de ocurrírsele reflexiones que son datos muy inreresantes para conocer el proceso de su espíritu, su concepto de la vida, su estética, sus teorías y opiniones y un poco al hombre por dentro.

En uno de los últimos números cuenta dónde y por qué escribió su drama *El banquero,* que estrenó con el título de *La última noche.*

Lo escribió—cree él—por el año 1864.

«Hacía muchos años—dice—que yo no escribía ni drama ni comedia. Mi afición activa al teatro, es decir, mis impulsos y anhelos de autor dramático, estaban muy decaídos. Llevaba escritas varias obras dramáticas, que después de revolotear alrededor de uno y otro teatro, venían á caer desalentadas al más profundo cajón de mi mesa de despacho, depósito de cadáveres sin esperanza de resurrección.»

Entonces escribió *El banquero,* y la causa ocasional de aquel drama fué el Paso de Calais.

Echegaray era amigo íntimo de Federico Brockman, el ingeniero mimado del banquero Salamanca. Un día, el Gobierno italiano hizo al ingeniero conde, y el banquero se sintió algo mortificado. Poco más tarde, Salamanca presentó á Napoleón III el proyecto de un túnel que uniera Inglaterra y Francia por el paso de Calais. El proyecto aquel, absurdo al parecer, puso á Salamanca en un ridículo bochornoso: el proyecto era de Brockman y vino la ruptura final entre los dos amigos. Brockman volvió á Madrid con el co-

razón lacerado y lleno de ingenuos rencores contra las fantasías de los banqueros opulentos. Su lenguaje era el de un socialista de nuestros días y propuso á Echegaray escribir un drama contra la opulencia y la alta banca, contra los banqueros, en una palabra.

Echegaray le contestó así:

—«Mira, no estoy conforme con muchas de las cosas que has dicho. Ya sabes que soy individualista de la escuela de Basteat. Ni creo que este siglo sea tan materialista como supones, ni creo que todo banquero, sólo por ser rico, haya de ser malvado, egoista y perverso.

Los habrá malos como en todas las clases de la sociedad; pero los hay buenos, muy buenos y muy simpáticos, como en todas las esferas de la vida, desde el que viste blusa hasta el que ciñe corona.

El hombre siempre es hombre y puede resultar bueno ó puede resultar malo: allá en el fondo de su conciencia se resuelven egoismos y ternura, y por su inteligencia pasan unas veces sombras y otras veces ráfagas de luz. De suerte que yo no condeno ni condenaré nunca en globo á toda una clase social: me contento con dar á cada cual lo suyo.»

Brockman, le dijo tristemente. ¿De modo que no quieres el drama?

«—No me comprendes—replicó Echegaray.—Escribiremos el drama y el protagonista resultará tan malvado como tú te propongas. ¿Qué tiene que ver una obra de arte y no un mamarracho, con mis ideas económicas ó sociales? Yo creo que en un drama ni se deben demostrar teoremas científicos ni se puede pretender la solución de ningún problema social.

»El drama, por regla general, maneja pasiones, dolores y alegrías, caracteres, conflictos, algo que conmueva, algo que interese, ráfagas de hermosura ó negruras artísticas, y de aquí resultan símbolos, dado que resulten; pero los teoremas y los corolarios son para la disciplina científica, no para el mar embravecido de la dramática.

»Yo creo que los banqueros son, en su mayoría, personas dignas y honradas; pero puede haber uno malo con los caracteres especiales de maldad que corresponden al medio ambiente, y si en la vida de ese personaje imaginario, tomada de la realidad ó forjada en la fantasía, hay grandes situaciones dramáticas, no tengo inconveniente en llevarlas al teatro, adonde deben ir el mal y el bien que puedan existir en todas las esferas sociales.

. . . . . .

»El autor dramático no debe llevar á la escena sus opiniones, salvando casos muy excepcionales, sino las opiniones de sus personajes.

»¡Bueno sería que porque Shakespeare creó la figura de Yago, hubiéramos de creer que Shakespeare era un malvado!»

Y, efectivamente, creó un tipo odioso de banquero, tan odioso que el mismo Brockman le decía á veces:

«—Hombre, no tanto: ese rasgo de cinismo ó ese rasgo de cruel-

dad no creo que el público los tolere.»

Y cuenta que se dedicó á escribir el drama con entusiasmo, con ilusión:

«A cada redondilla insolente del banquero, á cada rasgo de egoísmo que ponía en sus labios, á cada infamia que proyectaba, sentía yo un estremecimiento de placer si la redondilla era redonda, el cinismo refinado y la ironía punzante.

»El creador siempre siente ó debe sentir grandes ternuras por su *criatura,* por perversa que su *criatura* le resulte.

»—Pero qué canalla tan perfecto me va resultando este personaje — se dice uno á sí mismo cierta vanidad satánica...»

La obra habían de hacerla entre los dos, la mitad cada uno; la hizo toda Echegaray: tres actos y un epílogo, que fué lo que salvó la obra. No se estrenó sino once años después de escrita el año 1675.

Cuando lo escribía estaba desalentado, sin esperanzas de que una empresa la admitiese.« —Llegué á convencerme—dice—de que era imposible que ningún drama mío llegara á la escena, tierra de promisión tan lejana que para mí dudaba que existiese.»

Así pensaba entonces el hombre que más ruidosos triunfos ha tenido en estos últimos treinta años.

La educación del niño

DE LA REVISTA *Nuestro tiempo*

La prensa elogia la conferencia del Dr. Romero Landa, que sobre asuntan interesante, pronunció recientemente en Madrid y de la que copiamos las párrafos siguientes:

¿Qué es el niño? Es un hombre rudimentario que encierra como éste dos naturalezas: una material y otra espiritual.

Distinguir lo material de lo inmaterial, es bien sencillo. Es materia de la mesa esta, la luz que nos alumbra, el vapor que escapa por la chimenea de una locomotora, el perfume de la violeta ó del jazmín que distinguimos por el olfato; todo cuanto pueden percibir nuestros sentidos, en una palabra, es materia. De materia estamos formados nosotros y el mundo en que vivimos; en un cambio de materia realizado entre nosotros y el medio que nos rodea, puede decirse qne está el secreto de la vida.

Los materiales para el sostenimiento de nuestro propio sér los recibimos del exterior; oxígeno de la atmósfera, agua en la bebida, substancias nutritivas en la alimentación portadoras de la fuerza y de la materia de que ha menester nuestro organismo para reintegrar las energías gastadas en sus trabajos. Esta energía, esta

fuerza que llevan los alimentos se pone en libertad, se hace efectiva mediante infinidad de reacciones químicas, que no es del caso citar ahora, muy principalmente la oxidación, la combustión. Para que me entendáis mejor, nosotros nos estamos quemando continuamente como se quema una bujía al arder, ó el carbón de una cocinilla económica ó de una máquina de vapor.

Vivimos, pues, oxidándonos, quemándonos. Somos en el orden físico la máquina de vapor, la locomotora que se detiene en las estaciones y surca los valles, que pita, que atraviesa los túneles, que marcha con lentitud ó con velocidad, que arrastra vagones, que realiza trabajo, en una palabra, á merced del carbón consumido para producir la fuerza, pero siempre conducida, como nosotros, por la inteligencia, que es en este caso la inteligencia del maquinista.

Vivir es obrar, dice la Biología. La vida es el movimiento; la materia en perpetuo cambio y transformación. Substancias que ingerimos y substancias que expulsamos por inútiles para la vida, una vez que dejaron la fuerza que llevaban, á su paso por el organismo, y repararon sus pérdidas.

Hay, pues, en la economía animal un movimiento incesante, un cambio contínuo de principios inmediatos, y como una doble corriente de materiales que entran y de materiales que salen. Esta doble corriente está marcada por dos series de fenómenos químicos: los unos conducen á la fijación de los principios inmediatos en la economia, á su *asimilación;* los otros á su descomposición, á su *desasimilación*. El conjunto de estas reacciones constituye los fonómenos químicos de la *nutrición.*

Pero la destrucción de las moléculas orgánicas llamadas á desaparecer de nuestro organismo, como la demolición de un edificio, no se hace súbitamente, sino por grados; hay un verdadero desmoronamiento de la materia, una serie de metamorfosis regresivas en esta corriente destructora que arrastra fuera á los residuos de la vida.

Todo está en nuestro organismo tan bien calculado, que hasta lo que ha de tirarse sufre un último aprovechamiento antes de salir al exterior.

Me recuerda á una señora muy rica y muy aprovechada, que cuando iban á pedirla una limosna solía contestar muy compungida:

—Sí, hija mía, cómo no he de socorrerte, ¡pobrecita; pero mira, toma esta escoba y haz el favor de barrer la sala. Luego la pasaba al comedor, después á las alcobas, donde hacían de paso, las camas, y así resultaba que con dos ó tres pobres que fueran y otros tantos socorros de cinco céntimos, la señora hacía los menesteres de su casa sin tener que aguantar una criada. Eso sí, todo el que llamaba á su puerta salía socorrido; pero ¡bién se lo había ganado!

Lo mismo puede decirse de nuestro organismo; arroja materia,

pero es materia inútil, exhausta de fuerza, al menos para nosotros.

¿Quién es la señora encargada de hacer trabajar á la materia que ha de ser expulsada? Pues es sencillamente la función respiratoria. La respiración es una combustión lenta, ha dicho Lavoisier. Nosotros nos estamos quemando lenta pero continuamente. La respiración es la fuente del calor animal, es decir, que tenemos un calor propio, que nos calentamos respirando, destruyendo por oxidación lenta las materias que deben desaparecer de la economía, quemándolas, para que den calor antes de su total y definitiva expulsión.

El aire atmosférico, en un movimiento de inspiración, entra en los pulmones y allí oxida á la sangre venenosa en sangre arterial, la cual, transportada á la intimidad de los tejidos mediante la circulación, cede su exígeno y quema ú oxida cuanto debe oxidar.

Es el corazón el centro impulsivo de la sangre que corre por dentro del aparato circulatorio, órgano central de la circulación; como es el cerebro el órgano central de la inervación, el poder director de los movimientos vitales, el que responde armónicamente en la vida orgánica sin faltar jamás á las impresiones de los sentidos, el inagotable y perfecto instrumento del espíritu para la vida racional.

No puedo entrar, como quisiera, en más detalles. Bastan estas ligeras nociones acerca de nuestra organización física para comprender que todo cuanto tienda á facilitar las actividades, el ejercicio normal de todas las funciones, es contribuir al desarrollo de la capacidad vital del individuo asegurando la salud, evitando la enfermedad y alejando la muerte.

*
* *

Pero, además de la materia, tenemos alma. Nosotros entendemos, queremos y sentimos, y esto, como sabéis, no puede hacerlo la materia en sí misma.

Vosotros podéis apreciar, por medio de los sentidos alguna de mis cualidades físicas, lo que pudiéramos llamar el hombre exterior, la máquina en movimiento, como decíamos antes; pero no podéis verme por dentro, no sabéis cuáles son mis afecciones, mis sentimientos, mi manera de pensar. ¿Por qué? Porque si todo se apreciara mediante los sentidos, sería material, tendría, por ejemplo, forma el pensamiento, color la memoria, olor la voluntad, sabor el amor, etc., y el hombre mismo dejaría de ser hombre, perdería su esencia, carecería de lo más íntimo y propio, de lo más intrínseco y constitutivo de su sér, de ese algo inmaterial y por lo mismo imperceptible; del espíritu, en una palabra, en el cual tienen asiento los superiores aptitudes y potencias de nuestra vida y por el cual amamos á los que nos dieron el sér, á nuestros hijos y á las madres de nuestros hijos.

Se refiere que una madre cariñosísima hacía esfuerzos inauditos por explicar á una hija suya, niña de siete años, lo que es el alma, terminando por concretar sus ideas diciéndole que el alma es el

«lugar de los sentimientos, de los afectos y de todo lo más noble y elevado que en el hombre existe». Y después de una rápida concentración, exclamó la niña abrazando á su madre: «Ya comprendo, mamá, el alma es aquello con lo cual yo te amo».

Lo cierto es que el alma es «el sér ó elemento interior que preside toda nuestra vida, desde la acción más rudimentaria á la más sublime, y cuya existencia se manifiesta en actos de conocimiento, de sentimiento y de voluntad.»

Pero no vive aislada, vive en el cuerpo, y así como éste se alimenta del medio que le rodea, realizando el perpetuo cambio de materia que sostiene la vida, asi el espíritu se relaciona con el medio corpóreo que le circunda, de tal suerte que si una molestia material cualquiera, la tos, por ejemplo, me impide concentrar el pensamiento, una causa psíquica, puede ocasionarme una exacerbación más ó menos grande del sistema nervioso.

Bien clara se ve la relación; en el primer caso un ***hecho material***, la tos produce un fenómeno psíquico ó espiritual, la paralización de la atención; en el segundo, una *causa* ***anímica*** ó del alma se traduce en hecho material. A esta comunicación continua y nunca interrumpida entre la sensación que del exterior dimana y el impulso psíquico que procede de lo interno, hay, pues, que referir, en general, toda manifestación de la vida.

Eterno asunto de discusión por parte de los filósofos de la antigüedad en el sitio del alma, hasta el punto de que Aristóteles la ponía en el corazón, Epicuro en la sangre, Descartes en la glándula pineal, etc., parece que las tendencias actuales vienen á dar la razón á Platon, quien, desde luego, supuso que el cerebro no era solamente el órgano de la inteligencia y de todas las funciones superiores del espíritu, sino también el asiento del alma.

Y aunque desde los tiempos más remotos todos señalamos la cabeza como órgano del pensamiento y llevamos la mano al corazón como si fuera el asiento de afectos y pasiones, bien elocuentemente demuestra el Dr. Gómez Ocaña, en su notable discurso de ingreso en la Academia de de Ciencias, al tratar del gobierno nervioso del corazón, que este órgano no es centro sensitivo ni asiento de las pasiones; pero ninguna función animal ó psíquica puede realizarse sin el corazón de tan precioso automóvil que influye por sus nervios sensibles sobre los demás órganos de la economía, lo mismo que éstos, singularmente el cerebro, mandan al corazón por los nervios centrífugos.

No podéis, pues, ya decir vosotras que Fulano se casó por amor obedeciendo al corazón, y Zutano hizo un matrimonio de pura conveniencia, porque ahora y siempre todos los hombres se han casado y se casarán de cabeza, ya que el sentir, el pensar y el querer residen en el cerebro, que es el que manda al corazón y á todo el organismo, como el maquinista manda á la máquina que se detenga ó avance. Lo que tiene es que, en el caso del sentimiento puro, el corazón late á impulsos de una sensación ó una serie de sensaciones

simpáticas que el objeto amado produce en el cerebro y éste transmite al corazón; y en el segundo los nervios y el cerebro se excitan por grandes, por avasalladoras corrientes de amor á sí mismo, y el corazón del egoista late, y late también, movido por el oro y por el bienestar, por la vida regalada que vislumbra á lo lejos, si bien los repetidos esfuerzos de hacer pasar por moneda buena aquellos refinamieatos del egoismo, le hacen ser más delicado y atento con la dama dorada, más amoroso, si cabe, que aquellos que sienten el amor noble, desinteresado y grande en toda su integridad.

Sintetizando un poco estas ideas, diremos: que en nuestra naturaleza material, en nuestro cuerpo residen los sentidos, vista, oido, gusto, olfato y tacto, llamados corporales por lo mismo, que son como si dijéramos las avanzadas del cerebro. A ellos llama el mundo exterior y en él se impresionan. Cuando sabemos lo sabemos mediante los sentidos; cada noción particular que se adquiere entra por un sentido determinado; de manera que suspendida por cualquier motivo la actividad de este sentido, queda, como es natural, destruido todo conocimieuto que por él se adquiere.

Pero los sentidos necesitan un medio transmisor, y ese medio transmisor es el sistema nervioso, los nervios, comparables á una red telegráfica, encargados de llevar al cerebro todas sus impresiones. El cerebro también se vale de los nervios para mandar á cualquier órgano y ya puede sujetar al corazón en una impresión de miedo, de tal modo que su latido falte y venga el síncope, ya puede aguigonear el ritmo cardiaco ante el imperceptible *sí* que balbucean los labios de una muchacha cuando uno es joven.

Si recordamos ahora que los nervios, como todos los tejidos del organismo, se nutren de la sangre mediante la circulación, asegurada por el ritmo cardiaco; si la sangre se nutre de las materias asimiladas que conducen los alimentos y se vivifica y regenera al contacto del aire que entra en los pulmones cargado del gas vivificador, del oxígeno, y sale llevándose el ácido carbónico; si la vida misma está sostenida por las dos grandes series de fenómenos, la asimilación y la desasimilación, ambas integrantes de la nutrición general, y si en la buena nutrición descansa el buen funcionamiento de los órganos y tejidos todos, el ejercicio de las actividades vitales, la plenitud de la vida, la *salud*, en una palabra; siendo cierto, como parece, aquel célebre aforismo de *mens sana in corpore sano*, comprenderéis que nuestro organismo está dispuesto y acondicionado para vivir sano, como el espíritu lo está para el ejercicio de la virtud, y que las enfermedades son siempre resultados de infracciones de la higiene, como la vejez y la muerte prematuras denuncian hechos contrarios realizados á pesar de las grandes previsiones de la Naturaleza.

Tomando la palabra facultad como sinónima de fuerza ó poder y admitiendo que las facultades del alma son la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad, facultades de sentir, pensar y querer, se comprende que el fin de la sensibilidad es la belleza, el fin de la in-

teligencia la sabiduría, el fin de la voluntad el bien. Nosotros conocemos el grado de perfección que alcanzan las facultades de nuestra alma mediante la percepción interna, el sentido íntimo ó conciencia, el *yo*, foco y elemento esencial y subjetivo de las demás facultades que á todas horas nos está diciendo quién somos. Por eso nadie nos conoce mejor que nosotros mismos. Va con nosotros el testigo, fiscal y juez, como llaman á la conciencia, juicio ó dictamen de la razón, infórmándonos de la *moralidad* de nuestros actos, de la *bondad* ó *maldad* de los mismos, de su ordenación á la ley natural; ley *obligatoria, universal, eterna, necesaria* é *inmutable*, regla y norma de las acciones, base y fundamento de todas las leyes positivas humanas.

Precisamente esta facultad de conocerse á sí mismo, la conciencia, es la que distingue al hombre del bruto; pero aún hay más, tiene el hambre el poder *de obrar* sobre sí mismo, *de dirigirse, de conducirse, de observar* sus pasiones y de comprimirlas ó desarrollarlas, y este poder sobre el cual se basa la responsabilidad humana, hace posible la educación personal suya y la de sus hijos, que vienen á ser como una prolongación de su propio sér.

La vida es el movimiento, según hemos dicho. El ejercicio, la repetición de actos buenos ó malos, engendra el hábito. Un acto solo no puede hacer al hombre virtuoso ó vicioso, por bueno ó malo que sea. La virtud es el hábito de obrar bien; el vicio, el hábito de obrar mal; y como el bien puede realizarse de muchas maneras, cada una de sus modalidades es una virtud, así: la prudencia es el hábito de juzgar bien de las acciones; la justicia es el hábito de dar á cada uno lo que es suyo; la fortaleza es el hábito de acometer con valor todo aquello qne exija el cumplimiento del bien moral; la templanza es el hábito de acometer con valor las pasiones.

¿Y qué es la educación en general sino el cultivo físico, intelectual y moral de todos los seres susceptibles de desarrollo y perfeccionamiento?

Educar, ¿no es poner en acción las facultades contenidas en germen en un individuo dado? ¿Acaso el hombre no ha sido criado para la salud, para la verdad y para la virtud? Pues ya están los fundamentos de una educación bien entendida, en el mismo deber ú obligación moral que los seres libres tienen de conformar sus acciones con el dictamen de la razón.

Obligación de conservar y perfeccionar el cuerpo, de reponer y aumentar las fuerzas físicas, de mantener la integridad de las funciones, de *vivir* en salud.

Obligación de perfeccionar lo sensibilidad y los sentimientos moralizándolos; de cultivar la más sublime de las facultades, la inteligencia, á fin de que ilumine y guíe á todas las demás. Obligación, en fin, de fortalecer la voluntad.

Las islas Canarias

El escritor D. Pedro Alvarez Velluti, Teniente Auditor de Guerra, que desde hace pocos meses reside entre nosotros, ha publicado recientemente en el Boletín del Touring-club hispano-portugués *de Madrid un notable escrito sobre las islas Canarias, que íntegro reproducimos en estas páginas de* El Museo Canario.

En pocos párrafos, hace una descripción completa y fiel de este archipiélago, de sus progresos, de su cultura, de sus medios de vida, de la necesidad que tienen los gobiernos de fomentar su riqueza y de ampararle en sus aspiraciones. No solo por este estudio hábilmente escrito, sino también por el cariño que expresa hacia las Canarias, el joven y distinguido escritor merece nuestra gratitud, nuestros elogios y nuestros aplausos.

Lean los lectores de El Museo Canario *el artículo del Sr. Alvarez Velluti.*

*
* *

Trabajo digno de encomio, y cien veces meritorio, sería el de descubrir estas islas á los españoles, dando á conocer las bellezas que encierran, la benignidad y dulzura de su clima, la riqueza de su suelo, las condiciones todas que en la antigüedad le valieron el envidiable título de Islas Afortunadas.

Es una verdad tan evidente como triste que, descontado el número de los que por razón de sus deberes ó aficiones se han dedicado á estudios de esta índole, ó han visitado el Archipiélago, el resto de os peninsulares solo tiene de él las incompletas y no siempre exactas noticias que figuran en los manuales de Geografía.

Los desastres coloniales recientemente sufridos han traido como una de sus consecuencias el que los gobiernos se preocupen más seriamente que hasta aquí de este delicioso rincón de España, el más alejado de ella y más expuesto, tal vez, á extrañas y codiciosas miras. Pero la acción oficial será más provechosa y más fecundas las iniciativas del Poder público, si á ellas precede ó acompaña la vulgarización del conocimiento de esta provincia, una de las más activas y laboriosas de nuestro país, y superior á todas por lo que se refiere á sus incomparables condiciones climatológicas y naturales.

Gran Canaria

De las siete islas que componen el Archipiélago, dos son las que mayores atractivos ofrecen al turista, y las que, por su extensión, naturaleza y grado de adelanto, son más dignas de ser

visitadas: Gran Canaria y Tenerife. Estos datos se refieren solo á la primera, quedando la segunda para ser materia de otro artículo.

La isla de Gran Canaria, situada entre los 27° 43' y 28° 11' de latitud Norte, y los 9° 9' y 9° 38' de longitud Oeste del meridiano de San Fernando, dista de Cádiz, puerto español más próximo, 685 millas, y ocupa una extensión superficial de 14.000 kilómetros cuadrados, con una población aproximada de 127.000 habitantes.

El incomparable Puerto de la Luz, el más importante y mejor acondicionado de España después del de Barcelona, es punto de escala de cuantas líneas regulares, nacionales y extranjeras, hacen los servicios de las Américas Central y Meridional y del Oeste y Sur de Africa. Esto envuelve una extraordinaria abundancia y rapidez de comuniciones con los principales puertos del mundo, y es, á la vez, una inagotable fuente de riqueza para el pais, que como es lógico, ha hecho del comercio su principal y aun casi esclusivo medio de vida. Solo en un año, el de 1903, fondearon en el Puerto de la Luz 3.809 buques mercantes, de vapor y vela con un total de cuatro millones de toneladas.

El turista encuentra, pues, para su viaje cuantos requisitos de facilidad, rapidez y confort pueda imaginar el más exigente, porque las Compañias y líneas de vapores que ha de utilizar, son las más acreditadas en todo el mundo, por las condiciones marineras de sus barcos y el lujo y comodidades que ofrecen al pasajero.

Los ingleses, más prácticos que nosotros y mas habituados también á la vida de turismo, desconociendo ese profundo horror que á la mayoría de los españoles inspira un viaje por mar, no vacilan en abandonar su país durante largas temporadas del invierno, y venir á disfrutar de las bellezas del suelo canario y de la incomparable dulzura de un clima que el termómetro oscila entre los 18 y 26 grados.

El carácter del puerto franco concedido al de la Luz, que suprime las enojosísimas Aduanas, y la sencilla forma en que el desembarco se realiza en rápidas y seguras falúas de vapor, á las que una reglamentación severa mantiene dentro de límites justos y prudentes, impidiendo todo género de abusos, son ventajas no despreciables y cuya importancia salta á la vista de todo el que por placer ó necesidad haya llevado á cabo algunos viajes.

La ciudad de Las Palmas, capital de la isla, poblada por unas 45.000 almas, se halla enclavada á 6 kilómetros del Puerto de la Luz, y unida á él por una buena carretera que sigue la dirección de la costa en todo su trayecto, y á la que el contínuo tránsito de tranvías, ligeras tartanas del país y carros de transporte, da una animación y movimiento indiscriptibles.

Nada tan atractivo y pintoresco como el panorama que desde el mar ofrece la ciudad con su blanquísimo y riente caserío, sobre

el que se destaca la obscura mole de la catedral y sus esbeltas torres; construida aquélla en forma he anfiteatro al pie de elevada montaña, parece que sus casas más próximas al mar se cimentan sobre sus olas, en tanto las que ocupan las alturas sólo se conciben sostenidas por una milagrosa suspensión de las leyes de gravedad.

Dos magníficos hoteles ingleses, Metropole y Santa Catalina, emplazados en la carretera que conduce al puerto, y dotados de toda clase de adelantos y comodidades, son el punto de reunión de la colonia inglesa, y en ellos se organizan animadas partidas de *tennis, cricket, golf* y demás sports, divertidísimos *picks nicks*, á los pueblos del interior y multitud de bailes, conciertos y representaciones teatrales, entre los cuales se deslizan rápida y alegremente los meses del invierno, si es que tal nombre merece la constante primavera que aquí se disfruta.

Hay otros muchos hoteles ingleses y españoles situados dentro de la población, y que aunque más modestos que los indicados, reunen condiciones muy estimables. Entre ellos merecen mención especial Quiney, Europa, Cuatro Naciones, Inglaterra, etc. El coste de la pensión oscila entre cuatro y diez pesetas, excepto los hoteles de lujo, cuya tarifa es más elevada.

Cuenta también la población con un teatro lindísimo y un buen Casino, en el que actualmente se realizan importantes mejoras en su distribución y decorado; y por último, el viajero encuentra facilitadas sus operaciones financieras en las sucursales del Banco de España, Banco Hipotecario, Bank Britihs West Africa y las casas de Banca de Blandy Brothers and C.°, Elder Dempster and C.°, Miller, etc., etc.

Las cuatro carreteras que, partiendo de Las Palmas, recorren la isla en todas direcciones, estimulando á llevar á cabo interesantes excursiones á los pueblos del interior, y permiten admirar á cada paso paisajes admirables y puntos de vista que pueden ser comparados con los más famosos del mundo. La carretera del Norte, de 45 kilómetros de recorrido, atraviesa el término de Arucas, de gran fertilidad, y belleza, y pasando por el pueblo de Galdar, Corte que fué de los antiguos *Guanartemes* ó reyes de la isla, y de los cuales se conservan algunos vestigios, termina en Agaete, cuyo valle feracísimo goza, por lo piutoresco de fama universal.

Conduce la carretera central, que es la más frecuentada, al lindo pueblo de San Mateo, á 30 kilómetros de Las Palmas, pasando per el de Tafira, cuya ventajosa situación y agradable temperatura lo han convertido en la residencia de verano preferida por los insulares; y por el de Santa Brigida, que, emplazado ya en región en que las lluvias son más frecuentes que en la costa. ofrece el aspecto dc las pintorescas aldeas del Norte de España.

Atraviesa esta carretera extensos viñedos, que prodncen el delicioso vino del monte, que no tienen que envidiar á los más

afamados de la Madera; multitud de quintas de recreo y elegantes villas, repartidas en el extenso valle que el camino bordea, recrean la vista del viajero y los magníficos hoteles ingleses de Quiney (sucursal) y Santa Brigida, construidos en el 8.° y 11.° kilómetro, respectivamente, constituyen un confortable y delicioso *pied-a-terre* y sirven de cuartel general y punto de aboyo para las variadas excursiones que allí se ofrecen á la curiosidad del turista.

En efecto, no lejos de este punto y unido á la carretera por un ramal de cuatro kilómetros, está la aldea de la Atalaya, cuyos pobladores habitan en cuevas practicadas en la falda de un monte elevadísimo, según el uso de los primitivos canarios, y viven dedicados á la fabricación de vasijas de barro, que á la propia vista del visitante salen de sus manos con habilidad y ligereza increibles. Es un espectáculo que nó debe perdonar el extranjero que visite esta isla.

El aficionado á los emocionantes placeres del alpinismo encuentra en la ascensión á los picos del Pozo de la Nieve (1.910 metros). Los Pechos (1.951 metsos), Roque Nublo (1.862 metros), etc, etc, cuanto pueda soñar la más exaltada fantasia, siendo premio cumplido á las fatigas y peligros del camino, los sorprendentes y variados panoramas que desde aquellas alturas se contemplan. Los pequeños caballos y mulos del pais, adiestrados para esla clase de excursiones, ofrecen un medio seguro y relativamente cómodo de practicarlas.

Análogos atractivos presenta la carretera del Sur, que pasando por el valle de Telde, de extraordinaria riqueza, termina en el pueblo de Agüimes.

Y para terminar esta ligera raseña, debe hacerse mención de otro sencillo y delicioso viaje que desde aqui puede realizarse, interesante para todos y especialmonte para nuestros vecinos de Portugal. Me refiero á la excursión á la Isla de la Madera. Dos dias de navegación por un mar siempre en calma conducen á esa hermosa porción del territorio portugués, llena de poderosos atractivos, La casa alemana de *Woerman*, cuyos vapores son tal vez los más cómodos y lujosos que surcan el Océano, acaba de establecer una serie de viajes á precios reducidos, de seis, diez ó quince dias de duración, con escala en la Isla de Tenerife, lo cual permite visitar ambas islas en inmejorables condiciones de economia y facilidad.

Estas notas, trazadas con la sobriedad que exige un trabajo de esta indole, y aun tal vez demasiado extensas, deben bastar, á mi juicio, para servir de poderoso acicate á la curiosidad del turista; conviene, sin embargo, insistir en que la realidad está muy por encima de cuanto yo pudiera ponderarla, y que aun plumas más habituadas que la mia á describir las bellezas naturales, serían impotentes para dar una ligera idea de esta incomparable tierra canaria.

P. Alvarez Velluti

Nuestros poetas del tiempo viejo

A la Virgen de Candelaria

(Invocación)

Rosa plantada en Jérico,
Precioso nardo artístico,
Fuente sellada, escuadra en orden bélico,
Estrella y sol genérico,
Huerto de olores místico,
Plátano, lirio, amomo, Aurora angélica,
de Oriente puerta célica,
Palma, ciprés altísimo,
Hija del Padre ingénito,
Madre del Unigénito,
Esposa amada del Amor santísimo,
Favoreced mi cántico
Pues sois Patrona de este Reino Atlántico.

***

La Hermosura

Es hermosura santa
Rosa entre espinas,
Preciosa margarita orlada de oro;
Es mano que levanta
Del cielo las cortinas
Para mostrarnos su mayor tesoro.

BMÉ. CAIRASCO DE FIGUEROA.

Miscelánea científica

—=—

La madera conservada por el azúcar.

M. W. Powell propone emplear el azúcar para la conservación de la madera; ésta, ya sea en bruto ó trabajada, se sumerge en una solución de agua que contenga de 60 á 250 kilógramos de azúcar por 450 litros de agua; llévase el líquido á la ebullición y se deja enfriar en éste la madera hasta debajo de 4.°, y en seguida se seca á una temperatura que no debe exceder de 100°. La operación sólo exige veinticuatro horas para terminarse completamente, y no es muy costosa, pues una tonelada de azúcar basta para impregnar una cantidad muy grande de madera; la madera así tratada gana en solidez y, por consiguiente, en valor. El procedimiento parece ser aplicable en gran escala y capaz de dar buenos resultados.

Luz, luz, mucha luz

Las palabras que al morir pronunciara el más grande de los poetas, tomando la poesía en sentido sereno, armónico y vital, caracteriza la época moderna. Puede decirse que la luz, en sus diferentes manifestaciones, es el símbolo de nuestra edad.

Sin remontarnos más allá de nuestros abuelos, no hallaremos otro alumbrado que el obtenido por medio del aceite ó de la grasa. El candil y la bujía fueron los focos de luz que iluminaron las cuartillas de la literatura romántica. Desde entonces es admirable lo que se ha adelantado en esta materia, y el estudio de las fases porque ha pasado la luz constituye un estudio instructivo é interesante. Por de pronto tenemos varias clases de líquido lumínico y varias clases de gases que alumbran; y que en estas propiedades de líquidos y de gases que iluminan el mundo, se aplica una variedad casi infinita de tubos pue modifican la luz en sus mismas propiedades, como el cristal modifica la vista. ¡Y no decimos nada de la electricidad!

Pero la última palabra en materia de luz la ha proporcionado un húngaro. Esta nueva luz es superior á la más poderosa que puede obtenerse hasta echando mano de la deslumbradora potencia eléctrica.

La base de la luz de nuestro húngaro es el petróleo. Se intensifica en poder luminoso agregando al petróleo un poco de naftalia y

otro poco de acetato de amílico. El petróleo así compuesto es más difícil de inflamar, y el arderu sministra una hermosa llama que no produce humo ni despide mal olor; lo que será una ventaja para los que ahora tienen la desgracia de ser alcanzados por un automóvil, cuyo motor funcione por medio del gas acetileno ó del petróleo.

La revista de Buda Petsh de la que sacamos la noticia dice que en igualdad de coste no hay sistema lumínico que iguale en claridad al del petróleo preparado como queda dicho.

ANIMALES SISMÓGRAFOS

Los terremotos de Calabria han demostrado una vez más pudiera decirse si el caso no se repitiera á cada instante en todas las regiones del universo—que el instinto de conservación en los animales aventaja en mucho al de los seres dotados de razón y de palabra; no es esto afirmar que aquellos participen de la animalidad menos que las personas; pero es evidente que en circunstancias extraordinarias son muy superiores á los sabios mejor condecorados.

El desastre de Calabria, que todavía no ha terminado, comenzó en la noche del 7 al 8 de Septiembre, á las dos y cuarenta minutos de la madrugada. Hoy está averiguado que desde las doce de la noche ladraban los perros desesperadamente. Muchos de ellos gimieron entre las ruinas por espacio de cuatro ó cinco dias. Una hora antes de la primera sacudida cantaron todos los gallos; pero los calabreses adormecidos con el calor asfixiante de un verano infernal, no prestaron atención al aviso. En fin, los cerdos, más aferrados á la vida por lo mismo que están abocados á una muerte inminente, escaparon de sus albergues en un momento dado, y circulan ahora, muy tranquilos, por los campos. Las gallinas que salieron con vida de la catástrofe no han vuelto á poner huevos.

Mr. Emilio Gebbatr, el historiador del renacimiento italiano, que aun cuando no es naturalista está dotado de exquisitas facultades de observación, sienta que entre los animales y la naturaleza hay una simpatía de que nosotros no tenemos la menor idea; aquella madre, fecunda ó destructora según los casos, les anuncia sus caprichos trágicos, los cuales nos recuerda la cantidad negativa que en la tierra significamos.

Los latinos que fundamentaron las suyas en las prudentes tradiciones de los etruscos, confiaron à sus gansos la custodia del Capitolio y de las libertades republicanas de Roma. Todo el mundo sabe la delicadeza de oido con que esos volátiles políticos echaron de ver la proximidad de los bárbaros.

No falta quien, en vista de ese suceso memorable, haya solicitado una delegación de gansos con destino á los edificios donde los parlamentos tienen su asiento, aunque en realidad sean innecesa-

rios, á causa de las rivalidades y competencias que suscitarían necesariamente.

Lo cierto es que en los observatorios astronómicos algunos gallos sismógrafos desempeñarían á maravilla su cometido, gravando escasamente el presupuesto nacional.

Un descubrimiento español

Si con unos gemelos de teatro, de marina ó de campaña, sin variarles de tamaño ni las lentes objetiva y ocular, viéramos los objetos con dimensiones tres ó cuatro veces mayores ó nos aparecieran tres ó cuatro veces más cerca que con los instrumentos actuales, ¿no es indudable que habríamos realizado un gran descubrimiento y de suma importancia práctica?

Pues esto acaba de conseguírlo un distinguido ingeniero español, D. Angel Joaquin Abreu, mediante una nueva conbinación de lentes.

El descubrimiento, por sencillo que parezca, es de una gran trascendencia, pues por su aplicación á los instrumentos de óptica hoy conocidos, se pueden lograr resultados verdaderamente sorprendentes.

El fundamento de invento tan útil y práctico es el siguiente: «La interposición de una ó varias lentes divergentes entre el objetivo y el ocular de un aparato de óptica, produce con una diferencia muy pequeña en la longitud de éste, un aumento fijo ó variable á voluntad muy superior al que se obtiene sin dicha interposición, siempre que concurran las dos circunstancias siguientes: primera, la lente ó lentes que se hayan de interponer, han de colocarse entre el objetivo y la imagen real por él producida; y segunda, el foco del aparato divergente deberá estar situado detrás de esta misma imagen.»

Los efectos de las lentes divergentes colocadas detrás de las lentes convergentes, son conocidos desde los tiempos de Galileo, que fué quien ideó y construyó el anteojo que lleva su nombre y que se conece con el nombre de gemelos de teatro. Sin embargo, lo cierto es que á nadie se le ha ocurrido antes que á nuestro compatriota el Sr. Abreu examinar y discutir los tres casos que en tales circunstancias pueden ocurrir y hacer aplicación del tercero, que es en el que se consigue la ventaja que constituye su invento, de gran aplicación, como queda dicho, en el campo de la óptica.

Sabido es que el aumento de un anteojo está en razón directa de su longitud, y que para conseguir doble ó tiple aumento se necesitan objetivos de doble ó triple distancia focal, y esto, además de hacer más difícil su construcción, aumenta en la misma proporción la longitud del anteojo, entorpeciendo su manejo.

Con la aplicación del descubrimiento del Sr. Abreu se consigue amplificar las imágenes reales con sólo una variación muy pequeña en la longitud primitiva del instrumento, ofreciendo á la vez la

ventaja de poder modificar á voluntad dicho aumento en un mismo anteojo con sólo variar la posición de su aparato divergente, pudiendo aplicarse éste á telescopios, anteojos astronómicos y terrestres, microscopios, cámaras fotográficas, aparatos de proyección y otros muchos.

Pero no es esto sólo; con el aparato divergente Abreu se obtiene un acromatismo bastante perfecto, aun con objetivos defectuosos, y queda corregida la aberración de esfericidad por un procedimiento análogo al del ocular de Ramsden.

La aplicación del nuevo aparato á los microscopios puede, pues, tener una importancia excepcional, porque con él se consigue para una amplificación determinada una iluminación cuatro veces más intensa que en los instrumentos actuales, y, para una misma iluminación, un aumento cuatro veces mayor. De suerte, que, con esta ventaja, con el acromatismo y la corrección de la aberración de esfericidad más perfectos, la aplicación del aparato divergente á la micografía constituye un adelanto de importancia práctica inmensa.

Por eso el descubrimiento del ingeniero español, aunque tan sencillo en apariencia, está seguramente llamado á tener gran resonancia por su inmediata y extensa utilidad.

Ciudades y tuberculosis

Es de esperar—dice el doctor Poirier en la «Revue Universelle» que se halle el tipo de mortalidad más elevado entre la población pobre, y, en efecto, mientras que la mortalidad general por tuberculosis pulmonar no es más que de 25 por 100 para el conjunto de la población, alcanza aquélla á 47.6 por 106 en el hospital Tenon durante el periodo de 1879 á 1903. En fin, hasta entre los mismos pobres, los inmigrantes proporcionan un contingente excepcionalmente elevado, ya que el total de los fallecidos por tuberculosis, observado en los hospitales generales en Paris, se eleva á 62 por 100, á pesar de la vuelta al pais de un número muy grande de enfermos condenados.

Hay que observar que lo que es verdad para Paris en lo que concierne á la tuberculosis, lo es tambien para los demás centros de inmigración, como el departamento del Ródano y el del Norte.

El aviso dado por el doctor Bourgevis y de muchos otros, no detendrá seguramente la corriente de inmigración hacia los grandes centros, que es el resultado de las necesidades económicas, independientes de la voluntad de los individuos; ya seria mucho para la salud pública y para el bienestar de las poblaciones, que esa corriente pudiera paralizarse algo.

Algunos millares de individuos salvados de la muerte ó de una agravación de miseria es un resultado que vale la pena de una vulgarización sincera.

Micobrio de la sifilis

La ciencia acaba de enriquecer su patrimonio con un descubrimiento considerable. El microbio de la sifilis, que se manifestaba obstinadamente reveide á todas las investigaciones científicas, ha sido, por fin, aislado.

A un sabio alemán, al doctor Schaudnm. subdirector del Instituto de Higiene de Berlin, es á quien se debe este importante descubrimiento.

El sabio alemán observó, por de pronto, la existencia del temible microbio, examinando en el microscopio algunas gotas de pus sifilíctico.

Apercibió entonces un microbio retorcido en forma de sacacorcho, muy fino, lo que hizo que lo clasificara entre los «spirelles» ó «spirschétes». Llegó enseguida á ponerlos en evidencia con ayuda de un procedimiento de coloración particular, el «bleu d'azur.» Luego, no queriéndose fiar de si mismo, y como verdadero hombre de ciencia, fotografió el microbio, y envió pruebas á diversos Laboratorios extranjeros, y pidiéndoles que examinarán ellos también pus sifilítico con su procedimiento de colaración.

A su vez, los sabios extranjeros acabaron por llegar al mismo resultado: la presencia de un «spirille» hasta entonces desconocído, que constituye el microbio tóxico de la sífilis.

Actualmente solo el estudio de la sífilis dará los resultados curativos tan deseados.

Probablemente acerca del descubrimiento del doctor Schaundum será sobre el que el doctor Metchurkoff presentasá esta semana en la Academia de Ciencias de París la comunicación que tiene anunciada.

EL MUSEO CANARIO
HEMEROTECA

El Museo Canario

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En las Islas Ganarias, un mes. . . 1 Pta.
Id. Id. un año . . 10 »
En la Peninsula española, Islas Baleares y posesiones españolas, un semestre . . . . . 7 »
Id. Id. un año. . 14 »
En el Extranjero, un año . . . . 20 »